La rebelión de Lucifer

J.J. Benítez

A Nietihw, que existe, por supuesto.

Aprendamos a soñar, caballeros, y luego puede que encontremos la Verdad.
Esta lapidaria recomendación del insigne químico alemán Kekulé, que llegó al descubrimiento de la fórmula del benceno gracias a una ensoñación, revolucionando así la química orgánica, terminó de convencerme de que, en la vida, la Verdad pasa muchas veces ante los seres humanos... disfrazada.
Y quizá porque los enemigos de la Verdad son todavía tan numerosos como para nublar la faz de la Tierra, he elegido para La rebelión de Lucifer el intangible y arcano ropaje de la fantasía. Sólo aquellos que no hayan perdido la capacidad de ensoñación podrán comprenderme. En ese caso, como yo, quizá descubran bajo los sueños algunas de las múltiples caras de esa sorprendente y siempre esperanzadora Verdad.

J. J. BENITEZ

De pronto, sin saber cómo, Nietihw y Sinuhé descubrieron que se hallaban en la plaza de la Lastra, en la recóndita aldea

soriana de Sotillo del Rincón, caminando sin prisas hacia la Casa Azul. Un sol radiante hacía brillar dulce y discretamente el bronce de la Diana Cazadora, mientras el caño seguía manando en silencio, como si nada hubiese ocurrido...
El joven, con la bolsa de las cámaras al hombro, se detuvo un instante junto a la fuente. Volvió el rostro hacia el bosquecillo y, al instante, interrogó a su compañera con la mirada. Y la respuesta brotó de sus corazones.
¡Habían regresado! José María, el alcalde, cómodamente sentado en el jardín de la Casa Azul, seguía apurando su humeante taza de café. Y Sinuhé, maravillado, comprobó que su reloj señalaba las 13.56 horas. ¡Sólo habían transcurrido cinco minutos desde el inicio de la luna nueva y de aquella fantástica aventura!
Y antes de que Sinuhé acertara a pronunciar palabra alguna, la señora de la Casa Azul tomó su mano derecha y, en silencio, con una sonrisa de complicidad, le señaló la sortija dorada -con el signo de los hombreS Pi- que continuaba luciendo en su dedo anular...
Algún tiempo después, el investigador iniciaba el relato de tan desconcertante misión con las siguientes frases:
...En cuanto a vosotros, hijos de IURANCHA, regresad y contad al mundo cuanto habéis vivido y conocido... Sólo entonces, cuando esta parte de la Verdad haya sido propagada... sólo entonces -insistió la voz- podréis iniciar la segunda fase de la misión: el juicio de Lucifer.

CAPITULO I

RA-6 666

Los cinco diminutos y multicolores veleros que colgaban del techo oscilaron suavemente, mecidos por una súbita corriente de aire. Harold D. Craft Jr., director de operaciones del mayor y más potente radiotelescopio del mundo, levantó la vista. Frente a él, con el rostro demudado y una temblorosa hoja de papel en su mano izquierda, permanecía Rolf B. Dyce, director adjunto de Arecibo.

Harold comprendió que algo grave sucedía. Su colega y amigo parecía atornillado al pomo de la puerta. Y una segunda bocanada de aire agitó los veleros, arrancando reflejos rojos, verdes y azules de sus lustrosos cascos.
-¡Por Dios! -exclamó Craft desde detrás del parapeto de documentos y carpetas que se levantaba sobre su mesa-. No te quedes ahí. ¿Qué pasa ahora?
El astrofísico reaccionó y, tras cerrar la puerta, avanzó a grandes zancadas. Pero, incapaz de articular palabra alguna, se limitó a extender el télex a una cuarta del poblado bigote de Harold.
El director de operaciones del radiotelescopio de Arecibo, dependiente de la universidad norteamericana de Cornell, leyó aquel galimatías matemático en poco más de treinta segundos. A continuación interrogó a Rolf con la mirada. Y éste asintió con la cabeza.
-Entonces estábamos en lo cierto -repuso Craft, levantándose y dibujándose en su rostro un rictus de alarma.
-Sí -balbuceó al fin el director adjunto-, nuestras sospechas han sido confirmadas por el observatorio Einstein, por Monte Palomar, por el centro de astrofísica del Harvard College y por el observatorio Smithsomiano de Cambridge... Estoy asustado, Harold. ¿Qué podemos hacer?
-De momento -replicó el director de operaciones-, seguir vigilando a Ra...
Y ambos se precipitaron hacia la puerta.

Cuando los científicos irrumpieron en la sala de tratamiento de datos, la noticia había trascendido ya a los 144 astrónomos y técnicos especializados del radiotelescopio. Y una treintena, adivinando los movimientos del director de operaciones de Arecibo, se había congregado en torno a los dos poderosos ordenadores CDC-3300 y Datacraft 6024/4.
Harold, al verlos, sonrió maliciosamente, pidiendo calma al inquieto personal a sus órdenes. Y sin más comentarios tomó asiento frente a la consola del CDC, tecleando nerviosamente.
La gigantesca antena del radiotelescopio -de treinta metros- buscó la constelación de Orión. Una vez fijada la posición, Harold Craft activó el radar, forzando al máximo su potencia de

salida. En ese instante, todas las miradas se centraron en los dígitos verdes que acababan de aparecer en la pantalla del ordenador.

15.a transmisión radar-planetario.
2 380 MHz. Distancia estimada: 29,760 580 unidades astronómicas. Hora y fecha de emisión: 15 h (27 de enero de 1984). Tiempo estimado para choque de señal-radar: cuatro horas y nueve minutos. Retorno estimado: 23 horas y 18 minutos. Coordenadas: 3 horas y 44 minutos. Inclinación Positiva.

-0. K. -suspiró el director una vez concluido el lanzamiento de la señal radioeléctrica-, ahora sólo nos resta esperar.
Pero algunos de los astrofísicos, sin poder contener su curiosidad, empezaron a interrogar a Craft. Sin embargo, el torrente de preguntas se vio interrumpido por el repiqueteo de uno de los teléfonos de la sala de ordenadores.
-Es para ti -aclaró Rolf, señalando al director de operaciones-. Frank parece muy enfadado...
Harold se hizo con el auricular, adivinando el motivo de la llamada y del disgusto de Frank Drake, director y responsable supremo del radiotelescopio de Arecibo.
-Sí, dime... -Harold -estalló Drake-, ¿cómo es posible que sea el último en enterarme? Acaban de llamar de Ithaca pidiendo un informe completo sobre..., ¿cómo diablos se llama?
-Ra -intervino Craft sin perder la calma.
-Eso. Pues bien, ¿de qué se trata? Alguien se ha ido de la lengua en el Centro Nacional de Astronomía de Cornell y tengo a un periodista del Washington Post que no me deja respirar... Por favor, ven a mi despacho.
Cinco minutos después, Harold Craft mostraba a Drake la recién llegada confirmación de los observatorios de Monte Palomar, Harvard y Cambridge. Frank, alisándose nerviosamente su blanca cabellera, exclamó:
-Está bien, está bien, pero empieza por el principio... ¿Qué es toda esa historia sobre Ra? ¿Qué está ocurriendo?
-A finales de 1975 -comenzó el director de operaciones-, el telescopio orbital de rayos X del satélite holandés ANS descubrió

un misterioso cuerpo celeste. Se encontraba más allá de nuestro sistema solar y en dirección a la constelación de Orión. Poco después, en enero de 1976, el octavo Observatorio Solar Orbital y los satélites SAS-3, Vela y Uhuru confirmaron el hallazgo. Y ese mismo mes, a petición de Jonathan Grindlay, del observatorio del Harvard College, dirigimos nuestra antena hacia las coordenadas de situación de Ra.
-¿Y bien? Harold extrajo un pequeño bloc del bolsillo izquierdo de su camisa y buscó entre las hojas.
-Sí, aquí está -comentó, observando de soslayo la cada vez más impaciente mirada de Drake-. Justamente el 27 de enero de 1976 (hace ahora ocho años), nuestro radar detectó el astro a 1 261 440 000 kilómetros de la órbita de Plutón. En los años siguientes, tanto los satélites HEAO-1 como el HEAO-2 y los telescopios de Palomar, Harvard y Cambridge y nuestro propio radiotelescopio han venido siguiendo la trayectoria de Ra, estimando que su velocidad es de cinco kilómetros por segundo...
-Sigo sin comprender -le interrumpió el responsable de Arecibo.
-Un momento, Frank. Durante estos años, los cálculos de Grindlay y del resto de los astrónomos han coincidido en dos hechos que han provocado una cierta preocupación. En primer lugar, Ra viaja directamente hacia nuestro sistema solar. Segundo: se trata de un cuerpo celeste Singular, con una órbita cuyo período de revolución ha sido calculado en 6 666 años.
-¡Un astro periódico! -exclamó Drake palideciendo-. Pero ¿estáis seguros?
El director de operaciones respondió con un denso y significativo silencio.
-Un momento, un momento -intervino nuevamente Drake-. Si no he comprendido mal, ese astro viaja a razón de cinco kilómetros por segundo.
Harold asintió.
-¿Y para cuándo se estima que cruce la órbita de Plutón?
Craft señaló el télex recibido esa misma mañana en Arecibo y rogó a Drake que lo leyera con detenimiento.
-Vamos a ver...

El dedo índice de Drake empezó a recorrer afanosamente el texto.
-Sí..., aquí está: ...Y de acuerdo con estos cálculos -leyó el director-, estimamos que Ra alcanzará la órbita de Plutón hoy, 27 de enero, situándose a una distancia del Sol de 29,760580 unidades astronómicas. Rogamos nueva comprobación radar.
Drake abandonó la lectura del télex e interrogó de nuevo a Harold:
-¿Habéis emitido la señal?
-A las 15 horas. Justamente cuando tú has telefoneado.
-¿Y qué opinas?
-No sé... Craft parecía resistirse.
-¡Por Dios, Harold! Habla con claridad...
-Está bien. Pero no debemos alarmarnos... Aún faltan muchas comprobaciones...
-¡Habla, maldita sea! ¿Qué ocurre con Ra?
-Como te he dicho, su actual trayectoria apunta casi directamente a la Tierra. Pero puede ocurrir que el paso entre Saturno y Júpiter varíe sensiblemente su curso...
Drake cortó la contemporizadora explicación del astrónomo:
-¿Qué estructura tiene?
-Gerry Neugebatier, de Palomar, obtuvo hace meses unos primeros informes, gracias a uno de sus satélites de infrarrojo. Ra tiene un núcleo frío algo superior al de nuestro planeta. Pero lo más desconcertante es que ese núcleo aparece rodeado por una especie de envoltura (no sabemos aún si líquida o gaseosa) cuyo diámetro total resulta muy similar al de Júpiter.
-Eso significa un volumen mil veces mayor que el de la Tierra -masculló Drake, visiblemente confundido.
Harold movió la cabeza afirmativamente.
-¿Y qué dicen Harvard y Cambridge sobre el tiempo previsto para su aproximación a la Tierra?
-Si no hay variaciones, necesitará unos 8 400 días. Es decir, para el año 2006 o 2007, aproximadamente...
Drake anotó la fecha sin poder disimular su inquietud.
-Sin embargo -intervino Craft, tratando de suavizar la tensión-, todo esto es teórico... Esta noche, cuando estudiemos la última emisión del radar, quizá podamos precisar un poco más...
Drake parecía ajeno a las tranquilizadoras frases de su amigo.

-...6 666 años -murmuró-... 6 666 años...
Y dirigiéndose a Harold preguntó:
-¿Qué se sabe de su paso anterior?
-Lo siento, Frank. Sabes que no disponemos de registros astronómicos tan antiguos. A no ser que...
La estudiada pausa dio el resultado apetecido por el director de operaciones del radiotelescopio.
-A no ser, ¿qué?... -clamó Drake.
El joven astrofísico consultó nuevamente su bloc. Y adoptando un tono de prudencial escepticismo afirmó:
-Por pura curiosidad, y ante la imposibilidad de obtener un registro anterior, cuando tuvimos una cierta seguridad en la órbita de este intruso, Rolf Dyce y otros muchachos consultaron al departamento de Historia Antigua de Cornell. Pues bien, según parece existe una leyenda de origen egipcio en la que se habla del paso de un astro. Esa leyenda cuenta que la desaparecida civilización de Atlántida pereció en el transcurso de un día y una noche, como consecuencia de la aparición en los cielos de Ra.
-¿Ra?... ¿Es que se trata del mismo astro?
-Sólo es una leyenda -insistió Craft- pero, si concedemos un mínimo de confianza a Platón, recopilador, como sabes, de la leyenda sobre el mítico continente desaparecido de Atlántida, nos encontramos con una curiosa casualidad. Según nuestros cálculos matemáticos, el paso de este cuerpo sideral se produce cada 6 666 años. Eso quiere decir que el anterior registro (de existir en alguna parte) debe remontarse al año 4 660 antes de Cristo, aproximadamente.
-No entiendo adónde quieres ir a parar -interrumpió Drake.
-Muy sencillo. Si Palomar, Harvard y Cambridge coinciden en que Ra irrumpirá en la órbita de la Tierra hacia abril del año 2006, el antepenúltimo paso del intruso hay que fecharlo en el año 11326 antes de Cristo. Una fecha muy próxima a la señalada por Platón para el catastrófico hundimiento de Atlántida.
Drake sonrió burlonamente.
-Harold, eso sólo son elucubraciones..., y muy poco científicas.
El director de operaciones se encogió de hombros. Y antes de abandonar el despacho comentó:

-Lo sé, pero es mucha casualidad, ¿no te parece?
-Por cierto, ¿cuál es la designación oficial de ese astro?
-Ra-6 666.
-¡Estáis locos! -concluyó Drake-. Bien, infórmame de los resultados de la emisión del radar. Veré qué puedo decirle a ese periodista...
Y el director de Arecibo se enfrascó en una nueva lectura del télex sin percatarse de la enigmática sonrisa que acababa de dibujarse en el rostro de Harold.

A las 15.30 horas de aquel 27 de enero de 1984, Craft cerraba tras de sí la puerta del despacho de su jefe inmediato, Frank Drake. Al fondo del corredor aguardaba Rolf. Al ver a Harold salió a su encuentro. Esta vez, en los Ojos de Rolf B. Dyce brillaba una intensa luz. Y a media voz susurró al oído del director de operaciones:
-Buenas noticias, Harold. Acaba de telefonear el Gran Maestro...
Craft llevó su dedo índice a los labios, pidiendo silencio a su amigo. Y tomándole por el brazo le arrastró hasta su despacho. Tras cerrar con llave, Harold se dirigió a la pizarra que ocupaba buena parte de la pared derecha de su pequeño santuario. Y en silencio escribió:
¿Ha sido autorizada la transmisión del mensaje?
Rolf, comprendiendo las medidas de seguridad de su hermano de Logia, tomó la tiza que le extendía éste y, consultando una serie de números escrita a bolígrafo en la palma de su mano derecha, garrapateó nerviosamente sobre el encerado:
Gran Consejo de Kheri Hebs autoriza a hermano 1-685- 8 19-S a enviar mensaje urgente a Rá.
Harold vibró de emoción al leer aquella extraña numeración. Sólo él y el Gran Consejo de los Kheri Hebs o Maestros de la Gran Logia de la Escuela de la Sabiduría conocían la clave que identificaba a Harold D. Craft Jr. como miembro de la citada orden secreta. Una hermandad nacida en el antiguo Egipto, durante la dinastía XVIII -hace 3 350 años-, y firmemente impulsada por el primer Kheri Heb o Maestro, Amen-em-apt, también conocido en la Escuela de los Misterios como Germaá o El Verdadero Silencioso, tal y como consta en el papiro número 10 474 de la Gran Logia.

El director de operaciones del radiotelescopio tomó de nuevo la tiza y procedió a escribir:

¿Cuál es el texto del mensaje?
Rolf extendió la palma de su mano y copió con letras mayúsculas:
EL JUICIO DE LA TIERRA SERÁ ASISTIDO POR LA RONDA DE LA RUEDA DE RA.
GLORIA AL DISCO.
GLORIA A LOS MENSAJEROS SOLITARIOS.
GLORIA A LA ISLA ESTACIONARIA DEL PARAÍSO.
144 000 URANTIANOS ESPERAN LA SEÑAL DE RA.

Una vez concluido el mensaje del Gran Consejo de los Kheri Hebs, Rolf Dyce procedió a una meticulosa comprobación, palabra por palabra. Confirmada su exactitud, Harold tomó nota del mismo en una hoja de papel en la que podía leerse el siguiente membrete: Centro Nacional de Astronomía y de la Ionosfera. - Universidad de Cornell (110 Day Hall) - Ithaca, N. Y. 14853.
Acto seguido, ambos astrofísicos borraron la pizarra, eliminando hasta el más mínimo vestigio de cuanto habían escrito sobre el encerado.
Algo más tranquilos, Craft y Dyce tomaron asiento en tomo a la mesa del despacho.
Y Harold, tras repasar el enigmático mensaje, preguntó bajando el tono de la voz:
-¿Código?
-Conversión a números. Clave de Cagliostro -susurró Rolf.
Y ambos, sin más comentarios, pusieron manos a la obra, codificando el texto que había sido elaborado por el Gran Consejo de los Maestros. Por supuesto, ni Harold ni Rolf se atrevieron a formularse pregunta alguna sobre el sentido de aquella criptografía. Su fe en los Kheri Hebs de la Gran Logia de la que formaban parte era total y eso bastaba.
Y a las 16.15 horas, con el mensaje descompuesto en un total de 201 caracteres numéricos, el director de operaciones de Arecibo y su director adjunto se dirigieron sigilosamente hacia la sala de control del radiotelescopio.

El centro de tratamiento de datos -tal y como suponían Harold y Rolf- se hallaba desierto. El primer turno de astrofísicos no se haría cargo del programa habitual de emisiones y recepción de señales hasta las 17 horas. Tenían, pues, el tiempo justo para programar el ordenador CDC-3300 y transmitir el mensaje.
Craft se situó frente al teclado, transmitiendo al proyector de láser las coordenadas galácticas de Ra. En 15 segundos, la antena situada en la plataforma triangular, suspendida a una altura de cincuenta pisos sobre el gigantesco disco cóncavo aluminizado de trescientos metros de diámetro que hace de reflector, quedó definitivamente apuntada hacia uno de los 38 778 paneles individuales de aluminio que constituían el mencionado reflector o cuenco de sopa, como lo denominaban familiarmente en Arecibo.
Harold ajustó finalmente la potencia de salida en 450 000 watios, procediendo a la emisión de los 201 caracteres numéricos. Previamente, el computador había descompuesto el mensaje en cinco grupos de 53, 13, 30, 35 y 34 caracteres, respectivamente, con un total de 36 dígitos suplementarios -estratégicamente distribuidos- que hacían las veces de espacios en blanco. Decodificados, a su vez, en sistema binario, los 201 dígitos fueron transmitidos a una velocidad de 10 caracteres por segundo.
A las 16 horas, 30 minutos y 20 segundos, el mensaje partía, al fin, hacia las profundidades del sistema solar, en busca del misterioso astro intruso...
Durante un minuto -a partir del último segundo de la transmisión- Rolf se mantuvo atento a la pantalla del ordenador, ajustando la frecuencia del mensaje de tal forma que no se viera alterada por el efecto Doppler del movimiento orbital y de la rotación de la Tierra.
Al cabo de ese minuto, el director adjunto respiró profundamente, comunicando a Harold que el mensaje se hallaba ya en la órbita de Marte. Después pulsó el teclado del CDC y esperó.
Casi instantáneamente, una serie de dígitos verdes recorrió la pantalla del ordenador.

-Bien -murmuró Harold-, en 35 minutos alcanzará la órbita de Júpiter y en 71 la de Saturno...
La última línea anunciaba algo que ya sabían los astrofísicos: El cruce con la órbita de Plutón se registraría en cuatro horas nueve minutos.
Ambos, movidos por el mismo pensamiento, consultaron sus relojes.
-El mensaje -sentenció Rolf- será recibido a las 20 horas y 29 minutos.
-Sí -confirmó su compañero-, pero ¿habrá respuesta?
Rolf miró fijamente a Craft.
-Tú sabes que la habrá -añadió rotundo-. Sólo es cuestión de esperar...

Esa noche, poco antes de las 23 horas, la sala de control del radiotelescopio de Arecibo presentaba un movimiento inusitado. Ni Harold Craft ni Rolf habían podido convencer a sus colegas para que se retiraran a descansar. Casi medio centenar de astrofísicos esperaba impaciente la inminente recepción de la señal del radar emitida ocho horas antes.
A los mandos del ordenador, el director de operaciones chequeó por enésima vez la posición de la antena de trescientos metros del reflector principal. A su lado, Rolf, con el pelo revuelto y un lápiz sobre la oreja derecha, hizo otro tanto con el segundo ordenador -el Datacraft-, responsable del control de la antena pasiva de noventa metros, situada a diez kilómetros al norte del emplazamiento del gigantesco radiotelescopio, vital para la recepción y combinación de los ecos del radar.
23 horas: 10 minutos: 56 segundos.
El reloj incorporado al ordenador seguía avanzando inexorablemente. Y Harold, con un movimiento mecánico, procedió a la total desconexión y bloqueo del transmisor. Todo estaba a punto.
23 horas: 15 minutos: 15 segundos.
El silencio en la sala de control era ya absoluto.
Rolf y Harold cruzaron una última mirada.
23 horas: 16 minutos: 45 segundos.

A pesar de la baja temperatura ambiental -siete grados centígrados-, en la frente de Rolf habían aparecido algunas diminutas gotas de sudor.
23 horas: 17 minutos: 00 segundos.
Los científicos contuvieron la respiración. Todas las miradas se habían concentrado en el cristal ahumado que protegía los discos del CDC.
23 horas: 18 minutos: 05 segundos.
Pero el ordenador principal no daba señales de vida.
Harold, en tensión, aproximó su rostro al CDC, susurrándole:
-¡Vamos, pequeño!...
23 horas: 18 minutos: 10 segundos.
Los dos discos dieron un cuarto de vuelta. Y aquel primer movimiento fue acogido con una estruendosa salva de aplausos.
La señal del radar acababa de retomar al radiotelescopio.
Una vez confirmada la recepción del eco, Rolf activó el mecanismo de cartografía. Cinco minutos después, sentado frente a la pantalla del sistema de coordinación de ordenadores, Harold Craft -ante la expectación general- decodificaba los primeros informes de la señal-radar emitida hacia el astro intruso.
Distancia: 29,66 unidades astronómicas.
El murmullo fue general: Ra había rebasado ya la órbita de Plutón.
Velocidad: 5,1 kilómetros por segundo y acelerando.
El director de operaciones pidió entonces a uno de sus compañeros que efectuara los cálculos teóricos y aproximados de la velocidad de Ra a su paso por las siguientes órbitas planetarias.
El resultado estremeció a los científicos.
-Si conserva ese ritmo de aceleración -anunció el astrofísico, guardando su regla de cálculo-, necesitará 3 248,6 días para recorrer los 1 403 400 000 kilómetros que le separan de Plutón a la órbita de Neptuno. Los 1 627 millones de kilómetros siguientes (desde la órbita de Neptuno a la de Urano), considerando el ligero incremento de su velocidad, puede salvarlos en 2 699 días.
También es probable que al abandonar esta última órbita (la de Urano), su velocidad sea ya algo superior a los 7 kilómetros por

segundo. En ese supuesto, los 1 442 600 000 kilómetros que le separarán de Saturno serán cubiertos en 1 669,6 días.
Desde allí a la órbita de Júpiter la distancia media estimada es de 648 700 000 kilómetros. Pero la aceleración de Ra habrá pasado de unos 10 kilómetros por segundo en las proximidades de Saturno a 15 en la órbita de Júpiter. Eso quiere decir que puede recorrer esos 648 millones y pico de kilómetros en algo menos de 500 días...
Harold, impasible, fue contabilizando los días.
-...En cuanto a la última trayectoria (desde la órbita de Júpiter a la de Marte), Ra necesitará, a razón de 15 a 25 kilómetros por segundo, 254,8 días.
-Todo ello hace un total de 8 327 días o 22,9 años -concluyó Craft, visiblemente desalentado.
Sí -intervino Rolf-, y si no se produce un milagro, Ra se precipitará desde la órbita de Marte a la Tierra en poco más de 75 días, a unos 35 kilómetros por segundo...
La alegría inicial de los hombres de Arecibo se había esfumado ante aquel siniestro cálculo.
El angustioso silencio de los astrofísicos fue roto finalmente por el director de operaciones:
-Señores, ésta es la triste realidad: si ese milagro no se produce (si Ra no resulta desviado o catapultado por los campos de fuerza de Saturno o Júpiter), su precipitación sobre nuestro mundo puede registrarse entre los meses de marzo o abril del año 2007.
Harold adivinó los pensamientos de sus colegas y abandonando su asiento frente al ordenador central dio unos pasos hacia el gran ventanal de la sala de control. La noche, serena y estrellada, parecía ajena a la tragedia que se aproximaba. Las seiscientas toneladas de la plataforma triangular que sujeta las antenas, iluminada ahora, se elevaba por encima de las colinas del norte de Puerto Rico como una fantasmagórica nave espacial.
-Es mi deber anunciarles -comentó Craft dando la espalda a la noche- que, por supuesto, cuanto han visto y oído es considerado por el Centro Nacional de Astronomía y de la Ionosfera de Cornell como confidencial y alto secreto... Deberá ser el NAIC quien, una vez verificadas todas las comprobaciones

lógicas, anuncie o no a la opinión pública mundial los hechos que ustedes conocen...
Y Harold, adoptando un tono menos solemne, rogó a sus compañeros que abandonaran el centro de control.
-Frank Drake -explicó- debe disponer a primera hora de un informe completo... Buenas noches, y gracias...
Y los casi cincuenta astrofísicos, silenciosos y cabizbajos, fueron desfilando ante Craft, quien, cortésmente, había abierto la puerta de la sala invitando a salir a sus amigos y colegas.
A las 24 horas, el director de operaciones cerraba con llave la puerta del centro de control. En pie, junto al ordenador, seguía Rolf. Tenía los ojos fijos en un pequeño mapa, recién extraído del sistema de cartografia. Harold observó un ligero temblor en sus manos e intuyó que las sorpresas no habían terminado...

-¿Como es posible?
Rolf B. Dyce repitió la pregunta. Pero, en esta ocasión, tendiendo el mapa a su compañero:
-¿Cómo es posible, Harold?
Craft examinó la recién obtenida imagen del radar de Ra. El mapa de relieve aparecía como una mancha prácticamente negra y perfectamente circular. Ambos sabían que el brillo y blanqueado de este tipo de mapas de retrodifusión son proporcionales al grado de aspereza de la superficie del astro explorado. En otras palabras: cuanto más oscura es la imagen del radar, más lisa es la superficie cartografiada.
Perplejo, Harold consultó las imágenes obtenidas en 1975 y 1977 del planeta Venus. En aquellas ocasiones, el radiotelescopio había efectuado un magnífico trabajo, cartografiando por radar ambos hemisferios y, en especial, una región situada a 320 grados de longitud este, en pleno hemisferio sur. En dichos mapas, confirmando las sospechas de los radioastrónomos, aparecía, por ejemplo, una enorme mancha blanca bautizada como Maxwell (a 65 grados de latitud norte y 5 grados de longitud este), que no era otra cosa que una gigantesca montaña de 11 000 metros. Ra, en cambio, a la vista de aquel primer informe del radar, presentaba una de sus caras absolutamente lisa, sin las rugosidades y accidentes naturales que hubiera sido lógico esperar.

-¿Cómo es posible, Harold? -repitió Rolf por tercera vez.
Pero el director de operaciones sólo acertó a encogerse de hombros. Y tomando su regla de cálculo pidió a Rolf que le ayudase en la elaboración de los últimos datos. Al cabo de unos minutos, el diámetro ecuatorial del intruso había sido fijado por los científicos en 13 756 kilómetros. Curiosamente, mil kilómetros más grande que el de la Tierra.
-¿Y qué hay de esa extraña envoltura de la que hablaban los satélites? -intervino Harold.
Rolf movió la cabeza negativamente, comentando:
-Habrá que esperar a los informes de Monte Palomar. Por cierto, Harold, deberías informar a Drake...
-De eso nos ocuparemos mañana.
Y Craft consultó su reloj.
-Si el Gran Consejo de los Kheri Hebs está en lo cierto, la respuesta de Ra será captada por el radiotelescopio a partir de las 24 horas, 38 minutos. Hay que darse prisa. Apenas si nos queda tiempo.
Rolf obedeció en silencio, situándose de nuevo frente al teclado del ordenador principal. Desconectó el radar, activando seguidamente el sistema de recepción de señales radioeléctricas. La antena de 32 metros y 4 500 kg de peso continuaba apuntando hacia las coordenadas galácticas de Ra.
-¿Todo en orden? -preguntó Harold mecánicamente.
-Afirmativo. Pero...
Rolf dudó.
-Pero ¿qué? -le animó su compañero.
-No sé, Harold... ¿Tú crees que habrá respuesta?
-Ahora eres tú el que duda -sonrió Craft.
Y dándole una palmadita en la espalda tomó asiento frente a la pantalla del ordenador auxiliar.
El reloj de dígitos del Datacraft 6024 señalaba las 24 horas, 5 minutos y 45 segundos.
Rolf, cada vez más nervioso, mordisqueaba la base de su lapicero.
24 horas: 28 minutos: 15 segundos.
-¡Atento, Rolf!
24 horas: 38 minutos: 00 segundos.

Esta vez, los radioastrónomos se vieron sorprendidos por el súbito giro de los discos magnéticos del ordenador. La antena del radiotelescopio había empezado a captar una señal...
-¡Harold!... ¡Harold!...
Rolf, pálido como la pared, sólo acertaba a repetir el nombre de su amigo.
-¡Dios de los cielos! -exclamó Harold-. ¡Ahí está la respuesta! El Consejo de los Maestros estaba en lo cierto... ¡Ra es mucho más que un simple astro!...
Rolf, hipnotizado por el lento pero continuo y espasmódico movimiento de los discos memorizadores del Datacraft, no escuchó a su compañero.
24 horas: 38 minutos: 15 segundos.
Seis décimas después, el ordenador se detenía.
Los astrofísicos se miraron desconcertados.
Fueron segundos espesos. Casi eternos. Pero la recepción -tal y como indicaba el ordenador central- había concluido.
Harold, tratando de dominarse, hizo retroceder las cintas magnéticas hasta el punto cero de la transmisión: 24 horas: 38 minutos: 00 segundos. Y con manos temblorosas tecleó en busca de la decodificación de las señales.
Las cintas arrojaron en pantalla un total de 156 impulsos, distribuidos -a primera vista- en cuatro grandes grupos. Cada uno constaba de 33, 35, 51 y 37 caracteres, respectivamente.
Rolf comprobó el tiempo estimado de recepción.
-¡Mira, Harold!... 156 impulsos y un total de 15 segundos y 6 décimas para la transmisión. Eso significa que han sido enviados a razón de 10 caracteres por segundo. ¡Exactamente igual que nosotros!
-¡Tranquilo, Rolf!... ¡Tranquilo! Ajusta el ordenador al código binario. No sé qué es Ra ni quiénes lo controlan, pero, si han sido capaces de captar nuestro mensaje, descifrarlo y enviarlo casi instantáneamente, algo me dice que su respuesta vendrá codificada bajo la misma clave.
La decodificación de las señales no tardó en aparecer en la pantalla.
-¡Lo sabía, Rolf! -estalló Harold Craft sin poder contenerse-. ¡Son números!

En el monitor, efectivamente, había empezado a dibujarse una serie de dígitos, correspondientes al sistema decimal ordinario.
21-6666-122121-53-56567-415487-6 en el primer bloque.
313-31481513-66-3611215-1-315655-6 en el segundo renglón.
31-5111-45-31-2171-1763-122121-415221-55-66-4113-6 en el tercero.
53-161317-45-3631852-666-51-3353147-6 en el cuarto y último paquete de caracteres.
Ni Rolf ni Harold supieron jamás el tiempo que permanecieron mudos y extasiados ante aquel puñado de verdes y brillantes números, procedentes de más de 4 400 millones de kilómetros...

Fue inútil. A pesar de las súplicas de Rolf, Harold Craft se negó a seguir adelante en el desciframiento del mensaje procedente de Ra.
-Nuestra misión termina aquí -sentenció-. Ahora es el Gran Consejo quien debe actuar...
Y los astrofísicos retiraron las cintas magnéticas, desconectando la gran antena del radiotelescopio.
Tres horas más tarde, el mensaje original -convenientemente lacrado y sellado- partía del aeropuerto de San Juan de Puerto Rico, con rumbo a un lugar secreto al sur de San Francisco, sede central del Gran Consejo de los Kheri Hebs o Maestros de la Gran Logia de la Escuela de la Sabiduría.
El 1 de febrero, siete altos funcionarios de las embajadas de Venezuela, Gran Bretaña, Francia, Alemania Federal, Suiza, Suecia y Egipto -todos ellos miembros secretos de la Gran Logia partían desde Washington, Nueva York, Los Angeles y Miami con destino a sus respectivos países. En sus valijas diplomáticas había sido depositada una carta -presumiblemente con el mensaje procedente de Ra, definitivamente descifrado-, y en cuyos sobres podía leerse:
NEWTTON. Londres.
DEBUSSY. París.
LEIBNITZ. Bonn.
NOBEL Estocolmo.
CALVINO. Berna.
BOLIVAR- Caracas.
NEFERTITI. El Cairo.

Pocas horas después de la llegada a las mencionadas capitales, las siete misivas eran entregadas, en mano, a cada uno de los Kheri Heb responsable de la Escuela de la Sabiduría en las áreas de la Comunidad Británica, Francia, Alemania Federal, Países Nórdicos, Suiza, América Latina y África, respectivamente.
Sólo los Grandes Maestros de las jurisdicciones de Oriente Medio, Asia y Australasia habían sido excluidos por el Gran Consejo. La razón se hallaba contenida precisamente en aquellas siete enigmáticas y altamente secretas cartas...

CAPITULO II

LAS 66 CAMPANADAS

Aquel 3 de febrero de 1984, como casi todas las mañanas, el cartero de una pequeña población vasca llamaba a la puerta de su amigo y periodista. Entre la correspondencia aparecía un telegrama. Al abrirlo, el escritor pudo leer una lacónica y enigmática frase, sin remite alguno: El vivero se muere.
Y sin pérdida de tiempo, ante el desconcierto de su mujer, que no acertaba a descifrar el sentido ni el remitente de dicho mensaje, nuestro hombre dispuso un inminente viaje a Madrid. Nadie que conociera a este escritor, especializado desde hacía años en investigaciones sobre misterios, hubiera podido imaginar en aquellas fechas que, al igual que otros miles de personas en todo el mundo, era miembro de la Gran Logia de la Escuela de la Sabiduría. En realidad, aquel telegrama no era otra cosa que una llamada urgente, en clave, para que se personase en el Templo de la Hermandad en la capital de España, dependiente, a su vez, del Consejo de los Kheri Hebs en la jurisdicción europea.
A las 10 horas del lunes, 6 de febrero, era recibido por el Gran Maestro de la Orden. Aunque el alto funcionario israelí conocía perfectamente a aquel miembro de la Logia, al estrechar su mano llevó a cabo una de las señales secretas de identificación entre los soror o hermanos de la Orden. Y el periodista y escritor respondió mecánicamente con la misma contraseña,

presionando con fuerza sus dedos índice y pulgar sobre la mano del Kheri Heb.
-Bienvenido, Sinuhé...
El investigador sonrió al escuchar su nombre: el que recibía cada miembro de la Hermandad al ser aceptado en el seno del correspondiente Templo. Desde ese solemne instante, nuestro hombre -como el resto- era conocido entre los hermanos de Logia por un nombre mítico. Un nombre de pila cargado de reminiscencias esotéricas y que había pertenecido en la antigüedad a destacados y sabios Kheri Hebs. Este distintivo y una numeración en clave -esta última conocida únicamente por el nuevo miembro y los respectivos Grandes Consejos Jurisdiccionales- eran las señas de identidad de cada soror.
Este segundo bautismo no obedecía al capricho o al azar. Cada aspirante a la Escuela de la Sabiduría se veía obligado a superar un sinfín de pruebas que pusieran de relieve su personalidad, así como sus aspiraciones espirituales y grado de honestidad. Una vez aceptado, el nuevo hermano era bautizado con el nombre que mejor reflejaba su carácter y temperamento.
Y Sinuhé significaba precisamente el que es solitario.
Desde su infancia, este hombre -a quien llamaremos Sinuhé- se había distinguido justamente por su profunda atracción por la soledad. Muy pocos, ni aun su propia familia, habían divisado jamás el fondo de aquel corazón, permanentemente atormentado por la búsqueda de la Verdad. Sinuhé amaba la aventura y el riesgo, y este espíritu -unido a una insaciable curiosidad- le habían arrastrado a una vida de constantes viajes, que iba relatando, sólo en parte, en sus numerosos libros. En lo más arcano de su alma guardaba aún secretos que hubieran estremecido a sus asiduos lectores.
A pesar de esta apasionante vida, envidiada, admirada y odiada casi a partes iguales por sus amigos y enemigos, Sinuhé era un hombre insatisfecho, con un creciente desprecio hacia sí mismo.
Por ello, cuando el Gran Maestro le anunció que había sido elegido para una delicada misión, lejos de entusiasmarse se sintió abrumado.
Pero el Kheri Heb no llegó a percibir esta súbita duda en los ojos del discípulo. A sus 37 años, Sinuhé era un hombre frío, perfectamente capaz de dominar y disimular hasta el más

desbocado de sus sentimientos. Ésta, quizá, era otra de las razones por la que se odiaba a sí mismo.
El Gran Maestro se dirigió entonces a uno de los cuadros que decoraban las paredes de su despacho. Se trataba de una magnífica fotografía en color de la Menorá o candelabro de siete brazos, emblema oficial del Estado de Israel y que se levanta en Jerusalén, en una moderna versión del escultor Benno Elkán. Y en silencio, el alto funcionario de Israel en España procedió a desplazar el cuadro, dejando al descubierto una pequeña caja fuerte, empotrada y camuflada en el muro. Extrajo un sobre blanco y regresó al punto a su mesa, prosiguiendo la conversación.
-... Querido Sinuhé. Como te decía, el Gran Consejo te ha designado para una delicada misión.
El Kheri Heb abrió el sobre, entregando a Sinuhé uno de los dos documentos que contenía.
-Lee y memoriza -repuso el Gran Maestro-. Este mensaje es altamente secreto y no puede salir del Templo.
Sinuhé reconoció al momento el emblema de la Orden, grabado en un delicado altorrelieve y encabezando el documento: una serpiente roja, enroscada alrededor de dos ojos. El de la derecha, más pequeño y con un ligero vaciado, y el de la izquierda, tres veces mayor y con un relieve prominente.
Al pie del símbolo de la Escuela de la Sabiduría había escritas cuatro frases.
Sinuhé las leyó lentamente. Al principio, intentando comprender su significado. Después, procurando memorizarlas. La segunda -quizá porque reproducía su nombre- fue más fácil...
Al cabo de cinco minutos, Sinuhé levantó el rostro y, cerrando los ojos, repitió mentalmente aquellas cuatro enigmáticas frases.
El Gran Maestro le observó complacido.
Al concluir la memorización, el discípulo repasó nuevamente el texto, comprobando con satisfacción que había quedado minuciosamente grabado en su mente. Devolvió el documento a su Kheri Heb y éste, adoptando un tono mucho más solemne, comentó:

-Querido hermano. No he sido autorizado, de momento, a revelarte el origen y la finalidad de este mensaje... Sólo puedo añadir, como habrás comprobado, que procede del Gran Consejo Supremo de la Hermandad.
Sinuhé asintió.
-...El mensaje, eso sí, guarda una trascendental relación con el futuro de la Humanidad. Y la Escuela de la Sabiduría, por razones que puedes intuir, ha sido elegida como depositaria de dicho mensaje. Ahora, antes de pasar a la última y más importante fase de tu misión, ¿quieres, por favor, repetirme el texto del documento?
La voz de Sinuhé, clara y profunda, fue desgranando las veintiséis palabras y ocho números que formaban aquellas cuatro frases:
-RA-6 666 ABRIRA EL NUEVO TIEMPO -6.
LAS CAMPANAS -66- GUIARAN A SINUHÉ -6.
LA HIJA DE LA RAZA AZUL ABRIRA TIERRA EN 66 DÍAS -6.
EL JUICIO DE LUCIFER -666- HA LLEGADO -6.

-Exacto -subrayó el Kheni Heb con una sonrisa de aprobación.
Y sin más comentarios, se enfrascó en una detenida lectura del segundo documento.
Sinuhé no podía imaginar en aquellos instantes que el texto que acababa de aprender había sido recibido en la madrugada del 27 de enero de ese mismo año en el más potente radiotelescopio del mundo y procedente de un desconcertante astro, bautizado por los astrónomos como RA-6 666.
Tal y como habían sospechado Harold Craft y Rolf Dyce, aquella serie de dígitos -una vez estudiada por el Gran Consejo de la Escuela de la Sabiduría-, fue decodificada finalmente, siguiendo el método de conversión de Cagliostro; el mismo que había sido utilizado por los dos miembros de la Gran Logia en la emisión del primer mensaje hacia el astro intruso.
El Kheri Heb abandonó al fin la lectura del segundo documento y, después de guardarlos en el sobre, prosiguió:
-Bien, querido Sinuhé. El Gran Consejo especifica que tu misión consiste en identificar a la hija de la raza azul. Para ello, como habrás observado por el texto del mensaje, serás guiado por las campanas...

El Maestro comprendió de inmediato las lógicas dudas de su discípulo. Y saliendo al paso de sus pensamientos añadió:
-Como te he dicho, no estoy autorizado (de momento) a revelarte quién es esa hija de la raza azul, ni cómo llegarás a reconocerla. Sé fiel a la Escuela de la Sabiduría e inicia, desde ahora mismo, esa búsqueda. La fortaleza del Generador (tú lo sabes) te acompañará en todo momento. Confía en Él y en el Gran Consejo... ¿Tienes alguna pregunta?
Sinuhé hubiera querido plantear al Kheri Heb el torbellino de dudas que le azotaba. Pero se limitó a responder:
-Sí, Maestro. Sólo dos...
-Adelante.
-En primer lugar, ¿qué debo hacer cuando identifique a la hija de la raza azul?
-Utiliza el código secreto y házmelo saber de inmediato... ¿Y la segunda?
Sinuhé guardó un corto silencio y, fijando sus rasgados y marrones ojos en el Maestro, exclamó:
-¿Por qué yo?
El Kheri Heb sonrió enigmáticamente. Y señalando el sobre con los documentos, comentó:
-Hace tan sólo unas horas, otras seis misivas como ésta han sido depositadas en los Templos Nacionales de la Hermandad en Londres, Bonn, Estocolmo, Berna, Caracas y El Cairo. Ésta, la séptima, fue entregada a la Jurisdicción de París, de la que, como sabes, dependemos. Todas ellas proceden del Gran Consejo, en los Estados Unidos. Y todas son portadoras del mismo mensaje: el que tú acabas de memorizar. Entre los 144 000 miembros de la Hermandad en todo el mundo, sólo siete figuran en la actualidad con el nombre de Sinuhé. Tú eres uno de ellos y, como tus hermanos, has sido requerido para desempeñar la misión que acabo de explicarte. Pero sólo uno de esos siete Sinuhé podrá descubrir y revelarnos a la hija de la raza azul. En el momento en que eso ocurra, el resto de los hermanos elegidos será advertido y cesarán sus respectivas pesquisas.
Sinuhé, cada vez más perplejo, no pudo resistir la tentación y formuló una tercera pregunta:
-Perdón, Gran Maestro, pero ¿por quién hemos sido elegidos?

El Kheri Heb sonrió nuevamente, replicando:
-Todo a su debido tiempo, Sinuhé... Todo a su debido tiempo...

Durante aquellos dos meses de febrero y marzo, Sinuhé permaneció especialmente atento a cuanto ocurría a su alrededor. Pero las noticias nacidas en su país y en el resto de Europa no hicieron alusión alguna a esas misteriosas campanas de las que hablaba el no menos intrigante mensaje.
Las dudas, lejos de disiparse con el paso de los días, iban multiplicándose en el ánimo del investigador.
¿Quién o qué es Ra?, se repetía una y otra vez, sin encontrar respuesta ni sosiego.
¿A qué nuevo tiempo podía referirse el texto secreto que le había mostrado su Kheri Heb?
¿Por qué debía ser guiado por unas campanas?
Ésta, juntamente con la tercera, era una de las frases que más desconcertaba a Sinuhé.
¿Dónde estaban esas campanas?... ¿Es que deberé oírlas o alguien lo hará por mí?
A juzgar por lo poco que le había revelado el Gran Maestro, esas campanas le guiarían hasta la hija de la raza azul... Pero ¿y si no fuera así?
Y, sobre todo, ¿quién era esa hija de la raza azul?
Sinuhé sabía que entre las actuales razas del planeta contarnos con la negra, la amarilla, la roja, la blanca y la cobriza. Sin embargo, jamás había oído hablar de la azul...
Por si estas incógnitas eran pocas, la tercera y cuarta frases resultaban tan oscuras, o más, que las anteriores.
¿Por qué causa la hija de la raza azul debería abrir la tierra en un plazo de 66 días? ¿A qué tierra se refería el criptograma? Y en el supuesto de que fuera nuestra Tierra, ¿en qué momento se iniciaba ese plazo de sesenta y seis días?
Sinuhé dedicó buena parte de aquellos días a investigar en torno a la figura de Lucifer. Pero la extrema parquedad de la Biblia apenas si arrojó luz sobre la cuarta y última frase del mensaje: EL JUICIO DE LUCIFER -666- HA LLEGADO -6.
Sólo en el Apocalipsis de San Juan (13, 18) pudo hallar un indicio -quizá pobre-, que, no obstante, le animó en sus

pesquisas. Ese párrafo del Apocalipsis hace alusión a la Bestia (Probable designación de Lucifer), en los siguientes términos: Aquí está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis.
... 666.
Sinuhé, conocedor del código de Cagliostro, sometió también cada letra del mensaje a la correspondiente conversión a números, de acuerdo con la citada clave. Su confusión se disparó al observar que la suma de los números que integraban cada una de las frases daba precisamente seis. Ésta, por otra parte, era la cifra que aparecía al final de cada renglón.
Sin duda -intuyó el investigador-, esos cuatro seises deben guardar alguna relación con el número (6 666) que figura al principio de la primera frase del enigma... Pero ¿cuál?

Aquella madrugada del 1 al 2 de abril de 1984, el frondoso y achaparrado acevo que monta guardia frente a la casa del alcalde de Sotillo del Rincón se vio especialmente concurrido. Decenas de vencejos y gorriones buscaron refugio entre sus espinosas hojas. Amenazantes cumulonimbus corrían furiosos, empujados desde los negros lomos de Sierra Cebollera por el viento del Oeste. Algunos chubascos habían descargado ya en el valle del río Razón, un paraíso perdido a poco más de veinte kilómetros al noroeste de Soria capital (España) y asentamiento natural de la recoleta y bella aldea de Sotillo. Parecía como si la entrada de la luna nueva fuera a presagiar algo tan extraño como singular...
Sinuhé, a varios cientos de kilómetros de aquellos agrestes parajes sorianos, se hallaba totalmente ajeno a lo que estaba a punto de ocurrir. Aquella misma madrugada, aprovechando el cambio oficial de hora, había dedicado buena parte de la noche a nuevas e infructuosas investigaciones, tratando de desentrañar el mensaje procedente de Ra. Una y otra vez había leído las cuatro frases, pero el agotamiento terminó por rendirle.
RA-6 666 ABRIRA EL NUEVO TIEMPO -6.
LAS CAMPANAS -66- GUIARAN A SINUHÉ -6...
LAS CAMPANAS -66- GUIARÁN...
LAS CAMPANAS...

Un sueño negro e inquieto dejó flotando parte del mensaje en la mente de Sinuhé.
En esos precisos instantes -a las 01 horas y 30 minutos-, los doscientos vecinos de Sotillo del Rincón dormían también, aunque sus sueños no eran tan agitados como el de Sinuhé. Sólo los aullidos de los perros de la zona y el ulular del viento racheado entre las copas de la chopera que rodea el Ayuntamiento de la población parecían adivinar la proximidad de algo desconcertante.
En el centro de la plaza de la Lastra, en mitad de la oscuridad, la pequeña estatua de bronce de Diana Cazadora resistía impasible los embates del viento. A sus pies, el único caño superviviente de la fuente, donada en 1913, seguía manando dulce y silenciosamente. A una distancia prácticamente equidistante de esta fuente, y formando un triángulo, se levantan y cierran la mencionada plaza de la Lastra tres sólidos edificios: el Ayuntamiento, cuyo reloj de un metro de diámetro mira al sur; la casa de José María Gómez Zardoya, alcalde de Sotillo, con su acampanado acevo, y la llamada Casa Azul, casi enfrentada al Ayuntamiento. Desde siempre, aquel airoso y sólido caserón de tres plantas había sido conocido entre las gentes de Sotillo como la Casa Azul, en razón del añil que lucían sus marcos y contraventanas. Nadie podía sospechar entonces que aquella casi caprichosa denominación popular guardaba un significado mucho más profundo y misterioso...
Aquella desapacible noche, como digo, la oscuridad era total en el recóndito pueblo soriano. Todo el mundo descansaba. Mejor dicho, todos no. Una de las ventanas de la segunda planta de la Casa Azul se hallaba iluminada. Era el único signo de vida en la plaza de la Lastra. Pero, poco antes de la 01 horas y 40 minutos, aquel rectángulo amarillo también se apagó. Y Gloria, la señora de la Casa Azul, se dispuso a dormir.
Entiendo que, como narrador de esta historia, quizá deba detener unos minutos el curso de los acontecimientos. Los sucesos que pasaré a relatar de inmediato quedarían incompletos y disminuidos si no pusiera al lector en antecedentes de quién era la inquilina de la referida Casa Azul.

La súbita aparición de Gloria y su familia -hacía casi seis años- en Sotillo del Rincón fue algo igualmente misterioso. Al menos, para las buenas y sencillas gentes del lugar.
En 1979, esta familia -viejos y entrañables amigos de Sinuhé- decidió abandonar el solar de sus mayores. La inmensa mayoría de sus conocidos no supo jamás el porqué de aquella inesperada ruptura. De la noche a la mañana, todo lo que había sido habitual para aquellas personas -lujo, relaciones sociales y el tumulto de la gran ciudad- desapareció. Sólo unos pocos y elegidos amigos -entre los que se encontraba Sinuhé- conocían parte de la verdad. Algunos años antes de aquella drástica decisión, Gloria primero y el resto de su familia después habían sabido de la existencia de unos seres, intuidos desde siempre en lo más profundo de sus corazones. Esos seres -a los que Gloria llamaba hermanos mayores- fueron, en buena medida, los responsables del éxodo de la familia en cuestión hacia una aldea de la que jamás habían oído hablar. Y un buen día, como digo, sutilmente conducidos por estos guías del Espacio, descubrieron primero el río Razón e, inmediatamente, Sotillo y la llamada Casa Azul. Y allí permanecieron, sumergidos en una indesmayable e intensa búsqueda interior, a la espera de una misión que, justamente, iba a dar comienzo en aquella madrugada del 1 al 2 de abril de 1984... Una misión que Gloria ignoraba y para la que, a nivel inconsciente, había sido entrenada desde 1974. Pero no adelantemos acontecimientos...

Y de pronto, el gemido del viento y el lastimero aullido de los perros enmudecieron. Y el sonido de bronce de la campana, primera en la torreta metálica del Ayuntamiento de Sotillo del Rincón, se propagó nítido y grave en la turbulenta noche.
Gloria, despierta aún, escuchó con asombro aquellas rítmicas campanadas. Consultó su reloj. Eran las 01 horas y 40 minutos.
Gracias a Dios -pensó-, al fin han arreglado el reloj...
Todos los vecinos de Sotillo sentían y sienten un especial cariño por aquel viejo reloj de pesas, donado al pueblo en 1907 por don Gregorio Revuelto, un hijo ilustre de la citada localidad. Todos, sin excepción, habían aprendido a compartir la vigilia y el sueño con aquel redondo compañero. Sus campanadas, marcando las

horas y las medias, eran seguidas por el pueblo, incluso durante la noche. Muchos de los vecinos, obedeciendo una ancestral costumbre, llegan a contar -en mitad del sueño- los sucesivos tañidos, prosiguiendo después su descanso. Por ello, en las contadas ocasiones en las que el reloj del Ayuntamiento había sufrido alguna paralización, las gentes del lugar llegaban a sentirse incómodas. En realidad, faltaba algo en sus vidas...
Y en las fechas que nos ocupan, la fatalidad -¿o no fue la casualidad?- había hecho que el citado reloj volviera a pararse.
Desde hacía varias semanas, tanto Gloria como el resto de la comunidad habían insistido una y otra vez cerca del alcalde para que Antonino, el fiel guardián del reloj, subiera a la torre del Ayuntamiento y pusiera en marcha su vetusta pero sólida maquinaria.
La primera reacción de la señora de la Casa Azul al oír las solemnes campanadas fue, por tanto, de sorpresa y alegría.
Obviamente -reflexionó-, Antonino ha dado cuerda al reloj...
Pero esta lógica meditación se vio suspendida cuando, a los pocos segundos, el poderoso martillo de hierro situado sobre la cara exterior de la campana siguió golpeando el bronce, rebasando el número de doce campanadas.
Guiada por un impulso inexplicable, Gloria contó los golpes. Y al llegar al número 27, consciente de que sucedía algo extraño, trató de despertar a José Ignacio, su marido. Pero éste, profundamente dormido, apenas si cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo al otro lado de la plaza de la Lastra.
... Treinta... Treinta y una... Treinta y dos... Treinta y tres...
El reloj, al llegar a la campanada número 33, hizo una breve pausa.
Y el silencio cayó de nuevo sobre Sotillo. Pero, ¿a qué obedecían aquellas inexplicables campanadas?

Gloria no había sido la única persona alertada por la súbita puesta en marcha del reloj. A pesar de los tapones de cera que padecía en ambos oídos, el alcalde del pueblo también había escuchado las campanadas. En este caso, José María había sido sacado bruscamente de su sueño por el pertinaz y escandaloso golpear del martillo sobre la campana.

Él sí sabía que el reloj no había sido reparado aún. Y tras oír los primeros toques, un pensamiento le vino a la mente:
¡Vaya por Dios! Algún gracioso ha entrado en el Ayuntamiento...
Sin pensarlo dos veces saltó de la cama, dispuesto a remediar aquel inoportuno contratiempo. Pero, al abrir la puerta de su casa, comprobó con asombro que la llave de acceso al Ayuntamiento seguía colgada en el muro de la vivienda, tal y como tenia por costumbre.
En ese momento, para mayor desconcierto de José María, el reloj reanudó sus campanadas. Un escalofrío recorrió la espalda del alcalde...
¡No es posible!, pensó mientras, sin saber por qué, iniciaba la cuenta de esta segunda tanda de campanadas.
Y sigilosamente, en mitad de la oscuridad, salvó los escasos cincuenta pasos que separaban su casa de la fachada del Ayuntamiento.
Tal y como sospechaba, la puerta del edificio se hallaba sólidamente cerrada. Levantó el rostro hacía lo alto de la negra y afilada torreta de hierro que corona el Ayuntamiento, descubriendo con un creciente terror el rítmico movimiento del martillo, golpeando una y otra vez sobre la inmóvil campana de ochenta kilos.
¡Dios de los cielos! -murmuró-. ¿Cómo es posible?
Recorrió con la vista las ventanas y los pequeños ojos de buey del edificio, pero las tinieblas en el interior del caserón eran tan densas como en el exterior.
... Treinta... Treinta y una... Treinta y dos... Treinta y tres...
Al llegar a la campanada número 33, el martillo no volvió a levantarse. Y el silencio fue devorando el eco de aquel último y misterioso toque.
El reloj de Sotillo del Rincón -a pesar de encontrarse detenido desde hacía semanas- había hecho sonar su campana un total de 66 veces.

A la mañana siguiente, la confusión del alcalde -lejos de disiparse- fue en aumento. Al dirigirse a su trabajo echó una minuciosa ojeada a la fachada del Ayuntamiento. Las agujas del reloj seguían inmóviles, señalando la misma hora en que había quedado parado semanas antes: las cuatro y veinte. Y José

María se encogió de hombros. Pero, por más que lo intentó, no logró desviar de su mente aquel extraño suceso. ¿Cómo era posible que el vicio reloj -prácticamente muerto y con las pesas en el suelo, a doce metros de la maquinaria- hubiera podido activar la campana?
Su desconcierto fue creciendo cuando, sin poder contener la curiosidad, fue interrogando a sus convecinos. Ni uno solo -ni siquiera sus dos hermanas, que duermen en la misma casa- había oído las misteriosas campanadas... Aquello, sinceramente, resultaba casi más prodigioso que el largo e inexplicable toque. Todo el mundo en Sotillo, como ya cité anteriormente, tenía a gala dormir y contar a un mismo tiempo las sucesivas campanadas del anciano vigía. Y con más razón si los tañidos hubieran sumado nada menos que 66...
Y es más que probable que el alcalde hubiera zanjado y olvidado el incidente, de no haber sido por la oportuna intervención de la señora de la Casa Azul.
Aquella misma tarde del 2 de abril, Gloria -tan confusa como José María- interrogó a éste sobre las misteriosas campanadas.
-Al principio -le dijo- pensé que habías puesto en marcha el reloj. Pero esta mañana, al verlo parado...
El alcalde respiró aliviado. Al menos, otra persona en Sotillo había sido testigo, como él, del cada vez más desconcertante suceso.
A partir de esos momentos, un afilado presentimiento quedó enraizado en el espíritu de la señora de la Casa Azul. Si era físicamente inviable que la maquinaria del reloj se hubiera puesto en marcha, ¿quién había levantado el pesado martillo y golpeado -¡66 veces!- la campana? Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Qué mensaje se ocultaba tras aquella señal y por qué había sido oída únicamente por dos de los doscientos vecinos de Sotillo?
Gloria no podía imaginar en esos instantes que algunas de las respuestas a tales incógnitas no tardarían en llegar, y de la mano de un viejo amigo: Sinuhé.

Días más tarde, la señora de la Casa Azul -por motivos aparentemente ajenos y absolutamente divorciados de esta historia- se vio en la necesidad de emprender un viaje a su

antigua ciudad. Y tal y como tenía por costumbre, también en esta ocasión procuró reunirse con el reducido grupo de amigos que compartía sus inquietudes.
Sinuhé, espiritualmente unido a la familia desde hacía años, acudió feliz a la llamada de Gloria. Y fue precisamente en una de aquellas largas conversaciones donde el investigador -de pronto- escuchó de labios de la señora de la Casa Azul el oscuro misterio de las campanadas.
Ninguno de los asistentes a la tertulia, a excepción de Gloria, se percató del súbito nerviosismo de Sinuhé. Tampoco el inusitado interés del periodista por aquel curioso fenómeno y su inmediato torrente de preguntas alarmó excesivamente a los presentes. Aquella curiosidad, típica en el investigador de temas ocultos, resultaba normal para los que le conocían. Sólo Gloria, repito, con su finísima intuición, detectó en su buen amigo algo más que una simple curiosidad... Pero, concluido el primer y exhaustivo interrogatorio, Sinuhé desvió la conversación hacia otros derroteros, adoptando su ya clásica postura de frialdad.
Pocas horas después, la familia regresaba a Sotillo del Rincón, prácticamente ajena a la auténtica motivación de aquel viaje.
Por su parte, Sinuhé, procurando contener su creciente excitación, se entregó a la tarea de ordenar los primeros informes sobre el suceso de las campanadas. Sin embargo, en esta oportunidad, su habitual racionalismo y analítico sistema de trabajo, se vio perturbado desde el primer momento por una de las cuatro frases del mensaje, memorizado en presencia de su Kheri Heb:
LAS CAMPANAS -66- GUIARAN A SINUHÉ -6.
Sus primeras valoraciones y las correspondientes conversiones a números -siempre según la clave de Cagliostro- de los datos aportados por la señora de la Casa Azul resultaron inquietantes.
La suma de la fecha en que había tenido lugar el hecho (24-1984), de la hora en que sonaron las campanadas (01.40), de las propias campanadas (66) y de la hora que marcaba el reloj del Ayuntamiento (4.20) arrojaba un curioso y repetido número en aquel aparente galimatías: seis.
Por otro lado, guiado por una firme pero sutil mano invisible, Sinuhé sumó igualmente las letras que componen los nombres

de los únicos testigos del suceso: GLORIA y JOSÉ MARÍA. Y comprobó atónito cómo el resultado era, asimismo, ¡seis! Tentado estuvo de comunicarse con su Gran Maestro y adelantarle cuanto había averiguado. Pero su instinto terminó por doblegar aquel primer impulso. De haberlo hecho, quizá su Kheri Heb le hubiera aportado un nuevo y sospechoso dato que, lógicamente, Sinuhé no conocía aún: aquellas 66 campanadas habían sonado a los 66 días justos de recibirse en Arecibo el mensaje Ra...

Quizá fue lo mejor. 0 quizá no... La verdad es que Sinuhé, entregado ya en cuerpo y alma al enigmático asunto de las sesenta y seis campanadas de Sotillo del Rincón, no supo por qué dejó correr los dos meses que siguieron a la histórica madrugada del 1 al 2 de abril de 1984 sin hacer acto de presencia en la referida localidad soriana. De un lado, la propia fuerza de la investigación le empujaba desde el principio a viajar a Sotillo y verificar por sí mismo toda una serie de cabos sueltos. De otro, aquella presencia intangible que parecía acompañar y proteger al investigador desde siempre frenaba o torcía todos y cada uno de los intentos de Sinuhé de personarse en el lugar de los hechos.
Y el investigador -viejo conocedor del poder de la causalidad- se dejó guiar por la presencia que siempre velaba sus pasos...
Hasta que, en la noche del 4 de junio, una súbita llamada telefónica precipitó los acontecimientos. Ulla, amiga de Gloria y de Sinuhé, informaba a este último de la inesperada muerte de José Ignacio, marido de la señora de la Casa Azul.
En aquellos momentos de tristeza y desolación, el investigador, lógicamente, no alcanzó a descubrir que el fallecimiento y posterior enterramiento de José Ignacio guardaba una estrecha vinculación con la tercera frase del mensaje que él había memorizado: LA HIJA DE LA RAZA AZUL ABRIRÁ TIERRA EN 66 DÍAS...
Fue poco después del 6 de junio -fecha de la inhumación de los restos mortales del querido compañero de Gloria- cuando Sinuhé, casi por azar -¿o no fue por casualidad? -, detectó este nuevo indicio: desde la madrugada del 1 al 2 de abril, en que se

registró el tañido de la campana, hasta el citado enterramiento, habían transcurrido 66 días.
Ahora, la sospecha de Sinuhé había cristalizado ya en una certeza casi total: las 66 campanadas le habían guiado hasta la hija de la raza azul. ¿Qué otra conclusión podía sacar?
Y dos semanas más tarde -el 29 de junio-, el investigador entraba al fin en Sotillo del Rincón. Por supuesto, todas estas indagaciones -y las que estaba a punto de iniciar- eran mantenidas por Sinuhé en el más estricto secreto. Ni en aquella primera visita a Sotillo, ni en las siguientes, Gloria supo las verdaderas motivaciones que empujaban a su amigo a seguir investigando el suceso de las campanadas. Así lo exigía la disciplina de la Escuela de la Sabiduría y, sobre todo, el desarrollo de los fantásticos acontecimientos que iban a registrarse poco después...

Después de unos minuciosos y prolongados interrogatorios al alcalde y diversos vecinos de Sotillo, Sinuhé pudo confirmar por sí mismo la autenticidad del suceso. Unas campanadas que, a primera vista, escapaban de toda lógica.
Según le relató José María, a los pocos días de aquella enigmática madrugada, el reloj fue puesto en hora, funcionando con toda regularidad. Pero, como consecuencia de unas obras que se estaban llevando a cabo en el interior del Ayuntamiento, algunos cascotes habían caído sobre la maquinaria y el reloj volvió a detenerse. Para colmo de males, cuando trataron de abrir la puerta del edificio, la llave se quebró y parte de la misma quedó alojada en el interior de la cerradura, imposibilitando el acceso al Ayuntamiento.
Por esta razón, Sinuhé no pudo inspeccionar el interior del gran caserón y, lo que era más importante, la maquinaria del reloj. Este contratiempo irritó en cierta medida al investigador, que no acertaba a comprender entonces aquella sucesiva serie de lamentables y casi estúpidas circunstancias. Diecisiete días más tarde llegaría la respuesta a estas aparentes casualidades...
Ante la imposibilidad física de penetrar en el Ayuntamiento, Sinuhé se limitó en aquella primera visita a una meticulosa exploración del exterior, así como del entorno del citado Ayuntamiento.

Las agujas del reloj habían quedado ancladas en esta nueva paralización en las nueve menos seis minutos.
Sinuhé empujó la puerta pero, efectivamente, se hallaba cerrada. Levantó el rostro y divisó entre las hojas del frondoso tilo que crece frente a la fachada del Ayuntamiento la torreta de hierro, negra y sólida, que corona el tejado del edificio. En el centro de aquel armazón brillaba al sol la misteriosa campana. Sobre ella, Sinuhé observó también un pesado martillo, unido por una sirga metálica al camarote donde debía reposar la maquinaria.
El investigador fue inspeccionando, palmo a palmo, la totalidad de aquella rústica instalación. La campana, en efecto, parecía soldada a la estructura de hierro.
El viento -argumentó- no hubiera podido moverla...
En lo alto de la torreta, justamente en el vértice, aparecía una esfera, también de hierro forjado, con unas letras que Sinuhé no pudo distinguir con exactitud. Aquello animó aún más su curiosidad. Pero, por más que lo intentó, la considerable distancia que le separaba de la mencionada esfera y la posición de las letras -en lo que podríamos denominar el polo norte del globo metálico- hicieron inútiles sus esfuerzos por clarificar la nueva incógnita.
Sí distinguió en cambio, con toda nitidez, la fecha -1907- que adornaba la veleta situada inmediatamente por encima del globo de hierro.
De pronto, decenas de golondrinas y vencejos remontaron el vuelo, huyendo como un relámpago negro de la chopera que cercaba el Ayuntamiento.
Y Sinuhé, alertado por aquella súbita fuga de los pájaros, se dirigió al interior del sombrío bosquecillo.

Sinuhé se detuvo en la linde de la oscura arboleda. El sol corría ya hacia poniente, iluminando tan sólo algunas de las copas más altas. Por espacio de unos segundos, la mirada del investigador recorrió la espesa y desordenada vegetación que crecía entre los árboles. Todo parecía tranquilo.
Excesivamente tranquilo..., reflexionó.
En efecto. La nube de pájaros que revoloteaba habitualmente en el bosque había desaparecido. En su lugar, Sinuhé percibió un

silencio denso. Algo extraño ocurría. Por un momento, nuestro hombre pensó en la posibilidad de que aquel desacostumbrado silencio se debiera a la presencia en la chopera de alguna serpiente, tan frecuentes en aquellos parajes. Esta idea le erizó el vello. Y lentamente, adoptando toda clase de precauciones, comenzó a adentrarse entre la espinosa maleza.
Cada cuatro o cinco pasos, Sinuhé detenía la marcha, aguzando los oídos. Pero la única respuesta era el silencio; aquel silencio atronador, roto por el crujido de los helechos y cardos al quebrarse bajo los pies del investigador.
Al alcanzar el corazón del bosque, los ojos de Sinuhé, acostumbrados ya a la penumbra reinante, escrutaron minuciosamente su entorno. A escasos metros divisó un reducido calvero. Y sin saber por qué se dirigió a él.
Una vez en el centro del pequeño claro, Sinuhé se percató de otra circunstancia no menos extraña: la superficie del calvero se hallaba alfombrada por una especie de arena, casi blanca y sumamente delicada. La maraña vegetal que cubría el resto del bosquecillo quedaba bruscamente interrumpida en el perímetro de aquel claro. Sinuhé, en cuclillas, tomó un puñado de arena, procediendo a examinarla. Al extenderla sobre la palma de su mano, los casi microscópicos granos emitieron unos leves destellos. El investigador, tan sorprendido como maravillado, dejó caer la misteriosa arena, que formó al instante una deslumbrante cascada de luz. Pero, curiosamente, al volver a la superficie del calvero, aquellos gránulos perdían su fascinante luminosidad, adoptando la tonalidad cenicienta ya mencionada.
Durante un largo período de tiempo, Sinuhé jugueteó con la misteriosa arena, intentando desentrañar aquel enigma. Pero la creciente falta de luz hacia imposible un análisis detallado. Olfateó incluso los diminutos y refulgentes corpúsculos, aunque el resultado fue negativo. Y a punto estaba de tocarlos con la punta de la lengua cuando, de pronto, un escalofrío recorrió su espalda. Sinuhé tuvo la sensación de que alguien le observaba fijamente. Soltó la arena y, tratando de mantener la calma, fue incorporándose con lentitud. El vello de sus brazos y de su nuca había vuelto a erizarse. Ya no cabía duda: alguien -quizá un animal- se hallaba en los alrededores del calvero. Aunque el periodista era hombre acostumbrado en sus múltiples correrías

nocturnas a dominar el miedo, ese inconfundible sentimiento humano que nos advierte de un inminente peligro había hecho acto de presencia, una vez más, en el corazón de Sinuhé.
Y muy lentamente, centímetro a centímetro, el reportero fue girando sobre sus talones, buscando con la vista entre la negra espesura.
El silencio se había hecho insoportable. Todo a su alrededor parecía muerto. Fuera del tiempo. Por más que perforó las negras siluetas de los árboles y los perfiles informes de la floresta, no percibió sonido ni movimiento algunos. Su corazón, sin embargo, bombeando aceleradamente, seguía advirtiéndole de una presencia extraña. Pero ¿dónde?, se repetía sin saber a qué atenerse.
A los pocos segundos, Sinuhé sufrió un nuevo estremecimiento. Frente a él y a poco más de media docena de pasos vio cruzar una pequeña sombra, que desapareció precipitadamente por detrás de uno de los altos macizos de helechos. El investigador palideció. Su frecuencia cardiaca se disparó y el miedo empezó a secarle la garganta. En un intento por recuperar el dominio de sí mismo, trató de autoconvencerse de que, a juzgar por la escasa estatura de la sombra, quizá estaba siendo espiado por alguno de los niños del pueblo. Aquella posibilidad le tranquilizó a medias. Y haciendo acopio de valor, avanzó un par de metros, saliendo del calvero.
¿Y si fueran imaginaciones mías?, se preguntó. Pero el pensamiento fue rechazado de plano cuando descubrió el ligero balanceo de las rojizas y aserradas hojas de los helechos machos por donde había pasado la fugaz silueta.
Sinuhé escrutó el fondo del bosque, siguiendo con la vista la bar dirección que parecía llevar el hipotético niño. Pero aquella exploración visual resultó infructuosa. La sombra había desaparecido.
Sólo cabe una posibilidad -siguió razonando- ...Quizá se ha escondido entre los árboles...
Y dispuesto a salir de dudas, siguió avanzando.

Con el ánimo encogido, fue recorriendo el primer grupo de árboles, apartando lenta y cuidadosamente la maleza.

Al cabo de diez minutos, ante lo estéril de su búsqueda, el investigador, algo más sereno, suspendió el rastreo. Se encogió de hombros y echó mano de su paquete de tabaco. Pero, cuando estaba a punto de prender el cigarrillo, un súbito viento helado apagó el mechero. Sinuhé, paralizado por la sorpresa, no movió un solo músculo. En décimas de segundo, su cerebro planteó un solo interrogante:

¿Qué es esto?... ¿Un viento helado en pleno verano?

Y mecánicamente volvió a activar su encendedor. La pequeña llama azul osciló levemente y, casi al instante, otro chorro de aire gélido desbarató sus propósitos.

Esta vez, consciente de que aquella misteriosa corriente no podía ser natural, no intentó siquiera repetir la operación. El aire, de eso estaba seguro, procedía de lo alto. Y el miedo le invadió nuevamente. Algo o alguien se hallaba por encima de su cabeza. Y la imagen de la sombra corriendo veloz entre la espesura le vino de inmediato a su mente.

A pesar de aquellas dos bocanadas de hielo, la frente de Sinuhé comenzó a sudar copiosamente. Su instinto le empujaba a correr; a salir de aquel maldito bosque. Pero su curiosidad, una vez más, fue más fuerte. Y tragando saliva, levantó el rostro.

¡Jesucristo!...

A poco más de dos metros por encima de su cabeza, el aterrorizado investigador descubrió una figura monstruosa.

Ésa, al menos, fue su primera impresión.

Sobre una de las ramas bajas del árbol más próximo a Sinuhé se hallaba un ser de pequeña estatura. Aparecía en pie sobre la referida rama, sujeto al tronco con su mano derecha. Ambos brazos eran extraordinariamente largos y desproporcionados. El izquierdo, prácticamente pegado al cuerpo, llegaba más abajo de la rodilla. Tenía un cráneo voluminoso y en forma de pera invertida, con un rostro apenas perceptible.

Los ojos -en realidad parecían dos puntos u orificios oscuros, rodeados de una especie de circunferencia córnea y sobresaliente- estaban fijos en los de Sinuhé. Éste, paralizado primero por la sorpresa y por el pánico después, no acertó a reaccionar.

La escasa luz no le permitió fijar demasiados detalles. En un gesto instintivo, bajó el rostro, creyendo que era presa de alguna

alucinación. Pero, al dirigir de nuevo la vista hacia aquella cosa, ésta había desaparecido. En el cerebro de Sinuhé, sin embargo, seguía viva la imagen de aquel ser.
Confundido, el investigador trató de poner orden en sus pensamientos.
¿Qué está pasando?
Inexplicablemente, el miedo había desaparecido, desbordado ante la posibilidad de que aquello sólo hubiera sido una mala pasada de la mente de Sinuhé. ¿Cómo explicar si no la súbita desaparición del pequeño y monstruoso individuo?
Su siguiente impulso fue salir del bosquecillo. Y a punto estaba de hacerlo cuando, súbitamente y por el rabillo del ojo, creyó percibir una especie de fogonazo luminoso en el centro del calvero.
Al volverse, nuestro hombre quedó nuevamente petrificado.
¡Jesucristo!… Entonces, ¡no se trataba de una alucinación!.
Efectivamente, Sinuhé tenía ante sí a la pequeña criatura.
Pero ¿cómo ha podido…?
El hombrecillo -o lo que fuera- había surgido sin previo aviso en el centro geométrico del claro. Y Sinuhé, atónito, se agazapó entre los helechos, dispuesto a no perder un solo movimiento de tan extraordinario personaje.
La criatura, ligeramente inclinada sobre la arena del calvero, parecía ausente y como distraída. Tomó un puñado de aquel polvo y, acto seguido, incorporándose, extendió su largo brazo derecho, lanzando el contenido de la mano hacia uno de los árboles próximos. Pero, ante el asombro del reportero, de entre sus dedos no salieron los pequeños gránulos. La arena se había transformado en un finísimo hilo luminoso, formado por cientos, quizá miles, de minúsculos puntos de luz. Y en décimas de segundo, aquel resplandeciente haz blanco-azulado se hundió en la corteza del chopo, desapareciendo.
El ser contempló durante unos segundos el punto sobre el que había incidido el enjambre luminoso. En esos momentos, el investigador se percató de un nuevo y desconcertante detalle: el cuerpo del hombrecillo parecía transparente. A través de la criatura, Sinuhé podía ver los árboles situados al otro extremo del calvero.

E, inmediatamente, aquel ser se agachó, recogiendo un segundo puñado de arena. Y repitió la operación, pero esta vez sobre otro de los enjutos troncos que se levantaba en el filo del claro.
El nuevo fogonazo iluminó parte del calvero, así como el rostro y torso de la criatura. Y Sinuhé creyó distinguir una especie de escudo o emblema circular en el centro del pecho. A primera vista parecían tres círculos concéntricos. Pero, dado su progresivo nerviosismo, no hubiera podido asegurarlo.
Como si se tratara de un juego -o de un absurdo pasatiempo-, el pequeño ser fue repitiendo los lanzamientos, hasta un total de seis. Cada ráfaga luminosa se precipitó sobre un árbol distinto, de forma que, al concluir, seis de los troncos que formaban el perímetro del claro aparecieron ligeramente chamuscados.
Sinuhé, conteniendo la respiración, no prestó excesiva atención a las manchas negruzcas y humeantes que fueron surgiendo en las cortezas. La penumbra y la distancia, además, dificultaban su observación. La criatura, en cambio, sí parecía Interesada en el resultado de cada uno de los impactos. Y, como digo, al efectuar aquellas desconcertantes maniobras, repetía sus observaciones. Para el atónito testigo, lo subyugante era el increíble personaje que tenía ante sí. En una primera y precipitada deducción, el investigador lo asoció con uno de los tipos de humanoides o tripulantes de los ovnis, tan extensa y exhaustivamente estudiados por él. Aquel pensamiento le hizo vibrar de emoción. A pesar de sus muchos años de persecución, jamás había tenido la oportunidad de tropezar con estos seres. Y ahora, casualmente, se hallaba a poco más de cinco metros de uno de ellos...
Sin embargo, a juzgar por lo que llevaba observado, había algo que no terminaba de encajar en la mente de Sinuhé. Las características de la criatura -en especial su total transparencia no correspondían a las descripciones que había ido reuniendo sobre estos seres. Por otra parte, aquel rostro... Sinuhé no hubiera podido jurarlo pero casi estaba seguro de que carecía de nariz y boca. Su voluminoso cráneo y la corta estatura -quizá un metro- sí eran, en cambio, habituales en los testimonios sobre encuentros con esta variante de ocupantes de los objetos volantes no identificados. Sinuhé, en aquellos momentos, no podía sospechar que se encontraba ante una criatura mucho

más fantástica e, incluso, común -aunque pueda parecer un contrasentido- que los extraterrestres a quienes perseguía con tanto empeño...

Concluida la enigmática operación, la criatura giró lentamente, situándose frente al escondrijo de Sinuhé. Éste, más que ver, sintió cómo la mirada de aquellos ojos negros como la noche perforaba la maleza que le ocultaba, clavándose en los suyos. Y en la mente del investigador retumbó una voz clara y profunda extremadamente familiar:
¡Recuerda mi señal... La de Micael...!
Y el ser, sin dejar de mirar hacia el punto donde temblaba Sinuhé, cruzó ambas manos sobre el pecho. En ese momento, los tres círculos concéntricos que formaban aquella especie de escudo o emblema adquirieron una brillante tonalidad celeste que fue llenando el calvero, hasta el punto de ocultar con su cegadora luz la figura del hombrecillo.
Deslumbrado, el periodista protegió sus ojos con el brazo derecho. Pero, al igual que sucede cuando se mira fijamente al sol, en el cerebro del testigo quedó flotando una informe mancha negra.
El miedo se hizo más agudo y Sinuhé, instintivamente, retiró su brazo, tratando de no perder de vista al desconocido. Su sorpresa no tuvo limite. ¡La criatura había desaparecido por segunda vez!
Nuestro hombre forzó su mermada vista, en un afán por localizarla. Pero el claro, los árboles y la maleza aparecían desiertos. De aquel torrente luminoso, nacido de los tres círculos concéntricos, no quedaba el menor vestigio. Todo había vuelto a la normalidad. El prolongado y anormal silencio había finalizado y, en su lugar, el bosque recuperó su latido propio.
Sinuhé, todavía de rodillas, exploró la parte alta de la chopera, sin poder distinguir rastro alguno de la misteriosa aparición. Algunos pájaros habían vuelto a revolotear entre las ramas, llenando el lugar con sus acostumbrados trinos.
Durante algunos minutos, Sinuhé, que había terminado por incorporarse, permaneció confuso y con los ojos fijos en el claro. En su cerebro seguían sonando aquellas extrañas palabras, mezcladas ahora con un atropellado sinfín de preguntas.

... ¿Lo habré soñado?... ¿Qué me ha sucedido?... ¿Quién era ese ser?... ¡Recuerda mi señal!... Pero ¿qué señal?... ¡La de Micael!...
Aturdido, no supo nunca cuánto tiempo permaneció inmóvil frente al calvero. Al fin, cuando su espíritu recobró el ánimo necesario, un pensamiento le impulsó hacia la arena:
... Los árboles... Si todo ha sido fruto de una alucinación -se repitió a sí mismo mientras salvaba los escasos pasos que le separaban del claro-, los troncos seguirán intactos...
Y al pisar el misterioso polvo, un escalofrío le sacudió las entrañas. A metro y medio del suelo, seis de los doce árboles que cerraban el círculo presentaban una extraña marca.
Con la piel erizada, fue aproximándose a una de aquellas señales. Sobre la grisácea corteza del árbol habían quedado dibujados -o quizá sería más exacto grabados- tres oscuros círculos concéntricos, con un diámetro total de unos diez centímetros.
Adoptando todo tipo de precauciones, exploró las circunferencias, comprobando que, en efecto, se trataba de sendas y profundas quemaduras. Rozó las estrechas franjas negras con las yemas de los dedos, pero se hallaban frías, al igual que el resto del árbol.
¿Cómo puede ser -se preguntó, dirigiéndose a otra de las marcas-, si hace unos minutos todavía humeaban?... ¿0 no ha sido cuestión de minutos?
Consultó su reloj. Y su espíritu se tranquilizó. Apenas si había transcurrido media hora desde que se decidió a penetrar en el bosquecillo.
Una a una fue examinando las señales. Todas eran idénticas, y todas, curiosamente, se encontraban a la misma distancia del suelo y equidistantes del centro del calvero. Pero ¿por qué? ¿Qué significaban aquellos tres círculos concéntricos? Y, sobre todo, ¿quién era aquella criatura? ¿Es que existía alguna relación con el suceso de las 66 campanadas?
Movido por su insaciable curiosidad se arrodilló sobre la delicada arena y, tomando un puñado, se dispuso a repetir la maniobra que había visto ejecutar al hombrecillo.

Al ser retirados de la superficie del calvero, aquellos miles de diminutos corpúsculos volvieron a destellar en la palma de la

mano de Sinuhé. Y sin poder contener su emoción, los arrojó contra uno de los troncos que no había sido marcado por la criatura. Pero, desilusionado, comprobó cómo la ráfaga luminosa se estrellaba sobre la corteza, cayendo dulcemente. Nada había ocurrido. Y encogiéndose de hombros, extrajo su pañuelo, guardando en él una pequeña porción de aquel polvo desconocido.
Lanzó una última mirada al bosque y, con paso presuroso, abandonó la espesura.
En la aldea, todo seguía su habitual y sencillo curso. Nadie, ni siquiera la señora de la Casa Azul, había advertido nada anormal. Y Sinuhé, tras formular algunas discretas preguntas a los vecinos más próximos al bosquecillo, se convenció de que el insólito encuentro con aquella criatura sólo había sido presenciado por él. Esta circunstancia, lejos de tranquilizarle, multiplicó, si cabe, su desconcierto. Y poco faltó para que, a lo largo de aquel atardecer, en el transcurso de un sosegado paseo por los alrededores de Sotillo, Sinuhé revelase a Gloria cuanto había visto. Su sentido de la disciplina, sin embargo, congeló una vez más sus deseos. Antes era preciso informar a su Kheri Heb... Y siguiendo el plan previamente establecido, abandonó Sotillo, ultimando las investigaciones programadas. En un intento por apurar las posibles e hipotéticas -cada vez más hipotéticas- explicaciones racionales, que quizá hubieran podido justificar las 66 campanadas, el miembro de la Escuela de la Sabiduría se dirigió primero al Observatorio Meteorológico de Soria. Y fue el propio jefe del centro, Ricardo García Acinas, quien le confirmaría que aquella
madrugada del 1 al 2 de abril de 1984 no había sido registrado fenómeno meteorológico alguno capaz de provocar las mencionadas 66 campanadas. El viento, del Oeste y con una velocidad de diez kilómetros a la hora -quizá en la zona de Sotillo fuese algo superior, manifestó el meteorólogo-, jamás hubiera podido mover la masa de la campana, firmemente soldada a la torreta, y, muchísimo menos, levantar, ni siquiera una sola vez, el pesado martillo de hierro.
En una segunda investigación, el Instituto Sismológico, con sede en la ciudad de Toledo, ratificaría lo que ya sospechaba Sinuhé: ...en esa noche -le anunció el propio director, Gonzalo

Paz-, nuestros equipos no detectaron movimiento sísmico alguno en nuestro país.
Cuando Sinuhé le interrogó sobre la intensidad necesaria para que un terremoto pueda mover y hacer sonar una campana, el director del instituto fue claro y rotundo: Sería menester un movimiento de grado 4 en la escala de Mercali.
Aparentemente, al menos, las 66 campanadas no tenían una explicación satisfactoria. Y Sinuhé estimó que había llegado el momento de celebrar una nueva entrevista con su Kheri Heb...

En los primeros días de aquel mes de julio de 1984, Sinuhé utilizó el código secreto de la Escuela de la Sabiduría, concertando una segunda reunión con su Gran Maestro en Madrid. El Kherii Heb escuchó atentamente el minucioso relato del soror, quien, al finalizar su exposición, entregó al alto funcionario israelí un pequeño frasco de cristal con la misteriosa arena recogida en el bosque de Sotillo. El Maestro de la Logia secreta se limitó a observar en silencio el blanco contenido del recipiente. Y Sinuhé, sin poder contener su curiosidad, trató de forzar una respuesta; una explicación, cuando menos, que disipase las brumas que cubrían su cerebro:
-Maestro..., es un hecho evidente y objetivo que esas sesenta y seis inexplicables campanadas me han conducido, quizá, hasta la hija de la raza azul. Y no es menos cierto y comprobable que la señora de la Casa Azul ha abierto la tierra en sesenta y seis días. A pesar de todo, ¿cómo podemos estar seguros de que, en efecto, se trata de la persona que buscamos?
El Kheri Heb sonrió y, tomando el sobre blanco enviado por el Consejo Supremo de la Hermandad, extrajo los dos documentos contenidos en el mismo. Sinuhé, como se recordará, conocía el texto de uno de ellos. El Gran Maestro, sin embargo, no le había hablado del segundo.
-Por expreso deseo de la Orden -manifestó el Kheri Heb señalando el enigmático documento-, ninguno de los hermanos que ha participado en esta misión fue advertido de una información que complementaba la búsqueda y que, por razones de seguridad, sólo podía ser revelada al Sinuhé que

verdaderamente fuera guiado por las sesenta y seis campanadas.
Sinuhé advirtió un brillo de alegría en los Ojos de su Maestro.
-...El elegido -prosiguió, al tiempo que daba lectura al documento- recibirá ne-ce-sa-ria-men-te...
Y el Kheri Heb se recreó en cada una de las sílabas de aquella palabra.
-...Recibirá ne-ce-sa-ria-men-te, la señal y bandera de Micael, el Hijo Creador del Paraíso.
El Maestro aguardó la reacción del discípulo.
-¿La señal y bandera de Micael?... Entonces -repuso Sinuhé golpeando la mesa con la palma de la mano-, la voz que escuché en mi cerebro...
El Maestro asintió con la cabeza.
-Pero, ¿cuál es esa señal?
El impaciente miembro de la Escuela de la Sabiduría no dejó intervenir al Kheri Heb. Y palmeando la mesa por segunda vez, se respondió a sí mismo:
-¡Jesucristo!... ¡Los tres círculos concéntricos! Ahora comprendo -balbuceó ante la divertida mirada del israelí-. Aquella criatura..., sí..., aquella criatura me comunicó algo: Recuerda mi señal... La de Micael.
Sinuhé, sin poder disimular la contrariedad que le producía no haber captado mucho antes el oculto significado de aquel mensaje, bajó los ojos, avergonzado. Él sabía, como miembro de la Orden, quién era y qué representaba Micael. Y conocía también cuál era la señal y bandera del Hijo Creador del Paraíso: tres círculos azules y concéntricos sobre un fondo blanco.
El Kheri Heb no dejó que se viera arrastrado por el abatimiento.
-Querido Sinuhé: tú no podías saber que esa criatura era lo que la Escuela de la Sabiduría denomina un median... Pero permíteme que prosiga según el plan establecido por el Gran Consejo Supremo de la Hermandad.
Y el Maestro centró su atención en el documento secreto. Al concluir su lectura, se dejó caer sobre el negro y brillante respaldo de cuero del asiento y, adoptando un tono relajado, dio comienzo a un relato que Sinuhé no podría olvidar jamás.

-Hace ya varios años, estimado Sinuhé, los astrónomos detectaron un astro desconocido que se aproximaba a nuestro sistema solar. La noticia fue divulgada en su momento, pero muy pocas personas (a excepción de algunos Observatorios y de nuestros Kheri Hebs) le prestaron atención. Hoy, concretamente desde el pasado 27 de enero, sabemos que ese cuerpo celeste (bautizado por los astrónomos con el nombre de Ra-6 666) no es un astro como los demás...
Sinuhé, pendiente de la narración, no terminaba de entender. Pero se contuvo.
-...Pues bien, en la madrugada de ese 27 de enero, siguiendo instrucciones del Gran Consejo Supremo, dos radioastrónomos de Arecibo, miembros como nosotros de la Escuela de la Sabiduría, enviaron un mensaje secreto a Ra-6 666. La respuesta (tal y como reza uno de nuestros papiros más antiguos y sagrados) no se hizo esperar. Ra transmitió al radiotelescopio una clave que tú conoces y que ya ha sido resuelta felizmente.
El Maestro percibió una oleada de preguntas en los ojos del soror y, rogándole calma con ambas manos, prosiguió:
-Un momento, Sinuhé. Es mejor que escuches primero cuanto tengo que decirte. Ese mensaje, como te decía y sabes, consta de cuatro frases. La segunda y tercera (LAS CAMPANAS –66- GUIARAN A SINUHÉ -6 y LA HIJA DE LA RAZA AZUL ABRIRÁ TIERRA EN 66 DIAS -6) han sido puntualmente cumplidas. En cuanto a la primera y última frases (Ra-6 666 ABRIRA EL NUEVO TIEMPO -6 y EL JUICIO DE LUCIFER -666- HA LLEGADO -6), esto es lo que el Consejo Supremo de la Escuela de la Sabiduría me autoriza a revelarte.
El Kheri Heb varió el tono de la voz y, a manera de inciso, comentó:
-Debo aclararte que, si una vez conocida esta segunda misión que la Orden desea poner en tus manos, tu respuesta es negativa, deberás olvidar cuanto sabes...
El investigador, sin dudarlo, asintió con la misma firmeza con que su Maestro había llevado a cabo tal aclaración.
-Perfectamente. Prosigamos... Como venía diciéndote, de acuerdo con la interpretación del Gran Consejo, la presencia de ese astro intruso representa (tal y como se desprende del

sentido de la mencionada y primera frase del mensaje) que la Humanidad de este planeta en el que vivimos está a punto de abrir o iniciar un nuevo tiempo. Un tiempo (fíjate bien en esto, Sinuhé) que tiene mucho que ver con Ra y, sobre todo, con el juicio al que está a punto de ser sometido nuestro antiguo Soberano Sistémico: Lucifer. Tú has aprendido, a través de las enseñanzas de nuestro Templo, cuál es la organización administrativa de los siete superuniversos. La Hermandad te ha mostrado el maravilloso plan divino del Padre Celestial y de sus hijos descendentes y ascendentes en el inevitable camino de la Perfección. Pero los conocimientos de la Escuela de la Sabiduría siguen siendo limitados. Hay miles de preguntas que seguimos haciéndonos y que tú mismo has expuesto en muchas de las reuniones con el resto de los sorors. Ahora, al fin, tenemos ante nosotros la irrepetible oportunidad de saciar parte de esa sed de conocimiento...
El Kheri Heb, con un creciente entusiasmo, procedió a formular ante Sinuhé una serie de interrogantes que electrizó igualmente al perplejo miembro de la orden secreta: ...Por la gracia de los Ancianos de los Días, querido Sinuhé, se nos brinda la posibilidad de conocer quién es en verdad Lucifer... ¿Por qué se rebeló? ¿Cuáles fueron las causas y razones de su levantamiento? ¿Hasta qué punto fue grave su desobediencia? ¿A quiénes arrastró? Y, por encima de todo ello, ¿qué repercusiones tuvo dicha rebelión para nuestro mundo? ¿Qué hay de cierto o de simbología en lo poco que cuenta la Biblia?...
Sinuhé, desbordado, interrumpió a su Kheri Heb con una única y lógica pregunta:
-Pero, Maestro, ¿quién tiene el poder para despejar esos misterios?

La fría pregunta de Sinuhé contribuyó -y no poco- a estabilizar el cada vez más caldeado entusiasmo de su Maestro. Éste, después de inspirar profundamente, comprendió que no debía precipitarse. Y con gran alivio por parte de su discípulo, se ajustó a las preguntas concretas que éste había empezado a plantearle:
-Estas y otras muchas interrogantes, querido hermano, pueden ser desveladas por la hija de la raza azul y por tí mismo,

Sinuhé... si aceptáis la misión que Ra ha transmitido a la Escuela de la Sabiduría.
-Un momento... -le interrumpió Sinuhé nerviosamente-, ¿qué o quién es Ra?
-Como te había empezado a exponer, para los observatorios astronómicos sólo se trata de un astro periódico, con una órbita cíclica de 6 666 años y que el 27 de enero pasado cruzó la órbita de Plutón, en un preocupante viaje hacia nuestro planeta o, quizá, hacia el Sol...
Sinuhé palideció.
-...Para nosotros, en cambio -prosiguió el Kheri Heb en un tono tranquilizador-, Ra es mucho más. Sabemos que no es un cuerpo sideral como otro cualquiera. Seres altamente evolucionados y responsables de la administración de nuestro universo local de Nebadon dirigen y controlan a Ra: una de las magníficas esferas artificiales que rodean habitualmente a Jerusem, la capital (como sabes) de nuestro sistema. Y tal como consta en nuestros papiros sagrados (los de la Quinta Revelación) Ra se desplaza por nuestro sistema de satania cada 6 666 años terrestres, con muy diferentes misiones. A nosotros, en estos momentos, nos ha tocado en suerte ser testigos (y protagonistas, si aceptáis la misión) de una nueva ronda de la rueda de Ra.
Sinuhé, como discípulo de la Orden, había estudiado los papiros sagrados denominados de la Quinta Revelación -a los que me referiré en breve-, pero, a pesar de ello, seguía confuso.
-¿Y qué relación existe entre la primera frase del mensaje (RA-6 666 ABRIRÁ EL NUEVO TIEMPO) y la última: EL JUICIO DE LUCIFER -666- HA LLEGADO?
-Como sabes a través de tus estudios, el tiempo es un concepto psicológico, cuyo valor cambia, según el lugar desde donde se mida. Para nosotros (los mortales), un año en el planeta Tierra equivale a 365 días y 1/4. Pero ese concepto del tiempo no es igual para los seres que habitan nuestro universo local o cualquiera de los siete superuniversos y, por supuesto, para las altas jerarquías del Universo Central de Havona, sede de la isla Eterna del Paraíso. Pedro lo dice con extrema puntualidad en su segunda carta (3.8): Amadísimos, no se oculte, sin embargo, una cosa: un día es ante Dios como mil años y mil años como

un día. Quiero decirte, con esto, que (según la interpretación del Consejo Supremo de la Orden) el inminente juicio a Lucifer abrirá un tiempo nuevo para nuestro mundo y para todos aquellos que fueron arrastrados en la rebelión. Aunque para esta Humanidad ascendente y evolucionaria hayan podido pasar cientos de miles de años desde aquella desgracia, para los muy altos seres que rigen los superuniversos ese tiempo es prácticamente insignificante. Y el hecho objetivo y fascinante es que (por razones que se nos escapan) la Divinidad está a punto de juzgar al gran rebelde. Ello puede significar el final de la cuarentena que sufre la Tierra desde el instante en que el entonces príncipe planetario (Caligastía) decidió unirse a la insurrección de Lucifer. Una cuarentena que, como tampoco ignoras, sólo ha supuesto aislamiento, dolor y retraso para este desgraciado mundo...
-Maestro -se lamentó Sinuhé-, sigo sin comprender qué tiene que ver todo esto con la hija de la raza azul y conmigo mismo.
El Kheri Heb acudió de nuevo al segundo documento y repuso:
-En esta información secreta, complementaria de la que ya conoces, el Consejo Supremo de la Escuela de la Sabiduría nos informa de una serie de hechos que trataré de resumirte: una vez localizada la hija de la raza azul, y como compensación a los muchos sufrimientos experimentados por este planeta como consecuencia de la rebelión, los Ancianos de los Días han dispuesto que nuestra Humanidad (al igual que las de los mundos que fueron igualmente arrastradas por los rebeldes) pueda estar representada en el mencionado juicio de Lucifer. Esa representación sólo podrá ser ostentada, y muy justamente, por un descendiente vivo de la raza más noble de cada uno de esos planetas, actualmente en cuarentena. Ra señaló en su momento quién era ese representante humano (la hija de la raza azul) y la forma para identificarla: las campanadas...
-¿Asistir al juicio de Lucifer?...
Sinuhé, puesto en pie, formuló aquella nueva pregunta con incredulidad.
Pero sus sorpresas no habían hecho más que empezar...

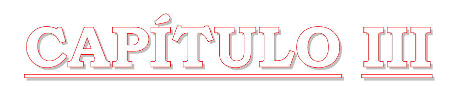
El Maestro, con rostro grave, le rogó que se sentara.

-Sí, tú lo has dicho. Y esta delicada misión tiene una primera fase de la que (si ambos aceptáis) nuestra Orden y el mundo entero podrán obtener cumplidas respuestas a muchos de los interrogantes que te formulaba hace un momento... Recuerda que la Humanidad apenas sabe nada de los motivos reales de aquella revuelta celestial y de sus consecuencias.
-Y bien -planteó nuevamente el investigador-, ¿en qué consiste esa primera fase de la misión y qué papel me toca a mí?
-Como tú mismo has observado, la hija de la raza azul no es consciente de su verdadera identidad. Han transcurrido cientos de miles de años desde la rebelión y el paso del tiempo ha borrado todo vestigio de aquellos sucesos y de los seres que intervinieron directa e indirectamente. Ella, lógicamente, ignora quiénes fueron sus remotos antepasados (los hombres de la raza azul) y la trascendental misión que desempeñó en la Tierra la primera pareja de esta singular estirpe: Adán y Eva.
Al escuchar estos nombres, Sinuhé sintió un escalofrío.
-...Pues bien, tu misión (antes que la hija de la raza azul decida o no asistir al gran juicio) consiste en prepararla y, llegado el momento, suponiendo, repito, que asumas esta responsabilidad, acompañarla...
-¿Yo?... ¿Acompañarla yo al juicio de Lucifer?
Sinuhé, sin poder contenerse, se vio asaltado por un ataque de risa. Su Kheri Heb, consciente de la tensión que venía soportando, dejó que el soror aliviara su ánimo.
-Lo siento, Maestro -repuso al fin, haciendo un esfuerzo por serenarse-. No he podido evitarlo... Sabes que no tengo madera de héroe. Sólo soy un hombre atormentado que se desprecia a sí mismo. ¿Por qué precisamente yo?...
-Podría responder en parte a esa cuestión -argumentó el Maestro-, pero no lo haré..., de momento. Si aceptas la misión habrá alguien mucho más importante que yo que podrá satisfacer tu curiosidad. Pero sí voy a intentar aclarar tu anterior pregunta. ¿Acompañar tú a la hija de la raza azul al juicio de Lucifer? Pues sí y no. En primer lugar (y de acuerdo con los planes superiores), una vez finalizado el entrenamiento de la hija de la raza azul, tu misión habrá terminado..., a no ser que, libre y voluntariamente, aceptes unirte a la elegida para localizar los archivos secretos de IURANCHA. Ése será el final de

esta primera fase de la misión. Sólo entonces, cuando dichos archivos hayan sido descubiertos, empezará para la hija de la raza azul (y quizá para ti) la segunda y última parte de esta apasionante aventura: la asistencia al referido juicio de Lucifer.
-¡Los archivos secretos de IURANCHA!
Sinuhé pronunció aquellas palabras en un tono reverencial. Él sabía que nuestro planeta es conocido en el Universo, no como la Tierra, sino como IURANCHA. Y había estudiado igualmente que, tras el caos producido por la rebelión, los archivos secretos del mundo -con toda su Historia- habían caído en poder de los rebeldes. Amparados por la rígida cuarentena decretada sobre IURANCHA, los leales a Lucifer y Caligastía habían ocultado este inmenso tesoro a los ojos de los legítimos propietarios: los humanos autóctonos de IURANCHA. De esta forma, manteniendo a la Humanidad ajena y alejada de la Verdad, sus posibilidades de control y dominio de los pueblos seguían en pie, sembrando la duda, la confusión y la ignominia entre los ciegos y desdichados pobladores del planeta.
La Escuela de la Sabiduría había tenido conocimiento de la existencia de estos archivos secretos, a través de los papiros de la Quinta Revelación. Pero, hasta este momento, todos los intentos por descubrirlos y rescatarlos habían fracasado.
Sinuhé asintió con la cabeza. Ahora sí empezaba a comprender. ¡Los archivos secretos...!

Y vibrando de emoción, aceptó.
-Haré cuanto esté en mi mano. Pero ¿por dónde debo empezar?
El Kheri Heb, sonriente, se dirigió a la caja fuerte, regresando con un gran sobre cerrado. Lo puso en las manos de su discípulo, diciéndole:
-Aquí tienes la información precisa para iniciar el adiestramiento de la hija de la raza azul. Estúdiala meticulosamente. Parte de la misma te ha sido ya revelada por el Templo. El resto, y dada la naturaleza de la misión que acabas de asumir, ha sido expresamente autorizada por el Gran Consejo. No te sorprendas por lo que estás a punto de conocer... Guárdalo en el fondo de tu corazón y procura hacer buen uso de ello. Deberás transmitir esos conocimientos a la elegida de Ra. Cuando lo estimes oportuno, regresa junto a ella e inicia su

preparación. Difícilmente podría asistir al juicio de Lucifer, si antes no se ha hecho la luz en su espíritu. Pero esa luz no se encuentra únicamente en este conocimiento que te entrego. Una vez terminado este primer entrenamiento, la hija de la raza azul, y tú mismo, deberéis coronar vuestra preparación con la búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA y con la Verdad que encierran.
El investigador acarició el lacre rojo que sellaba el gran sobre y en el que aparecía el escudo de la Logia, una serpiente enroscada entre dos ojos... Y así permaneció, pensativo, durante un largo rato.
Por último, levantando sus ojos hacia el Maestro, preguntó:
-¿Y si la hija de la raza azul no acepta?
El Kheri Heb pareció sorprendido.
-Y tú, que la conoces, ¿dudas de eso?
El Maestro, una vez más, llevaba razón. Sinuhé sabía que Gloria no era de esa clase de personas que retrocede ante las dificultades o los desafíos. En el fondo era como él...
-¿Tienes más preguntas?
-Sí, claro -dudó Sinuhé-. Una vez concluido el adiestramiento, ¿cómo sabremos...?
El Maestro señaló el sobre y repuso:
-Sigue las instrucciones. Ya te he anunciado que otra personalidad, mucho más importante que yo, os abrirá el camino...
El periodista se puso en pie y, antes de estrechar la mano de su Kheri Heb, comentó casi para sí:
-Una personalidad, supongo, que tiene mucho que ver con Ra...
Pero el Maestro, con una sonrisa de complicidad, se limitó a contestar:
-¡Suerte, Sinuhé!... Y que la fuerza y la sabiduría del Generador te acompañen. Esperaré impaciente tu feliz regreso.



LA QUINTA REVELACIÓN

A las pocas horas de esta nueva y secreta entrevista, Sinuhé, una vez más, se vio asaltado por las dudas. Al examinar el contenido del sobre lacrado, su entusiasmo inicial se esfumó casi por completo. En su mente, fruto, sin duda, de su afilado sentido crítico, terminó por instalarse una idea que a punto estuvo de apearle de aquella aparentemente descabellada misión:

¿Me estaré volviendo loco...?

Y a regañadientes, obligado tan sólo por la promesa hecha ante su Maestro, volvió una y otra vez sobre la información que debía transmitir a la hija de la raza azul. El Templo del Consejo Supremo de la Escuela de la Sabiduría había puesto en sus manos parte de los denominados papiros sagrados de la Quinta Revelación. Unos textos remotísimos que Sinuhé, en su calidad de soror, había ido conociendo paulatinamente, al igual que el resto de los miembros de la Logia. La primera parte de esta documentación -la concerniente a la Organización Administrativa del Universo Central y de los Superuniversos- era sobradamente familiar para el investigador. No así la segunda que, bajo el sugestivo título genérico de La Primera Familia Humana en IURANCHA, daba a conocer una insólita y fascinante versión de los primeros seres humanos sobre el planeta Tierra. Una narración revelada, al igual que el resto de los papiros sagrados, por una pléyade de autoridades celestes, tan enigmáticas y desconcertantes como el contenido de dichos papiros. Esta hipotética paternidad celeste había sido motivo, en multitud de ocasiones, de duros enfrentamientos entre Sinuhé y los restantes sorors de la Logia. Para el investigador, la formidable lógica de tales papiros no justificaba la rotunda aceptación de los mismos por parte de la Orden y, mucho menos, su carácter de revelados. Y fue esta circunstancia la que, una vez concluido el estudio de estos informes sobre la Historia de IURANCHA, espoleó nuevamente su curiosidad. Sinuhé, a pesar de todo, no podía arrinconar las últimas experiencias vividas en la aldea de la hija de la raza azul.

Sea como fuere -se dijo a sí mismo-, quizá la solución a estos interrogantes esté precisamente en esa loca y absurda búsqueda de los archivos secretos...

Y algo más animado, se dispuso a viajar a Sotillo y a transmitir a su amiga cuanto le había sido encomendado.

La señora de la Casa Azul, y cuantos conocen a Sinuhé, no se sorprenden ya ante las súbitas apariciones y desapariciones del investigador. Por ello, la nueva e inesperada visita de su amigo y hermano no constituyó motivo de extrañeza. Sin embargo, a los pocos minutos de su llegada, Gloria había percibido ya en los ojos de Sinuhé aquella luz característica, inconfundible cuando el investigador era portador de algo importante. Pero la hija de la raza azul, con su habitual prudencia, dejó que fuera él quien tomara la iniciativa.
Y esa misma noche, sentados en el porche de la Casa Azul y bajo un cielo blanqueado de estrellas, Sinuhé le rogó que prestara atención.
-Querida amiga -comenzó sin saber exactamente por dónde iniciar su exposición-, no me preguntes, de momento, quién me ha facilitado la información que debo transmitirte. Cumplo una misión en la que tú, precisamente, si das tu consentimiento, deberás jugar un papel de extrema importancia...
Gloria, sin perder su cálida sonrisa, animó a su amigo para que prosiguiera.
-Por supuesto, te quedaría muy agradecido si, a lo largo de cuanto voy a relatarte, me formulas las dudas que estimes necesarias.
Y con el espíritu favorecido por la intensa paz que reflejaba el rostro de su amiga, señaló las rústicas tapas azules del libro que reposaba sobre sus rodillas.
-No voy a ocultarte mis propias dudas -añadió- sobre el contenido de estos documentos. Fueron revelados, según mis informaciones, por unos seres de los que tú has oído hablar... Pero empecemos por el principio. Según esta revelación, ese universo que contemplamos -manifestó Sinuhé dirigiendo la mirada hacia el inmenso y apretado brazo blanco de la Vía Láctea- no es otra cosa que una mínima y casi ridícula fracción de todo un universo Maestro (también llamado Universo de los Universos) y que reúne la totalidad del espacio astronómico. Este Universo Maestro está conformado, de un lado, por el que estos seres califican de Gran Universo (habitado o habitable) y,

por otra parte, del Espacio Exterior, todavía inhabitable, con sus zonas anulares de espacio impenetrado y alternando con otras áreas de espacio penetrado por múltiples circuitos energéticos.
Sinuhé levantó la vista del libro que había empezado a leer y observó a la hija de la raza azul. Ésta, con los ojos cerrados, seguía atentamente las explicaciones de su amigo.
-Estas zonas penetradas -prosiguió- están formadas por inmensos universos en formación que los telescopios y radiotelescopios van descubriendo poco a poco. En este Universo Maestro, como te decía, existe el llamado Gran Universo, que es en realidad el verdadero objetivo de esta información. Dicho Gran Universo se encuentra, a su vez, subdividido en departamentos administrativos. Y quiero recalcarte este concepto: departamentos administrativos, para que no caigas en el error de asociarlos con divisiones puramente astronómicas. Pues bien, hecho este inciso, prosigo: esos departamentos puramente administrativos se hallan organizados según el sistema decimal, con una excepción septenaria en el vértice.
Resumiendo extraordinariamente te diré que este Gran Universo en el que vivimos lo forman un Universo Central, llamado Havona y centrado alrededor de la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso, y un total de siete superuniversos que giran alrededor de Havona siguiendo una trayectoria elíptica enormemente alargada y muy plana.
Sinuhé hizo una nueva pausa. E intentando que su exposición fuera lo más asequible y lógica posible, saltó intencionadamente las páginas en las que se hablaba de esa misteriosa Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso.
-Si me lo permites -continuó, retomando el hilo de la lectura-, te hablaré ahora de esos siete superuniversos que gravitan en torno al Universo Central de Havona. Cada uno de ellos se encuentra dividido, ad-mi-nis-tra-ti-va-men-te hablando, de la siguiente forma:
10 sectores mayores, cada uno de ellos con 100 sectores menores. A su vez, cada sector menor con un total de 100 universos locales, creados o por crear.

Cada universo local consta de 100 constelaciones (creadas o por crear) y, por su parte, cada constelación la integran 100 sistemas.
Por último, cada sistema reúne alrededor de 1000 planetas, creados o por crear.
Si hacemos números (y siempre según esta revelación), cada uno de los siete superuniversos dispone de:
10 sectores mayores
l 000 sectores menores
100 000 universos locales
10 000 000 de constelaciones
1 000 000 000 de sistemas y, aproximadamente, un billón de planetas habitados o habitables en el futuro.
Sinuhé, consciente de la extrema dificultad que suponía una primera asimilación de estas cifras mareantes, prefirió guardar silencio durante algunos segundos.
-Intenta sujetar tu emoción -le recomendó Sinuhé-, porque apenas si hemos comenzado...
Cada una de esas divisiones administrativas se halla regida por una capital, sede del correspondiente Cuartel General Administrativo. Estos planetas-capitales, así como sus satélites inmediatos, no son mundos naturales. Todo lo contrario: se trata de esferas arquitecturales o artificiales, construidas según normas específicas preestablecidas por los llamados Maestros Arquitectos del Universo. Cada planeta-capital está dotado de los medios necesarios para vivir en la belleza y asegurar las funciones propias de una capital de estas características.
IURANCHA, verdadero nombre de nuestro mundo, a diferencia de esas esferas artificiales, y al igual que otros millones de planetas, fue arrancada de la masa solar gaseosa y solidificada muy lentamente, con innumerables aportaciones de meteoritos, tal y como marcan las leyes de la Naturaleza.
Pues bien, de acuerdo con esta revelación, nuestro planeta (IURANCHA), está ubicado en el séptimo superuniverso, llamado Orvonton, y cuya capital es Uversa. El núcleo central de este séptimo superuniverso es nuestra Vía Láctea.
Gloria, con los ojos cerrados, no llegó a descubrir la casi imperceptible mueca de incredulidad que había provocado aquella última frase en el rostro de Sinuhé. El investigador no

pudo comprender jamás cómo el núcleo central de todo un superuniverso con 100 000 universos locales y diez millones de constelaciones, podía estar formado por una simple galaxia... Porque eso es la Vía Láctea. Pero, fiel a su cometido, prefirió silenciar sus dudas.
-Según estos documentos -continuó-, nuestro sector mayor se llama Splandon, y su capital, Umajor la Quinta. Por su parte, nuestro sector menor, denominado Ensa, tiene por planeta-capital a Uminor la Tercera.
Pero centrémonos en el capítulo que más nos interesa: los universos locales. Entre esos cien mil que abarca el séptimo superuniverso Orvonton, el nuestro (llamado Nebadon) tiene su capital o cuartel general en Salvington. Estos universos locales constituyen las divisiones administrativas de mayor importancia dentro de cada superuniverso. Nebadon, como el resto, comprende cien constelaciones. Nosotros (IURANCHA) nos hallamos en la constelación de Norladiadek. Su capital es Edencia... Recuerda bien este nombre, Edencia, porque tiene mucho que ver con otro asunto de vital importancia: el jardín de Edén...
La hija de la raza azul abrió los ojos, sorprendida. Y musitó el nombre de Edencia.
-Sigamos. Esta constelación de Norladiadek reúne cien sistemas. No se trata de sistemas solares, como podría ser el nuestro, sino de todo un conjunto de soles, con sus correspondientes cortejos planetarios. Y, de esos cien sistemas, el nuestro lleva el número 24. Es conocido fuera de la Tierra como el sistema de Satania. Su planeta-capital es Jerusem. Satania (siempre según esta Quinta Revelación), cuenta actualmente con 619 mundos habitados. IURANCHA figura con el número sistémico 606. Generalmente no suele haber más de uno o dos planetas habitados en cada sistema solar...
Sinuhé observó nuevamente a Gloria, que empezaba a inquietarse ante la lógica dificultad de retener tantos nombres y cifras.
-No te preocupes -le dijo-, una vez terminada mi exposición, podrás disponer de estos documentos y estudiarlos a fondo. Como te decía, nuestro universo local, Nebadon, está situado en la frontera exterior de Orvonton, el séptimo superuniverso.

Estos siete formidables superuniversos evolucionarlos giran en sentido levógiro alrededor del Universo Central de Havona. Resulta prácticamente imposible representar las astronómicas proporciones de tales superuniversos, así como del Universo Central de Havona y de su Isla Eterna del Paraíso.
Cada uno de los siete superuniversos es una creación inacabada. En ellos surgen y se organizan, de forma constante, nuevas nebulosas. Para que te hagas una idea de sus dimensiones, nuestro superuniverso (Orvonton) tiene un diámetro de unos 500 000 años-luz, con un total, hasta el momento, de más de diez trillones de soles. Nosotros, desde IURANCHA, percibimos su núcleo central en la forma lenticular y achatada de la Vía Láctea, cuyo diámetro aproximado es de 250 000 años-luz.
En realidad, nuestro planeta (como ya empiezan a intuir todos los hombres) es una parte infinitesimal en ese sublime y casi inconcebible proyecto-realidad que es la Creación Divina. Nuestro sistema solar es conocido en nuestro universo local como Monmatia y procede de la antigua nebulosa de Andronover. Pero ésta será otra cuestión que trataremos más adelante...
Ahora, si te parece, hablaremos de uno de los aspectos más extraordinarios de esta fantástica cosmogonía: del Universo Central de Havona y de la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso...

-¿El Paraíso?
La hija de la raza azul no pudo disimular su emoción.
-Sí -repuso Sinuhé, adoptando un tono solemne-. ¡El Paraíso!... Aunque creo que ya has captado mis profundas dudas sobre todo esto, debo reconocer igualmente que esta extraña descripción es tan hermosa que quizá mereciera ser cierta.
En el corazón de ese Universo Central de Havona se encuentra la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso, meta y destino de todos los seres humanos evolucionarios y ascendentes de todos los superuniversos.
Gloria no pudo evitar su primera pregunta:
-Entonces, la idea del Paraíso no es una utopía...

-Según esta Quinta Revelación, por supuesto que no. Su inmensidad, su gloria y belleza material rebasan toda comprensión. La Isla Eterna del Paraíso es el único punto fijo del Universo de los Universos. Sus colosales dimensiones, como te digo, desafían toda imaginación. Su forma es la de un disco oval y plano, con una cara superior: el Alto Paraíso, y otra inferior: el Bajo Paraíso. Las direcciones definidas por sus ejes mayor y menor son el Norte, Sur, Este y Oeste absolutos, sobre los que se orientan geográficamente todos los universos. Su eje mayor es un sexto más largo que el menor. De momento, sólo puedo decirte que el Paraíso existe independientemente del Tiempo y del Espacio... Es el origen de todas las energías físicas y controla la gravitación universal.
Alrededor del Paraíso, circulando en sentido dextrógiro (al igual que las agujas del reloj), se encuentran los llamados tres Circuitos Trinitarios, que incluye cada uno siete esferas sagradas. Las proporciones de esa Isla Eterna del Paraíso son tan formidables que, para hacernos una idea aproximada, esas veintiuna esferas sagradas serian como puntos.
Estos tres circuitos, con sus veintiuna esferas sagradas, sirven de soporte a ciertas actividades de las tres Personas de la Trinidad: el Padre Universal, el Hijo Eterno y el Espíritu Infinito.
E inmediatamente (girando también en sentido dextrógiro en torno a la Isla Eterna y a sus gigantescos veintiún satélites sacros) encontramos el Universo Central y Eterno de Havona, con mil millones de esferas arquitecturales o artificiales. Son mundos habitados, de una perfección y belleza inimaginables. Se halla formado por siete circuitos, todos ellos dextrógiros. El interior suma más de 35 millones de esferas, y el exterior, más de 245 millones.
Todo este inmenso Universo Central se encuentra abrazado por dos circuitos inhabitados, formados por un número increíble de cuerpos de gravedad oscuros o esferas colosales que no reflejan la luz. Uno de estos circuitos se halla en el mismo plano que los mil millones de esferas de Hayona y el otro, en un plano perpendicular. El circuito interior es tubular y levógiro, siguiendo una elipse cuyo eje mayor es cinco veces el eje menor.
Estos circuitos de esferas oscuras, que no absorben ni reflejan la luz, envuelven tan perfectamente a Hayona que lo ocultan,

incluso, a los superuniversos más próximos. Por un doble efecto giroscópico, el conjunto de estos cuerpos de gravedad oscuros asegura la estabilidad del Universo Central y regulariza la gravitación universal. La masa de Havona, sumada a la del Paraíso, sobrepasa la de los trillones de estrellas de los siete superuniversos.
Esta Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso, el Universo Central de Hayona y los siete superuniversos que les rodean -trató de sintetizar Sinuhé-, conforman lo que, en un principio, te definía como el Gran Universo. Y éste, conjuntamente con el llamado Espacio Exterior, son conocidos por el Universo Maestro o Universo de los Universos. Algo, como ves, que escapa a cualquier comprensión humana...
Ese Espacio Exterior (con sus cuatro niveles elípticos todavía habitados y que giran alrededor del Gran Universo en sentido dextrógiro y levógiro, alternativamente) constituye la más formidable recompensa (suponiendo que podamos utilizar este concepto) que jamás pueda concebir ser humano evolucionario alguno...
-¿Recompensa, dices? -intervino la hija de la raza azul-. ¿Para quién?
-Según estos documentos, para aquellos humanos ascendentes que, al fin, alcancen el Paraíso. Creo que entiendes adónde quiero ir a parar... En esos cuatro niveles, aún inhabitados, del Espacio Exterior, millones de galaxias se encuentran en pleno período de formación. Nuestros astrónomos han empezado a descubrir muchas de esas galaxias. Sobre todo en el primer nivel. Éste arranca a unos 500 000 años-luz más allá de las fronteras del séptimo y último de los superuniversos y se encuentra separado del mismo por una zona de espacio semitranquilo, desprovista de polvo cósmico. El hecho de que las galaxias de aquel nivel giren en sentido inverso al nuestro contribuye a darles una apariencia de fuga o huida.
Estos cuatro niveles del Espacio Exterior son, repito, inmensos. Su anchura y la de las áreas elípticas semitranquilas que los separan alcanzan millones de años-luz. Los próximos y mejorados telescopios de IURANCHA revelarán algún día la maravilla de más de 375 millones de galaxias. Pero eso no es todo. En el Espacio Exterior existen unos 70 000 agregados de

materia. Y uno solo es mayor que cualquiera de nuestros superuniversos.
Sinuhé, visiblemente agotado por aquel despliegue, decidió concluir su primera exposición con un pensamiento que ya había germinado -y para siempre- en el corazón de Gloria.
-Y según esta Quinta Revelación, los astrónomos cósmicos de Orvonton, nuestro superuniverso, vislumbran ya en estos niveles del Espacio Exterior los signos preparatorios de unas manifestaciones de energía, aún más colosales.
Y todo ello, querida Gloria, parece representar tan sólo el inicio de una superevolución estelar en la que los humanos que viajamos hacia la Perfección ocuparemos un papel clave. Es posible que unos mortales resucitados, perfectos y dotados de un cuerpo espiritual y de una vida eterna, sean enviados a ese Espacio Exterior... con una maravillosa misión..., en un futuro lejano.

La sutil sugerencia de Sinuhé de posponer por aquella noche la exposición de la insólita cosmogonía universal, según los papiros de la Escuela de la Sabiduría, no fue admitida por la hija de la raza azul. Al contrario: aquella información había excitado su curiosidad y rogó a su amigo que prosiguiera, y el soror, complacido por el interés de su compañera, decidió aprovechar tan buena disposición para introducirse en uno de los apartados más electrizantes y revolucionarios del texto que manejaba: las innumerables y no menos fantásticas personalidades que gobiernan y administran esta formidable Creación Divina.
-Pero antes -anunció Sinuhé-, conviene que comprendas, aunque sé que huelga esta aclaración, que nuestro mundo (IURANCHA) es o, mejor dicho, era un planeta vulgar, perdido en un universo local relativamente joven (Nebadon data solamente de hace 400 mil millones de años) que en estos momentos, según la Quinta Revelación, reúne ya 3 841 101 planetas habitados y otros muchos millones susceptibles de serlo en un futuro más o menos lejano. Un universo local entre los 700 000 que albergan los siete superuniversos... A pesar de esta infinitud, IURANCHA, como todos y cada uno de los mundos, se encuentra meticulosamente registrado en los

archivos del Universo. Nuestro planeta es designado de la siguiente forma: El 606 del sistema de- Satania, en la constelación de Norladiadek, universo local de Nebadon, sector menor de Ensa, sector mayor de Esplandon y superuniverso de Orvonton.
Gloria, perpleja, pidió a Sinuhé que repitiera. Cuando hubo concluido, éste subrayó:
-Esta guía es suficiente para que cualquier mensajero de Dios pueda encontrar nuestro mundo y, en él, no importa a quien...
La hija de la raza azul volvió sobre las recientes palabras de Sinuhé y preguntó:
-¿Por qué al referirte a IURANCHA, a nuestro mundo, te has corregido a ti mismo, afirmando que era un planeta vulgar?
Sinuhé sabía que aquella matización no escaparía a su perspicaz interlocutora. E intentando ordenar sus ideas, prosiguió en los siguientes términos:
-Dices bien. Fue quizá un planeta común y corriente..., hasta hace 1991 años, exactamente. En aquella fecha (21 de agosto del año 7 antes de Cristo), ocurrió algo que haría entrar a IURANCHA en la Historia, al menos, de nuestro universo local de Nebadon: el nacimiento en Palestina del Creador y Soberano de este universo local. Un ser excepcional que fue reconocido durante su encarnación humana como Jesús de Nazaret.
Sinuhé conocía el delicadísimo terreno en el que empezaba a aventurarse. Pero aquel adiestramiento de la hija de la raza azul exigía -por encima de todo- mostrarle la Verdad. Una Verdad, según la Quinta Revelación, que había sido sistemáticamente escondida por todas las Iglesias y que, hoy, en pleno siglo XX y después de tanto tiempo de ocultación, sólo podría ser planteada a seres humanos muy evolucionados. Una Verdad que, sin embargo, lejos de minimizar o desmerecer el plan de Dios, lo hace mucho más sublime y atractivo. Éste, entre sus dudas, era el pensamiento de Sinuhé. Pero, antes de entrar de lleno en tan profundos y sagrados planteamientos, nuestro hombre procuró esquematizar los complejos y prolijos documentos relativos a la organización administrativa del Universo de los Universos.
-Como habrás empezado a intuir, querida Gloria, este Universo Maestro, esta maravilla inconmensurable, se encuentra

meticulosamente regida y administrada por una pléyade de seres, perfectamente jerarquizados, y que los humanos evolucionarios y ascendentes como nosotros no podemos ver con los ojos físicos. Entre ellos, sin embargo, son perfectamente visibles. Y en contadas ocasiones, cuando así lo disponen esas personalidades celestes, algunos de estos seres pueden también hacerse visibles a los mortales. Esos miles de millones de razas humanas que han poblado, pueblan y poblarán los mundos de los siete superuniversos están sometidos a esa administración que (no voy a ocultártelo) exige un cierto conformismo con el plan general de Dios, a pesar de que el libre albedrío de los hombres y de los ángeles, como iremos viendo, es respetado al máximo por dicha administración.

Y, según parece, es por el Amor por el que el orden y la unidad se hallan asegurados en todos los universos. Todas las criaturas que aman a Dios (y casi todas aquellas que lo conocen terminan por amarlo) trabajan en un mismo Espíritu, haciendo su voluntad.

En la cúspide de esa jerarquía se encuentra Dios, también denominado la Causa sin Causa y el Absoluto que todas las criaturas mortales han adorado bajo centenares de nombres. Dios procura expresar su naturaleza amorosa en los universos, sin imponer un absolutismo personal. Y lo consigue (según esta revelación) gracias a la Trinidad Absoluta, compuesta de tres Personas coexistentes desde toda la eternidad, actuando siempre con unanimidad y, sin embargo, jerarquizadas. En la unidad esencial su conjunto, perfectamente coordenado, que constituye la Deidad absoluta o Absoluto Divino, cada una de las tres Personas de la Trinidad conserva un papel especializado. Podríamos simplificarlo así: el Padre representa la Mente, el Hijo, la Palabra, y el Espíritu, la Acción.

El Padre Universal o Causa-Centro-Primera se despojó voluntariamente de todos sus atributos (a excepción de la Volición o Voluntad absoluta y de la Paternidad igualmente absoluta), en favor de las otras dos Personas de la Trinidad. Es, pues, el Padre quien dispone de la Voluntad final y quien concede la personalidad... -Sinuhé recalcó este concepto- a los seres a quienes desea otorgársela...

La hija de la raza azul no tardó en formular la pregunta que Sinuhé estaba esperando:
-¿A qué clase de personalidad se refiere?
-En la Creación, al parecer, hay numerosas clases de seres inteligentes no personalizados, en espera precisamente de personalización. Son llamados también seres prepersonales. Te adelantaré, por el momento, una sola pista: para un ser humano ascendente, la pérdida de esa personalidad equivale a la muerte cósmica o segunda muerte...
Ambos permanecieron en silencio.
-Y ahora -anunció Sinuhé con voz temblorosa-, permíteme que te hable de otro asunto que, quizá, empañe tu corazón: de la Segunda Persona de la Trinidad, también conocido como el Hijo Eterno.

La hija de la raza azul aguardó impaciente.
-Como recordarás, hace ahora diez años, en un conocido contacto, recibido en tierras del Perú por parte de unos seres del Espacio a los que tú has llamado siempre (y muy acertadamente) los hermanos mayores, alguien preguntó a estos guías que quién era realmente Jesús de Nazaret. ¿Lo recuerdas?
Gloria asintió.
-¿Y puedes memorizar la respuesta de tales guías? -preguntó de nuevo Sinuhé.
-Ya lo creo. Ustedes -decía el contacto- no están preparados aún para saber quién era Jesús.
-Exacto -intervino el soror-, En aquella ocasión y a lo largo de todo este tiempo, tú, otras muchas personas y yo mismo nos hemos interrogado sobre el particular... ¿Por qué aquellos seres del Espacio no quisieron revelarnos quién era el Cristo? Pues bien, en esta Quinta Revelación se encuentra la respuesta. Una respuesta, insisto, que quizá te estremezca y que, como el resto de la información que obra en mi poder, no puede ser demostrada. Por ello, pido a Dios con todo mi corazón que no lastime tu espíritu...
-Tú sabes -terció Gloria- que la Verdad nos hará libres. Deja por tanto a mi corazón que sea quien juzgue y filtre cuanto estás exponiendo...

-Bien -manifestó Sinuhé, agradecido-, ésta es la cuestión: según estos documentos, la Segunda Persona de la Trinidad (el también llamado Hijo Eterno o Causa-Centro-Segunda) es la expresión de la Personalidad del Padre Universal. Su misión consiste en revelar el Padre a todos los universos. Hasta aquí, como ves, todo parece ajustarse a lo que vienen enseñando las diferentes Iglesias, especialmente la Católica. Y millones de seres humanos han identificado y siguen identificando a ese Hijo Eterno con nuestro Jesús de Nazaret. Él mismo lo dijo:
...Yo soy el Hijo de Dios vivo.
Sinuhé se detuvo por enésima vez. A pesar de su amistad con la hija de la raza azul, era evidente que le costaba atacar aquel tema. Y Gloria, sin perder su sonrisa, esperó, animándole con una nueva taza de café.
-...Pues bien, según la Quinta Revelación..., esa manifestación del Padre a todas sus criaturas (misión específica, como decía, del Hijo Eterno) no es llevada a cabo, de una forma directa, por el citado Hijo Eterno, sino por una serie de intermediarios...
Gloria, con el café a medio camino de sus labios, no pestañeó.
-...Y esos intermediarios son conocidos como los Hijos Creadores o Micaels: unos soberanos creadores de los universos locales.
-Entonces -repuso la hija de la raza azul-, Jesús de Nazaret era...
-Sí, el Soberano Creador de nuestro universo local de Nebadon. Uno de los muchos Cristos o Micaels, hijos del único Hijo Eterno, que no deberían ser confundidos con la Segunda Persona de la Trinidad.
-Pero Jesús habló de su Padre Celestial... -esgrimió desconcertada.
-Cierto. Pero no es menos cierto que pudo referirse a su verdadero Padre: el Hijo Eterno. Jesús de Nazaret (y esto sí debes admitirlo conmigo) no podía hacer comprender a aquellas sencillas gentes de hace mil novecientos y pico arios, y dudo que a nosotros, la maravillosa profundidad de estos misterios. Tuvo que hablar con palabras y conceptos elementales y asequibles. Su misión en IURANCHA fue, entre otras razones, revelar el Padre Celestial a los hombres. Y lo cumplió. ¿Qué puede importarnos (de cara a su mensaje) que Cristo-Micael

fuera en realidad uno de los múltiples nietos del Padre Universal o Primera Persona de la Trinidad? En realidad, y al margen de estas matizaciones, Jesús era en verdad el Hijo de Dios.
Este Cristo -Micael, creador de Nebadon, ha proporcionado un ejemplo inigualable a todas las criaturas que pueblan dicho universo local. En su séptima y última efusión (la registrada precisamente en nuestro planeta), este Hijo Creador adquirió la experiencia completa como Hijo del Hombre, tomando a continuación, con pleno derecho, el papel y título de Hijo de Dios, Soberano Supremo del universo local que había creado y del que sólo era vicegerente antes de haber sufrido, físicamente, las mismas experiencias que los seres mortales que Él había creado. Tú sabes que muchas personas han considerado a Jesús de Nazaret sólo como un hombre. Otros, en cambio, lo califican única y exclusivamente como Dios. La verdad es que Él fusionó estas dos naturalezas en una sola, a su paso por IURANCHA. Hoy, Cristo-Micael es el Soberano Supremo e indiscutido de Nebadon. De un lado, porque ha sido confirmado en esta séptima efusión por Dios. Por otra parte, porque todas las criaturas de Nebadon dignas de sobrevivir le obedecen y sirven voluntariamente, por amor a Él y a causa de su maravillosa e inspiradora forma de pasar las pruebas más duras que pueda sufrir un ser encarnado...
Como ves por lo poco que te he hablado de Jesús de Nazaret, aquellos guías del Espacio (si es que todo esto es cierto) llevaban razón: No estamos preparados para saber quién es en verdad el Hijo del Hombre...

Un inevitable torbellino de preguntas se abatió sobre Sinuhé. Lejos de mostrar rechazo hacia lo que acababa de oír, Gloria sintió que en todo aquello había algo maravillosamente lógico, que centuplicaba su visión de la Divinidad. Y se propuso no dar tregua a su informante. Ella sabía que Sinuhé sólo estaba manifestando una mínima parte de lo que conocía.
-Entonces, según esa Quinta Revelación, ¿quién nos ha creado a nosotros, los humanos?
-En este universo local, en Nebadon, Micael o Jesús de Nazaret, como gustes...

-Pero -titubeó la hija de la raza azul-, si dices que hay 700 000 universos locales, ¿es que también hay 700 000 Hijos Creadores o Micaels?
-Solo puedo decirte que la Orden de los Micaels es inmensa...
-¡Dios mío!... ¿Y cómo y cuándo y por qué creó Nebadon?
-Antes de intentar satisfacer esa triple pregunta es preciso que conozcas primero la organización y las atribuciones de algunas de las muchas personalidades celestes... Ten calma. Debemos mantener un cierto orden en la exposición. Ahora quiero hablarte de la Tercera Persona de la Trinidad: el llamado Espíritu Infinito o Actor Conjunto o Causa-Centro-Tercera.
Gloria se resignó a medias.
-El Espíritu Infinito representa el paso a la acción. Es la manifestación inteligente de la voluntad conjunta del Padre Universal y del Hijo Eterno. Actúa con una prodigiosa variedad de medios, operando con una delicadeza infinita. Cada una de las tres Personas de la Trinidad se manifiesta por un Espíritu. El Padre Universal tiene la sublime facultad de fraccionarse en chispas divinas (las palabras, como ves, siguen limitándonos) prepersonales, que esta Quinta Revelación llama Ajustadores del Pensamiento o Monitores de Misterio. Te pondré un ejemplo: cuando un niño toma su primera decisión moral (generalmente un poco antes de la edad de cinco años), el Padre Universal envía uno de estos ajustadores a morar en su mente. Ello proporciona al humano la capacidad de conocer a Dios, la necesidad de encontrarlo y el deseo de parecerse a Él. El ajustador de pensamiento actúa en la superconciencia, sin que los hombres, en líneas generales, se den cuenta de su presencia. Estas personalidades misteriosas preparan a los mortales para la vida eterna, ayudándoles a formar su carácter y provocando en todos nosotros el sentimiento del pecado.
No debes confundir la presencia del ajustador -aclaró Sinuhé- con la consciencia humana ordinaria, que es una reacción puramente psíquica.
Te aseguro que muy pocas personas en IURANCHA han llegado a descubrir la presencia de su ajustador de pensamiento y a entablar un diálogo con él.
En cualquier universo local, el Espíritu de Verdad emana del Hijo Creador de ese universo local. Atrae a todas las criaturas

hacia dicho Hijo y traduce, bajo un aspecto apropiado al universo local, el Espíritu de Verdad que nace conjuntamente de las dos primeras Personas de la Trinidad: el Padre Universal y el Hijo Eterno. Fue este Espíritu de Verdad el que Jesús de Nazaret, como recordarás, derramó sobre toda la Humanidad de IURANCHA en Pentecostés, después de su desaparición en el monte de los Olivos. Consiste esencialmente en reconocer la paternidad de Dios y, como consecuencia inmediata, la fraternidad entre los hombres.
Conviene que no confundas el Espíritu de Verdad con el Espíritu Santo, que existía antes que él. El Espíritu Santo es el circuito espiritual que emana de la llamada Divina Ministro del universo local, hija del Espíritu Infinito... Esta Divina Ministro es la asociada complementarla y eterna del Hijo Creador... Es independiente del Espacio, mientras que el Hijo Creador es independiente del Tiempo...
Sinuhé observó a la hija de la raza azul. Y comprendió al instante que su mente se había perdido. Era lógico.
-Creo que por hoy -puntualizó el soror, dando por terminada la exposición- es más que suficiente... Mañana pasaremos por alto mucha de esta burocracia celeste para intentar alcanzar uno de los capítulos directamente vinculado con esa misión de la que te hablaba al principio: la ignorada Historia de los primeros tiempos de IURANCHA...

Ni aquélla, ni las jornadas que siguieron a la aparición de Sinuhé en la Casa Azul, podrán ser olvidadas jamás por la hija de la raza azul. Al margen de las revelaciones que fue recibiendo en tales días, Gloria intuía que algo extraordinario estaba punto de sucederle. Lo que no podía imaginar, lógicamente, es que ocurriera tan bruscamente. Pero antes de proceder al relato de la increíble aventura de estos dos personajes, entiendo que -al igual que la hija de la raza azul- el lector comprenderá mejor cuanto aconteció si antes recibe cumplida información sobre determinados sucesos, así como sobre algunas de las llamadas personalidades celestes que integran -según los papiros de la Quinta Revelación- la inmensa red de los Peregrinos Descendentes de la Trinidad.

A la mañana siguiente, tras una noche en la que la inquietud apenas si le permitió conciliar el sueño, Gloria se manifestó dispuesta a proseguir de inmediato con aquel absorbente río informativo. Su sed de conocimientos era tan viva y permanente como en Sinuhé. Y esto, indudablemente, facilitó la labor del miembro de la Orden de la Sabiduría.
-Como te adelanté anoche -inició su plática Sinuhé-, procuraré sortear la compleja burocracia que administra los universos, para centramos en las jerarquías y hechos que tienen que ver directamente con nuestra misión...
Como habrás intuido, de acuerdo con esta documentación, entre las personalidades espirituales que habitan la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso y las que residen o visitan las unidades administrativas más pequeñas (los planetas) existe toda una formidable escala, perfectamente organizada. Esta red celeste forma la llamada corriente de los Peregrinos Descendentes de la Trinidad o Hijos de Dios. Todos ellos, desde su creación en el Tiempo, han sido dotados de vida eterna. Son seres perfectos, desde un punto de vista potencial, aunque tienen necesidad de ir adquiriendo experiencia para lograr así una perfección manifiesta. Esa experiencia (según las leyes celestes) sólo pueden lograrla a través de su paso por niveles materiales inferiores. Recuerda, por ejemplo, el caso de Cristo-Micael, que, en su séptima efusión, llegó a tomar carne humana bajo la figura de Jesús de Nazaret..
Para que puedas comprenderlo más fácilmente te diré que toda esa incontable población celeste se mueve, según su naturaleza, en diversos niveles de energía e inteligencia. Podríamos agrupar dichos niveles en cinco categorías fundamentales:
1. El nivel Absoluto. Es inaccesible a nuestra inteligencia. Corresponde a la Deidad.
2. El nivel Espiritual. En él se encuentra la mayoría de esos Peregrinos Descendentes de la Trinidad.
3. El nivel Moroncial o del alma. Esta palabra no tiene equivalencia en la terminología humana. La moroncia designa una vasta red de realidades y energías intermedias entre los niveles espiritual y material. Es una materia sutil que escapa a nuestros sentidos físicos. Es la sustancia del alma (ni espiritual ni material), de la misma forma que un niño no es ni su padre

ni su madre o que el agua no es ni hidrógeno ni oxígeno, sino ambos. Podríamos definir la sustancia moroncial del alma como el resultado de una fusión entre el espíritu del ajustador de pensamiento y el pensamiento físico del ser humano, así habitado. Como quizá tengamos oportunidad de estudiar más adelante, si el alma es juzgada digna de sobrevivir a la muerta física, la personalidad humana, después de la muerte, es resucitada por medio de una extraña técnica en los llamados mundos moronciales.

En determinadas circunstancias, los seres y formas moronciales pueden hacerse visibles a los humanos. Éste, según la Quinta Revelación, fue el caso de las diecinueve apariciones de Jesús a sus discípulos después de la resurrección.

A estos niveles le siguen el Mental y el Físico o Material, que es el último en la escala. Esta energía Física se divide, a su vez, en tres categorías:

a. La Fuerza Cósmica o energías procedentes del Absoluto Incondicionado y que no equivalen a la gravedad del Paraíso.

b. La Energía Emergente, que sí equivale a la gravedad circular de la Isla Eterna, aunque no tiene nada que ver con la gravedad lineal o local. Corresponde al nivel preelectrónico de la energía-materia.

c. El Poder Universal o Fuerza del Universo, que corresponde a la gravedad del Paraíso y a la gravedad lineal o local. Equivale al nivel electrónico de la energía-materia y es manejada en los universos por los llamados Directores de Poder Universal, entre otras personalidades. La transición entre la Energía inmaterial y la material se manifiesta por la aparición de ultimatones, que son una especie de gránulos de energía extremadamente pequeños, girando a una velocidad inconcebible. Esta velocidad es de tal orden que los ultimatones están dotados de poder de antigravitación. Un electrón, por ejemplo, está formado por cien ultimatones.

Pero sigamos con la organización administrativa del Gran Universo.

Es el Espíritu Infinito, del que ya te hablé, quien crea los siete Espíritus Maestros. Cada uno asegura la supervisión central de uno de los siete superuniversos. Esos siete Espíritus Maestros representan los siete aspectos posibles de la actividad de las

tres Personas de la Trinidad, actuando conjunta o separadamente. Residen en la periferia del Paraíso, desde donde ejercen su influencia sobre los superuniversos, por mediación de los siete Administradores Supremos. Éstos tienen su sede respectiva en cada una de las siete esferas del Espíritu, que gravitan alrededor de la Isla Eterna. Cada una de estas esferas es designada con el nombre del superuniverso correspondiente.
La política administrativa de la Trinidad del Paraíso es ejecutada por la Jerarquía de los Días, que comprende siete clases de personalidades supremas, creadas por la Trinidad:

1. Los Secretos de Supremacía Trinitizados.
2. Los Eternos de los Días.
3. Los Ancianos de los Días o jefes de los Superuniversos.
4. Los Perfección de los Días.
5. Los Recientes de los Días.
6. Los Unión de los Días y Consejeros de los universos locales.
7. Los Fieles de los Días.

Los primeros (los Secretos de Supremacía) suman un total de setenta y operan en grupos de diez, en cada uno de los siete planetas del circuito interior del Padre, próximo al Paraíso. En cada grupo de diez, siete dirigen los departamentos mayores y tres representan la Deidad Trina cerca de los otros. En esta combinación nace tal vez el origen del sistema decimal, frecuentemente mezclado en los universos con el sistema septenario.
En la cumbre de la Jerarquía de los Días se hallan los Eternos de los Días, los Espíritus Maestros del Universo Central. El escalón siguiente reúne a los Ancianos de los Días. Tres de estos Ancianos residen en la esfera capital de cada superuniverso. Son sus regidores y están rodeados de una multitud de seres celestes, tales como Consejeros Divinos, Sensores Universales, Prefectos de Sabiduría, Mensajeros Poderosos, etc.
La red, como ves, es complicadísima, al menos para las mentes de los seres mortales, como nosotros. Pero entremos ya en lo que nos importa: los universos locales. Sé, como me ocurrió a mí, que el descubrimiento de Jesús de Nazaret como Soberano y Creador del universo local de Nebadon te ha afectado.

Supongo que te preguntarás cómo funciona cada uno de estos universos locales...

-Sí, háblame de Nebadon -repuso la hija de la raza azul.
-Cada uno de estos universos locales es regido, como te decía, por un soberano: un Hijo Creador de la Orden de los Micael, siempre acompañado de una Hija Creadora de la Orden de los Espíritus Madre.
Sinuhé interrumpió su lectura y, con una maliciosa sonrisa, comentó:
-Si todo esto es cierto, Gloria, ahí afuera, al contrario de lo que ocurre en la Santa Iglesia Católica, el papel de la mujer sí está reconocido y considerado...
-No te burles y prosigue...
-Cada Hijo Creador es bendecido en su misión por un Unión de los Días, que le ayuda a título consultivo. Habita en su capital y asegura ciertas relaciones superuniversales. En Salvington, capital de Nebadon, el Unión de los Días lleva por nombre... Enmanuel.
Al pronunciar aquel nombre, la hija de la raza azul se estremeció.
-¿Aquel cuyo nombre significa Dios está con nosotros?
Sinuhé asintió.
-Sí, Enmanuel es citado por Jesús de Nazaret como su hermano mayor. Pero estas palabras no han sido bien comprendidas, lógicamente. Enmanuel, según la Quinta Revelación, asumió la soberanía de Nebadon durante la encarnación de Micael en IURANCHA.
Cada Micael soberano, como nuestro Jesús, es ayudado en su universo local por legiones de seres celestiales, entre los que puedo citarte, por ejemplo, a Gabriel, también conocido como la Radiante Estrella de la Mañana, jefe ejecutivo de Nebadon y aquel que, como sabes, llevó a cabo la Anunciación a las madres de Juan el Bautista y Jesús de Nazaret, respectivamente.
La hija de la raza azul, emocionada, repitió el hermoso calificativo de Gabriel...
-¡La Radiante Estrella de la Mañana!
-Y en este inmenso y divino despliegue -señaló Sinuhé-, te citaré también, entre otros, los llamados Melchizedeks, admirables

instructores y administradores; los Portadores de Vida, que transportan la vida a los planetas y la modelan creando nuevas formas y nuevos ambientes de desarrollo; los Espíritus Mentales Auxiliares, que dotan a los seres de sus cualidades mentales y afectivas; los Mensajeros Solitarios, que llevan sus mensajes a una velocidad superior a cinco millones de veces la de la luz; los Serafines o ángeles guardianes, que también aseguran la desmaterialización y el transporte interestelar de los mortales; las Brillantes Estrellas de la Tarde, los Arcángeles y un largo etcétera que haría interminable esta relación...
Y siguiendo este primer orden en la escala descendente del Paraíso, llegamos a las constelaciones, regidas por tres Hijos de la Orden de los Vorondadeks, asistidos, a su vez, por un observador de la Orden de los Días, un Fiel de los Días. Los Hijos Vorondadeks llevan, además, el sobrenombre de Muy Altos o Padres de la Constelación. Según esta documentación, los autores de la Biblia confunden frecuentemente a los Muy Altos con Dios...
Y llegamos así a la más pequeña unidad administrativa, antes de los planetas propiamente dichos: los sistemas, de los que ya te hablé. Cada sistema, con un millar de mundos habitados o por habitar, se encuentra bajo el control de un soberano sistémico, un Hijo de la Orden de los Lanonandeks. Fíjate bien en este nombre (Lanonandeks) porque tiene mucho que ver con nuestra misión y, en definitiva, con un personaje del que tú has oído hablar: Lucifer.
Gloria apenas si prestó atención a estas últimas explicaciones de su amigo. En su mente habían quedado grabadas otras palabras: los Mensajeros Solitarios. E interrumpió a Sinuhé:
-¿Dices que pueden viajar a cinco millones de veces la velocidad de la luz?
Sinuhé congeló temporalmente su exposición sobre Lucifer y su revuelta y, retrocediendo en la documentación, leyó algunos de los párrafos relacionados con el punto que tanto había interesado a la hija de la raza azul.
-Así es. Según esto, esos Mensajeros Solitarios pueden viajar a razón de unos 5 400 millones de kilómetros por hora...
Sinuhé compartía el mismo sentimiento de incredulidad que acababa de dibujarse en el rostro de Gloria. Pero continuó:

-El Espacio y el Tiempo (dice esta Quinta Revelación) son características esenciales del universo material. El Espacio se concibe por síntesis y el Tiempo por análisis. El Espacio se mide por el Tiempo y no el Tiempo por el Espacio. Las criaturas materiales -nosotros- dependen del Espacio y del Tiempo y a Jesús de Nazaret le ocurrió otro tanto mientras vivió encarnado. Pero, en tanto que Hijo de Dios, era y es independiente del Tiempo, aunque está supeditado al Espacio. Quiero decir, por ejemplo, que no puede estar presente más que en un solo lugar a la vez, pero puede ir instantáneamente de un sitio a otro.
-¡Fantástico! -exclamó Gloria.
-El caso inverso se da, por ejemplo, en el Espíritu-Madre del universo local: es independiente del Espacio; es decir, dotado de omnipresencia, pero se encuentra sometido al Tiempo. En otras palabras: que no puede modificar por sí mismo la duración de un fenómeno, ni puede vivir simultáneamente en dos épocas a la vez. Dios, en cambio, es independiente a la vez del Espacio y del Tiempo. Pues bien, entre Él y los hombres, como te decía, tenemos esa inmensa escala de seres capaces de trasladarse, incluso, a velocidades superiores a la de la luz. Y ello les hace más o menos independientes del Tiempo y del Espacio.
-¿Por ejemplo? -terció su interlocutora.
-Además de los Mensajeros Solitarios, los Supernafines, que pueden transportar a los mortales resucitados a dos veces la velocidad de la luz: casi 600 000 kilómetros por segundo. Y aun así, puedo decirte que estos seres precisan de millares de años para trasladarse de un extremo a otro de los universos, Pero, como hice referencia anteriormente, tampoco el Tiempo que tú y yo conocernos es el mismo para estos seres...
Hay personalidades celestes, como los Mensajeros de Gravedad y los Espíritus Inspirados de la Trinidad, entre otros, que pueden ir a todas partes, casi al instante. Éste es el caso igualmente de los Ajustadores de Pensamiento o chispa prepersonal del Padre Universal. Tú, yo, tus hijos, los míos y todos los humanos tenemos nuestro propio ajustador de pensamiento...
-¿También Jesús de Nazaret?
-Por supuesto. Y te diré algo. Fue precisamente su Ajustador quien, en el histórico momento del bautismo de Cristo-Micael en

el Jordán, viajó en segundos desde aquel punto hasta una de las esferas arquitecturales próxima a la Isla Eterna del Paraíso, regresando para aportar el célebre mensaje que figura en el Evangelio: Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias. Un Mensajero Solitario, en cambio, habría necesitado vanas semanas para cubrir ese mismo trayecto. Estos viajes (por llamarlos de una forma sencilla) se realizan a lo largo de circuitos preestablecidos por los Maestros Arquitectos del Universo. Y hay infinidad de circuitos: espirituales, de gravitación, mentales, de energía física, etc. Todos ellos parten de la Isla Eterna y Estacionaria del Paraíso y a ella retornan. Y ya que hablamos del Espacio y del Tiempo puedo decirte igualmente que el Paraíso es eterno e independiente del Tiempo. Allí, las decisiones son concomitantes con los actos, y los resultados, instantáneos. Pero no nos apartemos del objetivo final de esta exposición: Lucifer y su catastrófica rebelión...

La hija de la raza azul no acertaba a comprender por qué tanto interés por aquel odiado y repulsivo personaje, Lucifer. Desde niña, y sin saber exactamente por qué, el solo nombre del que siempre fue considerado como el diablo o Satanás le causaba un rechazo casi visceral. Así que, no de muy buena gana, se dispuso a escuchar a Sinuhé.

-Sabemos muy poco de este personaje -aclaró su amigo-. Las Sagradas Escrituras y otros textos más o menos sacros de otras religiones y culturas hacen referencia a su existencia, pero siempre de una forma muy parca...

Sinuhé buscó entre sus papeles.

-Como base de lo que voy a exponerte a continuación, he aquí algunos testimonios bíblicos que, más 0 menos, hacen alusión a esta no menos alta personalidad celeste: en el Evangelio de Lucas, por ejemplo (10, 17-21), se dice: Volvieron los setenta y dos llenos de alegría, diciendo: Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Y Jesús les dijo: Yo veía a Satanás cayendo del cielo, como un rayo. Ved que os he dado poder de pisar serpientes y escorpiones, y sobre toda asechanza del enemigo, sin que nada os dañe. Mas no os alegréis de que los

espíritus os estén sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo.
También Lucas (4, 1-14) nos habla de las famosas tentaciones de Jesús en su retiro en el desierto. Y en dicho texto se repite la palabra diablo.
En el Evangelio de Juan (8, 44-46), Jesús asegura. Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él fue homicida desde el principio, y no se mantuvo en la Verdad, pues no hay Verdad en él. Cuando dice mentira, habla según su propia naturaleza; porque es mentiroso y padre de la mentira. Mas a mí no me creéis, porque digo la Verdad.
En Mateo (25, 41) he leído asimismo: Luego dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.
En cuanto al Apocalipsis de Juan, quizá sea lo más extenso y sugerente. En el capitulo 12, 7, nos cuenta algo sobre la mítica batalla en el cielo: Entonces (dice san Juan Evangelista), hubo una batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el Dragón. El Dragón y sus ángeles combatieron, pero no pudieron prevalecer y no hubo puesto para ellos en el cielo. Y fue precipitado el gran Dragón, la Serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero, y sus ángeles precipitados con él. Oí una fuerte voz en el cielo, que decía: Ahora ha llegado la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y la soberanía de su Cristo, porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que día y noche les acusaba ante nuestro Dios. Ellos le han vencido por la sangre del cordero y por las palabras de su testimonio y han despreciado su vida hasta sufrir la muerte. Por eso, alegraos, oh cielos, y vosotros, los que habitáis en ellos. Maldición a la tierra y al mar, porque el Diablo ha descendido hacia vosotros con gran furor, sabiendo que le queda poco tiempo. El Dragón, al verse precipitado, sobre la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz el varón. Pero fueron dadas a la mujer dos alas del Gran Águila para volar al desierto, el lugar donde es alimentada por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, lejos de la vista de la Serpiente...
Y más adelante -concluyó Sinuhé-, en el capítulo 13, al hablar de las dos Bestias, Juan termina con algo que no quiero que olvides: ...E hizo que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres,

libres y esclavos, recibieran una marca en la mano derecha o en la frente, de forma que ninguno pueda comprar o vender si no ha sido marcado con el nombre de la Bestia o con el número de su nombre. Aquí la sabiduría. El que tenga inteligencia, calcule el número de la Bestia, un número de hombre. Su número es 666.
Y Sinuhé repitió la última frase:
-Su número es 666.
-No sé adónde quieres ir a parar -comentó Gloria, impaciente.
-Bien, vayamos al grano. Estos pasajes y otros similares nos hablan del Diablo. Sin embargo, los teólogos y exégetas más modernos no parecen darle demasiada importancia a la figura de este personaje, en oposición a toda la tradición e, incluso, al papa Pablo VI. Recordarás que el 29 de junio de 1972, en un célebre discurso, habló del humo de Satanás y aseguró que había entrado en determinados sectores de la propia iglesia Católica. Se refirió entonces a Satán como un ser personal... Pues bien, según estos documentos, los teólogos, una vez más, se equivocan. Pero también se equivocó Pablo VI...
-Eso es muy fuerte -terció la hija de la raza azul.
-Lo sé. En realidad, toda esta Quinta Revelación es dinamita pura, suponiendo que sea cierta.
-¿Y por qué aseguras que el Papa tampoco estaba en lo cierto?
-Porque, al igual que la tradición y la inmensa mayoría de los creyentes, confunde a Lucifer con Satán y con Caligastía y Belzebú. Todos, en definitiva, han sido etiquetados con una misma y común definición: el diablo. Pero, como verás, se trata de personalidades celestes distintas.

-¿Y cuál es tu versión?
Sinuhé corrigió a su compañera:
-Mi versión no. La versión de la Quinta Revelación..., sí. Y de acuerdo con ella, cada sistema (no olvides que un superuniverso alberga alrededor de mil millones de sistemas) aparece regido por un soberano sistémico: un hijo de la denominada orden de los Lanonandeks. El nuestro, Satania, estuvo gobernado por una de estas brillantes criaturas: Lucifer. Era, como el resto de los seres de los que te he hablado, un peregrino descendente de la eternidad. Todo un ángel de luz que, hace ahora unos

200 000 años, hizo estallar una revuelta en nuestro sistema, arrastrando a un total de 37 de los 619 planetas habitados. Satán, en cambio, era su lugarteniente. También se trataba de una criatura perfecta, peregrino descendente y, como Lucifer, perteneciente a la Orden de los Lanonandeks Primarios. Satán ocupó un papel destacado, ya que su jefe delegó en él para que le representara y avivara la rebelión en diferentes mundos, entre ellos IURANCHA.
En cuanto a Belzebú o Belzebub era otra criatura, jefe de los llamados medianes rebeldes, que se sumaron igualmente y apoyaron a las fuerzas de un cuarto y no menos importante personaje: Caligastía, el príncipe planetario de IURANCHA en aquellos tiempos. Como ya te adelanté, los planetas son la última unidad en la organización administrativa de los universos. Y cada mundo dispone de un príncipe planetario, que puede alcanzar el grado de soberano planetario. Quizá recuerdes cómo Jesús de Nazaret hizo alusión durante su vida en IURANCHA al príncipe de este mundo... Se refería precisamente a Caligastía, que, tras la rebelión, fue depuesto.
-¿Quiénes eran esos... medianes?
-Poco puedo hablarte de ellos. Sabemos que no se trataba de criaturas descendentes del Paraíso y que tuvieron mucho que ver con el Estado Mayor de Caligastía. Este, precisamente, es uno de los objetivos de la misión que se nos ha encomendado: averiguar quiénes son los medianes y, sobre todo, dónde se encuentran los archivos secretos de IURANCHA...
Sin proponérselo, Sinuhé acababa de revelar a la hija de la raza azul la primera parte de la misión.
-¿Unos archivos secretos? ¿Sobre qué...?
-Como te decía, según la Quinta Revelación, hace unos 200 000 años terrestres estalló una revuelta en nuestro sistema: la tercera en toda la historia del universo local de Nebadon. Y, de los 619 mundos habitados de Satania, 37 se unieron a Lucifer. Entre ellos, el nuestro: IURANCHA.
Cuando un soberano sistémico actúa normalmente, las personalidades (invisibles a los ojos de los humanos) que integran su jerarquía administrativa pueden comunicarse libremente con todos los planetas del sistema, así como con los niveles superiores. Pero, según parece, cuando estalla una

rebelión, las personalidades celestes superiores (de las que ya te he hablado) actúan vertiginosamente, cortando determinados circuitos de comunicación con esos planetas, de forma que la sublevación no pueda propagarse. Y todos los planetas se ven sometidos así a una cuarentena. Esto fue lo que ocurrió en el sistema donde vivimos y con esos 37 mundos rebeldes. Pues bien, como consecuencia del feroz aislamiento a que está sujeta IURANCHA, buena parte de las fuerzas rebeldes (los medianes entre otros) sigue dominando la Tierra y sumiendo a las distintas humanidades que van pasando por el globo al caos, la violencia y el constante error. Y según nuestras informaciones, fueron esos enigmáticos seres (los medianes rebeldes) quienes se hicieron con el control de los archivos secretos del planeta Tierra...

-Insisto -manifestó Gloria, sin perder de vista su pregunta inicial-. ¿Qué contienen esos archivos?

-La verdadera historia de la rebelión de Lucifer y las tremendas consecuencias que se derivaron, especialmente para los humanos de IURANCHA. Las fuerzas del Mal no están dispuestas a abrir esos archivos secretos a los mortales ascendentes: a nosotros. Ello significaría, quizá, un cambio en la actitud de los seres humanos y eso no les interesa...

Gloria aprovechó la nueva pausa de su amigo e intervino:

-Siempre se nos ha enseñado -afirmó con cierta reticencia que Lucifer se rebeló contra Dios porque quiso ser como Él. ¿Me equivoco?

Sinuhé dejó que la hija de la raza azul descubriera por sí misma lo absurdo de semejante argumento.

-...Aunque, pensándolo fríamente -continuó Gloria-, resulta muy extraño que una criatura perfecta, creada directamente por Dios y, en consecuencia, inteligente, quisiera ser Dios...

-Tú lo has dicho: extraordinariamente inteligente. Y yo te pregunto: ¿sabes de algún ser humano realmente inteligente (quizá habría que ponerlo con mayúsculas) que sea soberbio? Los seres INTELIGENTES de verdad son, casi siempre, los más humildes...

-¿Me estás insinuando -cortó Gloria- que hubo otras razones que provocaron la revuelta de Lucifer?

-Sospechamos que sí, de la misma forma que no creernos que Adán y Eva fueran nuestros primeros padres y que la serpiente y la manzana son un mito o símbolo francamente desdichados...
-Un momento. ¿Tú conoces la verdadera historia de la rebelión de Lucifer?
Pero antes de que Sinuhé llegara a responder, la hija de la raza azul le había abordado con otra sutil pregunta:
-¿Y por qué dices sospechamos y creemos?
Y Sinuhé, sonriente, decidió abrir definitivamente su corazón.

Buena parte de aquella segunda jornada en Sotillo fue destinada a poner a Gloria en antecedentes de una parte de cuanto sabía en torno a Ra, a su mensaje y a la necesidad de llevar a cabo una determinada misión. Por el momento no consideró oportuno hablarle de su vinculación con la Escuela de la Sabiduría ni tampoco de sus experiencias en el bosquecillo próximo a aquella Casa Azul en la que dialogaban.
El mensaje de Ra, sobre todo, causó un especial impacto en la hija de la raza azul.
-...Por todo esto -sentenció Sinuhé al tiempo que invitaba a su amiga para que se definiera-, hemos sido designados para intentar encontrar esos archivos secretos, en poder de los medianes rebeldes. Si aceptas (y eso debo saberlo cuanto antes), en el momento oportuno te ampliaré algunos detalles, previos a la iniciación de esa gran aventura...
Gloria dudó.
-Hay muchas cosas que no termino de entender...
-¿Por ejemplo? -le animó su amigo.
-Si vosotros, los depositarios de esa Quinta Revelación o quien sea, conocéis la verdadera historia de la rebelión de Lucifer, ¿por qué no la ofrecéis al mundo? Eso evitaría, supongo, embarcarse en esa incomprensible misión.
-Tienes razón, a medias. Nosotros sólo disponemos de una parte de lo que suponemos la auténtica historia de la revuelta. Como sólo conocemos también algunos, muy pocos, sucesos relacionados con las consecuencias de dicha rebelión en IURANCHA. E ignoramos casi por completo en qué consistió en verdad la falta de Adán y Eva (suponiendo que dicha falta haya

existido), quiénes eran nuestros mal llamados primeros padres y cuándo se instalaron en el Jardín de Edén...
Todo esto, y mucho más, se halla depositado en esos archivos. Si fuéramos capaces de llegar hasta ellos y desvelarlos, la Humanidad entera conocería la Verdad y eso, no lo dudes, reportaría sensibles beneficios a todos los mortales ascendentes hacia el Paraíso. El hombre, salvo excepciones, está perdido y confuso. No sabe por qué ha nacido ni cuál es su destino final. No entiende el dolor y se rebela contra Dios y contra sí mismo, sin descubrir que todo ello no es por casualidad. El Conocimiento, en definitiva, siempre ha servido para serenar el espíritu de los humanos y acelerar su camino hacia la suprema Perfección.
-Me has hablado de los muchos seres que forman el flujo de Peregrinos Descendentes de la Eternidad o de la Isla Eterna del Paraíso. Y lo comprendo. Pero, ¿qué somos nosotros, los mortales?
-Podríamos describirlo como lo contrario: un reflujo de Peregrinos Ascendentes del Tiempo. Cada humano es creado por Dios...
La hija de la raza azul intervino con evidente confusión.
-¿Dios? Pero ¿por cuál de esas personas que forman la Trinidad?
-En realidad, y respondiendo concretamente, por sus intermediarios: por los Hijos Creadores de universos locales. En general, Dios es un símbolo verbal que sirve para designar todas las personalidades de la Deidad. En estos escritos, el término Dios se utiliza para los siguientes significados. Escucha atentamente y no te alarmes:
1. Dios el Padre: Creador, Controlador y Sostén. Es el Padre Universal y la Primera Persona de la Deidad.
2. Dios el Hijo: Creador Coordenado, Controlador del Espíritu y Administrador Espiritual. Es el Hijo Eterno y la Segunda Persona de la Deidad, de la que también te hablé.
3. Dios el Espíritu: Actor Conjunto, Integrador Universal y Dispensador de Pensamiento. Es el Espíritu Infinito y la Tercera Persona de la Deidad.
4. Dios el Supremo: es el Dios del Tiempo y del Espacio, expandiéndose o evolucionando. Deidad Personal concibiendo la

identidad entre criaturas y Creador por asociación y su realización por experiencia en el Espacio-Tiempo. El Ser Supremo ejecuta personalmente la experiencia de realizar la unidad de la Deidad, como Dios evolutivo y experiencial de las criaturas evolucionarias del Tiempo y del Espacio.

5. Dios el Séptuple: Personalidad de la Deidad operando en todos los sentidos, de una manera efectiva en el Tiempo y el Espacio. Son las Deidades Personales del Paraíso y sus asociados creadores, operando dentro y fuera de las fronteras del Universo Central. Personaliza su poder como Ser Supremo en el primer nivel de la criatura, unificando en el Tiempo y en el Espacio la revelación de la Deidad. Este nivel es el Gran Universo, la esfera donde las personalidades del Paraíso descienden en el Espacio-Tiempo, en recíproca asociación con las criaturas evolucionarias que ascienden en el Espacio-Tiempo.

6. Dios el último: exteriorización del Dios del supertiempo y del espacio trascendido. Segundo nivel experiencial de manifestación de la Deidad unificante. Dios el último tiende a concebir netamente la síntesis de los valores absonitas-superpersonales que trascienden el Espacio-Tiempo y exteriorizan la experiencia. Los coordina en los niveles creadores finales de la realidad divina.

7. Dios el Absoluto: el Dios experimentador de los valores superpersonales trascendidos y de los significados de la Divinidad, ahora existencial como Deidad absoluta. Es el tercer nivel de expansión y de expresión de la Deidad unificante. En este nivel supercreador, la Deidad ha agotado el potencial personalizable, ha completado la Divinidad y ve extenderse la actitud de revelarse a sí mismo en niveles sucesivos y progresivos de personalizaciones diferentes. En este punto, la Deidad reencuentra el Absoluto Incondicionado, se contraría a sí misma y realiza la experiencia de identificarse consigo misma...

Gloria hizo un movimiento negativo con la cabeza.

-Lo sé -argumentó Sinuhé-, todo esto es poco menos que indescifrable... para los humanos. Puedo aclararte que en la Quinta Revelación hay cientos de páginas en las que se intenta hacer comprensible esta idea múltiple de la Divinidad. Quizá,

para que nos entendamos, podríamos resumir esa séptuple versión de Dios diciendo que la existencia divina no podrá ser nunca probada ni comprendida a través de experiencias científicas o de deducciones lógicas de la razón pura. Nadie puede concebir claramente a Dios más que fuera de los reinos de la experiencia humana. Sin embargo, como tú sabes, el verdadero concepto de la realidad de Dios es razonable para la lógica, plausible para la filosofía, esencial para la religión e indispensable para toda esperanza de sobrevivencia personal.
En teoría se puede pensar en Dios como Creador y, efectivamente, es el Creador Personal del Paraíso y del Universo Central de Havona. Pero los universos del Tiempo y del Espacio han sido todos ellos creados y organizados por el Cuerpo Paradisíaco de los Hijos Creadores. Y entre ELLOS está nuestro Micael: Jesús de Nazaret.
El Padre Universal no es el Creador del universo local de Nebadon. Éste, como también sabes, es creación de su hijo Micael. Y aunque el Padre Universal no cree personalmente esos universos evolucionarios, los controla en muchas de sus relaciones universales y en algunas de sus manifestaciones de energías físicas, mentales y espirituales. Recuerda el caso de los Ajustadores de Pensamiento o chispa prepersonal del Padre Universal en cada uno de nosotros...
En suma, Dios el Padre es el Creador Personal del Universo del Paraíso y, en asociación con el Hijo Eterno (Segunda Persona de la Trinidad), el Creador de todos los Creadores personales de universos.
Como controlador físico en el Universo Maestro material, la Causa-Centro-Primera funciona en los arquetipos de la Isla Eterna del Paraíso. En mitad de ese centro de gravedad absoluto, el eterno Dios ejerce un supercontrol cósmico del plan físico, tanto en el Universo Central como de un extremo a otro del Universo de los Universos. Como mente, Dios opera por la Deidad del Espíritu Infinito. Como espíritu, Dios está manifestado en la persona del Hijo Eterno y en la de los divinos hijos del Hijo Eterno. Estas relaciones mutuas de la Causa-Centro-Primera (Dios) con las Personas y los Absolutos coordenados del Paraíso no excluyen de ninguna manera la acción personal directa del Padre Universal en toda la Creación

y a todos los niveles de ésta. Por la presencia de su Espíritu fragmentado, el Padre Creador mantiene un contacto inmediato con sus hijos-criaturas y sus universos creados.
Todos los mortales, en definitiva, somos creados por el correspondiente Soberano del universo local y, aunque, al contrario de lo que sucede con los seres descendentes, no somos creados perfectos, sí somos dotados del potencial de perfección y de vida eterna. En esa asociación de Dios el Séptuple, los Hijos Creadores de universos locales aportan el mecanismo por el cual los mortales llegamos a ser inmortales y lo finito puede ser abarcado por el infinito. Si después de su vida física en su planeta natal, el humano ascendente es juzgado digno de sobrevivir, entra en el camino de la ascensión del Paraíso. Son resucitados de entre los muertos (ya sea individualmente y al tercer día después de su óbito), ya sea colectivamente, al fin de cada milenio.
La hija de la raza azul iba saltando de sorpresa en sorpresa. Y emocionada, exclamó:
-¡Háblame de ese paso!... ¿Qué ocurre después de la muerte?

Sinuhé la observó con rostro grave.
-Tú sabes ya qué sucede cuando se pasa al otro lado -le reprochó.
-Sí, pero no sé tu versión... Perdón -rectificó-, la versión de esa Quinta Revelación.
-En el momento de la muerte, el ser humano duerme en la nada. Y su ajustador de pensamiento, así como su ángel Guardián, le abandonan. En otras palabras: durante un tiempo (aceptando el difícil concepto del tiempo sin tiempo de esa nueva experiencia) el humano deja de tener personalidad. Si está destinado a sobrevivir, será resucitado por las personalidades celestes responsables de este cometido en el que llaman los Mundos Moronciales o de Las Casas. En ese caso recibe un cuerpo moroncial y su ajustador habita de nuevo en su mente, al tiempo que su ángel guardián le restituye su psiquismo y memoria del pasado. Su personalidad es enteramente reconstruida y, a partir de ese momento, las entidades cualificadas de la jerarquía celeste vigilan su progreso espiritual.

Ese cuerpo moroncial es sustituido repetidas veces por otros cuerpos igualmente moronciales, pero cada vez más sutiles y espiritualizados. Estos cambios sucesivos han sido revelados en IURANCHA por grandes instructores celestes, aunque los humanos los hemos equivocado, interpretándolos como sucesivas reencarnaciones...
-Entonces, ¿no existe la reencarnación?
-Según la Quinta Revelación, no como los humanos la entendemos. Los mortales (se dice aquí) no nacen de nuevo ni sobre su planeta natal mi con un cuerpo físico. Las reencarnaciones son en realidad un fenómeno moroncial. Y después de esta experiencia moroncial o experiencia del alma, comienza la prolongada experiencia espiritual. Cuerpo sutil, alma y espíritu se fusionan cada vez más y el peregrino ascendente en el Tiempo es lanzado en un vertiginoso y esperanzador sendero, con una maravillosa meta: la Isla Eterna del Paraíso. Y ese sendero (según reza en la Quinta Revelación) constituye una resplandeciente secuencia de experiencias, de todo tipo, que van abriendo al hijo de Dios hacia cada vez más extraordinarias revelaciones... No es posible describir con palabras lo que realmente nos aguarda al otro lado.
Gloria, con los Ojos húmedos por la emoción y la alegría, no respiraba siquiera.
-Y todos estos peregrinos ascendentes -prosiguió Sinuhé-, van siendo transportados de mundo en mundo por los llamados serafines transportadores, según una prodigiosa técnica. Y el número de mundos a visitar antes de alcanzar el Universo Central de Havona es prodigioso. Y te diré más: en ese propio Universo de Havona, como ya te expliqué, es preciso conocer los mil millones de esferas antes de ser calificado para el largo viaje interestelar que conduce a la Isla Eterna. Pero no te asustes. Los conceptos humanos de Tiempo no tienen relación alguna con los millones de años de esa cartera hacia el Paraíso, y su duración es corta si la relacionamos con el concepto de Eternidad.
Y antes que nosotros, innumerables masas de mortales lo han recorrido ya. Esa carrera tiene un único fin: transformar a los humanos evolucionarios en seres perfeccionados o finalistas, semejantes o parecidos bajo muchos conceptos a los seres

perfectos por naturaleza que habitan normalmente las esferas paradisíacas, pero que no disfrutan de la experiencia del Espacio-Tiempo.
-Según esto -terció Gloria-, nosotros podemos llegar a ser más afortunados que esos seres, creados perfectos desde su origen...
Sinuhé se encogió de hombros.
-Sólo puedo decirte -respondió- que, si todo esto es verdad, la Promesa de Jesús de Nazaret de toda una recompensa y un lugar en la casa de mi Padre se queda corta...
-¿Qué son los finalistas? -acometió Gloria con su habitual entusiasmo.
-La totalidad de esos afortunados mortales que consiguen alcanzar la Isla Eterna es agrupada en lo que llaman el Cuerpo de la Finalidad. Pero su destino no ha sido desvelado aún. Quinta Revelación deja entrever la fantástica posibilidad de que todos esos peregrinos ascendentes, juntamente con miríadas de ángeles, sean los futuros pobladores de ese Espacio Exterior, todavía inhabitado, del que ya te hablé.
Y Sinuhé formuló un pensamiento en voz alta:
-¡Es fantástico!... Mucho más de lo que jamás pudo enseñarnos ninguna Iglesia o doctrina... Quizá ahora, por todo esto. corazón busca a Dios con mayor fuerza...
Y volviendo sus ojos hacia Gloria, le formuló una pregunta decisiva:
-A la vista de cuanto has escuchado, ¿aceptarías buscar conmigo esos archivos secretos y transmitir su indudable tesoro de conocimientos?

El rostro de Gloria se iluminó al oír aquella solemne proposición. Sinuhé sabía que su compañera, desde el primer momento y en lo más hondo de su alma, había dicho sí a la misión. Pero, fiel a lo dispuesto por su Kheri Heb, prefería ir paso a paso, meticulosamente.
-Sabes -le reprochó su amiga- que te acompañaría al fin del mundo. Y con más razón cuando alguien, no sé exactamente quién pero tampoco importa, nos brinda la oportunidad única de hacernos con nuestro propio pasado y, lo que es más importante, con nuestra verdadera historia e identidad como humanos. No sé qué tengo que hacer ni cómo, pero sí...

Por toda respuesta, Sinuhé se incorporó y acercándose al rostro de Gloria, la besó en ambas mejillas.
-Gracias.
-Pero antes de que me hables de los preparativos para esa misión -añadió la señora de la Casa Azul, cuya memoria, al contrario de lo que sucedía con la de Sinuhé, no perdonaba-, sácame de una duda: ¿qué es la raza azul?
Nuestro hombre volvió sobre los documentos y se disponía ya a despejar esta lógica incógnita cuando, súbitamente, en el umbral del salón apareció la corpulenta figura del alcalde de Sotillo.
Sinuhé guardó silencio. Y Gloria, comprendiendo que su informante no deseaba seguir hablando sobre aquellos asuntos en presencia de José María, se las ingenió para desviar la conversación. En el fondo, el investigador agradeció la irrupción del alcalde en la Casa Azul. Era necesario que, tanto la hija de la raza azul como él mismo, reflexionaran sobre lo tratado en aquellos días. Sinuhé presentía que el momento para emprender aquella misión se hallaba cada vez más cercano. Y era consciente también de que buena parte del éxito de la misma podía depender, no sólo de las enseñanzas que recibiera Gloria, sino -muy especialmente- del autoconvencimiento de ambos para entusiasmarse con ella. Y eso, obviamente, requería su tiempo. Resultaba duro, al menos para Sinuhé, no saber con precisión por qué había sido elegido para esta misión y, naturalmente, cómo llevarla a cabo. Pero Gloria no supo jamás de aquellas dudas.
Sinuhé, discretamente, interrogó al alcalde sobre el vicio reloj del Ayuntamiento. En su ánimo latía aún el deseo de inspeccionar la maquinaria y la torreta metálica, en busca de quién sabe qué nueva pista. Pero José María, con su respuesta, sólo contribuyó a enfriar el entusiasmo del investigador. Como es habitual en estas pequeñas y sosegadas poblaciones rurales, las cosas de palacio van mucho más despacio… Así que, a pesar del tiempo transcurrido desde la última visita de Sinuhé a Sotillo, la cerradura de la puerta de acceso al mencionado Ayuntamiento seguía bloqueada, haciendo imposible la entrada al edificio.

Las palabras del alcalde, prometiendo una pronta solución, no sirvieron de consuelo a Sinuhé. Él sentía que debía entrar en aquel viejo caserón. Pero, ¿cómo?
Ese mismo lunes, 16 de julio, la incógnita quedó despejada.

Absorbido por los preparativos de la misión, Sinuhé -tampoco es de extrañar, dado su secular despiste- no había caído en la cuenta de que, al día siguiente, 17 de julio, Gloria celebraría su 49 cumpleaños. El primero, causalmente, sin su marido. Esta especialísima circunstancia hizo que algunos de sus más íntimos amigos se desplazaran hasta Sotillo, dispuestos a acompañarla.
Así que, a lo largo de aquel lunes, la Casa Azul se vio paulatina Y felizmente agitada por un continuo trasiego de personas y equipajes. Y la hija de la raza azul y Sinuhé, de mutuo acuerdo, decidieron posponer sus secretas conversaciones.
Al atardecer, con la excusa de un rutinario paseo por los alrededores, el miembro de la Escuela de la Sabiduría se las ingenió para adentrarse en solitario en el bosquecillo que rodea el Ayuntamiento y en el que había vivido tan extraña experiencia.
En esta segunda visita, Sinuhé no advirtió nada anormal. La, copas de los árboles, cargadas de sol, presenciaban inmóviles el incansable juego de docenas de golondrinas y vencejos, cuyos trinos ahogaban a ratos el zumbido de las libélulas y el chirriar de invisibles chicharras.
Su objetivo era alcanzar el claro del bosquecillo y comprobar qué había sucedido con las seis misteriosas señales grabadas en los troncos por aquella monstruosa criatura.
A pesar de haber asistido a la escena, de haber tocado el emblema que adorna la bandera de Micael de Nebadon y de haber recogido un puñado de la no menos desconcertante arena del suelo del calvero, el espíritu analítico y racionalista de Sinuhé seguía revelándose.
Pero su incertidumbre quedó prontamente difuminada. Al asomarse al filo del claro, la sangre volvió a encenderse en sus entrañas. ¡Allí seguían las seis marcas!: negras, intactas y como un testimonio frío y palpable de todo lo acaecido.

Temblando de emoción, Sinuhé avanzó hasta el centro geométrico del claro. Y una vez allí, levantó los ojos hacia el círculo azul que se recortaba -casi como un milagro- entre los altos chopos.
Y sin saber por qué, se sintió lleno de una intensa paz. A su cerebro habían vuelto las cada vez más familiares palabras que, sin duda, le había transmitido aquel ser: Recuerda mi señal..., la de Micael.
Sinuhé bajó la vista, fijándola en cada uno de aquellos círculos concéntricos. Y la súbita paz que le inundaba fue dejando paso a una mezcla de nostalgia y serena melancolía. Si todo aquello no era un sueño, se encontraba frente al símbolo de su Creador: los tres círculos que, según la Quinta Revelación, constituyen la bandera del Hijo Creador del universo local de Nebadon: Jesús de Nazaret. Una bandera blanca con tres círculos azules y concéntricos en el centro. Una bandera que Micael jamás utilizó durante su vida terrena en IURANCHA. Una bandera -reflexionó Sinuhé- que resume todo el misterio y la grandiosidad de la Trinidad.
Y él, desdichado y contradictorio mortal, ¿había sido elegido para tan alta misión?
Sinuhé no podía entenderlo, aunque reconocía que había algo sumamente familiar o conocido en todo aquello que le impulsaba a seguir adelante, incluso a pesar suyo.
Y antes de que unas amenazadoras lágrimas asomaran a sus ojos, recogió un par de puñados de los luminosos gránulos, llenando un pequeño frasco que -en contra de sus propias dudas- había llevado consigo al bosquecillo.
Minutos más tarde, el investigador -presa de una creciente y entonces inexplicable nostalgia- se alejaba del lugar, caminando sin rumbo fijo hacia los todavía helados ventisqueros de Sierra Cebollera.

Sinuhé permaneció en la soledad de la sierra hasta bien entrada la noche. Y aunque aquellas huidas a parajes tan apartados como oscuros solían ser frecuentes en sus impenitentes correrías tras el misterio, en esta oportunidad -tumbado frente al inmenso brazo de la galaxia-, el atormentado reportero pidió

con más fuerza que nunca algún tipo de señal. Algo que aliviara sus dudas...
Pero esa señal no iba a llegar, al menos como nuestro hombre suponía. Y un tanto decepcionado, abandonó aquellas tinieblas, sumido en otras mucho más densas: las de su propio corazón.
Gloria había empezado a impacientarse ante la tardanza de su amigo. Y todos respiraron al verle aparecer y tomar asiento, como era su costumbre, en el entarimado del salón, con la espalda apoyada sobre la ahora fría y silenciosa chimenea de la Casa Azul.
Sinuhé dedicó unos minutos a observar a los allí reunidos. Todos, en mayor o menor grado, compartían las inquietudes de la hija de la raza azul y la conversación, como era de esperar, no tardó en desplazarse hacia asuntos ahora esotéricos, después paranormales y siempre revestidos de una profunda inquietud espiritual. Y en mitad de aquel animado coloquio, el inexplicable fenómeno de las 66 campanadas no cayó en el olvido. Alguien preguntó a Gloria y ésta, maliciosamente, esquivó la cuestión, dejando la posible respuesta en manos de Sinuhé.
Pero el investigador, sin inmutarse, apenas si desveló algunos pequeños detalles, evitando, por supuesto, cualquier indicio o noticia que tuviera relación con la misión encomendada por su Orden. Esta hermética actitud del periodista -a la que ya estaban sobradamente acostumbrados cuantos le conocían-, lejos de cerrar el caso, azuzó aún más la curiosidad de los presentes. Y varios de los contertulios cerraron el cerco sobre Sinuhé, acosándole a preguntas. Gloria asistía divertida a esta lluvia de veladas sugerencias e interrogantes. Pero el investigador -curtido en mil escaramuzas como aquella e incluso peores- no era fácil de conquistar y mucho menos de engañar. Así que, como también era habitual en él, condujo la conversación hacia un terreno aparentemente inocuo que, sin embargo, y con gran sorpresa por su parte, iba a aportarle esa señal que tanto había deseado en la sierra.
Sinuhé explicó que, antes de llegar a ningún tipo de conclusión sobre las misteriosas campanadas, era menester revisar a fondo la maquinaria del reloj. Y lamentó que este examen no hubiera podido llevarse aún a buen término, a causa del estúpido accidente de la llave, que había bloqueado la cerradura.

-Mientras no haya posibilidad de echar un vistazo a ese camarote -mintió-, todo serán especulaciones…
En ese instante, Juana, una antigua amiga de Gloria que había compartido con ella parte de los primeros años del retiro voluntario de la familia en Sotillo, insinuó la posibilidad de subir a la torre del Ayuntamiento por otro camino.
Y esta vez fue Sinuhé, que había sentido cómo se disparaban todas sus alarmas mentales, quien formuló una única y rotunda pregunta:
-¿Cómo?
Juana le recordó que durante la larga temporada que había pasado en la aldea, su casa había sido, precisamente, la vieja y deshabitada vivienda del secretario del Ayuntamiento. Justamente en la parte baja de la citada Casa Consistorial.
-Cierto -repuso Sinuhé, que había empezado a comprender-. Entonces, ¿es que hay alguna puerta que comunica con la zona alta del caserón?
Juana respondió afirmativamente.
Y Sinuhé, incorporándose, se dejó llevar por una de sus típicas intuiciones:
-¿Y a qué esperamos?
-¿Ahora? -clamaron perplejos algunos de los presentes-. Son casi las doce de la noche…
-Además -repuso Juana-, esa puerta lleva varios años sellada y tapiada por un pesado armario que yo misma ayudé a arrastrar hasta allí…
-Pero -insistió Sinuhé sin el menor atisbo de desmayo- ¿sería posible desplazar ese mueble y abrir la puerta?
-Supongo que si -dedujo Juana, que había empezado a entusiasmarse con el excitante proyecto.
Varios de los amigos, especialmente las mujeres, con Ulla a la cabeza, encajaron la idea con gran deportividad y se unieron a Sinuhé.
-Un momento -reaccionó el resto-, ese viejo caserón se halla a oscuras… Podría ser peligroso… No sabemos qué puede haber en el ático… ¿No sería más prudente esperar a mañana?
Y uno de los disidentes, en un último esfuerzo por convencer a Sinuhé y a las mujeres, que se disponían ya a abandonar la Casa Azul, en dirección al Ayuntamiento, recordó las 66

campanadas, poniendo especial énfasis en el hecho de que quizá aquello fuera cosa de fantasmas o difuntos en pena...
Algunas de las amigas de Gloria palidecieron. Pero Juana frenó aquel incipiente miedo con uno de sus habituales comentarios:
-¡Si es así, llevaremos piedres...!
Y desoyendo los razonables consejos de la mayoría, Sinuhé y cuatro o cinco mujeres se hicieron con velas y una linterna, cruzando la plaza de la Lastra con paso decidido.
La hija de la raza azul permaneció en la casa, siguiendo uno de sus acostumbrados presentimientos. Faltaban escasos minutos para su 49 cumpleaños y ella sentía que el final de aquel su sexto ciclo humano iba a depararle grandes sorpresas...

Sinuhé se detuvo unos segundos. Y desde el centro de la solitaria plaza de la Lastra levantó el rostro hacia las estrellas. La luna, aunque había empezado a perder su blanca redondez, arrancaba aún destellos al bronce de la campana y a la grisácea sillería de la torre del Ayuntamiento. El silencio apenas si se veía alterado por los fugaces y nerviosos cuchicheos de las mujeres y el dulce manar de la fuente de Diana Cazadora. La aldea dormía ya y sólo las luces de la Casa Azul rompían la oscura geometría de la noche.
Juana, que durante aquellos días había vuelto a ocupar el que, en un tiempo, fuera su hogar, empujó la puerta de doble hoja. Sinuhé, cortésmente, dejó pasar a sus acompañantes. Y al comprobar la proximidad de dicha puerta con la que se hallaba bloqueada, se reprochó lo que él consideró un serio despiste. ¿Cómo no había caído en la cuenta de que la antigua vivienda del secretario podía conducir también al camarote de la maquinaria del reloj?
Sin pérdida de tiempo, Juana mostró a sus amigos el muro por el que podían adentrarse en el caserón del Ayuntamiento. Un pesado armario de algo más de metro y medio, en efecto, escondía los dos tercios de una vetusta y carcomida puerta. Y Sinuhé, tras un brevísimo examen de los cortos y gastados pies de sustentación del mueble, comenzó a arrastrarlo.
Segundos después, la puerta quedaba desbloqueada. Y tal y como había anunciado Juana, el investigador descubrió al instante tres tiras de cinta adhesiva, que sellaban aquel acceso.

Y una lógica deducción apareció en la mente de Sinuhé: Si alguien en la famosa madrugada de las 66 campanadas, hubiera entrado en el Ayuntamiento por aquella puerta, además de verse en la necesidad de desplazar el molesto armario, habría tenido que romper o despegar aquellas bandas adhesivas... Pero las cintas se hallaban intactas y perfectamente pegadas al filo de la jamba y de la madera de la puerta, respectivamente.
El investigador sacó su pañuelo y, ante la mirada expectante de las mujeres, lo frotó suavemente sobre la superficie de una de las tiras. Y el polvo acumulado en las mismas durante los cinco años que la casa llevaba cerrada pasó al momento a la tela.
Parecía obvio que si el supuesto intruso había entrado y vuelto a salir por aquel lugar, aunque se hubiera tomado la molestia de intentar sellar la puerta con aquellas mismas bandas, éstas -al ser dispuestas y friccionadas- habrían perdido su evidente tersura y, naturalmente, la considerable capa de polvo que las cubría.
Además -se preguntó el reportero por enésima vez-, ¿para qué?... ¿Qué sentido podía tener que alguien del pueblo entrara de madrugada al Ayuntamiento y se divirtiera, haciendo sonar la campana... 66 veces? Quizá la solución a este irritante enigma -se dijo a sí mismo- esté ya al alcance de la mano... Todo es cuestión de subir y tener los ojos bien abiertos.
Y lentamente, Sinuhé fue retirando las cintas adhesivas.

Definitivamente, a Sinuhé le faltaba mucho para convertirse en un buen y perspicaz investigador...
Una vez retirados los rudimentarios sellos, el periodista se hizo con la linterna y procedió a abrir la puerta. Pero, durante algunos segundos, ésta se resistió.
Fue Ulla, a espaldas de Sinuhé, quien le recordó que, lógicamente, sólo podía abrirse... hacia adentro, y no hacia fuera. como pretendía el ofuscado detective.
Resuelto el momentáneo contratiempo, Sinuhé empujó la chirriante hoja, enfrentándose a una oscuridad total.
La débil luz de la linterna le descubrió en seguida una reducida y desnuda estancia. Todo se hallaba en calma. Silencioso. Muerto. Sinuhé percibió al momento el clásico tufo que despide una habitación largo tiempo cerrada, y volviéndose hacia sus

compañeras les sugirió que -si lo deseaban- aún estaban a tiempo de regresar a la Casa Azul. Las mujeres, con las velas encendidas, se negaron en redondo. Sólo Juana, conocedora del centenario caserón, apoyó tímidamente a Sinuhé, advirtiendo que el lugar podía estar infestado de ratas.
Y aunque las mujeres no se percataron de ello, fue Sinuhé quien se estremeció ante la posibilidad de tropezar con aquellos repulsivos y peligrosos roedores. Pero, a decir verdad, no tenía alternativa. Él había promovido aquella incursión a lo alto del Ayuntamiento y ahora no podía volverse atrás. Así que, tras inspirar profundamente, se dirigió hacia los peldaños situados en una de las esquinas de la estancia y que, probablemente, conducían al primer piso. Las mujeres le siguieron a corta distancia, a excepción de Juana, quien -horrorizada ante la idea de las ratas prefirió cambiar de calzado. Y a pesar de los enfurecidos gritos de Juana, pidiendo a sus amigos que la esperasen, éstos hicieron caso omiso de sus llamadas, prosiguiendo la ascensión hacia el desván.
El primer tramo de escalera, hasta la planta que alberga las diferentes dependencias municipales, fue cubierto rápidamente y sin novedad. Sinuhé, siempre abriendo la marcha, tenía prisa por llegar cuanto antes a la torre del Ayuntamiento y examinar la maquinaria del reloj. Él sabía que la oscuridad en el camarote debía ser total y que ello dificultaría grandemente la exploración. Pero también sentía que algo inesperado le aguardaba al final de aquel recorrido y la curiosidad había empezado a hacerse insostenible.
Al alcanzar la primera planta, Sinuhé se detuvo. Fue iluminando lenta y progresivamente cada una de las puertas y paredes, aguzando al mismo tiempo su oído. Los lamentos de Juana habían cesado y, envueltos en aquellas tinieblas, el único ruido perceptible era el de las agitadas respiraciones de los decididos aventureros.
Parcialmente convencido de que aquel primer piso se hallaba desierto, Sinuhé inició un concienzudo registro de las habitaciones. Las mujeres, algo más animadas, le imitaron. Pero, tal y como le había anunciado el alcalde, aquella zona del Ayuntamiento se encontraba en obras y las diferentes dependencias aparecían desmanteladas.

Minutos después, nuestro hombre atacaba el último tramo de escalones: el que, sin duda, les llevaría al ático.
Y con el corazón golpeándole en el pecho, Sinuhé ascendió hasta una pequeña puerta que les cerraba el paso.
Paseó el círculo luminoso sobre el marco y el pomo y, haciendo un esfuerzo por tranquilizarse, se dispuso a abrirla.
Pero algo desconcertante e impensable en aquellos instantes vino a paralizarles...

Sinuhé apoyó su mano derecha sobre la portezuela que presumiblemente les separaba del perdido o desván y, cuando se disponía a empujarla, un súbito tañido quebró el silencio, ¡Era la campana!
El golpe seco del martillo sobre el bronce se propagó vertiginosamente, traspasando las tinieblas y el mermado valor del investigador. Y una fulminante descarga de adrenalina le secó la garganta, haciéndole temblar de pies a cabeza. Durante segundos, Sinuhé perdió el control. La linterna resbaló de entre los sudorosos dedos, precipitándose escaleras abajo. Y las frágiles llamas amarillo-azuladas oscilaron, contagiadas por el nerviosismo de sus portadoras.
Faltó muy poco para que el grupo diera media vuelta y se lanzara en una frenética huida.
En el último instante, Sinuhé logró recuperarse parcialmente y, tras pedir calma, recogió la linterna, enfrentándose nuevamente a la portezuela.
-Eso -susurró a las mujeres con un hilo de voz- ha debido ser el viento...
Pero la piadosa mentira apenas si fue escuchada y, mucho menos, aceptada. Todas sabían que esa noche no había viento y que el reloj llevaba semanas inutilizado.
¿Quién o qué había levantado el pesado martillo? ¿Un animal, quizá? ¿Un vecino? ¿0 se trataba, como había apuntado uno de los amigos de Gloria, de un alma en pena?
Este vendaval de preguntas fue pasando por la mente de Sinuhé y de sus no menos inquietas amigas mientras luchaban por recuperar un mínimo de valor.

Y en este difícil trance se hallaban cuando alguien, tras consultar la hora, hizo un comentario que terminó por levantar los maltrechos ánimos:
-Es curioso: esa campana ha sonado a las doce en punto... Gloria acaba de cumplir 49 años... ¿No será una señal?
Sinuhé no comprendió muy bien las segundas intenciones de aquella sugerencia. Pero agradeció el fugaz respiro y, consumido por una violenta curiosidad, golpeó la puerta, abriéndola de par en par.
-Sea lo que sea -clamó con rabia-, pronto lo averiguaremos...
Y de un salto penetró en el oscuro desván.
Sin poder disimular su nerviosismo, Sinuhé -con los pies firmemente asentados sobre el piso de madera- hizo volar el cono de luz en un radio de 180 grados. Fue una primera y anárquica exploración del lugar, a la búsqueda, sobre todo, de algún rostro o movimiento sospechoso.
Prudentemente, el investigador se había situado en el umbral mismo de la portezuela, impidiendo el paso de sus compañeras y procurando, al mismo tiempo, cortar la posible huida del no menos hipotético individuo que había golpeado la campana.
Con el corazón descontrolado por el miedo, Sinuhé fue iluminando todos y cada uno de los rincones del desván. Se trataba de una espaciosa sala cuadrangular, repleta de muebles viejos, legajos polvorientos arrumbados en pilas informes y un sin fin de cachivaches, entre los que, en una primera observación, distinguió bidones, aperos y herramientas herrumbrosas.
En mitad de aquel tenso silencio, el foco de luz fue recuperando poco a poco la perdida estabilidad, paseándose ahora con mayor precisión sobre las fantasmagóricas siluetas de los enseres allí abandonados.
A primera vista, todo parecía tranquilo. Pero aquella calma no era normal. Lo lógico -siguió reflexionando el investigador- es que nuestra presencia hubiera puesto en fuga a algunas de las muchas ratas que deben anidar en este sucio escondrijo...
Pero ¿por qué no habían acertado a descubrir ni una sola en todo el camino? ¿Es que algo o alguien las había asustado..., antes de que ellos llegasen?
Y un súbito presentimiento invadió a Sinuhé.

El espeso silencio y el inesperado toque de la campana trajeron a la mente de Sinuhé aquella otra experiencia, vivida o sufrida -según se mire- en el interior del bosquecillo que rodea el caserón en el que habían penetrado tan inconscientemente. Y el vello del investigador volvió a erizarse ante un desapacible presentimiento:
¿Y si el responsable de este nuevo tañido hubiera sido la monstruosa criatura que vi en el calvero? Si así fuera -meditó Sinuhé mientras buscaba con su linterna el acceso a la torre del Ayuntamiento-, quizá se encuentre todavía junto a la maquinaria o, ¿quién sabe?, junto a la campana... Pero no, no es posible.
Absorbido por tales elucubraciones, Sinuhé no se percató que había iluminado por dos veces una pequeña puerta, situada al fondo del desván y a un metro, aproximadamente, del nivel del entarimado sobre el que se hallaba. Fue en un tercer rastreo cuando el haz luminoso quedó centrado primero en una media docena de peldaños de madera y, finalmente, en una desvencijada puerta, aquejada del mal de los años y que resultaba poco menos que milagroso que pudiera sostenerse sobre tales e improvisadas escaleras.
Adosado al muro principal del caserón, Sinuhé descubrió al fin el camarote que debía albergar la buscada maquinaria del reloj. Y lentamente empezó a caminar hacia aquellos últimos escalones. Pero, cuando apenas si había avanzado tres pasos, un lejano golpeteo le detuvo. Al girar sobre sus talones e iluminar la portezuela que acababa de empujar, Sinuhé comprobó cómo las mujeres se habían vuelto también en dirección al lugar del que procedía aquel ruido, cada vez más atronador.
Sin pensarlo se abrió paso entre ellas, situándose en las estrechas escaleras sobre las que habían oído el lúgubre tañido de la campana. Y llevando su dedo índice a los labios, pidió silencio.
Aquel golpeteo seguía Regando nítido y amenazador, entremezclado a veces con su propio eco.
Sinuhé y las mujeres no necesitaron muchos segundos para deducir con creciente terror que aquel atropellado martilleo

procedía de la parte baja del caserón y que, a juzgar por los cada vez más claros y potentes estampidos, ascendía rápidamente hacia el lugar donde se encontraban.
Los corazones, víctimas de un pavor incontrolable, habían vuelto a desatarse. El de Sinuhé, sobre todo, parecía a punto de saltar por la boca.
¿Qué estaba pasando en aquel maldito Ayuntamiento?, se preguntó, incapaz de identificar el trueno que seguía acercándose.
De pronto, el seco tableteo desapareció. Los últimos golpes habían sonado en la planta inferior. Y Sinuhé, procurando que los peldaños no gimieran bajo sus pies, descendió dos o tres escalones, tratando de percibir alguna señal -quizá una sombra- que delatara o identificara al responsable de aquel terrorífico escándalo. La luz de la linterna perforó las tinieblas, explorando el final de aquel tramo y el recodo que formaba el pasadizo. Pero la única respuesta fue el silencio.
En ese instante, una de las compañeras consiguió articular una frase que arruinó el diezmado valor del investigador:
-Parecían pasos...
¿Pasos? -se repitió a si mismo Sinuhé-. ¿Pasos que suenan como cañonazos?... ¡No! -argumentó contra sus propias dudas-, ninguna persona humana podría provocar semejante estrépito...
Apenas si habían desaparecido de su mente estos razonamientos cuando aquella cadena de golpes reapareció en el lugar, helando la sangre de Sinuhé.
El estruendo era ahora infinitamente más violento y cercano. ¡Sonaba justamente en el piso donde se hallaban las dependencias municipales!
Y el investigador, sin poder evitarlo, retrocedió ante la evidente proximidad de aquella tormenta de golpes rotundos y decididos. Pero, en su precipitación, tropezó, desplomándose de espaldas sobre los peldaños. Y la linterna saltó de su mano por segunda vez...

La aparatosa caída de Sinuhé y el casi simultáneo repiqueteo de la linterna, rodando escalones abajo y sumiendo -al apagarse- a los desmoralizados expedicionarios en la más desastrosa oscuridad, abrieron finalmente las contenidas compuertas del

miedo y varias de las mujeres estallaron, apagando por unos instantes aquellos frenéticos mazazos con un chillido desgarrador.
Y fue como un milagro. 0 quizá como una estocada mortal. El fantasma, o lo que fuera, al escuchar los gritos volvió a detenerse. Al menos, los golpes cesaron. Y entre respiraciones jadeantes, Sinuhé acertó a levantarse, palpando los peldaños en una búsqueda desesperada de la linterna. En realidad, aunque sus manos tanteaban a ciegas y nerviosamente la madera de los escalones, sus ojos se mantenían fijos en el final del tramo de la escalera y, más concretamente, en el recodo que conducía al piso inferior. Pero las tinieblas seguían siendo lo suficientemente densas como para no poder distinguir bulto o silueta algunos.
Al cabo de unos segundos, que a Sinuhé se le antojaron interminables, la persona, animal o fantasma prosiguió su avance, pero, esta vez, paso a paso. Sus golpes sobre el tramo de escalera que moría necesariamente en el punto donde Sinuhé bregaba por encontrar su linterna se hicieron terminantes y angustiosos. Ya no había duda: aquel trueno lo provocaba algo o alguien que se hallaba a escasos metros de los más que arrepentidos aventureros...
Casi paralizado por el miedo, el investigador, de rodillas y con la frente empañada por un sudor frío, se lanzó sobre el último peldaño, maldiciendo su mala estrella. La linterna seguía sin aparecer y aquello -lo que fuera- continuaba ascendiendo, provocando en Sinuhé una arritmia cardiaca que a punto estuvo de desembocar en algo peor...
Las mujeres, más sensatas, habían retrocedido, perdiéndose atropelladamente en la oscuridad del desván. Una de las menguadas velas había terminado por estrellarse sobre los peldaños, alumbrando escasa y casi milagrosamente el recinto.
Y al fin, como un regalo del cielo, Sinuhé dio con la linterna, aferrándose a ella como un poseso.
Buscó nerviosamente el interruptor y, cuando se disponía a pulsarlo, el instinto le hizo levantar la cabeza. Frente a él, a poco más de un metro, distinguió un inmenso bulto.
Y una oleada de sangre saltó desde sus entrañas...

En décimas de segundo, por la mente de Sinuhé desfiló -o quizá fuese más preciso el término estalló- un caótico tropel de posibilidades, todas ellas a cuál más amenazante...
¡Por Jesucristo!... ¿Qué era aquello que tenía frente a sus ojos? El bulto, negro e inmenso, parecía jadear, oscilando levemente a derecha e izquierda. Por un instante, aquella silueta y su rítmico movimiento hicieron pensar a Sinuhé en un gorila. Y entre escalofríos, el investigador se incorporó de un salto, esgrimiendo la linterna en actitud defensiva e incapaz de razonar con frialdad. Y debió ser aquel gesto de Sinuhé -linterna en alto- el que, al fin, aceleró el desenlace de aquella angustiosa situación.
De pronto, de aquel bulto surgió una voz entrecortada:
-¡Coño...! ¡Que soy yo...!
Sinuhé, atónito, bajó lentamente la linterna y, temblando, pulsó el interruptor, arrojando el haz luminoso sobre la parte superior del bulto.
Y ante los desconcertados ojos del reportero apareció un rostro pálido y desencajado por el miedo.
-¡Juana!
Al escuchar aquel nombre, las mujeres se agolparon en la puerta del ático, pasando del terror a una risa casi histérica.
-¡Juana...! Pues claro -farfulló la recién llegada-, ¿quién leñe iba a ser? Sois unos mal nacidos. ¿Por qué no me esperasteis?
Sinuhé, con la boca abierta por la sorpresa, seguía sin dar crédito a lo que tenía enfrente.
-Pero -acertó a formular finalmente- ¿y esos truenos?
-¿Truenos? - preguntó a su vez Juana-, ¿qué truenos?
La linterna del estupefacto investigador enfocó los pies de Juana y, al comprender, fue aquél quien se vio atacado por la risa. Juana calzaba unos voluminosos y viejos zuecos, traídos años atrás de su entrañable Asturias.
Aquellos estampidos habían sido provocados en realidad por el choque del citado calzado de madera contra el piso y las escaleras del silencioso caserón.
Y Sinuhé, abatido por la risa y un profundo sentimiento de ridículo, se dejó caer sobre los peldaños, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.
-Sencillamente -se reprochó-, no estoy preparado...

Fueron las mujeres quienes sacaron a Sinuhé de su decaimiento. Una de ellas, pasado ya el susto, interrogó a Juana sobre la misteriosa campanada.
-Sí, la he oído -repuso sin más-. ¡Sois unos graciosos! ¡Vaya susto que me disteis!
Juana comprendió al instante que el silencio con que había sido acogido su comentario ocultaba algo en lo que no había reparado... hasta ese momento. Y su voz se debilitó al formular la siguiente pregunta:
-¡Ay Dios...! ¿Es que no habéis sido vosotros?
El silencio fue la más elocuente de las respuestas.
-¡Ay Virgen Santísima...! ¿Y quién es entonces el paisano...?
Juana no llegó a concluir la frase. Sinuhé, algo más repuesto había tomado de nuevo la iniciativa, abandonando las escaleras y adentrándose con paso decidido en el oscuro desván. Ninguna de sus acompañantes llegó a observar el rictus de rabia que había empezado a endurecer su rostro. Sinuhé era así. Del más espantoso sentimiento de ridículo y vergüenza podía saltar en un santiamén a una ira mal contenida. Una ira contra sí mismo por su aparente debilidad y temor. Aquel incidente, en definitiva, había terminado por exasperarle.
Esto debe acabar -se repitió mientras caminaba hacia la portezuela de la torre-. Este absurdo misterio ha durado demasiado.
Y olvidando incluso a sus amigas, que seguían sus pasos a corta distancia, saltó sobre los peldaños, dispuesto a irrumpir en la sala donde reposaba la antigua maquinaria del reloj.

Con una presencia de ánimo poco común -consecuencia, sin duda, de su momentáneo y encendido coraje-, Sinuhé tiró violentamente de la portezuela. Los goznes rechinaron y una peste a grasa seca o corrompida escapó del negro recinto.
Y sin mayores meditaciones, salvó los últimos peldaños, situándose en el umbral de lo que, a juzgar por una primera y rápida exploración de su linterna, no era otra cosa que un mísero cuartucho de apenas dos por tres metros.
Las mujeres siguieron aquellos primeros movimientos de su amigo desde el pie mismo de las breves escaleras y en un silencio reverencial.

Sinuhé, sin pronunciar palabra, permaneció unos segundos bajo el quicio de la puerta, intentando identificar lo que aparecía en el centro del camarote.
Su obsesión en aquellos primeros instantes no era examinar la maquinaria del reloj, sino reconocer y enfrentarse -si fuera preciso- a la persona o, incluso, a aquella criatura monstruosa que, según sus tortuosos pensamientos, podía ser la responsable de la campanada.
Y sus ojos, ayudados por el nervioso cono de luz, fueron acostumbrándose a las tinieblas.
Lo primero que distinguió Sinuhé fue un sólido bastidor o armazón de algo más de un metro de alzada, con robustas patas de madera.
Sobre él descansaba una polvorienta máquina rectangular, sembrada de un indescifrable laberinto de ruedecillas dentadas, palancas y contrapalancas, todas ellas inmóviles y embadurnadas con una grasa tan azabache como maloliente.
Era la maquinaria, efectivamente dormida, del misterioso reloj del Ayuntamiento de Sotillo.
El lugar se hallaba aparentemente desierto y Sinuhé, algo más confiado, buscó con su linterna la sirga metálica que, necesariamente, debía poner en comunicación aquel vetusto artilugio con el martillo situado en la torreta exterior. No tardó en descubrirla. Arrancaba del extremo derecho de la maquinaria, elevándose hacia el techo y atravesándolo por un orificio practicado al efecto.
Al tirar de aquella sirga hacia abajo -dedujo Sinuhé-, el dispositivo exterior levantará el martillo, haciendo que éste pueda caer y golpear así la superficie de la campana...
Y decidido a experimentar por sí mismo esta lógica teoría, el investigador avanzó un paso, pegándose casi a la maquinaria. Pasó la linterna a su mano izquierda y, cuando estaba a punto de asir la referida sirga metálica y comprobar su hipótesis sobre el funcionamiento de la campana y el grado de fuerza necesario para elevar el martillo, Sinuhé creyó ver algo extraño a su izquierda. Fue una imagen medio borrosa, captada fugazmente por el rabillo del ojo y que vino a sacudir mortalmente su repuesto valor.

Durante unos segundos, permaneció con su brazo derecho en alto, incapaz de reaccionar.
Y muy lentamente comenzó a girar el rostro hacia su izquierda, en busca de lo que creía haber visto.
Al mirar de frente, la piel del investigador se erizó y las piernas le temblaron.
En el citado muro izquierdo de la torre donde se hallaba, y pegada al cristal del único ventanuco existente en la misma, descubrió la voluminosa cabeza de un ser que parecía mirarle fijamente.
Con los cabellos de la nuca erizados por el terror, luchó por gritar y advertir a sus compañeras. Pero el miedo había agarrotado su garganta y sólo acertó a tartamudear.
La luz de la luna, cayendo oblicuamente sobre aquel enorme cráneo, contribuía -y no poco- a realzar su monstruosidad. Dos puntos negros -como vacíos y que Sinuhé asoció a los ojos- se hallaban clavados en su persona. Y los escalofríos se sucedieron ya a un ritmo magnético.
En mitad de aquellos segundos angustiosos, nuestro hombre puso en juego todos sus recursos, pero únicamente lograría dirigir la linterna hacia el pequeño ventano. Fue cuestión de décimas de segundo. Al proyectar el chorro de luz sobre el cristal y el horrible rostro situado en el exterior, Sinuhé creyó distinguir cómo el mencionado haz luminoso traspasaba materialmente aquella cabeza, iluminando, incluso, las ramas de los árboles situados inmediatamente detrás y a corta distancia de la torre.
Y antes de que pudiera reaccionar, la criatura desapareció. y lo hizo de forma idéntica a como el investigador había visto esfumarse a aquel otro ser, en el bosquecillo. Aquel tiempo infinitesimal, sin embargo, fue suficiente para que el descompuesto periodista pudiera detectar un par de detalles que le resultaron familiares: aquella criatura carecía de nariz y boca y, tal y como había observado en su primer encuentro en el calvero, daba la sensación de ser ¡transparente!
Cuando el investigador comprobó que aquel repulsivo ser no se hallaba ya frente a la ventana, en un postrer repentino arranque (Sinuhé jamás entendió cómo o de dónde pudo sacar aquel último rasgo de valor) se precipitó hacia el cristal,

aferrándose con todas sus fuerzas a la manija del ventanuco. Y tras hacerlo girar, tiró bruscamente, abriendo la ventana. Sinuhé, en uno de sus desconcertantes impulsos, se atrevió a sacar la cabeza y parte del tronco por el estrecho hueco, tratando de ubicar a la criatura. Con mano temblorosa, enfocó el tejadillo situado al pie mismo del ventanuco, así como las ramas y muros colindantes. Pero el lugar se encontraba desierto. Del extraño ser no quedaba rastro alguno. Al levantar su rostro hacia el cielo, las estrellas reflejaron su miedo con ininterrumpidos parpadeos blancos y azules que, en aquellos críticos momentos, a Sinuhé se le antojaron tan mordaces como fuera de lugar...

-¿Qué ocurre?

Al oír a sus compañeras, cedió en la inútil búsqueda y, cerrando la ventana, permaneció silencioso, intentando calmarse y poner en orden sus atropellados sentimientos.

Fueron precisos más de diez minutos para que recobrara su normal ritmo cardíaco. Y mientras las mujeres paseaban las velas por el recinto y sobre la maquinaria del reloj, curioseándolo todo, se recostó contra la pared en la que había sido practicada aquella ventana.

-En su mente, poco a poco, además de la imagen del rostro de la criatura, una idea había ido grabándose a fuego:

Aquel ser, quizá el mismo que había visto en el bosque, tenía que haber sido el responsable de la solitaria campanada... Pero ¿cómo? Y, sobre todo, ¿por qué?

Sinuhé no podía sospechar entonces que las brumas de su cerebro no tardarían en disiparse...

-¿Qué ha ocurrido? -repitió una de sus amigas, aproximándose al pálido Sinuhé.

Pero, prudentemente, prefirió ocultar cuanto había visto. Y separándose del muro, se unió al grupo, haciendo un gran esfuerzo por aparentar serenidad.

-Aquí no hay nadie -terció otra de las expedicionarias, insinuando a renglón seguido que quizá el tañido de la campana había sido pura casualidad.

Sinuhé, sin despegar los labios, se enfrentó a la sirga metálica por segunda vez y tiró de ella con fuerza. Tal y como había

supuesto, este enlace levantó el martillo de hierro, golpeando la campana con un sonido solemne. Las mujeres, sorprendidas primero y divertidas después, imitaron a Sinuhé, repitiendo las campanadas.
De lo que no hay ya la menor duda -meditó el reportero- es de que para hacer sonar la campana es preciso levantar el martillo y dejarlo caer. Pero eso, puesto que la maquinaria del reloj se encuentra evidentemente paralizada, sólo puede llevarse a efecto desde el interior del camarote donde estamos o en el exterior, en la torreta metálica...
La aparente paz reinante en la torre estimuló la confianza de las mujeres, llegando, incluso, a abrir el ventanuco y a asomarse a la oscuridad exterior. En ese momento, cuando Sinuhé escuchó el afilado gemido de la ventana, no pudo evitar un nuevo sobresalto. Pero el tranquilo comportamiento de sus amigas terminaría por demostrarle que la misteriosa criatura había desaparecido..., al menos momentáneamente.
Y algo más confortado dedicó su tiempo a la lectura y a un meticuloso examen de las placas adosadas a la maquinaria del reloj. En una de ellas podía leerse: Gregorio Revuelto BENITO. Septiembre-S-1907.
En la segunda, Sinuhé distinguió tres únicas palabras: MOISES DÍEZ. PALENCIA.
El primer nombre, según le había adelantado el alcalde en una de sus múltiples entrevistas, correspondía a un magnánimo vecino de Sotillo, donante del referido reloj en 1907. En cuanto al segundo, Sinuhé supuso que podía tratarse del relojero y constructor de tan compleja maquinaria. Y sin conceder mayor importancia a ninguna de las dos inscripciones, se dedicó a explorar la parte baja de la mesa o bastidor de madera sobre el que descansaba el pesado artilugio de relojería.
Se situó en cuclillas, inspeccionando con su haz luminoso los mugrientos soportes de madera del armazón. Pero, nada más iniciar la rutinaria operación, los ojos de Sinuhé quedaron atrapados por algo en lo que, lógicamente, no había reparado. La luz de la linterna se hallaba centrada en un disco de hierro de unos veinticinco centímetros de diámetro. Esta pieza colgaba al final de un listón igualmente metálico, constituyendo el péndulo del reloj.

Al principio, debido a la considerable capa de polvo que lo cubría, Sinuhé no se percató de lo que se hallaba grabado en el mencionado disco,

Sinuhé no sabría precisar cuál de sus amigas tuvo la feliz ocurrencia de inclinarse como él entre los soportes del armazón y, asistida por una vela, proceder a una primera limpieza del altorrelieve que adornaba el disco del péndulo. Quizá fue Juana.. Aunque, en realidad, poco importa. El caso es que, al despejar de polvo la cara del disco, Sinuhé quedó atónito.
Sin poder dar crédito a lo que estaba enfocando con su linterna, cerró los ojos durante tres o cuatro segundos. Al abrirlos, la desconcertante realidad de aquel altorrelieve seguía allí, oscilando levemente como consecuencia de la improvisada limpieza.
Al instante, el miembro de la Escuela de la Sabiduría reconoció, o creyó reconocer, la forma ondulante de una serpiente, enroscada entre dos círculos: el de la izquierda, sensiblemente mayor que el de la derecha.
¡Jesucristo...! ¿Cómo es posible...?
Con el pulso nuevamente acelerado, Sinuhé repasó el grabado.
Sí, no cabía duda: aquél era el emblema de la Logia secreta a la que el investigador pertenecía: una serpiente enroscada entre dos ojos.
¿Cómo puede ser...? ¿Aquí? ¿En una aldea perdida? ¿Y precisamente en el lugar de las 66 campanadas... y de la hija de la raza azul?
A decir verdad, aquel súbito descubrimiento afectó a Sinuhé de una manera más sutil y duradera que los anteriores. Parecía como si una mano o una inteligencia superiores hubieran preparado aquella cadena de increíbles y desconcertantes causalidades, mucho antes, incluso, de que ellos nacieran...
¿Cómo explicar si no la presencia, allí, de aquel disco, fabricado en 1907 o mucho antes, con la enseña de su Orden?
Pero la noche parecía regada de sorpresas. Y al desviar la luz a izquierda y derecha del referido emblema, Sinuhé recibió el susto final.
Perfectamente nítidas y en mayúsculas pudo leer dos letras que desbordaron su notable caos mental:

RA.
Volvió a cerrar los ojos y, al abrirlos, leyó de nuevo:
Sí... RA, repitió mentalmente, presa de una mezcla de alegría, desconcierto y cansancio. Habían sido demasiadas e intensas emociones y aquélla -la que Sinuhé creía la última- había rebasado sus propias y mermadas limitaciones mentales.
¿RA? Pero no entiendo...
Aquel disco negro llevaba grabado, también en altorrelieve y desde hacía más de 77 años, el nombre del astro Intruso que se aproximaba a la Tierra y del que había partido el mensaje sobre las 66 campanadas, la hija de la raza azul y el Juicio de Lucifer...
Sinuhé, con el cerebro prácticamente bloqueado, siguió un largo rato con los ojos fijos en aquellas inesperadas letras. Parecía hipnotizado.
¡Dios mío! ¿Cómo es posible...?
Al fin, en un último y absurdo intento por ratificar lo que tenía a medio metro de su rostro, pidió a sus compañeras que leyeran lo que aparecía en el péndulo. Y las mujeres -todas- fueron repitiendo lo que Sinuhé ya sabia:
RA...
Algunas interrogaron a su amigo sobre aquella enigmática inscripción. Pero Sinuhé no respondió.
Minutos más tarde, cuando la comitiva cruzaba de nuevo la plaza de la Lastra en dirección a la Casa Azul, el investigador se detuvo junto a la susurrante agua de la fuente y, perforando con el alma aquel inmenso firmamento, recordó algo que casi había olvidado durante su accidentada visita al viejo caserón del Ayuntamiento: en el último momento, los cielos habían escuchado la petición que había formulado en la sierra. Y, sin duda, la señal solicitada había llegado con dos familiares y significativas letras:
RA.

Sinuhé fue el último en buscar acomodo en el salón familiar de la Casa Azul. Su corazón latía aún con dificultad y procuró mantenerse al margen de las inevitables preguntas y de la hilaridad general, cuando Juana y el resto de las mujeres

expusieron la dramática secuencia de los truenos y su cómico desenlace.
En definitiva, exceptuando el hallazgo de las letras R y A en el péndulo del reloj, las valientes compañeras de Sinuhé no pudieron aportar demasiados detalles de interés sobre tan convulsiva aventura. La solitaria campanada apenas si mereció un fugaz comentario, pero pronto se vio relegada ante el insólito lance de los zuecos asturianos. Y sólo Gloria captó la trascendencia del enigmático altorrelieve en el disco de hierro. Al oír el nombre de RA palideció, cruzando con Sinuhé una mirada inquietante e inquisitiva. Pero su amigo se limitó a responderle con una no menos significativa sonrisa. No era el momento oportuno para hablarle de su descubrimiento en la torre del caserón, y la hija de la raza azul supo comprenderlo.
Avanzada la madrugada, y venciendo la resistencia de algunos de los contertulios, Sinuhé se retiraba a descansar.
Aquella noche, como las siguientes, el miembro de la Escuela de la Sabiduría se vio asaltado por una marca de pesadillas, directamente relacionadas con su visita al interior del Ayuntamiento, con el nombre de RA y, muy especialmente, con la pequeña criatura que había tenido oportunidad de ver en el bosquecillo y en el ventano del camarote.
Abrumado y fatigado, Sinuhé dejó pasar el aniversario de Gloria. Y sólo cuando el último invitado había dicho adiós a la señora de la Casa Azul se decidió a exponerle parte de lo que había vivido en el viejo caserón. Esquivó nuevamente su encuentro con el ser que parecía espiarle desde el exterior, recreándose sin embargo en tomo a su cada vez más firme teoría de que las 66 campanadas y la registrada en la medianoche del lunes, 16, tenían que haber sido originadas por alguien poco común... Pero lo que verdaderamente conmocionó el espíritu de la hija de la raza azul fue el inesperado hallazgo de RA en el reloj. Sinuhé no eludió esta vez la respuesta. Sinceramente, no supo qué contestar. La única pista -y así se lo hizo ver a Gloria- estaba quizá en una de las placas atornillada a la maquinaria: MOISÉS DIEZ. ¿Quién era este sujeto? Si fue el relojero que diseñó o montó el reloj, ¿por qué había incluido en el péndulo el sello secreto de la Orden de la Sabiduría? ¿Es

que formaba parte de la Logia? Y, sobre todo, ¿por qué incluyó el nombre de RA?
Por supuesto, el investigador estaba dispuesto a despejar estas nuevas incógnitas...
Pero antes era menester completar la instrucción de la hija de la raza azul. Una pregunta había quedado en el aire -¿qué era la raza azul?-, y Sinuhé acometió aquella última fase de su exposición con renovados bríos.

Sinuhé consultó sus documentos y dudó. ¿Debía hablarle a Gloria del origen de la nebulosa de Andronover que fue, a su vez, la cuna de IURANCHA?
Si se extendía en este apasionante capítulo de la Quinta Revelación, el objetivo primordial de esta última fase informativa podía demorarse. Así que, una vez más, prefirió dejarse arrastrar por la intuición.
-Antes de proceder a relatarte cuanto sé sobre la raza azul -le anunció-, quisiera hacer algunas muy breves aclaraciones sobre cómo se formó nuestro mundo.
El investigador mostró a Gloria el voluminoso mazo de hojas en las que se detallaban estas cuestiones, dando a entender que se veía obligado a mutilarlas, en beneficio de ese fin primordial. Y tal y como suponía también, Gloria no se mostró muy conforme con esta decisión. Pero, sabiamente, dejó hacer a su compañero.
-... Según reza esta parte de la Quinta Revelación, la presente información fue facilitada a los humanos por un Portador de Vida, es decir, por una de esas criaturas celestes de las que ya te informé, miembro, además, del llamado Cuerpo Original de IURANCHA y actualmente observador residente en nuestro planeta.
Pues bien, en esencia, IURANCHA tiene su origen en nuestro Sol. Y el Sol, a su vez, es uno de los múltiples productos de la nebulosa de Andronover que fue, en el pasado, Organizada como parte constituyente del poder material y de la materia física del universo local de Nebadon...
Entre explicación y explicación, Sinuhé fue citando textualmente algunos de los pasajes que estimó más importantes.

-...Y esta gran nebulosa nació de la carga de fuerza universal del espacio en el superuniverso de Orvonton. El nuestro, como sabes. En una época remota, los llamados Maestros Organizadores de Fuerza Primaria del Paraíso poseían ya el control completo de las energías espaciales que fueron organizadas más tarde bajo la forma de la citada nebulosa de Andronover. Y dice la Quinta Revelación:

Hace 987 000 millones de años, el Organizador de Fuerza Asociado (que entonces era el inspector adjunto número 811 307 de la serie de Orvonton) viajó fuera de Uversa (capital de nuestro superuniverso), dando cuenta a los Ancianos de los Días que las condiciones del espacio eran favorables para inaugurar fenómenos de materialización en cierto sector del segmento (entonces oriental) de Orvonton.

Y, según estos documentos, hace 900 000 millones de años fue registrada en los archivos de Uversa una autorización, expedida por el Consejo de Equilibrio de Uversa al gobierno del superuniverso, que permitiría el envío de un Organizador de Fuerza, con su personal, a la región designada por el inspector 811 307.

Las autoridades de Orvonton encargaron al primer explorador de este universo en potencia la ejecución de la orden de los Ancianos de los Días por la que debía iniciarse la organización de una nueva creación material. Después de un largo viaje, hace ahora 875 000 millones de años, el Organizador de Fuerza y su séquito emprendieron la formación de la que sería la gigantesca nebulosa de Andronover, registrada en los archivos del superuniverso como la número 876 926. Y aquellos seres celestes desencadenaron un torbellino de energía que desembocaría en este vasto ciclón espacial.

Seguidamente, una vez en marcha estas rotaciones nebulares -continuó leyendo Sinuhé-, los Organizadores de Fuerza Viviente se retiraron perpendicularmente al plano del inmenso disco en rotación. Y a partir de entonces, las cualidades inherentes a la energía garantizaron la evolución progresiva y ordenada del nuevo sistema físico. Y la nueva creación cayó bajo el control de las personalidades del superuniverso.

Era, en suma -concluyó-, el verdadero nacimiento de nuestra Historia. Y Sinuhé preguntó a la hija de la raza

azul si deseaba conocer también lo que la Quinta Revelación califica de estadios nebulares de Andronover o si, por el contrario, prefería saltarse aquel capítulo.
Y Gloria, siempre sedienta de conocimiento, le pidió –casi le exigió- que profundizara en el relato de aquellas críticas y desconocidas épocas de la prehistoria de Andronover.

-Según esta secreta documentación -reanudó la lectura, aceptando de buen grado la lógica curiosidad de su compañera-, todas las creaciones materiales evolucionarias nacen de nebulosas gaseosas y circulares. Y todas estas nebulosas primarias son circulares durante la primera fase de su existencia gaseosa. A medida que envejecen se transforman generalmente en espirales y, cuando su función generadora de soles ha terminado, tornan la forma última de cúmulos o aglomeraciones de estrellas, rodeados de un número variable de planetas, satélites y otras formaciones materiales inferiores. Algo muy parecido a nuestro minúsculo sistema solar. Pero sigamos con este curioso cómputo: hace 800 000 millones de años, la creación había tomado forma y Andronover aparecía como una de las más hermosas nebulosas del superuniverso de Orvonton.
Hace 700 000 millones de años, Andronover alcanzó dimensiones gigantescas y una serie de Controladores Físicos Suplementarios fueron enviados a nueve creaciones materiales vecinas con el fin de proporcionar su apoyo y concurso a los centros de poder del nuevo sistema material que evolucionaba tan rápidamente. En esta lejana época, Andronover era similar a una inmensa rueda espacial. Cuando hubo alcanzado su máximo diámetro, los materiales que la conformaban iniciaron un progresivo proceso de condensación y contracción y el giro de la rueda se fue haciendo más rápido.
Hace 600 000 millones de años, Andronover, con un máximo de masa, era una inconmesurable nube de gas en forma de esferoide aplanado. Y la gravedad y otros factores iniciaron la conversión de los gases en materia organizada. La nebulosa entró entonces en el llamado estadio nebular secundario. Fue adquiriendo la forma de espiral y los astrónomos de otros

universos empezaron a percibirla. Ustedes, en IURANCHA, llaman a esta fase fenómenos espirales.
Y cuando Andronover había alcanzado su masa máxima, el control de gravedad del contenido de gases empezó a debilitarse. A esto le siguió una etapa de fuga de gases. Brotando en dos brazos gigantescos y diferenciados, que arrancaban de dos lados opuestos de la masa madre, estos gases huyeron. La rápida rotación del enorme núcleo central dio en seguida un aspecto de espiral a esas dos corrientes de gases. El enfriamiento y la condensación posteriores de determinados tramos de ambos brazos terminó por darles una forma nudosa. Estas porciones más densas eran en realidad vastos sistemas y subsistemas de materia física arremolinada en el espacio, envuelta en la nube gaseosa de la nebulosa.
Pero Andronover había empezado a contraerse y el aumento de su velocidad de rotación redujo aún más el control de la gravedad. Y las regiones gaseosas exteriores empezaron a escapar de la influencia del núcleo nebular, saltando al espacio y siguiendo circuitos irregulares para regresar a las regiones centrales, volver nuevamente al exterior y así sucesivamente. Ésta, sin embargo, sólo fue una fase temporal. La creciente velocidad del remolino pronto acabaría por derramar al espacio enormes soles, que seguirían circuitos independientes. Era el principio de la gran dislocación.
Hace 500 000 mil millones de años nació, al fin, el primer sol, propiamente dicho. Este rayo llameante escapó a la influencia de su madre, volando hacia una aventura personal. Y su órbita quedó determinada por la estela de su propia fuga. Los jóvenes soles de este tipo se convierten rápidamente en esféricos, pasando por diversos períodos evolutivos y de servicio universal. En Orvonton, en nuestro superuniverso, la mayoría de los soles nacieron y nacen de una manera semejante a ésta.
Hace 400 000 mil millones de años, Andronover entró en su período de recaptación. Es decir, muchos pequeños soles cercanos fueron nuevamente absorbidos como consecuencia del progresivo incremento de la condensación del núcleo central de la nebulosa. Y al poco dio comienzo la fase final de condensación nebular, que precede siempre al fraccionamiento

último de estos inmensos agregados espaciales de energía y materia...
Sinuhé levantó la vista del documento y observó a Gloria. A pesar de la terminología empleada, seguía muy atenta a la narración.
Y tal y como esperaba, al dar lectura al siguiente pasaje, la hija de la raza azul se estremeció...

-Un millón de años después (recuerda que hablábamos de hace 400 000 millones de años), uno de los Hijos Creadores del Paraíso elegiría esta nebulosa en desintegración como escenario de una prodigiosa aventura personal: la construcción de un universo local del que llegaría a ser Soberano.
Ese Hijo Creador, como habrás adivinado, era nuestro Micael. El llamado Jesús de Nazaret durante su séptima y última encarnación o efusión en su universo local de Nebadon y más concretamente, en la Tierra o IURANCHA.
Y casi inmediatamente empezó la creación de los mundos o esferas arquitecturales o artificiales de las que ya te hablé, así como la preparación del planeta-capital del que muy pronto sería Nebadon y de los correspondientes grupos planetarlos, sedes de cien constelaciones...
Gloria le interrumpió intrigada:
-¿Cuál es esa esfera o planeta-capital de nuestro universo local?
-Salvington. Es la residencia permanente del Soberano Supremo de Nebadon.
-Entonces -repuso con incredulidad-, según esto, Jesús o Micael vive allí...
-Eso asegura la Quinta Revelación -le respondió, compartiendo su lógico escepticismo.
-Tiene gracia -prosiguió la señora de la Casa Azul-; si esto fuera cierto, Jesús (perdón, Micael) no está en el Paraíso o en el Cielo, como dicen...
-Esos conceptos son tan ambiguos -intervino su amigo- que podríamos considerarlos como válidos. En realidad, ateniéndonos estrictamente a lo escrito, Salvington es la residencia de este Hijo Creador. Pero, supongo, ello no quita para que pueda visitar la Isla Eterna del Paraíso.

Sinuhé esperó algún nuevo comentario o pregunta de la hija de la raza azul. Pero, al no producirse, continuó:
-Y dice la Quinta Revelación que fue necesario casi un millón de años para completar la creación y organización de estos grupos de mundos artificiales de Nebadon. Los planetas capitales de los correspondientes sistemas locales fueron construidos en un lapso de tiempo que se extiende desde aquella época hasta unos 5 000 millones de años antes de la Era Cristiana de IURANCHA.
Hace 300 000 millones de años, las órbitas solares de Andronover se hallaban bien definidas y el sistema nebular pasaba un período de relativa estabilidad física. En aquel tiempo, Más o menos, el Estado Mayor de Micael tomó posesión de Salvington y el gobierno de Uversa, capital del superuniverso de Orvoton, reconoció oficialmente la existencia física del nuevo universo local. Había nacido nuestro Nebadon...
Hace 200 000 millones de años la contracción y condensación de Andronover se incrementaron, generando inmensas oleadas de calor desde su núcleo central y afectando, incluso, a regiones vecinas a la rueda madre. Las inmensas áreas exteriores eran ya más estables y algunos planetas habían empezado a girar alrededor de soles, logrando un progresivo enfriamiento que los hizo aptos para la siembra de la Vida. Los más viejos planetas de Nebadon datan precisamente de esta época: 200 000 millones de años. El mecanismo completo de este universo local empezaba así su funcionamiento y la maravillosa creación de Micael fue registrada en Uversa, sede capital del superuniverso, como un nuevo universo habitable y de ascensión humana progresiva. Era lo que, con nuestras pobres palabras, podríamos llamar nuestro particular principio de los tiempos...
Sinuhé, al margen de sus dudas, pronunció aquellas últimas frases con una velada emoción.
-El principio de los tiempos... -susurró Gloria-. Un principio en el que ya existíamos..., al menos en la mente de ese Hijo Creador...

Sinuhé fue comprendiendo que aquella aparentemente árida exposición de datos, fechas y complejos procesos en el nacimiento y evolución de Andronover guardaba también su importancia. Descubrir y entender que Micael era el Creador de

un universo local y no de toda la Creación podía herir y extrañar, pero, en el fondo, una mente despejada y racional, como la de Gloria, terminaba por aceptarlo y maravillarse ante la perfección del gran responsable: el Padre Universal. Dios raras veces actúa directamente. Son sus intermediarios los que participan y colaboran en los planes divinos, y éste -la creación de Nebadon- era otro ejemplo sublime. Así lo entendía Sinuhé y, en consecuencia, decidió aventurarse un poco más en estos tiempos primigenios de la historia de IURANCHA.
-Y hace 100 000 millones de años, la tensión de condensación en Andronover alcanzó su apogeo. La tensión calorífica llegó a su cenit. Pero, más pronto o más tarde, la batalla entre el calor y la gravedad es resuelta siempre a favor del primero. Y dio comienzo una espectacular dispersión de soles.
Sinuhé hizo un paréntesis, resumiendo estos primeros estadios nebulares:
-El primario, como cité anteriormente, es circular. El secundario suele tomar forma de espiral y el terciario provoca esa fuga o dispersión de soles. En cuanto al estadio cuaternario, la nebulosa experimenta una segunda huida de masas solares. En el fondo es el final de la masa central o madre, que acaba como una acumulación globular o como un vicio y solitario sol...
Hace 75 000 millones de años, Andronover se hallaba en ese período terciario. Fue el punto culminante de la primera dispersión solar. A partir de entonces, la mayoría de esos soles formaron sus respectivos cortejos planetarios, atrapando en sus órbitas un sin fin de cornetas, satélites, islas oscuras, meteoros y nubes de polvo cósmico.
Este primer período de fuga de soles en Andronover terminó hace 50 000 millones de años. Para entonces se habían formado ya 876 926 sistemas solares. Así consta, al menos, en la Quinta Revelación.
El epílogo de este estadio terciario se produjo hace 25 000 millones de años. Pero los fenómenos de contracción física y de creciente producción de calor no habían terminado en el seno del corazón de Andronover. Y hace 10 000 millones de años daba comienzo el cuarto ciclo. La temperatura de la masa nuclear experimentó su cota máxima y el núcleo original de la nebulosa empezó a sufrir fuertes convulsiones bajo la presión

de la condensación de su propio calor interno y la atracción gravitacional cíclica y progresiva del enjambre de sistemas solares liberados. Estaba a punto de producirse la gran cadena de erupciones nucleares que inaugurarían esa segunda y definitiva huida de masas solares y, con ello, el período cuaternario de Andronover.
Y hace 8 000 millones de años, nuestra nebulosa estalló. Fue una colosal erupción final. Sólo los sistemas solares exteriores resultaron a salvo de esta magna perturbación cósmica. Era el fin de la cuna de nuestro universo local. Lo que los astrónomos de IURANCHA han llamado el big-bang o gran explosión primigenia que, según ellos, dio lugar al nacimiento del universo. Y tienen razón, en parte. En realidad, como ves, no se trataba del origen o nacimiento del universo, sino de un gigantesco pero simple universo local... A raíz de este estallido (como si se tratara de un último y múltiple parto), la nebulosa parió cientos de miles de nuevos soles. Y entre ellos, el nuestro, el que nos alumbra todavía. Esta expulsión final de soles, antes de la definitiva agonía de Andronover, se prolongó durante casi dos mil millones de años.
-¿Cuándo nació nuestro Sol? -interrumpió Gloria con curiosidad.
Sinuhé esperaba la pregunta. Y con una sonrisa buscó entre sus documentos.
-La Quinta Revelación fija ese momento justamente con la muerte de la nebulosa: hace unos seis mil millones de años. En los archivos celestes, nuestro Sol figura con el número 56 antes de la aparición del último sol de esta segunda generación o familia de estrellas huidas de Andronover. Y se dice que esta erupción última del núcleo nebular engendró 136 702 soles o estrellas, la mayor parte globos solitarios. En total, pues, la nebulosa de Andronover dio a luz 1 013 628 sistemas solares. El nuestro (llamado Monmacia) figura con el número 1 013 572. Fuimos, en definitiva, de los últimos. Algo así como los benjamines de Nebadon...
-Es decir -repuso la hija de la raza azul con sorpresa-, si esto fue así, los humanos de IURANCHA somos en realidad unos bebés dentro de la gran familia cósmica de Andronover...
-Unos bebés, en efecto -confirmó su compañero.

Gloria, sin saber por qué, había empezado a experimentar una singular mezcla de amor y tristeza por aquella madre (Andronover), capaz de autoaniquilarse con tal de que sus hijos pudieran vivir. Y sin poder evitarlo preguntó por el final de la madre nebulosa.
-Murió. Pero sigue viviendo -añadió el investigador con dulzura- en sus millares de soles y sistemas planetarios. Y cuenta esta historia celeste que el último rescoldo de esta magnífica nebulosa sigue encendido en el corazón de Nebadon, calentando con su luz rojiza a una humilde familia de 165 planetas que giran en torno a esta venerable anciana-madre, origen de dos poderosas generaciones de monarcas de luz.

Gloria animó a su informador para que le hablara de Monmacia. Las preguntas se entorpecían unas a otras en su corazón...
-¿Cómo nació nuestro Sol? ¿Cuándo y cómo lo hizo IURANCHA? ¿Quién o quiénes fueron los responsables de la aparición de la Vida en nuestro mundo?...
Sin querer, la hija de la raza azul empezaba a aproximarse a la casi olvidada pregunta inicial: ¿qué era la raza azul?
-Hace 5 000 millones de años -retomó el hilo Sinuhé- nuestro Sol era un globo incandescente, relativamente solitario, que había atrapado a su alrededor residuos de la reciente conmoción cósmica de la que, precisamente, había nacido. Hoy es un astro casi estable. Las manchas solares que surgen cada once años y medio nos recuerdan que, en su juventud, el Sol que da nombre a Monmacia fue una estrella inquieta y variable. En aquellas primeras fases de su vida, la continua contracción y la elevación gradual de su temperatura provocaron inmensas convulsiones en su superficie. Convulsiones y ciclos explosivos que duraban tres días y medio. Estas periódicas pulsaciones contribuyeron decisivamente a que nuestro Sol se viera afectado por determinadas influencias exteriores, que lo marcarían para siempre...
Nuestro Sol, en suma, estaba dispuesto para contribuir a la aparición de lo que hoy conocemos por sistema solar. Momnacia iba a nacer. Pero el grupo de mundos que hoy giran a su alrededor no tuvo un nacimiento común y corriente. Según la Quinta Revelación, menos del uno por ciento de los sistemas

planetarios del superuniverso de Orvonton han tenido un origen como el nuestro.
-¿También en eso somos distintos?
Sinuhé asintió con un cierto aire de satisfacción.
-Aquí se cuenta que hace 4 000 millones de años un enorme sistema llamado Angona comenzó a aproximarse a nuestro solitario Sol. El corazón de ese gran sistema era un gigante del espacio: oscuro, sólido, poderosamente cargado y con una prodigiosa fuerza de atracción gravitacional. A medida que Angona viajaba hacia nuestro Sol, sus pulsaciones solares iban derramando torrentes de materia gaseosa que eran proyectados en el espacio como gigantescas lenguas. Estos chorros solares terminaban Por caer de nuevo sobre el coloso de Angona. Sin embargo, conforme seguía acercándose, estas cataratas de gas incandescente se fueron quebrando y sólo las raíces retornaban al cuerpo del visitante. Inmensas áreas exteriores de dichas lenguas se desprendieron para formar cuerpos materiales independientes; es decir, meteoritos solares que comenzaron a girar alrededor del Sol según órbitas elípticas propias.
Esta situación se prolongó por espacio de 500 000 años, aproximadamente. Cuando Angona hubo alcanzado su posición más próxima a nuestro Sol, y coincidiendo con una de las convulsiones internas periódicas de éste, aquella serie de fenómenos conduciría a una dislocación de la masa solar del astro que hoy no, alumbra. Dos enormes volúmenes de materia escaparon de nuestro Sol. Cada uno en las antípodas. Y una de estas dos formidables lenguas solares (la que se hallaba más cerca del sistema intruso) fue atraída por Angona, separándose definitivamente de la masa solar. Las dos extremidades de esta columna de gases eran afiladas y su centro, muy hinchado. Y al poco, dicha lengua evolucionó, formando los doce planetas de Monmacia.
En cuanto al gas eyectado por el lado opuesto, terminaría por condensarse, dando lugar a los meteoros y al polvo espacial del referido sistema solar. A pesar de ello, y a medida que Angona fue alejándose hacia las profundidades siderales, nuestro Sol terminó por recapturar buena parte de esa materia.
Angona, en suma, no había pasado lo suficientemente cerca como para robar un mínimo de materia solar. Sin embargo, su

providencial vuelo por las cercanías del solitario sol permitió atraer hacia el espacio intermedio toda la materia que hoy compone el sistema planetario. Los cinco planetas interiores nacieron de los núcleos, en vías de enfriamiento y condensación, de las referidas y afiladas extremidades de la lengua de gas que Angona había conseguido levantar en el sol. Saturno y Júpiter, en cambio, se formaron a partir de las porciones centrales y más voluminosas. La poderosa atracción gravitacional de estos dos planetas gigantes no tardó en capturar la mayor parte de los materiales desprendidos del sistema intruso, como lo atestigua el movimiento retrógrado de algunos de sus satélites.

Júpiter y Saturno, como consecuencia de haber surgido de la zona central y sobrecalentada de dicha lengua, contenían verdaderos materiales solares, que brillaban con una luz cegadora, derramando enormes cantidades de calor. Fueron, durante un tiempo, soles secundarios. Y ambos siguen siendo prácticamente gaseosos, no habiendo logrado su definitivo enfriamiento y solidificación.

En cuanto a los diez planetas restantes, su solidificación fue rápida, iniciando un proceso de atracción de enormes y crecientes cantidades de materia meteórica que circulaba en el espacio próximo.

-La Tierra, por tanto -intentó resumir Gloria-, como los demás planetas fríos, tiene un doble origen...

-En efecto: primero como núcleos de condensación gaseosa y, finalmente, como basureros de materia meteórica. Fíjate que los planetas no giran alrededor del Sol en el plano ecuatorial. Esto sí hubiera sucedido si los planetas se hubiesen desprendido como consecuencia de la fuerza centrífuga. En cambio, giran en el plano de la protuberancia solar que provocó Angona... Un plano que forma un acentuado ángulo con el del ecuador solar. Poco después del derramamiento de esa masa ancestral que dio lugar al nacimiento de Monmacia, y mientras Angona se encontraba todavía en las proximidades del Sol, tres planetas mayores del sistema de Angona pasaron muy cerca de Júpiter. Su atracción gravitacional, incrementada por la del Sol, fue suficiente para arrancarlos del dominio gravitacional del intruso. Originariamente, todos los materiales que formaban

nuestro sistema solar circulaban en órbitas de dirección homogénea. Y de no haber sido por la captura de estos tres mundos extraños, todo ese cortejo planetario habría mantenido siempre la misma dirección en sus movimientos orbitales. Pero el impacto de los tres tributarlos de Angona provocó en el jovencísimo sistema solar de Monmacia nuevas direcciones, apareciendo los llamados movimientos retrógrados.
Pero permíteme que, antes de proseguir con estas revelaciones (todas ellas ignoradas aún por nuestros astrónomos), te lea lo que podríamos calificar de fatídica profecía...

Sinuhé tranquilizó a Gloria.
-No te alarmes. Esta profecía (si es que se le puede dar este nombre) no va con el siglo XX. Ni tampoco con los tiempos inmediatamente futuros. Pero ahí está...
Dice la Quinta Revelación que en la Era de la formación de 105 planetas de nuestro sistema, los más próximos al Sol fueron los primeros en sentir cómo su velocidad de rotación se veía frenada como consecuencia de los frotamientos cíclicos. Estas influencias gravitacionales contribuyeron también a estabilizar las órbitas planetarias, reduciendo ese ritmo de rotación de los mundos sobre sí mismos. Por ello, los planetas giran cada vez más despacio, hasta que su rotación axial se detiene. Esto hace, ni Más ni menos, que uno de los hemisferios del planeta en cuestión quede permanentemente enfrentado al Sol, como sucede con Mercurio o con la Luna respecto a IURANCHA. Siempre presentan la misma cara.
Pues bien, cuando esos frotamientos cíclicos de la Luna y de nuestro planeta se vean igualados, la Tierra presentará el mismo hemisferio a nuestro satélite natural. El día lunar equivaldrá entonces al mes lunar, con una duración aproximada de 47 días terrestres.
En el momento que se alcance ese equilibrio en ambas órbitas, las fricciones cíclicas actuarán en sentido inverso: la Tierra atraerá progresivamente a la Luna...
La hija de la raza azul torció el gesto, con un mohín de alarma. Y exclamó:
-¿La Luna puede estrellarse entonces contra la Tierra?

-Según esto -señaló Sinuhé la documentación que manejaba-, no. En ese futuro lejano, nuestro satélite se aproximará a IURANCHA hasta unos 18 000 kilómetros. Hoy, como sabes, se encuentra mucho más allá: la distancia máxima de la Luna a la Tierra es de 384 400 kilómetros, aproximadamente. Pero la fuerza gravitacional de IURANCHA provocará la dislocación de la Luna.
-¿Qué significa eso?
-Que nuestro satélite natural estallará, quedando reducido a pequeñas partículas.
Al pronunciar aquellas palabras, Gloria y su informante quedaron en silencio. Pero sus pensamientos fueron los mismos:
La Luna, nuestra querida Luna, también tiene los días, o los milenios, contados...
-Y esos restos -prosiguió Sinuhé- irán a reunirse finalmente alrededor de la Tierra, formando una serie de anillos, semejantes a los de Saturno y Urano. Otras porciones lunares serán atraídas por la gravedad de IURANCHA, cayendo sobre el planeta como una inmensa y espectacular lluvia de meteoros.
Aquella descripción trajo a la memoria de Gloria un conocido pasaje de la Biblia en el que, refiriéndose a la segunda venida de Cristo, escribe el evangelista Lucas (21, 25-27): Habrá señales en el sol, en la luna y en los astros; las naciones estarán angustiadas en la tierra y perplejas por el estruendo del mar y de las olas; y los hombres, muertos de terror y de ansiedad, por lo que sobreviene al mundo; pues las columnas del cielo se tambalearán. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con gran poder y majestad.
La hija de la raza azul buscó dicho párrafo y, mostrándoselo a Sinuhé, le preguntó:
-Si la Luna estalla, ¿las mareas experimentarían graves trastornos?
-Y muy especialmente, durante esa importante aproximación de la Luna a nuestro mundo...
-Entonces ¿podría interpretarse esta profecía, o lo que sea, como una confirmación del Evangelio?
Sinuhé no respondió. Se limitó a encogerse de hombros. Gloria sabía del irritante escepticismo de su amigo y optó por no

ahondar en la cuestión, Sin embargo, desde ese momento, el anuncio de la caída y posterior estallido de la Luna a 18 000 kilómetros de la Tierra quedaron asociados en su corazón con la referida advertencia evangélica.
-...Cuando los cuerpos espaciales tienen un mismo tamaño y densidad -continuó Sinuhé, tratando de justificar la profecía anterior-, puede producirse una colisión física. Pero si dos astros son equiparables en densidad y de un tamaño relativamente desigual, el más pequeño se desintegra cuando se aproxima al mayor. Esta dislocación se registra cuando el radio de la órbita del cuerpo más pequeño es inferior a dos veces y media el radio del mayor. De hecho, los choques entre gigantes del espacio son muy raros. Las explosiones cíclicas gravitacionales de los astros inferiores, en cambio, son frecuentes.
Los anillos de Saturno, por ejemplo, son los fragmentos de uno de sus satélites desintegrado. Y según la Quinta Revelación, una de las lunas de Júpiter se acerca hoy de forma peligrosa a lo que podríamos llamar su zona crítica de dislocación. Dentro de algunos millares o millones de años, esa luna estallará también, tal y como sucedió con ese quinto y desaparecido planeta de nuestro sistema solar.
-¿Cómo ocurrió? -intervino Gloria, que siempre se había preguntado qué era lo que podía haberle sucedido a ese enigmático mundo, hoy reducido a un cinturón de asteroides.
-Hace ya mucho tiempo -le explicó Sinuhé-, ese quinto planeta recorría una órbita irregular, acercándose periódicamente a Júpiter. En una de esas Incursiones terminó por penetrar en la zona crítica de dislocación cíclico-gravitacional, estallando en millones de fragmentos.
Y llegamos al tiempo en que nuestro sistema solar fue definitivamente bautizado.
Hace 3 000 millones de años, el sistema funcionaba ya más o menos como en la actualidad. El volumen de sus planetas y satélites continuaba engordando, merced a las continuas capturas de materia meteórica. Y en esa época, como te digo, nuestro joven sistema solar fue inscrito en el Registro Físico de Nebadon, recibiendo el nombre de Monmacia. Y así se nos

conoce en el universo local que rige Micael y en todo el superuniverso de Orvonton.
Más tarde, hace ahora 2 000 millones de años, el tamaño de los planetas había crecido inmensamente. Y nuestro mundo, IURANCHA, era una esfera bien desarrollada, con una masa que seguía creciendo y que, entonces, era la décima parte de la actual. Eran los preliminares de la puesta en escena de una prodigiosa aventura: la siembra de la Vida...

¡La siembra de la Vida!
La hija de la raza azul, entusiasmada, rogó a Sinuhé que no se detuviera.
-¡Hay tanto por aprender...!
-Sí, pero esa Vida -aclaró el investigador- no surgió en IURANCHA de la noche a la mañana... Durante millones de años, la superficie de nuestro futuro hogar se vio incesantemente bombardeada por pequeños cuerpos siderales. Y estos impactos mantuvieron más o menos caliente el suelo de la Tierra. Este fenómeno, sumado a la acción de la creciente gravedad del planeta como consecuencia de su ininterrumpido aumento de volumen, desembocaron en otro suceso no menos importante: la acumulación de elementos pesados como el hierro en el centro del planeta.
Y, según esto, hace 2 000 millones de años, la Tierra empezó a ganar ventaja a su compañera, la Luna. IURANCHA fue siempre mayor que su satélite, pero la diferencia, en aquellas remotas épocas, no era tanta como la que llegó a tomar y que hoy podemos comprobar. Poco a poco, sus dimensiones fueron ganando, logrando retener la atmósfera primitiva que había nacido como consecuencia del conflicto entre el calor interior y la costra, en plena fase de enfriamiento.
La actividad volcánica propiamente dicha se remonta a aquellos tiempos, el calor Interno de la Tierra siguió aumentando, a raíz de la integración (siempre más profunda) de elementos radiactivos, aportados desde el espacio por los meteoros. Algún día (dice la Quinta Revelación), el estudio de estos cuerpos radiactivos, revelará al hombre que la superficie de IURANCHA tiene más de 1 000 millones de años. El reloj del radio es el indicador infalible para valorar científicamente la edad del

planeta. Pero, de momento, esos materiales radiactivos de que se dispone proceden de la corteza terrestre y no del interior.
Hace 1 500 millones de años, la Tierra había conseguido ya dos tercios de su actual tamaño. La Luna, en cambio, se acercaba a su masa presente. Este rápido engorde de nuestro mundo en relación a la Luna le permitió robar lenta pero inexorablemente a su satélite natural la poca atmósfera que poseía desde un principio.
La actividad volcánica se hallaba en su apogeo. La Tierra entera era un infierno. Sin embargo, muy poco a poco, se fue fraguando una costra, integrada básicamente por granito. Una costra que sería el soporte preparatorio para esa siembra celeste de la Vida...
Sinuhé, intencionadamente, acababa de dejar escapar una pista que su amiga atrapó al momento.
-¿Sembradores celestes?
Sinuhé reclamó paciencia.
-La atmósfera planetaria -continuó sin inmutarse- siguió evolucionando. Contenía ya una cierta cantidad de vapor de agua, de óxido de carbono, de gas carbónico y clorhídrico. Pero el oxigeno e hidrógeno libres eran aún escasos. El espectáculo de la Tierra tuvo que ser aterrador y fascinante a un mismo tiempo: inmensas columnas de gases venenosos se levantaban hacia el espacio, mientras la superficie del planeta se veía conmocionada por una implacable lluvia de gigantescas piedras cósmicas, que provocaban horribles estampidos y terremotos.
Y pronto, esa incipiente atmósfera se fue haciendo más estable y lo suficientemente fría como para inaugurar las primeras lluvias sobre la rugosa y ardiente superficie de IURANCHA. Y durante millares de años, nuestro mundo (como hoy Venus) permaneció envuelto en un acorazado manto de vapor de agua. Durante esas edades, el Sol jamás brilló sobre la Tierra...
Una gran parte del carbono de la atmósfera fue sustraído para formar los carbonatos de los diferentes metales que abundan en los estratos superficiales del planeta. Más tarde, cantidades enormes de estos gases carbónicos fueron consumidos por la prolífica vida de los primeros vegetales.
Y, en ulteriores períodos, las corrientes de lava y la caída de meteoros agotaron casi por completo el oxígeno del aire. Los

primeros sedimentos del océano primitivo, que pronto apareció, no contenían, incluso, ni piedras ni esquistos coloreados.
IURANCHA fue, durante inmensos períodos de tiempo, un mundo muerto, sin oxígeno. Pero el mar vino a resucitarla.
Fueron las algas marinas y otras formas de vida vegetal las que restituyeron a la atmósfera ingentes volúmenes de oxígeno. Y aún siguen regalando al planeta tan vital elemento.
Este enriquecimiento de oxígeno fue espesando la envoltura de IURANCHA, y los meteoros se fueron haciendo cada vez más intermitentes. Ahora la fricción los aniquilaba.
Y llegamos, al fin, al punto cero de la historia de la Tierra...

-La fecha del nacimiento o arranque de la historia de nuestro mundo, desde un punto de vista geológico -aclaró Sinuhé-, se sitúa hace 1000 millones de años. El planeta disfrutaba de un tamaño muy parecido al actual y en esa época, según la Quinta Revelación, fue inscrito en los archivos del universo local de Nebadon con el nombre de IURANCHA.
Las continuas precipitaciones acuosas y la atmósfera facilitaron el paulatino enfriamiento de la costra terrestre. La acción volcánica equilibró la presión calorífica interna, así como las violentas contracciones de la mencionada costra. Los volcanes fueron volviéndose menos activos e hicieron acto de presencia los temblores de tierra. Y llegó, como te digo, el punto cero, geológicamente hablando, de IURANCHA. Al enfriarse esa costra fue posible la aparición del primer e inmenso océano. Un mar que cubrió la Tierra por completo, con una profundidad medía de casi dos kilómetros. Las marcas se manifestaban más o menos como en la actualidad, pero aquel océano primigenio tenía una diferencia: no era salado...
Gloria mostró una viva extrañeza ante semejante afirmación.
-¡Quién lo hubiera supuesto! -se limitó a comentar.
-Sí, aquel inmenso manto formaba una envoltura de agua dulce.
En aquella era, la mayor parte del cloro se encontraba combinado con diversos metales, aunque también es cierto, según esta documentación, que había suficiente cloro mezclado con hidrógeno como para darle al océano primitivo un ligero tinte acidulado.

Con el paso del tiempo, corrientes de lava muy profundas se derramaron por el fondo del actual océano Pacífico y aquella zona se hundió considerablemente.
La primera masa de suelo continental emergió de aquel océano mundial, restableciendo el equilibrio y compensando el aumento de espesor de la costra terrestre. Hace 950 millones de años, IURANCHA ofrecía ya la imagen de un mundo con un inmenso continente único, rodeado de un océano no menos considerable. Los volcanes seguían siendo numerosos y los temblores de tierra, frecuentes y violentos. La lluvia de meteoros, aunque decrecía, era aún importante. Sin embargo, la atmósfera continuaba purificándose, a pesar de los volúmenes de gas carbónico, todavía excesivos.
Sinuhé hizo otra pausa y rogó a la hija de la raza azul que prestara toda su atención a lo que se disponía a leer.
-Fue en este tiempo cuando JURANCHA fue agregada al sistema de Satania, de cara a su futura administración planetaria, e inscrita en los Registros de Vida de la constelación de Norladiadek a la que, como sabes, pertenece el citado sistema de Satania. Entonces se inició el reconocimiento administrativo de aquella pequeña e insignificante esfera, destinada a ser el mundo sobre el cual Micael de Nebadon se lanzaría a su última y fascinante aventura personal de encarnación, participando en unas experiencias de todos conocidas y que harían que IURANCHA fuese designada ya, en el futuro, por otro nombre: el Mundo de la Cruz.

-¿Un reconocimiento del planeta?
Aquella expresión había quedado firmemente grabada en la mente de Gloria. Y planteó de inmediato una segunda pregunta a Sinuhé:
-¿Un reconocimiento de IURANCHA por parte de quién?
-La primera llegada de seres, llamémosles celestes, al nuestro mundo se produjo hace 900 millones de años. Formaban un grupo expedicionario y pionero, procedente de Jerusem, planeta-capital de Satania. Su misión era la siguiente: examinar el planeta y presentar un informe sobre las posibilidades de adaptación en el mismo de una estación experimental de vida. Esa comisión, dicen los documentos, estaba integrada por 24

miembros. Entre ellos, Portadores de Vida, Hijos Lanonandeks, Melchizedeks, Serafines y otras personalidades de la vida celeste dedicadas a la organización y administración inicial de los mundos evolucionarios.
Y, según la Quinta Revelación, tras un minucioso examen de IURANCHA, el grupo retornó a Jerusem, presentando al Soberano del sistema un informe favorable y aconsejando inscribir al planeta en el Registro de Experiencia de la Vida. IURANCHA, a partir de entonces, figuró en esos registros como un mundo decimal...
Sinuhé notó la extrañeza de la hija de la raza azul.
-Imagino que te preguntarás qué quiere decir planeta decimal. Parece ser -manifestó el investigador- que, dentro de este orden administrativo de los superuniversos, por cada diez mundos o planetas habitables, los llamados Portadores de Vida eligen uno en el que la siembra de las primeras células vivientes puede ser manipulada, de cara a ensayar ciertas nuevas combinaciones mecánicas, eléctricas, químicas y biológicas destinadas a modificar eventualmente los arquetipos de vida del universo local previstos para dicho sistema. En los otros nueve planetas. los tipos vivientes son más normales...
Gloria argumentó al instante:
-Entonces, ¿quiere esto decir que los humanos de la Tierra somos físicamente distintos a los humanos de otros mundos habitados?
-No necesariamente. Esa manipulación de la Vida, a la que se refiere la Quinta Revelación, provoca en los mundos decimales como IURANCHA unas combinaciones inéditas que los creadores observan, para beneficiar, si cabe, a los demás mundos de su universo local. Pero la gran diferencia no parece residir ahí, sino en la anarquía y en los peligros de rebelión que se derivan casi siempre de estos ensayos en los planetas decimales y que, según esto, no sucede habitualmente en el resto de los mundos evolucionarios...
La hija de la raza azul empezaba a comprender el porqué de la agitación, de las tinieblas y de las constantes guerras que han asolado y asolan la Tierra. Y así se lo manifestó a su compañero. Pero Sinuhé hizo un gesto negativo...

-No creas que esta caótica situación de las diferentes humanidades que han ido desfilando sobre IURANCHA se debe única y exclusivamente a esa condición de mundo decimal. Ahí entra precisamente, y de lleno, otra razón: la revuelta protagonizada por Lucifer y que, como sabes, tiene mucho que ver con nuestra misión...

-Una vez inscrito nuestro joven planeta en los archivos de Jerusem, capital del sistema, los Portadores de Vida (una de las jerarquías celestes responsables de esa siembra de la Vida) fueron informados de que, en efecto, recibirían el permiso para experimentar nuevos modelos de movilización mecánica, química y eléctrica en IURANCHA, con órdenes expresas para trasplantar e implantar la Vida. Fue, sin duda -comentó Sinuhé con cierto regocijo-, una buena nueva.
Y en el momento oportuno (dice la Quinta Revelación), la llamada comisión mixta de los Doce en Jerusem dispuso las medidas oportunas para la ocupación del planeta. Dichas medidas fueron previamente aprobadas por la comisión planetaria de los Setenta de Edencia, sede, como te dije, de nuestra constelación de Norladiadek. Estos planes, propuestos por el consejo consultivo de los Portadores de Vida, fueron definitivamente aceptados en Salvington, capital de Nebadon y residencia de Micael. Inmediatamente, las teledifusiones del universo local transmitieron la noticia de que IURANCHA pasaría a ser el escenario de la sexagésima experiencia de los Portadores de Vida en Satania, dirigida a ampliar y mejorar el tipo sataniano de los arquetipos de vida de Nebadon.
IURANCHA no tardó en recibir el pleno estatuto de Nebadon, siendo registrada también en los archivos celestes de Ensa (nuestro sector menor) y de Splandon (sector mayor). Por último, nuestro mundo figuró en los registros de la vida planetaria en Uversa, capital del superuniverso de Orvonton...
Gloria, con aire de agotamiento, lamentó tanta burocracia...
-Sí -repuso su amigo-, excesiva para mí gusto. Pero quizá esta ingente jerarquización pueda explicar el increíble y matemático orden del Cosmos...
Esta Era -prosiguió Sinuhé, prometiendo a la hija de la raza azul que se hallaban prácticamente al final de tales

prolegómenos-, estuvo caracterizada por frecuentes y violentos huracanes. La corteza terrestre se hallaba aún en un estado de fluidez y el enfriamiento superficial se alternaba con inmensos tíos de lava. En ninguna parte de la superficie de nuestro planeta (dice la Quinta Revelación) puede encontrarse el menor vestigio de esa costra primitiva, que fue mezclándose con lavas y materiales volcánicos, eyectados desde las grandes profundidades, y con ulteriores depósitos del océano mundial primigenio.
En cuanto a los residuos modificados de las antiguas rocas preoceánicas, el actual noroeste de Canadá (alrededor de la bahía de Hudson) es el punto de mayor abundancia de los mismos en todo el planeta. Esta inmensa plataforma granítica está formada por una roca perteneciente a esas edades preoceánicas.
A lo largo de las edades oceánicas, enormes mantos rocosos estratificados y desprovistos de fósiles se depositaron en el fondo de este océano mundial (el calcáreo pudo formarse como consecuencia de precipitaciones químicas; no todos los calcáreos antiguos se originaron por depósitos de la vida marina). No se hallarán restos de vida en estas antiguas formaciones rocosas, a no ser que depósitos posteriores (de edades acuáticas) se hubiesen mezclado por casualidad con estas capas más antiguas, anteriores a la Vida.
La corteza terrestre primitiva era muy inestable, aunque todavía no habían surgido las primeras montañas. El planeta entero se comprimía bajo la presión de la gravedad, a medida que se formaba.
La masa continental de aquellos tiempos creció hasta cubrir casi el diez por ciento de la superficie de la Tierra. Los temblores empezaron justamente cuando esa masa continental hubo emergido muy por encima del nivel del agua. Y esos seísmos, cada vez más intensos, se prolongaron por espacio de millones de años. Después disminuyeron aunque, aún hoy, IURANCHA sufre una media de quince por día.
Hace 850 millones de años se produjo la primera estabilización de la costra terrestre. La mayor parte de los metales pesados habían sido atraídos hacia el centro del globo y la corteza, en vías de enfriamiento, dejó de hundirse. Bajo esa corteza, la lava

se extendía a la casi totalidad del mundo, contribuyendo a la compensación y estabilización de la misma. La frecuencia y la violencia de los seísmos continuaba decreciendo y la atmósfera, a pesar del gas carbónico, siguió depurándose. Las perturbaciones eléctricas, tanto en tierra como en el cielo, se hicieron menos frecuentes y las corrientes de lava llevaron a la superficie de IURANCHA una mezcla de elementos que aislaron al planeta contra ciertas energías espaciales. Todo esto contribuyó a facilitar el control de la energía terrestre y regularizar su flujo, como lo atestigua el funcionamiento de los polos magnéticos.
Hace 800 millones de años asistimos (afirman las personalidades celestes que aseguran haber escrito esta Quinta Revelación) a la inauguración de la primera gran Era terrestre: la Edad del resurgimiento de los continentes. Después de la condensación de la hidrosfera de IURANCHA, primero en el océano mundial y después en el Pacífico, conviene tener presente que esta última masa de agua cubría las nueve décimas partes de la superficie del mundo. El fondo del océano era cada vez más pesado, tanto por los millones de meteoros caídos como por el peso del agua que en algunas áreas alcanzaba los dieciséis kilómetros de profundidad.
Y así se fraguó el nacimiento de los continentes. Europa y África surgieron del Pacífico, al mismo tiempo que las masas denominadas hoy Australia, América del Norte y del Sur y el continente Antártico. Al final de este período, las tierras emergidas representaban casi un tercio de la superficie del mundo, formando un solo continente.
Esta elevación de las tierras implicó unas primeras diferencias climáticas. Elevación del suelo, nubes cósmicas e influencias oceánicas (dicen estos documentos) son los principales factores de las fluctuaciones del clima.
El borde de la masa continental asiática, por ejemplo, alcanzó una altura de casi 15 000 metros. Si en aquella Era hubiese existido mucha humedad en el aire de estas grandes altitudes, el hielo habría hecho su aparición, adelantándose las glaciaciones.
Hace 750 millones de años aparecieron las primeras grandes brechas en este continente único. Fue un gran hundimiento, de

Norte a Sur, que terminó por ser invadido por las aguas. Estas fallas prepararon el camino de la deriva de lo que más tarde serían América del Norte y del Sur y Groenlandia hacia el Oeste. Otra enorme fisura, esta vez de Este a Oeste, separó lo que, en el futuro, llamaríamos África y Europa, arrancando Australia, la Antártida y las islas del Pacífico del continente asiático.
Y estamos llegando al final. 0 al principio, según se mire -se corrigió Sinuhé-. Hace ahora 700 millones de años, IURANCHA se acercaba a pasos agigantados a lo que deberían ser las condiciones ideales para esa siembra de la Vida. A saber: la deriva continental proseguía imparable, el océano penetraba más y más en las tierras bajo la forma de largos brazos, proporcionando aguas poco profundas y bahías abrigadas, tan necesarias para el asentamiento de la vida marina.
Y así nos situamos en los 650 millones de años. Esa Era fue testigo de una nueva escisión de las masas continentales. A raíz de esto, los mares se extendieron mucho más y sus aguas alcanzaron rápidamente el grado de salinidad necesario para el nacimiento de la Vida en IURANCHA.
Y la Quinta Revelación concluye esta parte de la historia geológica de nuestro mundo con las siguientes palabras. Fueron estos mares, y los que les sucedieron, quienes fijaron los anales de la Vida, tal y como el hombre aprende a leerlos en las páginas de piedra bien conservadas, volumen a volumen, mientras las Eras sucedían a las Eras y las Edades a las Edades. Fue en estos mares interiores donde, finalmente, aparecería la Vida.
Visiblemente agotados, Gloria y Sinuhé interrumpieron allí la lectura de tan extraños documentos. En realidad, poco restaba ya para finalizar aquel imprescindible adiestramiento de la hija de la raza azul. Sin embargo, un acontecimiento no previsto por Sinuhé vendría a alterar buena parte de sus planes...

Durante las horas que siguieron a la accidentada visita al viejo edificio del Ayuntamiento, Sinuhé fue incapaz de apartar de su mente la imagen de aquellas dos letras -RA- en el disco metálico del péndulo. Y mientras aleccionaba a Gloria sobre los universos, su organización y la historia de IURANCHA, tomó una decisión: a la primera oportunidad regresaría -esta vez solo-

a la torre del caserón. Necesitaba inspeccionar el altorrelieve con detenimiento.
Fue en aquella última pausa -al cerrar el capítulo sobre la creación del universo local de Nebadon, a partir de la nebulosa de Andronover- cuando el soror de la Orden de la Sabiduría creyó que había llegado el momento. Se procuró algunos trapos viejos, un recipiente con gasóleo, una afilada brocha y, naturalmente, su equipo fotográfico.
La amarga experiencia sufrida en el caserón le hizo recapacitar, programando esta segunda exploración a plena luz. Las tinieblas, en su opinión, sólo habían servido para complicar las cosas. Sin embargo, en el fondo, la verdadera razón por la que Sinuhé pretendía subir al ático del Ayuntamiento durante el día no era ésta. Él sabía que, a pesar de su curiosidad, el solo pensamiento de regresar al camarote provocaba temblores en sus rodillas. Sinuhé -creo haberlo dicho ya- nunca fue un valiente.
Todo estaba dispuesto. Sinuhé recomendó a su amiga que congelaran el adiestramiento durante unas horas. Tanto ella como él lo necesitaban. Y la señora respetó los íntimos deseos del siempre desconcertante periodista. En el fondo, la hija de la raza azul intuía que por la mente de su hermano aleteaba algo más que un simple descanso.
Pero cuando el investigador, con la excusa de relajar los músculos en un paseo por los alrededores, caminaba ya hacia la salida, alguien empujó la puerta, haciendo sonar el alegre racimo de campanillas de la Casa Azul.
Al ver la figura del cartero, se detuvo. Gloria acudió al momento y, tras saludar al funcionario y viejo amigo, éste le entregó la correspondencia, preguntando a la señora de la casa por un tal...
-Soy yo -repuso Sinuhé, al escuchar su verdadero nombre y apellidos.
-Este telegrama es para usted. Firme aquí, por favor.
El investigador cruzó una mirada de extrañeza con su amiga. ¿Quién podía saber, a excepción de su familia y de su Kheri Heb, que se encontraba en aquella recóndita aldea?
A Sinuhé jamás le gustaron los telegramas. Quizá porque casi siempre anuncian problemas o pérdidas irreparables. Así que,

de mala gana, estampó su firma en el libro del cartero, recogiendo el inoportuno mensaje azul.
Al quedarse solos, Gloria observó a su amigo. En lugar de rasgar el telegrama y conocer su contenido, Sinuhé, con una irritante parsimonia, se había limitado a darle vueltas entre los dedos, como intentando adivinar el texto.
Después de un minuto de sofocante silencio, la señora de la Casa Azul, lógicamente intrigada, señaló el telegrama y con una curiosidad mal contenida preguntó:
-¿Es que no piensas abrirlo?

Esta vez, el miembro de la Escuela de la Sabiduría no se equivocó. Su intuición le anunciaba algo importante...
Y al escuchar a la señora, regresó al presente, excusándose por su torpeza.
Sin poder ni querer ocultar su nerviosismo abrió el telegrama, fijando su atención en las blancas tiras de papel que habían sido Pegadas sobre el impreso azul.
Gloria hizo ademán de alejarse, pero Sinuhé, sin pronunciar palabra ni levantar el rostro del papel, le indicó con la mano que esperase. Y la hija de la raza azul obedeció.
Al fin, despegó sus ojos del texto y con una súbita palidez invitó a su compañera a que regresaran al salón. Sin querer, el corazón de Gloria aceleró, intuyendo que los acontecimientos estaban a punto de precipitarse.
La mujer tomó asiento y Sinuhé le tendió el telegrama, dirigiéndose a continuación hacia el ventanal por el que entraba la generosa luz de aquella mañana del 19 de julio. Y sin pronunciar palabra alguna, cruzó los brazos, quedando sumido en inexpugnables pensamientos.
A los pocos minutos, sentía sobre su hombro la cálida mano de la hija de la raza azul. Y al volverse, el atormentado investigador respiró aliviado. Una intensa luz parpadeaba en los ojos de su amiga. Aquella era la señal inequívoca de que Gloria había comprendido y, lo que era más importante, aceptado definitivamente la misión.
Y una vivificante sonrisa apareció en el rostro de la señora de la Casa Azul, al tiempo que, con una voz bañada por la emoción, repetía de memoria el texto del telegrama:

El momento llegará con la luna nueva, Recuerda la señal de Micael. Ra hará descender entonces a su mensajero solitario, Lucifer. Repito. Lucifer. Que tu ajustador y el de la hija de la raza azul guíen vuestros pasos.
Contagiado por la entusiástica mirada, correspondió con otra sonrisa.
El mensaje, en efecto, marcaba el inicio de la cuenta atrás para la gran misión. Aparecía firmado con dos escuetas palabras -El Maestro- que, por supuesto, no pasaron desapercibidas para Gloria. Y una vez sosegados los ánimos, la señora de la Casi Azul pidió a Sinuhé que le ampliara algunos detalles. Por ejemplo, ¿quien era ese Maestro? Por ejemplo, ¿qué quería decir la palabra Lucifer, repetida, además, por dos veces?
El miembro de la Logia secreta empezó por el final. Sin hacer alusión alguna a su calidad de hermano de la Escuela de la Sabiduría, informó a su amiga de cómo, desde hacía algunos días, obraba en su poder una serie de informaciones confidenciales, dispuesta para aquellos momentos previos a la iniciación de la misteriosa aventura. Unos datos y recomendaciones, incluidos por su Kheri Heb en el sobre lacrado que contenía los textos de la Quinta Revelación. Y la palabra Lucifer había sido incorporada como una contraseña que debía situar al investigador en alerta total.
Afortunadamente, el Maestro había apurado la información, revelando el tiempo exacto para el arranque de la misión: la luna nueva.
Al mencionarlo, Sinuhé se estremeció. ¿Cuánto faltaba para ese día? Gloria no supo responder con precisión.
A los pocos minutos, tras una vertiginosa consulta a uno de los calendarios de la casa, ambos se tranquilizaron. La luna nueva no se produciría hasta el 28 de ese mes de julio. Disponían por tanto de poco más de una semana. Ocho días en los que Sinuhé debía completar el bagaje informativo de su compañera respecto a la Quinta Revelación e inspeccionar de nuevo la vieja maquinaria del reloj del Ayuntamiento.
Gloria quiso profundizar en esos preparativos para la gran misión, pero su esquivo compañero se limitó a recordarle el texto del telegrama:

-No te inquietes. Todo está previsto. Según parece, cuando llegue el momento, un Mensajero Solitario (una de esas personalidades celestes de las que ya te he hablado) descenderá para abrirnos el camino...
-¿Y por qué debemos recordar la señal de Micael?
Para Sinuhé estaba claro. El probable descenso o aparición de ese Mensajero Solitario tendría lugar en el claro del bosque donde aquella enigmática criatura había grabado a fuego los tres círculos concéntricos, señal y emblema de Micael, el Soberano del universo local de Nebadon. Aquél, por tanto, debía ser el punto donde la hija de la raza azul y su compañero tendrían que situarse al apuntar la luna nueva.
Pero, obedeciendo a su instinto, prefirió no hacer partícipe de esta suposición a su curiosa amiga. Y desviando la conversación le suplicó que mantuviera todo aquello en el fondo de su corazón y que, bajo ningún concepto, llegara a manifestárselo a nadie.
Sinuhé conocía la exquisita discreción de la señora de la Casa Azul. Así que, por ese lado, quedó tranquilo. Lo que realmente flagelaba su inteligencia era el no saber, el no intuir siquiera, qué era lo que les aguardaba una vez iniciada la misión... Y fue mejor así. De haberlo sospechado, quizá se hubiera rendido, alejándose al momento de la aldea y de todos sus enigmas.

Por supuesto, aquel mensaje de su Kheri Heb en Madrid vino a trastocar sus planes. Por otra parte, Gloria, con evidente razón a la vista del curso que tomaban los acontecimientos, terminó por formularle una pregunta para la que, al contrario de lo que sucedía consigo mismo, sí tenía respuesta:
-Dime, ¿por qué yo? ¿Por qué he sido elegida?
Sinuhé sonrió con ternura. Y acariciando los rubios cabellos de su amiga, repuso:
-Querida Gloria, el secreto y la respuesta se encuentran en esta Quinta Revelación. Y volvemos, por tercera vez, a tu duda inicial: ¿qué es la raza azul?
-Sí, ¿qué es esa raza y qué tengo yo que ver con ella? -le animó Gloria.
El soror abrió de nuevo sus documentos, advirtiendo a su expectante amiga que -dada la premura de tiempo- se veía

obligado a rodear aquellas informaciones en las que se habla de los primeros tiempos del establecimiento de Vida en IURANCHA, de las respectivas Eras de la Vida marina y terrestre, así como del fascinante relato de los primeros hombres primitivos en la Era Glacial y de sus precursores: los inteligentes animales de Lemuria. Sinuhé tranquilizó a su alumna, asegurándole que dichos conocimientos -aunque apasionantes- no eran vitales para su adiestramiento e inminente misión.
-Te hablaré, por tanto -concluyó- de aquello que sí debes conocer, necesariamente...
Gloria, a pesar de estas razones, protestó. Aquella insinuación de su amigo sobre los tipos primitivos de lemures y su relación con los primeros hombres la había cautivado.
Pero Sinuhé, con la rigidez que le caracterizaba, pasó por alto los deseos de la hija de la raza azul, prometiéndole -eso sí- que, si el tiempo no les traicionaba, satisfaría su curiosidad...
Y de esta forma dio comienzo la última fase de la preparación de la hija de la raza azul.

-Antes de nada -aclaró Sinuhé- debo adelantarte que algunas de las manifestaciones que estás a punto de escuchar pueden rasgar tu sensibilidad...
-No sé a qué te refieres -apuntó Gloria.
-Quizá a pasajes de esta Quinta Revelación que, como notarás, se hallan en franca oposición a lo que siempre hablamos creído o se nos había enseñado sobre el origen del hombre y más exactamente sobre lo que nos dice el Génesis...
La advertencia activó todas las antenas de la hija de la raza azul.
-¿Tan grave es?
-Si se mira desde un punto de vista desapasionado y racional, no.
-¡Pues adelante!
-Bien, vamos allá... Según estos documentos, las razas son el resultado de individualidades humanas, aparecidas en IURANCHA por mutación...
Sinuhé estudió el rostro de Gloria, en espera de alguna reacción. Aquella primera aseveración chocaba violentamente con un principio establecido en la Biblia y en el que se deja

entrever que el hombre fue creado directamente por Dios. Pero la mujer permaneció en silencio.
-Antes, mucho antes de la aparición sobre IURANCHA de la primera pareja verdaderamente humana -prosiguió Sinuhé, complacido ante la aparente docilidad de su atenta receptora-, el mundo se hallaba poblado por un sin fin de familias de primates prehumanos. Estos, a su vez, procedían de los lemures.
-¿Los qué...?
Sinuhé movió la cabeza, manifestando su desaliento. Después, señalando el abultado mazo de documentos, comentó:
-No disponemos de tiempo para detenernos y profundizar en esta parte de la Quinta Revelación. Necesariamente, he de saltar por encima de las fascinantes descripciones de aquellas primeras edades de IURANCHA, en las que la Vida tomó posesión del planeta, propagándose en secuencias maravillosas... Pero -añadió al tiempo que buscaba la información sobre los lemures- trataré de sintetizar ese capítulo, tan decisivo para la posterior aparición del hombre. Según dice aquí -prosiguió Sinuhé-, hace aproximadamente un millón de años, los antepasados inmediatos de la Humanidad aparecieron en tres mutaciones sucesivas, partiendo de la rama primitiva del llamado tipo lemuriano de mamífero placentario. Su origen, en el que no vamos a entrar, estuvo en un grupo americano occidental.
Los lemures primitivos tenían un cierto parecido con los antepasados de la especie humana, aunque no guardaban parentesco alguno con las tribus preexistentes de gibones y monos que vivían entonces en Eurasia y África del norte y cuya descendencia ha sobrevivido hasta hoy. Mientras aquellos lemures primitivos evolucionaban en el hemisferio occidental, los mamíferos (antepasados directos de la Humanidad) se asentaron en el sudoeste de Asia, en la zona originaría de implantación central de la vida. Varios millones de años antes, los lemures de origen americano habían emigrado hacia el Oeste por el puente terrestre de Bering. Y habían avanzado hacia el Suroeste, a lo largo de la costa asiática. Estas tribus llegaron finalmente a las regiones que se extendían entre el mar Mediterráneo (entonces mucho más grande) y las regiones

montañosas, en vías de levantamiento, de la península de la India. Y en estas tierras del oeste de la India, dichas tribus se fundieron con otras, preparando así la definitiva ascendencia de la raza humana.
Con el paso del tiempo, el litoral situado al sudoeste de la India fue sumergiéndose poco a poco y la vida en aquella región quedó aislada. La península mesopotámica o Persia no disponía aún de vía alguna de acceso o salida, salvo por el norte. Pero ésta fue ocupada repetidas veces por las invasiones glaciares. Fue, pues, en esta región paradisíaca, y a partir de unos descendientes superiores de este tipo de mamíferos lemurianos, donde nacieron dos grandes grupos: las tribus simiescas que han proliferado hasta nuestros días y la especie humana.
Aquellos descendientes de los lemures americanos (afincados en las áreas mesopotámicas) eran unas criaturas pequeñas, de un metro de alzada, muy activas y que, en general, caminaban a cuatro patas, aunque tenían ya la facultad de permanecer erguidos sobre sus extremidades traseras. Eran muy velludos y ágiles. Charlaban como los monos, pero, al contrario de las restantes tribus simiescas, eran carnívoros. Disponían de un pulgar oponible muy primitivo, así como de una gruesa uña muy útil. Con el paso de los tiempos, el pulgar oponible fue ganando en perfección, mientras que la uña iba perdiendo su capacidad para agarrar.
Estos mamíferos precursores del hombre alcanzaban la edad adulta a los tres o cuatro años y su duración media de vida era de unos veinte años. Lo habitual era que tuvieran un único hijo en cada parto, aunque también se daban casos de mellizos. Los miembros de esta nueva especie disponían de un cerebro más voluminoso que lo normal, en proporción a su tamaño. Y, a diferencia de los simios, experimentaban algunos sentimientos...
-¿Como cuáles?
-Eran extremadamente curiosos, manifestando, incluso, notorias y singulares reacciones que quizá pudiéramos definir como de alegría. El apetito sexual se hallaba igualmente muy desarrollado, siendo capaces de luchar ferozmente por su prole.
Eran gregarios y muy apegados a las asociaciones de tipo familiar o de clan. Y, según la Quinta Revelación, poseían

también un acusado sentido de la humildad. Ello desembocaba en otros sentimientos, como la vergüenza o el remordimiento. Su aguda inteligencia les permitía comprender los graves peligros a que se hallaban expuestos en aquel medio forestal. Y de ahí nació otro no menos importante sentimiento: el miedo. Esto les condujo a adoptar prudentes medidas de seguridad, que resultaron de gran trascendencia para su futuro. De esta forma surgieron los primeros refugios en las copas de los árboles. Y según se afirma en esta revelación -comentó Sinuhé-, el ancestral y permanente sentimiento de miedo que padece el ser humano procede precisamente de aquellas remotas épocas. Es algo genético que resulta perfectamente lógico y comprensible.
Gracias a su sentido de clan, aquellos lemures primitivos terminaron por aniquilar a las tribus simiescas más próximas, dominando así a las criaturas más pequeñas.
Durante más de mil años, estos casi insignificantes y agresivos lemures se multiplicaron e invadieron toda la península mesopotámica. Y setenta generaciones después se produjo un hecho de gran importancia: la súbita diferenciación de los antepasados de la etapa vital de los lemures. Este suceso se materializó con la aparición de dos gemelos, un macho y una hembra, nacidos en la copa de uno de aquellos gigantescos árboles. En comparación con el resto de los lemures de su tribu, eran menos velludos y sensiblemente más grandes que sus progenitores. Alcanzaron pronto 1,20 metros de altura, con unas piernas más largas y unos brazos más cortos. Sus pulgares eran casi perfectos. Caminaban prácticamente erguidos y sus cerebros eran más voluminosos que los de sus antepasados. Aquellos gemelos demostraron en seguida una inteligencia superior, siendo aceptados como jefes de la tribu. Llegaron realmente a instituir una cierta forma de organización social, Ambos se unieron y procrearon un total de veintiún hijos, muy parecidos a ellos. Y así surgió el núcleo de los llamados mamíferos intermediarios.
Cuando los miembros de este nuevo núcleo se hicieron numerosos, la guerra volvió a estallar. Y al finalizar, sus ancestros y multitud de tribus de monos fueron aniquilados.
Durante más de 15 000 años (unas 600 generaciones), los

conquistadores se convirtieron en el terror de aquella parte del mundo. Comparados con los lemures primitivos, estos mamíferos intermediarios representaron un gran progreso. Su vida media aumentó, llegando a los veinticinco años y aparecieron, incluso, rudimentarios dardos y flechas. El instinto de almacenamiento de víveres se hizo más acusado, así como el acopio de guijarros y piedras, que utilizaban como proyectiles. Estos mamíferos fueron los primeros en manifestar una tendencia innata al combate, expresada, por ejemplo, en continuas escaramuzas a la hora de construir sus refugios en las copas de los árboles o en túneles subterráneos. Durante el día vivían en el suelo, refugiándose en lo alto de los árboles con la caída de la tarde.

Pero la gran proliferación de individuos de esta especie terminaría por provocar una dura competencia a la hora de compartir el alimento o la elección de las parejas. Y la guerra, una vez más, hizo acto de presencia. Las batallas se prolongaron hasta que sólo quedó un centenar de supervivientes.

Vosotros (dice la Quinta Revelación) apenas podéis imaginar cuántas veces vuestros antepasados prehumanos han estado a punto de rozar y alcanzar la destrucción total. Si la rana, antepasado de la Humanidad, hubiera dado en algún momento un salto de cinco centímetros menos que lo debido, toda la evolución habría cambiado.

La madre lemuriana inmediata de la especie de los mamíferos precursores escapó por muy poco de la muerte, al menos en cinco ocasiones, antes de parir al padre del nuevo orden de mamíferos superiores. El último suceso de este tipo tuvo lugar cuando un rayo golpeó el árbol en el que dormía la futura madre de los gemelos primates. Aquellos dos mamíferos intermediarios resultaron gravemente heridos y tres de sus siete hijos murieron. Estos animales eran muy supersticiosos y, cuando esta pareja decidió retirarse de la zona, construyendo nuevos refugios a tres kilómetros del primitivo campamento, la mitad de la tribu siguió su ejemplo. Poco después de concluido el nuevo asentamiento, aquella veterana e inteligente pareja se convirtió en padres de otra trascendental pareja de gemelos. En el mismo momento en que nacieron estos gemelos, otra pareja

del grupo (bastante más retrasada que la primera) dio también a luz unos gemelos: macho y hembra. Pero éstos, a diferencia de los primeros, no se interesaron por la conquista, limitándose a comer frutos. Y así surgió el gran tronco de las tribus modernas de monos. Sus descendientes buscaron los climas suaves y la abundancia de frutos. Y así se han perpetuado hasta nuestros días.

En síntesis, con los años, aquellos primates evolucionaron por mutación en dos direcciones: una regresiva, que dio lugar a los monos de los que acabo de hablarte y otra progresiva, de la que surgió esa primera pareja de gemelos... Realmente, los primeros padres de la Humanidad.

-¿Adán y Eva? -intervino Gloria, adelantándose a la lectura.

Pero Sinuhé negó con la cabeza.

-Según la Quinta Revelación, no. Y haciendo un paréntesis, te diré algo: parte de nuestra misión consistirá en averiguar quiénes fueron realmente Adán y su compañera, cuándo se establecieron sobre IURANCHA y cuál fue su error...

Gloria captó la sutileza de su compañero y preguntó de nuevo:

-¿Por qué dices se establecieron en IURANCHA? ¿Es que no eran humanos?

-A eso, sinceramente, no puedo responder. Sencillamente, no lo sé. Intuimos que Adán y Eva fueron mucho más que unos meros seres humanos... Pero prosigamos.

Como ves, el hombre no desciende por tanto del mono, como sostienen las teorías evolucionistas. Sin embargo, ambos (hombre y mono) sí tienen un origen o tronco común: los primates primigenios. Después, la mutación (y en esto sí acertó Darwin) hizo el resto.

Ese gran acontecimiento (el nacimiento de la primera pareja humana) se produjo hace un millón de años, como consecuencia de un accidente cromosómico. Esos dos seres fueron gemelos (hombre y mujer), se llamaron Andon y Fonta. Ambos nacieron de un primate...

-¿Qué entiendes por accidente cromosómico? -intervino nuevamente la hija de la raza azul.

-El biólogo Jean de Grouchy, director de las investigaciones del CNRS francés y responsable del laboratorio de citogenética del hospital Necker, ha sido uno de los sabios que más se ha

aproximado (sin saberlo) a esta Quinta Revelación. Pues bien, en opinión de este especialista, la aparición del hombre, entendido como tal, sobre el planeta pudo deberse al encuentro de una hembra y un varón que portaban un número aberrante de cromosomas (47 en este caso). Esto, como observarás, sí pudo desembocar en la aparición de una nueva línea: la nuestra. Como sabes, las células sexuales tienen la mitad de cromosomas que las demás del organismo. El mono, que disfruta de 48 cromosomas, produce células sexuales con 24 cromosomas. El hombre, por su parte, que tiene 46 cromosomas, fabrica células sexuales de 23 cromosomas cada una. En todos los óvulos se halla un cromosoma sexual propiamente dicho, siempre el mismo, que determina el sexo del nuevo ser. Se le denomina cromosoma X. En los espermatozoides, en cambio, el cromosoma sexual es X (hembra) o bien Y (varón). Por eso, al fecundarse un óvulo (siempre X), dará lugar al nacimiento de una hembra o de un varón dependiendo de sí ese espermatozoide es portador de una X de una Y.

El que el número de cromosomas de las células sexuales quede reducido a la mitad se consigue, tanto en los testículos como en los ovarios, debido a dos divisiones consecutivas o meiosis de las células sexuales originarias. Además, durante esa fase de meiosis pueden darse accidentes que conduzcan a la obtención de células sexuales con un cromosoma de menos. Este accidente cromosómico (según el doctor Grouchy) pudo ser la clave del salto o paso desde los simios o primates (48 cromosomas) al ser humano (46 cromosomas)... por medio de dos gemelos que tendrían 47 cromosomas. Te pondré un ejemplo: imagina un simio macho que tuviera una meiosis que le ocasionara este tipo de accidente. Normalmente, emite dos tipos de espermatozoide: uno con X y otro con Y. Pero, en este supuesto, y a causa de ese accidente, unos tendrán 23 cromosomas y los otros, 24. De la pareja formada por este simio macho con otro primate hembra normal podría nacer una hija que hubiese heredado la tara de su padre. Es decir, que fuera capaz de producir alternativamente óvulos de 23 o de 24 cromosomas.

Supongamos ahora que en esta nueva hembra se presente otra meiosis; en otras palabras, que el llamado glóbulo polar (que es una especie de minióvulo), en vez de degenerar y ser desechado, como ocurre normalmente, permaneciera en el interior del óvulo. Si éste y el glóbulo polar son fecundados por un simio normal, podrían nacer dos gemelos de sexo distinto...
Para el doctor Grouchy, estos gemelos habrían sido Adán y Eva. Cada uno disfrutaría de 47 cromosomas. En el caso de emparejarse entre ellos podrían haber dado lugar al nacimiento del hombre actual. Para ello habría bastado que un óvulo de 23 cromosomas hubiera sido fecundado por un espermatozoide que también tuviese 23 cromosomas.
Sinuhé suspendió su exposición científica. Gloria, lógicamente, se había perdido.
-Quiero decir con todo esto -resumió el periodista- que ya en 1978 un eminente biólogo apuntó una teoría que coincide, y de qué forma, con lo que nos cuenta la Quinta Revelación. Una revelación que se remonta a muchísimos años antes...
Desde un punto de vista puramente científico, pues, es perfectamente viable que los gemelos Andon y Fonta pudieran haber existido. Pero, obviamente, al no conocer la Quinta Revelación, el doctor Grouchy asoció esa pareja con los mal llamados primeros padres.
Y Sinuhé entró de lleno en la curiosa y accidentada vida de aquellos primeros y extraordinarios gemelos...

-Te preguntarás por qué los gemelos fueron llamados Andon y Fonta. IURANCHA fue registrada como un mundo habitado cuando esos dos primeros seres humanos alcanzaron los once años de edad y antes de que fuesen padres del primer nacido de la segunda generación de verdaderos humanos, De esto hace, repito, un millón de años, aproximadamente.
En aquella solemne ocasión, la jerarquía celeste establecida en Salvington (capital de nuestro universo local) remitió un mensaje arcangélico que finalizaba así -y el investigador procedió a leer lo que, en este sentido, rezaba la Quinta Revelación-: ...La inteligencia humana ha aparecido en el 606 de Satania (nuestro mundo), y los padres de esta nueva raza serán denominados Andon y Fonta. Todos los arcángeles rezan para

que estas criaturas puedan ser rápidamente dotadas de la presencia personal del don del espíritu del Padre Universal. Se refiere a ese ajustador del pensamiento o presencia prepersonal del Padre.
Gloria asintió.
-Pues bien, Andon es un nombre nebadoniano que significa la primera criatura semejante al Padre y demostrando una sed de perfección humana. Fonta, a su vez, quiere decir la primera criatura semejante al Hijo y que muestra una sed de perfección humana.
Estos nombres les fueron dados por la jerarquía celeste en el momento en que se produjo el ingreso de sus respectivos ajustadores de pensamiento. Y a lo largo de su encarnación en IURANCHA, Andon y Fonta, sin embargo, se dieron a sí mismos otros nombres: Andon se denominó Sonta-An o el amado de la Madre, y su compañera, Sonta-En o la amada del Padre. Eligieron dichos nombres como prueba de respeto y afecto mutuo. En muchos aspectos (cuenta la Quinta Revelación), Andon y Fonta constituyeron la pareja de seres humanos más notable que jamás haya vivido sobre la faz de IURANCHA. Estos seres increíbles (los verdaderos primeros padres de la Humanidad) fueron, desde muchos puntos de vista, muy superiores, incluso, a sus descendientes.
-¿Qué aspecto tenían?
-Al parecer no eran muy distintos el resto de los primates prehumanos que formaban su círculo inicial o tribu. Una de sus grandes diferencias físicas se centraba en que, mientras sus congéneres se desplazaban a cuatro patas, ellos se mantenían erguidos. Sus cerebros, como ya hemos visto, estaban más desarrollados y mejor dotados. Su incipiente inteligencia les situó rápidamente entre los miembros más despiertos de la tribu, siendo los primeros en aprender el lanzamiento de piedras, así como la utilización de palos en los combates. Y no tardaron mucho tiempo en descubrir la utilidad de los guijarros agudos, del sílex y del hueso.
Mientras vivía con sus padres, Andon, mediante tendones de animales, fijó un trozo de sílex muy afilado al extremo de una estaca. Nació así la primera maza de la Humanidad. Y estos documentos refieren que el joven gemelo llegó a utilizarla, al

menos una docena de veces, salvando su propia vida y la de su hermana que, tan aventurera y curiosa como él, le acompañaba en todas sus incursiones.
Pero algo en lo más íntimo de aquellos gemelos les empezaba a impulsar hacía una vida nueva e independiente, lejos de la simiesca y bestial familia en cuyo seno habían nacido. Mientras la inteligencia de Andon y Fonta seguía clarificándose, sus congéneres continuaron una progresiva degeneración, mezclándose entre las diferentes especies de primates.
La llegada a sus mentes de los respectivos ajustadores de pensamiento fue decisiva. A partir de entonces, los gemelos empezaron a tomar una vaga pero sólida conciencia de sí mismos y de la tremenda barrera que les separaba y diferenciaba de los otros animales, incluidos sus propios padres y hermanos. Había nacido en ellos una tímida e incipiente personalidad.
Y llegó el gran día. Aquel en el que Andon y Fonta tomaron la firme decisión de huir...

-Mucho antes de que se materializase la fuga de los gemelos -prosiguió Sinuhé ante la atónita mirada de la señora de la Casa Azul-, Andon y Fonta venían alimentando esta posibilidad. Pero el temor a su propia tribu fue retrasando la decisión. Pensaron incluso en posibles ataques por parte de otras tribus o de las fieras que llenaban aquellos bosques africanos.
Su familia, además, había empezado a sentir celos. Mientras fueron niños, los gemelos pasaban la mayor parte del tiempo juntos, provocando sin querer sentimientos hostiles entre sus primos y hermanos, todos ellos primates. El hecho de haber construido en la copa de uno de los árboles un refugio separado y muy superior a los otros no contribuyó precisamente a mejorar sus relaciones con la tribu. Ellos lo sabían y su miedo a morir a manos de sus congéneres fue en aumento.
Y fue en este hogar, en lo más alto de los árboles, cuando tina noche, mientras dormían abrazados tiernamente, fueron despertados por una violenta tempestad de viento y agua. En ese momento, Andon y Fonta se deslizaron desde la copa, emprendiendo su histórica huida: la que marcaría el sendero de toda una Humanidad.

Habían dispuesto otro refugio en lo alto de un árbol, a una media jornada de camino hacia, el Norte. Y allí, en aquel escondrijo secreto, los hermanos vieron transcurrir su primer día fuera de su bosque y territorio natal. Aunque compartían aún el miedo ancestral de los primates a permanecer en tierra durante la noche, al atardecer de ese primer día de libertad, Andon y Fonta prosiguieron su fuga, siempre hacia el Norte. Necesitaron un coraje excepcional para emprender aquellos viajes nocturnos, siempre bajo la amenaza del ataque de los animales o de otros posibles grupos de simios. Y ayudados por la luna llena, los gemelos lograron alejarse lo suficiente como para que sus familiares no pudieran darles alcance.
En el curso de su viaje descubrieron un yacimiento de sílex a cielo abierto, haciendo aprovisionamiento de muchas de aquellas piedras. Y ocurrió algo vital y sorprendente para los gemelos. Cuando Andon trabajaba con una de aquellas piezas, intentando darle una forma adecuada para las operaciones de caza, observó estupefacto cómo del sílex brotaban unas diminutas luces. Y la idea de fabricar el fuego surgió por primera vez en el cerebro de aquel humano. Pero no fue puesta en práctica por el momento. La benignidad del clima tampoco estimuló su necesidad. Sin embargo, como te digo, la semilla había sido sembrada y el fuego, como tal, no tardaría en aparecer de una forma consciente y artificial.
Sólo cuando el sol del otoño empezó a ocultarse más rápidamente y las noches, conforme ascendían hacia el Norte, se fueron haciendo más frías, los gemelos empezaron a sentir la necesidad de un abrigo permanente y eficaz. Y así nacieron los primeros vestidos, a base de pieles de animales.
-¿Cómo y cuándo hicieron su primer fuego?
-La Quinta Revelación asegura que fue antes de que hubiera transcurrido la primera luna desde su fuga del hogar familiar. Andon comunicó a su hermana que creía poder hacer fuego, a base de los guijarros de sílex. Pero, durante dos meses, sus intentos fueron inútiles. Las piedras producían chispas, sí, pero la pareja no conseguía inflamar la madera. Y fue Fonta quien, al fin, casi sin proponérselo, dio con la solución. Una tarde, al ponerse el sol, la mujer trepó a lo alto de un árbol, con el fin de apoderarse de un nido abandonado. Aquel nido se hallaba seco

y resultó muy inflamable. Cuando una de las chispas escapadas del sílex lo alcanzó por casualidad, el material prendió al instante. El susto de los gemelos fue tal que casi dejaron apagar el pequeño fuego. Pero reaccionaron a tiempo, añadiendo abundante material combustible. Era la primera hoguera de la Humanidad...

Y durante horas y horas, Andon y Fonta permanecieron junto al fuego, como hipnotizados por la ondulante y vivificante danza de las llamas. A partir de ese instante empezó la búsqueda de madera y de toda clase de materiales que pudieran sostener y alimentar el sagrado descubrimiento. Aquéllos fueron algunos de los momentos más alegres de su breve pero intensa vida.

Así permanecieron toda la noche, intuyendo vagamente que aquel hallazgo cambiaría sus vidas, permitiéndoles desafiar los rigores del clima y ayudándoles a una definitiva independencia.

Antes que ellos, por supuesto, otros antepasados habían alimentado y se habían servido de los fuegos provocados por los rayos sobre bosques y pastos, pero hasta ese día ninguna criatura terrestre había dispuesto de un método para fabricar el fuego a voluntad. No obstante, los gemelos necesitaron aún mucho tiempo para aprender que el musgo seco, por ejemplo, era un material más asequible que los nidos de pájaros y tan práctico coni0 éstos a la hora de provocar un fuego.

Y pasados tres días, la primera pareja humana reanudó su peregrinaje.

-Dos años habían transcurrido desde que los gemelos decidieron escapar de su bosque natal cuando, finalmente, Fonta dio a luz a su primer hijo. Y según consta en la Quinta Revelación, fue llamado Sontad. Aquélla fue la primera criatura humana que, al nacer, recibió un lecho protector y fue abrigada y cuidada de forma permanente por sus progenitores. Este incipiente instinto maternal resultaría vital para la multiplicación de una especie que, a diferencia de sus primos, los primates, nacía frágil y desamparada, como corresponde a los seres humanos evolucionarios cuya esencia y finalidad no es la fuerza bruta, sino el raciocinio.

A Sontad le siguieron otros dieciocho hijos. Y la pareja vivió lo suficiente como para ver a su alrededor cerca de cincuenta

nietos y media docena de biznietos. El clan se asentó definitivamente en cuatro abrigos rocosos o semicavernas, de los cuales, tres se hallaban intercomunicados por galerías abiertas en la blanda roca calcárea y que habían sido practicadas a base de herramientas de sílex por los hijos de los gemelos. Y así nació la primera gran raza humana: la andónica o andonita, en recuerdo de Andon.
Sinuhé era consciente de lo insólito de su narración, que quizá podía empañar la tradicional idea cristiana de unos primeros padres -Adán y Eva- creados del barro y de una de las costillas de Adán, tal y como menciona el Génesis. Y antes de proseguir, solicitó la opinión de Gloria.
Pero la señora de la Casa Azul se limitó a responder con una lacónica frase:
-Posible y hermoso... ¿Por qué no?
Y cuando su amigo continuaba la lectura, Gloria hizo una reflexión en voz alta:
-Siempre creí que la Biblia utiliza símbolos. Especialmente en esta parte de la creación del hombre y del propio Cosmos... Además, hasta ahora no he hallado nada que vaya contra la esencia de los planes divinos... Quizá, cuando me expliques cómo y de qué forma fue llevada a cabo la siembra de la Vida sobre el planeta, pueda entenderlo mejor.
El investigador no respondió. Tras unos instantes de duda, en los que estuvo a punto de volver atrás en las páginas de la Quinta Revelación para informar a su amiga sobre dicha siembra, optó por conducirse tal y como había planeado.
-Estos primeros andonitas, como te decía, demostraron un alto espíritu de clan. Cazaban en grupo y no se alejaban jamás de su hogar. Parecían darse cuenta de que eran distintos al resto de las tribus simiescas y de que no debían cruzarse con ellas bajo ningún concepto. Y lo cumplieron. Esta idea tan íntima y casi incomprensible para los gemelos y su descendencia era el fruto en realidad de la progresiva intensificación de la presencia en todos ellos de sus respectivos ajustadores de pensamiento.
Andon y Fonta trabajaron sin descanso para alimentar y proteger a sus hijos. Vivieron hasta la edad de 42 años y ambos murieron durante un terremoto. Una roca se precipitó sobre ellos aplastándolos. Como ves, nacieron y murieron juntos.

Otros cinco hijos y once nietos perecieron en el seísmo y una veintena de sus descendientes sufrió heridas graves.
Sontad, a pesar de tener un pie destrozado, asumió de inmediato la jefatura del clan, hábilmente ayudado por su mujer, la mayor de las hermanas. Su primer trabajo como nuevo director de la familia andonita fue precisamente amontonar piedras sobre los cuerpos sin vida de sus padres, hermanos e hijos...
-¿Es que rendían culto a los muertos? -interrumpió Gloria sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo.
-No. Sus ideas respecto a la vida más allá de la muerte eran muy confusas y mal definidas. Era muy pronto aún... Quizá no deba concederse demasiada importancia a ese acto de sepultar a sus muertos. Sólo en sus sueños fantásticos aparecían imágenes que podían ser asociadas a una posible concepción de supervivencia más allá de la vida.
Pero entiendo que ha llegado el momento -anunció Sinuhé- de pasar a otro capítulo sumamente atractivo: ¿qué aspecto físico tenían estos primeros andonitas y qué fue de ellos?

Durante aquellos días, Sinuhé intensificó sus enseñanzas, procurando al mismo tiempo que la hija de la raza azul dispusiera de largos períodos para la reflexión. Era decisivo que Gloria asimilara todo aquello o, cuando menos, la esencia de la información, a fin de que su comportamiento, mientras durase la misión, fuera lo más fructífero posible.
En muchos de aquellos obligados descansos, el hermano de la Logia se sorprendió a sí mismo al pie del viejo caserón del Ayuntamiento. Sus pasos terminaban siempre en el mismo lugar. Pero, sólo al final, cuando el apresurado adiestramiento hubo concluido tuvo el valor necesario para aproximarse al solitario camarote.
-La familia de Andon y Fonta -continuó- permaneció unida hasta la veinte generación. Entonces, como consecuencia de la lucha por los alimentos y de las cada vez más frecuentes rivalidades tribales, la primera raza humana se dispersó.
No, no creas que esa atomización de los andonitas constituyó un fracaso en los planes de las personalidades celestes que vigilaban estrechamente la evolución de estos humanos. Como

verás dentro de poco, todo estaba previsto. Bueno -corrigió Sinuhé-, casi todo...
Aquellos hombres primitivos tenían los ojos negros y la tez oscura.
-¿Eran negros? -repuso Gloria.
-No. La aparición de las diferentes razas de color fue un hecho posterior y sumamente complejo y premioso, pero hablaremos de ello en su momento. Los andonitas presentaban una coloración muy similar a la que podría derivarse de un cruce entre un amarillo y un rojo. La melanina (ese pigmento que colorea la piel) se hallaba ya en la epidermis andónica. Sin embargo, a juzgar por su aspecto general y el tinte de su piel, guardaban un cierto parecido con los esquimales de hoy en día. Como también creo haberte dicho, fueron los primeros seres humanos que utilizaron las pieles de los animales para protegerse del frío, aunque su epidermis estaba mucho más poblada de pelo que la nuestra.
-Hay algo que no encaja -intervino la señora de la Casa Azul-. Está demostrado que el antiquísimo género de los Australopithecus, muy anteriores a ese millón de años, ya disponía de unas ciertas reglas sociales y sabían usar los guijarros y el sílex. ¿Por qué dice entonces la Quinta Revelación que fueron los andonitas los que empezaron a cubrirse con pieles?
-Tienes razón, en parte. Esta documentación aclara que los ancestros de Andon y Fonta manipulaban toscas herramientas de piedra y se aprovechaban en ocasiones del fuego. Pero, por el momento, la Neontología moderna no ha podido descubrir entre esas tres especies que parecen formar el género de los Australopithecus (el africanus, el robustus y el boisei) ni un solo vestigio que demuestre que se cubrían con pieles. Los hallazgos registrados en esa época, hace un millón de años, cuando la Quinta Revelación asegura que nacieron los gemelos, no son todavía elocuentes. En la actual división estratigráfica del Cuaternario, entre los años 600 000 y 2 000 000 antes de nuestra Era (es decir, en el Pleistoceno inferior), los descubrimientos paleontológicos más relevantes han sido precisamente los de los Australopithecus de los tipos africanus y robustus en Africa del Sur, y boisei en el famoso barranco de

Olduwai y en el Valle de la Grieta, al este del continente africano. Algunas excavaciones más recientes, llevadas a cabo por Richard Leakey en los primeros años de la década de los setenta, han venido a demostrar que al este del lago Rodolfo, en Kenya, vivió una nutrida colonia de estos Australopithecus o prehumanos, posiblemente entre los dos y tres millones de años. Pero lo más curioso es que Leakey hijo llegó a insinuar que, junto a los restos de esos todavía casi primates, también había vestigios de verdaderos humanos, contemporáneos o muy próximos a los referidos Australopithecus... ¿Te das cuenta de lo que significa esta afirmación de Leakey?
Si es que la Quinta Revelación es cierta, Richard Leakey podría estar mencionando a algunos de los ejemplares andonitas que, en efecto, convivieron con sus primos lejanos, los prehumanos. También habrás notado que hay algo que no concuerda: mientras la Quinta Revelación afirma que los gemelos nacieron hace un millón de años, uno de los descubrimientos de Leakey en 1972 (un cráneo completo de aspecto humano y gran capacidad craneana) sitúa la presencia de esos misteriosos humanos africanos más allá de los dos millones de años. ¿Quién tiene razón? ¿Puede Leakey haberse equivocado a la hora de fechar la antigüedad de esos restos de verdaderos humanos contemporáneos de los prehumanos? Pero creo que me he desviado de tu pregunta inicial...
Sinuhé recapacitó.
-Sí, hablábamos de las reglas sociales... Los hallazgos de una cierta industria lítica entre los Australopithecus o prehumanos confirma lo que nos dice la Quinta Revelación. Los antepasados e, incluso, contemporáneos de los andonitas supieron manejar algunas muy rudimentarias armas, bien arrojadizas (piedras, por ejemplo) o manipuladas directamente: quizá palos... Pero jamás hubieran sido capaces de tallar hachas de mano, como las encontradas en Sterkfontein, cerca de Johannesburgo, en cuarzo, oblongas, brillantes y con ¡catorce caras! Y, sin embargo, este sensacional hallazgo del doctor Brain en 1956, en un hábitat del Australopithecus africanus, viene a demostrarnos que, si no pudo ser aquel primitivo prehumano quien fabricara dichos utensilios de piedra, el autor, necesariamente, tuvo que ser un verdadero humano,

¡contemporáneo del africanus! Como ves, poco a poco, la Paleontología va desembocando en una hipótesis única y revolucionaria, apuntada ya por la Quinta Revelación: hubo verdaderos humanos en Africa, en convivencia simultánea con otros seres casi simiescos (los Australopithecus) de los que fueron distanciándose cada vez más. Lo que, de momento, no puede ser descubierto ni probado por la ciencia moderna es cómo y por qué se produjo ese salto de los primates a los auténticos humanos...
Para la Quinta Revelación fue la progresiva expansión de la capacidad craneal de los andonitas la que favoreció ese enriquecimiento de las emociones, de los hábitos sociales y la propia torna de conciencia individual y colectiva de aquellos clanes. Y todo ello derivó finalmente en la ruptura del tronco primigenio que habían formado los gemelos. Pero pasemos a analizar algunos de los principales rasgos sociales de este gran clan, antes de su definitiva escisión...

-En un contraste singularmente profundo respecto a sus primos, los prehumanos (o los Australopithecus, si lo prefieres), Andon y Fonta y las generaciones que les siguieron fueron avanzando en su evolución a un ritmo vertiginoso. Desde un principio, las reglas sociales, por llamarlas de alguna manera, se distanciaron estrepitosamente de las costumbres puramente instintivas de muchos de sus ancestros. Los varones eran capaces de luchar heroicamente para proteger a sus compañeras y prole, y las hembras, a diferencia de las prehumanas, sí habían sido capaces de superar el mero impulso animal de la maternidad, sustituyéndolo por un sólido y real sentimiento de afecto. Sin embargo, esa lealtad incipiente se circunscribía únicamente al clan. La Quinta Revelación asegura que aquellos primeros andonitas no eran capaces aún de concebir la idea de un mundo mejor. El altruismo sería un sentimiento posterior.
A pesar de ello, estos hombres primitivos llevaban la semilla del afecto y de la amistad. Y lo practicaban, aunque de una forma muy rudimentaria. Más tarde debió ser un espectáculo habitual el presenciar en las batallas con otras tribus inferiores cómo

estos leales andonitas luchaban con una sola mano, protegiendo con la otra a un compañero herido.
Gloria formuló entonces una de sus típicas y certeras interrogantes.
-¿Sabían jugar?
Sinuhé quedó desconcertado.
-Según mis informaciones, no exactamente. Eran muy propensos a imitar, pero su sentido del juego se hallaba aún poco desarrollado. Y lo mismo ocurría con el humor...
La señora de la Casa Azul cayó en la cuenta de algo que jamás se había planteado: ¿de cuándo data el sentido del humor entre los hombres? ¿Es algo innato o aprendido?
-Aunque te parezca mentira -prosiguió el investigador-, el hombre primitivo apenas sonreía y, al parecer, no conoció la risa ni las carcajadas. Esa condición humana, que nos diferencia precisamente de los animales, fue un legado muy posterior...
-¿Un legado? -intervino Gloria-. ¿De quién?
-No está muy claro en la Quinta Revelación. Ya te adelanté que hay grandes lagunas en estas informaciones... Pero todo parece apuntar, como responsables de ese paso superior, a los hombres de otra raza: la adámica.
En definitiva, aquellos andonitas primitivos no eran muy sensibles al dolor ni a las situaciones desagradables que, con el paso del tiempo y de la evolución, sí empezaron a afectar a los restantes seres humanos. Te pondré un ejemplo: Fonta y las andonitas que le sucedieron no parieron jamás con dolor. Esta circunstancia (tan diferente hoy) tuvo otras raíces... de las que ya hablaremos.
Y así fueron transcurriendo los años. El clan original conservó siempre una ininterrumpida línea de jefes hasta que, en la vigésimo séptima generación, el hecho de no haberse producido el nacimiento de un hijo varón en la descendencia directa de Sontad provocó una revuelta interna por la jefatura andonita, a cargo de dos facciones rivales.
Lógicamente, a medida que pasaba el tiempo, los clanes andónicos fueron creciendo en número y el contacto entre las familias en expansión representó una fuente inagotable de rencillas y malentendidos. Hay que tener en cuenta que el

espíritu de estos primeros pueblos se hallaba dominado por dos principios básicos: la caza y el combate. El primero, fundamental para la conservación y desarrollo de sus miembros. El segundo, para vengarse de las injusticias o insultos (reales o supuestos) lanzados por tribus vecinas. Es poco menos que imposible que unos seres primitivos lleguen a vivir juntos y en paz. El humano, no lo olvidemos, desciende de animales combativos, y cuando seres tan rudimentarios conviven tan estrechamente, las ofensas y agresiones son casi inevitables.
En el caso de los primeros andonitas, las guerras no tardaron en estallar entre las diferentes tribus. Y hubo muchas e irreparables pérdidas entre los miembros más valiosos y prometedores. Los sucesos fueron tan trágicos y lamentables que, según la Quinta Revelación, algunas líneas genéticas dotadas de mayores aptitudes e inteligencia se perdieron para siempre.
Como si se tratara de un negro presagio -sentenció Sinuhé-, aquella belicosidad se extendió de tal forma que la raza andónica atravesó momentos graves, aproximándose incluso al riesgo de su total extinción.
Los Portadores de Vida conocen esta tendencia de las criaturas evolucionarlas y toman disposiciones para dividir finalmente a los humanos, al menos en tres razas distintas y separadas y, generalmente, en seis.
-¿Fue entonces cuando nacieron las razas humanas y las diferentes lenguas?
-Los Portadores de Vida no actúan casi nunca de una forma drástica. Uno de sus principios básicos, que habría encantado a Darwin -comentó Sinuhé sin perder su sentido del humor-, es el progreso por la evolución y no por la revolución. Antes de la dispersión, los andonitas tenían un lenguaje común y bastante perfeccionado. Esta lengua siguió enriqueciéndose con aportaciones cotidianas, nuevos inventos y progresivas adaptaciones al medio. Y según este testimonio, aquélla fue la primera lengua de IURANCHA, que prosperó hasta la posterior aparición de las razas de color. Unas razas de las que te hablaré mañana...

La luna nueva se aproximaba y Sinuhé, cada vez más nervioso, trataba de ultimar aquel trasvase de información. Gloria debía conocer, aunque sólo fuera superficialmente, la panorámica del planeta en aquellos primeros tiempos y, sobre todo, su verdadero origen. Así que, no sin ciertos remordimientos, decidió concluir el adiestramiento en aquel mismo miércoles, 25 de julio.
-Como te refería, aquella serie de batallas terminó por movilizar a los clanes andonitas. Y dio comienzo la gran dispersión. Las sucesivas generaciones no se introdujeron excesivamente en África. La geografía de aquellos tiempos les encauzó siempre hacia el Norte. Y su gran viaje prosiguió en esa dirección, hasta que fueron detenidos por el lento avance de la tercera glaciación.
Pero, antes de que el inmenso manto de hielo hubiera hecho presa en las tierras de lo que hoy son Francia y las islas Británicas, los descendientes de Andon y Fonta habían penetrado y progresado hacia el Oeste, a través de la actual Europa. Y allí levantaron más de mil poblados, a lo largo de los grandes ríos que desembocan en el mar del Norte y cuyas aguas, entonces, eran cálidas.
Sinuhé varió el tono de su voz y, con una cierta emoción, anunció a su compañera algo que los paleontólogos ignoran todavía.
-Según la Quinta Revelación, los miembros de estas tribus andónicas fueron los primeros pobladores de las orillas de los ríos de la actual Francia. Vivieron durante decenas de miles de años junto al Somme. Este río es el único que no se vio afectado en su curso por los glaciares. En aquellas lejanas épocas corría hacia el mar, casi con la misma trayectoria que hoy. Por esta razón, los hallazgos paleontológicos a lo largo de SU Cuenca se cuentan en la actualidad por miles... Lo triste -reflexionó Sinuhé- es que los científicos no saben que esos restos humanos pertenecen, nada más y nada menos, que a los descendientes de aquellos históricos gemelos... Los verdaderos padres de la Humanidad, si no estamos equivocados.
Estos primeros pobladores de IURANCHA -siguió leyendo no habitaban ya en las copas de los árboles, aunque mantenían el hábito de refugiarse en ellos en los momentos de peligro. Vivían

en general al abrigo de peñascales, casi siempre sobre los ríos, o en cuevas naturales en los acantilados. Ello les garantizaba una perfecta visibilidad de los accesos, protegiéndolos además de los elementos. De esta forma podían disfrutar del calor de las hogueras sin ser molestados por el humo...
-¿Eran los conocidos trogloditas o cavernícolas?
-No exactamente. Sólo con el correr de las edades y la llegada de los hielos, los descendientes de aquellos andonitas se vieron empujados a buscar refugio en las cuevas. Pero, al principio, preferían acampar en los límites de los bosques y en las proximidades de los ríos.
Fueron notables constructores de chozas de piedra, en forma de domo o cúpula, que camuflaban hábilmente y en cuya habitación dormían y se resguardaban. Cerraban la entrada haciendo rodar una gruesa piedra que colocaban en el interior antes de rematar el techo.
Los andonitas eran diestros e intrépidos cazadores. Su dieta se basaba en la carne, complementada en ocasiones con bayas y frutos silvestres. Y al igual que Andon fue el inventor del hacha de piedra, sus sucesores crearon y utilizaron la lanza y el arpón, haciéndose igualmente expertos en el manejo de nuevas y cada vez más refinadas herramientas.
Estos primeros humanos, en fin, consiguieron una considerable perfección en la talla del sílex, realizando largos y aventurados viajes para la localización de este mineral. Algo parecido a lo que ocurriría miles de años después con los buscadores de oro, plata o diamantes...
En muchos aspectos, estas tribus andónicas dieron excelentes pruebas de su inteligencia y progreso. Más y mejores que las que llegarían a ofrecer sus sucesores en casi medio millón de años. Pero ésta es otra historia...

Aquel descubrimiento -la revelación de unos primeros padres de la Humanidad distintos a la tradición adámica- cautivó a la señora de la Casa Azul. Gloria tuvo que reconocer con Sinuhé que aquella versión resultaba más lógica y natural que la de un Adán súbitamente nacido del barro rojo. Ambos, desde niños, se habían hecho la misma pregunta: ¿Es que antes de la creación de Adán y Eva no había otros seres humanos sobre la Tierra?

-Pero, si aceptamos la Quinta Revelación -esgrimió la hija de la raza azul-, ¿dónde y cuándo encajamos a Adán y Eva? ¿0 es que no existieron?
-Te adelantaré una opinión personal. A pesar de sus simbolismos, mezcolanzas, lagunas y, en ocasiones, inoportunos añadidos, la Biblia tiene razón. Por lo poco que sé, Adán y Eva existieron. Pero, ni fueron nuestros primeros padres (en el sentido físico de la expresión), ni su historia ha sido escrita y transmitida con fidelidad. En esos archivos secretos de IURANCHA, que tú y yo debemos encontrar, está la verdad. La verdad (según la Quinta Revelación, claro) sobre quiénes fueron Adán y su compañera y sobre los sucesos que protagonizaron...
Gloria exclamó sin poder contenerse:
-¿Y a qué esperamos?
Sinuhé señaló al cielo, al tiempo que le pedía calma.
Recuerda... la luna nueva.
Y el portavoz de la Escuela de la Sabiduría se introdujo de nuevo en aquellas últimas páginas en las que se recogía la definitiva dispersión de la raza andónica...
-Al mismo tiempo que los descendientes de los famosos gemelos poblaban Europa y las tierras de Asia, el nivel cultural y espiritual de las tribus retrocedió lamentablemente. Sus luchas y diferencias no tardaron en reactivarse, prolongándose por espacio de más diez mil años. Aquella tenebrosa Era finalizaría con la aparición de un humano excepcional: Onagar.
Según dice la Quinta Revelación, este andonita nació hace ahora (1984) 983 373 años. Asumió la jefatura de la mayor parte de los clanes y, a la manera del primer profeta y conductor espiritual de la Humanidad, los pacificó, haciéndoles adorar, por primera vez en IURANCHA, a Aquel que da el aliento a los hombres y animales.
-Yo creía que Andon y Fonta adoraban a Dios...
-No -aclaró Sinuhé-; la filosofia de los gemelos fue muy confusa. Andon terminó adorando al fuego, a causa del gran bienestar que les proporcionaba. Y aunque la razón le empujaba hacia la adoración del Sol, esta fuente resultaba muy lejana y aquel humano primigenio, como tantos otros, cayó en la veneración del fuego.

Desde los primeros tiempos de su existencia como humanos, los andonitas experimentaron un profundo temor por las fuerzas de la Naturaleza. No comprendían el trueno, ni el rayo, ni tampoco el viento o la lluvia. Pero el hambre, verdadero motor de sus vidas, les conduciría finalmente a la adoración de determinados animales. Para Andon y sus hijos, la carne de estas criaturas fue un símbolo de potencia creativa y fertilidad. Y de vez en cuando establecían la costumbre de designar algunos de estos animales como objeto de veneración. En esas épocas, el animal elegido era pintado, casi siempre de forma tosca, en las paredes de las cavernas. Más adelante, al progresar, estos dioses-animales fueron representados con mayor perfección y sensibilidad. Y esos pueblos andánicos aprendieron a renunciar a comer la carne del animal venerado por la tribu. Para crear una impresión más fuerte en el espíritu de los jóvenes, llegaron a establecer toda una serie de ritos y ceremonias en torno a estos animales sagrados. Y más tarde, estas celebraciones primitivas se transformarían en auténticos sacrificios. Éste, ni más ni menos, es el origen de la introducción de sacrificios rituales y cruentos en el culto. La idea fue sostenida, incluso, por Moisés, y conservada por san Pablo bajo la forma de la doctrina de rescate por efusión o derramamiento de sangre.
Sinuhé acudió a los Evangelios y leyó en Hebreos (9, 22):
-Dice Pablo: Por lo demás, según la Ley, casi todo es purificado con la sangre, y sin derramamiento de sangre no hay remisión.
Pero sigamos con los andonitas y ese curioso personaje, Onagar. El alimento, como venía diciéndote, tenía una importancia capital para aquellas gentes. Hoy, quizá, a nosotros nos cuesta comprenderlo. Sin embargo, según la Quinta Revelación, este vital capítulo en las vidas de los primeros humanos llevaría a Onagar (el gran instructor) a la confección de la primera oración de la que se tiene constancia en la Tierra. Dice así: ¡Oh, soplo de Vida! Danos hoy nuestro alimento diario. Líbranos de la maldición del hielo. Sálvanos de nuestros enemigos de los bosques y recíbenos con misericordia en el Gran Más Allá.
-¡La primera oración humana! -musitó Gloria.
-La primera, sí. Pero aquel providencial Onagar llevaría a cabo otras muchas y memorables acciones.

Onagar -prosiguió Sinuhé- tenía su cuartel general en Obar, una colonia situada en la orilla septentrional del antiguo mar Mediterráneo, en lo que hoy es la región del mar Caspio. Era un punto estratégico, en el que la ruta procedente de la Mesopotamia meridional hacia el Norte se cruzaba con los caminos del Oeste, hacia Europa. Y desde allí, Onagar fue enviando educadores a todas las tribus, con la misión de propagar su fe en una Deidad única y en una vida futura que él llamaba el Gran Más Allá. Fueron en realidad los primeros misioneros de IURANCHA. Y gracias también a Onagar, los andonitas empezaron a cocer la carne. La asaban sobre piedras previamente calentadas o en la punta de sus bastones. Esta sana costumbre, sin embargo, terminó por perderse y los descendientes retornaron a la ingestión de Carne cruda y sanguinolenta, con los consiguientes riesgos sanitarios.
Este gran maestro, filósofo y jefe espiritual de la raza andónica, fue el primer artífice de lo que hoy podríamos definir como progreso. Instituyó un gobierno tribal y pionero en la Tierra, organizando a los hombres de acuerdo con auténticas pautas sociales. Y murió a los 69 años, legando a la Humanidad toda una prometedora Edad de oro. La primera de IURANCHA.
Desgraciadamente, tras este florecimiento humano, los nuevos pueblos fueron olvidando las enseñanzas de Onagar, cayendo un progresivo caos, idolatría y bestialidad.
Y relata la Quinta Revelación que, aunque Andon y Fonta y muchos de sus descendientes recibieron sus respectivos ajustadores de pensamiento, fue a partir de Onagar cuando innumerables ajustadores y ángeles guardianes llegaron a la Tierra.
Pero, como te decía, aquella primitiva Humanidad, lejos de progresar tal y como estaba previsto, retrocedió. Y durante casi 500 000 años, hasta el momento en que IURANCHA recibió a su primer príncipe planetario (el nefasto Caligastía), los hombres se extendieron por el mundo, cegados por las más tétricas tinieblas espirituales que podamos imaginar.
Y la Quinta Revelación finaliza esta agitada historia de los gemelos con las siguientes palabras: Andon y Fonta, los admirables fundadores de la raza humana primigenia, recibieron la consagración de su valor en el momento del juicio

de IURANCHA, después de la llegada de Caligastía. Y en el momento conveniente emergieron del mundo de Moroncia o de las Casas, con el estatuto de ciudadanos de Jerusem. Aunque jamás han sido autorizados a regresar a la Tierra, son conocedores de la raza que fundaron, se angustiaron por la traición del príncipe planetario y se entristecieron con el fracaso de Adán y Eva. Pero se regocijaron infinitamente con la noticia de que Micael había escogido su mundo como escenario de su encarnación última.
Andon y Fonta se fusionaron en Jerusem con sus respectivos ajustadores mentales, como también lo hicieron muchos de sus hijos, incluido Sontad. Sin embargo, la mayor parte de sus descendientes, incluso muchos inmediatos, sólo lograron la fusión con el Espíritu. Poco después de su llegada a Jerusem, los gemelos recibieron del Soberano del sistema la autorización para volver al Primer Mundo de Moroncia y, desde allí, servir a los peregrinos ascendentes de IURANCHA. Fueron agregados a esta misión por un tiempo indeterminado. Con ocasión de las presentes revelaciones, Andon y Fonta trataron de hacer llegar sus mejores votos para IURANCHA, pero su petición fue sabiamente declinada.
Éste (concluye la Quinta Revelación) es el capítulo más heroico y apasionante de la historia de IURANCHA: el relato de la lucha por la vida, de la muerte y de la supervivencia eterna de los padres extraordinarios de toda la Humanidad.

Sinuhé había vuelto a mencionar un nombre que intrigaba poderosamente a la hija de la raza azul: Caligastía, el príncipe del planeta IURANCHA. Y preguntó por él.
Su amigo vino a repetirle lo que ya sabía:
-Hay varios momentos en la Quinta Revelación en los que la información se detiene. Y éste es uno de ellos...
Sabemos que el primer príncipe planetario de la Tierra fue el tal Caligastía. Sabemos también que apareció en IURANCHA hace aproximadamente 500 000 años. Es decir, cuando los descendientes de Andon y Fonta habían caído, como te informaba, en una era de tinieblas. Sabemos igualmente que este ser celeste y su Estado Mayor (si me permites la licencia) jugaron un papel decisivo en el resurgimiento de la Humanidad.

Pero algo fracasó. Y ese algo es lo que tú y yo debemos averiguar. Mis informaciones señalan a Lucifer como responsable directo de ese problema o lo que fuera, que tan nefastas repercusiones tuvo y sigue teniendo para el planeta.
Y puedo decirte únicamente que la Quinta Revelación deja entrever que ese fracaso del príncipe de IURANCHA pudo estar relacionado con la rebelión. Pero, si he de ser sincero, todo son especulaciones. La verdad no la sabemos. La verdad está escondida en esos archivos secretos que tenemos que encontrar...
¿Quinientos mil años? ¿Caligastía? ¿Un Estado Mayor celeste? ¿Un fracaso? ¿Lucifer y su motín?
Eran demasiadas interrogantes para la hija de la raza azul e, incluso, para Sinuhé. Pero la irritante situación, en lugar de desmoralizarles, avivó su curiosidad. Sí, era preciso hallar esos malditos archivos secretos y saber qué fue lo que sucedió en esa oscura y remota época de la Humanidad.
-¿Y qué sigue pintando en todo esto -insistió Gloria- la que tú llamas raza azul?
-A eso iba. Según consta en esta documentación secreta, justamente en los tiempos en que Caligastía fue enviado a IURANCHA (hace medio millón de años, como sabes), surgieron en el planeta los primeros individuos de color. Y según la Quinta Revelación, esos seres humanos nacieron del mismo padre y de la misma madre: dos ejemplares de notable inteligencia, asentados entonces en una tribu del noreste de la actual India. Esa familia fue conocida como Sangik. Tuvieron diecinueve hijos: cinco rojos, dos anaranjados, cuatro amarillos, dos verdes, cuatro azules y dos violáceos. Y de éstos arrancarían todas las razas de color conocidas en la Tierra.
Gloria, estupefacta, miró a su amigo con una benevolencia exenta de ironía.
-Lo sé -se adelantó Sinuhé, adivinando el profundo escepticismo de su interlocutora-, sé lo que estás pensando... Pero, déjame que cumpla con la primera parte de mi cometido: informarte de lo que dice textualmente esa revelación...
La extraordinaria mezcla de razas que tuvo lugar en IURANCHA (prosigue el texto) a causa de las migraciones y guerras ha dado lugar a una situación que no resulta fácil de concretar y definir.

Digamos simplemente que las razas anaranjada Y verde han sido prácticamente exterminadas. Que la roja, expulsada de Asia por la amarilla, emigró hacía la actual América por el puente terrestre de Bering. Que las razas de tipo negroide son originarias de la índigo o violácea y que la blanca desciende de aquellos primeros individuos de piel azulada.
-¡La raza azul! -exclamó Gloria. Entonces, no comprendo... Si el hombre blanco actual procede de esa primitiva raza azul, ¿cómo dices que yo soy la hija de la raza azul?
El desconcierto que provocó aquel pasaje en la señora de la Casa Azul era comprensible. Y Sinuhé trató de dejar las cosas en su lugar.
-No te precipites. Hay algo que todavía ignoras...

-Tienes razón en un punto -le mostró el miembro de la Logia secreta-. Yo, un hombre de raza blanca, como tantos y tantos millones en el mundo, probablemente procedo de esa supuesta raza azul de la que habla la Quinta Revelación. Pero tu caso es distinto...
Gloria le fulminó con la mirada.
-¿Qué quieres decir?
-Según informaciones corroboradas por mí y por otros... digamos amigos, de los que no puedo hablarte por ahora, tú, Gloria, eres una de las últimas representantes de otra raza azul. Una raza de la que no te he hablado aún, entre otras razones porque apenas si dispongo de información.
Gloria hizo un mohín que reflejaba su desesperación ante semejante galimatías.
-Hubo, según esto, una raza azul primigenia -continuó Sinuhé con una parsimonia de paquidermo-, nacida de esa familia llamada Sangik, hace unos 500 000 años. Y de esos supuestos cuatro individuos azules, se derivaron los hombres blancos. Pero, mucho tiempo después... Insisto: siempre según la Quinta Revelación...
Aquel enésimo inciso hizo estallar a Gloria:
-¡Por Dios santo! ¿Quieres ir al grano?
-Sí, perdona...
Sinuhé comprendió la lógica impaciencia de su alumna. E intentó no caer en nuevos rodeos ni circunloquios.

-...Muchos años más tarde (no puedo precisarte la fecha), cuando los primeros individuos azules ya habían desaparecido para dar paso a los blancos, IURANCHA vivió otro suceso extraordinario: la llegada de unos seres ajenos a la Humanidad (fíjate bien en esto) de color azul o quizá violeta. Esto último tampoco aparece claro en la Quinta Revelación. Y esos seres, quizá celestes, procrearon nuevos humanos, que también se multiplicaron y extendieron por el globo terráqueo. Y según mis informaciones, tú (precisamente tú) eres la última, o una de las postreras, representante o hija de esa segunda raza azul...
Gloria permaneció en silencio. Apenas si tuvo fuerzas para susurrar.
-¿Yo?... Pero, ¿quiénes eran esos padres de la segunda raza azul?
Sinuhé no respondió.
Gloria sabía que su amigo ocultaba -como casi siempre- mucho más de lo que contaba. E hizo lo imposible por presionarle. Pero el investigador presentaba una faz impenetrable. Sin embargo, en esta ocasión, fue sincero:
-Te engañaría si no te dijera que tengo (o tenemos) una mortificante sospecha de quiénes fueron en realidad esos progenitores de la última y trascendental raza azul... Pero me ha sido terminantemente prohibido que difunda lo que, en verdad, sólo es una presunción. Confía en mí. Ésa, querida amiga, es otra de las razones por la que estoy aquí, contigo: debemos desvelar el misterio que ha rodeado a esos padres de la segunda raza azul.
-¿Por qué? -esgrimió Gloria, intentando que su amigo mordiera el cebo-. ¿Por qué es tan importante saber quiénes fueron esos seres llegados de fuera...?
Sinuhé se limitó a dibujar una interminable sonrisa y la señora de la Casa Azul debió resignarse.

La acelerada instrucción de la hija de la raza azul estaba prácticamente terminada. Y así se lo hizo ver Sinuhé, cerrando su voluminosa y misteriosa fuente de información: la que él denominaba la Quinta Revelación.
-Si no he comprendido mal -recapituló Gloria-, nuestra misión consiste en localizar los archivos secretos de IURANCHA, en

poder de los rebeldes desde que estalló la rebelión de Lucifer. ¿Correcto?
Sinuhé movió la cabeza silenciosa y afirmativamente.
-...Si no me equivoco -prosiguió su compañera, que había recuperado su habitual equilibrio-, en esos archivos está la información completa sobre las causas de esa rebelión, sobre sus consecuencias en la Tierra y sobre la identidad de esos seres que procrearon en IURANCHA la raza azul de la que, según tú, yo formo parte...
-Y olvidas algo. En esos archivos se encuentra también la posible explicación de por qué fracasó Caligastía y de quiénes fueron en verdad Adán y Eva y cuál pudo ser la naturaleza de su histórico error...
-¿Y pretendes que tú y yo -sentenció Gloria con incredulidad- descubramos esos archivos? ¡Estás loco!
-En todo caso -la corrigió con afecto-, ¡maravillosamente locos!
Gloria asintió.
-¿Hay más preguntas? -intervino Sinuhé, por cuya mente rondaba nuevamente la idea de visitar la torre del viejo caserón del Ayuntamiento. Faltaban 48 horas para la luna nueva y el reloj seguía corriendo.
-¿Más preguntas? ¡Miles, diría yo! Pero, de momento, sólo quisiera plantear una... 0 quizá no pase de una simple reflexión...
-Tú dirás...
-Si el nacimiento o siembra de la Vida en nuestro inundo fue obra de los llamados Portadores de Vida, y si estos seres celestes se mueven y actúan según unos planes o patrones perfectamente estudiados, ¿por qué la Humanidad de IURANCHA ha fracasado?
Sinuhé respondió a la dura y directa interrogante con un grave silencio inicial. Después, retornando sus documentos, buscó entre las páginas de la Quinta Revelación.
-Podemos hablar de fracaso... a medias. Y te adelanto que buena parte de ese relativo fallo de los hombres pudo tener sus raíces en otros seres... que no son humanos. Como ves, volvemos a uno de los objetivos de nuestra misión. Pero, ya que has planteado el asunto, déjame que te exponga algunas de las nociones que, en este sentido, dicen haber transmitido los

propios Portadores de Vida y que se encuentran contenidas en estas revelaciones. Para empezar, IURANCHA, como sabes, es un planeta decimal. En consecuencia, sujeto a mayores problemas de indisciplina y alteraciones de lo que parece ser el plan cósmico universal...
-En otras palabras -simplificó Gloria-, que somos conejitos de indias...
-Si la Quinta Revelación es cierta, esa expresión (aunque con cierta base) resultaría, cuando menos, irreverente...
-¡Disculpa! Sabes que no es mi intención... Sinuhé continuó. En el fondo, él también lo había pensado alguna vez. Pero la perspectiva cambiaba cuando uno tenía acceso a aquella parte de la secreta información.
-Hemos visto cómo Andon y Fonta, los gemelos y nuestros primeros padres, surgieron de un tronco que tuvo dos grandes ramificaciones: una regresiva, que dio origen a los monos, y otra progresiva, de la que floreció el ser humano propiamente dicho. Y ese tronco común, según la Quinta Revelación y la ciencia de hoy, pudo estar formado por unos seres homínidos o prehumanos. ¿Quién sabe? Quizá esos Australopithecus cuyos restos han sido hallados en Africa...
Con esto quiero conducirte a una pregunta clave: ¿crees que la súbita aparición de los gemelos en una familia de prehumanos o primates se debió a una casualidad? ¿0 pudo ser fruto de una evolución..., inteligentemente conducida?

La señora de la Casa Azul, tal y como suponía el miembro de la Escuela de la Sabiduría, no se pronunció. ¿Quién podía y quién puede, a la luz de la razón, desentrañar semejante enigma?
Y Sinuhé -después de advertir a su compañera de la dificultad de algunos de los términos que se disponía a desvelarle-, arremetió con la que sería la última Información, antes de la gran partida.
-En relación a lo que ellos (los Portadores de Vida) llaman el supercontrol de la evolución, estos documentos dicen, entre otras cosas, que la vida material evolucionaria (vida anterior a la aparición de la inteligencia propiamente dicha) resulta de una colaboración entre los Maestros Controladores Físicos y del ministerio de Transmisión de Vida, a través de los Siete,

Espíritus Maestros en conjunción con los activos cuidados de los Portadores de Vida responsables. Como consecuencia del funcionamiento coordinado de esta triple actividad creadora, se desarrolla una aptitud físico-orgánica para pensar mecanismos materiales destinados a reaccionar inteligentemente a los estímulos del medio externo y, posteriormente, a los que llegan del propio órgano pensante. Según esto, hay tres niveles de generación y evolución de la vida:

1. El nivel físico-energético, o producción de la aptitud mental.
2. El ministerio de inteligencia de los espíritus agregados, precediendo y preparando la aptitud espiritual.
3. La dotación espiritual de la inteligencia humana, que culmina con la concesión de los ajustadores de pensamiento.

Los niveles no enseñables de reacción maquinal del organismo al entorno constituyen el dominio de los Controladores Físicos. Los Espíritus Mentales Agregados activan y regulan los tipos de inteligencia adaptables o no maquinales (mecanismos de reacción de organismos capaces de aprender por experiencia). Y al igual que los Agregados Espirituales manipulan las potencias de la mente, los Portadores de Vida ejercen un control discrecional considerable en los aspectos ambientales de los procesos evolucionarios, hasta el momento en que aparece la voluntad humana, la aptitud de conocer a Dios y la facultad de escoger adorarle.

Es la actividad integrada de los Portadores de Vida, de los Controladores Físicos y de los Agregados Espirituales la que condiciona el curso de la evolución orgánica en los mundos habitados...

Sinuhé levantó la vista, percibiendo cómo Gloria, obviamente, había vuelto a perder el hilo de aquellas enigmáticas palabras.

-Quizá pueda resumirte todo lo anterior -intervino el investigador- con una frase tan sencilla como trascendental: la evolución, en IURANCHA o en cualquier otro planeta, es siempre premeditada y nunca accidental.

-Eso no les gustará a los científicos y racionalistas -susurró Gloria, divertida.

-No, evidentemente... Pero a ti y a mí nos traen sin cuidado.

-Por lo que veo, tal y como sospechaba, esos curiosos Portadores de Vida -comentó Gloria- han ejercido un papel importantísimo en la siembra de la Vida...
-En la siembra -rectificó Sinuhé- y en algo más... Observa lo que dice a continuación: Estos seres (los Portadores) están dotados de potenciales de metamorfosis de la personalidad. Un poder que pocos órdenes de criaturas celestes poseen...
El investigador hizo una pausa. Y, bajando la voz, confesó a su compañera:
-Si es verdad que algún día llegamos a resucitar en esos Mundos de Moroncia, ¿sabes qué papel o nuevo oficio me complacería más?
La hija de la raza azul conocía bien las peregrinas ideas de su viejo amigo. Así que aguardó cualquier disparate.
-Portador de Vida... Si todo esto fuera cierto, y suponiendo que pueda escoger, me encantaría poder dedicar mi tiempo a la siembra de la Vida por otros mundos...
Gloria no supo si hablaba en serio o en broma.
-Pero sigamos. ¿Qué sucede cuando esos Portadores de Vida se preparan para una nueva siembra, tal y como parece ser que aconteció en IURANCHA?

-Una vez elegido el lugar idóneo para tal siembra, los Portadores (dice la Quinta Revelación) convocan a la llamada Comisión Arcangélica de Transmutación. Este grupo lo integran diez órdenes de personalidades diversas, comprendiendo a los Controladores Físicos y a sus asociados. Preside la Comisión el jefe de los arcángeles, actuando así por orden de Gabriel y con la autorización de los Ancianos de los Días. Cuando estos seres se encuentran en circuito pueden efectuar en los Portadores de Vida modificaciones que les permitirán operar de inmediato en el nivel físico de la electroquímica.
Una vez formulados los arquetipos de vida (fíjate qué importante es esto) -continuó Sinuhé-, y que las organizaciones materiales han sido completadas debidamente, las fuerzas supramateriales implicadas en la propagación de la Vida se activan y la Vida nace: se manifiesta.
En esos momentos, los Portadores de Vida son inmediatamente recolocados en el estado mediano habitual (casi moroncial) de

su personalidad. En ese segundo nivel, los Portadores pueden manipular los elementos vivientes y maniobrar los organismos en evolución, pero, ¡ojo!, ya no pueden crear ni organizar nuevos arquetipos o formas de materia viviente. Pero es más: cuando la evolución orgánica sigue ya un cierto curso y el discernimiento o libre albedrío (de tipo humano) hace su aparición en los organismos más elevados, estos Portadores se ven en la necesidad de salir del planeta o de hacer promesa de renuncia...
Gloria, que seguía escuchando aquel nuevo texto de la Quinta Revelación con gran curiosidad, preguntó:
-¿Y si esos planes evolutivos de los Portadores fallan?
-Pues, en ese caso, la sabiduría de estas personalidades celestes llega a tal extremo que, según tengo entendido, existen otras medidas de corrección. Por ejemplo: unos seres cósmicos llamados...
Sinuhé dudó. ¿Debía pronunciar aquellos nombres, si ni siquiera estaba seguro?
-...unos seres cósmicos llamados Adán y Eva -concluyó al fin.
La señora de la Casa Azul, afortunadamente para Sinuhé, no cayó en la cuenta de lo que acababa de adelantarle. Y éste, rápida y astutamente, aprovechó aquel lapsus de su compañera, enfrascándose de nuevo en el tema de los Portadores de Vida.
-En otras palabras: que estos increíbles seres celestes (los Portadores), una vez terminada su tarea, tienen que comprometerse a no intervenir en la evolución orgánica. Sea cual fuere el resultado.
Si los Portadores no abandonan el mundo (escucha hasta qué extremo existe un control de la Vida) y, como segunda alternativa, deciden hacer voto de renuncia, permaneciendo así en el planeta para aconsejar en el futuro a aquellos que tendrán la misión de proteger a las criaturas recién evolucionadas, se convoca a una comisión de doce miembros, presidida por el jefe de las Estrellas de la Tarde. Estas doce personalidades actúan por encargo del Soberano del sistema en cuestión y con la debida autorización de Gabriel. Y en ese caso, los citados Portadores de Vida son transmutados al tercer nivel o fase de su existencia: el llamado semiespiritual. El Portador de Vida de Nebadon que dio a conocer esta parte de la Quinta Revelación

dice de sí mismo, en este sentido: Yo he actuado siempre en IURANCHA bajo esta tercera fase o forma de existencia, después de la época de Andon y Fonta. Esperamos con satisfacción el momento en que el universo será anclado en la luz de la vida, tal vez un cuarto estado de existencia en el cual seremos totalmente espirituales; pero la técnica por medio de la cual podremos alcanzar este superior y deseable estado o naturaleza nunca nos ha sido revelada.
-¿Tres o cuatro niveles o fases de existencia? -interrogó Gloria, creyendo haber entendido mal.
-Tres estados, sí, para esos Portadores de Vida. Primero: el físico de la electroquímica. Segundo: la fase mediana o casi moroncial, que (dice aquí) sería una materia a caballo entre lo físico y lo espiritual. La materia que constituirá nuestro soporte físico o cuerpo, una vez resucitados... Y tercero, el nivel semiespiritual avanzado, que es el estado en el que se encuentra dicho Portador de Vida en estos momentos. Y aún debe de existir un cuarto nivel o fase... Pero sigamos con nuestra historia: ¿cómo surgió el hombre en la Tierra y cómo actuaron esos Portadores de Vida?

-La historia de la ascensión de los humanos (reza la Quinta Revelación), desde el estado de alga marina hasta el dominio de las creaciones terrestres, no es más que una epopeya de combates biológicos y de supervivencia mental...
-¿Quiénes fueron, concretamente, los primeros y auténticos antepasados del hombre?
-Aunque nos duela, procedemos del barro y del limo (literalmente) depositados en el fondo de los mares interiores y de las lagunas de aguas cálidas y estancadas en las costas de aquéllos. Ahí, según estos datos, establecieron los Portadores las tres implantaciones de Vida, pero, de aquellos tipos primitivos de vegetales marinos que participaron y propiciaron los históricos cambios hasta dar lugar a la vida animal, muy pocos subsisten hoy en día. Las esponjas, por ejemplo, constituyen uno de esos heroicos supervivientes... Los animales monocelulares de tipo primitivo no tardaron en formar colonias, como ocurre con los corales y las familias de la medusa. Más tarde aparecieron, por evolución, las estrellas de mar,

crustáceos, holoturias, erizos, insectos, arácnidos, etc., así como los grupos más próximos a las lombrices y sanguijuelas, seguidas después por los moluscos, ostras, pulpos y caracoles. Centenares de especies surgieron y perecieron. Las que mencionamos (prosigue la Quinta Revelación) son aquellas que sobrevivieron pero que, al igual que la familia de los peces, aparecidas más tarde, representan en la actualidad los tipos de animales estacionarios que no consiguieron progresar...
El escenario se hallaba, pues, preparado para la aparición de los primeros animales vertebrados: los peces. Y de éstos, con el paso de millones de años, se derivaron dos modificaciones excepcionales: la rana y la salamandra...
Sinuhé miró a Gloria y comentó con una punta de ironía:
-Y aquí dice, en definitiva, que el hombre es hombre gracias a la rana. Fue ésta la que, al parecer, como ya vimos, inauguró la larga serie de diferenciaciones que desembocarían en el ser humano propiamente dicho...
-¿La rana? Quién lo diría...
-Sí, según esto, se trata de uno de los más antiguos supervivientes de entre los ancestros de la raza humana.
La hija de la raza azul recordó entonces -quizá por asociación de ideas-, ese antiguo cuento infantil, en el que un príncipe es presa de malignos encantamientos y transformado en sapo o rana y viceversa. Y se preguntó el porqué de la existencia de dicho cuento. ¿Es que en lo más íntimo de los genes humanos late aún algún tipo de información que nos recuerde este remoto pasado?
-La rana -había continuado el investigador- es el único antecesor de la raza humana que sigue vivo sobre el planeta. Todas las especies intermedias entre la rana y el esquimal han desaparecido. Las ranas permitieron el nacimiento de los reptiles (muchas de cuyas familias también se han extinguido) y éstos, a su vez, propiciaron la aparición de las aves y otros órdenes de mamíferos. El más grande hito de toda la evolución prehumana se logró cuando el reptil consiguió volar en forma de pájaro.
En total aparecieron sobre IURANCHA catorce phylum (especie celular madre de una serie de seres que forman una rama zoológica)...

-No son muchos -terció Gloria.
-No, es verdad. Los peces forman el último y ninguna clase nueva se ha desarrollado después de los pájaros y mamíferos. Y te seguirás preguntando cómo fue la manipulación de esos Portadores de Vida para que terminara por arrancar nuestra especie: la humana. Fue a partir de un pequeño y ágil dinosaurio. De un reptil de costumbres carnívoras, pero dotado de un cerebro relativamente importante...
-¿Procedemos de un dinosaurio? -clamó la lija de la raza azul.
-No del todo. Fueron los primeros mamíferos placentarios los que, según estos papeles, nacieron de ese dinosaurio. Y esos mamíferos placentarios (de los que la familia de los canguros es un ejemplo) se desarrollaron vertiginosamente y por caminos bien distintos No sólo dieron lugar a las variedades comunes y conocidas hoy en día, sino también a formas marinas, como el caso de la foca y ballena. También se registraron variantes aéreas, como por ejemplo los murciélagos.
El hombre evolucionó, por tanto, a partir de los mamíferos superiores, derivados principalmente de la implantación llevada a cabo en las áreas occidentales del planeta; sobre todo, en la efectuada en los antiguos mares abrigados y con una orientación Este-Oeste. En cuanto a los grupos oriental y central de organismos vivientes progresaron favorablemente en un principio hacia los niveles prehumanos de existencia animal. Pero, a medida que pasaron las Eras, ese foco oriental de vida fue incapaz de alcanzar un nivel satisfactorio de cara a un posible Estatuto Prehumano de Inteligencia. Sufrió pérdidas irreparables en sus tipos más prometedores y de mayor elevación en su plasma germinativo, de tal forma que acabaron por desaparecer.
Como la cualidad de aptitud mental en desarrollo fue claramente inferior en el grupo oriental, en comparación con los otros grupos, los Portadores de Vida (con el consentimiento de sus superiores) manipularon el medio ambiente de forma que proporcionase ventajas a las tendencias prehumanas inferiores de la vida evolutiva. Y según las apariencias exteriores, la eliminación de los grupos inferiores de criaturas fue accidental. La realidad fue otra: todo estuvo perfectamente premeditado.

En una fecha ulterior al despliegue evolucionario de la inteligencia, los antecesores lemúridos de la especie humana se encontraban mucho más avanzados en América del Norte que en el resto de las regiones. Fue por ello (sigue la Quinta Revelación) que se les indujo a dejar el marco de la implantación de la vida en el Occidente de IURANCHA para pasar por el puente de Bering, a lo largo de la costa, hacia el sudoeste de Asia, tal y como ya conoces. Allí continuaron evolucionando, beneficiándose de ciertas tendencias aportadas por el grupo central de vida. El hombre, pues, evolucionó a partir de ciertas líneas vitales del centro-oeste, pero en las regiones del centro-este del mundo.
Y así llegamos a la Era glaciar: época en la que surge por vez primera una pareja humana: los gemelos Andon y Fonta...
-¿Y por qué justamente en ese momento y no en otro? -preguntó Gloria con su característico sentido práctico.
-Al parecer, los Portadores de Vida fijaron esa Era por una razón básica: los rigores y la severidad climatológica (dice la Quinta Revelación) de esa Era glaciar estaban perfecta y minuciosamente programados para obtener un fin: estimular la producción de un tipo robusto de ser humano, dotado de una prodigiosa aptitud de supervivencia.
Sinuhé contempló a su amiga y se limitó a apostillar:
-Extraño. Muy extraño.

Pero no es menos extraño lo que viene a continuación -afirmó el miembro de la Escuela de la Sabiduría, enlazando con otro capítulo no menos polémico-. El día que esta Quinta Revelación se haga definitiva y oficialmente pública en todo el mundo, no será fácil explicar a los pensadores cómo se produjeron algunos de los aparentemente grotescos sucesos que han rodeado la evolución humana. A despecho de las teorías e hipótesis más de moda, todas esas evoluciones de los seres vivos han seguido un plan preconcebido. Sin embargo (siguen narrando los Portadores de Vida), cuando esos arquetipos vivientes comienzan a funcionar por si mismos, nosotros no tenernos el derecho a intervenir de forma arbitraria en su desarrollo.
-¿Qué quiere decir esa última afirmación?

-Que los Portadores pueden utilizar todos los resortes naturales posibles y todas las circunstancias fortuitas susceptibles de contribuir al progreso evolutivo de la experiencia de vida, pero no les está permitido intervenir mecánicamente en la evolución vegetal o animal, ni tampoco obrar a su antojo en el curso y orientación de la misma.
-¿Y sí aquella famosa rana -repuso Gloria con agudeza- hubiera sufrido un lamentable accidente? Según eso, ¡adiós Humanidad...!
Sinuhé movió la cabeza en señal de desaprobación.
-Nada de eso. El Portador de Vida de Nebadon, residente en IURANCHA y autor de esta parte de la Quinta Revelación, sale precisamente al paso de ese argumento y dice: Vosotros habéis aprendido que los mortales de IURANCHA se desarrollaron por evolución, a partir de una primitiva rana y que esta línea ascendente fue iniciada potencialmente por una única rana que escapó, por poco, a la destrucción. No debernos deducir de ello que la evolución de la Humanidad hubiese quedado detenida por un accidente semejante y en aquel crítico momento...
Sinuhé interrumpió la lectura y rogó a su compañera que meditara sobre el pasaje que estaba a punto de leer.
-En esos tiempos (dice el Portador de Vida), observábamos y cuidábamos, por lo menos, un millar de líneas de vida: mutantes, diferentes y muy alejadas las unas de las otras, que habrían podido ser dirigidas hacia diversos arquetipos de desarrollo prehumano. La rana ancestral en cuestión representaba nuestra tercera selección. Las dos primeras líneas fracasaron, a pesar de todos nuestros esfuerzos por conservarlas.
-Es decir -concluyó la señora-: que todo estaba preestablecido y programado...
-Es increíble hasta qué extremos -añadió Sinuhé con una estela de fatalismo-. Aquí se dice que, incluso la pérdida de los gemelos antes de que hubiesen procreado descendencia no habría podido impedir la evolución humana. Sólo la habría retrasado.
-En otras palabras, que si no partíamos de la rana, lo hubiéramos hecho del cocodrilo o del caballo.

Sinuhé no prestó excesiva importancia a las irónicas frases de Gloria, Y continuó:
-Después de la aparición de Andon y Fonta y antes que los potenciales mutantes humanos de la vida animal fueran agotados, no evolucionaron menos de 7 000 líneas favorables que habrían podido alcanzar un tipo humano de desarrollo. Por lo demás, muchas de estas buenas líneas fueron asimiladas más tarde por las diferentes ramas de la especie humana, en plena expansión.
Se hizo el silencio. Y ambos cruzaron una significativa mirada. Una mirada que quizá hubiera podido traducirse a los siguientes términos:
¿Nacerá en un futuro un nuevo tipo de hombre, partiendo, precisamente, de alguna de esas líneas de animales con capacidad de mutación?
¿Es que la Divinidad y sus intermediarios pueden tener previsto, incluso, la extinción de la raza humana actual y el nacimiento en próximas épocas de un hombre nuevo?

Fue Gloria, una vez más, quien se atrevió a formular en voz alta aquellos pensamientos.
Su amigo, aunque en este aspecto no parecía muy conforme con la Quinta Revelación, hizo un gesto de impotencia y prosiguió la lectura:
-La Humanidad debe resolver sus problemas de desarrollo mortal sobre IURANCHA con la ayuda de los recursos humanos que posee. ¡Ninguna raza nueva -leyó remachando cada palabra- evolucionará en el futuro a partir de fuentes prehumanas! ¿Te das cuenta?... Según esto, no habrá nuevas ni futuras humanidades sobre la Tierra. Somos los últimos...
Esto no descarta (sigue diciendo la Quinta Revelación), de ningún modo, la posibilidad de que el hombre consiga niveles mucho más altos de desarrollo, manteniendo inteligentemente los potenciales evolucionarios que subsisten aún dentro de las razas humanas. Lo que nosotros, los Portadores de Vida, hacemos por conservar y promocionar antes de que aparezca la voluntad humana en esas líneas vivientes, los hombres deben conseguirlo por ellos mismos, una vez que nosotros nos retiramos de toda participación activa en dicha evolución.

En otras palabras -abrevió Sinuhé-, que, a partir de un determinado momento de la existencia humana, el destino del hombre reposa única y exclusivamente en sus propias manos. ...Y la inteligencia científica, tarde o temprano, debe reemplazar el caótico funcionamiento de una selección natural no controlada y de una supervivencia... sumida en el azar.
En la mente de la hija de la raza azul seguían agitándose las preguntas. Una de ellas, a punto de difuminarse entre tantas cuestiones, reapareció en su cerebro, a raíz del comentario del reportero.
-Si no me equivoco, IURANCHA ha sido uno de los últimos mundos de nuestro universo local -expuso- en el que se ha sembrado la Vida.
-Correcto.
-Bien, en ese caso es lógico imaginar que nuestra forma física es similar a la de otros habitantes de millones de planetas...
-Aunque la Quinta Revelación aclara que IURANCHA ha constituido un ensayo (un planeta decimal), en el que los Portadores de Vida efectuaron su tentativa número sesenta para modificar y mejorar la adaptación al sistema de Satania de los arquetipos de vida de Nebadon, es evidente, por supuesto, que somos los humanos los que nos parecemos a los extraterrestres y no ellos a nosotros... Entre otras razones, porque, de ser cierto todo esto, ellos son mucho más viejos o antiguos en el tiempo.
En relación a este tema, los propios Portadores dicen: Está reconocido que hemos realizado numerosos cambios beneficiosos en los tipos estándar de vida. Para ser precisos, hemos elaborado sobre IURANCHA, con resultados satisfactorios, al menos veintiocho particularidades de modificación de la Vida, que serán útiles a todo Nebadon en los tiempos futuros. Sin embargo (y con ello respondo también a tu pregunta), nunca, en ningún planeta, se practica un ensayo de vida que no haya sido previamente estudiado. La evolución de la vida es siempre una técnica progresiva, diferenciada y variable, aunque jamás se utiliza a ciegas, sin control, ni en una dirección experimental que pueda verse súbitamente alterada por lo accidental.
Numerosos rasgos de la vida humana (afirman los Portadores) prueban abundantemente que el fenómeno de la existencia

mortal ha sido inteligentemente concebido y preparado; que la evolución orgánica no es un simple accidente cósmico. Una célula herida es capaz de elaborar ciertas sustancias químicas, por ejemplo, que tienen el poder de estimular y activar las células sanas y vecinas, de manera que éstas segreguen inmediatamente otros productos que facilitan los procesos de curación de la herida. Al mismo tiempo, las células normales e intactas comienzan a proliferar, creando nuevas células, capaces de reemplazar a
las que han sido destruidas.
Esta serie de acciones y reacciones químicas, que promueven en definitiva la curación de las heridas y la reproducción de dichas células, representa la elección (hecha por los Portadores de Vida) de una fórmula que abarca más de cien mil fases y reacciones químicas, con todas sus repercusiones biológicas posibles. Más de medio millón de experiencias científicas fueron efectuadas por los Portadores de Vida en sus laboratorios antes de que adoptasen definitivamente esta fórmula para la experiencia de vida en IURANCHA.
Cuando los sabios de este planeta conozcan estas sustancias químicas curativas, podrán sanar las heridas más eficazmente y, de forma indirecta, controlarán también ciertas enfermedades graves... Después del establecimiento de la vida en IURANCHA, nosotros, los Portadores de Vida, hemos mejorado esta técnica curativa, introduciéndola en otro planeta del sistema de Satania. Y ahora supone un gran alivio contra el dolor, permitiendo que sus habitantes ejerzan un mejor control sobre la capacidad de proliferación de las células normales asociadas...
-Escuchando estos documentos -se lamentó Gloria- parece como si la totalidad del universo viviera en paz, en la belleza y en el progreso. Y nosotros, en cambio, no levantamos cabeza... ¿Por qué? ¿Es que los descendientes de Andon y Fonta hemos cometido algún pecado especial?

Sinuhé atribuyó aquel despiste de su amiga al intenso bombardeo de información de que venía siendo objeto desde hacía días. Lógicamente, su cerebro podía flaquear. Y aunque el miembro de la Logia creía haber respondido ya a estas

cuestiones, recordó a Gloria que IURANCHA era un mundo decimal y, en consecuencia, sometido a múltiples peripecias, entre las que figuraba el riesgo de desórdenes.
-Según dice la Quinta Revelación, el hecho de que la raza andónica apareciese antes que los humanos de color y que éstos, a su vez, nacieran en el planeta de una sola familia, demuestra que vivimos en un astro muy singular... Al parecer, nuestro mundo ha sido el primero del sistema de Satania donde esas seis razas de color fueron descendencia directa de una única familia humana. Lo habitual -prosiguió- debe ser que esas razas surjan en líneas diversificadas y como consecuencia de mutaciones independientes en la rama o tronco animal prehumano. La Quinta Revelación afirma que aparecen una a una y sucesivamente, en el curso de larguísimos períodos, empezando por el hombre rojo. La última raza es casi siempre la índiga, que da lugar al negro. Además, ya te informé de otro factor que hizo fracasar (o frenó, cuando menos) la evolución normal de la humanidad: Caligastía.
La hija de la raza azul fue recordando...
-En opinión de estos Portadores de Vida, lo habitual en un mundo que nace es que lo que podríamos definir corno la voluntad humana no surja y se fortalezca hasta mucho tiempo después de la aparición de esas razas de color...
-Y aquí, en IURANCHA -se adelantó Gloria-, sucedió a la inversa.
-Eso dicen nuestras informaciones.
-¿Fue también un suceso premeditado? Sinuhé respondió con un párrafo textual de la Quinta Revelación:
-Estuvo en nuestra intención (refieren los Portadores) el producir tempranamente una manifestación de la voluntad en la vida evolucionaria de IURANCHA y lo conseguimos.
-Andon y Fonta...
-Sí, querida Gloria. Según esos Portadores, la voluntad humana emerge normalmente cuando las razas de color han progresado. Y, en general, el primero en ostentarla es el tipo superior de hombre rojo.
-¿Los que llamamos despectivamente pieles rojas?
-Así es. Como ves, esta información está repleta de sorpresas.

-No nos desviemos del asunto inicial: Caligastía. ¿Qué puedes añadir?
-Poco, muy poco... Debemos ser nosotros quienes llenemos esa laguna. Sin embargo, observa un significativo detalle: este príncipe planetario no viajó a IURANCHA cuando realmente le correspondía, es decir, hace un millón de años: en el tiempo en que los gemelos desarrollaron su voluntad. Así habría sucedido en un mundo normal. Pero en el nuestro, era y es decimal y Caligastía tomó posesión del mismo con 500 000 años de retraso.
-No logro entenderlo...
-Tampoco yo, aunque existe una posible justificación. La Quinta Revelación adelanta que, al ser IURANCHA un mundo decimal o calificado como modificador de Vida, un acuerdo anterior había previsto una especie de experiencia piloto. Ese plan establecía que, durante un largo período, fueran enviados a la Tierra doce Melchizedeks, en calidad de observadores y consejeros de los Portadores de Vida. Dicha comisión vigilaría la marcha de IURANCHA y de la primera raza humana hasta la posterior llegada del príncipe planetario.
-Durante medio millón de años, según esto, la raza andónica y el planeta en general permanecieron bajo la «custodia» de doce Melchisedeks. Pero, ¿por qué era necesaria la llegada de un príncipe planetario?
-Así lo establece la organización administrativa de los universos. No lo olvides. Esos príncipes, además, parecen tener otras importantísimas funciones.
-¿Por ejemplo?
-Mejorar las razas humanas, tanto desde un punto de vista puramente físico como intelectual y social, siempre de acuerdo con los planes divinos. Pero, como sabes, Caligastía fracasó... Y nosotros, incluso hoy, estamos padeciendo las consecuencias de ese fallo..., o lo que fuera,
-Porque tú no conoces la naturaleza de ese fracaso -insinuó la señora de la Casa Azul, intentando sorprender una vez más a su hermético informante.
-Si lo supiera –razonó con toda lógica-, ¿qué sentido tendría que nos embarcáramos en esa misión? Lo único que sé es que Caligastía y su séquito hicieron algo lo suficientemente grave

como para arruinar el normal proceso evolutivo de nuestra Humanidad.

-Un proceso evolutivo –expresó Gloria con melancolía- desesperadamente lento...
-Supongo que todo depende.
La hija de la raza azul le miró, buscando una explicación a tales palabras.
-Todo depende –aclaró Sinuhé- del concepto que se tenga de ese tiempo.
-Nosotros, al menos, sólo tenemos uno.
-Sí, pero no tiene por qué ser el único. Y no seré yo quién te responda.. Uno de estos Portadores de Vida lo hará en mi lugar. Así escribe, hablando precisamente sobre lo que tú planteas: Si estáis sorprendidos de que sea necesario tanto tiempo para efectuar los cambios evolucionarios en el desarrollo de la Vida, os respondería que nosotros no podemos conseguir que los procesos vayan más de prisa. No tenemos ningún control sobre la evolución geológica. Si las condiciones físicas lo permiten estamos capacitados para completar la evolución total de la vida en mucho menos de ese millón de años que fue necesario para IRAUNCHA. Pero, como sabéis, nos encontramos bajo la jurisdicción de los Dirigentes Supremos de la Isla Eterna del Paraíso, y, allí el tiempo no existe.
La medida del tiempo de un individuo es siempre la duración de su propia vida. Todas las criaturas están así condicionadas por el tiempo y es por ello que consideran la evolución como un proceso interminable. Para aquellos como nosotros, en cambio, en los que la duración de la vida no se halla limitada por una existencia temporal, la evolución no parece una operación tan lenta. En el Paraíso, donde el tiempo no existe, todas estas cosas son presente en el pensamiento de la Infinidad.
Y lo mismo que la evolución de la mente depende del lento desarrollo de las condiciones físicas (que la retrasan), así el progreso espiritual está condicionado a la expansión mental. El retraso intelectual lo frena infaliblemente...
Gloria rogó al investigador que se detuviera un instante.
-¿Quieres, por favor, explicarme esto último?

-En suma, el Portador de Vida quiere significar que la evolución espiritual no depende de la educación, de la cultura o de la sabiduría. El alma puede evolucionar, independientemente de esa cultura, pero no en ausencia de la facultad mental y del deseo de hacer la voluntad del Padre Universal; en otras palabras: de escoger la supervivencia más allá de la muerte física o primera muerte y de buscar una perfección siempre progresiva. Aunque la supervivencia (dicen los Portadores) puede no depender de la posesión del conocimiento y de la sabiduría, el progreso sí necesita de ello.
-Veamos si lo he comprendido. Si el individuo humano siente la necesidad de encontrar a Dios y lucha por ello, su resurrección está asegurada...
La mirada de Sinuhé brilló con una luz especial. Y su compañera supo lo que iba a responder.
-Según la Quinta Revelación, no hubieras podido definirlo mejor. En los laboratorios cósmicos la mente domina siempre a la materia. Y el espíritu se encuentra vinculado a esa mente. Si estas diferentes dotaciones no llegan a sincronizarse y coordinarse pueden registrarse retrasos en esa evolución. Sin embargo, todo eso es circunstancial. La clave está en ese deseo, en esa búsqueda, en esas ansias de descubrir la Verdad. Ni las limitaciones físicas de nuestra humanidad, ni tampoco la perversidad mental, pueden anular esa maravillosa realidad que supone (o supondrá) la realización espiritual de cada ser humano.
La chispa en los ojos de Sinuhé se hizo penetrante como una daga.
-Tú y otros muchos lo sabéis: la Verdad no es otra cosa que una tenaz búsqueda. La Verdad no es en realidad un fin, sino el camino mismo... Y concluiré mis modestas enseñanzas con unas palabras del Portador de Vida de Nebadon, residente en IURANCHA: cuando las condiciones físicas son maduras, pueden tener lugar evoluciones mentales repentinas.
Sinuhé hizo otra breve pausa, intercambiando una mirada de complicidad con la hija de la raza azul.
-Cuando el estatuto de la inteligencia es propicio –prosiguió-, pueden ocurrir transformaciones espirituales... súbitas. Cuando, por último, los valores espirituales reciben la

consideración debida, el humano empieza a discernir y desentrañar las hermosas y profundas realidades cósmicas.
Y Sinuhé cerró definitivamente aquella Quinta Revelación, concluyendo en los siguientes términos:
-Entonces, querida Gloria, sólo entonces, la personalidad aparece progresivamente liberada de las limitaciones del Tiempo y del Espacio.

CAPÍTULO IV

RA: EL DISCO

Los últimos rayos de aquel atardecer cubrieron de bronce la larga y sedosa cabellera de la hija de la raza azul. Sentados frente a frente, Gloria y Sinuhé se observaron en silencio. La primera, profundamente consternada por cuanto había oído en aquellos días y, en especial, ante dos interrogantes que seguían arañando su curiosidad: ¿quién era realmente su amigo? y ¿cómo entender que ella fuera una descendiente de esa raza misteriosa, llegada a la Tierra en tiempos remotos?
Sinuhé, por su parte, no podía alejar la idea de que aquel adiestramiento en torno a la organización administrativa que rige los universos y sobre los primeros tiempos de IURANCHA había sido tan somero como precipitado. ¿Habría asimilado su compañera aquella montaña de nuevos y desconcertantes conceptos? Dado su carácter -rabiosamente meticuloso y racionalista-, el investigador hubiera deseado y necesitado un período de tiempo más prolongado. Pero la suerte estaba echada y el miembro de la Logia lo sabía. La luna nueva no tardaría en producirse y muchas de aquellas dudas -reflexionaba Sinuhé- se verían quizá despejadas. Sólo era cuestión de paciencia.
-¡Muchas felicidades... con retraso, hija de la raza azul!
La voz de Sinuhé sacó a Gloria de sus pensamientos. Y la señora observó cómo su compañero buscaba en los bolsillos de sus pantalones. A los pocos segundos situaba sobre la mesa un pequeño frasco de cristal. Divertido, la animó a abrirlo.

-Es para ti -exclamó, respondiendo así a la mirada de Gloria-. Acéptalo. Ya sé que no es gran cosa, pero es mi regalo de cumpleaños...
La señora de la Casa Azul lo tomó delicadamente, examinándolo con avidez. Al inclinarlo, la arena blanco-cenicienta que contenía rodó y los corpúsculos emitieron unos levísimos destellos.
Gloria, sorprendida, miró a su amigo.
-¿Qué es?
Sinuhé hubiera deseado responder a esta pregunta. Sin embargo, el esperado informe de su Kheri Heb sobre la muestra de la extraña arena recogida en el calvero del bosquecillo que rodea el Ayuntamiento no había llegado. Y dejándose arrastrar por la intuición, quiso que la que iba a ser su compañera en la inminente misión de búsqueda de los archivos de IURANCHA participara así de uno de sus secretos.
-Ábrelo sin miedo -repuso.
Gloria obedeció sin vacilar. Volcó parte del contenido en la palma de su mano izquierda y, tal y como esperaba el investigador, al hacerlo, los corpúsculos se transformaron en cientos o miles de puntos luminosos.
-¡Dios Santo! El inesperado y súbito cambio de los granos de arena en sendos y casi microscópicos reflejos pilló tan desprevenida a la hija de la raza azul que, en un movimiento reflejo, sacudió su mano, dejando caer aquella blanca y luminosa nube sobre la pulida mesa de roble.
-Pero ¿qué es?... -preguntó por segunda vez y con la voz tan descompuesta como el ánimo.
-No sabría explicártelo con exactitud. Sólo sé que puedes considerarlo una especie de anticipo de lo que nos aguarda...
Algo más confiada, la señora volvió a explorar el montoncito de arena. Al caer sobre la tabla de la mesa, los gránulos habían perdido nuevamente su luminosidad. Gloria, al igual que hiciera Sinuhé en el claro del bosque, jugueteó durante un tiempo con su insólito regalo. Tomaba un puñado con sus largos dedos y, vivamente emocionada, lo veía caer con lentitud y convertido en un mágico salto de luz.

-¿Dónde y cómo...? -le interpeló atropelladamente, sin separar la mirada de las diminutas estrellas luminosas-. ¿Quién te lo dio?
Sinuhé se decidió entonces a revelarle su extraño hallazgo en el claro del bosquecillo, así como el primer y desconcertante encuentro con aquella criatura de pequeña estatura y cuerpo transparente.
Al terminar su relato, la hija de la raza azul, entusiasmada, pidió a su amigo que la condujera hasta el calvero. Pero Sinuhé, fiel a las órdenes de su Maestro, rogó a su impulsiva amiga que dominase su inquietud.
-Te prometo -concluyó- que pisarás ese lugar... cuando llegue la luna nueva.

A la mañana siguiente, con el alba, Sinuhé cruzó la plaza de la Lastra, dispuesto a estudiar aquel desconcertante jeroglífico descubierto en el péndulo del reloj. La Casa Azul, como la mayor parte de la aldea, no había despertado aún al luminoso y prometedor día. Y el inquieto investigador, armado con sus cámaras fotográficas, con una brocha y una serie de trapos viejos, empujó el portón de la solitaria casa de Juana, procurando no derramar el gasóleo que había dispuesto para tan concreta ocasión.
Esta segunda visita al caserón del Ayuntamiento de Sotillo fue algo más sosegada. La claridad del día ayudó -y no poco- a que Sinuhé conservase su presencia de ánimo. A pesar de todo, el recuerdo de los sucesos acaecidos aquella agitada noche y la imagen de la monstruosa cabeza pegada al cristal de la torre provocaron en él, mientras ascendía pausadamente, algún que otro sentimiento de inquietud. Esta vez se hallaba solo y ello, de alguna forma, le tranquilizó. En contra de lo que podamos suponer, Sinuhé, el que es solitario, prefería esta situación a la de un posible riesgo o peligro compartidos.
Sin embargo, al empujar la portezuela que permitía el acceso al ático, el periodista no pudo reprimir un escalofrío. Los herrumbrosos goznes protestaron y Sinuhé, inmóvil en el umbral, dedicó unos segundos a una rápida ojeada del destartalado recinto.
Debería haberme hecho con una linterna...

El pensamiento de nuestro hombre se hallaba plenamente justificado. Los chorros de luz que penetraban por los dos ojos de buey practicados en la fachada del edificio -uno a cada lado del camarote donde descansaba la maquinaria del reloj- apenas si quebraban la oscuridad del desván.
El lugar, no obstante, parecía tranquilo. El silencio era absoluto. E impulsado por su curiosidad, avanzó sobre el polvoriento piso de madera, haciéndolo crujir lastimeramente. Su objetivo seguía siendo la puerta situada al fondo del ático. Pero, quizá propiciado por la tenue penumbra o movido por un inconsciente deseo de retrasar en lo posible su inevitable entrada en la torre, el investigador -tras dejar la bolsa de las cámaras y los útiles que transportaba sobre el piso- dirigió sus pasos hacia el oscuro fondo del lugar.
¿Qué buscaba allí? Ni él mismo lo sabía. Quizá alguna pista, un indicio que le ayudara a comprender por qué el nombre de RA aparecía en el disco metálico o, quién sabe, quizá un resto olvidado del momento, en 1907, en que fue instalado el reloj.
Poco a poco, palpando y tanteando, fue abriéndose paso entre los sucios y carcomidos muebles, bidones y casi irreconocibles aperos de labranza allí apilados.
Sí las afirmaciones de Juana eran correctas -pensó-, y aquél era un nido de ratas, lo normal es que, una vez desaparecida la misteriosa criatura que él había visto y que, sin duda, las había espantado, los roedores hubieran vuelto a su hábitat...
Para comprobarlo, la única solución era invadir el territorio y los posibles refugios de tales animales.
Los ojos de Sinuhé no tardaron en acostumbrarse a la oscuridad y sus oídos se afinaron al límite, pendientes del menor roce o chillido.
Siguió avanzando hacia uno de los negros rincones, pero, de pronto, una especie de chasquido le detuvo. Al aguzar los sentidos no pudo evitar que su piel se viera recorrida por un escalofrío. Entornó los ojos, afilando aún más la visión y descubrió a poco más de dos metros un enorme bulto. Al estudiarlo comprendió con cierto alivio que se trataba de un anciano y mugriento sillón, despanzurrado y con mil heridas por las que habían saltado unos amenazantes muelles.

Intentó tranquilizarse, diciéndose a sí mismo que quizá aquel chasquido lo había producido alguno de sus pasos. Pero estos razonamientos no eran muy sólidos...
Tras unos segundos de tensa espera, optó por continuar su avance. Esta vez, directamente hacia el desvencijado butacón. Sin embargo, al dar el segundo paso, algo se interpuso en su camino. Una maraña de densos, pegajosos e invisibles hilos se enredó entre sus cabellos y rostro, haciéndole retroceder. Palmeó desesperadamente, luchando por deshacerse de aquella repugnante tela de araña. Y al cabo de un par de minutos, jadeante y pálido, lograba sacudir los últimos restos.
Inspiró profundamente y, dirigiendo sus brazos hacia la oscuridad, golpeó el aire en busca de posibles restos de otras telas de araña. Y justamente al rasgar uno de aquellos jirones, el corazón del aventurero sufrió un nuevo sobresalto. Un segundo chasquido -esta vez más claro y cercano- le petrificó.

Durante décimas de segundo permaneció inmóvil, con los brazos levantados y sumergidos en la oscuridad. La sangre había empezado a correr por sus arterias a una velocidad inusitada, empujada por una nueva descarga de adrenalina. El miedo, una vez más, había hecho acto de presencia en el esforzado investigador.
De inmediato y movido por un reflejo puramente animal, se llevó los brazos al rostro. Si aquel chasquido había sido producido por una rata, ésta tenía que ser de considerable tamaño y cabía el riesgo de que, si se sentía acorralada, saltase sobre su hipotético enemigo.
Pero, en los siguientes e interminables segundos, nada sucedió. Y Sinuhé, lentamente, fue descubriendo sus ojos. Taladró la negra silueta del butacón en busca del roedor, explorando también su entorno. El resultado fue estéril.
Su cerebro, sometido a una violenta tensión, le decía que aquel chasquido no parecía emitido por una rata. En realidad, se asemejaba más al ruido que hubieran producido dos tablas al chocar una contra otra. Pero, en ese caso, ¿qué o quién lo provocaba?
Procurando no hacer el menor ruido, se inclinó sobre el entarimado, empuñando el astil de lo que, en otro tiempo, debió

ser una azada. Y algo más reconfortado con la posesión de aquella improvisada arma, se dispuso a zanjar aquel angustioso lance.
De puntillas salvó el metro y medio que le separaba del butacón, blandiendo el recio mango de la azada.
Y fue en ese momento, con las rodillas a escasas pulgadas del asiento, cuando sonó un tercer chasquido. Esta vez, Sinuhé se mantuvo firme frente al butacón, con el astil levantado por encima de su cabeza y dispuesto para ser catapultado contra lo primero que se moviera.
El ruido, mucho más nítido que en las ocasiones precedentes, parecía brotar del interior del maltrecho respaldo del sillón. Clavó su mirada en aquel laberinto de brechas por las que asomaban y se derramaban muelles e informes manojos de borra.
Súbitamente, en la oscuridad de una de aquellas profundas hendiduras, el investigador creyó ver algo que le heló la sangre: dos minúsculos puntos luminosos.
Y por su mente desfiló una vertiginosa serie de hipótesis: Eran, sin duda, unos ojos, pero ¿de qué...? ¿Quizá una rata? ¿Tal vez de un gato?...
Su primer impulso fue retroceder y poner el mayor espacio posible de por medio. Pero, por enésima vez, la curiosidad le pudo. Y nerviosamente registró en sus bolsillos hasta dar con el encendedor. Pensó en cambiar el palo de mano, sosteniendo así el mechero con una mayor precisión, pero el instinto de supervivencia fue más fuerte y -muy despacio- comenzó a alargar el brazo izquierdo hacia el negro respaldo. Sujetó el encendedor con todas sus fuerzas, esperando a que el puño alcanzara la parte inferior de la grieta en cuyo interior seguían chispeando aquellos supuestos Ojos. Al mismo tiempo hizo oscilar el astil, procurando concentrarse. Al menor movimiento sospechoso, la improvisada maza caería sobre el hueco del sillón y sobre su posible inquilino.
Con el corazón al galope tendido acarició con la yema de su dedo pulgar izquierdo la rueda dentada del mechero, preparándose para un inminente encendido. Y sin pensarlo dos veces, la hizo girar.
¡Maldición!

El sudoroso dedo había resbalado, provocando únicamente un leve chispazo.
Como movido por un resorte, Sinuhé repitió la maniobra. Y una corta y amarillenta llama hizo su aparición al tercer o cuarto intento. A partir de esa fracción de segundo, todo se precipitó, resultando confuso e irritante.
A la luz del encendedor, Sinuhé, con el rostro a dos cuartas de la hendidura, descubrió, en efecto, dos pequeños puntos blancos, puntiagudos y enterrados en una masa peluda. Al comprender lo que tenía ante sus ojos intentó retroceder. Pero aquella criatura fue más rápida y antes de que el reportero pudiera accionar sus músculos, saltó hacia su rostro.

Un agudo dolor terminó por devolver el sentido a Sinuhé. Palpó primero a su alrededor, comprobando con alarma que se hallaba tendido en el piso del desván, boca arriba y medio aprisionado por un informe castillo de muebles.
¿Qué ha ocurrido?
Antes de que pudiera ordenar sus confusos pensamientos, forcejeó con aquel entramado de sillas y pupitres escolares que habían caído sobre su pecho. Una de las patas se había incrustado entre sus costillas, provocándole un acerado dolor.
Cuando, al fin, logró desembarazarse de los enseres que le inmovilizaban, el maltrecho reportero se incorporó. Su vista tropezó entonces con la figura del butacón y un escalofrío le hizo temblar. En realidad, sólo recordaba parte de lo sucedido.
Sí... el culpable del desastre -intuyó- fue ese maldito murciélago.
Al prender el mechero, en efecto, había asustado al mamífero, que huyó precipitadamente de su guarida, en el interior del sillón. Pero el animal terminaría por estrellarse contra el rostro del no menos aterrorizado miembro de la Escuela de la Sabiduría, entre chasquidos y un aparatoso batir de membranas.
En el cerebro de Sinuhé, grabada a fuego, seguía la imagen de la pequeña y peluda cabeza del murciélago, con sus blancos y puntiagudos colmillos y que, en los primeros momentos, había confundido con unos brillantes y desconocidos ojos.

Después, a consecuencia del impacto y del susto, perdería el equilibrio, cayendo de espaldas sobre los muebles.
A partir de ese momento, todo resultaba oscuro y lejano. Su cabeza, a juzgar por el hilillo de sangre que corría por detrás de la oreja derecha y por el punzante dolor que padecía en la región occipital, debió chocar contra alguno de aquellos viejos enseres, provocándole la pérdida del conocimiento.
¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente?
Consultó su reloj, pero aquellos dígitos -señalando las 08 horas- tampoco aclararon sus dudas. Y preocupado por el insistente dolor en su costado izquierdo, no cayó en la cuenta de otro inexplicable detalle. El periodista había subido al ático poco antes de las 07 horas. Si su catastrófica exploración había sido cosa de cinco o diez minutos, ¿por qué su reloj marcaba las 08 horas? ¿Es que había estado todo ese tiempo inconsciente? ¿0 había ocurrido algo más? Providencialmente, el malparado investigador no se percataría de esta curiosa circunstancia hasta bien entrada la mañana, cuando -empujado por aquellas molestias en su costado- decidió desnudarse y examinar su torso. Pero ésta será otra cuestión a considerar más adelante...
Molesto consigo mismo por sus continuas torpezas, recuperó su equipo y, entre improperios, abrió la portezuela de la torre. La luz entraba a raudales por el ventanuco y, tras echar un vistazo al lugar, dudó entre inspeccionar a fondo la maquinaria y el disco del péndulo o llevar a cabo la serie de fotografías que tenía en mente. Al final, como también era habitual en él, se decidió por una tercera labor: la limpieza del misterioso altorrelieve en el que aparecían el emblema de su Orden y el nombre de RA.
Como digno representante del signo zodiacal Virgo, preparó el recipiente con gasóleo, los trapos y el pincel, situándolos meticulosa y estratégicamente entre los soportes de madera del armazón que soportaba la maquinaria del reloj. El único acceso al péndulo era a través de estas patas y, si el investigador deseaba practicar una concienzuda limpieza del disco metálico, sólo tenía una alternativa: deslizarse bajo el citado bastidor y, sentado o en cuclillas entre los cuatro soportes, proceder a la operación.
Por supuesto, la maquinaria y, consecuentemente, el péndulo seguían inmóviles.

Y no sin dificultad, se arrastró entre las patas. Una vez bajo la maquinaria, presionó con la mano su costado izquierdo buscado alivio a aquel punzante dolor, acrecentado ahora por la brusca flexión. Sin más dilación tomó uno de los trapos, dispuesto a una primera limpieza de aquella espesa capa de polvo, quizá de 77 años, que semiocultaba el enigmático altorrelieve.
Pero, al intentar sujetar el disco con la mano izquierda, ocurrió algo que le dejó perplejo...

-¡Jesucristo!...
El soror de la Escuela de la Sabiduría, acurrucado, casi aprisionado entre los soportes del armazón, no podía creer lo que estaba viendo.
Al acercar su mano al péndulo, los dos «ojos» del altorrelieve se habían iluminado súbitamente.
Sinuhé, hipnotizado, no llegó a tocar el disco. Asustado retiró su mano izquierda. Al hacerlo, aquel fulgor rojizo fue apagándose hasta desaparecer. Y el péndulo recobró su aspecto original.
-¿Estaré soñando?
Pero otra dolorosa punzada terminó por convencerle de que no era así. Aquello, lo que fuera, era absolutamente real.
Un repentino frío le invadió de pies a cabeza. Y con un incipiente temblor en sus dedos, repitió la maniobra. Su mano izquierda fue aproximándose al emblema de la Gran Logia y, prodigiosamente, los ojos fueron cambiando su negruzca tonalidad metálica por aquel resplandor granate.
Sin acertar a comprenderlo, sintió cómo su miedo desaparecía, siendo sustituido por una apacible sensación de bienestar. Y maravillado, se atrevió a tocar el disco.
Pero nada nuevo sucedió. Los ojos siguieron emitiendo aquella viva luz rojiza, que volvió a difuminarse en el momento en que la mano del investigador se separó apenas una pulgada de la superficie del péndulo.
Atónito, no sabía qué hacer. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué tenía que ver con RA y con la misión que estaban a punto de iniciar?
Después de una larga meditación y de comprobar hasta la saciedad cómo parte del altorrelieve se iluminaba cada vez que él tocaba o aproximaba sus manos al péndulo, el investigador se dejó llevar por la intuición. Procedió a desatornillarlo, retirando

el disco de la barra de hierro que lo traspasaba y sujetaba al resto de la maquinaria del reloj.
En ese instante, al liberarlo, el compañero de la hija de la raza azul se vio nuevamente sorprendido: el disco, cuyo peso real no debía ser inferior a uno o dos kilos, ¡flotaba ingrávido entre sus manos!
Sinuhé escapó como pudo de entre las patas del armazón y, desconcertado, empezó a dar cortos y nerviosos paseos a lo largo del reducido camarote, con la vista fija en aquella mágica pieza.
De pronto se detuvo. Y, lenta, muy lentamente, empezó a separar ambas manos de los bordes del disco. La luz roja fue apagándose pero el péndulo siguió flotando en el espacio. Sinuhé retrocedió un par de pasos y, ante su asombro, el disco, como movido por una mano invisible, le siguió dulcemente. Cuando se detuvo, el péndulo hizo otro tanto, manteniéndose ingrávido a la altura de su pecho y con una levísima oscilación.
-¡No es posible!
Sinuhé repitió aquella especie de juego. Siguió caminando de espaldas, hasta topar con el muro de la torre. Y el disco hizo otro tanto. Pero, en lugar de chocar con el tronco del perplejo periodista, quedó inmóvil a escasos centímetros de su Cuerpo, corno si gozara de inteligencia...
Aunque no entendía lo que estaba sucediendo, empezó a sentirse feliz con aquel aparente juego. Y decidió llevar a cabo una nueva prueba. Se deslizó hacia el piso, frotando la espalda contra la pared, hasta quedar sentado. El disco -tal y como suponía- fue descendiendo, casi a la par. Pero, al tocar el suelo, a causa de la nueva postura, Sinuhé recibió otro latigazo. Aquel dolor en las costillas le hizo sospechar que quizá había sufrido una fractura.
Presa de aquella dentellada dolorosa, el rostro del soror se crispó, cerrando los ojos. Pero, a los pocos segundos, la punzada cesó. Fue una desaparición tan repentina que, desconcertado, abrió los párpados, alcanzando a ver lo que -sin duda- tenía que ser la causa de tan brusca y rápida anulación del dolor: del disco, que había modificado su posición habitual, colocándose de canto en el aire, partía un finísimo -casi imperceptible- haz azul. Este hilo luminoso nacía en el centro

geométrico del pequeño ojo, ubicado, como ya detallé, entre la serpiente y la letra mayúscula A.
Aquella especie de láser -cuyo arranque del disco no había sido captado por el investigador, al cerrar éste los ojos- mona justamente en su costado izquierdo. Concretamente, en el punto donde había surgido, y desaparecido, el afilado dolor.
Sinuhé, aterrado, no se movió. Y mentalmente formuló algunas preguntas:
¿Qué o quién eres tú...? ¿Qué quieres de mí?
Pero, al contrario de lo que ocurriera en el calvero del bosque con aquella pequeña y transparente criatura, esta vez no se produjo una respuesta mental... Sin embargo, las interrogantes del miembro de la Logia no iban a ser olvidadas.
E inmediatamente, nada más desaparecer el dolor, el rayo celeste -como si supiera que había cumplido su misión- desapareció. Y lo hizo de una forma tan fulminante que Sinuhé, sobresaltado, cruzó los brazos frente a su cara, protegiéndose.
El péndulo, entonces, recobró su posición inicial, paralelo al suelo. Y allí se mantuvo, a treinta o treinta y cinco escasos centímetros del pecho de nuestro hombre: majestuoso e ingrávido como una pompa de jabón...

Convencido de que aquel extraño compañero no parecía desearle mal alguno, fue bajando la guardia, dedicando algún tiempo a una nueva exploración del mágico disco. El dolor se había extinguido totalmente y, a su manera, el reportero supo ser agradecido. Aproximó sus manos al misterioso objeto y los ojos de éste se iluminaron de inmediato. Y con una simpatía que empezaba a ganar terreno en su espíritu, lo llevó hasta sus labios, besándolo.
No es que pudiera estar muy seguro de nada, pero Sinuhé intuía que aquel hallazgo guardaba una íntima relación con la misión que les había sido encomendada. Sin embargo, un sin fin de dudas seguían aleteando en su mente: ¿Qué sentido tenía la dócil presencia de aquel disco? ¿Cuáles eran sus poderes? ¿Debía conservarlo consigo? Y, sobre todo, ¿quién lo dirigia?
El investigador respondió a esta última cuestión con otra pregunta: ¿Y no será que tiene vida propia?

Sinuhé lo acarició, fascinado ante esta fantástica posibilidad. Y desde ese momento, sin saber tampoco por qué, tomó la firme decisión de no separarse de él. Y como si hubiera percibido sus pensamientos, el disco vibró durante unos segundos, estremeciéndose y estremeciendo a su amo. Y una indescriptible emoción se apoderó del investigador.
A partir de ese instante, Sinuhé se sorprendió a sí mismo hablando con el disco, como si de un íntimo amigo se tratara.
-Habrá que buscarte un nombre -comentó en voz alta.
Y el péndulo reaccionó, haciendo rebosar la ya colmada capacidad de sorpresa de Sinuhé. Nada más finalizar aquel comentario, como si deseara colaborar en la búsqueda de dicho nombre, las letras del disco se iluminaron. Las manos del soror se separaron del objeto y éste siguió estático en el aire, mostrando un refulgente y blanco RA.
-¡Claro! -exclamó sin poder controlar su alegría-. ¿Cómo he podido dudarlo...? ¡Ra!
Al pronunciar el nombre, las letras se apagaron. Y Sinuhé, todavía sentado en el extremo de la torre, se pellizcó el muslo derecho, resistiéndose a creer cuanto estaba presenciando. Pero, nada más separar los dedos de su pierna, Ra -permítame el lector que empiece a llamar así a este personaje singular- emitió un nuevo y fulminante haz de luz, también celeste, que incidió sobre la zona maltratada por el propio investigador. Y el dolor se difuminó al instante.
Sinuhé sintió cómo su rostro enrojecía de vergüenza. Y dirigiéndose a su amigo, improvisó una disculpa:
-Lo siento... No era mi intención, pero tienes que reconocer que esto es de locos...
El hilo de luz había desaparecido y nuestro hombre, después de un largo y embarazoso silencio, decidió continuar con aquel increíble diálogo.
-Algo me dice que tú, Ra, debes acompañamos en la búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA. Pero ¿con qué misión?
El disco continuó inmóvil y silencioso.
-Está bien. ¿Cómo voy a saberlo si ni siquiera sé a qué lugar debemos dirigimos ni qué vamos a encontrar...? Sin embargo -repuso Sinuhé, intentando expresar una súbita idea-, hay algo que sí podríamos aclarar.

Se puso en pie y señalando el olvidado pincel preguntó a Ra:
-¿Puedes levantarlo?
Nada más formular la pregunta, Sinuhé se sintió incómodo. No obstante -se dijo a sí mismo-, es preciso averiguar hasta dónde llega su poder y, sobre todo, si realmente está a nuestro servicio.
Ra osciló ligeramente, situándose en posición vertical. La brocha, al igual que los trapos y el recipiente con el gasóleo, seguían sobre el piso de madera, entre las patas del armazón que sostenía la maquinaria del reloj. Y Sinuhé, perplejo, observó cómo del más pequeño de los ojos escapaba una serie de reducidos círculos o aros de apenas un centímetro de diámetro y de un bellísimo azul celeste. Esta sucesión de aros luminosos se proyectó en línea recta hasta tocar el mango del pincel. Y, corno un milagro, el primero de los circulitos proyectado por Ra rodeó el negro atado de pelos. En ese momento, los veinte o treinta aros que formaban los casi dos metros de aquel brazo mágico se esfumaron. Sólo quedó el círculo que abrazaba el pincel. E instantáneamente, como obedeciendo a una voluntad encerrada en el disco, el aro ascendió desde el entarimado, arrastrando consigo la brocha. Pero, no satisfecho con aquella demostración, Ra atrajo hacia sí aro y pincel, sacándolos limpiamente de entre los soportes del bastidor. Y allí permanecieron, flotando en el aire, a metro y medio del suelo y a dos palmos del boquiabierto Sinuhé.
Repuesto del primer sobresalto, el miembro de la Escuela de la Sabiduría pensó en palpar aquel brillante aro azul. Pero se contuvo.
-¡Ma-ra-vi-llo-so! -deletreó con emoción.
Y una segunda idea apareció en su mente.
-Dime..., ¿quién eres?
Sinuhé apenas si había concluido su nueva pregunta cuando el círculo celeste se diluyó en el aire y el pincel, libre de la fuerza que lo sostenía, se precipitó contra el piso.
El disco giró entonces hacia Sinuhé y, conservando la misma posición -perpendicular al suelo-, procedió a iluminar sus letras.
-Ra... Sí, eso ya lo sé -exclamó con cierta decepción-. Pero ¿quién eres en verdad?

El nombre de Ra continuó brillando por espacio de breves instantes. Finalmente, tras una rápida serie de pulsaciones, la R y la A se oscurecieron.
Y cuando el investigador empezaba a creer que su enigmático amigo había elegido la callada por respuesta, Ra volvió a sorprenderle...

El disco recuperó la horizontalidad y, animado por un suave bamboleo, se dirigió al techo de la torre. Sinuhé siguió sus movimientos con el corazón en un puño. ¿Qué pretendía Ra?
Una vez en lo alto del camarote, el desconcertante camarada efectuó unos cortos desplazamientos -a derecha e izquierda-, como si buscara algo...
Cuando Ra quedó definitivamente inmóvil, Sinuhé bajó los ojos, advirtiendo que el disco se hallaba sobre la vertical de la anciana maquinaria de la que había formado parte durante decenios. E, intrigado, esperó.
El péndulo -la verdad es que no sé si debería seguir denominándolo así- experimentó entonces una de aquellas intensas vibraciones. Y los atónitos ojos del solitario testigo se abrieron al máximo: la totalidad de la superficie que miraba hacia el reloj había empezado a emanar una apretada lluvia de luz... ¡negra!
-¡Jesucristo! -exclamó Sinuhé, maravillado, al tiempo que millares de rayos azabaches partían lenta y majestuosamente de la cara inferior de Ra.
En esos críticos momentos, el soror no reparó en una circunstancia no menos llamativa. Fue más tarde, al regresar a la Casa Azul, cuando -en frío- recordó cómo aquellos rayos se propagaban, no a la velocidad normal de la luz, sino pausada y casi trabajosamente. Y así, centímetro a centímetro, aquella cascada negra fue absorbiendo o anulando la luz natural, sumiendo el cuartucho en unas densas tinieblas.
Sinuhé, influido por la amarga experiencia vivida durante la visita nocturna al caserón, retrocedió, buscando la puerta con su mano izquierda. Pero Ra, que parecía captar hasta el más nimio sentimiento de nuestro protagonista, encendió su pequeño ojo y al momento, el ya familiar rayo azul se destacó entre la luz negra, incidiendo con milimétrica puntería sobre la

mano que palpaba el muro tan afanosamente. Descompuesto, el reportero asistió impotente a la transformación de aquel finísimo láser en otro aro, igualmente azul, que rodeó sus cinco dedos. Y el investigador vio y sintió cómo el luminoso círculo tiraba delicadamente de él en dirección a la maquinaria.
No era menester ser muy despierto para comprender que Ra deseaba que Sinuhé se aproximara. Y éste, por supuesto, cedió. Una vez frente al bastidor, el aro celeste desapareció. Y el asustado investigador notó un cosquilleo breve y superficial en los nudillos y parte de la palma de su mano. Levantó la vista, distinguiendo la negra silueta de su convincente amigo recortada sobre el blanco techo del camarote.
Inexplicablemente, la cara superior de Ra no difundía aquella luz negra, por lo que el citado techo y una delgada lámina situada entre ambos conservaban la claridad natural.
-¿Que pretendes?
La pregunta iba a obtener una inmediata e inimaginable respuesta.
A los pocos minutos, y cuando el soror parecía haber recobrado parte de su diezmado equilibrio emocional, de uno de los ojos de Ra partió un cono de luz blanca, bastante más ancho que los haces anteriores, que iluminó instantáneamente una de las placas atornillada sobre uno de los costados de la casi invisible maquinaria.
Sinuhé, instintivamente, leyó la inscripción:

GREGORIO REVUELTO BENITO
SEPTIEMBRE-8-1907

-¿Y bien...? -interrogó a Ra, levantando el rostro hacia el lugar donde flotaba el disco.
Al momento, del oscuro círculo brotó un nuevo haz -gemelo del anterior- que incidió sobre la segunda y nacarada placa. Y Sinuhé procedió a leer la leyenda grabada en ella:

MOISES DIEZ
PALENCIA

Satisfecho el aparentemente absurdo deseo de Ra, Sinuhé fue testigo de otro prodigio que no olvidará mientras viva...

De pronto, una de las letras de la segunda placa se despegó de su asiento natural, y -ante una inevitable exclamación de asombro de Sinuhé- empezó a elevarse en el interior del cono luminoso, hasta detenerse a la altura de los ojos del investigador. Era la S...
Inmediatamente detrás ascendió la 0 de MOISÉS, que fue a estabilizarse junto a la S.
Sinuhé notó cómo se le secaba la garganta. Pero no tuvo posibilidad alguna de reaccionar. Al momento, una tercera letra -la I ¿ fue a situarse junto a las anteriores.
Con una indescriptible emoción, el periodista -que empezaba a vislumbrar la intención de su amigo- susurró aquella palabra... flotante:
SOI...
-¿Quién, quién...? -le animó con la voz entrecortada. Y mientras aquellas tres letras se mantenían en un ingrávido e inconcebible equilibrio, en el cono que iluminaba la primera placa se produjo otro múltiple desprendimiento. Como en un sueño, una T y una U escaparon de la vieja leyenda, subiendo por la columna luminosa al igual que dos corchos desde el fondo de un lago.
TU...
-Sí, comprendo -estalló Sinuhé-. SOI TU... ¿Qué más?
Con una lentitud desesperante, las tres primeras letras cayeron entonces sobre la placa, ajustándose a la palabra MOISÉS con una precisión matemática. En el otro cono, sin embargo, TU continuaba flotando.
Y súbitamente, una tras otra, cinco de las ocho letras que formaban PALENCIA repitieron la operación, formando un tercer e incompleto concepto:
...ENLAC...
Sinuhé, sin terminar de comprender, repitió aquel término en un tono interrogativo:
-¿ENLAC?...
Pero su duda quedó resuelta al instante. La E de DÍEZ acababa de unirse al resto.

-Sí, sí, lo entiendo: SOI TU ENLACE. ¡Continúa!, ¡continúa! Mi enlace, pero ¿con quién?
Ra, evidentemente, no parecía esclavizado por impaciencia alguna. Y con una calma que a Sinuhé se le antojó irritante hizo retornar a sus lugares de origen a la totalidad de las letras que flotaban en ambos haces de luz. Sólo entonces apareció una nueva palabra. Una palabra que le estremeció:
...MEDIAN...
Y Sinuhé, fascinado por el casi imperceptible e ingrávido vaivén de las espigadas y brillantes letras, memorizó cuanto Ra le había transmitido hasta ese momento:
...SOI TU ENLACE MEDIAN...
Pero, en contra de lo que suponía, el mensaje no había concluido.
La palabra MEDIAN cayó dulcemente sobre la placa, siendo reemplazada segundos más tarde, y en aquel mismo haz de luz, por otras tres letras:
...COM...
Una vez estabilizadas, como en las anteriores ocasiones a poco más de dos cuartas de la Placa, vino a suceder algo inesperado. De Ra partió un tercer rayo luminoso. Era rojizo y sensiblemente más fino. Perforó las tinieblas como una exhalación, yendo a posarse sobre una de las 0 de la placa contigua. Y aquel hilo luminoso se recogió sobre sí mismo, arrastrando en su extremo a la mencionada letra. Y como si fuera manipulado inteligentemente, el haz granate efectuó un movimiento pendular, depositando aquella 0 a continuación de las que flotaban frente a los perplejos ojos del reportero, formando así una nueva palabra: COMO.
Sinuhé movió negativamente la cabeza.
-SOI TU ENLACE MEDIAN COMO... ¡Pero esto no tiene sentido!
Las tres primeras letras de esta última palabra fueron hundiéndose dulcemente, hasta incorporarse a la inscripción. Al mismo tiempo, el láser rojizo -que permanecía inmóvil en la oscuridad y como cortado por una navaja- avanzó hacia la 0. La bañó con su luz y, tras situarse nuevamente sobre la vertical de la placa de la que había extraído dicha letra, avanzó sin prisas hasta hacerla llegar a su puesto original. Después se replegó sobre sí mismo hasta desaparecer en el interior del disco.

Y Sinuhé, casi sin aliento, presenció la que seria la definitiva secuencia de aquella insólita comunicación con su poderoso compañero.
De la primera placa, como un negro enjambre, ascendió un desordenado puñado de letras. Sinuhé sumó hasta ocho. Pero, por más que se esforzó, no pudo descifrar su significado. Y de Ra brotó por segunda vez aquel finísimo haz rojizo. Se paseó sobre la segunda leyenda y, tras apoderarse de otras dos letras, las incorporó al primer grupo.
Y el hermano de la Logia, al borde del desfallecimiento, contempló maravillado cómo las diez nuevas letras oscilaban y chocaban entre sí, hasta componer la sexta palabra de aquel mensaje:
...RESERVISTA...
-SOI TU ENLACE MEDIAN COMO RESERVISTA...
Sinuhé repitió una y otra vez la extraña respuesta de Ra. Pero, abrumado y agotado, sólo pudo encogerse de hombros...

¿SOI TU ENLACE MEDIAN COMO RESERVISTA?
¿Qué demonios significaban aquellas seis palabras? Por cierto -calculó Sinuhé-, otra vez se repite el 6...
Ra, una vez finalizada la transmisión, inició lo que podríamos calificar como la vuelta a la normalidad: las últimas letras retornaron a sus respectivas placas, los haces luminosos se extinguieron y aquella oscuridad artificial empezó a retroceder. Al ser absorbida por el disco, la luz negra fue dejando paso -lenta y gradualmente- a la claridad diurna. En un proceso fantasmagórico, la diáfana luminosidad de aquel 26 de julio fue apareciendo primero a ras del suelo. Después, conforme Ra tiraba de la angustiosa masa negra, el camarote fue haciéndose visible.
Cuando el disco hubo recogido el último racimo de rayos azabaches, Sinuhé, en pie junto al bastidor, trató de adivinar cuál sería el siguiente movimiento de su enlace. Pero Ra no dio señales de vida. Continuó estático sobre su cabeza. Y el investigador, arrastrado por un cada vez más débil sentimiento de incredulidad, acarició las placas. Las letras no habían experimentado cambio o deterioro algunos. Seguían grabadas -enterradas sólidamente- en sus respectivas y blancas

superficies metalizadas. Y éstas, naturalmente, atornilladas a la madera del armazón.
-¿Cómo ha podido...?
Al rozar las yemas de sus dedos sobre las inscripciones, percibió tan sólo un ligero calentamiento de las placas. Entonces, al repasar los nombres y apellidos allí expuestos, se percató de un detalle que le había causado cierta extrañeza. ¿Por qué Ra había escrito en el aire la palabra SOI con i latina? La única explicación medianamente convincente se hallaba quizá en las cincuenta letras y cinco números que integraban ambas leyendas. La y griega no aparecía por ningún sitio... Y Sinuhé se preguntó si aquella falta de ortografía podía deberse a las limitaciones del abecedario manejado por su amigo o -¿quién sabe?- a un significado más arcano y desconocido para él.
...SOI TU ENLACE MEDIAN COMO RESERVISTA...
El periodista levantó el rostro e interrogó a Ra.
-¿Qué has querido decirme? ¿Eres tú una criatura median? ¿Qué significa reservista? ¿Soy yo acaso un reservista...? El disco, sin embargo, no respondió. Ante la creciente desesperación de Sinuhé, Ra parecía sordo y ajeno a sus dudas e, incluso, a su propia presencia.
La Quinta Revelación no hablaba casi de los medianes. Aquél, como ya anunció el miembro de la Orden a la hija de la raza azul, era justamente uno de sus cometidos en la misión de búsqueda de los archivos secretos del planeta: averiguar la naturaleza de estos seres y su papel en la rebelión de Lucifer. Y, de pronto, esta reflexión le hizo recelar.
¿Y si Ra fuera uno de los medianes rebeldes?... ¿Un enemigo, quizá, destacado en nuestro camino por quién sabe qué fuerzas del mal?
Aquella siniestra posibilidad enturbió la mirada de Sinuhé. La figura del disco, ingrávido en lo alto, se le presentó, por primera vez, hosca y amenazante.
¿Por qué guarda silencio?... ¿Es que estoy en lo cierto?
Y presa de un pánico fulminante, empezó a caminar de espaldas, sin separar los ojos del hipotético mensajero o enviado de Lucifer.
Absorto por aquel sentimiento y cegado por el miedo, topó con la portezuela del camarote, que cedió limpiamente. Pero el

investigador, en su intento por huir, no se percató de la inmediata presencia de los peldaños de acceso a la torre, y sus pies -impulsados por la inercia- pasaron vertiginosamente del suelo del camarote al vacío...

Era demasiado tarde para intentar evitar la caída. Al no encontrar terreno bajo sus pies, el cuerpo de Sinuhé se precipitó de espaldas, en dirección al piso del desván, situado a un metro de desnivel. En una fracción de segundo, el infortunado reportero comprendió que podía destrozarse el cuello o la columna vertebral. Pero su error de cálculo había sido tan inesperado y la precipitación escaleras abajo tan rápida que no tuvo ni la oportunidad de gritar.
Instintivamente, cerró los ojos. Y cuando se disponía a recibir el fatal impacto, algo frenó su caída. Fue cuestión de décimas de segundo. El investigador percibió una fuerte sensación de calor en su pecho y, casi simultáneamente, un tirón desgarrador a todo lo largo de su cuerpo. Era como si una invisible y gigantesca mano lo hubiera capturado en el aire...
Abrió los ojos desconcertado y comprendió que se hallaba tumbado, a cosa de un palmo del entarimado del ático. Pero aquella confusa impresión quedó desbordada por otro hecho: flotando en lo alto de las escaleras, a escasos centímetros del dintel de la traicionera portezuela, distinguió a Ra. De su ojo más pequeño partía uno de aquellos ya familiares chorros de círculos azules. Unos aros con un diámetro de un dedo, que caían sobre su tórax, bañando las ropas con una intensa coloración celeste.
A los pocos segundos, Sinuhé era depositado suavemente sobre el piso. Ra hizo desaparecer los círculos que, sin duda, habían contribuido a remediar el desastre y, al momento, el calor de su pecho y aquella especie de irradiación azulada se extinguieron. Sinuhé movió los brazos. Restregó sus ojos y, una vez convencido de que seguía vivo, se incorporó de un salto. El disco no se movió. Y el periodista, avergonzado, bajó los ojos. Un sentimiento imparable -mezcla de agradecimiento hacia Ra y de amargo reproche hacia sí mismo- había empezado a aflorar en su corazón. Y una solitaria lágrima rodó por su mejilla.

Pocas personas han visto llorar a este infatigable reportero, curtido en las mil batallas de su profesión. Sin embargo, aunque a veces pueda dar una imagen de frialdad, los que le conocen saben que -bajo esa coraza- late con fuerza un temperamento altamente emotivo, capaz de vibrar ante el sufrimiento, ante la belleza o, como en este caso, ante un noble rasgo de amor o amistad.
Pero las sorpresas no habían terminado aquella inolvidable mañana.
De pronto, tuvo una extraña sensación. Levantó la vista y vio ante sí -a medio metro escaso de su cara- a su salvador y amigo. Ra flotaba de canto. Su nombre se hallaba iluminado. Y el decaído investigador supo que la aproximación del disco y el brillo de sus letras tenían mucho que ver con un posible y bondadoso gesto de reconciliación y ánimo.
Aquel sentimiento-sospecha se vería confirmado cuando, inesperadamente, sobre el negro y áspero relieve de la cara de Ra surgió algo que Sinuhé, conmovido, identificó con una lágrima...
La minúscula y brillante gota había aparecido por la línea inferior del pequeño ojo y se deslizaba con lentitud entre las rugosidades que formaban el ondulante altorrelieve de la serpiente enroscada entre ambos ojos. Curiosamente, aquella única lágrima derramada por el disco había brotado del ojo situado a la izquierda de lo que podríamos empezar a considerar como la cara de Ra. Y digo que resultaba curioso porque la solitaria lágrima de Sinuhé también había escapado de su ojo izquierdo...
Con un nudo en la garganta, extendió su temblorosa mano hasta tocar la gélida superficie del disco, enjugando la increíble lágrima. Y dibujando una corta sonrisa de amistad, llevó las húmedas yemas de sus dedos a los labios.
Sinuhé no alcanzaría a entender jamás cómo la polvorienta pieza de un anciano reloj podía llegar a cobrar vida y a convertirse en un fiel, mágico e inquebrantable compañero de viaje y de fatigas... Y es que el secreto hermano de la Orden o Logia de la Sabiduría sólo había empezado a descubrir el ilimitado poder de los Cielos...

-¡Por Cristo!... ¡Sabe a sal!
Sinuhé retiró los dedos de sus labios y contempló atónito los restos de la lágrima que había derramado Ra.
Por si aún planeaban las dudas sobre el ánimo del reportero, allí estaba aquella nueva confirmación de la naturaleza del humor vertido por el desconcertante disco. Ya no cabía vacilación alguna: Ra era capaz de sentir y demostrar sentimientos humanos...
-¡Gracias, amigo!
Aquellas dos únicas y rotundas palabras de Sinuhé encontraron una respuesta igualmente directa en su compañero. Ra apagó e iluminó su nombre tres veces, demostrándole así que le había entendido. Y acto seguido recuperó la horizontalidad, moviéndose en dirección a la puerta del camarote. El periodista le siguió intrigado.
-¿Qué intentas decirme?
Ra no tardaría en explicarse. Se situó sobre la negra bolsa de las cámaras fotográficas, proyectando un delgado rayo azul sobre uno de los extremos de la cremallera. Delicadamente, aquel haz luminoso fue abriéndola. Al terminar, el disco disolvió el mágico brazo celeste, siendo reemplazado al momento por otra también familiar proyección de pequeños círculos del mismo color. Estos aritos penetraron en el interior y, al poco, Sinuhé contemplaba estupefacto cómo Ra extraía una de las Nikon. La cámara flotaba en el espacio, misteriosa y perfectamente sujeta
por el último de los círculos azules. El aro en cuestión se había ajustado al diámetro del teleobjetivo corto -un 105- que el reportero había montado días atrás en aquella caja.
Maravillado, comprobó cómo su amigo mantenía la cámara en posición horizontal y abrazada por la zona del anillo de conexión de las lentes. justamente, por el lugar donde él acostumbraba sostener sus cámaras. Sin duda, Ra parecía conocer muy bien las costumbres del reportero...
El disco tomó altura y se dirigió hacia Sinuhé, situando la ingrávida Nikon al alcance de sus manos. Cuando nuestro hombre se hizo con ella, el flujo de círculos se desvaneció y Ra voló entonces hacia el ventanuco de la torre. Tras unos segundos de aparente indecisión, su cara se volvió hacia el

expectante amigo. Y muy despacio fue descendiendo hasta reposar en el estrecho alféizar o comisa interior de la ventana. Ra había quedado inmóvil, en posición vertical, ligeramente inclinado y apoyado contra el cristal y el marco izquierdo del citado ventanuco. En esta posición -y sólo en ésta-, el disco metálico recibía un máximo de luz. Y Sinuhé, esbozando una sonrisa, comprendió los deseos de Ra.
Mucho antes incluso de visitar el caserón por segunda vez, el investigador había pensado fotografiar el enigmático péndulo y los detalles del altorrelieve. Pero aquel intenso y variopinto trasiego de sucesos había terminado por borrar sus primeras intenciones. El disco, ahora, se había encargado de recordárselas.
Y Sinuhé hincó la rodilla izquierda en el entarimado, llevándose la cámara a los ojos. Fue entonces, al hacer girar la rueda del 105 milímetros, buscando el enfoque correcto de la cara de Ra, cuando cayó en la cuenta de otro detalle tan sutil como demostrativo de la inteligencia de su amigo. En la bolsa había en esos momentos dos cámaras: la que Ra acababa de sacar y una Nikkormat, armada con un 24 milímetros; es decir, con un gran angular. Esta última cámara encerraba una película en color, con una sensibilidad de 100 ASA. La Nikon, en cambio, disponía de un film en blanco y negro, de más alta velocidad -400 ASA-, mucho más idóneo que el anterior para un lugar como aquél, con una luz natural relativamente escasa. El periodista, además, odiaba el flash. Pues bien, todas estas circunstancias no habían pasado desapercibidas para Ra, eligiendo la cámara e, incluso, el objetivo más apropiados para el caso. Si Sinuhé deseaba plasmar, sobre todo, los detalles y la configuración del altorrelieve, lo lógico es que hubiera utilizado un tele corto o un macro y no el gran angular. La precisión en la elección de la cámara, por tanto, había sido total...
Y el investigador tembló cuando el 105 abrió ante su ojo la claroscura faz de Ra.
-¡Dios!... ¿Qué es esto?

Al enfocar, Sinuhé quedó estupefacto. Bajó la cámara y clavó la mirada en Ra.
-No puede ser... -murmuró con una creciente confusión.

Al mirar a través del teleobjetivo, la figura de la serpiente había variado. En su lugar, rodeando ambos ojos, aparecía otro altorrelieve: un complejo entramado de gruesas líneas, todo ello igualmente en relieve. ¿Dónde había quedado el retorcido cuerpo de la serpiente?
Sinuhé pensó que su cansancio empezaba a ser preocupante y que todo aquello sólo podía ser fruto de alguna alucinación o deformación óptica.
La mejor prueba -se dijo a sí mismo- es que, al bajar la cámara, he vuelto a ver el rostro de Ra: la serpiente enroscada en ambos círculos...
Y convencido de que quizá había enfocado la superficie del disco incorrectamente, situó de nuevo la cámara frente a sus ojos. Hizo girar el anillo y...
-¡Jesucristo!
Sinuhé, a la vista de lo que aparecía en el 105, no había manipulado el tele defectuosamente ni tampoco había sido víctima de un lapsus mental. La serpiente había desaparecido, transformándose u ocupando su lugar aquel incomprensible grabado.
Sus manos temblaron. Por un instante dudó: ¿bajaba nuevamente la Nikon o disparaba? Inspiró profundamente y, al cabo de unos segundos, cuando estimó que su pulso había recobrado un mínimo de equilibrio, apretó el disparador. El clic le tranquilizó. Bajó la cámara y, tal y como suponía, el amasijo de líneas había sido nueva y misteriosamente sustituido por la serpiente inicial.
-¡Es increíble!
Sinuhé aprovechó la extrema docilidad de su amigo, inmortalizando la superficie del péndulo en una docena larga de imágenes. Y cada vez que miraba a través del teleobjetivo, la cara que él había visto -y que seguiría viendo en el futuro- sufría idénticas deformaciones. (Cuando estas fotografías fueron reveladas después de concluida la misión, Sinuhé comprobaría que aquel cambio había sido real. Hoy constituyen una de las pocas pruebas de que Ra existe...)
Por alguna razón que escapaba al conocimiento del investigador, su singular compañero no deseaba que la película

captara su rostro. ¿0 es que la serpiente enroscada tampoco era su verdadera faz?
Hoy, de regreso ya de aquella fascinante aventura, ni la hija de la raza azul ni Sinuhé han logrado desentrañar semejante incógnita.
Pero intentaré no caer en uno de mis defectos habituales: adelantar acontecimientos...
Cuando el miembro de la Escuela de la Sabiduría consideró satisfecha su curiosidad personal y periodística -que en este trance venían a ser una misma cosa-, devolvió la cámara a la bolsa, permaneciendo con la vista como distraída, esperando un nuevo cambio en el altorrelieve. Pero esa modificación en la serpiente que se deslizaba entre los ojos no se produciría. Y Sinuhé planteó a Ra una cuestión que, a primera vista, no parecía fácil y que venía atormentándole desde que supiera o intuyera que su circular amigo tendría que unirse a ellos en la gran búsqueda.
-Dime, ¿cómo voy a llevarte conmigo?
Sinuhé se estremeció ante la sola idea de que Ra pudiera seguirle por la aldea, volando como un pájaro... Aquella escena hubiera sido sencillamente catastrófica.
Mientras aguardaba una posible respuesta, pensó, incluso, en una drástica y quizá poco delicada solución: envolverlo en una de las toallas que protegían sus cámaras fotográficas y ocultarlo en la bolsa. Pero, como digo, no tardó en desistir de semejante iniciativa, convencido de que no era el tratamiento más correcto para con un amigo...
Y la solución, una vez más, corrió por cuenta de Ra. El disco, que sin duda estaba al corriente de las reflexiones de Sinuhé, abandonó el alféizar del ventanuco, inmovilizándose a metro y medio del piso. El investigador se puso en pie y esperó. ¿Qué se le ocurriría ahora?
Y del pequeño ojo brotó aquel flujo de reducidos círculos celestes. En esta ocasión se dirigieron hacia la mano derecha del reportero. Este experimentó un fino cosquilleo, pero dejó hacer a su amigo. El aro más extremo y en contacto con la mano se había introducido en el dedo anular como si se tratara de un anillo. Y, dulcemente, Ra tiró del miembro. El brazo, hasta ese momento caído a lo largo de cuerpo, quedó entonces

en posición horizontal Sinuhé, aunque intentaba adelantarse y comprender aquella maniobra, terminó por rendirse.
-¿Qué pretendes? -llegó a preguntarle con una incipiente intranquilidad.
Pero Ra parecía cautivado por aquel dedo y, por supuesto, no manifestó respuesta alguna.
La alianza de Sinuhé perdió durante unos segundos su dorado brillo y el reportero llegó a temer por la integridad física de la misma.
Y ocurrió lo inesperado..

De pronto, el disco sufrió una de aquellas características e intensas vibraciones. Todo él se iluminó de un rojo escarlata y, ante la atónita mirada de Sinuhé, que continuaba con el brazo extendido, se desmaterializó. Perplejo, el investigador vio cómo, una décima de segundo después de la súbita desaparición de Ra, el chorro de círculos azules seguía la misma suerte. El dedo anular quedó entonces liberado de la tenue pero firme presión.
-¡Oh!
La exclamación no obedeció únicamente a la increíble cadena de acontecimientos que acababa de presenciar. En su dedo, y en el lugar que había ocupado el aro azul, había aparecido una sortija de centímetro y medio de anchura, toda ella en oro labrado.
Las piernas de Sinuhé temblaron por enésima vez. Y muy despacio fue replegando su mano derecha. No, no se trataba de un sueño. Allí, en su dedo anular, pegado a la alianza, había un sello de un amarillo reluciente, coronado por un delicado relieve cuadrangular.
Al inspeccionar su mano, distinguió en la palma unas microscópicas gotas de sudor. Y su temblor inicial fue incrementándose. Durante varios minutos se sintió incapaz de tocar la misteriosa sortija. Por fin, devorado por el miedo y la curiosidad, pasó uno de sus dedos sobre la figura que remataba el sello.
Pero nada sucedió. La sortija era, o lo parecía al menos, absolutamente normal. Extendió al máximo los dedos de aquella mano y trató de descifrar el significado de la figurilla que ocupaba y decoraba todo el remate superior. Desde un primer

momento, aquella grabación en oro le había resultado familiar. Pero ¿dónde la había visto anteriormente?
Sus pensamientos, sin embargo, se entrecruzaban sin concederle tregua.
-¿Qué ha pasado con Ra?... ¿Por qué ha desaparecido?... ¿0 no ha desaparecido?...
Sinuhé sintió un latigazo en sus entrañas.
-¿Es que ha cambiado de forma, adoptando ahora la de esta sortija?
Como una rotunda respuesta, una oleada de sangre ascendió desde su vientre, multiplicando generosamente el sudor que había brotado por sus poros.
-¿Y por qué no? -murmuró, dispuesto a creer cualquier cosa que procediera de Ra-. Mi pregunta sobre cómo iba a llevarlo conmigo puede que haya sido atendida con la misma concreción... Pero ¿cómo puedo estar seguro?
Y el investigador, ingenuamente, aguardó alguna señal. Sin embargo, la hermosa sortija -suponiendo que, en efecto, se tratara del péndulo- no parecía captar sus requerimientos. Así que, un tanto decepcionado, se aproximó a la luz que entraba a raudales por el ventanuco, dispuesto a explorar el sello con todo detenimiento. La figura del relieve representaba un extraño ser, de cabeza cuadrada y provisto de dos enormes ojos. Pero Sinuhé no alcanzó a distinguir ni nariz ni boca en aquel rostro. Y levantando la mirada hacia el cristal recordó de pronto la monstruosa cabeza que descubriera días atrás en aquella misma ventana, también desprovista de nariz y labios. Un estremecimiento le recorrió la columna vertebral.
¿Por qué esta nueva coincidencia?, se preguntó.
El ser en cuestión aparecía agarrado a las jambas de una especie de puerta. A excepción de aquella «cara» cuadrada, el resto de su cuerpo se hallaba oculto bajo un atuendo o protección difícil de describir. Sinuhé hubiera jurado que se trataba de una coraza flamígera. Pero, dadas las reducidas dimensiones -formando un cuadrado de un centímetro de lado-, formular cualquier hipótesis resultaba arriesgado. No obstante, el cerebro del investigador seguía pujando por recordar.
¿Dónde he visto esta figura...? ¿Dónde...?

Finalmente se decidió a poner en práctica algo que venía deseando desde un principio pero que, a causa del miedo inicial, había ido demorando. Tomó el sello con dos dedos y procedió a retirarlo de su mano. En ese instante, cuando la sortija terminó de deslizarse por el dedo anular derecho, un súbito fogonazo le dejó medio ciego.
-¡Oh, Dios...!

Fue tan súbito que Sinuhé soltó el anillo, cegado por la inesperada y silenciosa explosión luminosa.
-¡Dios mío...!
El reportero se llevó ambas manos a los ojos, buscando la recuperación de su visión. Pero los temores de Sinuhé eran infundados. Aunque el fogonazo, efectivamente, había sobrecargado de luz sus pupilas, al bajar las manos, sus ojos -algo irritados- percibieron sin embargo su entorno con normalidad.
Suspiró aliviado. Miró al suelo, pensando que quizá la sortija se hallaba sobre el entarimado, pero, por más que buscó, del sello no había rastro alguno.
Y, de pronto, experimentó una conocida sensación, No sabría cómo definirlo, pero algo o alguien se hallaba a su espalda, observándole. Se trataba de un sentimiento o de una sensación muy frecuente y que muchas personas han vivido alguna vez.
Al volverse, pasada la primera sorpresa, Sinuhé no pudo por menos que sonreír. En el centro de la habitación flotaba Ra, negro y majestuoso como siempre. Y las sospechas del investigador se vieron así confirmadas: su «amigo», con el fin de acompañarle sin levantar suspicacias, se había transformado en sortija y ésta, al ser retirada del dedo, había recuperado su primigenia y habitual forma...
-Está bien -comentó Sinuhé aproximándose al disco y levantando su brazo derecho-, lo he comprendido... Puedes volver al dedo, si no te importa... Debemos regresar junto a la hija de la raza azul.
Ra entonces repitió su emisión de círculos celestes, desintegrándose y reincorporándose en forma de sortija al dedo anular.

A pesar de todo, el soror se estremeció. No era fácil acostumbrarse a tantas y tan vertiginosas emociones y, mucho menos, a llevar en su mano a un ser vivo y casi omnipotente... Pero, tras acariciar el anillo, optó por olvidarse de todo aquello. Y cargando con el equipo fotográfico y los útiles que había tomado prestados, salió del caserón.

Un sol cálido, rodando ya hacia el cenit, le saludó al pisar el blanco y tosco adoquinado de la plaza de la Lastra. Y Sinuhé, agradecido, levantó el rostro, dejando que su piel se cargara de energía.

¿Quién podría creerme? -meditó, cerrando los párpados- ...Aunque, en el fondo, ¿qué importa eso?... ¿Es que la vida no es en realidad una fantasía y la más prodigiosa de las aventuras?

El resto de aquella inolvidable jornada discurrió en paz. Gloria no hizo demasiadas preguntas, aunque, al verle, supo que su amigo y hermano guardaba un nuevo secreto en su corazón. Sinuhé, indeciso y preocupado, dejó pasar las horas. Durante el almuerzo y el apacible paseo que cerró aquel 26 de julio estuvo tentado de confesar a su compañera cuanto había visto y vivido en el ático y camarote. Pero, cada vez que tomaba la decisión de hablar, de Ra partía una clara y espesa oleada de calor que inundaba y llegaba casi a adormecer su mano derecha. El primer aviso de su camuflado amigo le pilló tan de improviso que a punto estuvo de traicionarse a sí mismo. Al sentirlo, levantó involuntariamente la mano, dejando escapar una seca interjección. Gloria le miró desconcertada y Sinuhé se las vio y se las deseó para justificar tan inexplicable gesto. Pero, afortunadamente, la hija de la raza azul no reparó en la sortija. Los problemas, sin embargo, no habían terminado.

Esa noche, al retirarse a su habitación, el hermano de la Logia secreta recibiría otra sorpresa...

Fue al desnudarse. Aunque, al cruzar ante la fuente de Diana Cazadora -a su regreso a la Casa Azul-, Sinuhé, meticuloso como siempre, había procurado borrar de su cuello aquel hilillo de sangre seca, ocasionado por el infortunado golpe que le había dejado inconsciente, pensó que lo más prudente era tomar una

relajante ducha. De esta forma eliminaría todo posible rastro de la herida y, de paso, templaría sus castigados nervios.
Al descubrir el torso, el periodista -que tenía prácticamente olvidada aquella punzada en su costado izquierdo- quedó perplejo. Al mirarse fugazmente en el espejo distinguió una pequeña mancha a la altura de sus costillas. En una primera y agitada exploración la asoció con una equimosis o moradura, consecuencia -pensó- del impacto de una de las patas de las sillas que habían caído sobre su cuerpo. Pero, al acercarse a la luz, su desconcierto no tuvo límites: aquello no podía ser un vulgar cardenal...
¡Son círculos!
Nerviosamente pasó sus dedos sobre la supuesta moradura, comprobando que aquellos tres azulados círculos concéntricos no se borraban. Frotó con mayor fuerza e insistencia pero lo único que logró fue enrojecer el costado. Probó incluso con agua y jabón, pero fue inútil. Aquella señal -la de Micael, la misma que había visto en el despacho de su Kheri Heb y en los seis árboles del bosque- no sufrió deformación alguna.
Sinuhé, desconcertado, dejó caer la esponja, retrocediendo. Se contempló de nuevo en el espejo y un tornado de hipótesis, contrahipótesis y recelos se apoderó de él.
-¿Qué es esto?... ¿Qué significa?... Pero ¿cuándo...?
Con grandes dificultades, retrocedió en el tiempo, intentando reconstruir las escenas vívidas en el vicio caserón.
-En algún momento tuvo que suceder -se repetía obsesivamente-. Pero ¿cuándo?
Sinuhé recordó el murciélago y su torpe caída. Y, entre sombras, le vino a la mente su vuelta a la consciencia y aquel agudo dolor, exactamente en el punto donde ahora había descubierto los tres círculos. Sin embargo, la posibilidad de que uno de los muebles fuera el causante de aquel emblema fue descartada al momento.
Había, sí, algo que no parecía lógico: ¿cómo era posible que hubiera permanecido una hora sin conocimiento? ¿Qué había sucedido en todo ese tiempo?...
Esta hipótesis, no obstante resultar sospechosa, fue derrotada y olvidada temporalmente ante una nueva vivencia: Ra...
Sí, ha tenido que ser él.

Y recordó entonces aquella última punzada, cuando se hallaba sentado en el piso del camarote, y la fulminante intervención del disco, proyectando uno de sus haces luminosos sobre la zona dolorida. Pero, aceptando esta posibilidad, ¿qué objetivo tenía marcarle con el emblema o escudo de Micael? ¿0 no se trataba de una mera señal?
Como ya insinué en su momento, el hermano de la Orden de la Sabiduría tendría que pasar al otro lado para conocer la verdad sobre cómo y por qué le habían sido implantados aquellos tres círculos entre la quinta y sexta costillas..., y tan cerca del corazón. Él no podía saberlo entonces, pero yo sí puedo anunciar al lector que guardaba una estrecha relación con el papel de los reservistas.

El cansancio pudo más y, tras una breve ducha, decidió acostarse. Su descanso, sin embargo, se vio minado e interrumpido por una sucesión de angustiosas pesadillas. Y mucho antes del alba terminaría por saltar del lecho.
Mientras aguardaba a Gloria, intentó descifrar el ensueño que mejor recordaba y que le había llenado de espanto. En aquella pesadilla -que se repetiría vanas veces-, se veía a si mismo al pie de una extraña torre y en mitad de una oscuridad rojiza. A su alrededor, cientos -quizá miles- de seres de pequeña estatura y voluminosos cráneos se iban aproximando con sus brazos extendidos y en actitud amenazante.
Eran criaturas semejantes a las que había visto en el claro del bosque y al otro lado del cristal del ventanuco de la torre. De eso estaba seguro. Pero, a diferencia de este ser, los de la pesadilla no lucían en sus pechos aquellos tres círculos azules y concéntricos. En el centro de sus tórax, igualmente transparentes, Sinuhé creyó distinguir otro emblema o símbolo: un círculo negro, con otro más pequeño y rojo en el interior.
Las enormes cabezas, al igual que la de la criatura que le había espiado en la torre, sólo disponían de ojos: oscuros, redondos, muy reducidos y circunvalados o cercados por una especie de callosidad que sobresalía vanos centímetros en la terrorífica faz.
Y aquella multitud seguía aproximándose y aproximándose...
Pero, cuando los cientos de dedos estaban a punto de caer sobre él, la pesadilla se esfumaba y el reportero era sacudido en su

cama, siendo despertado violentamente. Sudoroso y jadeante, luchaba entonces por encontrar y accionar el interruptor de la luz. Aquellos segundos, sumido en las tinieblas de la habitación y en las brumas de la semiinconsciencia, resultaban especialmente agrios...

Por supuesto, cuando, al fin, daba con el maldito interruptor, su desencajado rostro recorría hasta el último rincón del aposento, en busca de quién sabe qué criaturas. Sin embargo, el lugar parecía en calma. Y con el corazón descompuesto, apagaba nuevamente la luz, deslizándose entre las sábanas hasta que éstas cubrían, incluso, su nariz. Y durante interminables minutos, sus ojos escrutaban la oscuridad, pendientes de cualquier sombra. Sólo aquellas personas que sientan ese afilado e indescriptible miedo a las tinieblas y a la posible aparición de seres terroríficos en la soledad de su habitación pueden entender el sufrimiento de nuestro hombre durante aquella noche...

Estos sobresaltos, como digo, se repitieron una y otra vez hasta que incapaz de controlar las pesadillas y el pánico, cortó la situación, bajando a la primera planta de la Casa Azul.

Poco consuelo encontró en sus autoexplicaciones.

Si esas pesadillas -razonaba para sí mientras intentaba plasmar el dibujo-robot de aquellas criaturas- sólo han sido eso, pesadillas, ¿por qué en sus pechos veía un emblema tan distinto al de Micael?... ¿Quiénes eran? ¿Serán puras imaginaciones mías?... Sí, eso debe ser.

¡Qué equivocado estaba Sinuhé...! Hubo un tiempo en el que estudió los llamados sueños premonitorios. Él sabía, en consecuencia, que esta clase de fascinaciones del inconsciente revela a veces lo que va a suceder...

Pero sigamos el orden de los acontecimientos.

Para cuando la hija de la raza azul bajó a desayunar, Sinuhé había relegado el asunto de las pesadillas. Era otro el problema que le ocupaba y preocupaba. La luna nueva tendría lugar al día siguiente, 28 de julio y, como siempre, a pesar de su meticulosidad y pasión por el orden, el investigador había dejado para el último día un detalle que, aunque prosaico, no admitía mayores demoras: ¿en qué momento exacto de ese sábado se registraría la entrada en el novilunio?

La precisión en este caso -así lo entendía-, resultaba crucial. Si el momento del inicio de la misión -como rezaba el telegrama de su Kheri Heb- debía llegar con la luna nueva, era imprescindible conocer la hora y, si fuera posible, hasta el minuto exactos. Pero ¿cómo despejar la incógnita?
Sinuhé no disponía de las tablas astronómicas, y en la Casa Azul, según le manifestó Gloria, sería difícil encontrar una pista. Tratando de no perder los nervios, hizo un inventarlo de las personas a las que podía consultar telefónicamente.
Si todo fallase -meditó al tiempo que acariciaba la sortija-, supongo que Ra podría sacarnos del atolladero...
Pero esta vez no fue necesaria la intervención de su enlace.
Al marcar el número del observatorio del Ebro, en Roquetas, su buen y paciente amigo, el padre Cardús, director del centro, accedió gustoso a resolver la desconcertante petición del investigador. A las pocas horas, la respuesta sonaba clara y precisa al otro lado del hilo telefónico:
-Mi querido amigo -le expuso el jesuita-, la luna nueva se producirá a las 11 horas y 51 minutos, tiempo universal.
Al colgar, Sinuhé no pudo disimular su extrañeza.
-¿Qué sucede? -le interrogó Gloria, consciente de que algo raro e imprevisto había provocado aquella sombra en el rostro de su compañero.

-No entiendo -murmuró finalmente, señalando a Gloria la hora prevista para el novilunio de aquel mes de julio.
La hija de la raza azul leyó en silencio las anotaciones y, levantando el rostro del papel, le dio a entender que no alcanzaba a comprender la razón de su preocupación.
-Puede que no tenga mayor importancia -repuso-, pero esa hora, más las dos de adelanto, significan que la luna nueva empezará casi a las dos de la tarde...
-¿Y bien?
Sinuhé miró a la señora y, tras unos instantes de duda, exclamó en un tono conciliador y como deseando olvidar el asunto:
-No, nada... Verás, no sé por qué, pero siempre creí que nuestra misión arrancaría en plena noche... Evidentemente, no es así.

-Evidentemente -remachó Gloria con una sonrisa-. Y te diré algo: te preocupas demasiado. Deja volar los acontecimientos. Espéralos... No sabemos adónde vamos, qué nos aguarda, ni cómo hallar esos archivos secretos... No te atormentes. Quizá todo sea mucho más sencillo de lo que suponemos.
-0 más difícil -musitó, recordando de pronto sus pesadillas.
Pero Gloria apenas si concedió atención a esta última y premonitoria reflexión del miembro de la Logia de la Sabiduría. Ante el desconcierto de su compañero, la hija de la raza azul parecía más interesada en otro tipo de negocio. Durante el resto de la jornada, Sinuhé la vio ir y venir, pendiente tan sólo de la indumentaria y del equipaje que debían presentar...
Sólo al anochecer, cuando Sinuhé comprobó que aquella preocupación iba en seno, rogó a su inquieta amiga que le escuchase:
-No se trata -le dijo con ternura- de un viaje como quizá imaginas...
Gloria le miró sin acabar de comprender. No es que Sinuhé supiera tampoco cómo o de qué manera iba a desarrollarse la misión, pero intuía que para la ejecución de aquella gran aventura sobraba con la buena disposición de ambos y, naturalmente, con la permanente presencia de Ra.
Y en esta firme creencia llegó la fecha señalada...

Ni Gloria ni Sinuhé fueron capaces de dormir. Aquella noche, víspera del encuentro con lo desconocido, el nerviosismo se apoderó de ambos. Mientras la hija de la raza azul comprobaba con desesperación cómo las enseñanzas recibidas parecían haberse borrado de su mente, el investigador, desvelado, invirtió la mayor parte del tiempo en frenéticos paseos a lo largo de su dormitorio, sumido en cavilaciones tales como, por ejemplo, si debía cargar con su equipo fotográfico o dejar escrita una carta a su familia...
Con las primeras luces de aquel imborrable 28 de julio de 1984, uno y otra -agotados- se presentaron casi simultáneamente en el salón, persuadidos de que lo mejor era no pensar y dejarse llevar por los acontecimientos. Y tras un frugal desayuno -dispuestos ya para la misión- salieron al jardín. Gloria había elegido finalmente una cómoda y larga túnica azul, de generosas

mangas y bolsillos. Sinuhé, sin la menor preocupación por su atuendo, apareció con unos vaqueros gastados y descoloridos y una veraniega camisa, también celeste. En su mano derecha, por supuesto, seguía brillando la dorada sortija...
Mientras la hija de la raza azul procuraba llenar aquellas tensas horas, previas a la aproximación al bosque, con la lectura o el cuidado de sus flores, su compañero se enfrascó en una minuciosa revisión y limpieza de las cámaras fotográficas. En contra de los razonamientos que él mismo había expuesto a la señora de la Casa Azul en la jornada anterior, en el sentido de que no deberían cargar equipaje alguno, su instinto periodístico le empujaba a no deshacerse, al menos, del equipo gráfico. Si la misión de búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA prometía ser tan intensa y delicada como él creía, lo lógico era que intentara hacerse con un máximo de pruebas documentales. Sinuhé confundía la naturaleza de la misión. Pero pronto descubriría que, en esa búsqueda, lo lógico iba a ser precisamente lo ilógico...
A las 10 horas consultó su reloj. El cielo presentaba una transparencia ilimitada, con un sol cada vez más severo. Al dirigir su mirada hacia el bosquecillo que rodeaba el Ayuntamiento, nada parecía fuera de lo normal y rutinario. Inquietas bandadas de golondrinas y vencejos seguían haciendo oscuros quiebros sobre las copas de los chopos, mientras las apacibles gentes del lugar atendían sin prisas sus quehaceres. Y aquella hiriente duda -nacida a raíz del conocimiento de la hora de la luna nueva- vino a embarullar los pensamientos de Sinuhé.
¿Cómo es posible que estemos a punto de embarcarnos en semejante trasiego y que, sin embargo, todo aparezca tan tranquilo?
Estas apreciaciones, no obstante, no iban a resultar exactas. Por lo menos, en lo que a Gloria y a Sinuhé se refería...
Hacia las 13.30 horas, cuando la pareja se disponía ya a abandonar la Casa Azul en dirección al bosque, ocurrió algo que a punto estuvo de arruinar sus proyectos.
Desconcertado, Sinuhé vio cómo José María, el alcalde de Sotillo, cruzaba la cancela del patio y, con su media sonrisa, se

aproximaba hasta la sombrilla bajo la que el reportero se afanaba en el ajuste de las cámaras.
Y con un hola, qué tal, tomó asiento junto al forastero. En un movimiento reflejo, Sinuhé observó los dígitos de su reloj. Balbuceó otro saludo y buscó a Gloria con la mirada. Pero la señora, atareada en la revisión de un semillero, no se había percatado aún de la inesperada visita de su vecino.
-He pensado -expuso el alcalde después de uno de sus característicos y prolongados silencios- que, si os parece bien, hoy es el día ideal para enseñarte la fábrica de miel...
-¿Cómo...?
Sinuhé recordó entonces cómo en diferentes oportunidades había pedido a José María que le permitiera acompañarle a los colmenares existentes en las proximidades de la aldea, así como recorrer la fábrica en cuestión, una de las mejores de Europa en su especialidad. Pero, por una u otra razón, aquellas visitas siempre habían quedado postergadas.
-Tienes mala cara -repuso el alcalde-. Te decía que esta mañana dispongo de tiempo para mostrarte la fábrica..
-¡Ah!... Bien, pero... es que...
Sinuhé se revolvió nerviosamente en el veraniego sillón de mimbre, suplicando a los cielos que Gloria hiciera acto de presencia. Y la hija de la raza azul, como si hubiera captado la señal de socorro, no tardó en aparecer. Traía un fresco y luminoso manojo de enormes margaritas. Se sentó frente a Sinuhé y, al conocer el motivo de la presencia de José María, cruzó una significativa mirada con el periodista. Gloria percibió al momento el delicado problema pero, lejos de intervenir, continuó silenciosa. Depositó el ramo de flores silvestres sobre la mesa y se entretuvo en escoger una de las más hermosas. Sinuhé, pálido, sólo acertaba a mirar su reloj.
13 horas y 45 minutos.
Y a punto estaba de rechazar la amable invitación y arrastrar a Gloria hacia el bosquecillo cuando la señora tuvo una iniciativa mucho más prudente. Colocó la margarita elegida entre sus rubios cabellos y con una serenidad que le dejó perplejo, preguntó a Sinuhé:
-¿Te parece bien así?...

Y antes de que su confuso amigo pudiera pronunciar una sola palabra, añadió:
-Cuando quieras podemos hacer esas fotos. Estoy dispuesta. E inmediatamente, dirigiéndose al alcalde, le rogó que los disculpara.
-Es cosa de cinco o diez minutos -le aclaró, sugiriéndole que no se moviera de allí.
José María, que conocía las aficiones fotográficas de Sinuhé, no se inmutó y con un lacónico está bien, los vio desaparecer hacia el bosque mientras él se servía una humeante taza de café.
Eran las 13 horas y 47 minutos. Faltaban únicamente cuatro para que diera comienzo la deseada y, al mismo tiempo, temida luna nueva.

...13.50 horas.
Sin aliento, y más pendiente de¡ reloj que de su compañera, Sinuhé abordó al fin el calvero. Soltó la pesada bolsa negra de las cámaras y, angustiado por lo inminente de la hora, se recostó contra el tronco de uno de los seis árboles marcados con los círculos concéntricos. La hija de la raza azul, jadeante también por la loca carrera hasta el bosquecillo, intentó recuperar el resuello.
Algo aturdida por tan precipitada huida de la Casa Azul, Gloria necesitó algunos segundos para comprender que se hallaba, justamente, en el claro del que le había hablado Sinuhé. Y los latidos de su corazón se precipitaron al descubrir en las cortezas de los árboles aquellos tres símbolos.
-¡Recuerda la señal de Micael! -murmuró con un hilo de voz. Y señalando los círculos grabados en los troncos, interrogó a su amigo con la mirada.
-Sí -repuso el miembro de la Orden de la Sabiduría-, este debe ser el lugar. Ésta es la señal de Micael (su bandera) y Ra hará descender con la luna nueva a su Mensajero Solitario... ¿Lo recuerdas?
Gloria asintió en silencio. Y ambos, movidos por los mismos pensamientos, levantaron el rostro hacia el purísimo cielo que se recortaba entre las copas de los árboles.
...13.51 horas.

Ni nuestros expectantes protagonistas ni tampoco el Consejo Supremo de los Kheri Hebs de la Orden de la Sabiduría podían imaginar lo que -justamente en aquellos instantes: a las 13 horas y 51 minutos del 28 de julio- estaba sucediendo a miles de kilómetros de aquel bosquecillo perdido e insignificante, en la remota aldea soriana de Sotillo.

Unas veinticuatro horas antes del comienzo de la luna nueva, los astrofísicos del conocido radiotelescopio de Arecibo, en la isla de Puerto Rico, experimentaron una nueva conmoción. Aquel astro intruso que venían siguiendo y que el 27 de enero, como recordará el lector, había cruzado la órbita de Plutón, se había detenido.

Harold D. Craft, director de operaciones, y su compañero Rolf B. Dyce, no se habían despegado desde entonces de la sala de control de datos. Para los científicos, la inmovilización de Ra-6 666 no tenía explicación lógica alguna. A no ser, claro, que fuera dirigido inteligentemente. Pero esta cada vez más abrumadora realidad no podía ser asimilada fácilmente por sus mentes racionalistas. Y sólo Craft y Dyce -en posesión de parte del secreto del astro- se mantuvieron fríos y serenos.

Los ordenadores del radiotelescopio fijaban las coordenadas galácticas y la distancia de Ra-6 666 en 3 horas y 44 minutos o en 29,6937 unidades astronómicas. Es decir, prácticamente en idéntica posición a la calculada por los observatorios del mundo en las fechas de su ingreso en el sistema solar: a unos 4 454 millones de kilómetros del Sol. Y a esa impresionante distancia, como digo, había frenado su amenazadora carrera.

Desde esos críticos momentos, todos los astrónomos que participaban en el seguimiento habían orientado sus telescopios hacia aquella zona del espacio y, perplejos y maravillados, tuvieron que inclinarse ante la evidencia y reconocer que algo muy extraño ocurría en las fronteras de nuestro sistema. Pero aquella perplejidad alcanzaría límites rayanos en la locura cuando, a las 11 horas y 51 minutos (tiempo universal) de aquel 28 de julio -las 13.51, hora local en España-, uno de los astrofísicos de Monte Palomar, Gerry Neugebauier, pendiente del astro intruso, detectó unos potentes fogonazos en las inmediaciones del mismo.

Cuando, pocas horas más tarde, Gerry reveló las placas fotográficas y chequeó los tiempos impresos en los negativos obtenidos con el telescopio Schmidt de 48 pulgadas, no supo a qué atenerse. El primer fogonazo, registrado en plena línea ecuatorial de Ra 6 666, había tenido una duración de 0,0000000001 (1-10) segundos. Los dígitos de la placa fijaban dicha explosión luminosa -tan espectacular como la de una supernova- en las 13 horas y 51 minutos (hora local de España). A este inexplicable fogonazo le habían seguido otros 36, siempre en el mismo punto del astro y con unos períodos o tiempos de brillo tan infinitesimales como el primero. Aquella cadena de estallidos se había producido con intervalos exactos de un minuto entre fogonazo y fogonazo.
Y Neugebauer, absolutamente desconcertado, se apresuró a transmitir la información entre sus colegas. Pero nadie, obviamente, pudo desvelar el misterio de las 37 fugaces y grandiosas explosiones de luz que, aparentemente, habían partido de Ra-6 666. Tampoco Harold Craft y su secreto hermano de Logia en el radiotelescopio llegaron a intuir siquiera la enorme trascendencia de dicha secuencia. Sólo algún tiempo después -cuando Sinuhé pudo informar sobre su fascinante misión-, el Consejo Supremo de la Escuela de la Sabiduría estuvo en condiciones de desentrañarla.
Por supuesto, como ya habrá adivinado el lector, esos 37 fogonazos -especialmente el primero- guardaban una estrechísima relación con la presencia de Sinuhé y de la hija de la raza azul en el bosque de Sotillo, con los Mensajeros Solitarios, capaces de desplazarse por los universos a cinco millones de veces la velocidad de la luz, y con los 37 mundos del sistema de Satania que habían secundado la rebelión de Lucifer...

y Sinuhé hubieran conocido en aquellos cruciales momentos las informaciones que habían empezado a manejar los astrofísicos norteamericanos y el registro, al menos, el primer fogonazo, habrían comprendido más rápidamente la naturaleza del personaje y de los sucesos que estaban a punto de materializarse sobre el calvero. Pero quizá fue mejor así...

A las 13 horas y 51 minutos, Sinuhé consultó su reloj. Miró a su compañera y, prácticamente, no tuvo tiempo para nada más. A partir de ese instante, el bosque y la aldea cayeron bajo el influjo de un silencio bien conocido ya por el investigador. El gorjeo de los pájaros y el subterráneo zumbido de los insectos fueron acuchillados de improviso. Y aquella losa -más que silencio- aplastó hasta el lujurioso brillo de las hojas de los árboles y, naturalmente, los ánimos de nuestros cada vez más intranquilos protagonistas.

Simultáneamente a la aparición de aquel silencio, y procedente del fondo del bosque, Gloria y Sinuhé descubrieron con temor una opaca niebla, que avanzaba hacia ellos desde todos los puntos cardinales, ocultando a su paso troncos y maleza bajo enormes y campanudas volutas lechosas. La hija de la raza azul, temerosa, se refugió tras Sinuhé. Éste, sin acertar a reaccionar, se limitó a escrutar el reducido círculo de cielo, visible desde el centro del claro.

Pero no pudo distinguir el primitivo paño celeste que había visto recortado poco antes entre las copas de los chopos. En su lugar aparecía también la oscilante niebla, enredada en el follaje y cayendo hacia ellos como un presagio.

-¡Dios mío!... ¿Qué es esto?

Fueron las únicas y vacilantes palabras que Gloria fue capaz de expresar antes de que la niebla, cada vez más rápida, abordase el calvero, devorando a la pareja. El reportero apretó con fuerza la casi desmayada mano de la hija de la raza azul, luchando por no perder la calma y, al mismo tiempo, por intentar descubrir en algún punto de la espesa y blanquecina masa cualquier silueta o bulto sospechosos. Con creciente pavor, sin embargo, comprendió que la densidad de aquella misteriosa niebla era tal que apenas si lograba visualizar a su amiga... Y un escalofrío estremeció su espalda.

Al borde del desfallecimiento, Gloria y el investigador asistieron entonces a un suceso que vino a trocar el miedo por un oportuno sentimiento de esperanza. Al menos, en Sinuhé...

Era inútil. Los esfuerzos de Sinuhé por obtener una respuesta racional a la súbita aparición de aquella niebla no encontraban eco. Era consciente de que el día se había presentado luminoso

y transparente. ¿A qué obedecía entonces aquel empeoramiento meteorológico? Por otra parte, el repentino silencio y el casi inteligente avance de la niebla, rodeándolos, no eran normales ni propios de ningún tipo de nubes bajas o cerrazón.

Pero algo igualmente misterioso iba a disipar, como digo, parte de ese miedo. Hasta ese momento, el periodista no había caído en la cuenta de que aquélla era la primera vez -desde que Ra adoptara la forma de sortija- que su mano derecha estrechaba la de la hija de la raza azul. Y cuando el pánico empezaba a hacerse insostenible, de entre aquellas manos fuertemente entrelazadas brotó una luz rojiza y parpadeante. Al principio se limitó a envolver ambas manos, pulsando y creciendo hasta alcanzar el volumen de un balón de fútbol. Y las referidas extremidades desaparecieron de la vista de los desconcertados humanos. Gloria, incapaz de sostener aquella tensión emocional, trató de zafarse, pero Sinuhé, que supo al momento quién provocaba aquella burbuja escarlata, la retuvo, seguro de que su oculto amigo pretendía algo.

Y fue en esos dramáticos instantes cuando, tanto Gloria como su compañero, percibieron otro fenómeno que -en un principio- sólo añadió confusión a la confusión. Al intentar hablar y comunicarse, ninguno de los dos consiguió articular palabra. Podían mover los labios, sí, pero -aunque sus pensamientos no parecían afectados- el sonido final no llegaba a sus oídos.

La burbuja rojiza, tras un breve lapso de tiempo en el que pulsó y se mantuvo con un diámetro constante, empezó a crecer y a expandirse entre la niebla, tiñendo el calvero y a nuestros personajes de un fantasmagónico resplandor carmesí.

Al momento, el suelo del bosque se estremeció. Ésa, al menos, fue la sensación de ambos. Durante uno 0 dos segundos, los pies de Gloria y Sinuhé captaron una vibración que vino a cesar al tiempo que -atónitos- observaban cómo la arena del claro tomaba vida. Los millones de gránulos que alfombraban el mencionado calvero despegaron y, flotando con lentitud, fueron ascendiendo, convertidos en una prodigiosa y rutilante nevada de luz..., al revés.

La hija de la raza azul, mucho más sorprendida que Sinuhé, apretó con más fuerza la mano de su amigo. Y éste, que había venido notando en su carne las aristas del anillo mágico, tuvo la

clara sensación de que Ra no estaba ya en su dedo anular. Pero, conmocionado por la luz rojiza y pendiente de la inmensa columna de puntos luminosos que se elevaba hacia las copas de los árboles, no intentó siquiera comprobarlo.
Miles de aquellas partículas chispeantes habían quedado prendidas en sus vestidos, cabellos y rostros, proporcionándoles un aspecto refulgente.
Y ambos supieron que algo estremecedor y sublime a un mismo tiempo estaba a punto de suceder...

De pronto, Sinuhé escuchó la voz de su amiga. Sus labios se movían, en efecto, pero aquellas palabras -si es que se las puede llamar así- no procedían de su garganta. Sin embargo habían penetrado limpiamente en el cerebro del investigador...
-¡Mira hacia arriba!...
Sinuhé obedeció y sus ojos casi saltaron de las órbitas.
Sobre sus cabezas, en el centro de aquella cascada ascendente, había empezado a formarse una figura.
Miles, cientos de miles de aquellos ingrávidos y vivísimos puntos de luz, al alcanzar una altitud de unos tres metros, frenaban su rectilínea ascensión, agrupándose de tal forma que -en segundos-, Gloria y Sinuhé estuvieron en condiciones de distinguir lo que parecía una cabeza.
Muchos de los corpúsculos que se elevaban también desde el perímetro del calvero, al llegar a la altura de aquella figura en formación, variaban su trayectoria, yendo a fundirse -a gran velocidad- con los millones de hermanos que seguían modelando aquel gigantesco cuerpo.
A la cabeza le siguieron unos largos y musculosos brazos, así como un ancho tórax. Sumergidos en la luz escarlata y bañados por aquella pertinaz lluvia ascendente, nuestros protagonistas fueron testigos finalmente de la aparición de unas atléticas piernas.
Gloria hizo ademán de retroceder, pero Sinuhé no lo consintió.
Y el miedo inicial fue desapareciendo misteriosamente. A pesar de su impresionante aspecto, aquel ser de tres metros de altura emanaba una cálida sensación de paz. Todo él había quedado integrado por millones de gránulos de luz que seguían pulsando individualmente, transformando su cuerpo en una

sobrecogedora ascua luminosa. Los cabellos -de un blanco compacto- caían sobre los hombros, dejando al descubierto un rostro de ojos rasgados y perfiles tallados a cincel. En el centro del pecho, Sinuhé identificó el emblema de Micael. Y, en cierto modo, aquello contribuyó a tranquilizar su espíritu.

Un ancho cinturón parecía fajarle, realzando aún más su musculosa complexión. En el centro del mismo, los corpúsculos luminosos se habían agrupado, formando una estrella de David. Las piernas -que no hubieran podido ser abarcadas por las manos de un hombre- se hallaban enfundadas en algo similar a nuestros pantalones, aunque muy ajustados y formando parte, sin duda, de un uniforme o atuendo de una sola pieza. Los pies, sin embargo, aunque evidentemente posados en la chispeante arena del calvero, apenas si podían distinguirse. Miríadas de aquellos gránulos de luz seguían brotando del suelo, ocultándolos. Una capa, formada por millones de puntos refulgentes, flotaba mecida por un viento dulce e inexistente.

Antes de que pudieran salir de su asombro, Gloria y Sinuhé vieron cómo el fornido brazo derecho de aquella criatura se levantaba en señal inequívoca de saludo. Y al instante, una voz grave retumbó en sus cerebros.

-La paz de Micael, nuestro Soberano y Creador, sea con vosotros, hijos de IURANCHA...

Los ojos achinados del ser centuplicaron su luminosidad. Y una larga y tranquilizadora sonrisa se dibujó en aquella faz casi marmórea. Ninguno de los dos atónitos humanos percibió movimiento alguno en sus labios. Sin embargo, una vez en el otro lado, tanto Sinuhé como la hija de la raza azul supieron que habían recibido idéntico mensaje.

-Mi nombre -continuó sonando aquella voz- es Agurno, Mensajero Solitario procedente de Ra y enviado por los Muy Altos de la constelación...

Sinuhé, maravillado, hubiera deseado corresponder al saludo y, desde luego, formular algunas preguntas. Pero, por más que lo procuró, ni sus brazos ni la lengua le obedecieron. Sencillamente, como en el caso de su compañera, se hallaba paralizado.

Y en esos instantes, ambos tuvieron clara conciencia de que su enigmática misión acababa de empezar.

-Como iuranchianos, habéis sido designados para rescatar primero los archivos secretos de vuestro mundo evolucionario, sustraídos por la iniquidad del príncipe planetario Caligastía y de sus seguidores...
Como en un sueño, Gloria y su compañero acogieron las palabras de aquel enviado celeste -uno de los que forman la Orden de los Mensajeros Solitarios, capaces de desplazarse a más de cinco millones de veces la velocidad de la luz- y, como un tesoro, las guardaron en sus corazones.
-Sabed que semejante empeño no resultará fácil. Guardaos de Belzebú, caudillo de los medianes rebeldes estacionados en IURANCHA desde la rebelión del Maligno. Guardaos de su iniquidad y estad prevenidos porque no habrá tregua para vosotros...
Al oír aquellas advertencias, Gloria y Sinuhé se estremecieron.
-Pero no desfallezcáis. Sabed también que, aunque ninguno de los siervos de Micael puede sustituiros en esta misión, otros medianes leales al Padre Universal estarán prestos a socorreros en caso necesario...
¿Belzebú?... ¿Medianes rebeldes y leales?... ¿Qué significaba todo aquello? Y la inquietud volvió a instalarse en los ánimos de los atónitos iuranchianos.
-Buscad a Solonia -prosiguió Agurno en aquel tono entrañable pero firme-, el serafín que guardó el jardín de Edén. Su espada os será necesaria. Ahora os dejo con el ojo de Ra. Él os acompañará.
Sinuhé, a diferencia de la hija de la raza azul, sí sabía en esta ocasión a quién se refería el Mensajero Solitario. Sin embargo, de ese otro personaje -Solonia- no conocía nada en absoluto. ¿Quién podía ser? Él recordaba aquel remoto pasaje del Génesis, en el que se cuenta cómo un ángel con una espada flameante guardó las puertas del Paraíso. ¿Se trataba del mismo ser? ¿Y por qué su espada iba a resultarles necesaria?
-Como en los otros 36 mundos evolucionarios de Satania, sumidos en el aislamiento desde la rebelión del Maligno, los Ancianos de los Días han concedido a IURANCHA el derecho a asistir al inminente juicio de Lucifer. Pero antes, id y descubrid la Verdad por vosotros mismos...

Y el gigantesco mensajero levantó de nuevo su brazo derecho, despidiéndose:
-Que la paz de Micael, el Hijo del Paraíso, sea con vosotros. Y tú, hija de la raza azul, dispónte a recibir tu verdadero nombre...

Al concluir su mensaje, los millones de puntos luminosos que daban forma a Agurno fueron perdiendo brillo, hasta apagarse por completo. Y aunque legiones de aquellos gránulos resplandecientes continuaban elevándose desde toda la superficie del calvero, al igual que chispeantes y mágicas burbujas, los que se habían reunido para conformar la poderosa figura del Mensajero Solitario resultaron disueltos ahora en un proceso fulminante. Para ser precisos, no toda la indescifrable constitución corporal del enviado quedó aniquilada. Entre la bruma rojiza y los rutilantes granos, siempre en ascenso hacia quién sabe dónde, Gloria y Sinuhé observaron cómo los rasgados ojos seguían fijos en el mismo lugar. La intensa luz blanca que fluía de ellos no se había extinguido. Muy al contrario, empezó a propagarse, perforando la niebla como los brazos de un faro marino. Y cada uno de aquellos cilindros luminosos fue a bañar a Sinuhé y a la hija de la raza azul. Era como si a la informe masa grana de la bruma que les envolvía le hubieran salido -de pronto- unos ojos infernales...
Los haces, sin embargo, desaparecieron nada más inundar los cuerpos de la pareja. Y al momento, ambos recuperaron la capacidad de movimiento.
Al sentirse libre, Gloria se precipitó hacia su amigo, refugiándose tras sus espaldas.
Y aquellos ojos, inmóviles a tres metros del suelo, fueron haciéndose más pequeños, modificando su primitivo y almendrado perfil por otro circular. Sinuhé asistió entonces a una metamorfosis que terminaría por llenarle de alegría.
Uno de los ojos -el situado a la derecha- aumentó casi instantáneamente de diámetro. El otro, en cambio, no experimentó modificación alguna. Y al momento, recortándose entre la niebla, surgió la negra silueta del disco.

-¡Ra! -Sinuhé gritó aquel nombre con todas sus fuerzas. Y aunque su voz no podía ser escuchada, el péndulo correspondió al saludo, apagando sus ojos e iluminando las letras de su cara.
-Ra..., ¡por Dios! -inquirió el investigador- ¿Qué es todo esto? ¿Quién es Solonia? ¿Qué debemos hacer?
Pero el disco, con su proverbial indiferencia, parecía pendiente de otro asunto. Y lentamente se desplazó hasta situarse sobre las cabezas de la confusa pareja. A su paso, la niebla se agitó nerviosamente, doblegándose.
Al instante, de los ojos de Ra surgieron los familiares chorros de círculos celestes que fueron a abrazar las manos de la hija de la raza azul. Y con extrema delicadeza, cada uno de los flujos luminosos fue separando dichas manos de los hombros de Sinuhé. Gloria, aterrorizada, pidió ayuda a su amigo. Pero éste, consciente de que Ra no les causaría el menor daño, trató de apaciguar su pánico.
-No temas. Se llama Ra y es un viejo amigo...
Gloria, al filo del paroxismo, levantó el rostro hacia aquella cosa discoidal y, en un arrebato, intentó bajar los brazos y liberarse de los etéreos aros azules. Pero, a pesar de sus convulsiones, las manos -invisiblemente maniatadas por unos círculos que ni siquiera rozaban su piel- no llegaron a moverse.
Ra, sin prisa, dejó que la hija de la raza azul se agitara hasta el agotamiento. Sus brazos luminosos, impasibles ante la excitación de la mujer, no cedieron un ápice. Y Sinuhé, sin poder comprender las intenciones del disco, sólo acertó a pedir calma a su compañera.

Cuando, al fin, la hija de la raza azul cedió en su inútil empeño por librarse de la sólida sujeción de los anillos de Ra, éste, pausadamente -como si no deseara lastimar sus muñecas-, hizo girar los círculos celestes que rodeaban las manos. Y ambas palmas quedaron unidas y mirando hacia el disco, que seguía estático a poco más de un metro sobre sus cabezas y semioculto entre la bruma rojiza.
Aquella nueva posición de las manos de Gloria -de ofrecimiento o quizá esperando recoger algo-, hizo recordar a su compañero la última comunicación de Agurno: ...Y tú, hija de la raza azul, dispónte a recibir tu verdadero nombre.

¿Qué intentaba Ra? ¿Es que Gloria tenía otro nombre?
Sinuhé acertaría esta vez. De pronto, sobre las palmas temblorosas de Gloria se hizo una luz vivísima, tan intensa que ambos tuvieron que cerrar los ojos.
El miembro de la Logia secreta fue el primero en abrirlos de nuevo. Y lo que vio le llenó de asombro. Aquella especie de nubecilla radiante había desaparecido y, en su lugar, a escasos centímetros sobre las palmas, los círculos azules proyectados por Ra sostenían una magnífica corona... ¿0 no era una corona?
Sinuhé, maravillado, concentró su vista en aquello, descubriendo que, en efecto, se trataba de algo parecido a una corona pero formada por letras... Unos caracteres relativamente grandes -de unos cinco centímetros de altura cada uno- y construidos o fabricados en un metal dorado y sin mácula.
Tímidamente, la hija de la raza azul fue despegando sus párpados y, aunque semiabiertos, sus ojos no tardaron en distinguir el purísimo color oro de las letras que sustentaba el amigo de Sinuhé.
Igualmente perpleja y al sentirse libre de los anillos, Gloria bajó los brazos. Pero, desobedeciendo su primer impulso -el de huir-, permaneció frente a la corona, cautivada por el enigma de aquellas letras. Al leerlas, algo en lo más íntimo de su ser se tambaleó.
-Sí, no cabe duda -manifestó Sinuhé, dirigiéndose a su amiga-. Éste tiene que ser el nombre del que habló Agurno... Tu verdadero nombre.
Gloria desvió su mirada hacia Ra y, por último, buscó alguna explicación en el rostro de Sinuhé.
-¿Mi verdadero nombre? -exclamó al fin, con incredulidad-. ¿Quieres decir que éste es mi nombre... cósmico?
Su compañero asintió con la cabeza. Ambos, desde mucho tiempo atrás, tenían conocimiento de que sus nombres y los usados por todos los seres humanos durante su estancia carnal en el mundo no son los auténticos. El verdadero -que recibe en todas las escuelas esotéricas la designación de nombre cósmico- es generalmente ignorado por los hombres y mujeres. Y tanto Gloria como Sinuhé sabían también que los pocos que llegan a recibirlo en vida son seres altamente responsables y con un profundo nivel de evolución espiritual. Entre otras razones,

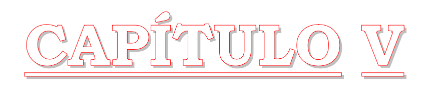
porque esos nombres cósmicos podrían ser utilizados como armas...
Pero, sin querer, estoy apuntando hechos que llegarán más adelante.

...NIETIHW...
Sinuhé, al hallarse frente a la hija de la raza azul, fue el primero en leer aquellas misteriosas letras que formaban la corona.
-¿Nietihw?... ¿Y qué significa?
El investigador levantó los ojos hacia Ra, esperando alguna explicación. Pero el disco siguió ignorando a su impaciente amigo.
Gloria, al contemplar las letras por detrás, tuvo más dificultades para leerlas. Y al oír en su cerebro la voz de Sinuhé, pronunciando aquel extraño nombre, olvidó momentáneamente la incómoda lectura de los caracteres metálicos, preguntando a su vez:
-¿Cómo has dicho?
-Nietihw -repitió su amigo, subrayando sus palabras con una mueca de clara incomprensión.
Y el rostro de la hija de la raza azul se iluminó con una sonrisa.
-¡Nietihw!...
Gloria pronunció aquel nombre con una mezcla de orgullo y veneración.
Y sólo en ese instante, cuando su espíritu parecía haber empezado a experimentar una evidente paz, Ra se decidió a dar el siguiente paso.
Inmóvil entre la niebla, el disco fue elevando entonces la corona, hasta situarla sobre la cabeza de Gloria. Ésta, dócilmente, dejó hacer a Ra. Y los magníficos anillos celestes que sujetaban la diadema fueron proyectados con gran solemnidad hacia la hija de la raza azul. Y con una precisión matemática, la corona de letras fue encajada sobre el cráneo. Durante unos segundos, los haces que partían de los ojos del disco se mantuvieron vibrantes, circunvalando el perímetro craneal. Gloria, instintivamente, había cerrado los ojos, y su semblante -sereno e iluminado- alcanzó una singular belleza.
El nombre de NIETIHW ceñía ahora la totalidad de su frente y parte de los largos y sedosos cabellos dorados.

Inexplicablemente -al menos para Sinuhé-, aquellas letras no aparecían soldadas o unidas unas con otras por estructura o metal algunos. Sin embargo, era evidente que una fuerza invisible las mantenía en perfecta cohesión. Esa mágica y poderosa ligazón se extendía incluso al resto de la corona, a juzgar por la pequeña depresión que aparecía en los cabellos de la zona posterior de la cabeza, al igual que si fueran presionados por una corona visible y material.
Sinuhé, testigo de excepción de aquella insólita coronación, no pudo reprimir un cálido sentimiento de alegría y satisfacción. Sin duda, aquél era un momento importante. Y la emoción del soror habría sido completa si, en aquellos instantes, hubiera caído en la cuenta de que el nombre cósmico que adornaba ya las sienes de su amiga guardaba una íntima relación con otro tema que venía obsesionándole desde hacía años: la Kábala. Pero el natural discurrir de los sucesos que se disponía a vivir terminaría por descubrirle este nuevo secreto...

Aquella serie de fantásticos encuentros y profundas emociones en el calvero del bosque tocaba a su fin.
Cuando el nombre cósmico quedó firmemente sujeto a la cabeza de la mujer -a quien desde ahora llamaré Nietihw-, Ra hizo retroceder sus anillos azules hasta que, uno tras otro, fueron replegándose y desapareciendo en el interior de cada uno de los ojos del disco.
Y Sinuhé, atónito, asistió al penúltimo capítulo de lo que, evidentemente, no era otra cosa que la preparación para la gran misión de búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA.
Al extinguirse las columnas de aros celestes, una de las letras de la diadema -la H- perdió súbitamente su brillo dorado, haciéndose transparente. Acto seguido, la solitaria letra se esfumó. Pero Sinuhé no tuvo ocasión de bajar la mirada, convencido en un primer momento de que la «H» quizá había resbalado hasta la arena del claro. Antes de que pudiera hacerlo, el cuerpo de Nietihw se estremeció. Y de su piel emanaron millones de finísimos rayos blancos, pero sin lustre o resplandor algunos. Tenían el color de la nieve y, en lugar de propagarse en todas direcciones, se mantuvieron, pulsantes, a una cuarta de la túnica azul y del resto del cuerpo. Nietihw

acusó el extraño fenómeno. Abrió los ojos al máximo y, lanzando un agudo grito, se desplomó, desmayada.
Como relámpagos negros, desde el fondo de la niebla escarlata irrumpieron en el calvero dos seres como los que Sinuhé había visto allí mismo, en el bosque, y detrás del ventanuco de la torre.
Y antes de que el cuerpo exánime de la mujer se precipitara sobre la burbujeante arena del claro, cada uno se hizo con un brazo, despegando hacia lo alto y dejando tras de sí remolinos de gránulos luminosos.
Fue tan vertiginoso que el perplejo reportero apenas si tuvo tiempo de ver cómo su amiga desaparecía por encima de su cabeza, firmemente sujeta y escoltada a cada lado por aquellas pequeñas criaturas de cuerpos transparentes y enormes cráneos.
En realidad, ni siquiera alcanzó a mover un sólo músculo o a proferir palabra alguna. Nada más perder de vista a Nietihw, el disco lo envolvió en uno de sus haces azules y, a pesar de su oposición, una irresistible fuerza fue cerrando sus ojos y sumiéndole en un negro y profundo sueño...



DALAMACHIA

Al despertar, los ojos de Sinuhé quedaron prendidos en aquel sol. Jamás había visto algo igual. Su contemplación resultaba singularmente agradable. En lugar de dañar la vista, aquel majestuoso disco negro -situado prácticamente en el cenit- permitía una dilatada observación. Sus rayos, igualmente negros, se derramaban por todo el firmamento. Sin embargo, a una considerable distancia del suelo, la oscura luminosidad procedente del extraño sol parecía desaparecer o detenerse o transformarse. No hubiera podido precisar a qué altura se registraba dicho fenómeno, pero el caso era que, a partir de dicho punto, la negra radiación solar cambiaba o se extinguía, dando paso o siendo sustituida por una claridad amarillenta. Sus propias ropas, sus manos, todo se hallaba teñido por

aquella luz alimonada. Y fue en ese instante, al contemplar su cuerpo, cuando advirtió que se encontraba tendido sobre una arena igualmente amarilla. Al palparla, identificó el lugar con un desierto o, quizá, con alguna playa. Y cuando se disponía a incorporarse, una mano acarició sus cabellos, al tiempo que una voz muy familiar se propagaba clara y dulcemente en el interior de su cabeza.
-Ya vuelve en sí.
Al sentarse sobre la arena, descubrió a su espalda a Nietihw. Permanecía de rodillas, sonriente y con la diadema de letras ciñendo su frente y cabellos. Pero algo había cambiado en su compañera... Bajo la túnica -que había trocado su azul por el amarillo que parecía llenarlo todo-, Sinuhé observó con perplejidad un cuerpo «vacío» y transparente. En lugar de las vísceras y órganos internos normales en todo ser humano, la mujer presentaba una compleja red de delgados vasos, igualmente transparentes, por los que circulaban millares de diminutas burbujas de todos los colores. Estos tubos, a la manera de arterias, venas y capilares, partían del centro del tórax, repartiéndose y ramificándose por la totalidad del organismo de Nietihw.
Sinuhé cerró los ojos.
-¡Dios mío! ¿Es que estoy soñando? Aquel pensamiento tuvo una fulminante respuesta. La voz de su amiga volvió a sonar en el fondo de su cerebro:
-No, Sinuhé... No se trata de un sueño.
Era la primera vez que su compañera le llamaba por su nombre secreto. Y Sinuhé abrió los ojos, desconcertado.
Nietihw, sin abandonar su cálida sonrisa, señaló su cuerpo, transparente como el cristal y aparentemente vacío, añadiendo:
-No te alarmes. La misión que nos ha sido encomendada requiere que mi anterior y denso cuerpo físico sufra una variación temporal... Esto que ves -apuntó Nietihw hacia el interior y el centro de su pecho- no es otra cosa que un circuito vital por el que circulan antídotos complementarlos de las corrientes de Vida del sistema al que pertenecemos...
Aproximó su rostro al punto señalado por Nietihw y descubrió -en el lugar que lógicamente debería haber ocupado el corazón- los tres conocidos círculos concéntricos -emblema de Micael- y

de los que, precisamente, arrancaban los vasos más gruesos de aquel fascinante circuito vital.
-...No es igual -prosiguió la mujer sin despegar sus labios-, pero guarda una cierta semejanza con los cuerpos moronciales o de los resucitados y de los que tú, precisamente, ya me habías hablado. La sustancia moroncial es mucho más sutil que ésta, aunque la estructura de dichos cuerpos resulta idéntica a la que aquí ves: los aparatos circulatorio, digestivo y respiratorio (como puedes observar) no existen en los cuerpos moronciales. No se necesitan después de la muerte física. En su lugar, los ángeles resucitadores proporcionan a los humanos evolucionarios estos cuerpos temporales, alimentados de una vida, que puede ser eterna, merced a estos circuitos vitales.
Maravillado, Sinuhé siguió el continuo y lento circular de los millares de diminutas burbujas coloreadas, que eran expulsadas sin cesar desde los tres conductos concéntricos, repartiéndose a través de cientos -quizá miles- de aquellos milimétricos vasos, de una transparencia sin igual.
Pero, de pronto, el reportero retrocedió asustado. Examinó sus ropas y cuerpo y, al comprobar que su organismo conservaba la estructura de siempre, no pudo evitar un pensamiento que le llenó de espanto.
-Entonces, ¿has muerto?...
Nietihw recibió la amarga duda de su amigo con una comprensiva y más amplia sonrisa.
-No, Sinuhé... Sencillamente, y sólo mientras dure nuestra misión, el poder de Ra ha fortalecido mi espíritu, variando mi esencia corporal.
-¿Por qué? -preguntó nuestro hombre, que no acertaba a entender lo que estaba sucediendo. Y antes de que Nietihw llegara a responder, formuló una segunda pregunta-: ¿Y por qué mi cuerpo no ha sufrido transformación alguna?
Las lógicas preguntas de Sinuhé iban a quedar en el aire. Porque, súbitamente, la luz amarillenta que lo inundaba todo desapareció...

Fue un cambio brusco. La atmósfera tenue y alimonada que les envolvía fue invadida por otra coloración verde, tan sutil como

la anterior. Y los cuerpos, vestimentas y la arena de aquel paraje quedaron impregnados de un tinte esmeralda.
Sinuhé levantó los ojos hacia el sol negro, comprobando cómo las profundidades de aquel firmamento desconocido seguían teñidas de tinieblas. Por debajo, sin embargo, la radiación -ahora verdosa- mantenía su increíble forma de paraguas lumínico. Fue en esos instantes, al incorporarse, cuando divisó el mar.
Consternado, giró sobre sus talones, oteando el horizonte que se levantaba frente a aquel océano igualmente verde y dormido, A lo lejos, a través de la esmeralda transparencia del ambiente, apuntaban algunos montes y macizos boscosos, todo ello sumido bajo la misma coloración. Sinuhé concentró su atención en la playa, escudriñando sus límites. Uno de ellos se perdía en la lejanía. El otro, en cambio, y a escasa distancia de donde se encontraban, aparecía cortado por la abrupta invasión del roquedo en el mar.
-¿Dónde estamos?
En esta ocasión, Nietihw permaneció en silencio. Ambos, aunque de forma incompleta y confusa, recordaban su experiencia en el claro del bosque. Pero, ¿cómo habían llegado hasta allí? ¿Qué extraño mundo era aquél? Y el investigador repitió la pregunta que formulase minutos antes del incomprensible cambio de luz:
-¿Por qué mi cuerpo no ha sufrido variación alguna?
Nietihw tomó entre las suyas las manos de Sinuhé, replicando:
-No puedo explicarte por qué, pero el poder de las tinieblas sólo me busca a mí... Tú, además, tienes a Ra.
-¿Ra? ¿Dónde está...?
Giró la cabeza, buscando la casi olvidada silueta de su redondo amigo. Pero el disco no dio señales de vida.
En un movimiento reflejo, dirigió la mirada hacia su dedo anular derecho. Sin embargo, allí tampoco estaba su enlace...
Inquieto y confuso, consultó su reloj.
-¡Oh, Dios!
Los dígitos se hallaban inmóviles, señalando las 13 horas y 51 minutos. Justamente el momento del inicio de la luna nueva y de la aparición de aquella misteriosa niebla en el bosque de la

aldea. Pulsó nerviosamente los mandos del reloj, pero éste se negó a obedecer.
-¡Se ha parado! -exclamó resignado.
Nietihw se limitó a sonreír. Y tomándole de la mano. le invitó a caminar hacia la orilla.
El miembro de la Orden de la Sabiduría, sin poder reprimir su inquietud, volvió el rostro en varias ocasiones, tratando de localizar a Ra. Y fue en una de esas infructuosas observaciones cuando se percató de otro detalle que le inmovilizó sobre la delicada arena. Nietihw, extrañada, le interrogó con la mirada. Y Sinuhé, sin poder articular palabra, o quizá habría que decir pensamiento alguno, señaló sus huellas.
Al fin, apenas repuesto de su sorpresa, acertó a decir:
-¡Fijate!... Sólo quedan mis pisadas. ¿Y las tuyas?
Efectivamente, aunque los pies de Nietihw se hundían en la arena, a diferencia de los de Sinuhé, aquéllos no dejaban huellas.
-Tranquilízate -musitó su compañera-, ya te he dicho que mi cuerpo ha cambiado. Y aún podrás contemplar otras maravillas..., por la gracia y el poder de los servidores de Micael.
Nietihw retrocedió un par de pasos. Cerró los ojos y, cruzando sus manos sobre los tres circuitos concéntricos de su pecho, exclamó:
-¡Waw..., emblema del agua!: muéstranos el camino.
Al instante, ante los atónitos ojos del investigador, una de las letras que componía la diadema de Nietihw -la W- intensificó su brillo esmeralda, formándose a su alrededor una pulsante aureola. Y, lentamente, la última letra de NIETIHW fue separándose de la frente de la hija de la raza azul.
Sinuhé, temeroso, se echó atrás. Evidentemente, su antigua amiga no era la que él había conocido en la Casa Azul. A su prodigioso cuerpo de cristal había que añadir un conocimiento que, en un primer momento, le desbordó.
-¡No temas! -repuso Nietihw-. Waw es parte de mí misma.
Sus ojos, sin asomo de desconfianza, seguían las evoluciones de la letra, que había empezado a elevarse silenciosa y majestuosamente.
La W, envuelta en aquella especie de bruma verde-brillante, se detuvo a unos diez o quince metros sobre la orilla del mar. E

instantáneamente invirtió su posición, convirtiéndose así en una M. Y sus dos brazos exteriores -siempre arropados por sendos halos luminosos- se prolongaron hasta hundirse en el manso y silencioso oleaje. Sinuhé cayó entonces en la cuenta de otro hecho en el que no había reparado: las olas, que rompían incesantemente sobre la arena, no hacían el menor ruido. Pero, absorto en la contemplación de la ahora gigantesca M, olvidó pronto la insólita circunstancia de aquel océano mudo.
De pronto, el agua -tersa y en reposo hasta entonces- empezó a borbotear frente a los luminiscentes y largos brazos de aquella letra mágica.

El mar, bajo el influjo de aquella M o W invertida, siguió burbujeando, como si un horno oculto y gigantesco hiciera hervir sus aguas. El borboteo fue haciéndose más y más intenso y, de improviso, entre las verdes pompas gaseosas se destacó un bulto.
El soror, al intuir la naturaleza de aquel ser, hizo ademán de interponerse entre los brazos de la letra y su compañera, en un intento de protegerla. Pero Nietihw le rogó que no se moviera. Y, en silencio, caminó hasta situarse bajo la M.
Aquel bulto, informe en un primer momento, había seguido emergiendo de entre las agitadas aguas. Sinuhé no se equivocaba. Ante sí había aparecido una descomunal cabeza de serpiente, cubierta de grandes placas que chorreaban abundantemente. Y a la monstruosa cabeza había seguido un cuerpo igualmente escamado y grueso como el tronco de un roble.
El animal, impulsado por una fuerza invisible, continuó ascendiendo verticalmente, hasta alcanzar la misma altura que la letra. En ese instante, a corta distancia del verde y tenso ofidio, amaneció entre el oleaje lo que, presumiblemente debía ser la cola del animal. Ésta se elevó también, dirigiéndose hacia la cabeza. Al poco, la totalidad de la serpiente flotaba a escasa altura de las aguas, adoptando una figura prácticamente circular. Y el mar se tranquilizó. El hervor se extinguió y sólo el chorrear del inmenso monstruo alteró brevemente la superficie del océano.

La serpiente, ingrávida como una pompa de jabón, abrió entonces sus terroríficas fauces, disponiéndose a devorar su propia cola. Pero Nietihw, atenta bajo los brazos de la M, lanzó un grito:
-¡Samej!
Sinuhé, espantado, vio cómo la cabeza del reptil giraba en dirección a su amiga. Y los vidriosos ojos, enormes como lunas, se tiñeron de sangre.
-¡Samej! -clamó de nuevo la hija de la raza azul, al tiempo que levantaba su brazo derecho, señalando la corona que tocaba sus sienes-, ¡que tu secreto bese mis manos!... ¡Indícanos el camino!
Y Samej, la serpiente, como si hubiera reconocido a Nietihw, cerró sus amenazadoras fauces. Y el escarlata de sus ojos fue difuminándose. La hija de la raza azul extendió entonces sus brazos en dirección al animal, esperando la entrega del secreto solicitado.
Los ojos del reptil despidieron rápidos e intermitentes destellos blancos y sus mandíbulas se abrieron nuevamente. Y con movimientos ondulantes fue avanzando hacia la mujer. Su cuerpo, sin tocar en ningún momento el agua, parecía reptar por un terreno invisible. Al llegar frente a Nietihw, se detuvo. Durante unos instantes, interminables para Sinuhé, los fulgurantes ojos del ofidio permanecieron clavados en el menudo y frágil cuerpo de su amiga. El investigador, impotente, temió lo peor. Samej arqueó entonces su reluciente lomo y, muy despacio, hizo descender su cabeza hasta casi tocar las delicadas y transparentes palmas de las manos. En esos críticos momentos, Sinuhé echó de menos -¡y de qué forma!- la poderosa presencia de Ra.
Aquellas fauces, capaces de abarcar un caballo, y armadas de una triple fila de dientes, largos y curvados como hoces, exhalaban un continuo chorro de humo, de un verde más opaco que el que teñía su cuerpo.
Las volutas de aquella especie de gas no tardaron en ocultar las manos de Nietihw. Pero ésta, imperturbable, no se movió. Instantes después, Samej retiró su cabeza, irguiéndose y cerrando la descomunal boca. Las palmas de la mujer seguían envueltas en el impenetrable aliento que, poco a poco, iba disipándose.

El monstruo surgido de las aguas retornó al punto sobre el que había aparecido, adoptando de nuevo la figura de gran círculo o rueda. Y cuando el extremo de su cola tocaba ya la cabeza, Samej separó sus mandíbulas, empezando a devorarse a sí misma.
En cuestión de segundos, los treinta metros, o más, que alcanzaba el cuerpo del reptil quedaron engullidos. En ese momento, cuando la cabeza del ofidio tragaba ya su propio cuello, un segundo chorro de humo escapó de entre las fauces. Y Samej -o lo que quedaba de ella- se precipitó sobre el mar, desapareciendo entre las aguas. En el aire había quedado una nubecilla verdosa que, empujada por una brisa inexistente, se dirigió hacia Sinuhé...

De momento, el perplejo investigador no se percató del lento pero constante desplazamiento de la nubecilla verdosa. Una vez desaparecida la misteriosa criatura, su atención se había detenido de nuevo en Nietihw. Concretamente, en sus manos. El humo exhalado por Samej había ido disipándose y sobre las palmas podía adivinarse ya algo negro y reluciente...
Cuando el verdoso aliento de la serpiente hubo desaparecido, la mujer protegió el misterioso objeto, encerrándolo entre sus manos. Acto seguido abandonó su posición bajo los espigados brazos de la M, regresando al lado de su compañero. Y antes de que éste pudiera interrogarla sobre cuanto había visto, la letra recuperó su tamaño inicial. Giró sobre sí misma y, sin prisas, se dirigió hacia la diadema de la mujer. Limpia y suavemente, la W ocupó su posición, completando así el nombre cósmico.
Nietihw se situó entonces frente al reportero y, extendiendo sus manos cerradas hacia él, le rogó que examinara el secreto de Samej. Sinuhé obedeció. Disponiendo las suyas en forma de cuenco, las situó bajo las de su amiga y esperó.
Cuando Nietihw dejó caer el enigmático objeto entregado por la serpiente, Sinuhé sintió sobre la piel de sus palmas una superficie fría y con aristas. Su amiga, comprendiendo la curiosidad que le consumía, sonrió divertida. Retiró entonces sus manos, dejando al descubierto una pequeña esfera negra y pulida como la obsidiana, pero sumamente liviana. Al examinarla, Sinuhé comprobó que, en realidad, se trataba de

una esfera y un cubo, perfectamente embutidos el uno en el otro.
-¿Qué es? -preguntó Sinuhé.
-En su interior se encuentra el secreto de Samej, la que se nutre de su propia sustancia. Sólo ella y los rebeldes conocen el camino para descubrir los archivos secretos de IURANCHA.
Sinuhé palpó aquel cuerpo, en busca de algún resorte o ranura que le permitiera abrirlo. Al principio, presa de un temor casi reverencial, se limitó a acariciarlo. Pero, por más vueltas que le dio, no acertó a descubrir el sistema o mecanismo de apertura. Al cabo de un tiempo, a pesar de sus esfuerzos, tuvo que rendirse. Interrogó a Nietihw y ésta, por toda respuesta, le formuló una pregunta:
-Dime, ¿qué puede significar Samej?
Como miembro de la orden de la Sabiduría había sido adiestrado en la Kábala y, súbitamente, al recordar el nombre de la serpiente, empezó a comprender.
-Samej, en hebreo, significa besar...
Nietihw, satisfecha, aceptó la aclaración y con un leve movimiento de sus translúcidos labios le invitó a besar la extraña esfera.
No sin ciertos reparos, Sinuhé accedió. La sujetó entre las puntas de sus dedos y la aproximó hasta su boca.
Entretanto, la pequeña nube verdosa había terminado por situarse sobre la pareja.
Los labios tocaron finalmente la impecable y negra superficie del ojeto...

Tras depositar aquel tímido beso sobre la esfera-cuadrangular arrojada por Samej, Sinuhé, temeroso, se apresuró a alejarla de su rostro. En los segundos inmediatos, nada sucedió. Confundido, cruzó su mirada con la de Nietihw. Pero, antes de que ninguno de los dos llegara a expresarse, los vértices del cubo o cuadrilátero que se hallaba inmerso en la esfera empezaron a dilatarse. Sinuhé, sobresaltado, soltó aquel cuerpo, pero, en lugar de caer a tierra, se mantuvo ingrávido y sometido a bruscas e intermitentes contracciones. Las aristas del cubo se curvaron y, ante el asombro del investigador, el

objeto siguió deformándose, como si estuviera siendo moldeado por un escultor invisible.
Pronto aparecieron dos profundos orficios, y, bajo los mismos -como si se tratase de una nariz-, un tercer hueco. La esfera, casi irreconocible, se resquebrajó por su zona inferior, surgiendo al instante una especie de boca.
A partir de ese momento, tanto Nietihw como su compañero reconocieron la figura que flotaba a la altura de sus cabezas: estaban ante una calavera negra. Pero, ¿qué significaba?
Una vez finalizado el proceso de transformación, la lustrosa y macabra osamenta abrió su puntiaguda mandíbula inferior y, al instante, la nubecilla se precipitó como un dardo entre la anárquica dentadura de la calavera. Y en un abrir y cerrar de ojos, el humo esmeralda fue absorbido por el cráneo flotante, desapareciendo en su interior.
La calavera cerró entonces su boca y, con un suave cabeceo, fue aproximándose al perplejo Sinuhé. Éste retrocedió, al tiempo que pedía ayuda a su impasible amiga.
-¡Dios mío!...¡Nietihw!
Pero la descarnada cabeza siguió balanceándose en el aire, acercándose con aquella permanente y helada sonrisa.
-¡Quieto, Sinuhé! -clamó al fin la hija de la raza azul-. ¡No temas!... ¡Extiende tus manos!
La voz de Nietihw no apaciguó el creciente pavor del investigador pero, al menos, logró que éste se detuviera. Y temblorosamente presentó sus manos...
La calavera se inmovilizó entonces a escasos centímetros de la cara de Sinuhé. Y sus tenebrosas y vacías cuencas irradiaron una luz blanca, idéntica a la que había visto en los ojos de la serpiente. Y algo, de pronto, apareció en el fondo de aquellos fantasmales ojos.
-Sinuhé, di: ¿qué ves?
La voz de su compañera sonó nítida.
-Dime: ¿qué estás viendo? -repitió en tono imperativo.
Sinuhé, pálido, medio hipnotizado por los focos luminosos que brotaban de las cuencas, forzó la vista, en un esfuerzo por obedecer a su amiga.
-Hay..., algo -tartamudeó.
-¿Qué, Sinuhé? -inquirió Nietihw con impaciencia.

-Sí…, veo una figura. ¡No!, son dos… Parecen iguales… Cada una se encuentra en un ojo… Pero…
Nietihw le animó para que prosiguiera.
-¡No es posible! -musitó nuestro hombre-. Esa figura es…
Y antes de que pudiera describirla, los ojos de la calavera se apagaron.
Sin perder el monótono cabeceo, la osamenta retrocedió. Y situándose por encima de las sudorosas palmas del investigador, abrió de nuevo sus mandíbulas.
Sinuhé, con la mirada extraviada, parecía ajeno a todo cuanto le rodeaba.
Un súbito y potente chasquido terminaría por devolverle a la realidad. Sin previo aviso, la calavera había cerrado su mandíbula inferior, haciendo chocar violentamente sus brillantes y negras piezas dentarias. Como consecuencia del golpe, un puñado de dientes saltó por los aires. Y, pausadamente, girando sobre sí mismos, ingrávidos, fueron a caer sobre las abiertas manos del soror. Sinuhé, sobresaltado por el entrechocar de la dentadura, a punto estuvo de olvidar la orden de Nietihw y retirar sus manos. Sin embargo, las piezas fueron cayendo, una tras otra, sobre las palmas. Nada más tocar la piel, Sinuhé descubrió maravillado cómo cada uno de los oscuros dientes se convertía en un número. Primero apareció un 3. El siguiente se transformó en un 1. A éste le siguió un 4… Después, otro 1, un 5, un 9, un 2, un 6, hasta que, finalmente, la última pieza dentaria descendió sobre las manos, cambiando su forma por otro diminuto 9, tan azabache y reluciente como sus hermanos…
Nietihw y su compañero, extasiados, no se atrevieron a reaccionar. ¿Qué era y qué significaba aquel caótico puñado de números?
La hija de la raza azul, más audaz que Sinuhé, avanzó hacia su amigo, dispuesta a examinar el montón de números que reposaba entre sus manos. Pero, cuando estaba a punto de tocarlos, las cuencas, nariz y boca de la osamenta empezaron a rezumar sendos hilos de aquel humo verdoso que habían visto introducirse poco antes en su interior. Y Nietihw se contuvo.

Las finas columnas de humo fueron envolviendo la calavera, hasta que terminaron por ocultarla bajo una opaca esfera, similar a la nube que había sido arrojada por las fauces de Samej. Y los expedicionarios, con los ojos fijos en aquel globo esmeralda, asistieron entonces a otra rápida y mágica transformación: la etérea esfera experimentó una súbita contracción. Osciló en el aire y, como si se tratase de una bola de cristal, se rompió en pedazos. Miles de verdes fragmentos se precipitaron a cámara lenta sobre la arena.

Al quebrarse, en el lugar que había ocupado la nubecilla esférica surgió una redonda, negra y familiar silueta...

-¡Ra! -exclamó Sinuhé.

Y su rostro se iluminó ante la inesperada aparición de su viejo amigo. Y el disco, siguiendo su costumbre, le respondió iluminando las letras que le identificaban.

Nietihw tenía prisa por desentrañar aquel nuevo misterio. Y olvidándose del disco -que se mantenía inmóvil sobre la pareja-, dedicó su atención a los números que descansaban sobre las palmas de Sinuhé.

Tomó uno y, al separarlo del resto, los demás le siguieron, atraídos por un enigmático magnetismo. El investigador miró a su compañera y ésta, en silencio, se limitó a examinar la cadena de números. Los contó y, cuando estuvo segura, mostró la secuencia a su desconcertado amigo.

-No hay duda -comentó con aire de triunfo-, esta clave nos conducirá a los archivos secretos.

Sinuhé leyó la cadena de números que sostenía Nietihw con ambas manos cautivado por la fuerza que los cohesionaba y que le recordó a la no menos misteriosa adherencia que mostraban las letras de la corona. Pero no acertó a descifrarla. Buscó ayuda en los ojos de su compañera. Ésta, sin embargo, no parecía dispuesta a simplificar el dilema.

-Observa atentamente, Sinuhé.

Éste concentró su mirada en los quince eslabones flotantes, repitiendo la secuencia por tres veces:

-3... 1... 4... 1... 5... 9... 2... 6... 5... 3... 5... 8... 9... 7... 9. -¿No te dice nada? -insistió Nietihw.

-3 1 4 1 5...

El miembro de la Logia secreta se detuvo. Repasó aquellos primeros cinco dígitos y, tras consultar el resto de la secuencia, sonrió.
-Claro... -repuso al tiempo que acentuaba su sonrisa de satisfacción-, ahora entiendo el porqué de aquella figura en los ojos de la calavera...
Nietihw aguardó la explicación que, en parte, ya sabía.
-¡3,1416! Estos números corresponden a los quince primeros elementos del famoso número pi: el número por excelencia; el número trascendente.
La mujer asintió.
-Entonces -prosiguió Sinuhé-, la figura que vi en las cuencas... ¡Demonios, ahora caigo: es la misma que aparece grabada en la sortija ...!
-¿Qué sortija? -inquirió la hija de la raza azul.
Y el investigador, señalando a Ra, explicó a su amigo cómo el disco se convertía en ocasiones en un hermoso y dorado sello cuadrangular, con un altorrelieve en el que podía distinguirse un ser de cabeza cuadrada, de ojos enormes y redondos, con un cuerpo flamígero y sujeto con ambas manos a las jambas de lo que él, en un principio, interpretó como una puerta.
-Ahora entiendo -concluyó-. Ahora sé que esas jambas y el dintel superior no forman una puerta, sino la letra griega pi.
Nietihw parecía dudar. Y Sinuhé trató de convencerla.
-Ahora verás...
Levantó su brazo derecho en dirección al disco y pidió a éste que ingresara en su dedo anular. Ra se iluminó con un rojo intenso y, tras lanzar uno de sus flujos de anillos celestes sobre la mano de su amigo, se desmaterializó, reapareciendo en el citado dedo y en forma de sortija.
Complacido, alargó la mano hacia el rostro de Nietihw, invitándola a que examinara el sello y la figura labrada en el mismo. La hija de la raza azul le cedió la cadena de números, comprobando el delicado altorrelieve, ahora teñido también por la radiación esmeralda que iluminaba el lugar.
-Sin embargo -reflexionó Sinuhé-, no termino de entender. Tenemos una secuencia de números, aparentemente relacionada con la letra pi que yo vi sobre esa criatura de cabeza cuadrada y que aparece igualmente en la sortija. Pero, ¿adónde

nos conduce todo ello? ¿Qué es lo que tenemos que buscar? ¿Por qué Samej nos ha entregado un secreto que sólo añade oscuridad a nuestra misión?

Nietihw no respondió a las cuestiones planteadas, con toda razón, por su compañero de aventuras. En parte, porque ni ella misma conocía la respuesta ni los agitados sucesos que estaban a punto de producirse. Le bastaba con saber que la búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA dependía en buena medida del número pi y de la desconocida criatura que aparecía bajo la letra griega. En el fondo, aquella incertidumbre hacía más atractiva la misión. Y mientras recuperaba la cadena de números, colocándola -a guisa de collar- alrededor del cuello de su amigo, procuró animarle:
-Sinuhé, no desfallezcas. Agurno nos ordenó buscar a Solonia, el serafín que guardó Edén... Quizá la clave entregada por la serpiente nos conduzca hasta él y su espada.
-Sí, quizá... -asintió el soror con cierto desaliento. Y acariciando las negras cuentas de su collar se apresuró a seguir a Nietihw, que había empezado a caminar por la orilla de aquel océano mudo, en dirección a los acantilados que se difuminaban en la lejanía.
Cuando apenas llevaban andados un centenar de metros, Sinuhé se percató de algo que, en el fondo, no te sorprendió excesivamente: sus cámaras no habían saltado con él a aquel mundo irreal. Y aunque Ra seguía allí, en su dedo, la ausencia del equipo fotográfico le produjo una cierta desazón. En realidad, ¿cuál era su cometido en todo aquello? ¿Por qué había sido elegido para acompañar a la hija de la raza azul? Ensimismado en estos y otros pensamientos semejantes, continuó avanzando pesadamente por la verdosa arena de aquella solitaria playa, sin perder de vista ni un solo instante la grácil y ligera figura de Nietihw que, más que caminar, parecía deslizarse.
El roquedo se hallaba ya a un tiro de piedra cuando, de improviso, la mujer se detuvo. Sinuhé la imitó, buscando con la mirada el punto que había llamado su atención. Pero, por más que escudriñó las rocas esmeraldas que se derramaban sobre la

arena, adentrándose en el mar, no percibió nada anormal. El lugar parecía desierto.
-¿Qué sucede? Nietihw, con los ojos fijos en el acantilado, le indicó que no se moviera. Llevó su mano derecha a la diadema y tomando la letra E la trasladó primero sobre los círculos concéntricos de su pecho, lanzándola a continuación hacia el cielo.
Sinuhé, boquiabierto, vio cómo la E tomaba altura y, a gran velocidad, se perdía entre la tenue atmósfera verde, en dirección a la masa rocosa que cerraba aquel extremo de la playa. En esta ocasión, la letra no aumentó o modificó sus dimensiones y Sinuhé terminó por perderla de vista.
Al poco, la E surgía nuevamente entre la bruma, reincorporándose directamente a la corona de Nietihw.
-¿Qué está pasando? -insistió Sinuhé.
-Eim, la letra que simboliza mi propio oído -le explicó al fin-, ha detectado la presencia de una extraña criatura...
-¿Dónde? -le interrumpió, alarmado-. Yo no veo a nadie...
-Al otro lado del roquedo. Ven. Sígueme... Y sin el menor titubeo, Nietihw se lanzó a la carrera hacia la zona que acababa de sobrevolar la E.
-Pero...
El intento de Sinuhé por retener a su impetuosa amiga fue estéril. Y a regañadientes, con el corazón alterado y presintiendo un inminente peligro, salió tras ella.

Al trasponer las primeras rocas, Nietihw y su agitado amigo vieron cortado su avance por un segundo murallón rocoso de casi cinco metros de altura. Sinuhé, jadeante, examinó aquella pared, comprendiendo con cierto alivio que sería imposible escalarla y asomarse al otro lado del acantilado.
Con un signo de impotencia hizo ver a su amiga que sólo cabía retroceder. Nietihw dudó. Echó mano de su diadema y, tomando la H, la situó también sobre su pecho. Pero, indecisa, la devolvió a su lugar, sobre la frente.
-¿Qué te sucede? -preguntó, intrigado por el súbito arrepentimiento de Nietihw-. ¿Para qué sirve esa letra? ¿Por qué no la has utilizado?

-Hai, la H -comentó la hija de la raza azul-, es el símbolo del aire..., y nos hubiera permitido volar al otro lado. Pero algo me dice que su ayuda no es aconsejable.
El reportero te miró desconcertado.
-La criatura que se encuentra al otro lado de esta roca -añadió-, parece hallarse en peligro y es preferible actuar con sigilo.
Y Nietihw, dirigiendo su mirada hacia las olas que rompían entre el roquedo, invitó a su amigo a que le siguiese.
-Daremos un pequeño rodeo.
Sinuhé tampoco tuvo oportunidad de hacerle ver los posibles riesgos que entrañaba introducirse entre las aguas que se batían silenciosa pero duramente sobre los afilados rompientes.
-¡Espera!... ¡Quizá Ra pudiera...!
Pero, desoyendo la recomendación de su compañero, continuó saltando y esquivando las rocas, dispuesta, al parecer, a penetrar en el mar. Sin embargo, cuando sus pies tocaron el agua, la mujer volvió a detenerse. Esperó a que Sinuhé llegase a su altura y, acto seguido, tomando de su diadema la W, la puso en contacto con el triple circuito, arrojándola entre las embravecidas olas.
-¡Waw!... -gritó-, emblema del agua, ¡ábrenos camino!
Y la letra inició una serie de rápidos planeos sobre el mar. A los pocos segundos, aquellas áreas de la superficie marina sobre las que Waw había volado quedaron súbitamente congeladas. Sinuhé no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Las verdosas crestas de las olas sobre las que planeaba la W quedaban petrificadas, convertidas en grandes y destellantes masas rocosas, casi graníticas. A ambos lados de aquel mar solidificado, en cambio, las aguas seguían agitándose...
Concluida su misión, la W, como un dócil bumerang, regresó hasta las sienes de su dueña y señora.
Y Nietihw, tomando a Sinuhé de la mano, empezó a caminar sobre la franja de océano cristalizado. El pasillo se adentraba un trecho en el mar para después girar en dirección a la playa, sorteando así el acantilado.
Fue en los últimos metros, en el momento en que la pareja estaba a punto de saltar sobre la arena de la orilla, cuando el investigador sintió una sorda vibración bajo sus pies. Una vez en tierra firme, con el corazón en un puño, descubriría la causa

del estremecimiento del singular puente de piedra que les había tendido Waw: la rugosa superficie del estrecho sendero que les había conducido hasta allí empezó a licuarse nuevamente. Y entre el cada vez más frenético oleaje surgió el ondulante lomo de Samej, la serpiente.
Un escalofrío recorrió a Sinuhé.
-¿Hemos caminado sobre su cuerpo? -estalló retrocediendo al divisar entre las aguas los purpúreos ojos del reptil-. ¡Nietihw!
Sinuhé descubrió con desolación que su amiga no se hallaba a su lado. Y sin dejar de retroceder, giró su cabeza en todas direcciones. Pero Nietihw, en efecto, había desaparecido. Y, de pronto, el gigantesco cráneo de Samej emergió de entre las aguas, clavando sus circulares ojos rojos en aquel hombre que, torpemente, trataba de alejarse de la orilla.

La serpiente siguió elevándose sobre el oleaje hasta que la robusta cabeza se halló a una considerable altura. Las placas de la piel, chorreando aquella agua verdosa, reflejaron mil veces la tambaleante figura de Sinuhé quien, aterrorizado, caía una y otra vez en su atropellada huida. Samej avanzó pausadamente. Abandonó las aguas y, arrastrándose sobre su vientre, inició la persecución del investigador.
-¡Nietihw!... ¡Auxilio!
Y Sinuhé cayó nuevamente sobre la arena. Al volverse hacia el gigantesco reptil el pavor terminó por inmovilizarlo. La cabeza del monstruo se erguía a cinco o seis metros por encima de su cuerpo. En un último intento trató de arrastrarse en dirección a un pequeño grupo de rocas, pero la cola de Samej batió la arena esmeralda, cerrándole el paso. Paralizado por el miedo, vio cómo la serpiente abría sus fauces, dejando al descubierto aquel enjambre de afiladas cuchillas.
-¡No!... ¡Dios mío!... ¡Ra!
Y siguiendo un postrero impulso, cerró su puño derecho, dirigiéndolo temblorosamente hacia los sanguinolentos ojos del animal.
-¡Ra, ayúdame!
Al instante, del anillo brotó un viento helado e impetuoso que hizo retroceder a Samej. Sinuhé, ante la salvadora reacción de su amigo, recobró los perdidos ánimos e, incorporándose, siguió

apuntando su puño hacia la serpiente. A pesar de sus convulsiones, parte del cuerpo, erguido aún sobre la arena, empezó a presentar signos de congelación. Los largos colmillos quedaron convertidos en carámbanos y los circulares ojos, empañados por una escarcha igualmente verdosa. Y, de pronto, Samej quedó rígida e inmóvil como un poste. El chorro helado cesó y Sinuhé, sin saber qué hacer, continuó con el brazo extendido, sin dejar de vigilar el cuerpo aparentemente muerto de su enemigo.

Y antes de que el investigador pudiera reaccionar o tomar una decisión, aquella mole cilíndrica se cuarteó en miles de pequeños fragmentos de hielo que cayeron sobre la arena. Desconcertado, bajó su brazo, aproximándose a los restos de Samej.

A los pies de Sinuhé no yacían los millares de cristales de hielo en los que había visto descomponerse el cuerpo del reptil. En su lugar, sobre la arena, aparecían un largo arco y una aljaba con una única flecha, todo ello, ¡de hielo!

Dudó. Temía tocarlos. Pero, finalmente, se decidió y, en efecto, comprobó que, tanto el arco como la cuerda, estaban formados por un hielo purísimo y transparente. Examinó también el carcaj y su solitaria flecha, advirtiendo que se hallaban confeccionados con el mismo material. Aquélla, en lugar de terminar en punta, aparecía rematada por una extraña protuberancia.

-¡Oh!, no es posible...

Al descubrir los perfiles de la insólita cabeza de flecha, nervioso y alarmado, la soltó. Pero la finísima arma, de metro y medió de longitud, no llegó a caer sobre la playa. Como una exhalación buscó la boca de la aljaba, introduciéndose en ella.

Poco faltó para que dejara allí mismo el arco y su carcaj. Pero, repuesto de la primera impresión, volvió a hacerse con la flecha, observándola minuciosamente.

-No es posible... -repitió al cerciorarse de lo que había visto segundos antes.

La flecha, efectivamente, terminaba en una cabeza algo más reducida que un puño: ¡la cabeza de Samej! Esculpida en el hielo podían distinguirse las cerradas fauces de la serpiente, así como sus circulares ojos...

Y siguiendo otro de sus naturales impulsos, se echó la aljaba a la espalda, tomando con su izquierda el espigado y frío arco. Pero, cuando se disponía a localizar a la desaparecida Nietihw, un penetrante alarido retumbó en su cerebro...

Al recibir aquel grito desgarrador, creyó identificarlo con la voz de su compañera. Aturdido por la segunda aparición de Samej, la serpiente, no había tenido oportunidad de ocuparse de la repentina ausencia de Nietihw ni de la exploración del lugar en el que se hallaba. Entre la verde transparencia de aquella atmósfera, y en el extremo opuesto al que ahora se encontraba, el investigador distinguió los restos de un navío varado en la arena. Aunque descansaba a varios centenares de pasos, parecía desarbolado y semienterrado al pie del alto talud rocoso que cerraba la playa a partir del roquedo que ambos se habían visto obligados a rodear. Pero, por más que forzó la vista, no advirtió señal alguna de vida junto al casco del barco. El murallón rocoso que habían sorteado le cortaba el paso a su espalda y lo mismo sucedía a su derecha, con el referido talud. A la izquierda se abría aquel océano y, en consecuencia, sólo le quedaba un camino: el que conducía al lugar donde se recortaba el buque.
Adoptando un máximo de precauciones, se dirigió finalmente hacia aquel extremo de la playa. Por más que meditaba sobre ello, no lograba entender por qué la hija de la raza azul le había abandonado en tan críticos instantes y a qué podía deberse aquel afilado alarido.
-Si al menos tuviera la certeza de que Nietihw ha seguido este mismo camino...
Pero la ondulada y verdosa superficie de la playa no presentaba huella alguna.
Al llegar a las proximidades del barco perdido, Sinuhé detuvo su marcha. Inspeccionó a conciencia los restos, advirtiendo que, en efecto, estaba ante un vetusto casco de madera de unos cuarenta metros de eslora, encallado bajo el acantilado e inclinado por su mura de babor. Antes de rodearlo, examinó el campanudo casco que se levantaba frente a él, semienterrado por toneladas de aquella arena esmeralda. Rascó las resecas cuadernas, deduciendo que el posible naufragio había tenido

lugar muchos años atrás. Y paso a paso, muy lentamente, se dirigió hacia la popa, con el fin de averiguar qué escondía la cubierta y si, como intuía, aquel grito podía haber partido del otro lado del buque, qué o quién lo había lanzado.
Parapetado tras el timón, dirigió una primera mirada a la playa que se extendía desde allí y que, hasta ese momento, había quedado oculta por el casco.
-¡Oh, no!
La escena que se ofrecía a sus ojos le estremeció. A cosa de un centenar de metros del buque, descubrió sobre la arena el cuerpo inmóvil de Nietihw. A su lado, con los brazos en alto, aparecía una extraña criatura que, en un primer momento, confundió con un niño. Segundos después, al verle bajar los enormes brazos, comprendió con terror que no se trataba de un niño. Aquel ser era idéntico a los que él había visto en la torre y en el bosque de Sotillo. Había, sin embargo, una clara diferencia con aquéllos: esta monstruosa criatura no tenía el cuerpo transparente. Tanto su voluminoso cráneo como el resto del cuerpo presentaban una coloración negruzca.
De pronto, aquel personaje volvió a izar sus brazos por encima de la cabeza. Sinuhé vio brillar algo entre sus manos e intuyendo que su amiga podía correr grave peligro, saltó a un lado del barco. Tomó la flecha de su aljaba y, situándola en contacto con la cuerda de hielo de su arco, procedió a tensarla, apuntando hacia el enorme cráneo del ser. En lugar de quebrarse, aquella cuerda fue cediendo centímetro a centímetro, al tiempo que los músculos de Sinuhé se endurecían como piedras. Al alcanzar la máxima tensión, el investigador asistió perplejo a otro mágico suceso: las cerradas fauces labradas en la cabeza de la flecha se abrieron de par en par y la saeta, sin que el arquero llegara a destensar la cuerda, escapó rauda -como si tuviera vida propia en dirección al monstruoso enano...

Aturdido, no reaccionó. La flecha había perforado la atmósfera verdosa, dejando tras de sí un hilo blanco y luminoso que, poco a poco, fue difuminándose. Sinuhé hubiera jurado que había apuntado al cráneo, pero la saeta, en lugar de alcanzar el punto elegido por el improvisado arquero, varió su trayectoria, dando de lleno en el pecho de la criatura.

El ser cayó de espaldas, sosteniendo entre sus manos aquel objeto reluciente que, dada la distancia, no acertó a identificar. Y convencido de que se hallaba muerto o malherido, corrió en dirección a Nietihw. Ésta continuaba tendida sobre la arena, sin ofrecer señal alguna de vida. Pero, cuando le faltaba una veintena de pasos para llegar hasta ella, atónito, detuvo su marcha: entre los oscuros dedos del monstruo se hallaba la dorada y brillante corona de letras de su amiga. Al desviar la mirada hacia Nietihw no sólo confirmó que su diadema había desaparecido de las sienes sino que, además, otro hecho singular le dejó perplejo: al ser despojado del nombre cósmico, el cuerpo de la mujer había perdido su total transparencia, recobrando su primitivo aspecto humano.
El desconcierto del investigador fue momentáneo. De improviso, algo negro e informe empezó a culebrear entre la arena, muy cerca del voluminoso cráneo del ser que yacía de espaldas, con la enorme flecha sobre el tórax.
El comprender de qué se trataba, Sinuhé retrocedió descompuesto. Pero aquello sólo parecía interesado en la mágica corona de Nietihw, enredada entre los crispados dedos de la inmóvil criatura.
Una mano sarmentosa y oscura había brotado súbitamente entre la arena, avanzando como un pulpo sobre los extendidos y desproporcionados brazos del hombrecillo que, al parecer, había arrebatado la diadema a la hija de la raza azul. Sinuhé sintió cómo se le erizaban los cabellos.
La mano, amputada a la altura de la muñeca, siguió explorando las largas extremidades de la criatura, utilizando sus cinco dedos a manera de tentáculos. Por fin, al llegar junto a las letras, sus dedos índice y pulgar procuraron la liberación de la diadema, arrastrándola seguidamente hacia la verde superficie de la playa. Fue entonces, al comprender las intenciones de la mano cortada, cuando Sinuhé cerró su puño derecho, invocando el nombre de Ra. Pero, al intentar cortar el paso a la mano, que huía ya con el nombre cósmico, nuestro hombre sintió cómo alguien o algo hacía presa en su pie izquierdo. Y, desequilibrado, fue a dar de bruces sobre la arena. Al revolverse contra lo que había provocado su aparatosa caída, sintió cómo su corazón ascendía hasta la boca: otra esquelética y negra

mano, igualmente seccionada por la muñeca, se había enroscado en su tobillo, reteniéndole con titán1ca fuerza. Y Sinuhé, desesperado, vio cómo la primera mano se hundía entre las suaves dunas verdosas, desapareciendo bajo tierra con la corona.
Al instante, las puntas de los dedos de una tercera mano se abrieron paso entre los granos de arena, muy cerca del rostro exánime de Nietihw. Y tras ésta aparecieron una cuarta y una quinta y una sexta manos, todas en continuo movimiento y como articuladas por una inteligencia diabólica y subterránea. Y cada una fue a aferrarse a un extremo de la túnica celeste, tirando de la mujer con evidente intención de sepultarla.
-¡Oh, no...!
Sinuhé, caído sobre la arena, intentó zafarse de la mano que te retenía, pero todas sus convulsiones y patadas fueron inútiles. Y horrorizado comprobó cómo aquellas cuatro manos empezaban a enterrar el cuerpo indefenso de su amiga...

-¡Ra!
El grito de Sinuhé tuvo una respuesta fulminante. Al cerrar de nuevo su puño derecho, apuntando el anillo hacia el cuerpo de Nietihw, cuyas piernas habían desaparecido ya bajo la arena, de la sortija escapó un humo blanco que, vertiginosamente, fue adoptando una forma humana. Sinuhé no necesitó mucho tiempo para identificarla: ¡era él mismo!
¿Qué pretendía Ra creando aquel brumoso doble suyo? Inmovilizado por el abrazo de la férrea mano, el investigador descubrió asombrado cómo en el pecho de aquel segundo Sinuhé habían aparecido unas enigmáticas letras, labradas igualmente en humo:
ALEF - MEN - TAV.
Estos caracteres hebreos, dispuestos en este orden, formaban la palabra EMET (verdad). Pero Sinuhé, aturdido ante el cada vez más rápido hundimiento del cuerpo de su compañera en la arena, no acertó a intuir en aquellos dramáticos momentos los propósitos de su amigo. E, irritado al ver cómo las tétricas manos seguían arrastrando a Nietihw hacia Dios sabe qué abismo, interpeló a Ra por segunda vez, urgiéndole a que los liberase de aquella nueva pesadilla. Por toda respuesta, la

blanca y humeante escultura se arrodilló junto al casi desaparecido cuerpo de la hija de la raza azul, soplando con todo su poder sobre el pálido rostro de la mujer. Y por la boca del doble surgió un chorro de letras: las mismas que lucía en el tórax. Al momento, la delicada epidermis de Nietihw quedó cubierta por una especie de nieve, cuyos copos no eran otra cosa que cientos de alef, men y tav. Y ante la sorpresa del verdadero Sinuhé, el progresivo hundimiento de su amiga se vio interrumpido. E inmediatamente, como si hubieran sido alertadas por «algo» mucho más codiciado que el cuerpo que arrastraban a las profundidades de aquella playa, se destacaron entre la arena los famélicos y amenazadores dedos de las cuatro manos. Y todas ellas, al unísono, se dirigieron hacia la nevada faz de la señora.
Impasible, el segundo Sinuhé -del que se desprendían continuos y finos jirones de humo blanco- esperó a que las cuatro amputadas manos cabalgaran hasta detenerse sobre la cara de Nietihw. Una vez allí, cada una de las manos, visiblemente irritadas, se dedicó a pulverizar entre sus dedos los cientos de consonantes hebreas. Aquél, sin duda, era el momento esperado por la criatura que había creado Ra... Y antes de que las destructoras manos pudieran reaccionar, el doble abrió nuevamente su boca, practicando una profunda aspiración. Y ante la perplejidad de Sinuhé, todas las alef que aún reposaban sobre la cara de Nietihw se vieron absorbidas por la potente aspiración, penetrando de nuevo en aquella humeante figura. Sobre el rostro sólo permanecieron las men y tav, formando así una nueva y súbita palabra: muerte. Las manos, desprevenidas, se abrieron al contacto con la muerte. Pero era demasiado tarde. Los cientos de men y tav, a su vez, habían empezado a devorarlas. Y en segundos, las negras garras quedaron reducidas a sendas osamentas.
El doble giró entonces hacia la última mano: la que seguía aprisionando el pie del investigador. Pero, cuando se disponía a repetir la operación, los dedos soltaron el tobillo de Sinuhé, hundiéndose como escorpiones entre la arena esmeralda.

Y de la misma forma que había surgido, así vio extinguirse Sinuhé a su otro yo: sin que nadie pudiera evitarlo, el humo

blanco fue absorbido de nuevo por la sortija, desapareciendo en un instante.
Sinuhé se precipitó entonces sobre el inmóvil cuerpo de su amiga. Sacudió de su rostro los restos de aquella nieve, arrojando lejos las esqueléticas garras. Y no sin esfuerzo pudo al fin desenterrar a Nietihw. Su cuerpo, en efecto, había vuelto a ser el de siempre. Y su amigo, alarmado, comprobó cómo su corazón permanecía mudo.
-¡No!... ¡Nietihw!
Todos sus intentos por reanimarla fueron inútiles. La hija de la raza azul, sumida en una total palidez, parecía efectivamente muerta. Desconsolado, se arrodilló junto a ella y abrazándose a su cabeza, se vio sorprendido por un amargo llanto. Pero, de pronto, arrastrado por una súbita indignación, arrancó la sortija de su dedo y maldiciendo la aparente pasividad de Ra, la arrojó violentamente hacia los restos del navío.
-¿Por qué?... ¿Por qué lo has permitido?
Cegado por la rabia y el sufrimiento, Sinuhé no reparó en otro suceso sorprendente: de las profundidades de aquel firmamento tenebroso surgió de repente el aleteo de un pájaro. Y tomando en su pico el anillo, voló hacia la pareja, posándose sobre el vientre de Nietihw.
Sinuhé, receloso, trató de espantar al enorme cuervo. Pero este, tras engullir la sortija, abrió de nuevo su negro pico, exclamando con voz grave:
-¡Hijos de IURANCHA! ¡No temáis! He venido a saldar mi vieja deuda.
Sinuhé retrocedió alarmado ante aquella ave parlante.
-Al principio de los tiempos -prosiguió el cuervo-, uno de mis antepasados desobedeció a un humano llamado Noé. Fue soltado después del gran diluvio, pero no regresó al arca. Por ello, y en castigo a su desobediencia, su blanco y primitivo plumaje fue cambiado por otro negro y sombrío.
Y el pájaro dio unos cortos pasos sobre el cuerpo de Nietihw, introduciendo su pico en uno de los bolsillos de la túnica. Al retirarlo, apareció el pequeño frasco de cristal que contenía los luminosos y misteriosos gránulos de arena recogidos por Sinuhé en el calvero del bosque y que habían constituido su singular

regalo de cumpleaños. Sinuhé ignoraba, por supuesto, que Gloria o Nietihw lo hubiera escondido en el fondo de su túnica. El cuervo, saltando sobre la arena, fue a depositarlo a los pies de su desconcertado y mudo observador.
-Ahora estamos en paz -repuso el cuervo dirigiendo sus ojos azabaches hacia Sinuhé-. Será suficiente que los labios de tu compañera toquen los ibos para que vuelva a la vida.
-¿Los ibos? -preguntó extrañado-. ¿Qué son?
Y el pájaro, tras picotear vanas veces la pared de vidrio del recipiente que yacía sobre la arena, abrió sus alas, dispuesto a remontar el vuelo.
-Algún día, en IURANCHA -sentenció- a los ibos les llamarán tiempo.
Sin más, batió su plumaje, elevándose entre la luz esmeralda. Pero, cuando apenas si había iniciado el vuelo, la oscura tonalidad de su cuerpo desapareció, siendo sustituida por otra blanca y deslumbrante. Y el cuervo siguió alejándose hacia el sol negro del que había surgido.

Indeciso, Sinuhé contempló el frasco de arena. No sabía cómo, pero en todo aquello adivinaba la mano de Ra. Sin embargo, su amigo había sido tragado por aquel oportuno cuervo blanco. Y este pensamiento volvió a intranquilizarle. Desvió los ojos hacia Nietihw y, al verla inmóvil e indefensa, supo que la misión de búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA había llegado a un momento sumamente delicado: él había perdido a Ra y Nietihw su corona mágica...
Pero, acostumbrado desde siempre a los cambios de suerte, no se dejó abatir. Recogió el providencial regalo de cumpleaños y, tras examinarlo, clavó sus rodillas junto al cuerpo de la hija de la raza azul. Abrió el recipiente e, incorporando ligeramente la cabeza de Nietihw, aproximó la boca del frasco a los lívidos labios de aquélla. Los gránulos se deslizaron entre destellos hasta tocar a Nietihw. En ese instante, al posarse sobre los labios, cada una de las partículas de aquella arena cenicienta perdió su luminosidad, convirtiéndose en microscópicas gotas doradas. Al contacto con aquella especie de oro potable, Nietihw reaccionó. Sinuhé sintió cómo el cuerpo de su compañera se

estremecía. Sus labios se entreabrieron y el puñado de ibos desapareció en su boca.
-¡Nietihw!
Presa de una intensa emoción, fue asistiendo a la progresiva recuperación de la mujer. La palidez se esfumó y, al poco, sus ojos se abrieron.
-¡Oh!... ¡Nietihw!, ¿qué te ocurre?
La mujer parpadeó. Finalmente fijó la mirada en el asustado rostro de su compañero. Y Sinuhé pudo verificar cómo sus hermosas pupilas emanaban sendos abanicos luminosos, formados por los siete colores del arco iris. A cada parpadeo, los arcos iris desaparecían, reapareciendo cuando Nietihw sostenía sus ojos abiertos. Y aquellos haces multicolores -según pudo comprobar el investigador- llegaban a propagarse hasta la persona, cosa o lugar que constituían el objetivo de la visión de Nietihw. Así, cuando la hija de la raza azul -totalmente repuesta-, se decidió a incorporarse, las estelas de colores que partían de sus ojos iluminaron primero su propio cuerpo y, acto seguido, a la criatura que yacía sobre la playa, la flecha y, por último, los alejados restos del navío varado.
La pregunta fatal no tardaría en producirse. Nietihw llevó las manos a sus cabellos y, al descubrir que su diadema había desaparecido, interrogó a su silencioso compañero. Éste se limitó a señalar al ser que permanecía junto a ellos.
-¿Qué ha sucedido? -le imploró, bañando el rostro de Sinuhé con aquellos catorce colores.
El investigador pasó a relatarle cuanto había vivido y presenciado y, al concluir, le interrogó a su vez sobre la razón por la que le había dejado solo en presencia de Samej, la serpiente.
Nietihw, con evidentes muestras de desaliento, se dejó caer sobre la arena. Hundió su rostro entre las rodillas y comenzó a sollozar. Pero no todo estaba perdido. Y Sinuhé, conmovido, se apresuró a consolarla. Al levantar su cabeza, el joven observó maravillado cómo las lágrimas de su amiga, en lugar de resbalar por las mejillas, eran capturadas por los abanicos de luz, deslizándose por ellos como la lluvia sobre el cristal. Y algunas de aquellas lágrimas pasaron de esta forma a los ojos y al rostro

del propio Sinuhé, quien, perplejo, sintió cómo la zozobra y la tristeza de su amiga inundaban igualmente su corazón.
-Lo siento, Sinuhé -repuso la hija de la raza azul, haciendo un esfuerzo por recordar, Elm (la E) me había puesto sobre aviso de algo... Mejor dicho, de alguien.
Sinuhé asintió, trayendo a su memoria el lanzamiento de aquella letra por encima del acantilado.
-Luego, al pisar la playa, todo fue muy rápido y confuso... Sin proponérmelo, la «W» saltó de mi diadema y me vi arrastrada por ella hasta este mismo lugar. Tendida en la arena, casi como ahora, se hallaba esa u otra criatura muy parecida. Me incliné sobre ella y, cuando casi estaba convencida de que se hallaba muerta, sus brazos se dispararon hacia mí. A partir de ese momento, no puedo recordar...
-No lo sé de cierto -añadió Sinuhé-, pero es casi seguro que sólo buscaba tu corona...
La pareja guardó silencio. Y ambos, movidos por el mismo pensamiento, dirigieron sus miradas hacia el ser que había provocado aquella inesperada catástrofe.
Sin embargo, como había intuido Sinuhé, no todo estaba perdido...

Al observar cómo Nietihw tomaba el frasco de arena entre sus manos, se decidió a formular el pensamiento que acababa de nacer en su mente y que, evidentemente, era compartido por su amiga:
-¿Crees que los ibos podrán...?
-Pronto lo averiguaremos -replicó la mujer, dirigiéndose con decisión hacia la criatura. Pero, al llegar hasta el pequeño ser, Sinuhé retuvo a su compañera.
-Un momento...
E inclinándose sobre el enjuto cuerpecillo descubrió con cierta alarma cómo la cabeza de la flecha, en lugar de perforar el pecho, había mordido con sus fauces la negra y rugosa piel, justamente en el punto donde la criatura presentaba aquel extraño emblema: un círculo rojo con otro más pequeño y negro en el centro.
-¡Dios!...

-¿Qué ocurre? -preguntó Nietihw intrigada. Sinuhé le mostró aquella especie de escudo y en tono solemne anunció.
-Esta criatura lleva sobre su pecho la bandera de Lucifer... Debemos actuar con precaución.
Nietihw retrocedió asustada. Su compañero, con gran sigilo y meticulosidad, procedió a estudiar el cuerpo del presumible servidor del Maligno. Tal y como había sospechado, la estructura de aquel ser era casi idéntica a las de aquellos que él había visto en Sotillo: una enorme cabeza, provista de dos minúsculos ojos, tan negros como su piel y rodeados de aquella extraña y repulsiva callosidad y, en el lugar que debería ocupar la boca, una especie de orificio igualmente circular.
Sinuhé no acertó a descubrir fosas nasales ni oídos. El resto del cuerpo -de un metro escaso de longitud- aparecía cubierto y protegido por una piel correosa. Los brazos, extremadamente largos y delgados, se proyectaban por debajo de las rodillas, terminando en unas manos casi infantiles, con cinco dedos iguales, pero sin pulgares. Los piececillos, en cambio, carecían de dedos.
Tampoco disponía de sexo. Sinuhé, consternado, no supo explicarse por qué aquella monstruosa criatura no ofrecía un cuerpo transparente como los que él había visto en las ocasiones precedentes. ¿Qué podía provocar aquella sustancial diferencia? Si el inquieto investigador hubiera podido conocer en aquellos momentos las tumultuosas circunstancias a través de las cuales llegaría a desvelar este nuevo misterio, lo más probable es que allí mismo hubiera rogado por el fulminante fin de su misión... Pero Sinuhé, absorto en aquella minuciosa exploración, no podía imaginar lo que les deparaba el destino.
Al reparar de nuevo en las fauces de la flecha observó con preocupación cómo entre los colmillos de hielo, que aprisionaban y desgarraban parte del tórax, no aparecía sangre. Desconfiado, pegó su oído al pecho pero, tras una atenta escucha, no percibió sonido alguno. 0 aquel ser carecía de corazón o, cosa probable, se hallaba realmente muerto... Y algo más sereno se dispuso a arrancarle la saeta. Nietihw había vencido parte de su miedo y, arrodillándose junto a su amigo, preparó el frasco con los ibos.

Nada más cerrar su mano sobre el fuste de hielo de la flecha, la reducida cabeza de Samej cobró vida y sus fauces se abrieron, dejando libre su presa. Sinuhé soltó la saeta y ésta, trazando una curva sobre su cabeza, fue a introducirse en la aljaba.
La pareja, expectante, aguardó. Pero la criatura siguió inmóvil, con los vidriosos ojos fijos en aquel cielo verde-esmeralda.
Y Sinuhé, armándose de valor, pasó su brazo izquierdo por debajo de la campanuda cabeza, despegándola de la arena. Cuando su mano rozó aquella piel rugosa como el esparto, un escalofrío le recorrió las vísceras. Procurando disimular, animó a su amiga para que abriera el recipiente y vertiese parte de la destellante arena sobre el tenebroso agujero que parecía servirle de boca...
Y Nietihw, con manos temblorosas, aproximó el frasco al rostro del monstruo.

Como medida de precaución, Sinuhé rogó a su compañera que se apartase. Sujetó los brazos de la criatura con gran firmeza y esperó.
Los finísimos y destellantes granos de arena que el cuervo blanco había denominado ibos, y que el investigador había empezado a identificar con porciones de tiempo, habían ido cayendo sobre la boca circular del ser. Y, al igual que sucediera con la hija de la raza azul, no tardaron en convertirse en aquel oro líquido. Pero, ¿tendrían el mismo efecto revitalizador que en el caso de Nietihw?
La respuesta no se hizo esperar...
Lo primero que llamó la atención de los jóvenes iuranchianos fue una potente luminosidad en el emblema situado en el centro del pecho. Por las numerosas dentelladas practicadas por la triple fila de dientes de Samej surgieron otros tantos hilos de luz, de un vivo escarlata. Una misteriosa actividad había empezado a producirse en el interior de la criatura.
Curiosamente, la mordedura de la serpiente había dejado sobre la bandera de Lucifer una figura familiar: los tres anillos concéntricos que constituían, precisamente, el símbolo contrario: el de Micael. Cada uno de estos círculos se hallaba formado por veinticuatro pequeños orificios, provocados, como digo, por los colmillos de la flecha de hielo. En total -según

contó Sinuhé-, los tres círculos sumaban 72 hendiduras, por las que escapaban otros tantos rayos luminosos.
Fascinados por aquella triple corona escarlata que brotaba de su tórax, ni Sinuhé ni Nietihw advirtieron cómo los ojos de la criatura empezaban a parpadear... Y, poco a poco, la luminosidad rojiza fue perdiendo fuerza, hasta apagarse por completo. Y la criatura, levantando su enorme cráneo, clavó sus ojos en la mujer. Nietihw, pálida, no pudo separar su mirada de aquellos impenetrables círculos. Y durante algunos minutos, sus catorce colores fueron misteriosamente absorbidos por las negras y opacas paredes que formaban tales ojos.
El rostro de Sinuhé había quedado a poco más de un palmo de aquella horrenda cabeza. Consciente del riesgo que podía suponer soltar los brazos de la criatura, continuó en la misma postura: de rodillas y a horcajadas sobre el frágil cuerpo.
El ser debió percibir el progresivo miedo, de Sinuhé. Giró entonces su cabeza hacia él y el orificio que le servía de boca se abrió. Y ante la sorpresa de la pareja, exclamó con voz ronca y cavernosa:
-Os doy las gracias por haberme concedido un nuevo período de vida... No temáis. Aunque mi misión, como la de mis hermanos, los medianes primarios, consiste en aniquilaros, en mi memoria quedan restos de un sentimiento que, ahora, es más fuerte que la orden de Belzebú...
Sinuhé, desconcertado, interrogó a su amiga con la mirada. Y Nietihw, convencida de la sinceridad del median, hizo un geste de aprobación.
Sinuhé procedió a soltar a la criatura. Sin embargo, receloso, echó mano al instante de la flecha de hielo, apuntando con ella hacia el emblema de Lucifer.
El median se puso en pie y, moviendo su cabeza negativamente, reprochó la actitud amenazante del joven:
-Mi nombre es Vana y, como os he dicho, mis creadores (Van y Amadon) supieron dotarme desde un principio del sentimiento de gratitud. ¿Cómo puedo demostrarlo?
-Si es cierto lo que dices -intervino Nietihw-, dinos cómo llegar hasta Solonia, el guardián de Edén...
Vana pareció dudar. Pero, finalmente, llevando su mano izquierda sobre los círculos rojo y negro de su pecho, habló así:

-Otros 40 000 seres como yo, residentes en IURANCHA desde la llegada de los Cien de Caligastía, velan por la seguridad de los archivos que buscáis con tanto empeño... Voy a saldar mi deuda de gratitud hacia vosotros porque (estoy seguro) mi revelación no pone en peligro el sagrado secreto que envuelve tales archivos... A Solonla sólo puede llegarse a través de los hombres Pi.
-¿Los hombres Pi? -preguntó Sinuhé al tiempo que devolvía la saeta a su carcal- ¿Quiénes son?
El median guardó silencio. Dio varios pasos en dirección a su interlocutor y, tomando entre sus dedos el collar de números que colgaba del cuello de Sinuhé, repuso:
-¿Y tú me lo preguntas?... Sólo los miembros de la Orden del Gran Número pueden llevar este distintivo... Sin embargo -pareció reflexionar Vana-, es evidente que ni tú ni la mujer sois hombres Pi.
Nietihw, cada vez más inquieta, no dejó terminar a la criatura:
-¿Y cómo podemos llegar hasta ellos?
El median se volvió entonces hacia el barco y, dirigiendo su brazo izquierdo hacia los restos, repuso:
-Dalamachia...
Antes de que pudiera proseguir, la superficie de la arena sobre la que se encontraban empezó a agitarse. Y Vana, Nietihw y Sinuhé descubrieron con horror cómo decenas de oscuros y nerviosos dedos aparecían entre sus pies...

-¡Las golem!... ¡Huid!... ¡Son las golem!
La voz del median se quebró. Una veintena de aquellas sarmentosas manos había hecho presa en sus famélicas piernas, arrastrándole hacia el interior de la tierra.
-¡Huid!
Sinuhé esquivó de un salto las primeras garras que reptaban ya hacia él y tomando del brazo a su compañera, la arrastró en dirección al navío varado...
Nietihw, presa del pánico, obedeció a su amigo, corriendo con desesperación.
Sinuhé volvió el rostro y observó cómo la cabeza de Vana desaparecía, engullida entre remolinos de polvo esmeralda.

Cuando el median fue definitivamente tragado, un enjambre de aquellas huesudas garras, saltando y avanzando como un ejército de oscuras arañas, se precipitó tras la pareja.
Jadeantes siguieron corriendo hacia el casco, pero el avance sobre la arena resultaba cada vez más lento y fatigoso. Y las manos, mucho más ágiles, fueron ganando terreno.
Cuando apenas faltaban cincuenta metros para alcanzar el buque, una de las garras, más veloz que el resto, hizo presa en la túnica de Nietihw. Y la hija de la raza azul, al sentirla, se detuvo, paralizada por el miedo.
-¡No! -le gritó Sinuhé- ¡Sigue!... ¡Sigue!
Los afilados dedos empezaron a tirar hacía el suelo, mientras el resto de las manos, adivinando la crítica situación de los humanos, frenó igualmente su atropellado avance, deslizándose ahora con movimientos lentos y calculados.
Sinuhé, sin pensarlo, extrajo la flecha de hielo y, levantándola por encima de su cabeza, asestó un preciso golpe sobre la garra. Y las fauces de Samej, abiertas desde el instante mismo en que fuera retirada de la aljaba, se cerraron como un cepo mortal sobre las nervudas articulaciones de la cara posterior. Los dedos, heridos por la cabeza de la saeta, soltaron la túnica y Nietihw, ante los imperiosos gritos de su compañero, siguió huyendo hacia el barco.
El investigador, sin pérdida de tiempo, colocó la flecha en su arco y, apuntando hacia el hervidero de garras, disparó. Pero la saeta, con su presa entre los dientes, fue a caer en la arena, entre el arquero y el enfurecido enjambre. Al punto, ante los atónitos ojos del iuranchiano, entre continuos estertores, las puntas de aquellos cinco agonizantes dedos comenzaron a prolongarse, apareciendo en cada una de ellas sendas cabezas de serpiente. Y las nuevas cinco Samej cayeron a su vez sobre otras tantas garras. Y éstas, sufriendo idéntica metamorfosis, fueron a clavarse sobre el resto de las manos que, desconcertadas, empezaron a retroceder.
Sinuhé, aprovechando la confusión, corrió tras los pasos de Nietihw. Ésta, desde lo alto de la cubierta del navío, tenía los ojos fijos en aquel cimbreante bosque de implacables serpientes que, poco a poco, había ido exterminando a las diabólicas y enigmáticas golem.

Sin respiración, su compañero alcanzó al fin el inclinado casco. Pero, antes de saltar junto a Nietihw, algo le llamó la atención. En aquella banda de babor, junto a la proa, podía leerse aún un desgastado nombre: DALAMACHIA.

Al verle aparecer sobre la carcomida cubierta, Nietihw, presa de un ataque de nervios, se arrojó en brazos de su amigo.
Sinuhé, sin perder de vista la singular batalla que tenía lugar sobre la playa, acarició sus cabellos, procurando tranquilizarla.
Sin embargo, cuando sus corazones latían aún vertiginosamente, otro suceso vino a conmocionarles: de improviso, aquella atmósfera verdosa que les envolvía se oscureció. Y todo quedó sumido en una luz violeta...
-¡Dios mío!... ¿Qué es esto?
Ante el desconcierto de la pareja, el sol negro corría ya muy próximo al horizonte, a punto prácticamente de ocultarse tras una de las cadenas montañosas.
-Debemos darnos prisa -reaccionó Sinuhé, intuyendo que aquellos cambios de coloración en la atmósfera debían guardar una estrecha relación con el movimiento del extraño sol-; es preciso que busquemos el camino hacia los hombres Pi...
Nietihw asintió.
Aquella brusca oscuridad violácea, sin embargo, había venido a complicar la ya angustiosa situación de nuestros amigos. La cubierta del buque apenas si era visible y la playa, por supuesto, sólo constituía una tenebrosa incógnita. ¿Qué había sucedido con Samej?
Sinuhé comprobó que la saeta no había regresado a su aljaba. Y un inquietante pensamiento comenzó a hostigarle: ¿habrían vencido las golem a su única aliada?
Ni la hija de la raza azul ni su compañero estaban dispuestos a esperar el resultado de aquel sangriento encuentro entre la cabeza de la serpiente y las manos amputadas. Y Sinuhé, recordando la última indicación de Vana, el median rebelde, sugirió a Nietihw que descendieran cuanto antes a las profundidades de la embarcación. Quizá allí, en alguna parte del viejo casco, encontrasen el camino hacia los enigmáticos hombres Pi.

La mujer, movida por un irrefrenable deseo de alejarse de las golem, accedió al momento. Los haces multicolores de sus ojos iluminaron la cubierta, descubriendo hacía popa la que parecía la única entrada. Los arcos iris de la mujer exploraron fugazmente la oscura cámara y, tras lanzar una última ojeada a la playa, Sinuhé introdujo su arco de hielo por el escotillón, comprobando con gran contrariedad que la distancia hasta el fondo de la bodega era superior a los cinco metros. ¿Cómo podían salvar semejante altura? Ra había desaparecido y, para colmo, la diadema cósmica de Nietihw había sido robada y enterrada por una de aquellas golem...
La mujer comprendió el problema y, señalando el collar de números que portaba su amigo, le sugirió que lo utilizase.
-Pero, si apenas alcanza medio metro de longitud... -esgrimió Sinuhé, descartando la idea.
Nietihw sonrió y tomando el collar entre sus manos le pidió que recordase a qué letra hebrea se hallaba ligado el número pi.
-A samej -contestó aquél, sin saber adónde quería ir a parar.
-¿Y cual es su valor numérico? -insistió la hija de la raza azul.
-Sesenta... ¡Claro! -descubrió al fin el miembro de la Orden de la Sabiduría-. ¡Sesenta!
Y haciéndose con la cadena de números flotantes invocó la letra y su número sagrado:
-¡Samej!... ¡Sesenta!
Al momento, a los quince primeros dígitos del número pi se encadenaron otros cuarenta y cinco, hasta formar una secuencia de sesenta.
Y sin dudarlo, Sinuhé arrojó por el escotillón la mágica cuerda de números. Y Nietihw, con gran decisión, fue la primera en descender por la improvisada escala.
El investigador dudó. ¿Clavaba el primer número -el 3- en el marco de madera del escotillón y se deslizaba así hasta la bodega, o recogía la cuerda y salvaba la distancia de un salto? Si se inclinaba por la primera solución, lo más probable es que no pudiera recuperar su collar, ahora convertido en un largo cabo... Y en una de sus típicas reacciones, arrolló nerviosamente la cadena en torno a su cintura, lanzándose al vacío.

Al verlo caer, Nietihw profirió un grito, ocultando el rostro entre sus manos. Y al cerrar sus ojos, la oscuridad en el fondo del barco fue total.
Sinuhé, en su celo por conservar la mágica cuerda, no había calculado bien la distancia. En realidad eran siete los metros que debía salvar. Y, cuando estaba a punto de estrellarse, algo vino a frenar la caída.
La hija de la raza azul retiró sus manos y los haces de colores volvieron a iluminar el lugar. El cuerpo del inconsciente reportero se balanceaba como una pluma a poco más de metro y medio del suelo. Nietihw acudió en su ayuda, descubriendo entonces por qué su amigo había quedado providencialmente suspendido en el aire: Samej, la saeta de hielo, aparecía cimbreante a su espalda, con sus fauces clavadas en el cinturón de números.
Lentamente, la flecha fue descendiendo, hasta que los pies de Sinuhé tocaron el fondo de la bodega. Una vez a salvo, la cabeza de la serpiente soltó su presa, reincorporándose al vacío carcaj.
Repuestos del susto, ambos se dedicaron a una exhaustiva exploración del lugar. Los ojos de Nietihw, única fuente de iluminación, recorrieron la estancia, comprobando con sorpresa que se hallaban en una reducida y vacía estancia... de forma piramidal. Curiosamente, el vértice donde confluían los cuatro inclinadísimos tabiques lo constituía el escotillón por el que acababan de bajar.
A los pocos minutos, sorpresa y desilusión eran los sentimientos dominantes en los corazones de nuestros aventureros. Sorpresa porque, según pudieron verificar, aquellas cuatro caras de la pirámide no estaban construidas a base de madera, como la cubierta y el exterior del casco. Los supuestos mamparos se hallaban formados por veintitrés hileras de piedras cada uno. Y cada hilera, a su vez, integrada por graníticos bloques rectangulares...
Desilusión porque, por más que palparon y revisaron, allí no había puerta o conducto algunos.
-¿Qué es esto...? ¿Habremos equivocado el camino? -manifestó Sinuhé, dirigiendo una impaciente mirada a la violácea claridad que se recortaba desde el escotillón.

Pero su compañera, semiarrodillada frente a uno de los muros, no parecía atender los comentarios de su amigo. Sus dos abanicos multicolores se hallaban concentrados en una misteriosa pintura en la que apenas habían reparado hasta ese momento.
Sinuhé, cada vez más inquieto, seguía hablando solo, tentando con frenesí aquellas hileras de frías piedras, trazadas y ajustadas de forma impecable. Y, de pronto, sin saber por qué, tuvo el presentimiento de que habían caído en una trampa...

Sin embargo, optó por silenciar aquella súbita sensación. E, intrigado por el silencio de su compañera, terminó por unirse a ella. Ante sus ojos, ocupando buena parte de uno de los muros, aparecía, no una pintura, sino un delicado relieve, tallado sobre la apretada red de bloques rectangulares. Los catorce colores que emanaban de Nietihw fueron paseándose de arriba abajo y de izquierda a derecha, mostrando al miembro de la Escuela de la Sabiduría una conocida muestra del milenario arte egipcio: un círculo -símbolo del dios Ra-, del que partían nueve largos rayos luminosos cuyos extremos eran rematados por sendas manos humanas. Tras unos minutos de atenta observación, Sinuhé pidió a la hija de la raza azul que concentrase toda su luz en aquellas manos. Nietihw obedeció, descubriendo, a su vez, que, en cada una de las palmas, aparecía labrada una pequeña letra hebrea.
... D... A... L... A... M... A... CH... I... A...
La voz del investigador, leyendo y traduciendo cada uno de estos caracteres, se propagó por el estrecho y puntiagudo recinto con un eco solemne.
-Dalamachia -repitió Sinuhé, sumido en profundas cavilaciones.
Pero el insólito criptograma no concluía ahí. Nietihw bajó los ojos, iluminando al pie del ideograma una serie de jeroglíficos. Y el soror, adiestrado por la Logia secreta en la lectura e interpretación de la triple escritura de Egipto -la jeroglífica, la hierática y la demótica-, no tardaría en comprobar que aquellos grafismos correspondían a esta última: la de los muy iniciados...
Nietihw dejó que su compañero ultimara la traducción de la referida leyenda. Y, al fin, con una exclamación de triunfo, procedió a leer en voz alta:

-Si, Nietihw... Ahora comprendo. Escucha: ¡Oh Ra!... La lengua sagrada ilumina el número de tu ojo: llave de Dalamachia.
La mujer, sin comprender el significado de aquellas palabras, le rogó que se explicase con claridad.
-Alguien (no sé quién) ha escrito en este muro la clave para entrar en Dalamachia...
-Pero -le interrumpió la hija de la raza azul- ¿qué es Dalamachia?
Sinuhé se encogió de hombros.
-Eso no lo sé... Sin embargo, tal y corno nos indicó Vana, ese nombre debe guardar alguna relación con los hombres Pi... Y la única forma de averiguarlo es poner en práctica lo que esconde este relieve.
-¿Y qué debemos hacer?
-Observa -señaló el joven- que la lengua sagrada en cuestión sólo puede ser la hebraica: la que forma la palabra Dalamachia.
-Sigo sin comprender...
-Observa igualmente -continuó Sinuhé con un creciente entusiasmo- que cada una de estas letras hebreas tiene un valor numérico... Pues bien, si sumamos todos y cada uno de esos valores, ¿qué número crees que se obtiene?
Esta vez fue Nietihw la que se encogió de hombros.
-¡El seis! -estalló Sinuhé.
-Otra vez el seis... -murmuró la mujer con un cierto aire de preocupación.
-Sí. Fíjate... No hay duda...
Y Sinuhé, arrodillándose frente a las nueve manos, entonó la primera letra -la D-, como si de un mantra se tratase:
-¡Daleth!.... el cuatro...
El eco se propagó por la pequeña pirámide y, de pronto, en el centro del disco o círculo superior se destacó un intenso punto rojo.
-¡Dios mío!... ¡Sinuhé: mira!
Estupefacta, la pareja permaneció unos segundos con la vista fija en el redondel de piedra. ¿De dónde procedía aquella luz rojiza?
Sinuhé, comprendiendo que el canto de cada una de aquellas letras provocaba la activación de algún resorte o mecanismo secreto en el círculo, se apresuró a entonar la segunda:

-¡Aleph!..., el uno.
Un nuevo eco se confundió con los restos del primero y, tal y como había supuesto, un segundo punto rojo apareció en el símbolo solar.
-¡Lamed!..., el treinta. Corno un milagro, al pronunciar la L, una tercera ascua escarlata brilló en el gran círculo.
-¡Aleph!..., el uno.
-¡Mem!..., el cuarenta.
-¡Aleph!..., el uno.
-¡Cheth!..., el ocho.
Al cantar la CH, un séptimo punto -también rojizo- se abrió en el disco y Nietihw, que seguía iluminando la parte superior del relieve con sus arcos iris, susurró al tiempo que se aferraba, temerosa, al brazo del exultante Sinuhé:
-¡No sigas!
Pero, haciendo caso omiso de las cautas palabras de la mujer, entonó la penúltima letra:
-¡Yod!..., el diez.
En el centro del círculo, los ocho puntos formaban ya la figura de un «6» de un vivísimo escarlata. Y Sinuhé, al verlo, repitió victorioso la leyenda que acompañaba el ideograma:
-Sólo la lengua sagrada ilumina el número de tu ojo: llave de Dalamachia.
Pero, antes de que el investigador llegara a cantar la última A, una corriente de aire helado procedente del escotillón los indujo a mirar hacia lo alto...

Los haces multicolores de los ojos de Nietihw iluminaron entonces una figura cuadrangular. Se hallaba suspendida a corta distancia sobre la boca -también cuadrada- por la que habían penetrado en el interior del barco. Y la pareja, intuyendo nuevos y graves acontecimientos, se apresuró a situarse en la vertical del referido escotillón. En esos precisos momentos, mientras observaban cómo aquella especie de losa se precipitaba hacia el truncado vértice de la pirámide, Sinuhé experimentó nuevamente la angustiosa sensación de que habían caído en una trampa. El chasquido de la pieza, encajando y cerrando el escotillón, fue la trágica confirmación.
-¡Oh, no!... ¡Estamos atrapados!

Nietihw, temblorosa, se aferró de nuevo a Sinuhé, implorándole que hiciera algo. Pero el miedo del investigador era tan intenso como el de su compañera y, a pesar del viento helado que había precedido al cierre del recinto, su rostro empezó a sudar copiosamente.
Fueron necesarios algunos e interminables minutos para que, al fin, sobreponiéndose, se decidiera a actuar. Aparentando calma, rogó a su amiga que iluminara de nuevo uno de los oblicuos muros de la pirámide. Nietihw accedió entre sollozos. Y ante el desconcierto de la hija de la raza azul, se dedicó a contar las sucesivas hileras de piedras que armaban el muro.
Concluido el recuento, se dirigió a la pared contigua, repitiendo la operación con un mutismo irritante.
Al terminar, su rostro se iluminó. Nietihw supo entonces que su enigmático amigo había descubierto algo. Pero, dominando su incertidumbre, prefirió guardar silencio y esperar.
Sinuhé contó igualmente las hileras de piedras del tercer y cuarto muros y, una vez satisfecha su curiosidad, dio una palmada, exclamando con un hilo de esperanza:
-¡Nietihw, creo que estoy en lo cierto...!
La mujer le miró anhelante.
-Cada una de estas paredes -añadió el soror- consta de veintitrés hiladas o filas de bloques de piedras. Y las cuatro, como puedes observar, rematan la cúspide de una pirámide... ¿No te dice nada todo esto?
Nietihw reflexionó:
-¿La cúspide de una pirámide? ¿Veintitrés hiladas de piedra?...
Sinuhé no llegó a captar el gesto de impotencia en el rostro de su amiga. Absorto en sus meditaciones había vuelto sobre uno de los muros, procediendo a medir la altura de vanos de aquellos sillares.
-¡Exacto! -comentó para sí-. ¡Once décimas de paso!... Ahora sólo resta una última comprobación.
Y ante los atónitos ojos de Nietihw empezó a caminar -de norte a sur y de este a oeste- sobre la cuadrada plataforma que formaba el piso de la pirámide.
-No hay duda. Cada lado de este cuadrado -repuso-, suma algo más de veintiún pasos: la famosa unidad lineal del antiguo Egipto. Es decir, teniendo en cuenta que cada uno de estos

pasos egipcios equivale a 0,5432 metros..., sí, poco más o menos la mitad... Eso significa unos once metros.
Nietihw, consumida por la impaciencia y aterrorizada ante la idea de aquel enterramiento en vida, estalló:
-¡No entiendo nada, Sinuhé! ¿Qué es lo que te propones? ¿Cómo vamos a escapar de esta trampa?
-No pierdas los nervios... Si no me equivoco, nos encontramos en la parte superior de la Gran Pirámide de Keops...
La mujer, temiendo que aquella serie de infaustos sucesos hubiera podido trastornar la mente de su compañero, tomó sus manos entre las suyas e iluminando el rostro de Sinuhé con sus arcos iris, le interrogó sin poder ocultar su preocupación:
-¿Estás bien?
Sinuhé comprendió y, esbozando una media sonrisa, replicó:
-Todo lo bien que puede permitirme esta locura. Y saliendo al paso de las lógicas dudas de Nietihw, le detalló cuanto había averiguado:
-Tú sabes que en la actualidad... Es decir -rectificó-, en esa actualidad a la que pertenecíamos antes de saltar a este extraño mundo, la famosa Gran Pirámide del rey Keops se halla o se hallaba truncada.
La hija de la raza azul asintió. Ella, como Sinuhé, sabía que la cima de dicha pirámide fue mutilada siglos atrás; muy probablemente en el siglo IX, en tiempos del califa Al-Mamum, que fue quien ordenó el desgraciado desmantelamiento de los bloques de piedra del revestimiento de la citada construcción.
-Pues bien, según todos los egiptólogos, en un principio, la Gran Pirámide estaba compuesta por 226 hiladas de bloques. En esa actualidad o tiempo o mundo de los que procedemos, la referida tumba de Keops sólo presenta 203 hiladas. Faltan, por tanto, 23...
Sinuhé señaló entonces los cuatro muros que les encarcelaban, sentenciando:
-Casualmente, este remate piramidal tiene las mismas hiladas y dimensiones que la cúspide arrebatada a la Gran Pirámide: veintiún pasos y pico en su base o, sí lo prefieres, once metros y medio y algo más de trece pasos de altura.
-¿No puede tratarse de un error o de una casualidad?

Sinuhé volvió a sonreír. Él, como miembro de la Logia secreta de la Sabiduría, había sido adiestrado en la llamada Mística de los Números, practicada de forma sistemática por los egipcios y, muy especialmente, por los constructores de pirámides.
-No ignoras -replicó- que la mística del número (auténtica religión para los egipcios) les exigía que toda cantidad, cualquiera que fuera su naturaleza, debía reflejar el simbolismo de la Justedad. A su vez, esta Justa Medida era el símbolo de la virtud humana. Y una de las más importantes manifestaciones de esa Justedad lo constituían los llamados triángulos rectángulos sagrados. Los egipcios los utilizaron en todas sus construcciones importantes y la Gran Pirámide no fue una excepción. En mis estudios sobre esta Maravilla pude constatar cómo, a partir de la hilada 203 (sobre la que nos encontramos en este instante) únicamente la 226 equivalía cuantitativamente al diámetro potencial de una circunferencia de 709,9999 de longitud, cuya fracción infinitesimal hace que su lectura virtual sea de 710 enteros, convirtiéndose, con su diámetro de 226 enteros, en la más perfecta circunferencia, símbolo, como te digo, de esa Justa Medida..., y testimonio evidente del conocimiento que tenían sus constructores de la razón existente entre el diámetro y su circunferencia.
Por otra parte, una de esas medidas que acabo de verificar (siete metros y pico de altura) equivale a la vigésima parte del volumen de la Pirámide, de 270 pasos o 146, 6 metros de altura...
Sinuhé advirtió que Nietihw apenas si podía seguir -y mucho menos comprender- las explicaciones matemáticas que estaba recibiendo. Y resumiendo su descubrimiento, concluyó:
-Quiero decirte que sólo la Gran Pirámide de Keops reúne o reunía las medidas concretas a que estoy refiriéndome. En consecuencia, y no me preguntes cómo ni por qué, estamos prisioneros en lo más alto de la misma.
Nietihw no tuvo tiempo de formular la siguiente y más importante cuestión: ¿cómo escapar de aquel angustioso encierro? Las mediciones de Sinuhé habían interrumpido las sucesivas invocaciones de las letras sagradas y esto, a la vista de lo que empezaba a brotar en el cabalístico relieve, podía precipitar los acontecimientos...

Ocho de las nueve manos humanas que remataban los rayos luminosos que nacían del disco o símbolo solar habían empezado a cobrar vida. Nietihw se percató de ello y, desconcertada, señaló el relieve, al tiempo que lo iluminaba con sus haces multicolores. Y la pareja, muda y paralizada por la sorpresa, observó cómo aquellos dedos de piedra se contraían y articulaban, pujando por desprenderse del muro. Sólo la última mano -la que presentaba en su palma la A que completaba la palabra Dalamachia- seguía manteniendo su primitivo y pétreo aspecto.

Y, de pronto, la primera de las manos se cerró violentamente, aplastando en su interior la letra D. La hija de la raza azul enfocó sus arcos iris sobre dicha garra, comprobando con espanto cómo las afiladas falanges se teñían de negro. Al momento, con un crujido siniestro, la garra se quebró a la altura de la muñeca, cayendo sobre el enlosado.

-¡Las golem!

Nietihw y Sinuhé retrocedieron hasta el centro de la pirámide, mientras el resto de las convulsivas y serpenteantes manos iban cerrándose, pulverizando cada una de las letras alojadas en sus respectivas palmas. Y una tras otra, -al igual que la primera, fueron desprendiéndose del relieve, cayendo sobre el piso y avanzando lenta y amenazadoramente hacia los iuranchianos.

-¡Sinuhé!, ¿qué podemos hacer?

El primer impulso del hombre fue echar mano de su flecha de hielo. Pero, antes de utilizar a Samej, entonó la última de las letras sagradas:

-¡Aleph!..., el uno.

El eco del nuevo mantra rebotó enloquecido en los muros de la cúspide de lo que Sinuhé suponía la Gran Pirámide de Keops. Y, al momento, apareció un noveno y postrero punto escarlata, configurando un definitivo 6 en el centro del disco del ahora mutilado altorrelieve.

A partir de esos instantes, todo se precipitó. Las golem, como si intuyeran que sus presas podían escapar nuevamente, arquearon los oscuros dedos, dispuestas, al parecer, a saltar como felinos sobre la pareja. Pero, como digo, los acontecimientos iban a atropellarse unos a otros...

Los nueve pequeños círculos que emitían la luz rojiza abandonaron de pronto su forma de 6 y, adoptando una posición horizontal, se convirtieron en un almendrado ojo.
-¡Mira, Nietihw! -exclamó Sinuhé, convencido de que aquél tenía que ser el ojo a que hacía referencia la misteriosa inscripción.
Y el ojo comenzó a parpadear desde el centro del círculo de piedra. Y a cada parpadeo, del ojo de Ra fueron expulsados millones de copos blancos y luminosos, idénticos a los ibos que habían visto ascender desde la arena del calvero. En segundos, todo -incluidos los muros y el pavimento de la pirámide- fue cubierto por las torrenciales emisiones de corpúsculos. Y antes de que las garras, igualmente bañadas por los ibos, llegaran a reaccionar, éstos cristalizaron, convirtiéndose en innumerables y minúsculos espejos triangulares.
Sólo los cuerpos de Sinuhé y Nietihw se vieron libres de dicha transformación.
Las golem -desconcertadas- contuvieron el inminente ataque. Aquella constelación de espejos había empezado a reflejar las nevadas y relucientes figuras de los humanos en miles de puntos opuestos, incluidas las abruptas superficies de las garras. Y los catorce colores que partían de los ojos de Nietihw, reflejados ahora en el mosaico de espejos que constituía cada una de las 1 185 piedras rectangulares que formaban las cuatro paredes, así como en las losas del pavimento y en las igualmente espejeantes manos, llenaron el recinto con más de cien mil bandas multicolores que se entrecruzaban y reflejaban de nuevo, formando una diabólica tela de araña.
Sin embargo, tras los primeros momentos de confusión, vanas de las golem saltaron hacia el centro de la pirámide. Y sus curvadas uñas hicieron blanco en los rostros de Nietihw y de Sinuhé...

Las garras, al comprobar que su ataque había sido certero, se ensañaron con los cuerpos de la pareja. Vanas de las golem estrangularon los cuellos de los iuranchianos, mientras otras, sedientas de sangre, disparaban sus dedos sobre los ojos, clavándolos como garfios.
Al perforar los globos oculares, los arcos iris se extinguieron y, con ellos, el laberinto multicolor que llenaba la pirámide. Sólo

los millones de copos blancos que cubrían las hieráticas figuras de Sinuhé y de la hija de la raza azul siguieron destellando en la oscuridad. Casi simultáneamente, los inmóviles cuerpos de nuestros aventureros empezaron a desmoronarse.
Como si, en efecto, se tratase de estatuas de arena, aquellas esfinges se vinieron abajo, arrastrando a las golem en su desintegración.
Coléricas, las garras fueron emergiendo de entre los luminosos montones de ibos en que habían quedado reducidos Nietihw y su compañero. Pero, para cuando las amputadas y espejeantes manos lograron desembarazarse de los refulgentes gránulos, otro increíble suceso estaba a punto de consumarse: cegadas por aquel instinto asesino, las golem no habían reparado en el disco de piedra y en su enigmático y parpadeante ojo... Éste, separándose del muro, sobrevoló el lugar, deteniéndose sobre las garras. Su parpadeo se hizo entonces más y más rápido y los millones de ibos fueron absorbidos hacia lo alto, penetrando como un torbellino por la pupila escarlata. Y el ojo de Ra multiplicó su fulgor, hasta convertirse en una esfera rojiza y palpitante. Las golem se replegaron hacia uno de los ángulos de la pirámide y, de pronto, la pequeña nube esférica comenzó a gotear, salpicando de rojo el gran espejo que cubría el enlosado. Dos de aquellas gotas aumentaron de tamaño y el resto, impulsado por un oculto poder, se distribuyó a su alrededor, formando un sanguinolento entramado que comenzó a hincharse sobre el pulido pavimento.
Lo que había sido el ojo de Ra terminó por disolverse y, cuando la última gota escarlata se precipitó sobre la monstruosa forma que seguía creciendo sobre el suelo de la pirámide, la totalidad de los espejos se agrietaron. Y con un bramido, aquella figura se despegó hacia lo alto, iluminando la cámara con dos enormes y circulares ojos inyectados en sangre: ¡era Samej, la serpiente! Su corpulento cuerpo continuó emergiendo entre las losas, mientras su cabeza giraba y se balanceaba en el aire, en busca de algo... Al fin, el ofidio descubrió a las golem. Arqueó el vientre y, abriendo sus fauces, exhaló un espeso chorro de humo verde que cubrió a las garras.
Concluida su misión, el cuerpo de Samej retrocedió, hundiéndose y desapareciendo por el mismo orificio por el que

había brotado. Cuando sus inmensos ojos circulares se perdieron definitivamente bajo las losas, éstas se cerraron tras la serpiente y las tinieblas reinaron de nuevo en la pirámide. Pero, ¿qué había ocurrido con las golem? Y, sobre todo, ¿qué había sido de Sinuhé y de la hija de la raza azul?

Cuando Sinuhé volvió en si, sus ojos resultaron lastimados por los intensos abanicos luminosos que manaban de Nietihw. La hija de la raza azul, arrodillada, sostenía entre sus manos la cabeza de su amigo.
-¡Oh, Dios mío! -suspiró aliviada-. ¡Al fin!
El miembro de la Escuela de la Sabiduría apartó la vista de su compañera, tratando de recordar. Pero, por más que bregó con su memoria, apenas si acudieron a su cerebro algunos recuerdos tan brumosos como inconexos. Veía, sí, aquella lluvia de copos blancos que terminaría por cubrirles y los miles de espejos en el interior de la pirámide. A partir de esos instantes, todo se difuminaba.
Interrogó a Nietihw, pero ésta negó con la cabeza. ¿Qué les había sucedido? ¿Dónde estaban?
Con movimientos inseguros, ayudado por su amiga, se puso en pie. Los arcos iris proyectados por aquélla recorrieron el lugar y ambos comprendieron que se hallaban en una cámara de forma cúbica, de unos dos metros de lado y construida a base de sólidos bloques de granito. En una de las caras se abría un túnel, con una boca estrecha y rectangular. En cuclillas se asomaron al mismo, pero sólo distinguieron un largo y negro corredor descendente de un metro escaso de altura por ochenta centímetros de anchura.
La pareja, movida por un mismo sentimiento de recelo, prefirió evitar, de momento, la idea de aventurarse por aquel tenebroso lugar. Sinuhé palpó las rugosas paredes de la angosta sala en la que habían aparecido. Por más vueltas que le dio al asunto, no supo cómo ni por qué habían llegado hasta allí. Nietihw fue iluminando puntualmente cada una de las áreas y ángulos solicitados por su compañero y, finalmente, el soror de la Gran Logia guardó silencio, cayendo en una de sus acostumbradas y herméticas reflexiones. Para él, aquel inexplicable cambio de escenario tenía que ser obra de Ra. Pero no era éste el

pensamiento que le atormentaba. Si sus cálculos no estaban equivocados, aquella cámara y el túnel que partía de la misma tenían que guardar una estrecha relación con el interior de la Gran Pirámide de Keops. Y aunque intentó disimularlo, un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza.

-¿Qué te ocurre? -le interrogó Nietihw.

Pero Sinuhé, al menos de momento, no estaba dispuesto a inquietar a su amiga con lo que sólo eran elucubraciones. Él había estudiado la estructura interna de la Gran Pirámide y sabía de la diabólica red de pasadizos, cámaras y pozos trazada por sus constructores, y lo difícil que podía resultar evadirse de los mismos. Otros muchos antes que ellos -especialmente saqueadores de tesoros- lo habían intentado y la mayoría, al no hallar la salida, había enloquecido y muerto en dicho laberinto. Pero, naturalmente, podía estar equivocado...

-Nada, no me sucede nada -repuso, haciendo un esfuerzo-. Quizá sea el frío...

Efectivamente, por la boca del túnel se percibía una sutil corriente de aire fresco. Y el investigador, señalando dicha entrada, animó a Nietihw a proseguir la búsqueda de los hombres Pi. En realidad no tenían otra alternativa. Aquella cámara, con sus desnudos e inmensos bloques de piedra, empezaba a resultar angustiosa y asfixiante.

Y la pareja se dispuso a penetrar en aquel inquietante y tenebroso pasadizo. Antes, a requerimiento de Sinuhé, llevaron a cabo un inventario de cuanto conservaban. Inexplicablemente, el arco de hielo, la aljaba y la solitaria saeta habían desaparecido. Por el contrario, la cadena con los sesenta primeros dígitos del número pi seguía arrollada a la cintura de Sinuhé.

En cuanto a Nietihw, su único bagaje era el pequeño frasco de cristal con los ibos.

Y Sinuhé, presintiendo graves e inminentes dificultades, volvió a echar de menos a su desaparecido amigo: el disco...

La suerte -una vez más- estaba echada. Y tomando a Nietihw de la mano, se adentraron en el silencioso y negro corredor...

Lo angosto del túnel les obligó a caminar encorvados, con las barbillas pegadas a sus rodillas. Sinuhé, rozando con su cuerpo

la pared izquierda, se situó ligeramente en cabeza, mientras Nietihw, asida a su mano derecha, procuraba iluminar el resbaladizo y cada vez más inclinado corredor. Sin embargo, los haces multicolores que brotaban de sus ojos no terminaban de localizar el fondo del pasadizo. Y un creciente temor fue apoderándose de ellos. ¿Qué les aguardaba al final de aquel oscuro túnel?
Durante los primeros metros, sólo el rítmico arrastrar de los pies sobre el tosco piso y sus respiraciones, cada vez más fatigosas, rompieron el espeso silencio, tan impenetrable como los muros entre los que se deslizaban.
Sinuhé, ante la progresiva inclinación del pasadizo -en aquel punto debía oscilar alrededor de los veinticinco grados-, detuvo su marcha. Convenía adoptar precauciones y así se lo comunicó a Nietihw. Ésta, buscando una mayor estabilidad, dejó libre la mano derecha de su compañero. Y presionando ambos muros laterales con sus respectivas palmas, trató de frenar así la inercia impuesta por la pendiente.
De pronto, algo llamó la atención del investigador. Sus ojos habían quedado fijos en el techo del pasadizo. La hija de la raza azul concentró su mirada hacia aquel punto y los catorce colores iluminaron tres series de jeroglíficos, toscamente pintados en rojo.
Tras una breve observación, el soror comprobó que se trataba de unas marcas, probablemente hechas por los picapedreros que habían trabajado en la construcción, y que -en una escritura oval y típicamente egipcia- reproducía los siguientes nombres: Kufu-Knem Kufu-Knem.
-¡Dios mío! La exclamación de Sinuhé, cargada de negros presagios, sólo sirvió para inquietar aún más a su compañera. Y Nietihw, en su afán por descubrir la razón de aquel lamento, dejó atrás a su amigo, caminando precipitadamente hacia la zona sobre la que se distinguían las cartelas.
Sinuhé no tuvo tiempo de detenerla. Y antes de que pudiera evitarlo, los pies de la mujer resbalaron y la hija de la raza azul se precipitó de bruces hacia el fondo del túnel.
-¡Sinuhé..., auxilio!

El grito se propagó como un cañonazo por el estrecho corredor, helando la sangre de su amigo, que no tardó en perderla de vista.
Durante algunos segundos, el eco del alarido se mezcló con el continuo y cada vez más apagado roce del cuerpo de Nietihw sobre la resbaladiza pendiente. Después, tras unos instantes interminables, volvió a escuchar un segundo grito. Esta vez, más agudo y terrorífico. Y, súbitamente, la voz de su amiga se quebró. Y el silencio lo llenó todo.
A tientas y con el corazón encogido, Sinuhé se lanzó pasadizo abajo. Pero, como le sucediera a Nietihw, a los tres o cuatro pasos perdió el equilibrio, rodando por el tobogán.
Finalmente, tras una inacabable serie de golpes contra los muros, fue a dar con sus maltrechos huesos en un rellano, también de piedra. Aturdido, se incorporó como pudo pero, al descubrir lo que se levantaba frente a él, a punto estuvo de caer desmayado.
Aquel túnel descendente le había conducido hasta una segunda cámara, notablemente más espaciosa que la primera. En uno de sus muros -el situado frente a la boca del pasadizo que acababa de abandonar-, el cuerpo de Nietihw, de espaldas a Sinuhé, aparecía firmemente abrazado por un ser que, en un primer momento, el aterrado investigador asoció con un esqueleto.
-¡Jesucristo!

Fue aproximándose cautelosamente. Los arcos iris de su inmóvil compañera, fijos sobre el muro, proporcionaban al recinto una mediocre claridad. Aquella aparente contradicción le confundió aun más. Nietihw, en pie y con el cuerpo pegado a la pared, permanecía en la más absoluta inmovilidad, firmemente sujeta por la espalda por aquellos larguiruchos brazos. Si está desmayada -reflexionó-, ¿cómo es posible que sus ojos sigan manando luz? La respuesta llegaría cuando Sinuhé, en actitud defensiva, se situó frente al costado derecho de su desventurada amiga.
-¡Dios de los cielos!...
Los haces multicolores le revelaron entonces la verdadera naturaleza del ser que él había confundido con un esqueleto: la hija de la raza azul se hallaba atrapada por unos brazos

momificados..., que salían de la piedra. Aquellas correosas extremidades superiores y un cráneo -igualmente momificado, que brotaba también del muro por encima de Nietihw- constituían la repulsiva criatura que atenazaba a su compañera.
-¿Cómo es posible? -musitó, al tiempo que golpeaba la piedra con su puño-. ¡Esto es puro granito...!
Su primera y lógica impresión fue que los restos de aquella momia habían sido sepultados en el interior del enorme y sólido muro. Pero ¿cómo?
Una vez seguro de la macabra naturaleza de aquellos acartonados brazos, semicubiertos de polvorientas tiras de tela, toda su atención se centró en Nietihw. Efectivamente, respiraba. Las palmas de sus manos se hallaban pegadas a la pared, como tratando de rechazar aquel siniestro abrazo. Su cabeza, incomprensiblemente recta y echada hacia atrás, apuntaba hacia el cráneo que sobresalía por encima suyo. Sus ojos, abiertos al máximo, reflejaban un espanto que hizo temer a Sinuhé por su vida. En realidad era aquel pánico insuperable -más que el abrazo de hierro- lo que la mantenía paralizada.
Sinuhé, guiado por el instinto, hizo presa en uno de los brazos, tirando con todas sus fuerzas. Pero el cepo no cedió un sólo milímetro. Volvió a intentarlo desde otro ángulo, pero resultó igualmente inútil. Aquel amasijo de tendones y músculos presentaba la misma consistencia que el granito al que se hallaba unido. Y el miembro de la Escuela de la Sabiduría, sofocado, se dejó caer contra el muro, luchando por hallar una solución. Si no lograba liberar a Nietihw, ni ella ni él tendrían la menor oportunidad de salir con vida de aquel negro subterráneo.
Luchando contra la desesperación, se despegó de la pared, iniciando un meticuloso examen del recinto. Pero los fríos y desnudos muros no le aclararon gran cosa. Se trataba -eso parecía evidente- de una de las múltiples cámaras o antecámaras existentes en la Gran Pirámide. La inoportuna inscripción descubierta en el techo del pasadizo descendente, con el nombre de Kufu -verdadera identidad del rey Keops-, le había convencido de que se encontraban en el interior de dicha pirámide. Y conociendo, como conocía, la inclinación de sus

constructores a tender todo tipo de trampas que confundieran y malograran a los posibles intrusos o violadores de tumbas, llegó al convencimiento de que su compañera había sido víctima de la fatalidad y, por supuesto, de uno de aquellos ardides. Quizá estas reflexiones y la dramática realidad de la hija de la raza azul, prisionera de aquel monstruo nacido de un bloque de granito, hubieran terminado por arruinar los ánimos de cualquiera. Pero Sinuhé sabía también que casi todas las trampas de la Gran Pirámide disponían de sendos y secretos dispositivos, capaces de anular sus mortales efectos, siempre y cuando fueran descubiertos a tiempo... Y ésta -Sinuhé lo intuía-, no tenía por qué ser una excepción. Pero ¿dónde se escondía ese posible resorte secreto que permitiese la liberación de Nietihw?

Desalentado, el soror regresó al muro contra el que continuaba su amiga. Repasó la piedra rectangular de la que emergían la cabeza y los brazos de la momia, pendiente del menor resquicio o señal, Fue estéril. Aquella mole de granito, sólidamente encajada, no ofrecía la menor pista..
Desmoralizado, se dejó caer sobre el piso, reclinando la espalda en el fatídico bloque. A su derecha, el cuerpo de Nietihw seguía estático y de puntillas. Y fue aquel detalle, en el que no había reparado hasta entonces, el que le conduciría a otro descubrimiento decisivo. Con la vista fija en los pies de su amiga, percibió de pronto cómo el extremo inferior de la túnica de la hija de la raza azul oscilaba levemente. La casi imperceptible oscilación de la tela le hizo reaccionar.
-¿Cómo no me he dado cuenta antes?
Maldiciendo su mala estrella, buscó la franja del muro que aparecía enfrentada a aquella zona de la túnica de Nietihw. Situó las palmas de sus manos a dos o tres centímetros de la roca y, en efecto, detectó una finísima corriente de aire. Alborozado siguió la trayectoria de la invisible fisura, comprobando que se extendía a una cuarta del suelo y a todo lo ancho del muro. Si no estaba equivocado, allí podía hallarse la clave.
Retrocedió un par de pasos, situándose frente a Nietihw. Observó la pared y, tras una breve meditación, tuvo el

convencimiento de que se encontraba ante una posible puerta basculante, muy típica del ingenio egipcio. De ser así -siguió cavilando-, quizá la rotación de la losa provoque la apertura de los brazos... Pero ¿cómo hacerlo?

El único dispositivo capaz de mover esta losa de granito -se dijo- sólo puede encontrarse al otro lado del muro... A no ser que...

Una feliz idea acababa de aparecer en su cerebro. En sus años de estudio y preparación en el seno de la Logia de la Sabiduría había tenido ocasión de comprobar cómo algunas de estas puertas secretas podían ser abiertas merced a un mecanismo oculto en algunas de las momias que hacían las veces de genios-guardianes. Dicho dispositivo tenía además un carácter de amuleto para la momia en cuestión. Algunos de estos resortes-amuletos, en forma de placas linguales, habían sido vistos por él en momias del Royal Scottish Museum de Edimburgo, del Gulbenkian de Durham, en Inglaterra, y del Rijksmuseum van Oudheden de Leiden.

¿Qué perdía con probar?

Decidido, se dirigió al cráneo que brotaba de la roca. Pero la cabeza se hallaba a más de dos metros del suelo, y Sinuhé, con su mediana estatura, se vio ante la irritante circunstancia de rozar tan sólo el puntiagudo mentón del cadáver. Sólo cabía una solución. Sin pensarlo saltó sobre los brazos que aprisionaban a Nietihw, encarándose así con la calavera.

La boca, tal y como suponía, se hallaba entreabierta, dejando al descubierto una amarillenta fila de dientes. Sobre el labio inferior, a la altura de los incisivos y caninos, descubrió una pequeña lámina, de forma rectangular y arqueada, que se perdía en el interior.

Sinuhé atrapó el extremo de la lengüeta y, con el corazón acelerado, tiró de ella.

Los efectos del tirón fueron más rápidos y bruscos de lo que podía imaginar el voluntarioso Sinuhé. La lámina metálica -posiblemente de oro- cedió cosa de diez centímetros y, acto seguido, movidos por un mecanismo oculto, los brazos de la momia se abrieron de golpe. Sinuhé, que se había instalado en cuclillas sobre los resistentes antebrazos, no tuvo tiempo de saltar. Su propio impulso al tirar del resorte-amuleto y la

automática apertura de dichos brazos provocaron una nueva caída del investigador, que fue a estrellarse contra el duro enlosado.
Desde el suelo asistió a un no menos fulminante giro de la pared de piedra. Ésta basculó sobre un artificio oculto en el centro del granítico rectángulo -presumiblemente a lo largo del eje menor-, haciendo que la parte inferior del muro se elevase en dirección al recién liberado cuerpo de Nietihw. La roca, imparable, empujó a la hija de la raza azul, desplazándola y derribándola muy cerca de Sinuhé. Y la mujer quedó tendida en el suelo, inmóvil y con sus haces multicolores iluminando el techo de la cámara.
Y antes de que nuestro hombre pudiera reaccionar, la puerta secreta completó el vuelco previsto por aquel oculto mecanismo, cerrándose de nuevo.
Sinuhé, satisfecho ante la liberación de su amiga, no prestó mayor atención al hecho de que la hoja de piedra hubiera vuelto a encajarse, cerrándoles nuevamente el paso. Arrodillado junto a Nietihw, procuró devolverla a la realidad. Tras zarandearla, se vio obligado a propinarle dos sonoras bofetadas. Al fin, sus ojos parpadearon y la extrema palidez de su rostro fue extinguiéndose.
-¡Nietihw!
Algo más repuesta, la mujer se incorporó; paseó la mirada a su alrededor y, al descubrir a su compañero, se arrojó en sus brazos, víctima de un ataque de nervios.
-¡Tranquilízate!... Lo peor ha pasado...
Sinuhé evitó toda referencia a su caída por el túnel y al posterior y trágico encuentro con los brazos de la momia. Tras secar las lágrimas de la mujer, le suplicó que contuviese su miedo.
-Ahora -concluyó-, lo importante es salir de este maldito lugar...
Por primera vez desde que recuperase el dominio de sí misma, la hija de la raza azul desvió su mirada hacia el muro contra el que había permanecido atrapada y, tras una breve pausa, preguntó:
-¿Dónde estamos?
Sinuhé le recordó los jeroglíficos en pintura roja descubiertos en el techo del pasadizo descendente, haciéndole ver que, si sus

cálculos no fallaban, se encontraban en uno de los toboganes que cruzaban quizá el macizo central de la Gran Pirámide de Kufu o Keops y que, de acuerdo con sus conocimientos, podía conducirlos, bien a la cámara del Rey o de la Reina, o a lo más profundo de la pirámide: a la tenebrosa cámara subterránea. Sinuhé, sin embargo, no hizo mención de los múltiples peligros que, como en el caso del abrazo mortal de la momia, podía reservarles el paso por aquellos corredores...
-Y ésta -finalizó el soror, señalando las paredes que los rodeaban- tiene que ser una de las cámaras trampa que, a su vez, nos separa del camino que puede llevarnos hasta los hombres Pi...
-¡Los hombres Pi...! -comentó la mujer con escepticismo-. ¿De verdad crees que llegaremos a ellos?
-Estoy seguro -fingió Sinuhé-. No olvides que aún llevo la cadena...
Pero las palabras del investigador se vieron interrumpidas. En mitad de la penumbra, algo había empezado a brillar...

Giraron los rostros hacia la losa de granito que acababa de bascular sobre sí misma. En el centro había empezado a destellar un pequeño objeto...
La mujer hizo ademán de aproximarse, pero su compañero, desconfiando de aquella súbita aparición, la retuvo a su lado. Nietihw bañó entonces la totalidad del muro con sus arcos iris y ambos, maravillados, observaron cómo sobre la rugosa superficie de la piedra, y por encima del brillante objeto, iba apareciendo una serie de jeroglíficos.
Al incidir sobre la minúscula y fulgurante pieza, los abanicos luminosos que partían de Nietihw sufrieron una instantánea refracción, propagándose en todas direcciones. Y aquel objeto se presentó ante los iuranchianos en toda su belleza.
Nietihw, olvidando la prudencial actitud de su compañero, dio un paso hacia el muro, examinando de cerca la joya. Porque de eso se trataba. Ante la pareja, alojada en un nicho de unos diez centímetros de lado, había surgido una prodigiosa gema, formada por doce perfectas y transparentes caras. Del corazón del diamante partía una cegadora luz blanca que irradiaba

hacia cada uno de los pentágonos regulares que delimitaban el valioso dodecaedro.
Sinuhé imitó a su compañera, comprobando cómo la piedra preciosa flotaba ingrávida en el hueco practicado en la roca. Y tras una atenta observación, levantó la vista, tratando de descifrar aquel nuevo ideograma.
En voz alta, el miembro de la Logia fue traduciendo los caracteres.
Extranjero: estás ante la primera puerta...
Sinuhé dudó. Algunos de los símbolos, a pesar de su reciente y misteriosa aparición sobre la losa, se hallaban deteriorados, como si hubieran sido trazados cientos o miles de años atrás. Nietihw concentró toda su luz sobre los jeroglíficos y ambos descubrieron entonces la razón de aquellas imperfecciones: de la misma forma que los habían visto dibujarse sobre la piedra, así habían empezado también a autoeliminarse. No había, pues, tiempo que perder. Y Sinuhé recorrió la leyenda a toda velocidad:
-... que conduce a Dalamachia... EBEN es mi nombre.
Apenas si había concluido aquella única y precipitada lectura cuando las tres hileras de jeroglíficos se borraron. Y ante la pareja sólo quedó el deslumbrante tesoro...
La hija de la raza azul repitió las palabras que acababa de pronunciar su amigo y, volviéndose hacia él, preguntó su significado.
Extranjero: estás ante la primera puerta que conduce a Dalamachia -memorizó Sinuhé en actitud reflexiva-. EBEN es mi nombre.
-¿Y bien? -insistió Nietihw.
Pero el investigador sólo acertó a encogerse de hombros.
-A no ser...
-¡Habla, por Dios! -le recriminó Nietihw.
-A no ser que ese nombre (Eberr) tenga relación con la piedra preciosa que menciona el Zóhar o Libro del Esplendor, uno de los más antiguos e intrincados textos cabalísticos de los judíos... El Zóhar sitúa al comienzo de los tiempos una gema de incalculable valor, alrededor de la cual la historia humana fue sumando sus sucesivas intuiciones del Infinito. Al explicar la creación del mundo, el texto dice que el Creador, desde su trono

majestuoso, arrojó una piedra preciosa al abismo. Uno de los extremos de este prisma maravilloso fue a hundirse en la oscuridad y el otro emergió del caos. La Tradición llama a este diamante Eben Hashetiaj, y aseguran los kabalistas que sobre dicha base se estableció el mundo. La citada piedra (Eben) se perdió y todas las leyendas afirman que quien la posea dominará el mundo...
Por un momento, conforme desarrollaba su exposición, la hija de la raza azul creyó descubrir en los ojos de su amigo un destello que le llenó de inquietud. Sinuhé, con la vista clavada en el diamante, parecía sumido en insólitas reflexiones. Finalmente, extendiendo sus manos hacia la gema, musitó con una voz desconocida:
-...Sí, aquel que lo posea dominará el mundo. -Y atrapando la piedra la retiró del nicho.
Nietihw, desconcertada, no supo qué decir.
-¿Por qué no podemos apoderarnos de ella? -repuso el investigador, saliendo al paso de las inquietudes que flotaban en el ánimo de su compañera-. Después de todo, ¿quién está arriesgando su vida en esta loca misión...?
La hija de la raza azul no respondió. Se limitó a bajar los ojos, mientras su amigo acariciaba el fulgurante tesoro.
Fueron momentos de gran tensión. Desarmada ante la inesperada codicia de su compañero, no acertó a reaccionar. Pero, de improviso, de la misma forma que se había hecho con la gema, Sinuhé volvió a depositarla en el hueco del muro. Nietihw buscó ansiosa la mirada de su amigo y, al cruzarse con ella, comprobó aliviada cómo aquel vehemente deseo de posesión se había extinguido tan rápidamente como había llegado.
Nietihw no hizo comentario alguno. Sin embargo, al contemplar el diamante, ingrávido de nuevo en la hornacina, supo que aquella oportuna rectificación de Sinuhé significaba una difícil victoria. La fina intuición de la hija de la raza azul no se equivocaba...

Apenas la joya fue devuelta a la oquedad, la luz del diamante menguó, hasta quedar reducida a un remoto destello interno. Y ante la sorpresa de nuestros protagonistas, sus doce caras

pentagonales se abrieron, transformándose en otros tantos pétalos de cristal. En el fondo de aquella rosa flotante seguía viva la chispa luminosa que había constituido el corazón de la gema.
Nietihw y Sinuhé se miraron perplejos. Y el miembro de la Orden de la Sabiduría, llevado por aquel impenitente afán de curiosearlo todo, pegó su nariz a la delicada y cristalina flor. A los pocos segundos, volviéndose hacia su expectante amiga, comentó sin poder disimular su desconcierto:
-¡No puede ser!... ¡Fíjate, Nietihw!
Y apuntando con el dedo índice, fue contando la totalidad de las aristas que sumaban los doce pétalos pentagonales.
-...¡Sesenta!... ¡Suman sesenta: el valor numérico de Samej!
La hija de la raza azul no pudo reprimir un escalofrío al escuchar el nombre de la serpiente. Pero, dominándose, señaló a su vez el cinturón de números que portaba Sinuhé, añadiendo algo en lo que no había caído su meticuloso compañero:
-0 el valor del número pi, si consideramos tan sólo sus cinco primeros dígitos: 3,1416...
Sinuhé, no muy conforme con esta observación, movió la cabeza negativamente. Pero su amiga, convencida de que aquélla era una clara pista en la búsqueda de los hombres Pi, situó ambas manos bajo la ingrávida y transparente rosa y, con suma delicadeza, la retiró del nicho. Al momento, al contacto con la piel, los doce pétalos se abrieron al máximo y la minúscula y blanca luz de su interior fue aumentando en volumen e intensidad, hasta llenar por completo el cuenco que formaban las manos de Nietihw.
Lo ocurrido a continuación fue tan rápido como un relámpago: las paredes, el techo y pavimento de la cámara se estremecieron, como sacudidos por un violento seísmo. Instintivamente, Nietihw protegió la rosa contra su pecho, mientras su compañero caía derribado por la fuerte sacudida. La vibración cesó al instante. Y la pareja, sin aliento, asistió al desmoronamiento de la laja de granito en cuyo interior había aparecido el valioso diamante. Mientras el resto de los muros no parecía haber sufrido daño alguno, la puerta secreta que Sinuhé había hecho bascular sobre sí misma quedó reducida a un

montón de polvo. Y ante los iuranchianos surgió un segundo y oscuro pasadizo.
En tanto Sinuhé recapacitaba sobre aquel extraño temblor, negándose a admitir el origen telúrico del mismo, su compañera retiró la rosa de su pecho y, abriendo las manos, contempló maravillada cómo de la masa luminosa se desprendían, uno a uno, los doce pétalos pentagonales. Incapaces de articular palabra, Nietihw y Sinuhé observaron cómo cada una de aquellas perfectas láminas geométricas revoloteaba en el aire, yendo a fundirse unas con otras hasta formar una hermosa y gigantesca mariposa de cristal, de alas transparentes y articuladas. Boquiabierta, la pareja vio entonces cómo el enorme insecto batía sus alas, perdiéndose en las tinieblas del corredor que acababa de abrirse ante ellos.
Pero un súbito grito de la hija de la raza azul estremeció de nuevo a Sinuhé...

Nietihw, con sus arcos iris iluminando sus propias manos, había quedado paralizada. La masa brillante que sostenía entre las palmas y de la que habían escapado los doce pétalos de cristal, acababa de perder su luminosidad. En su lugar había aparecido un reducido cerebro, de un tamaño similar a un puño, e igualmente transparente.
Nietihw, atemorizada, no había podido evitar aquel alarido. Su compañero se precipitó sobre ella, contemplando igualmente atónito la pequeña masa cerebral -aparentemente de un ser humano- que palpitaba entre los dedos de la hija de la raza azul. Bajo la corteza se distinguía un núcleo rojizo y brillante como un rubí.
-¡Dios mío, Sinuhé! -exclamó la mujer sin saber qué hacer-. ¿Qué es esto...?
Su compañero, tan desconcertado como ella, no supo responder.
-No sé qué sentido tiene todo esto -repuso el investigador, rompiendo así el silencio-, pero debemos continuar.
Y señalando el fondo del oscuro pasadizo, animó a su amiga a reanudar la marcha.
Aquel nuevo túnel, también descendente, aunque de menor inclinación, resultó mucho más cómodo que el anterior. La

pareja, apoyada por los permanentes haces multicolores, pudo penetrar en él sin necesidad de agacharse. Los muros laterales -ahora de caliza blanca- alcanzaban casi los dos metros de altura. Y Nietihw, con el pequeño cerebro entre sus manos, se sintió reconfortada cuando notó el brazo de su amigo sobre sus hombros.
En la mente del investigador seguía candente el recuerdo del supuesto terremoto. Había algo extraño, muy extraño, en aquel temblor. Algo que no conseguía desentrañar y que, al mismo tiempo, fustigaba su corazón...
¿Por qué no habían escuchado el trueno que siempre acompaña a estos movimientos sísmicos? ¿Por qué la agitación de las paredes de la cámara había coincidido con la apertura de los doce pétalos de cristal, en el instante en que Nietihw tuvo la iniciativa de tomar la rosa entre sus manos?
Durante algunos minutos, los tensos ánimos de Sinuhé se vieron relativamente relajados por aquellos pensamientos. En el fondo, deseaba olvidar que avanzaba por aquel tenebroso corredor, al encuentro de lo desconocido... Por otra parte, el descubrimiento del nuevo pasadizo le había hecho dudar sobre el punto hacia el que se dirigían. Él recordaba que la entrada a la pirámide de Keops, situada en la cara norte, presentaba un tobogán descendente de 53 pasos. Llegados a ese punto, el túnel debería haberse dividido en dos: un ramal que ascendía en dirección al centro de la tumba -donde se hallaban las cámaras del Rey y de la Reina- y otro que discurría hacia el subsuelo: hacia la tétrica cámara subterránea... De este pasadizo, en cambio, no tenía noticia alguna- Pero, además -se dijo a sí mismo-, ¿qué garantías tenemos de que nuestro ingreso en la Gran Pirámide se ha producido por la entrada principal?
Como venía siendo casi habitual desde que se viera envuelto en aquella aventura, sus meditaciones fueron interrumpidas bruscamente: Nietihw había enfocado lo que parecía el final del túnel...
-¡Mira!
La voz de la mujer -casi un susurro- se propagó como un dardo entre las tinieblas. Frente a ellos, tenuemente iluminada por los catorce colores de Nietihw, se levantaba una mole oscura y brillante en la que espejeaban dos ojos.

Asustada, la mujer parpadeó. Pero la intermitente oscuridad sólo contribuyó a realzar más la viveza de aquella mirada. Tras unos instantes de tensa espera, Sinuhé decidió avanzar. Y, lentamente, en un silencio asfixiante, cubrió los metros que le separaban de aquel nuevo misterio. Algo más atrás, por consejo de su amigo, la hija de la raza azul aguardó expectante.
Al levantar la vista, percibió que la informe masa negra que les cerraba el paso era en realidad una imponente escultura.
La examinó con calma, comprobando que estaban ante una esfinge, espléndidamente tallada en un bloque de basalto negro. A diferencia de la famosa Esfinge de Gizeh, ésta no presentaba un aspecto totalmente humano. La voluminosa cabeza -que ocupaba la casi totalidad del túnel- lucía un curvado pico de halcón y por entre sus labios se destacaba una larga y afilada lengua bífida, característica de las serpientes. En cuanto a los ojos, rasgados como los de una pantera, habían sido magistralmente coloreados. Una envoltura de bronce, que hacia las veces de párpados, cubría el globo, formado, a su vez, por un fragmento de cuarzo blanco veteado de rosa. En el centro, representando las pupilas, Sinuhé observó sendos trozos de cristal de roca. Y bajo los mismos, un clavo brillante determinaba cada uno de los puntos visuales, provocando a la luz de los ojos de Nietihw una radiación preñada de vida...
El cuerpo que sostenía aquella titánica cabeza -mitad hombre, mitad animal- correspondía al de un león sedente, con dos poderosas zarpas.
Sinuhé reclamó la presencia de su amiga y ambos volcaron toda su atención en las tres columnas de jeroglíficos talladas en el torso de la majestuosa esfinge.

-¡Oh, Ra! -fue traduciendo el miembro de la Escuela de la Sabiduría-. Tú has dado las garras al león... Tú has regalado al pájaro con el vuelo... Tú has puesto la ponzoña en la boca de la cobra... Pero, ¿qué arma has reservado para el extranjero que ha llegado hasta tu segunda puerta?
Sinuhé repasó los símbolos.
-¿Garras al león? ¿Vuelo al pájaro? ¿Veneno a la serpiente?...
¿Qué clave encierra esta inscripción?

Nietihw había desviado la vista hacia el pequeño y cristalino cerebro que conservaba entre sus manos. Conforme se había ido aproximando a la esfinge, el núcleo granate se había manifestado más y más brillante, hasta el punto de impregnar los hemisferios con su tonalidad rubí. Y ahora, al pie de la escultura, la masa cerebral había iniciado una acelerada serie de palpitaciones.
La hija de la raza azul advirtió a su compañero de tan intrigante suceso.
-Algo parece claro -manifestó Sinuhé, volviendo a los símbolos labrados en el pecho del león-. Este cerebro tiene que guardar alguna relación con la esfinge. Pero ¿cuál?
-El secreto -terció Nietihw- debe esconderse en esa última frase: ¿qué arma reservas para el extranjero que ha llegado a tu segunda puerta?
-¿Segunda puerta? -le interrumpió Sinuhé-. ¿Qué segunda puerta? ¿Dónde está?
Su compañera no supo contestar. Y ambos, en pie ante la esfinge, cayeron en un dilatado silencio.
Incapaz de resolver el enigma, el investigador abandonó pronto sus reflexiones, entregándose a una inspección rigurosa y pormenorizada de cada una de las partes de la escultura. Deslizó sus dedos sobre las frías zarpas del león, con la esperanza de descubrir quizá algún nuevo resorte secreto. Pero todas las pesquisas resultaron inútiles. Por último, trepó a lo alto de la gigantesca cabeza.
Nietihw, sin poder precisar por qué, seguía obcecada con la última parte del jeroglífico. Su intuición la llevaba, incluso, más allá: La clave -se repetía mentalmente- tiene que estar en la palabra arma...
E inesperadamente, un trivial comentario de Sinuhé, que seguía encaramado en lo alto de la esfinge, vino a despejar la incógnita:
-Aquí sólo hay un pequeño pozo -anunció, señalando una escondida oquedad practicada en la base misma de la cabeza.
-¿Un pozo? -inquirió la mujer en un tono que a Sinuhé se le antojó exagerado.
-Sí, pero no veo qué importancia...
-¿Qué dimensiones tiene? -preguntó Nietihw con brusquedad.

Sinuhé empezó a comprender que en la mente de su amiga aleteaba alguna idea y, sumiso, palpó el orificio, deduciendo que en aquella cavidad apenas si habría entrado una mano cerrada. Y así se lo transmitió a Nietihw.
-¡Un puño! -clamó la hija de la raza azul con aire triunfante-. ¿Es que no lo entiendes?
En el rostro de Sinuhé, esmaltado por los haces de colores de los ojos de su amiga, se dibujó un rictus de desconcierto.
-Recuerda el cráneo de piedra de la Esfinge de Gizeh. ¿No dispone también de un pozo..., y en el mismo lugar?
El investigador asintió.
-Y ahora dime: si las armas del león, del pájaro y de la cobra son sus garras, vuelo y veneno, respectivamente, ¿cuál será la del hombre?
Ambos dirigieron sus miradas hacia el palpitante cerebro.
-Sí -sentenció Nietihw, alzando sus manos en dirección a la frente de la esfinge-, ¡la razón!
El investigador descendió junto a su sagaz compañera y, sin pérdida de tiempo, la ayudó a llegar hasta el lugar que él acababa de abandonar. Una vez allí, Nietihw, extremando sus cuidados, procedió a depositar el refulgente cerebro escarlata en el reducido orificio. El acoplamiento fue matemático. Y la hija de la raza azul, sonriente, contempló entusiasmada cómo la enigmática masa aceleraba sus pulsaciones. Pero, súbitamente, como si la implantación de aquel cerebro hubiera disparado un oculto mecanismo, los párpados de cobre de la esfinge se cerraron. Y una nueva vibración hizo oscilar el pasadizo...

-¡Nietihw!... ¡Cuidado!
Sinuhé no pudo tender siquiera su mano para ayudar a su compañera. Los muros y techo oscilaron violentamente -como sacudidos por una remota y ciclópea onda sísmica- y la boca de la esfinge, ante el espanto del investigador, se abrió de par en par.
-¡Jesucristo!
Aturdido ante el inmenso boquete, Sinuhé, en un movimiento reflejo, apenas si tuvo tiempo de protegerse el rostro con los brazos. De las fauces de la esfinge -que hubieran permitido el paso de varios hombres a un tiempo- brotaron unas lenguas de

fuego..., ¡blanco! Y a borbotones, como un río flamígero, se precipitaron sobre el túnel, arrollando a su paso a Sinuhé. Éste, envuelto por el singular torrente, braceó desesperadamente, percibiendo con no poca sorpresa que las llamaradas, lejos de abrasarle, se comportaban como una corriente de agua, mojando, incluso, sus ropas.
Medio asfixiado buscó la superficie. Al emerger entre aquellas aguas de fuego observó cómo la impetuosa fuerza de las mismas le había arrastrado casi hasta el fondo del pasadizo, perdiendo de vista a Nietihw. Y sorteando las crestas espumosas de las llamaradas que seguían inundando el corredor, nadó con todas sus fuerzas en dirección a la boca de la esfinge.
A la luz que irradiaba el silencioso y nacarado caudal -coronado, como digo, por sucesivas lenguas de un fuego frío y húmedo-, el enloquecido investigador se percató de otro factor que le impulsó a bracear con mayor desesperación: el nivel del oleaje de fuego seguía subiendo inexorablemente, amenazando con inundar el túnel por completo.
-¡Sinubé!... ¡Aquí!
De pronto, entre las encabritadas llamaradas que rompían como las olas contra el cuerpo de nuestro hombre, se destacó la voz de Nietihw. Y Sinuhé, llenando sus pulmones de aire, se sumergió en el torrente, buceando en dirección a las fauces de la escultura. De esta forma, su avance fue más rápido. Pero, al borde del desfallecimiento, se vio obligado a buscar la superficie. Tras dar una fuerte patada contra el suelo del pasadizo nadó raudo hacia lo alto.
-¡Aquí!... ¡Aquí!
Al emerger entre el agitado y fantástico fluido, los ojos del joven reconocieron la mano de su amiga, extendida hacia él y a poco más de medio metro de donde se hallaba. La hija de la raza azul, encaramada en lo alto del cráneo de basalto, pugnaba por rescatar a su compañero.
Por un momento, Sinuhé temió por la vida de Nietihw: las aguas cubrían ya los ojos de la esfinge y no tardarían en sepultarla.
-¡Vamos! -gritó la mujer con rabia-. ¡Agárrate de una vez¡
Dominado por el instinto de conservación, se catapultó hacia aquella mano, aferrándose a ella con todas sus fuerzas.
Durante segundos, la mujer resistió el tirón, firmemente sujeta

por su mano izquierda a la base de la cabeza de piedra. Pero, inesperadamente, el flujo de la corriente cambió y el investigador se vio absorbido hacia las sumergidas fauces.
-¡Dios mío!... ¡Nietihw!
Un súbito remolino se formó en tomo a Sinuhé y éste, al sentirse arrastrado, terminó por soltar la mano de su amiga. Y los abanicos luminosos que brotaban de los espantados ojos de Nietihw alumbraron a su compañero en el crítico momento en que el torbellino lo devoraba, desapareciendo entre la ardiente espuma blanca.
-¡Sinuhé..., no!

Nietihw no lo dudó. Y en una reacción que ni ella misma llegaría a explicarse jamás, saltó tras su compañero, siendo igualmente atrapada por aquel embudo infernal.
La fuerte corriente la arrastró hacia las abiertas fauces de la esfinge. Y durante segundos, el cuerpo de Nietihw se vio gobernado por aquel río espeso y turbulento, chocando sin cesar contra las paredes de lo que parecía la continuación del corredor por el que habían tenido acceso a la monumental escultura de basalto negro.
Con los pulmones a punto de estallar, la hija de la raza azul se sintió finalmente impelida hacia el fondo del túnel. Allí, la marea blanca cambió de color y las lenguas de fuego se diluyeron, transformándose en un humo verdoso. Pero Nietihw no tuvo tiempo de comprenden la fuerza del torrente había terminado por vomitarla fuera del pasadizo. Y, de pronto, envuelta en aquella bruma esmeralda, se encontró tendida sobre un reluciente piso dorado. Aturdida y con las ropas empapadas, levantó la vista y, entre jirones de aquel gas verdoso, descubrió a Sinuhé, de pie frente a ella.
El miembro de la Escuela de la Sabiduría se abalanzó hacia su compañera y, sin mediar palabra, la tomó por los brazos, arrastrándola sin consideración hacia el centro del recinto donde habían aparecido.
Nietihw, sin entender el extraño comportamiento de Sinuhé, intentó zafarse. Pero éste, con rostro grave, le señaló el punto donde la había tomado.

La hija de la raza azul volvió la cabeza y un grito escapó de su garganta. Sobre las láminas de oro que cubrían el aposento zigzagueeaba pesadamente una vieja conocida: Samej, la serpiente. Sus fauces, abiertas y mostrando las amenazadoras filas de dientes, exhalaban aquel familiar chorro de humo verdoso. El mismo que Nietihw había visto al final del túnel por el que había sido arrastrada.
La mujer, pálida, buscó refugio entre los brazos de su amigo.
-¿Cómo es posible?... Entonces, ¿los pasadizos y ese río de fuego?...
Sinuhé confirmó los balbuceantes pensamientos de su amiga:
-No cabe otra explicación, Nietihw. Durante todo este tiempo hemos permanecido en el interior de Samej...
El ofidio se irguió entonces sobre los primeros tramos de su vientre y, como deseando confirmar la deducción de Sinuhé, hizo desaparecer su aliento esmeralda, lanzando desde lo más profundo de su tráquea un penacho de aquellas llamaradas blancas y húmedas que habían inundado el segundo corredor. Y entre las oscilantes lenguas que brotaron de Samej, la pareja vio aparecer por último la delicada figura de la mariposa de cristal...
Al momento, las blancas y afiladas llamas de agua desaparecieron. Y la serpiente cerró sus fauces, iniciando una de sus temibles aproximaciones hacia los indefensos iuranchianos...

Nietihw fue la última en percatarse de la repentina pérdida de sus arcos iris. Al ser expulsada, al igual que Sinuhé, de las entrañas de la gran serpiente, sus ojos habían recobrado la normalidad. Afortunadamente, el lugar donde se encontraban aparecía iluminado por una intensa y dorada claridad que arrancaba del profuso chapeado que recubría la totalidad de la estancia, incluidos techo y pavimento. En circunstancias menos dramáticas, es posible que hubiesen quedado sobrecogidos y cautivados por aquel derroche de oro. Pero en el centro de la refulgente y desnuda sala cuadrangular seguía reptando Samej...
Sinuhé ayudó a su compañera a incorporarse y, con una rapidísima inspección ocular, buscó un posible refugio.

Desolado, descubrió que las paredes que les cercaban no ofrecían defensa ni escape algunos. En el centro de cada uno de los cuatro muros -como una remota posibilidad-, creyó distinguir sendas puertas, formadas igualmente por láminas doradas de más de dos metros de altura. Para colmo de males, ni la hija de la raza azul ni su amigo disponían en esta ocasión de arma alguna. Sólo la cadena de números continuaba arrollada a la cintura de Sinuhé. Sin embargo, acosados por la cada vez más próxima presencia de la serpiente, ninguno de los dos reparó en su existencia.
La pareja retrocedió e, instintivamente, corrió hacia una de aquellas puertas. Y Samej, con sus enormes ojos circulares teñidos de rojo, contrajo los anillos centrales de su cuerpo, lanzándose en pos de nuestros amigos.
-¡Sinuhé! -clamó la mujer desconcertada-. ¡No es posible...!
A pesar del frenético ritmo con que trataban de alcanzar la puerta, ésta y la totalidad del muro de oro se alejaban de la pareja a la misma velocidad con que corrían. A los pocos segundos se detuvieron, agotados y perplejos por el inexplicable distanciamiento de la pared. Sinuhé, con el rostro sudoroso, contempló el muro, ahora inmóvil como ellos y a poco más de diez metros de distancia. Era inútil razonar. Y girando sobre sus talones se dispuso a hacer frente a Samej. Pero antes, en un Postrer intento por salvar a Nietihw, le indicó otra de las misteriosas puertas -la situada en ese momento a la izquierda de la pareja-, ordenándole que corriese hacia ella. La mujer titubeó. Pero, con un gesto autoritario, la obligó a cumplir su decisión. Y la hija de la raza azul emprendió una nueva y desesperada carrera. Sin embargo, tal y como sospechaba el investigador, también aquella segunda pared dorada empezó a alejarse de su amiga, haciendo inútil su huida.
Sinuhé comprobó entonces que, de las cuatro paredes que formaban el recinto, sólo la que intentaba alcanzar su amiga se desplazaba a gran velocidad, convirtiendo el habitáculo en una interminable sala rectangular.
La serpiente, sorprendida por aquella inesperada separación de sus víctimas, contuvo momentáneamente su avance. Parecía dudar. Levantó su cabeza hasta casi tocar el techo y, tras contemplar la temblorosa figura del hombre, la desdeñó,

volviendo el acorazado cráneo hacia aquel frágil cuerpo que se alejaba hacia ninguna parte...
El cuello de Samej se balanceó. Sus fauces volvieron a abrirse y la triple hilera de cuchillas destelló durante unos segundos, reflejando el oro de los muros. Y el reptil se arrastró tras los pasos de la hija de la raza azul.
Desesperado, Sinuhé saltó sobre el lomo de Samej y, gateando sobre las pétreas placas que lo cubrían, intentó llegar hasta la cabeza. Trepó por el ancho cuello pero, en una de las violentas oscilaciones de la serpiente, salió proyectado contra el piso. El ofidio se revolvió entonces hacia el malparado iuranchiano y levantando la cola se dispuso a aplastarlo. Sinuhé, con la mirada fija en los sanguinolentos ojos del monstruo, creyó llegado su fin...

Por suerte o por desgracia para el miembro de la Logia secreta, sus aventuras no iban a concluir ahí, bajo el peso del ciclópeo cuerpo de Samej...
Cuando ya se consideraba perdido, una silueta olvidada cruzó vertiginosa por encima de la oscilante cola del reptil. Era la transparente mariposa de diamante. Y rauda como un rayo se precipitó sobre el extremo de Samej, clavando una de sus alas entre las placas. La serpiente, herida, se estremeció y una violenta sacudida se propagó por todo su cuerpo. Cuando la onda alcanzó el punto donde se hallaba incrustada la oportuna mariposa, ésta saltó por los aires, despedida como un guiñapo. Y al momento, por la brecha abierta en la cola brotaron aquellas llamaradas blancas y húmedas entre las que había buceado Sinuhé.
Aterrorizado, el investigador se hizo a un lado. Esta vez, sus reflejos evitaron que el cuerpo de Samej le arrollara. El animal, entre convulsiones, dirigió su cabeza a la zona herida, arrojando sobre la misma un espeso chorro de humo verde. Pero nuestro hombre, animado por el ataque de la mariposa, aprovechó aquellos momentos de confusión y recogió del suelo a su valerosa amiga. Las alas seguían rígidas y afiladas como hachas.

Entretanto, Samej había logrado cerrar su herida y, con las fauces semiocultas por continuas columnas de humo, se dirigió hacia Sinuhé, acorralándolo contra su propia cola.
El reptil echó atrás el cráneo y, tensando los anillos, se dispuso para el ataque final.
Consciente del peligro que se cernía sobre él, tomó la mariposa por una de sus alas y levantándola por encima de su cabeza, la arrojó contra el ofidio. En décimas de segundo, la doble hacha, girando sobre sí misma como una hélice mortal, cruzó los metros que la separaban de Samej, hundiéndose en su cuello, bajo la gran mandíbula.
Y el investigador, sin detenerse a comprobar el resultado de aquel lance, se alejó de la serpiente en dirección a Nietihw.
A escasos metros, la pareja, exhausta, pudo comprobar cómo Samej perdía el equilibrio y, entre estertores, su cabeza chocaba violentamente contra las láminas de oro del pavimento. Una de las alas de la mariposa había penetrado limpiamente en el cuello, abriendo una nueva y aparatosa herida por la que había empezado a fluir, a borbotones, un reguero de aquella agua de fuego.
Samej intentó cubrir la brecha con sus volutas de gas. Pero, al clavarse justo bajo sus fauces, los continuos y violentos movimientos de la cabeza sólo conseguían hundir más profundamente el ala de diamante. Dos terroríficos coletazos anunciaron el inminente fin del monstruo. Y Samej, agonizante, giró su cráneo en dirección a la pareja. Sus ojos, entonces, fueron perdiendo aquel tinte escarlata, ganando en un azul intenso.
Y de pronto, sin que Sinuhé pudiera evitarlo, la hija de la raza azul, compadecida ante el trágico final de su enemigo, se precipitó sobre sus fauces entreabiertas.
-¡No!... ¡Nietihw!
La advertencia no fue atendida por la impetuosa mujer quien, rodilla en tierra y desafiando los afilados dientes, había empezado a vaciar el frasco de los ibos en la boca de Samej.
Cuando Sinuhé consiguió rescatar el brazo de su amiga del interior del reptil, más de la mitad de los luminosos gránulos se había perdido en la garganta del monstruo.
-¿Por qué?..., ¿por qué lo has hecho?

Nietihw no respondió. Pero Sinuhé, mientras la alejaba del ofidio, supo leer en su mirada una mezcla de piedad y reconocimiento hacia aquel misterioso ser que, a su manera, había contribuido -y no poco- al desarrollo de la misión.
Y ante el creciente temor del investigador, los efectos de la arena mágica no tardaron en presentarse...

De las fauces de la serpiente brotó una bocanada de humo esmeralda, más densa y abundante que las anteriores. Sinuhé, temiendo una vuelta a la vida de Samej, se echó atrás, protegiendo a Nietihw. Pero, en contra de lo que esperaba, el cuerpo del reptil no experimentó movimiento alguno. Las nevadas lenguas de fuego seguían fluyendo por la brecha, cada vez más abundantes y veloces. Si aquel torrente lechoso y en permanente caracoleo constituía la sangre de Samej, no cabía duda de que el animal se estaba desangrando aceleradamente. Este pensamiento no tranquilizó al investigador. Si el oleaje de fuego continuaba manando a este ritmo, la estancia podría verse anegada en cuestión de minutos. Y en ese caso, ¿qué hacer? ¿Por dónde escapar?
El agua de fuego cubría ya los pies de los iuranchianos cuando, inesperadamente, el extremo superior de la gran columna de humo verde se convulsionó. Y un sin fin de pequeñas volutas, girando y bullendo sin cesar, dieron forma a una familiar cabeza...
La pareja, al reconocer aquella temblorosa y humeante figura, retrocedió. Pero la blanca marca, que continuaba ascendiendo, empezó a entorpecer su marcha. Además, ¿hacia dónde dirigirse?
Nietihw y su compañero, avanzando penosamente, separando las llamaradas con las manos, optaron por la puerta más cercana. Esta vez, el muro no se alejó. Y nuestros protagonistas, sin atreverse a mirar hacia atrás, toparon al fin con las doradas planchas que cubrían aquella parte de la estancia.
Al volverse, el espectáculo les dejó sin habla. Las lenguas de fuego cubrían casi por completo el inerte cuerpo de Samej y por las semianegadas fauces del reptil seguía brotando aquella columna de humo esmeralda. Pero el aliento de la serpiente se había transformado en una segunda y espectral Samej...

Nietihw, considerándose responsable de este inesperado y poco deseado final, rompió a llorar.
Y la cimbreante serpiente de humo, trazando un amplio arco en el aire, fue aproximándose a la aterrorizada pareja.
La hija de la raza azul, con las espumosas crestas del río de fuego rozando ya su cintura, ocultó el rostro con ambas manos, sollozando desconsoladamente. Pero, ante la sorpresa de ambos, la vaporosa cabeza de Samej se detuvo a corta distancia. Y allí se mantuvo, impasible, vigilante, con sus circulares y opacos ojos verdosos clavados en Nietihw. Ésta, confusa al no producirse lo que imaginaba un nuevo ataque, fue descubriendo sus arrasados ojos. En ese instante, la boca de humo de aquel fantasma se abrió, apareciendo, uno tras otro, los doce cristalinos pétalos que poco antes habían dado vida a la providencial mariposa de diamante.
E, ingrávidos, permanecieron en el aire, girando lenta y pausadamente sobre sí mismos, como esperando una decisión de la atónita hija de la taza azul.
Sinuhé, sin saber qué hacer, extendió sus manos, en ademán de recibir las brillantes piezas. Pero éstas no descendieron. Y, al fin, Nietihw, comprendiendo, imitó a su amigo.
Y uno tras otro, los pétalos pentagonales fueron posándose sobre sus palmas.
Cuando el último cristal tomó contacto con la piel de Nietihw, las piezas se iluminaron y, alineándose, se convirtieron en una reluciente llave.
Satisfecha, la segunda Samej se deslizó ondulante sobre la superficie del río de fuego y, ante la sorpresa de la pareja, fue hundiéndose en la agitada masa de llamas blancas, hasta desaparecer.
Nietihw manipuló la llave con curiosidad, observando que los dientes estaban formados por letras, igualmente transparentes y, como el resto del inesperado presente de Samej, de una dureza diamantina. Incapaz de descifrarlas, se apresuró a depositarla en las manos de su no menos desconcertado amigo.
Sinuhé, de momento, no prestó atención a la llave. Sus ojos estaban fijos en el punto por el que habían visto sumergirse a la serpiente de humo. Súbitamente, aquellas lenguas de fuego húmedo habían empezado a girar, provocando un remolino que

amenazaba con propagarse por la blanca laguna en que había quedado convertida la cámara dorada. Y temiendo que la fuerza de aquellas aguas pudiera arrastrarlos hacia el ojo del torbellino, tomó a su compañera, pegando sus espaldas contra la puerta del muro.
La hija de la raza azul, obedeciendo a su instinto, pidió a Sinuhé que utilizase la llave.
-¿La llave? -exclamó aquél sin comprender- ¿Cómo?
-¡Sus dientes forman una palabra!... ¡Ahí debe estar la clave! -le gritó la mujer, que había empezado a sentir cómo la corriente tiraba de ambos hacia el centro de la cada vez más encrespada superficie del agua de fuego.
Y Sinuhé, batallando por mantenerse junto al muro, levantó la llave por encima de las llameantes ondas, descubriendo, en efecto, que los dientes componían la palabra hebrea HESED.
Desgraciadamente, ni Sinuhé ni Nietihw disponían de tiempo para reflexionar sobre el nuevo enigma. El remolino giraba cada vez con mayor ímpetu y el investigador, sin perder un segundo, aprisionó la llave entre sus dientes, procediendo a soltar la cadena de números que conservaba alrededor de su cintura. Anudó uno de sus extremos al ojo de la llave y, tras gritar a su amiga que se aferrase a su cuello, levantó la llave, lanzándola al aire. Pero el violento y espumeante torbellino blanco había hecho presa en ellos. Y Sinuhé, con su compañera firmemente sujeta a su espalda, se vio succionado hacia el centro de la laguna.

De pronto, entre los enloquecidos y cada vez más rápidos giros del remolino, Sinuhé, que seguía desesperadamente agarrado a la cadena de sesenta números, sintió un fortísimo tirón. Pero sus brazos, casi descoyuntados, resistieron aquel embate. La llave, tal y como esperaba el miembro de la Escuela de la Sabiduría, había ido a incrustarse en algún lugar de la cámara. Palmo a palmo, cubierto en ocasiones por las embravecidas lenguas de fuego, inició una lenta aproximación hacia el desconocido pero providencial punto en el que suponía se había clavado o enganchado la no menos mágica llave...
Con las manos ensangrentadas, Sinuhé, al filo del desfallecimiento, pudo al fin separarse del ojo del torbellino. Y

tras descansar unos minutos sobre la tensa superficie de las aguas, prosiguió su avance, aferrado siempre a la cadena del número pi.
Cuando la extenuada pareja se hallaba ya a escasos metros del muro, el nivel de la laguna descendió bruscamente. Y sin que supieran cómo, las blancas llamaradas empezaron a desaparecer por el ojo del remolino, como si una misteriosa mano hubiese abierto un orificio en el suelo de la cámara. Sinuhé y su compañera no tardaron en hacer pie. Pero, agotados, permanecieron tendidos y sujetos a la cadena.
Cuando las últimas lenguas se escurrieron y la sala presentó su primitivo brillo dorado, Nietihw rasgó parte de su túnica, vendando amorosamente las manos de su amigo.
-¡Ánimo! -le susurró, luchando por convencerle y convencerse de que lo peor había pasado-. ¡Salgamos de aquí!
Sin embargo, en lo más profundo de su ser, la hija de la raza azul sabía que las pruebas a que estaban siendo sometidos no habían finalizado.
El joven se incorporó y, sacudiendo sus ropas, siguió el curso de la cadena. A los pocos pasos advirtió que los negros y brillantes números, mágicamente cohesionados entre sí, conducían hasta una de las puertas. Concretamente, a una cerradura ubicada a media altura y en la que, en efecto, se había introducido la llave de diamante.
Sin comentarios, procedió a soltar los números que había anudado al extremo de la referida llave, recogiendo seguidamente la cadena. Pero esta vez, en lugar de arrollarla a su cintura, la situó en torno a su cuello. Y con evidente curiosidad se dedicó a inspeccionar los paneles de oro que adornaban o protegían el misterioso acceso.
Nietihw, a su lado, le recordó la palabra que daba forma a los dientes, preguntándole su significado. Y el investigador, distraídamente, le respondió que HESED era un vocablo hebreo que quería decir clemencia. Y ensimismado en la búsqueda de alguna inscripción o señal que pudieran arrojar un rayo de luz sobre aquel nuevo enigma, no se percató del imprudente alejamiento de su compañera.
La mujer, confiando en la sagacidad de Sinuhé, olvidó momentáneamente la puerta. Desde que viera desaparecer las

blancas llamaradas, sentía una irrefrenable curiosidad. ¿Cómo y por dónde se habían escurrido aquellas aguas de fuego? Silenciosamente, sin que su amigo lo advirtiera, caminó hacia el centro de la cámara dorada...

Pero, cuando apenas le separaban unos pasos del oscuro círculo que adivinaba ya sobre el pavimento, un súbito presentimiento estuvo a punto de hacerle volver.

Aquella curiosidad, no obstante, fue más fuerte y prosiguió hasta el borde de un agujero de algo más de un metro de diámetro, perfectamente delimitado por las láminas de oro. Al asomarse, descubrió un pozo, sumido en una total oscuridad.

-¡Nietihw, creo que tengo la solución...!

Las palabras de Sinuhé, que acababa de girar la cabeza en busca de su compañera, quedaron bloqueadas en su garganta. Impotente, contempló cómo la hija de la raza azul era arrebatada por una sombra.

De un salto, se separó de la puerta, lanzándose en pos de su amiga. Pero, para cuando quiso llegar a la abertura, aquélla había desaparecido.

No alcanzó siquiera a mirar en el interior del pozo. Antes de que pudiera hacerlo, catapultada desde lo más profundo, se elevó una plancha igualmente dorada que lo cerró herméticamente.

Todos sus forcejeos fueron inútiles. Golpeó y pateó sobre la lámina. Invocó a su perdido amigo Ra, suplicó y, finalmente, cayendo de rodillas sobre el pavimento. Lloró amargamente.

Era la segunda vez que perdía a Nietihw, y la sola idea de que hubiera sido capturada por las golem o por los medianes rebeldes le sumió en el abatimiento. ¿Qué podía hacer por su compañera? ¿Cómo y hacia dónde debía buscarla? Se encontraba solo y perdido en el interior de lo que suponía la Gran Pirámide de Keops y, además, sin armas ni ayuda alguna...

En uno de sus bruscos cambios de estado de ánimo, Sinuhé secó sus lágrimas y, con paso decidido, con el corazón encendido por la rabia, se lanzó hacia la puerta en la que sobresalía la llave de diamante. Colérico y maldiciendo la hora en que había aceptado aquella absurda misión, hizo girar la llave con ambas manos. Un chasquido escapó de la cerradura y,

al instante, los paneles de oro de la puerta se agrietaron. Y por las mil fisuras escaparon unas minúsculas llamaradas azules, que se propagaron velozmente, consumiendo las cuarteadas láminas doradas.
El investigador, temiendo que el fuego celeste pudiera alcanzarle, dio un paso atrás. Las voraces lenguas, apenas de una pulgada de longitud, se extinguieron sin embargo tan rápidamente como habían surgido.
Al volatilizarse el chapeado, la puerta quedó convertida en un inmenso espejo rectangular. Ésa, al menos, fue la primera impresión de Sinuhé. Allí, frente a él, se recortaba su propia imagen. Pero, al observarse a sí mismo con mayor detenimiento, quedó perplejo: el Sinuhé que reflejaba aquel supuesto espejo no lucía al cuello la cadena de números. El resto, en cambio, era su vivo retrato. ¿Cómo puede ser?, se preguntó alarmado, al tiempo que llevaba su mano derecha al collar, en un tímido y casi mecánico gesto por autoconvencerse de que estaba soñando o de que sufría una alucinación. Pero la cadena, efectivamente, continuaba sobre su pecho...
Un escalofrío fue el preludio de otro suceso no menos fantástico. Desconcertado, vio cómo la imagen que permanecía frente a él no repetía el movimiento que acababa de efectuar. Por lógica, si en verdad se hallaba ante un espejo, el brazo de dicha imagen -su brazo- debería haberse elevado también en dirección al collar.
Aturdido, comenzó a gesticular. Sin embargo, el otro no se movió. Y siguió mirándole impasible, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo, mientras Sinuhé, con un creciente sentimiento de ridículo, terminaba por bajar las manos.
La cólera inicial había dejado paso a una mezcla de admiración y temor. Algo especialmente singular estaba a punto de producirse. Y Sinuhé, intuyéndolo, experimentó aquel vicio y familiar cosquilleo en sus entrañas, previo siempre al inicio de alguna aventura.
No satisfecho, sin embargo, avanzó hacia la superficie del espejo, tocándola con las temblorosas yemas de sus dedos. La sensación recibida fue inequívoca: aquello era una fría y compacta lámina, quién sabe si de metal bruñido o de cristal azogado.

Cada vez más desasosegado, retrocedió de nuevo, interrogando a la imagen:
-¿Quién eres?
Y el rostro del otro Sinuhé cambió su impenetrabilidad por una acogedora sonrisa. Y el verdadero investigador -¿o no se trataba del verdadero?- vio cómo los labios de la imagen se abrían y una conocida voz -la suya- resonaba desde el fondo del espejo.
-Soy Ra, tu otro YO.
-¿Mi qué...?
La sonrisa se hizo más acusada y, en tono benevolente, repitió lo que el Sinuhé de este lado del espejo ya había escuchado con toda nitidez:
-Tu otro YO, Sinuhé...
Y antes de que nuestro perplejo amigo tuviera oportunidad de ordenar sus ideas, añadió:
-Sabes que en cada mortal conviven dos personalidades. Una (tú en este caso), primitiva y agresiva. Feroz. Enraizada en el animal que todos los humanos evolucionarios llevan dentro. Otra (yo), nacida directamente del Padre Universal y que constituye su chispa prepersonal en cada ser. Yo, Ra, represento el Amor, la Belleza y la Sabiduría.
-¿Y qué deseas de mí? -tartamudeó el investigador.
-La clemencia de tu compañera, la hija de la raza azul, para con Samej os ha permitido llegar hasta la tercera puerta. A partir de ahora seré yo quien prosiga la gran búsqueda. A este lado de Duart (el umbral de Dalamachia), la cólera, la ambición y la mentira no tienen acceso.
Irritado por aquellas (sus propias palabras) y con el cerebro al límite de la resistencia, el Sinuhé de este lado levantó sus puños en actitud amenazante. Pero, antes de que llegara a golpear el espejo, los brazos de Ra salieron de la bruñida superficie, arrebatándole el collar de números. Y Sinuhé, al filo del histerismo, vio cómo su otro YO introducía la cadena en el interior del espejo, depositándola, a su vez, en torno a su cuello. Y levantando la mano derecha en señal de saludo, sonrió de nuevo. Acto seguido, el espejo, y con él toda la sala dorada, quedaron envueltos en densas tinieblas.

Al verla, tuvo la sensación -casi la seguridad- de que aquella antorcha había sido depositada allí justamente para él. La retiró del aro de metal que la sostenía oblicua al muro e, intrigado, paseó la amarillenta llama a su alrededor. ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? Sus recuerdos y vivencias se hallaban intactos en su memoria: los túneles descendentes, el pequeño cerebro de cristal, la esfinge, aquel río de fuego húmedo, la sala dorada y la dramática experiencia con la serpiente, la desaparición de Nietihw e, incluso, la aparición de su otro YO en el espejo…
Pero, a partir de aquel oscurecimiento, el archivo de su memoria se negaba a funcionar. Por más que se esforzó no fue capaz de rememorar cómo había llegado hasta allí. Examinó el lugar, comprobando que se encontraba en lo alto de un tramo de escalones, toscamente excavados en la roca. A su espalda le cerraba el paso un murallón igualmente rocoso de más de dos metros de altura por algo más de metro y medio de anchura. Tentó las paredes laterales, llegando a la conclusión de que eran tan macizas como el muro que se levantaba tras él. A partir de aquel reducido rellano donde se hallaba se iniciaba el citado tramo de escaleras y, seguidamente, a la tibia y crepitante luz de la tea, Sinuhé divisó un oscuro corredor. Era obvio que la única salida posible sólo podía buscarla en aquella dirección. ¿Es que la sala dorada se hallaba al otro lado del murallón? En ese supuesto, ¿cómo había atravesado semejante bloque de piedra?
Convencido de que sus dudas no se verían satisfechas por el camino de la lógica y del raciocinio, optó por prescindir de tales disquisiciones. Ahora lo único importante era averiguar dónde estaba y, sobre todo, cómo dar con el paradero de su amiga. Descendió los dieciséis escalones y, una vez en la boca del nuevo pasadizo, se detuvo unos instantes, asombrado de su propia serenidad. Al pensar en la hija de la raza azul no lo había hecho, como en de esperar, con angustia o cólera. Es más: su pulso no parecía alterado ante lo tenebroso del lugar ni ante los posibles peligros que quizá le aguardasen. No es que el fantasma del miedo hubiese desaparecido de su corazón, pero, inexplicablemente, su ánimo rebosaba paz. Era como si supiera que parte de aquella batalla había sido ganada y que los

archivos secretos de IURANCHA se hallaban casi al alcance de la mano...
Pero la inquietante soledad de aquel corredor no tardaría en devolverle a la realidad. El pasadizo, muy holgado, presentaba unos muros -incluidos techo y pavimento- tan toscamente trabajados como los que acababa de abandonar. Se trataba de un túnel rectangular, horadado en una caliza muy consistente, cuyas paredes, evidentemente, habían sido labradas a golpe de piqueta. Mientras avanzaba por él, la ausencia de los graníticos sillares que delineaban los pasadizos por los que se habían deslizado anteriormente le condujo a una nueva duda: ¿Es que se hallaba fuera de la Gran Pirámide? 0, por el contrario, ¿había penetrado en la plataforma rocosa sobre la que se sustentaba la Primera Maravilla del mundo? Sinuhé -el nuevo, quizá el auténtico Sinuhé- necesitaría algún tiempo para despejar esta incógnita...
Pendiente de cualquier señal o inscripción, prosiguió su lento avance. Y al poco, cuando apenas si había dado una veintena de pasos, la luz de la antorcha iluminó el final del túnel. Cautelosamente adelantó la tea, descubriendo que el pasadizo terminaba en una sala igualmente rectangular, de unos ocho por cuatro metros. Durante algunos minutos, inmóvil en el umbral de la cámara, no se atrevió casi a respirar. El amarillento chisporroteo del hacha fue empujando las tinieblas y, súbitamente, sobre la pared situada a la derecha de Sinuhé, surgieron unas oscilantes y deformes sombras. A pesar de su crecido valor, un escalofrío volvió a intimidarle y a punto estuvo de dejar caer la maza de madera que le servía de antorcha. Retrocedió un par de pasos, pegándose de espaldas a los últimos metros del muro derecho del corredor. Y la oscuridad volvió a llenar la silenciosa estancia. ¿Qué eran aquellas sombras que había visto oscilar sobre la pared? Los escalofríos se propagaron ahora en cadena y todos los vellos de su cuerpo se erizaron.
Con el rostro vuelto hacia la semiiluminada puerta de acceso a la cámara, esperó lo peor. Aquellas sombras -se dijo a sí mismo- tienen que pertenecer a algo o a alguien. En el segundo caso, si se trata de seres vivos, al ser delatado por la luz de la tea, quizá su ataque sea inmediato...

Y sumido en un silencio de muerte, esperó ver asomar en el umbral, en cualquier momento, las siluetas de Dios sabe qué monstruosas criaturas...

Los segundos transcurrieron densos e interminables. Pero, ante la extrañeza de Sinuhé, nada ni nadie hizo acto de presencia en el umbral de la cámara. Y arrastrando la espalda por el muro, volvió a asomarse.
La boca del túnel se abría justamente en la mitad de la cámara y, en consecuencia, la pared en cuestión quedaba a unos cuatro metros del tembloroso miembro de la Escuela de la Sabiduría.
La tea iluminó la estancia por segunda vez y, en efecto, distinguió las temidas sombras. Sus ojos se habituaron pronto a la penumbra reinante, distinguiendo la causa de dichas sombras. Ante él se levantaban dos figuras humanas, cubiertas en parte por unas brillantes superficies doradas que, al reflejar la luz de la antorcha, parecían tener un halo propio.
Al comprender de qué se trataba, respiró aliviado y, poco a poco, midiendo cada paso, fue aproximándose a ellas.
Pegadas al muro -una frente a otra-, como centinelas, se erguían dos estatuas negras, a tamaño natural, con faldellines, pectorales, brazaletes en muñecas y bíceps y sandalias de oro. Cada una portaba un mazo en la mano derecha mientras, con la izquierda, sujetaban sendos báculos, igualmente dorados. Las cabezas se tocaban con pañoletas típicamente egipcias, perfectamente ajustadas hasta las cejas y chapadas en oro. Al acercar la antorcha a los rostros surgieron inconfundibles las facciones de Mut, el buitre guardián del antiguo Egipto. Sinuhé presintió que se hallaba en la antesala de una tumba. Pero, ¿de quién? Él sabía que los arqueólogos no habían encontrado momia alguna en el interior de la pirámide de Keops. Al menos, en las cámaras y pasadizos descubiertos hasta hoy...
Y una intensa emoción fue apoderándose de todo su ser. ¿Qué nueva sorpresa le reservaba el destino? ¿Qué se escondía al otro lado de aquel muro? Porque, obviamente, aquellos centinelas con cabeza de buitre habían sido dispuestos en aquel lugar como genios o dioses protectores... Se imponía un inmediato y minucioso reconocimiento del paño de roca situado entre ambos centinelas de madera, y el investigador, sin poder contener su

ansiedad, acercó el hacha a la pared. En el primer examen vislumbró ya una posible confirmación de sus sospechas: aquella zona central del muro presentaba una superficie distinta a la tosca caliza del resto de la cámara.
-Parece yeso... -comentó a media voz.
Y elevando la amarillenta flama descubrió que, en efecto, se hallaba ante una puerta tapiada, enyesada y ¡sellada!
Con una creciente excitación aproximó el rostro y la antorcha al pequeño sello oval, perfectamente impreso en arcilla, distinguiendo en la parte superior al clásico perro acostado y, a sus pies, los nueve cautivos enemigos de Egipto.
-¡No es posible! -exclamó con una notable confusión.
Volvió a inspeccionar el sello y, convencido de lo que tenía ante sus ojos, se dejó caer frente al muro, escoltado a ambos lados por las hieráticas figuras de Mut y sus amenazadoras sombras.
Aquél, si su memoria no le traicionaba, era el sello de la Necrópolis Real, ubicada en el llamado Valle de los Reyes.
¿Cómo podía ser entonces que se encontrase en el interior de la Gran Pirámide? ¿0 es que, como venia sospechando, aquélla no era la tumba del rey Keops?
Sentado en mitad de la penumbra, dedicó un tiempo a reflexionar. Pronto desistió. En aquel lugar -fuera o no la Gran Pirámide- habían ocurrido sucesos demasiado extraños y fantásticos como para intentar enjuiciar la presencia de aquel sello real con un mínimo de rigor científico.
Supongo que lo más práctico -concluyó- será dejarse llevar por los acontecimientos...
Para empezar, lo primero y más importante era cruzar aquella puerta tapiada. Pero, ¿cómo lograrlo? No disponía de herramientas adecuadas y, aunque así hubiera sido, la demolición del muro le habría llevado demasiado tiempo. Tenía que haber otro sistema...
Repasó cuidadosamente cada una de las estatuas, con la remota esperanza de hallar algún resorte secreto. Después de múltiples e infructuosos intentos abandonó su propósito, centrando su atención en la cámara. Caminó arriba y abajo. Palpó e inspeccionó las paredes y el suelo y, finalmente, al borde de la rendición, regresó hasta la irritante puerta. Aunque

luchaba por espantarlo, un sentimiento de angustia empezaba a invadirle. ¿Y si realmente se hallaba enterrado en vida?
Iluminó la capa de yeso, recorriéndola desde el dintel hasta el pavimento. Fue en una segunda inspección de la puerta cuando, de pronto, en el extremo inferior izquierdo de la misma, descubrió un nuevo sello, más pequeño que el anterior.
Nervioso, depositó la antorcha sobre el piso y, tumbándose frente al círculo de arcilla, trató de descifrarlo.
Con el corazón agitado, fue traduciendo los pequeños y delicados jeroglíficos:
Aquí... en DUART, MUT vela el sueño... del Señor del Oeste, hermano y yerno del...
La lectura se vio interrumpida. Como mecidas por una corriente de aire, las llamas de la tea oscilaron. Sinuhé, asustado, volvió la cabeza hacia las tinieblas que pesaban sobre la cámara. Sin embargo, todo parecía tranquilo. Y atribuyendo aquella oscilación a alguno de sus nerviosos movimientos, prosiguió la lectura del sello real.
... hermano y yerno del último depositario del Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar... Su primera daga señala hacia Dalamachia...
-¡Dalamachia! -exclamó sin disimular su sorpresa y alegría. Aquel endiablado nombre, convertido ahora en el objetivo básico en la búsqueda de los hombres Pi, estimuló sus ánimos, atacando la traducción con renovados bríos.
... La segunda, hacia el traidor: Horemheb.
Cerró los Ojos y comprobó si había sido capaz de memorizar el jeroglífico.
Aquí en DUART, MUT vela el sueño del Señor del Oeste, hermano y yerno del último depositario del Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar. Su primera daga señala hacia Dalamachia. La segunda, hacia el traidor: Horemheb.
Y abriendo los ojos, releyó el criptograma.
-¡Exacto! -se dijo, felicitándose por su excelente memoria. Tomó nuevamente la antorcha y, sentándose a un par de metros de la puerta tapiada, se dispuso a desmenuzar cuanto había leído en el escondido sello de la Necrópolis Real. Pero su corazón se vio alterado por segunda vez: las amarillentas llamas del hacha que

mantenía con ambas manos fueron sacudidas por otra ráfaga. Esta vez, incluso, el soplo llegó frío y claro hasta su rostro.

Su primer impulso fue ponerse en pie. Aquellas oscilaciones de la antorcha no podían ser accidentales. En la cámara, a excepción de la entrada al túnel, no había abertura o resquicio algunos. Al menos, él no los había detectado. Y en el supuesto de que todo se debiera a una corriente de aire nacida o provocada desde el corredor, ¿por qué las llamas se habían doblegado justamente hacia su rostro, como empujadas desde la pared tapiada? Lo normal, tratándose de una corriente y dado que la boca del pasadizo se hallaba a la derecha y por detrás de Sinuhé, es que aquélla hubiera impulsado la flama en cualquier dirección menos en la que acababa de tomar.
Estas deducciones se atropellaron mientras sus ojos, fijos en la resinosa punta del hacha, veían cómo las llamas, en segundos, recuperaban la Verticalidad y, con ello, la normalidad. Pero sus vellos seguían erizados. La sensación de que alguien había lanzado un poderoso soplo contra la antorcha era incuestionable. Y el miedo le mantuvo anclado sobre el rugoso suelo de la cámara. ¿Qué podía hacer? Si algo o alguien se hallaba allí, invisible en mitad de la penumbra, sólo cabía esperar. Pero, esperar... ¿qué?
Sin atreverse a mover un músculo lanzó sendas miradas a las negras estatuas. Ninguna de las dos -pensó en un afán por serenarse- ha podido girar sus cabezas de madera y soplar... Aquélla, obviamente, era una conclusión lógica. Si las tallas se encontraban encaradas, difícilmente podían ser las responsables de la agitación de la tea. ¿0 sí?
Sinuhé recorrió después los báculos y mazas de oro, pero no observó nada sospechoso. Las segundas, formadas por sendos mangos cilíndricos, rematados por unas esferas magistralmente labradas, eran los únicos objetos -dada su posición, a la altura del nacimiento de los muslos de las estatuas- que coincidían con el nivel de la antorcha. Pero rechazó la idea de que dichas mazas hubieran sido las causantes de tales agitaciones.
Los minutos fueron discurriendo en absoluta calma y, progresivamente, el espíritu de Sinuhé recuperó también su habitual y frío ritmo. Aquella tregua le devolvió el interés por la

inscripción descubierta en el ángulo inferior izquierdo del tabique que tenía frente a él. Y convencido de que los crípticos jeroglíficos ocultaban una información decisiva para el buen fin de su accidentada búsqueda, se enfrascó en las hipotéticas interpretaciones de los mismos.
Lo primero que le llamó la atención fue la palabra Duart. Su otro YO, al hablarle desde el espejo, había hecho mención de ella: ...A este lado de Duart (el umbral de Dalamachia), la cólera, la ambición, y la mentira -recordaba Sinuhé- no tienen acceso. Parecía claro, por tanto, que la expresión aquí, en Duart debía significar que aquella cámara en la que él se hallaba -o quizá lo que se ocultaba al otro lado de la puerta tapiada- era precisamente el umbral de la ansiada Dalamachia. Por otra parte -siguió meditando-, el monosílabo Duart, en el lenguaje del antiguo Egipto, quería expresar el más allá. ¿Cómo podían conjugarse entonces ambos conceptos? ¿Es que Dalamachia era considerado el más allá?
El galimatías se hizo más intrincado al analizar las siguientes palabras. Quizá la menos complicada fue Mut. El miembro de la Escuela de la Sabiduría asoció en seguida el término a las estatuas que montaban guardia junto a la puerta sellada. Aquellos rostros con forma de buitre correspondían precisamente a la figura de Mut, una de las aves carroñeras más abundantes en Egipto (la gyps fulvus) y que, desde la más remota antigüedad, había cumplido el papel de guardián. Estaba claro, en consecuencia, que las mencionadas tallas de madera negra, con Ojos y pico de buitre, velaban o guardaban el sueño del Señor del Oeste, hermano y yerno del último depositario del Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar.
Fue en estas frases donde, como digo, tropezó con mayores dificultades. La expresión Señor del Oeste sólo podía hacer referencia -siempre según las creencias del antiguo Egipto- a un rey que, al morir, recuperaba así su calidad de dios; es decir, de Señor del Oeste.
Los pensamientos de Sinuhé retrocedieron hasta su vieja teoría sobre el rey Keops. Pero, evidentemente, había otro dato que echaba por tierra esta posibilidad. Se trataba de la palabra Horemheb. Este famoso general había vivido en tiempos de los no menos famosos faraones Amenofis IV (el singular rey hereje,

también conocido por Ajnaton o Akhenaton), Tutankhamon y Ay. El Señor del Oeste, a que hacía alusión el jeroglífico tenía que ser, indefectiblemente, alguno de estos tres reyes. El calificativo de traidor, además, venía a coincidir con la inmensa mayoría de las hipótesis de los egiptólogos, que no dudan en considerar a Horemheb como un usurpador del trono de Egipto. Tal y como había estudiado Sinuhé, el citado general, tras la muerte del rey y Padre Divino Ay, último faraón de la XVIII dinastía, se había hecho con el poder absoluto de Egipto, fundando la XIX dinastía.
Pero ¿a qué faraón podía referirse la inscripción? ¿Qué gran rey dormía el sueño de la muerte al otro lado de aquella pared? Después de no pocas vueltas en su cerebro, el miembro de la Escuela de la Sabiduría llegó a una conclusión provisional: de los tres monarcas citados, sólo uno podía ser hermano y yerno, a un mismo tiempo, de aquel desconocido depositario del Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar. Por el momento no quiso aventurarse a bucear en la naturaleza de tan intrigante tesoro... Era menester ir por partes. Y Sinuhé, desempolvando sus estudios sobre Egiptología, estimó que aquel Señor del Oeste podía ser Tutankhamon, hijo, como su antecesor en el trono -Akhenaton-, de Amenofis III y, consecuentemente, hermano del hereje. Además, Tutankhamon, el rey adolescente, siguiendo las complicadas costumbres de su época, había contraído matrimonio con la princesa Anjsenamon, una de las seis hijas de su hermano Akhenaton, casado a su vez con la bellísima Nefertiti. Ay, por su parte, quedaba descartado como protagonista de semejante parentesco. Únicamente el faraón Tutankhamon, según estos cálculos, se hallaba doblemente vinculado -como hermano y yerno- al fascinante rebelde de la teología egipcia: Akhenaton.
¿Quería decir esto que el rey enterrado al otro lado del muro era Tutankhamon?
Parte del enigma parecía despejado: el rey Akhenaton tenía que ser el depositario del Gran Tesoro. Pero, ¿de qué tesoro? Y, sobre todo, ¿qué clase de relación existía entre ese Gran Tesoro y Tutankhamon?

Las nuevas incógnitas encendieron aún más los excitados ánimos del investigador. Había que encontrar el medio de atravesar aquella maldita puerta tapiada...
En cuanto al Reino en Medio del Mar, Sinuhé desistió. Por más que repasó la historia del viejo Egipto no supo o no pudo vislumbrar a qué podía referirse.
De lo que no cabía duda era de que, al otro lado, en alguna parte, dos puñales o dagas pertenecientes al rey muerto señalaban, una a Dalamachia y la otra, a Horemheb, el traidor. ¿Significaba todo esto que la misteriosa Dalamachia estaba ya al alcance de su mano? ¿Y qué pensar de Horemheb? ¿Escondía aquella advertencia nuevos peligros?
Repasó la inscripción por enésima vez, pero, desgraciadamente, aquella información sólo parecía referirse a lo que, presumiblemente, podría encontrar más allá del tabique que le cerraba el paso. En cuanto a la forma de cruzarlo, ni un solo indicio...
En el fondo, su situación era más penosa que antes de descubrir el segundo sello real: intuía que estaba muy cerca de algo fascinante y decisivo y, sin embargo, no veía el modo de pasar al otro lado.

¡Debo encontrarlo!
Molesto e irritado consigo mismo, seguía obsesionado con el segundo sello real. Hasta que, en una de aquellas tensas ojeadas al tabique, reparó nuevamente en el óvalo de arcilla -el primer sello- situado en el centro geométrico de la puerta tabicada.
La figura impresa en la parte superior -el perro acostado, imagen del rey difunto después de las mágicas transformaciones que debía sufrir antes del definitivo renacimiento a la inmortalidad apenas le sugirió nada. Sin embargo, no sucedió lo mismo con los nueve cautivos grabados bajo el citado perro. Se hallaban distribuidos en tres hileras de tres, cuatro y dos prisioneros, respectivamente.
Mecánicamente, en un sondeo más, el miembro de la Orden de la Sabiduría convirtió cada uno de aquellos números en las correspondientes letras del alfabeto hebreo, de acuerdo con el

riguroso método enseñado por la Kábala. Y ahí empezó una curiosa serie de descubrimientos...
El 3, según este procedimiento, equivalía a la letra sagrada Gimel, que es el símbolo de la garganta. El 4 venía a significar Daleth o pecho. El último -el 2-, corresponde en hebreo a la letra Beth o boca, como órgano de la palabra humana.
-¡Curioso! -musitó Sinuhé, perplejo-. ¡Muy curioso...!
Desde un punto de vista esotérico, aquellas tres palabras -boca, garganta y pecho- estaban casi gritando que quizá la pronunciación de algún sonido o mantra mágico -como ya había ocurrido en la cúspide de la pirámide- podría franquearle el camino... Pero, ¿qué palabra o palabras formaban esa clave?
El siguiente hallazgo llegó por sí solo. Al sumar las tres hileras de cautivos aparecía el no menos sagrado 9. Y Sinuhé, poniéndose en pie, sintió cómo se aproximaba a la solución. Siguiendo el mismo procedimiento cabalístico, este número –el 9- tenía su equivalente en la letra hebrea Teth. ¿Y cuál es su oculto o esotérico significado?, se preguntó el investigador que, por supuesto, conocía la respuesta:
-Oculta muralla o pared -sentenció en voz alta, al tiempo que, gozoso, golpeaba el tabique con ambas palmas-, erigida para guardar un tesoro y cuidar de un objeto querido..., en medio de peligros. ¡Jesucristo!, ¿cómo no me he dado cuenta mucho antes?
Ahora aparecía con mayor claridad: alguna palabra de profundo e intenso poder, que brotara del pecho, garganta y boca de un ser humano, era el oculto medio para derribar, abrir o anular aquel obstáculo. Procurando dominar su ansiedad, buscó entonces el segundo sello. Esa clave, de existir, tenía que esconderse en los jeroglíficos que acababa de descifrar. Pero, ¿dónde? ¿En qué palabra o frase?
Tras repasar cada vocablo, comprobó que ninguna de aquellas expresiones guardaba relación con la clave que buscaba.
-¿Y si probara con el total de las palabras? -se animó a sí mismo.
Sinuhé, entonces, ayudándose con los dedos, puso en marcha la conversión a números de cada una de las letras, siguiendo para ello el método conocido por Gematría. Pero la suma final, aunque familiar -3 327 o 6-, no le dijo nada..., de momento.

En un nuevo asalto al mensaje, se inclinó por deletrear cada sílaba, procediendo a la suma de las mismas. Y surgió lo inesperado...
-A-quí, en DUART, MUT ve-la el sue-ño del Se-ñor del O-es-te, her-ma-no y yer-no del úl-ti-mo de-po-si-ta-rio del Gran Te-so-ro del Rei-no en Me-dio del Mar. Su pri-me-ra da-ga se-ña-la ha-cia Da-la-ma-chia. La se-gun-da, ha-cia el trai-dor: Horem-heb. ¿Setenta y dos sílabas? -se preguntó incrédulo.
Al contar de nuevo comprendió que estaba en lo cierto: ¡72! Mentalmente, sin atreverse a pronunciarlo, resucitó en su memoria el Nombre Inefable y Temible -suma de las 72 sílabas sagradas- que, según la más arcana tradición hebraica, había sido utilizado por Moisés para separar las aguas del mar Rojo: SHEM HAMEFORASH.
Este nombre, al igual que el integrado por el Tetragrama -YOD-HE-VAV-HE-, una de las designaciones de la Divinidad y de la que se derivó una burda traducción fonética (Yavé o Jehová), goza de un misterioso y mítico poder, conocido únicamente por los muy iniciados.
Ahora lo veía con claridad. Para tener acceso al otro lado -una cámara funeraria, sin duda-, había que pronunciar el nombre que sintetizaban aquellas 72 sílabas -SHEM HAMEFORASH-, al que podía llegarse únicamente mediante la interpretación cabalística y complementaria de ambos sellos reales.
Toda una compleja pero eficaz medida de seguridad para preservar el tesoro que, indudablemente, se esconde detrás de este muro, dedujo Sinuhé, convencido de hallarse a un paso de la Verdad que tanto anhelaban él y su desaparecida compañera. Y tras una minuciosa revisión de sus cálculos, se situó frente al sello ovalado, dispuesto a pronunciar el Nombre Inefable y Temible con todo el respeto y solemnidad de que era capaz...

Inspiró profundamente, llenando al máximo sus pulmones. Aquel nombre -SHEM HAMEFORASH- debía nacer en lo más íntimo de su pecho y, tal y como le habían enseñado los Kheri Hebs de su Orden secreta, brotar por su garganta y boca, sublimado en forma de sucesivos mantras o sonidos mágicos. Sólo así tendría efectividad. Pero el soror no pudo articular una

sola sílaba. La antorcha había empezado a oscilar en su mano derecha, contagiada por el tembloroso pulso.
Sinuhé desistió. Comprendió que primero debía dominar sus nervios y, tomando asiento frente al tabique, depositó la tea en el suelo, entre él y la puerta enyesada. Cruzó las piernas, adoptando una de las clásicas posturas de yoga y cerró los ojos. Después de una larga y pausada serie de hondas inspiraciones, cuando estimó que su ritmo cerebral había descendido por debajo de los catorce ciclos por segundo, emitiendo así las benéficas ondas alfa, se dispuso a vocalizar el Nombre Inefable y Temible. Pero antes, corno medida preventiva ante los posibles peligros que pudieran sobrevenirle en aquella nueva aventura, fabricó mentalmente una burbuja transparente y blindada que le rodease. De esta forma, con el espíritu reconfortado y protegido en el interior de su propia creación mental, Sinuhé -con voz grave- llenó la silenciosa cámara con potentes y rotundos mantras...
-¡SHEM... HAM... E... FO... RASH...!
El eco de aquellas palabras golpeó las cuatro paredes, llenando el lugar y el corazón del investigador de amenazadores presagios. Al extinguirse, expectante, abrió los ojos, esperando que el muro, quizá, se viniese abajo. Pero nada sucedió... al menos en aquellos primeros momentos.
Consumido por la impaciencia llegó a pensar que su entonación no había sido correcta o, lo que era peor, que aquél no era el nombre clave. Sin embargo, no tuvo tiempo para continuar reflexionando en este sentido. Bruscamente, un tercer y silbante soplo de aire cayó sobre el hacha, apagando las llamas.
A pesar de saberse defendido por la burbuja mental, el súbito soplo y las sólidas tinieblas que se precipitaron sobre el recinto le sobrecogieron. ¿Qué debía hacer? ¿Se incorporaba y avanzaba hacia la puerta tapiada? Pero ¿cómo actuar en mitad de aquella oscuridad?
Obedeciendo a su instinto optó por aguardar. Y su tensa espera no fue larga. De pronto, muy cerca, en algún punto que él creyó identificar con las proximidades del tabique sellado, se escucharon unos ruidos. Forzó la vista, pero las tinieblas eran demasiado espesas. Sus oídos, en cambio, afinados por el

miedo, siguieron registrando aquella serie de sonidos, cada vez más nítidos y próximos.
-Sí, parecen pasos...
Y un sudor frío, incontenible y perturbador, bañó sus manos y rostro.
Efectivamente, parecían pasos. Sinuhé movió la cabeza en todas direcciones, pero aquello -lo que fuera- no terminaba de llegar a él. Tembloroso aguzó al máximo sus oídos, descubriendo que, en realidad, los pasos correspondían, no a un ser, sino a varios. Y, desconcertado, creyó percibir cómo daban vueltas en tomo suyo, a cosa de uno o dos metros. justamente a la distancia en que se levantaba la pared de su burbuja. ¿Es que aquellos seres -hombres o bestias- estaban rodeando la esfera mental?
¿Y con qué intenciones?
La respuesta llegó fulminante: de pronto, los pasos cesaron y el investigador no pudo impedir que sus cabellos se erizasen por el terror. A juzgar por los siniestros arañazos y crujidos que provenían de la pared de su burbuja, los dientes, garras, 0 quién sabe qué, de aquellos seres intentaban rasgar su blindaje mental. Era obvio, por tanto, que deseaban capturarle... o matarle.
En un último esfuerzo, cerró los ojos y, concentrándose, fabricó en el interior de la primitiva esfera una segunda burbuja. Esta vez, además, reforzó la pared del nuevo blindaje con sus más queridos y bellos sueños: su amor por el mar, sus hijos, Nietihw, su reciente pasión por Jesús de Nazaret y, sobre todo, con su más difícil sueño: la búsqueda de la Verdad...
Un súbito estallido le obligó a abrir los ojos. Aquellos seres habían logrado perforar la primera burbuja y, al conseguirlo, la esfera mental había saltado por los aires, iluminando la cámara con un resplandor azul, tan intenso como fugaz.
Sinuhé, espantado, tuvo tiempo para distinguir a varios de los seres. Su primera impresión fue que estaba rodeado de monos o gorilas. Pero, inmediatamente, cuando las tinieblas dominaron la cámara, recordó haber visto unas largas greñas que caían sobre los hombros de sus atacantes y que, naturalmente, no podían corresponder a simio alguno. Entonces, ¿quiénes eran?
Y otra idea le vino a la mente. No había dispuesto de tiempo para contarlos, pero podría jurar que eran más de media

docena... ¿Serían nueve? En ese caso- pensó-, ¿podía tratarse de los nueve cautivos que había visto en el sello real? Y aunque el aspecto de los misteriosos seres -apenas cubiertos por un taparrabo- era muy similar al que él había observado en las nueve figurillas grabadas en la arcilla, rechazó tan absurda posibilidad.

En parte, el hecho de desechar aquella hipótesis fue motivado, no sólo por lo ridículo del planteamiento, sino, muy especialmente, porque los seres habían vuelto a la carga, atacando el nuevo e inesperado blindaje mental con una furia inenarrable.

Sinuhé, desarmado, asistió entonces a una lluvia de dentelladas y zarpazos, propinados desde todos los ángulos y con una violencia tan salvaje que hicieron temblar hasta el último de sus átomos.

Y convencido de que sus «sueños» no podrían resistir aquel segundo y bestial embate, cerró los ojos, dispuesto a asumir lo que parecía su fin...

Aquellos últimos segundos, cansado y derrotado, el miembro de la Escuela de la Sabiduría vio desfilar por su mente los principales momentos de tan insólita aventura. Y una tristeza infinita le hizo bajar la cabeza. Al menos por su parte, la misión había fracasado. Ya no sería posible llegar hasta los archivos secretos de IURANCHA y revelar al mundo la Verdad sobre la rebelión de Lucifer y sus consecuencias...

En esos críticos instantes, mientras los encolerizados seres golpeaban -cada vez más violentamente- la pared de su última protección, Sinuhé hubiera deseado llorar. Pero su corazón, agostado, no respondió.

De improviso, cuando todo parecía irremisiblemente perdido, los zarpazos cesaron. Y un silencio total se instaló de nuevo en la oscura cámara. ¿Qué había sucedido?

Sinuhé levantó el rostro, sintiendo cómo su segunda burbuja seguía allí, intacta y hermética. Acto seguido, percibió cómo los seres se alejaban precipitadamente. Sus pisadas fueron perdiéndose en una lejanía que, dadas las reducidas dimensiones de la sala, no acertó a comprender. Y con el corazón a punto de estallar, creyó distinguir entre las tinieblas

un punto luminoso y distante. A juzgar por la posición que conservaba el soror, se hallaba justamente en la dirección que ocupaba -o que debía ocupar- el muro sellado...
Pero, ¿por qué parecía tan lejano? La respuesta no tardaría en producirse.
Al principio con lentitud, después con una creciente aceleración, aquel punto de luz fue aproximándose al perplejo Sinuhé. Y fue entonces, al desplazarse a mayor velocidad, cuando advirtió que no se trataba de un único foco luminoso. ¡Eran dos! y el investigador, sobresaltado de nuevo, descubrió que eran unos ojos de perfil felino, de los que manaban sendos haces de luz ámbar.
Como impulsado por un resorte, se puso en pie. Los ojos, al llegar frente a la burbuja, se detuvieron. Parpadearon y, al momento, se fusionaron, convirtiéndose en el símbolo del infinito. Y aquel signo (-), sin perder su vivísima y amarillenta luminosidad, comenzó a elevarse, siguiendo la curvatura de la esfera mental. Una vez sobre la vertical de Sinuhé, la enigmática hélice giró sobre sí misma, transformándose en un radiante disco. Y de ella partieron miles de finísimos rayos, igualmente ambarinos, que, al contacto con la esfera de los sueños, se derramaron por su superficie en forma de oro líquido.
Lo que aconteció después resulta poco menos que imposible de describir: en medio de un baño de luz dorada, la burbuja se desintegró en silencio y, lentamente, ingrávidas y majestuosas, cada una de sus partículas -convertidas ahora en miles, quizá millones, de diminutos sueños- fueron posándose sobre el cuerpo de Sinuhé. Maravillado, conforme los veía cubrir su piel, cabellos y ropas, fue identificando muchas de las ilusiones que había tenido a lo largo de su vida. Allí, como rutilantes y minúsculas estrellas doradas, aparecieron los más entrañables y lejanos sueños de su niñez, de su juventud y también los últimos y cada vez más escasos de su madurez.
Inexplicablemente, ni una sola de aquellas ilusiones había perdido la pureza de su primitiva ingenuidad ni el dorado brillo de su belleza.
Levantó entonces sus ojos hacia el símbolo del infinito pero, por más que buscó, la hélice había desaparecido. Y allí quedó, enfundado en el más sorprendente traje que jamás hubiera

podido imaginar: casi un buzo de astronauta, flexible, ligero como cada una de las ilusiones que lo formaban y rutilante; despidiendo miles de rayos que hacían su entorno perfectamente visible...
Sin poder creerlo, tentó sus nuevas ropas, advirtiendo que las estrellitas que se entretejían sobre el corazón eran precisamente sus sueños e ilusiones más queridos: los que se habían fraguado durante su niñez...
Y con el espíritu henchido por una grandísima alegría, dirigió la mirada hacia la puerta tabicada...

Alumbrado por el resplandor dorado que emitían los millares de milimétricas estrellas o ilusiones engarzadas entre sí y que cubrían su cuerpo de pies a cabeza, dio un paso hacia el muro sobre el que había lanzado el Nombre Inefable y Temible. Pero, cuando su propia luz alcanzó a las hieráticas y negras representaciones de Mut, se detuvo. ¡El tabique se había volatilizado! En su lugar no había nada. El yeso y los ladrillos de adobe que tapiaban la puerta eran ahora una tenue oscuridad, umbral de otro recinto en cuyas profundidades creyó distinguir unos confusos y difuminados destellos rojizos.
Ésa tiene que ser la cámara sepulcral, pensó con inquietud. ¿Qué nuevos peligros y enigmas le aguardaban al otro lado de la puerta que se abría ante él?
Antes de dar aquel decisivo paso, otro asunto reclamó su atención. A sus pies se hallaban los restos del primer sello real. Y, junto al óvalo de arcilla, varias cuerdas de esparto, revueltas y como abandonadas con precipitación. Extrañado se agachó y, al tomar en sus manos el sello, observó que las incisiones que había descifrado -el perro acostado y los nueve cautivos, símbolo de los grandes enemigos de Egipto- habían sido borradas. Acarició la superficie del cartucho real, descubriendo que dichas grabaciones, en contra de lo que había supuesto en un primer momento, no parecían limadas o borradas. Simplemente, como ocurría con los escombros de la puerta tabicada, se habían esfumado...

Aquello, y el hallazgo de las cuerdas, dejó al investigador sumamente intrigado. Y al contar los renegridos cordeles, el

presentimiento que ya le había rondado cuando se encontraba encerrado en la burbuja mental, resucitó como un huracán: ¿es que los prisioneros que aparecían maniatados, con las manos a la espalda, habían cobrado vida? ¿Qué otra explicación podían tener si no aquellas nueve -justamente nueve- cuerdas que había encontrado Junto al sello real, ahora vacío?

Si esta fantástica idea se confirma -meditó, clavando su mirada en la penumbra escarlata de la cámara que le aguardaba-, es casi seguro que las bestias que destruyeron la primera esfera hayan huido en esa dirección...

Y un escalofrío volvió a tensar la piel de su espalda. Esta inquietante hipótesis podía significar un nuevo enfrentamiento con los cautivos..., suponiendo que hubiesen huido hacía la mencionada sala.

Durante breves instantes dudó. ¿Qué debía hacer con las cuerdas y el óvalo de barro? ¿Los dejaba allí y se adentraba definitivamente en la cámara que tenía enfrente o, por el contrario, los llevaba consigo?

Una vez más se dejó arrastrar por su intuición y, separando con gran delicadeza las estrellas que ocultaban uno de sus bolsillos, guardó el sello real. Al momento, aquellas ilusiones -como si tuvieran vida propia- recuperaron su posición inicial, cerrando el hueco dejado por la mano de Sinuhé. En cuanto a las nueve cuerdas, optó por anudarlas en torno a su muñeca izquierda.

Por último, tras inspirar profundamente, cruzó el umbral con paso decidido...

Al entrar en aquella desahogada estancia, Sinuhé comprendió por que los felinos y luminosos ojos que había visto desde el interior de su burbuja mental le habían parecido tan lejanos. En una primera observación, inmóvil y emocionado tras cruzar la puerta, calculó que se hallaba en una cámara de unos cinco por siete metros, por otros tres de altura, aproximadamente. El silencio, si cabe, resultaba más profundo; casi sagrado. Y entendió igualmente el porqué de la penumbra escarlata que había advertido desde el otro lado: los muros situados a derecha e izquierda -es decir, los más pequeños- presentaban una serie de curiosas antorchas, empotradas oblicuamente y a cosa de metro y medio del suelo. El excitado miembro de la Escuela de

la Sabiduría no tardaría en descubrir que aquellas teas, en realidad, no eran tales... Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.
Desde el primer instante sólo tuvo ojos para un enorme bulto que se levantaba en el centro geométrico de lo que él consideraba una cámara sepulcral. Una tumba que, de acuerdo con las inscripciones del segundo sello real, quizá contenía los restos del faraón Tutankhamon, fallecido hacia enero del año 1343 antes de Cristo. Sin embargo, su sentido común -a pesar de lo vivido hasta entonces- seguía rebelándose contra una hipótesis tan absurda. El mundo entero había asistido en noviembre de 1922 al formidable hallazgo en el Valle de los Reyes de la entrada a la tumba subterránea del mencionado rey. H. Carter, su descubridor, tras una laboriosa excavación, había abierto el sarcófago de Tutankhamon en 1923. Y la momia del faraón, examinada y reconocida por un sin fin de expertos... ¿Cómo entender entonces que pudiera encontrarse en aquellos críticos momentos en la cámara funeraria del hermano y yerno de Amenofis IV?
Sin duda -meditó mientras se aproximaba al referido y enigmático bulto- estoy en un error. Ésta no puede ser la sepultura de Tutankhamon. Además, cuando Howard Carter, lord Carnavon y el resto de los arqueólogos penetraron al fin en la verdadera cámara mortuoria del faraón, primeramente, antes de llegar al sarcófago, tuvieron que ir desmontando las cuatro capillas sagradas que, encajadas una dentro de la otra, lo cubrían y protegían. Y aquí, evidentemente, no veo tales capillas...
Pero estas racionales deducciones se vieron empañadas por otra no menos evidente realidad: los jeroglíficos del sello en los que -si no estaba equivocado- se hacía expresa mención al sueño de Tutankhamon...
Llevado de su natural prudencia, Sinuhé prefirió rodear aquella masa, medio iluminada por las extrañas antorchas. Con paso lento, pendiente del menor ruido o movimiento sospechoso, le dio una vuelta completa, sin acercarse. Ayudado por el dorado resplandor que emitía su propio traje, identificó el bulto con una especie de bloque -quizá pétreo-, de unos tres metros de largo por metro y medio de alto y ancho. Los costados presentaban

unos altorrelieves que Sinuhé -dada su prudencial distancia- no distinguió con claridad.
Durante unos minutos permaneció frente a él, reflexionando. Tentado estuvo de abordarlo. Pero, antes de embarcarse en ello, quiso cerciorarse de la naturaleza y características de cuanto le rodeaba. Y empezó por las singulares antorchas. Desde que penetrara en la cámara le había llamado la atención otro desconcertante hecho: aunque era innegable que alumbraban con un tibio resplandor rojizo, aquellas teas no ardían. Sus extremos, al menos, no se consumían como es lo habitual en un hacha. Sinuhé no apreció llamas. Sin embargo, irradiaban una luz escarlata, suficiente para rasgar, aunque precariamente, las tinieblas del lugar.
Con gran curiosidad se dirigió a las que se alineaban en la pared situada a la izquierda de la puerta de entrada y, al llegar hasta ellas, no pudo reprimir su admiración. Sólidamente clavados, y oblicuos al muro, se erguían cinco remos huecos y transparentes, de metro y medio de largo y -a primera vista- idénticos. Aproximadamente hacia su mitad, cada remo presentaba un ensanchamiento en forma de pala. Y justamente en el interior de estas últimas fue donde observó algo que te recordó el agua. Pero un agua en ebullición, irradiando aquella luminosidad rojiza. El resto del remo, en cambio, parecía vacío. Maravillado, fue examinándolos uno tras otro. A continuación caminó hacia el muro situado en el extremo opuesto, comprobando que, allí, las antorchas de cristal eran cuatro. En total, por tanto, había nueve remos que semiiluminaban la cámara. Y el miembro de la Logia secreta recordó desconcertado cómo en la tumba de Tutankhamon también habían sido descubiertos otros tantos remos mágicos, depositados en el suelo de la cripta para llevar la barca del rey a través de las aguas del Mundo Inferior, tal y como rezaba el Libro de los Muertos del antiguo Egipto. Por supuesto, los hallados por Carter eran bastante más prosaicos que éstos. Se trataba de simples palas de madera...
Un torrente de preguntas asaltó al investigador: ¿quién había fabricado semejantes teas de cristal? ¿Qué contenían? ¿Su única misión era alumbrar -a medias- el recinto?

Al inspeccionar aquella pared, descubrió también, en el lugar que debería haber ocupado quizá un décimo remo, un incomprensible cuadrado, pintado en blanco, y de algo más de un metro de lado. Al tocarlo, las pequeñas estrellas doradas que revestían los dedos de Sinuhé quedaron cubiertas de yeso.
-¡Asombroso!
La perplejidad del investigador estaba justificada. Aquella capa se hallaba húmeda, como si acabasen de enlucirla... El resto de los muros, en cambio, aunque recubierto igualmente de yeso y pintado en amarillo, estaba seco. Aquel tono dorado que suavizaba en cierta medida la dureza del lugar, así como las pinturas que Sinuhé fue descubriendo en las paredes más largas, confirmaron sus sospechas iniciales: aquélla tenía que ser una cámara sepulcral. En todas las tumbas de Tebas, este tipo de pintura amarilla en los muros venía a simbolizar la puesta del dios-sol bajo las montañas del Oeste. De ahí, precisamente, se derivaba la denominación concedida a esta clase de cámaras: La Casa de Oro, donde Uno descansa. Estaban, además, como digo, aquellos temas, desarrollados en las pinturas que adornaban los muros de siete metros. Todos tenían un carácter funerario y religioso.
Dos de los murales, sobre todo, causaron un especial impacto en Sinuhé. Habían sido trazados en la pared opuesta a la de la puerta y a base de vivísimos colores rojos, negros, blancos y amarillos. En uno de ellos aparecía la escena del traslado del cadáver del supuesto inquilino de la cripta. El rey era conducido sobre narrias o cajones, a hombros de sus cortesanos, todos ellos vistiendo los típicos faldellines egipcios y, sobre las pelucas y cabezas rapadas, sendos vendajes blancos, en señal de duelo. La momia aparecía sobre unas andas con forma de león, instalada en el interior de una capilla, montada -a su vez- sobre una barca y ésta, por último, descansando en las referidas narrias.
La segunda pintura, en opinión del investigador, hacía referencia a otra ceremonia muy particular en el antiguo Egipto: la llamada apertura de la boca del difunto. En realidad, los egiptólogos no terminan de ponerse de acuerdo sobre el significado de la misma. En ella podía verse a un personaje de gran relevancia, manipulando una extraña palanca con la que,

al parecer, debía abrir la boca del muerto. Y entre ambos, colocados sobre una mesa, una serie de objetos, necesarios en dicho ceremonial: un dedo humano, el cuarto trasero de un buey, un abanico de una sola pluma de avestruz y otro objeto desconocido en forma de doble penacho. Por encima de ellos se veía una fila de cinco copas de oro y plata.
Y de pronto, mientras inspeccionaba aquel muro, Sinuhé se vio asaltado por una sensación aguda e inequívoca: alguien parecía estar observándole a su espalda...

No era la primera vez que experimentaba aquella clara sensación. Un frío polar te recorrió la columna vertebral y el miedo a lo desconocido, una vez más, le puso en tensión.
En un intento de sorprender al hipotético observador, giró velozmente en dirección al centro de la cámara. Sus ojos escudriñaron la rojiza oscuridad y, sumido en aquel abrumador silencio, buscó al intruso. Allí, sin embargo, no había nadie. Sólo el negro túmulo central rompía a duras penas la soledad de la cripta.
¿Y si se hubiera escondido tras el bloque de piedra? Esta idea vino a desasosegar aún más su quebrado ánimo. Con el corazón en un puño empezó a rodear lo que imaginaba ya como un posible sarcófago.
En guardia, con los puños cerrados -manteniéndose siempre a unos tres metros del enigmático monumento- fue caminando a su alrededor. Pero aquella exploración resultaría igualmente estéril. Por el momento, él era el único visitante de aquella siniestra cámara... Una vez más, Sinuhé se equivocaba.
En esos instantes, con el pulso algo más recuperado, al observar los costados del catafalco, quedó prendado por los altorrelieves que adornaban sus cuatro esquinas. Se trataba de las diosas Isis, Neftis, Neith y Selkit, dispuestas de tal forma que sus alas y brazos extendidos rodeaban la totalidad de las paredes del túmulo en un simbólico abrazo protector.
Ya no había duda: aquel bloque de piedra tenía que esconder los restos -quién sabe si la momia- de un rey. Posiblemente, como anunciaba la inscripción del sello real, la del faraón Tutankhamon. Y animado por estos excitantes pensamientos, el miembro de la Escuela de la Sabiduría tomó la decisión de

intentar abrir el sarcófago. Pero, ¿cómo lograrlo? La enorme losa que lo cubría debía pesar más de una tonelada...

Tiene que haber un medio..., reflexionó, dándose ánimos y dirigiendo sus pasos hacía el centro del gigantesco bloque. Pero, al llegar a un metro del túmulo, algo inesperado le cortó el paso, arrojándole al suelo.

-¡Oh, Dios...!

Aturdido, se incorporó casi con idéntica celeridad con que se había visto arrojado sobre el rocoso pavimento. Examinó su protección de sueños y, tras verificar que no había sufrido daño alguno, repitió la aproximación, sin poder creer lo que acababa de experimentar.

Sin embargo, cuando su cuerpo estuvo de nuevo a un paso del sarcófago, una especie de viento huracanado -silencioso e impetuoso- surgió por segunda vez de alguna parte del bloque, haciendo impracticable el avance y lanzándole nuevamente a tierra.

Esta vez, perplejo, no se incorporó tan rápidamente. Era evidente que una muralla invisible protegía la última morada de aquel rey. E intentando recapacitar, dio unos pasos alrededor del túmulo.

Quizá probando por otro costado...

Pero el tercer intento fue tan catastrófico como los precedentes. Y el desconcertado iuranchiano rodó por el suelo. A pesar de ello, no se rindió. E, incorporándose, trató de asaltarlo por las dos paredes restantes. En cada ocasión, sin embargo, el viento reapareció puntual e implacable, empujándole como un muñeco.

-¡Dios santo! -se lamentó desmoralizado-. ¡Es infranqueable!

Su cerebro y, lo que era peor, su voluntad, quedaron en blanco. Solo, sin armas, desconcertado y sin saber cómo vencer aquella nueva dificultad, se sintió al filo de la rendición. Pero en aquel Sinuhé -el que había surgido del espejo- había, sobre todo, una indestructible tenacidad. Pasados los primeros momentos de confusión, un sereno coraje le impulsó por enésima vez hacia el enigmático túmulo.

El dispositivo para anular ese viento huracanado -reflexionó-, suponiendo que exista, debe hallarse en otro lugar... Pero ¿dónde?

Gateando, se aproximó a la zona límite del invisible vendaval. Procurando no ser catapultado de nuevo, fue rodeando el sarcófago, en un esfuerzo por hallar en sus paredes una posible solución que neutralizara la muralla protectora. Sin embargo, a excepción de las cuatro diosas aladas, el resto de los costados -finamente trabajados en un macizo bloque de cuarcita amarilla-no presentaban inscripción o señal algunos.
En cuclillas frente al catafalco, dedujo finalmente que su búsqueda debería orientarse en otra dirección. Pero, cuando se disponía a explorar la cámara por segunda vez, de improviso, una agitada respiración rompió el silencio...

En una fracción de segundo, los pensamientos de Sinuhé se vinieron abajo. incapaz de moverse, afinó sus oídos, con la esperanza de que aquella respiración fuera sólo un error o, quizá, una mala jugada de su atormentado subconsciente. Pero no. Rítmica, intensa y clara volvió a sonar a su espalda, estremeciéndole.
Alguien se hallaba muy cerca. Casi podía sentir su aliento, acompasado con aquel ruido ronco y gutural. Y lentamente fue volviéndose, Aquella sensación que había experimentado mientras examinaba las pinturas funerarias -una sensación inconfundible que delataba la proximidad de un observador-parecía a punto de confirmarse.
Entre la escarlata semioscuridad, levemente iluminados también por el resplandor dorado de su traje, aparecieron ante Sinuhé los felinos y ambarinos ojos que ya había tenido ocasión de contemplar cuando se hallaba en el interior de la burbuja.
El susto fue inevitable. Y en un movimiento reflejo se echó atrás, cayendo de lleno en el radio de acción del viento huracanado. Éste, automáticamente, lo impulsó de nuevo fuera del entorno del túmulo, yendo a caer bajo los ojos del supuesto enemigo.
Maltrecho, levantó la cabeza, advirtiendo con horror que aquel ser se hallaba a una cuarta de su rostro. Tendido cuan largo era y dominado por el miedo, sólo tuvo fuerzas para contemplar unas delgadas patas negras, terminadas en sendas pezuñas, todas ellas armadas con cinco amenazadoras y curvadas uñas de plata.

Su primer y poco tranquilizador pensamiento fue que estaba a los pies de un animal. Quizá un felino... Pero ¿con garras de plata?
Poco a poco fue recorriendo el resto de aquel cuerpo. Al descubrir la cabeza reconoció un largo y afilado morro, así como unas orejas enormes, erectas y puntiagudas. Y en el centro del oscuro cráneo, aquellos ojos rasgados, de color ámbar y penetrantes como espadas.
No, no se trata de un felino... -reflexionó atropelladamente-. Parece un chacal.
Los ojos del animal, como si hubieran captado la convulsa deducción, centellearon a la luz de los miles de estrellas que cubrían a Sinuhé. Y el investigador cayó en la cuenta de que aquellas pupilas poseían algo extraño. Parecían artificiales y con incrustaciones de oro, calcita y obsidiana. También el cuerpo -más parecido al de un gallo que al de un chacal- denotaba algo fuera de lo normal. La piel, negra y lustrosa, parecía pintada...
Sin poder evitarlo, confiado ante su aparente docilidad, alargó una temblorosa mano, hasta tocar una de las patas delanteras. El chacal no se movió. Su respiración se hizo algo más rápida y bronca, y Sinuhé, perplejo, vino a confirmar lo que había empezado a sospechar: ¡aquella criatura era de madera!
El desconcierto fue tal que sólo pudo cerrar los ojos, en espera de que -al abrirlos de nuevo- aquel imposible hubiese desaparecido. Pero, al hacerlo, el animal siguió allí, petrificado. Sinuhé comprendió que, de haber sido ése su propósito, el chacal ya le hubiera atacado. ¿Qué pretendía entonces? ¿Por qué estaba allí? Y antes de que tuviera ocasión de plantearse nuevas interrogantes, el afilado morro se abrió, dejando al descubierto dos hileras de dientes huecos y transparentes que irradiaban una luz escarlata, idéntica a la de los remos de cristal.
Y en la cámara sonó una voz que le recordó la de un joven.
-Soy Anubis -habló el chacal-, primera transformación del gran rey que duerme y descansa en esta tumba.
El investigador se puso en pie y, boquiabierto, contempló al sorprendente galgo-chacal. No había duda de que aquellas palabras procedían de su boca.. Temeroso, rodeó al animal, verificando que, efectivamente; se trataba de un hermoso

ejemplar de un metro de alzada y cola larga, recta, colgante y peluda, en forma de palo.
-¡Sorprendente! -exclamó, recordando la efigie de este mismo chacal sagrado, que había tenido oportunidad de ver esculpida en el friso superior de la pared norte de la tumba de Baqt. Simultáneamente le vino a la memoria la ancestral costumbre egipcia de venerar a Anubis como una de las deidades protectoras de los muertos. En casi todas las sepulturas del antiguo Egipto -incluida la del faraón Tutankhamon- aparece montando guardia muy cerca del difunto. Su papel, como abridor de los Caminos y señor del cofre y de la momificación, era sumamente destacado. En realidad venía a asumir la primera de las mutaciones que debía sufrir el muerto, en su camino hacia Duart: el más allá.
Y Sinuhé, situándose frente al chacal, se atrevió al fin a preguntar:
-¿Quién es ese gran rey del que hablas?
Anubis dirigió sus amarillentos ojos hacia el túmulo central, respondiendo al instante:
-Fue conocido en vida como Tutankhamon, hermano y yerno del último depositario del Gran Tesoro...
-¡El Gran Tesoro! -murmuró Sinuhé al recordar la inscripción del segundo sello real. Sin poder ocultar su curiosidad, interrogó al chacal sobre la naturaleza y el paradero del mismo.
-El Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar -repuso Anubis- se encuentra en poder de los hombres Pi. Yo, primera mutación de Tutankhamon, tuve el gran privilegio de contemplarlo y conocerlo..., pero ahora eres tú quien debe descubrir su paradero. Yo sólo soy el guardián de la puerta que puede llevarte hasta él.
-Entonces -comentó Sinuhé-, es cierto que estoy más cerca que nunca...
El chacal movió la cabeza afirmativamente. Y añadió:
-Vuestra misión está llegando a su fin. Los archivos secretos de IURANCHA te serán abiertos..., siempre y cuando sepas vencer a Horemheb, el traidor.
El investigador estuvo a punto de preguntarle sobre el citado general. Pero otra cuestión, más punzante, había empezado a inquietarle...

-Dime, Anubis: ¿ese Gran Tesoro tiene algo que ver con los archivos secretos que andamos buscando?
El chacal no contestó. Sinuhé tampoco insistió. En realidad, el silencio había sido elocuente...
E indicando el gran sarcófago de piedra, el miembro de la Escuela de la Sabiduría formuló una nueva pregunta:
-Sé que para cruzar esa puerta (la que debe llevarme a Dalamachia y a los hombres Pi), antes es preciso abrir este túmulo funerario. ¿Puedes ayudarme?
Y Anubis, por toda respuesta, dio media vuelta, perdiéndose en la penumbra de la cámara sepulcral.

Las palabras del chacal sagrado confirmaron las sospechas de Sinuhé, abriendo su corazón a la esperanza. Si allí, en el túmulo, reposaban los restos mortales de Tutankhamon, el jeroglífico grabado en el segundo sello real empezaba a cobrar sentido. El miembro de la Logia secreta sabía que Howard Carter, al explorar la momia del hermano y yerno de Amenofis IV (el gran Akhenaton), había hallado dos refinados puñales entre los complejos vendajes de Tutankhamon. Una de aquellas dagas era de oro y la segunda de hierro. Esto, como digo, coincidía con la última parte del enigma: ... Su primera daga señala hacia Dalamachia. La segunda, hacia el traidor: Horemheb.
Ahora bien, suponiendo que Anubis le ayudara a abrir el catafalco y que, en efecto, allí reposara la momia del citado faraón, ¿cómo podría distinguir una daga de otra? ¿Cuál de ellas señalaría al traidor? ¿La de hierro quizá?
Recordó igualmente que en aquel tiempo -hacia el año 1300 antes de Cristo- el hierro era un metal prácticamente ignorado en el antiguo Egipto y que, en consecuencia, su valor podía ser muy superior al del oro. ¿Tendría esta circunstancia algo que ver con el doble dilema? Lógicamente, sólo la apertura del sarcófago real arrojaría luz sobre tan oscuras y problemáticas cuestiones...
De la misma manera que lo había visto difuminarse en la penumbra, en dirección al muro en el que alumbraban los cuatro remos mágicos, así surgió Anubis entre las sombras. Por más que escrutó los rincones de aquel lado de la cámara,

Sinuhé no acertó a distinguir la silueta del galgo-chacal y mucho menos el punto o el medio de que se había valido para desaparecer tan misteriosamente.
El caso es que allí estaba de nuevo, con su grácil y lustroso cuerpo bañado por el aura dorada que fluía de los miles de sueños e ilusiones que cubrían a Sinuhé. El chacal traía algo entre los dientes y, levantando su cabeza hacia el iuranchiano, le dio a entender que debía tomarlo entre sus manos. El investigador accedió al punto. Al examinarlo descubrió que se trataba de un equipo de escriba, idéntico a los que se utilizaban en aquellos remotos tiempos faraónicos: una paleta o estrecha caja rectangular de unos treinta centímetros de longitud, toda ella de marfil. En uno de sus extremos aparecían seis pequeños orificios, conteniendo otros tantos panes de colores: blanco, amarillo, rojo, verde, azul y negro. En el centro, la paleta presentaba una abertura rectangular por la que había sido introducida una docena de finísimos y marrones juncos marítimos. Eran los cálamos o plumas, cuyas puntas -machacadas- hacían las veces de pinceles.
Sinuhé, maravillado, leyó la delicada inscripción que rodeaba el orificio rectangular por el que asomaban los juncos.
La hija del rey, Meritatón, amada y nacida de la Gran Esposa Real, Neferneferunefertiti.
Un ligero temblor hizo oscilar sus miles de estrellas doradas. Ya no cabía duda. Aquella paleta, justamente, era uno de los múltiples y valiosos objetos hallados por Carter y su equipo en 1922 al desvelar otra de las salas de la tumba de Tutankhamon, contigua a la cripta y que -casualmente- fue bautizada como la del Tesoro... Entre el ajuar allí depositado, los egiptólogos encontraron una representación en madera del dios Anubis y, entre sus patas, aquella misma paleta, perteneciente a la princesa Meritatón, una de las seis hijas de Ajnaton o Akhenaton y la bellísima Nefertiti.
Sinuhé miró al chacal y sospechó que aquel equipo de escriba podía proceder, precisamente, de algún lugar próximo -quizá esa enigmática sala del Tesoro, depósito, ¿por qué no?, de los archivos secretos de IURANCHA-, del que Anubis, a juzgar por sus propias palabras, parecía fiel guardián. De ser así, todo encajaba con precisión. La figura de tamaño natural del dios

chacal, tallada en madera y barnizada en resina negra y descubierta por los arqueólogos en 1922 a las puertas de la referida sala del Tesoro, en un anexo de la cripta de Tutankhamon, tenía que ser aquella prodigiosa criatura de madera que ahora le contemplaba con sus radiantes ojos de ámbar. Pero los últimos y cada vez más débiles jirones de su lógica se encargaron de recordarle que aquello era del todo imposible... Él no podía hallarse en el interior de la tumba de Tutankhamon. Aquél no era el Valle de los Reyes...

-Aquí está la respuesta a tu pregunta.
La voz del chacal retumbó en la soledad de la cámara funeraria, sacando a Sinuhé de su agria lucha interior.
-¿Mi pregunta? -tartamudeó sin comprender a qué se refería Anubis.
-Recuerda que solicitaste ni¡ ayuda para abrir el sarcófago...
Sinuhé contempló la paleta de marfil. Su memoria, en efecto, había vuelto a funcionar. Sin embargo, no alcanzaba a entender los propósitos de su interlocutor.
Anubis, adelantándose a la inminente pregunta del humano, descubrió sus dientes de cristal y habló en los siguientes términos:
-Sólo hay un medio para franquear ese túmulo...
Y el galgo-chacal caminó despacio hasta el límite: del gran bloque de cuarcita amarilla. Un paso más y el viento huracanado brotaría como un fantasma invisible. Pero el guardián del Tesoro más recóndito se limitó a olfatear las proximidades del catafalco. Después, tocando con su hocico la caja que sostenía Sinuhé, añadió en tono solemne:
-Aquel que sea capaz de cerrar los ojos de las cuatro diosas protectoras, no sólo habrá abierto el sarcófago del Señor del Oeste sino que, sobre todo, le restituirá a su último estado, en el más allá.
Sinuhé conocía estas creencias religiosas del antiguo Egipto. Había podido deducir que Anubis era la primera transformación del rey Tutankhamon. Pero, ¿cómo proceder para consumar esa segunda y postrera mutación? ¿Cómo podía cerrar los ojos de las diosas aladas que ceñían el túmulo? Antes era menester neutralizar la barrera que lo protegía.

-Dime, Anubis -inquirió el investigador-, ¿por qué has puesto en mis manos esta paleta?
-Sólo con los colores sagrados de Meritatón es posible dibujar mi verdadero nombre: el que me fue dado por Tiyi en el momento de mi nacimiento... Pero ese nombre solar -concluyó el chacal-, aunque significa mi definitiva resurrección, no corresponde a mí invocarlo.
Anubis había sido lo suficientemente explícito como para desvelarle buena parte del secreto. Entre las costumbres egipcias se daba una que revestía una especialísima trascendencia. Todo recién nacido debía recibir un nombre -el llamado solar-, en el momento mismo del nacimiento. Y era la invocación de ese nombre, una vez muerto el individuo, la que abría al difunto las puertas de Duart: el más allá. De ahí que, para cualquier egipcio, la mayor desgracia consistía en el cambio de nombre; un castigo utilizado, sobre todo, con los ladrones y criminales.
Sinuhé recordaba que Tiyi, esposa de Amenofis III y madre de Tutankhamon, le había bautizado -nada más traerlo al mundo- con el extraño nombre de Tutanjaton. Y una chispa de esperanza hizo brillar sus ojos con un fulgor especial.
Sin pérdida de tiempo extrajo uno de los junquecillos y situándose en cuclillas frente a la primera de las diosas -Isis-, introdujo el pincel en el pequeño depósito circular que contenía el color blanco. La punta se humedeció y el investigador, con pulso vacilante, empezó a dibujar en el aire los jeroglíficos correspondientes a la primera sílaba de Tutanjaton.
Prodigiosamente, aquellos signos -de un blanco resplandeciente- se sostuvieron ingrávidos en el aire, al filo mismo de la pared del viento.
Nuestro hombre, perplejo, se volvió hacía el chacal y creyó distinguir en sus pupilas de oro y obsidiana -hecho luz- un sentimiento humano.
En silencio se dirigió a la segunda esquina y, mojando el pincel en el mágico pan amarillo, dibujó la segunda sílaba: tan.
En la tercera -siempre bajo la vigilante mirada de Anubis-, trazó en rojo la tercera sílaba -ja- y frente a la cuarta y última diosa alada, en símbolos verdes, la sílaba ton.

Satisfecho e intrigado dio un paso atrás, caminando alrededor del túmulo. Las cuatro sílabas (Tu-tan-ja-ton), oscilantes y luminosas como piedras preciosas, se mantuvieron aún breves segundos en el aire. Pero, de pronto, rasgando la penumbre y el silencio de la cámara, de cada uno de los remos de cristal partió un silbante rayo escarlata. Y los nueve finísimos haces luminosos hicieron blanco en tres de las cuatro sílabas flotantes...

Sinuhé, frente al costado en cuyas esquinas flotaban las sílabas ja y ton, permaneció inmóvil, pendiente de aquellos rayos rojizos. Observó de reojo al chacal y, al verlo estático, optó por imitarle. El desenlace no se hizo esperar. Las tres series de jeroglíficos iluminados, correspondientes a las sílabas tu, tan y ton, terminaron por fundirse, convirtiéndose en la letra hebrea T (Teth). Y al instante, el escudo huracanado se hizo visible, invadido por una radiación escarlata que manaba de cada una de las tres letras hebraicas, todavía ingrávidas a metro y medio del suelo. El viento, teñido así de rojo, apareció ante Sinuhé en toda su magnitud, cubriendo. las paredes y losa corno un segundo sarcófago. Y el investigador comprendió que, de no haber sido por Anubis, jamás hubiera tenido acceso al túmulo. Pero la cadena de fantásticos acontecimientos no había hecho sino empezar...
Mientras observaba la T situada frente a él, le vino a la memoria una de sus últimas peripecias, vivida cuando buscaba el medio para cruzar la puerta tabicada. La suma de los nueve cautivos en el primer sello real -recordó- le había conducido precisamente a aquella misma letra, la Teth, cuyo valor simbólico era el 9. Y esta letra, desde un punto de vista esotérico, representaba, como en aquel caso, «una muralla erigida para guardar un tesoro...
Su reflexión. no llegó al final. Adelantándose a estos pensamientos, cada una de las tres T se transformó en un 9 y, acto seguido, fulminada, la coraza rojiza se desvaneció. Y con ella, los tres nueves, los rayos escarlata y los nueve remos de cristal. La oscuridad, al desintegrarse las misteriosas antorchas empotradas en los muros, Se hizo casi total, apenas aliviada en el centro de la cámara por el dorado resplandor del traje de

Sinuhé. Éste, sin saber a qué atenerse, buscó con la mirada al chacal. Sin embargo, Anubis continuaba impertérrito, con sus amarillentos ojos clavados en la única sílaba superviviente: la ja.

Aunque era evidente que el viento huracanado había desaparecido, haciendo posible el contacto con el bloque de piedra, Sinuhé no se atrevió a moverse. La presencia de la última sílaba, flotando frente al rostro de la diosa Selkit, y la estatuaria inmovilidad de su compañero, el galgo-chacal, le dieron a entender que el proceso de apertura del sarcófago no había concluido. No se equivocaba. Mientras contemplaba los rojos caracteres de ja, la j de dicha sílaba le trajo a la mente su equivalente en el alfabeto hebreo: la Jod. E inconscientemente rememoró su secreto y cabalístico significado: la mano del hombre. Y movido por su afán de desvelar aquel nuevo enigma y asomarse cuanto antes al interior del túmulo, tuvo un súbito deseo: convertir la Ja de Tutanjaton en la Jod o J hebrea y ésta, a su vez, en una mano. Una mano humana, capaz de ir cerrando los ojos de las cuatro diosas aladas...

Su sorpresa no tuvo límite cuando, de improviso, aquel deseo se hizo realidad. Y la ja fue modificando sus rasgos hasta transformarse en una mano blanca, humeante y delicada. Y fiel a la petición mental del investigador, fue a posarse sobre los ojos de Selkit, bajando sus párpados. Al instante se dirigió a la diosa labrada en aquel mismo costado del sarcófago, repitiendo la operación con Isis. Y lo mismo aconteció con Neftis y Neith.

Aquel nuevo y súbito prodigio estremeció a Sinuhé. De pronto recordó cómo, minutos antes, había asociado igualmente la T de las restantes sílabas del nombre solar de Tutankhamon al 9 y éste -o la letra hebrea Teth- al símbolo de la muralla. Y una inmensa duda comenzó a hostigarle: ¿es que sus deseos podían hacerse realidad? Cómo entender si no aquellos desconcertantes sucesos... Pero, de ser así, si sus deseos podían materializarse, ¿por qué ahora y en aquel lugar? Una respuesta iluminó su cerebro como una inmediata y puntual cristalización de aquel último deseo: ¡el traje! Sí, ésa tenía que ser la explicación... Mientras permaneciera cubierto por sus propios sueños e ilusiones, sus anhelos podrían verse satisfechos. Aquello, por otra parte, explicaba sus aciertos a la hora de

descifrar los sellos reales... Y casi automáticamente, recordó un querido y añorado nombre: Nietihw. Sinuhé no podía saber entonces que aquél, justamente aquél, era el único deseo que no podía hacer realidad... Muy pronto comprendería por qué.
Desilusionado por su aparente fracaso, al no hacer realidad la aparición de su compañera, se centró de nuevo en el túmulo. Anubis parecía definitivamente petrificado. Llegó a tocar su cabeza, comprobando que sus ojos habían empezado a apagarse. Rodeó el sarcófago, pero no halló rastro alguno de la mano que había cerrado los ojos de las diosas protectoras. Palpó igualmente la gran losa que cerraba el catafalco, verificando lo que ya había intuido: aquella tapa de granito rosa debía tener un peso superior a los mil kilos... Se presentaba, por tanto, un nuevo y difícil problema. ¿Cómo levantarla?
A pesar de su reciente decepción, retrocedió hasta situarse a un par de metros del bloque. Si en verdad el traje que le cubría tenía la portentosa capacidad de hacer realidad sus deseos, la losa no tardaría en caer... Fue inútil. Por más fuerza que puso en aquel sentimiento, la tapa no se movió. Decepcionado, terminó por rendirse. Dirigió una suplicante mirada al chacal, pero la vida de Anubis, como sus propias esperanzas, parecía a punto de agotarse.
-¿Es posible que ahora, a un paso del final, todo esté perdido?
Y dulcemente, casi sin sentir, los felinos y mortecinos ojos de Anubis se oscurecieron. Y en el centro de la cámara sepulcral, como una frágil luciérnaga dorada, abatido y temeroso, quedó Sinuhé, devorado por las tinieblas y por su propia impotencia...
Al igual que ocurriera cuando vio desaparecer en el pozo la figura de su querida amiga, aquellos fueron también unos minutos amargos. Él intuía -sabía- que muy cerca, quizá al otro lado de aquella tumba, quizá en el fondo de aquel sarcófago, se encontraba el Tesoro que tanto habían buscado: la Verdad sobre la rebelión de Lucifer..., la Verdad en suma.
Pero el nuevo Sinuhé no estaba definitivamente acabado...

Necesitó tiempo pero, al final, comprendió. No bastaba con desearlo. No era suficiente entregarse y entregar el alma: además de ello, para levantar la lápida, había que actuar. Desde hacía años, desde que había descubierto el irreversible sendero

del mundo interior, Sinuhé sabía que todos los deseos, sueños e ilusiones -por muy utópicos- podían convertirse en realidad si, además, era capaz de imaginar cómo hacerlo.
Así que, desanudando ocho de las nueve cuerdas que conservaba arrolladas en su muñeca, fue depositándolas -de dos en dos- sobre los cuatro ángulos de la tapa.
A continuación, sin saber exactamente por qué, dejándose llevar por la intuición, se dirigió a cada una de las diosas, procediendo a sumar las plumas que formaban sus ocho alas. Al conocer el resultado -1832 plumas de cuarcita-, no pudo por menos que sonreír. Sumando estas cifras (1 + 8 + 3 + 2) se obtenía 14. Es decir -siguiendo, una vez más, el método cabalístico-, 1 + 4 = 5. Y por conversión al alfabeto hebreo, ¿qué representaba ese 5?: la letra H o Hal, una vieja conocida de Sinuhé y de Nietihw, cuando ésta aún llevaba su corona con el nombre cósmico. Hai, causalmente, era -siempre desde el punto de vista esotérico- el símbolo del aire. ¿Y qué mejor fórmula que unas alas para representarlo?
Maravillado, lanzó una última mirada a las diosas aladas, preguntándose cómo era posible que los artífices que las habían labrado sobre el mismo bloque del féretro hubieran podido manejar y esconder aquel secreto cabalístico 1343 años antes de Cristo, cuando Moisés -posible inventor de la Kábala- aún no había nacido... Todo aquello resultaba tan confuso como fascinante.
Animado por este hallazgo, se sentó frente al túmulo, cerrando los ojos. E imaginó. Y lo hizo con todo su corazón y con toda su mente. E imaginó que las alas se despegaban del sarcófago. Y con ellas, los cuerpos estilizados de Isis, Neftis, Neith y Selkit. Y en su imaginación, Sinuhé deseó que aquellas alas de piedra batieran suave y majestuosamente, elevando a las diosas protectoras por encima del féretro.
Y una vez en el aire, las diosas tomaron las ocho cuerdas que, al contacto con sus manos, quedaron convertidas en otros tantos bumerangs de negro y pesado ébano. El resto fue sencillo. En su imaginación, el miembro de la Escuela de la Sabiduría deseó e hizo que las ocho curvadas armas fueran introducidas por las diosas en el borde rebajado del catafalco, sobre el que había sido encajada la losa. Bastó un pequeño esfuerzo para que los

bumerangs -actuando como palancas- hicieran saltar la tapa de granito. Sin pérdida de tiempo, mientras las diosas la sostenían en el aire, Sinuhé prensó la tonelada y cuarto de piedra, reduciéndola a un diminuto y reluciente corazón de oro. Y haciéndose con él, dirigió su imaginación hacia el hierático cuerpo de Anubis. Y por expreso deseo de su voluntad, el chacal abrió sus fauces y el palpitante corazón tomó posesión de su cuerpo de madera. Y los felinos ojos volvieron a iluminarse...
Sus deseos -de la mano de la imaginación- habían sido consumados. Y el investigador abrió los ojos. Ante él se ofrecía un espectáculo que jamás olvidará: del túmulo, ahora descubierto, brotaba, muy lentamente, una especie de niebla blanca que había empezado a derramarse por los costados, avanzando y propagándose por el suelo de la cámara. Y sobre los ángulos del bloque de cuarcita amarilla, agitando sus alas, aparecían las cuatro diosas, con los bumerangs entre sus dedos y los ojos cerrados.
Sinuhé quiso interrogar a Anubis pero, por más que buscó entre la niebla que se esparcía inexorable en torno al catafalco, el chacal no dio señales de vida. Y el corazón del iuranchiano volvió a turbarse. ¿A qué se debía aquella nueva desaparición? Un presentimiento le alertó. Algo grave y desconocido parecía brotar de aquella sepultura. entremezclado con la extraña niebla...

Al no encontrar al galgo-chacal, decidió asomarse al interior del túmulo. Dio un paso hacia el bloque pero, como un aviso, un frío punzante ascendió desde sus pies, obligándole a posponer la inspección del sepulcro. Observó atónito la niebla lechosa que ocultaba ya el tercio inferior de sus piernas, deduciendo que aquella helada sensación tenía que proceder del humo que emergía del catafalco. Y en su afán por comprobarlo, se agachó, introduciendo las manos en la niebla.
-Jesucristo!
Una sensación idéntica, cortante como mil alfanjes, le obligó a sacarlas del blanco y enigmático humo. Al contemplarlas, descubrió angustiado que las diminutas estrellas doradas -sus sueños e ilusiones-, que protegían aquellas manos, habían

desaparecido. Y otro tanto sucedía con las que cubrían sus pies y parte inferior de las piernas...
-¡Oh, no!
En efecto, aquella niebla, en expansión y ascenso, poseía un poder tal que había empezado a disolver o aniquilar su traje protector. Consciente del inminente peligro que se cernía sobre se precipitó sobre el filo del catafalco, dispuesto a desvelar su secreto...
Pero, al asomarse, una visión decepcionante se presentó ante sus ojos.
El halo dorado que emanaba de su buzo de estrellas iluminó un enorme bulto, completamente recubierto de finas vendas, de un blanco similar al de la niebla. Sinuhé alargó su mano derecha hasta tocarlo. Su imaginación había sufrido un duro revés. En lugar de los restos momificados del faraón Tutankhamon sólo halló un gigantesco paquete -de aspecto humano, eso sí-, fajado de pies a cabeza.
-¡Oh...!
Al rozar sus dedos sobre lo que suponía tiras de lino, éste dejó asar las yemas. ¿Cómo podía ser? Las vendas, en realidad, eran jirones de aquel humo que brotaba por los intersticios. Aquel cuerpo -o lo que fuera- había sido vendado... ¡con niebla! Y los dedos, al hundirse en el vendaje, experimentaron de nuevo aquel latigazo de hielo.
No había otra alternativa. La niebla seguía elevándose sobre el nivel del suelo, ocupando ya la totalidad de la superficie de la cripta. Urgía desentrañar aquel misterio y, sobre todo, buscar las dagas que mencionaba el segundo sello real. Una debía señalarle hacia Dalamachia. La otra, hacia el traidor: Horemheb.
Apretando los dientes, luchando por sobreponerse a las gélidas punzadas que habían empezado a adormecer sus piernas y manos, fue desenrollando las tiras de niebla, rasgándolas y arrojándolas fuera del catafalco. Cuando hubo retirado la última, el humo dejó de manar del interior del sepulcro. Y un murmullo de admiración escapó de los labios del investigador.
Frente a él, ocupando todo el interior del sarcófago, había surgido una esfinge de oro. Se trataba, sin duda, de la tapa de un resplandeciente féretro, en forma humana. Aquel ataúd, de

unos dos metros de largo, descansaba sobre unas andas con figura de león. Las facciones de la cara de la esfinge, soberbiamente labradas en una lámina de oro, trajeron de inmediato a su memoria el rostro del joven rey Tutankhamon. Entonces, a pesar de todo -pensó con excitación-, estaba en lo cierto...

Los ojos habían sido confeccionados con aragonito y obsidiana, las cejas y pestañas finamente adornadas a base de incrustaciones de lapislázuli.

Aquella cara sobrecogió a Sinuhé. Mientras el resto del ataúd había sido recubierto de un oro brillante, en forma de plumas, el de las manos y rostro era diferente, algo más grisáceo, simulando así el color de los muertos. Las manos, cruzadas sobre el pecho, sostenían los emblemas reales: el cayado y el flagelo, con incrustaciones de fayenza azul oscuro. Sobre la frente de la figura yacente del rey niño, Sinuhé reconoció al momento los dos emblemas y símbolos del Alto y Bajo Egipto: la cobra y el buitre.

-¡Ya no hay duda! -exclamó sin poder contener su impaciencia-. Aquí dentro debe reposar la momia del Señor del Oeste, hermano y yerno del último depositarlo del Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar...

Pero su alegría se vio enturbiada por aquella niebla, cada vez más alta. El frío alcanzaba ya sus rodillas...

Antes de proceder a la apertura del féretro, lanzó una nerviosa ojeada a su alrededor. Anubis seguía sin aparecer y la niebla, aunque había dejado de brotar del túmulo, continuaba llenando la cámara. Aquí y allá, justo en los lugares donde recordaba que había arrojado las tiras de humo, apuntaban pequeños remolinos. Las diosas, por su parte, con los párpados bajos, permanecían estáticas, con los bumerangs entre sus manos de piedra y un pausado, silencioso e interminable aleteo. Sinuhé observó también sus amarillentas, casi translúcidas figuras, comprobando que, a pesar de hallarse a poco más de un metro por encima del sarcófago, aquel batir de alas no provocaba la menor corriente de aire.

-¿Cuánto tiempo permanecerán así? -se preguntó con inquietud.

Pero, como decía, el frío encerrado en la niebla mordía ya sus rodillas. No había tiempo que perder. Se inclinó sobre el ataúd de oro y, tras examinar los costados, descubrió cuatro asas de plata -dos a cada lado-, dispuestas, sin duda, para facilitar el levantamiento de la tapa. Temblando de frío y ansiedad se hizo con los dos asideros más cercanos y tiró con fuerza. En contra de lo que suponía, la tapa del ataúd resultó sumamente ligera. Se trataba en realidad de una cubierta de madera dorada. Procurando no dañarla, la retiró del túmulo, recostándola verticalmente sobre uno de los costados del bloque de piedra. Y a la luz de su mermado traje se asomó impaciente y tembloroso sobre el contenido del féretro. Una segunda decepción cayó sobre él. En el interior sólo había un segundo fardo, envuelto esta vez con una gruesa tela de gasa, sumamente oscurecida y estropeada. Sobre el lienzo aparecieron guirnaldas de flores, confeccionadas con hojas de olivo y de sauce, pétalos de loto azul y centaurea.
-¡Increíble!
Las coronas de flores conservaban una absoluta lozanía. Como si acabaran de ser trenzadas...
-¿Cómo es posible? -se preguntó al tiempo que acariciaba los pétalos de loto-. ¡Tutankhamon murió hace más de 3 300 años!
Con una mezcla de profundo respeto y veneración, Sinuhé fue extrayendo las guirnaldas, dejándolas caer sobre la niebla. Pero, en lugar de hundirse, comenzaron a flotar sobre la superficie del humo, meciéndose suavemente. Y el investigador, sin conceder mayor importancia a aquel nuevo y extraño hecho, se afanó en despojar al fardo de la gasa. Al rasgarla surgieron algunas incrustaciones de vidrio multicolor, con ricos engastes de oro. Y sus manos se detuvieron durante algunos segundos. Sinuhé, de pronto, recordó el histórico descubrimiento de H. Carter en el Valle de los Reyes. También en aquella ocasión, los egiptólogos -al abrir el sarcófago real- se habían encontrado con un primer ataúd. Y en su interior, con un segundo féretro. E, incluso, con un tercero, matemáticamente ajustado y dispuesto en aquel. ¿Era esto lo que le aguardaba al iuranchiano? De ser así, ¿dónde se encontraban las dagas?
Incapaz de controlar su curiosidad e impaciencia, se precipitó sobre aquella deteriorada tela, rompiéndola en largas tiras, que

fueron siendo amontonadas en desorden a lo largo de todo el perímetro del ataúd. Porque, efectivamente, esto fue lo que apareció ante los atónitos ojos de nuestro hombre: un segundo féretro de dos metros de longitud, de forma y diseño similares al primero. Todo él se hallaba suntuosamente recubierto de gruesas láminas de oro, con incrustaciones de vidrio opaco, tallado y grabado, imitando jaspe rojo, lapislázuli y turquesa, respectivamente.
Todo él, incluida la máscara funeraria, recordaba a la tapa que acababa de apoyar sobre el túmulo. Todo menos un detalle: las manos. Éstas, cruzadas también sobre el pecho, no sostenían los emblemas reales -el cayado y el flagelo- sino... ¡una daga!
-¡Al fin! -estalló Sinuhé, que sentía ya el hielo de la niebla a la altura de sus muslos.
Protegida por aquellas manos de oro, en efecto, con la empuñadura dirigida hacia la cabeza, había surgido finalmente lo que tanto ansiaba. Al contemplar la vaina, finamente labrada en oro así como la citada empuñadura -delicadamente trabajada en oro granulado y adornada a intervalos con bandas de cristal de roca coloreado-, Sinuhé se vio asaltado por una tremenda duda: ¿se hallaba ante la primera o la segunda daga? La criptografía descifrada en la puerta tabicada sólo hacía alusión a una primera daga, que debía señalar hacia Dalamachia, y una segunda, que apuntaba -según la interpretación del investigador- hacia el traidor: Horemheb.
¿Qué debía hacer? ¿Cómo saber si aquel hermoso puñal era el primero o el segundo?

Con las piernas doloridas por aquella infernal niebla, Sinuhé permaneció algunos minutos frente al irritante dilema.
Antes de proceder a retirar la daga estudió su colocación. Observó la empuñadura, estimando que estaba orientada, justamente, hacia una de las pinturas funerarias que tanto habían llamado su atención: la que representaba a un dignatario faraónico con una especie de palanca negra entre las manos y a punto de efectuar la llamada apertura de la boca del difunto rey, pintado, a su vez, en forma de momia y frente a dicho alto cortesano. La punta del puñal venía a coincidir con la

puerta por la que había tenido acceso a la cámara. Y un enjambre de dudas acosó su mente.
Suponiendo que aquella daga señalase a Dalamachia, ¿hacia dónde debía encaminarse? ¿Hacia la pared pintada o en dirección a la puerta que había cruzado? Si, en cambio, se trataba de la segunda daga, ¿cuál de los extremos apuntaba al traidor?
Confuso, abandonó el túmulo y, abriéndose paso entre la blanca y gélida niebla, fue a situarse ante el mural funerario. El resplandor dorado que aún emitían su vientre, torso, brazos y cabeza le permitió repasarla con cierta comodidad. Llegó, incluso, a tocar la figura del noble egipcio, verificando que, efectivamente, sólo se trataba de yeso coloreado. Aquel personaje desconocido se tocaba con una cofia verde, vistiendo faldellín blanco y cubriendo sus hombros con una llamativa piel de leopardo.
Encogiéndose de hombros dio media vuelta, retornando al catafalco. Una vez más en aquella loca aventura estaba forzando los acontecimientos. Y ése, obviamente, no era el procedimiento más práctico...
Sin embargo, mientras arrastraba sus casi insensibles piernas, las palabras de Anubis, en relación a Horembeb, le hicieron volver el rostro hacia el mural.
... Los archivos secretos de IURANCHA te serán abiertos..., siempre y cuando sepas vencer al traidor.
-¿El traidor?... ¿Traidor a quién? -meditó-. ¿A Tutankhamon?
De pronto, en mitad del espeso silencio, sus pensamientos se volvieron contra él, advirtiéndole: ¿Por qué al recordar la sentencia del chacal había dirigido su mirada, precisamente, hacia aquel personaje?
Aunque a lo largo de la misión se había visto envuelto en otras circunstancias tan críticas como aquélla, al comprobar cómo la niebla disolvía ya las estrellas de su vientre, no pudo reprimir un sentimiento de alarma. Si en verdad se hallaba tan próximo a los hombres Pi o a los archivos secretos o a Dalamachia, sus enemigos -quizá las fuerzas integradas por los medianes rebeldes- no le concederían tregua ni cuartel. Había que estar más despierto que nunca y, paradójicamente, Sinuhé notaba

cómo las fuerzas se le escapaban por momentos... jamás se había sentido tan mermado.
Sorteando los pequeños remolinos, cada vez más raudos, que abrían la niebla en las proximidades del bloque de cuarcita, se situó frente a la figura yacente del joven rey. Y sin pensarlo, tornó la empuñadura de la daga, tirando de ella. La vaina dorada, sólidamente sujeta por las manos de la esfinge, no se movió. Sin embargo, la hoja del puñal se deslizó limpia y dócilmente. Con el puño derecho cerrado sobre la guarnición, Sinuhé, devorado por aquel hielo invisible y por su propia incertidumbre, fue aproximando la daga hasta llegar a la altura de sus ojos. El centelleo de sus estrellas doradas hizo brillar entonces una afilada y puntiaguda hoja... ¡de hierro!
Todo fue simultáneo: en el cerebro del investigador se disparó una señal de peligro, los ojos de las diosas aladas se abrieron y los ocho bumerangs se estremecieron, mientras un fogonazo azul partía del puñal, cegando a Sinuhé.
Sin soltar la daga, se echó atrás, llevándose la mano izquierda al rostro. Cuando, al fin, aquella silenciosa explosión luminosa que había brotado de la hoja de hierro fue disipándose en sus doloridas retinas, el iuranchiano descubrió asombrado que las cuatro diosas protectoras no flotaban ya sobre el catafalco. Se volvió mecánicamente y, tal y como venía sospechando desde un principio, notó horrorizado que la figura del alto dignatario había desaparecido de la pintura funeraria. En su lugar, también de perfil, aparecía ahora una de las diosas, adornada y provista de ocho alas y otros tantos brazos, sin bumerangs...
Con el corazón tronando, hizo un primer ademán de aproximarse al muro. Pero un siseo cercano le paralizó. Era el primer sonido que escuchaba en la penumbra de la cripta desde que desaparecieran Anubis y su agitada respiración. Y llegaba nítido a su espalda.
En un primer momento creyó reconocer aquel sonido. Pero, estremecido, rechazó una idea tan escalofriante...
Con sumo cuidado fue volviéndose. Y lentamente, con la daga en alto, se asomó al interior del túmulo.
El hielo que atravesaba su cuerpo se propagó en sucesivas oleadas hasta desembocar en el corazón. Pero aquel frío que atornillaba ahora su pecho no procedía de la niebla, sino del

fulminante pavor que le había provocado la visión del segundo ataúd. Sobre el oro y el vidrio multicolor de la figura yacente se retorcían ocho silbantes cobras.
Paralizado, y con el brazo en alto, Sinuhé recordó los bumerangs.
-¡Dios mío! -se dijo a sí mismo, sintiendo cómo el hielo encharcaba su garganta-. Primero fueron cuerdas. Después bumerangs de ébano, y ahora... ahora se han convertido en serpientes.
Las cobras no tardaron en detectar los efluvios -sin duda cargados de terror- que escapaban de aquel humano, incapaz de reaccionar ante la presencia de los venenosos reptiles. Y una tras otra fueron incorporándose sobre los vientres, dirigiendo sus negros y penetrantes ojos hacia Sinuhé... La mitad de los ofidios lucían tres pequeñas escamas sobre la cabeza. Y el investigador comprendió con espanto que se trataba del áspid o víbora de Cleopatra, sumamente peligrosa. En cuanto al resto, excitado por la proximidad del ser humano, se había apresurado a aplastar y ensanchar sus cuellos, mostrándose en toda su macabra magnificencia. Estas últimas -de cuello negro- tenían además la facultad de lanzar el veneno a los ojos del adversario. Sinuhé lo sabía y, medio hipnotizado por el siseo y la lenta oscilación de las cabezas de los reptiles, creyó llegado su fin.

Su último pensamiento fue para Nietihw. ¿Qué habría sido de ella? ¿Seguiría viva?
La niebla oscilaba ya al nivel de su cintura y, preso del magnetismo de las pupilas verticales de los ofidios, parecía resignado a morir. Una de las áspides se irguió por encima de sus compañeras y, abriendo las fauces, mostró sus colmillos venenosos. El ataque parecía inminente...
Pero, en el último segundo, unas fauces más grandes que las de las cobras hicieron presa en las ropas del investigador. Y tirando de su cintura lo derribaron de espaldas, hundiéndolo en el humo lechoso. Mientras caía arrastrado por aquellos dientes desconocidos, tuvo tiempo de ver cómo los reptiles, burlados en el último instante, se deslizaban veloces sobre el filo del sepulcro, sumergiéndose, como él, en la espesa niebla, empeñados, sin duda, en su persecución.

Al tocar el suelo rocoso de la cripta, las fauces le liberaron y Sinuhé, braceando y sin aire, se revolvió sobre sí mismo, en busca de tan oportuno salvador. Pero allí, en el seno de la niebla, la blancura era tal que resultaba cegadora. Y no pudo distinguir forma o figura algunas. La carencia total de oxígeno en el interior del humo, unida a la considerable densidad del medio, que le obligaba a moverse con gran fatiga y lentitud, forzaron su salida inmediata. Al emerger, descubrió desolado cómo su traje de sueños e ilusiones se había disuelto por completo. Ahora, la única claridad existente en la cámara procedía de la niebla, que seguía llenando el lugar lenta pero inexorablemente.

De momento había evitado el primer ataque de las cobras. No obstante, la imagen de los ofidios zambulléndose en la espesa claridad le hizo temer una nueva acometida, probablemente sobre sus piernas o vientre. Aterrorizado, se volvió hacia los cuatro puntos cardinales, intentando descubrir los cuerpos de las serpientes. Y, súbitamente, entre sus muslos, creyó notar el roce de algo más sólido que el humo. Al borde del histerismo pateó entre la niebla, emprendiendo una enloquecida y desesperantemente lenta huida, buscando el punto más alejado del túmulo.

Cuando apenas había avanzado un par de metros en dirección al muro que había sostenido los cuatro remos de cristal y en cuyo extremo se adivinaba aquel no menos enigmático cuadrado de yeso blanco, su marcha se vio truncada. Sobre la superficie de la niebla -en el centro de cuatro de los remolinos que se agitaban frente a él- se destacaron sendos cráneos. Sinuhé, entre los jirones luminosos, sólo distinguió, de momento, la parte superior de unas oscuras cabezas, con unos ojos vidriosos y de amenazadoras pupilas verticales.

¡Las cobras!, dedujo estremecido.

Pero había algo extraño en aquellas cabezas, apenas apuntadas a ras de la niebla.

Presintiendo un nuevo ataque, retrocedió. Al instante, a derecha e izquierda, emergiendo por otros tantos remolinos, descubrió cuatro bultos más, dos a cada lado, idénticos a los que tenía delante. En todos relampagueaban las mismas pupilas verticales, frías y mortales como la niebla que le consumía.

Sin otra alternativa, siguió caminando de espaldas hasta que la pared del catafalco le cerró la huida. Sin proponérselo había vuelto al punto de origen. Y al momento, los ocho cráneos –como si supieran que su víctima se hallaba acorralada- emergieron sin prisas de entre la niebla, mostrándose a Sinuhé en todo su horror.
Ante nuestro hombre fueron apareciendo ocho cuerpos de más de dos metros de altura cada uno. Aunque sus pupilas eran similares a las de las áspides y víboras de Cleopatra, se trataba en realidad de fornidos y peludos seres de aspecto humano, cubiertos con taparrabos. Sus manos se hallaban armadas con largas uñas y las cabezas, cubiertas por impenetrables y oscuras greñas. Sinuhé los reconoció. ¡Eran ocho de los nueve cautivos que habían escapado misteriosamente del primer sello de la Necrópolis Real! Aquellos enemigos de Egipto ya habían intentado acabar con su vida cuando se encontraba encerrado en la burbuja mental. Pero, inexplicablemente, se habían alejado de la antecámara, dejando abandonadas las cuerdas y el sello de arcilla. Este último, ají como la novena cuerda, seguían en poder del investigador...
E impotente, vio cómo los cautivos levantaban sus garras, dispuestas para un ataque que, en esta ocasión, no se vería rechazado por esfera mental alguna...
Al unísono, como autómatas, las ocho bestias fueron cerrando el cerco hasta que, al fin, el indefenso iuranchiano se vio físicamente rodeado y sin resquicio por el que intentar la huida. Una fuga que, a la vista de la corpulencia y ferocidad de aquellos monstruos, no hubiera prosperado jamás.
Triunfantes, los rostros de azabache de los cautivos esbozaron sendas y diabólicas sonrisas, proclamando así lo que parecía un fulminante final. Y fue en esos críticos segundos, cuando las curvadas uñas -largas como colas de escorpiones- se elevaban por encima de las cabezas de los prisioneros, a punto de clavarse en su presa, cuando Sinuhé -con la niebla a la altura de sus costillas- intuyó dónde podía estar su salvación...

-¡El Nombre Inefable...!
Al observar de cerca la piel de los cautivos -correosa y áspera como la arcilla de la que habían escapado-, recordó las palabras

sagradas. Su pronunciación le había franqueado el paso a la cámara sepulcral aunque, muy posiblemente, había traído consigo también el mágico vaciado del sello real...
Había que arriesgarse. Quizá una nueva invocación del Nombre obrara el milagro y aquellos seres de barro...
Sinuhé -cosa extraña en él- pensó y actuó simultáneamente. Extrajo de su bolsillo el óvalo de arcilla y, levantándolo con su mano, izquierda, gritó:
-¡SHEM HAMEFORASH!
El eco golpeó los muros. Las sonrisas se petrificaron y, con ellas, los cuerpos de los ocho cautivos. Y la niebla, vertiginosamente, como una blanca enredadera, se elevó por entre las musculosas extremidades de los prisioneros, cubriéndoles totalmente. En segundos, las ocho criaturas de arcilla quedaron convertidas en otras tantas estatuas de humo. Pero aquella nueva mutación duraría poco. La niebla terminaría por caer a la misma velocidad con que se había levantado. Los remolinos desaparecieron y también los ocho cautivos. Y Sinuhé, aliviado, se recostó exhausto contra el costado del sepulcro.
Su respiro, sin embargo, fue breve. Al examinar el sello ovalado que conservaba entre los dedos, poco faltó para que, presa de un nuevo sobresalto, se le fuera de la mano. La casi totalidad de su superficie -a excepción del segmento superior- había recuperado su primitivo aspecto: ocho figurillas aparecían toscamente representadas en otros tantos altorrelieves de barro. Eran los cautivos, arrodillados y con las manos nuevamente atadas a las espaldas. Pero faltaba uno y, por supuesto, la figura superior: la del galgo-chacal...
Con la niebla por el pecho, se preguntó dónde estaría Anubis y por qué había sido atacado por ocho de los nueve cautivos. Además, ¿quién le había salvado de las cobras? ¿Se trataba del chacal de madera al que había devuelto la vida? Y si era así, ¿por qué no había logrado verlo? ¿Dónde se escondía? ¿Es que aquella niebla no le afectaba? Él, en cambio, se sentía cada vez más débil... Cierto que la densa y nevada humareda había contribuido -y no poco- a la aniquilación de las bestias que le rodeaban, pero, si no actuaba con rapidez -si no hallaba a

Horemheb-, aquella misma bruma que cubría y lastimaba ya su pecho podía convertirse en su tumba.
¿Qué hacer para enfrentarse al traidor? Sinuhé dirigió una mirada hacia la diosa alada que había ocupado el lugar del enigmático dignatario en la pintura funeraria, planteándose esta y otras incógnitas con una inquietud cada vez más angustiosa.
Los hechos, una vez mas, vinieron a precipitarse cuando, de improviso, unas manos largas y húmedas cayeron sobre su cuello, en un claro afán por estrangularle. Sobresaltado, intentó separarse del catafalco. Pero aquellos dedos -como cepos- seguían ahogándole. El sello de arcilla cayó de su mano, perdiéndose en la niebla, y el investigador, en un continuo forcejeo, clavó los dedos -ahora libres- en aquellas garras, más que manos, que seguían cerrándose en torno a su cuello. Con los ojos desorbitados por el pánico, el iuranchiano creyó identificar al ser que le atenazaba con el último y noveno cautivo.
Su desconcierto y desesperación alcanzarían, sin embargo, la máxima expresión cuando, al llevar su mano izquierda sobre las garras, éstas, formadas por un barro húmedo, quedaron semidestrozadas por los dedos de Sinuhé. Entre estertores, observó la palma de su mano, verificando que no estaba equivocado: allí, entre los dedos, habían quedado porciones de un adobe fresco y rojizo.
En una reacción fulminante, descargó la daga de hierro sobre la mano que se cernía en tomo a la zona derecha de su cuello, consiguiendo el mismo efecto. El puñal penetró en la garra pero, al ser retirada, en lugar de sangre, la brillante hoja sólo arrastró... ¡barro!
A pesar del evidente deterioro ocasionado en ambas manos, éstas no cedieron un ápice en su objetivo. Y Sinuhé, semidesmayado, empezó a experimentar los signos de la asfixia. Su visión se enturbió y su corazón, bombeando al límite de sus posibilidades, comenzó a flaquear.
En un postrer esfuerzo, guiado únicamente por su instinto de conservación, el miembro de la Logia hizo acopio de sus escasas fuerzas y tiró de las garras y del ser hacia abajo, buscando la hipotética ayuda de la niebla. Evidentemente, la fantástica criatura no había previsto aquella súbita reacción y se vio

arrastrada, en efecto, hacia el interior de la bruma. Y las manos y antebrazos, sumergidos así -de improviso- en el humo de hielo, corrieron la misma suerte que los ocho cautivos. Sencillamente, se disolvieron.
Sinuhé, libre de la mortal tenaza, buscó la superficie. Pero, al emerger frente al catafalco, aquel inseparable compañero de viaje -el espanto- volvió a soplar sobre su helado corazón...
Ante él, en pie en el interior del túmulo, se hallaba el alto personaje, tan misteriosamente desaparecido del mural funerario. Y Sinuhé, con la niebla rozando ya sus clavículas, comprendió.
-¡Horemheb!... ¡El traidor!
Confirmando sus sospechas, el fornido egipcio llevó a cabo una leve inclinación de cabeza, al tiempo que extendía sus brazos hacia Sinuhé. Los antebrazos y manos, efectivamente, habían resultado amputados por la niebla. En los extremos podían distinguirse unos muñones húmedos y rojizos como el resto de la piel del viejo general.
Pero, al momento, el barro que formaba el cuerpo de Horemheb cobró vida y los muñones se autorregeneraron, renaciendo las mutiladas extremidades. El parcial éxito del iuranchiano había resultado infructuoso...
Y Horemheb, clavando la mirada de sus enormes y almendrados ojos negros en su indefensa víctima, habló así:
-¡Escucha, extranjero!... En vida del hereje rey Akhenaton y de su hermano, Tutankhamon, fui enviado por Amón, mi señor, para recuperar el Gran Tesoro del Reino en Medio del Mar y destruir el culto a Atón, vano intento de los fieles a Micael por restituir su perdida autoridad sobre IURANCHA. Desde entonces soy el custodio de ese Tesoro y nada ni nadie podrá entrar en la Sala de Thot...
Sinuhé sólo comprendió a medias. Él había estudiado que aquel temido general -que conoció, en efecto, al faraón hereje y a su hermano- se había hecho con el trono de Egipto tras la muerte de Ay, el llamado Padre Divino y sucesor de Tutankhamon. Y sabía igualmente que, siguiendo los consejos de las castas sacerdotales, había devuelto el culto y la gloria a uno de sus dioses: Amón, arrasando cualquier vestigio de aquella otra divinidad -Atón-, suprema revelación del rey hereje, Akhenaton.

Pero ¿qué significaba todo aquello sobre el Gran Tesoro y los fieles a Micael? ¿Qué era la Sala de Thot? La confusión del investigador, conforme escuchaba las palabras de Horemheb, fue en aumento...
-Puedes unirte a Amón, mi señor -concluyó el general- o morir... ¡Elige!
Un silencio grave, dramático como aquellas frases, planeó sobre la cripta, como el preludio de un inminente y no menos dramático desenlace...

El cerebro de Sinuhé, acosado por aquel otro peligro -la ondulante niebla-, no respondió. Poco importaba ya la búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA. El humo, en continuo ascenso, no tardaría en alcanzar y sepultar su cabeza. ¿Cómo pensar en la misión cuando su vida tenía los minutos contados?
De puntillas, esquivando los helados jirones de niebla, fue aproximándose al túmulo, totalmente cubierto ya por la bruma. Era inexplicable que las fornidas piernas de Horemheb no hubieran quedado disueltas. Al menos desde la perspectiva del investigador, los pies del general se hallaban en el interior del catafalco y éste, como digo, hacía tiempo que había desaparecido bajo el nivel de aquel inagotable horror lechoso. Sin embargo, hierático y solemne, el cuerpo de barro del traidor seguía sobresaliendo por encima de la niebla.
Sinuhé no tardaría en entenderlo. Al topar con el costado de cuarcita observó cómo la totalidad de la oquedad del sepulcro rectangular permanecía libre. La niebla ascendía y lo llenaba todo, a excepción de aquel reducto sagrado. En cuanto a los pies de Horembeb -enfundados en blancas sandalias-, parecían firmemente afianzados sobre el tórax de oro de la esfinge yacente. Abrumado, levantó su rostro hacia el del general. Iluminada por la blancura que amenazaba con inundar toda la cámara, aquella faz rojiza esbozó una irónica sonrisa. Y el monstruo de adobe, llevando su mano izquierda sobre la leonada piel que cubría su hombro derecho, repitió el ultimátum.
-¡Elige, extranjero!...

Para Sinuhé, tristemente, la elección sólo podía ser una. Cansado, con todo su cuerpo herido por el hielo, sin esperanzas de volver a ver a Nietihw, sin armas ni la ayuda de su ya remoto amigo Ra, ¿qué sentido tenía resistir? ¡Qué lejanos aparecían en aquellos momentos su entusiasmo y afán por desvelar la Verdad sobre Lucifer...!
Y con la voz quebrada, sólo acertó a responder:
-¡Está bien!... ¡No quiero morir!... Pero dime al menos quién es tu señor y cuál es la suerte que me aguarda.
Horemheb, satisfecho, siguió acariciando la piel de leopardo.
-Me alegra tu sensatez, extranjero -repuso finalmente-. Vuestra misión estaba abocada al fracaso. Pero, al elegir a Amón, tu esfuerzo no ha sido estéril... Él, precisamente, te mostrará la Verdad que tanto ansías...
-¿Amón? -le interrumpió Sinuhé-, ¿quién es?
-En tu mundo, en IURANCHA, fruto de vuestra ignorancia, es conocido por Lucifer..., mi señor.
Trágico y paradójico destino. Si Horemheb no mentía, la fuerza del Maligno -contra la que, sin duda, habían batallado hasta ese momento- era la que, ahora, le regalaba la vida y la Verdad.. Aferrado al sumergido filo del catafalco, no tuvo fuerzas para seguir interrogando al general. Su único deseo era salir de aquel horrible lugar y sobrevivir. Y Horemheb, comprendiendo el lamentable estado del iuranchiano, le habló de nuevo:
-Pero antes de conducirte a la Torre de Amón, es preciso que renuncies a la señal que aún te une a Dalamachia.
El investigador le miró sin comprender.
-Debes entregarme el collar, la cadena de números, símbolo de los estúpidos e ilusos hombres Pi..., a los que no llegarás jamás.
Sinuhé obedeció. Y, dócilmente, la retiró de su cuello, ofreciéndosela a Horemheb.
Sin abandonar aquella triunfante sonrisa, el general inclinó su torso, al tiempo que le anunciaba en un tono ceremonial:
-Como general victorioso y último rey de la dinastía XVIII, tu sumisión a Amón, y a mí mismo, debe consumarse con un acto de total entrega: ciñe mi cuello con tu corona...
Horemheb dobló su rodilla derecha, clavándola sobre las plumas de oro del segundo ataúd. Y, reverencialmente, inclinó su cabeza hasta situarla al alcance de las manos de Sinuhé.

Éste, en silencio, tiritando e irguiéndose sobre las puntas de sus pies, deslizó la cadena alrededor de la cofia verde, depositándola sobre el cuello del traidor.
Y una infinita tristeza se apoderó de aquel hombre vencido...

Fue como un relámpago. Como una descarga interior. Como una luz o quizá como un grito lejano. Al soltar la corona de números sobre la nuca de Horemheb, el nombre de Nietihw hizo vibrar hasta la última célula de Sinuhé y, en un arrebato, sus dedos se crisparon sobre el cuello del general. Y el investigador se dejó caer de espaldas sobre el mar de niebla, arrastrando con él al traidor.
Entre blancas turbulencias, ambos se vieron así sumergidos en el humo. En segundos, el barro rojizo quedó consumido. Y Horemheb, aniquilado por la niebla, desapareció.
Sin poder entender el porqué de su fulminante reacción, el miembro de la Escuela de la Sabiduría buscó la superficie con desesperación. El nivel del humo llegaba ya hasta sus ojos y, saltando sobre el suelo rocoso, llenó sus pulmones de aire, lanzándose a la búsqueda del túmulo funerario. Si conseguía trepar a él y refugiarse en su interior, quizá su final no fuese tan inminente...
Al aferrarse al filo del bloque de piedra, intentó saltarlo. Pero aquel metro y medio era ya demasiado para sus agotadas fuerzas. Y, rendido y semiasfixiado, vio cómo la masa gaseosa le cubría definitivamente.
Dispuesto a morir fue deslizándose por la pared del catafalco, hasta caer de rodillas al pie del mismo. Allí, prisionero de la cegadora blancura -paradójicamente salvadora y mortal-, esperó su hora.
Pero, cuando apenas si había tocado el fondo de la cripta, aquellas mismas fauces que evitaron el ataque de las cobras, se cerraron sobre sus ropas, impulsándole hacia lo alto y depositándole bruscamente en el interior del sepulcro.
Al contacto con la madera chapeada del segundo ataúd, Sinuhé, con la piel azulada por una incipiente congelación, entreabrió los párpados. Sus pulmones inhalaron ansiosamente y, poco a poco, comprendiendo que había sido rescatado del helado gas, trató de incorporarse. Pero su debilidad era extrema y apenas si

consiguió sentarse sobre la figura yacente. El humo, pegado a las cuatro paredes exteriores del túmulo, seguía ganando altura, respetando sin embargo el espacio situado por encima del gran bloque rectangular. Quedaba así, sobre el reducido habitáculo que ocupaban ahora el féretro y Sinuhé, un misterioso y providencial vacío o chimenea, fuertemente iluminado por la radiación de aquellas cimbreantes paredes de niebla.

En la mente del iuranchiano martilleaba una sola idea: ¡La segunda daga!... ¡La segunda daga...!

Era preciso encontrarla. Pero ¿cómo abrir la tapa de aquel ataúd? El puñal de hierro, al igual que su cadena de números, se habían perdido en el fondo de la bruma...

Tanteó las asas de plata ubicadas en ambos costados y tiró de ellas. Fue inútil. Su propio cuerpo, situado sobre el féretro, obstaculizaba la operación. Por otra parte, la esfinge llenaba la totalidad del nicho, no dejando espacio suficiente entre la piedra y el citado ataúd.

Golpeó el pecho dorado del joven rey, maldiciendo de nuevo su mala fortuna. Pero pronto comprendió que aquella actitud no le llevaría a ninguna parte. En todo caso, a malgastar las mínimas energías que aún le restaban. Había que pensar. Y había que hacerlo rápido. La niebla seguía la conquista de la cámara. Quizá faltase un metro -o menos- para que tocara el techo. ¿Qué sucedería entonces?

Frotó su rostro con las ateridas manos, luchando por recuperar parte de la perdida circulación sanguínea. Fue entonces cuando se percató de la novena cuerda de los cautivos, todavía anudada a su muñeca.

Con grandes dificultades, ayudándose con los dientes, consiguió desenrollarla.

-Sí, todavía es posible... -se dijo a si mismo, buscando ansiosamente una de las asas.

Anudó la cuerda y, volviéndose hacia el asidero opuesto, repitió la operación. Una vez amarrada a las dos asas, sujetó la cuerda entre los dientes y buscó apoyo con las manos en los filos superiores del sepulcro.

¡Es preciso lograrlo...! ¡Es preciso...!

Sinuhé luchó por incorporarse. Tenía que situar sus pies sobre el referido borde superior del túmulo. Sólo así, tirando de la cuerda con sus dientes, podría izar la tapa..., quizá.
Pero las piernas, tumefactas, no le respondieron. Y, gimiendo de rabia, se dejó caer de rodillas sobre la esfinge.
Jadeando, golpeó sus piernas, rogando, exigiendo y suplicando que recuperasen las fuerzas. Lo intentó por segunda vez. Aferró sus dedos al filo del sepulcro y tiró de sí mismo, apretando la cuerda entre los dientes. Pero sus extremidades, convertidas en témpanos de hielo, no ganaron un solo milímetro. Como un fardo, cayó de nuevo sobre la resplandeciente tapa. Y esta vez los gemidos desembocaron en un amargo y abundante llanto.
Su último deseo -abrir aquel segundo ataúd y hacerse con la daga de oro- había empezado a esfumarse.

Sumido en el desconsuelo, Sinuhé -al principio- no cayó en la cuenta. Sus lágrimas, al resbalar por las mejillas, arrastraban las últimas estrellas doradas que habían formado su traje de sueños. La niebla no había destruido todas las ilusiones. Aún quedaban las que protegían el interior de sus ojos, disueltas ahora por el amargo llanto.
Y como un regalo -o quizá como un milagro-, aquellas decenas de minúsculas estrellas fueron derramándose sobre la esfinge, fundiendo a su paso el oro de la tapa.
Sinuhé apareció así, de pronto, tendido sobre el tercer féretro.
Con el corazón confuso y agradecido, se situó de rodillas, contemplando atónito aquel último ataúd. Era también de forma osiríaca y se hallaba igualmente envuelto en una fina tela rojiza.
Manoteó nerviosamente sobre el lino, que se rasgó al momento.
Al retirar la protección, surgió la cara, en oro bruñido, de un rey, casi niño, con unos hermosos y vacíos ojos rasgados. Sobre el cuello y pecho había un complicado collar de cuentas y flores, cosido a un armazón de papiro.
Pero todo su interés estaba centrado en las manos. Rompió el lino que cubría el resto del tórax y, al desvelarlas, una arrolladora alegría le compensó de tantas desventuras...
Las manos, cruzadas sobre el pecho, labradas también en oro bruñido y purísimo, sostenían una daga. ¡La segunda! ¡La que debía señalar hacia Dalamachia!

Como en el segundo féretro, la empuñadura, ricamente decorada con un granulado de brillante oro amarillo, apuntaba hacia la barbilla de la máscara real. Se hallaba rodeada de bandas de piedras semipreciosas y vidrios engastados al cloisonné alternativamente, culminando en dicha empuñadura con una valiosa cadena volutada, bordeada por una cuerda de alambre de oro.

En cuanto a la vaina, igualmente de oro, señalaba -como en el puñal de hierro- hacia la puerta de la cripta.

Sinuhé comprendió que se enfrentaba al dilema anterior. ¿Hacia dónde debía dirigirse? Pero, al momento, moviendo la cabeza negativamente y dirigiendo una mirada a las paredes humeantes que casi rozaban el techo de la cámara, rechazó todo intento por despejar la nueva incógnita. Era obvio que no podía salir del sepulcro...

Delicadamente, inclinándose sobre las manos del ataúd que, sin duda, contenía los restos momificados de Tutankhamon, fue retirando la daga de la vaina.

Ante sus ojos, centelleando como mil soles, apareció una hoja de oro de especial dureza y de formas simples y bellas. Su superficie era lisa, a excepción de unas profundas ranuras que descendían por el centro, convergiendo en un punto. Y en ese punto descubrió una inscripción. Una leyenda que le dejó perplejo:

Ya eres un hombre Pi.

No hubo tiempo para una segunda lectura del jeroglífico. La niebla, al tocar el techo de la cripta, irrumpió como un tornado en el hueco creado sobre el túmulo, envolviendo al aterrorizado iuranchiano. Y, al unísono, unos familiares y felinos ojos de color ámbar rompieron el blanco caos. Y las fauces de Anubis se cerraron sobre la mano izquierda de Sinuhé, arrastrándole entre la niebla.

Su último recuerdo, antes de perder la conciencia, fue una turbadora sucesión de sensaciones: el galgo-chacal volando o flotando a su izquierda -tirando de él como una pluma-; aquel frío lacerante y, finalmente, la implacable aproximación al cuadrado de yeso blanco que había tenido oportunidad de ver y palpar junto a los cuatro remos-antorchas de cristal...

Después, al producirse el choque con dicho cuadrado, oscuridad. Sólo oscuridad...

Varias figuras te rodeaban cuando, al fin, abrió los ojos. Sinuhé, con la mente en blanco, no supo qué hacer ni qué decir. No tenía conciencia de si había muerto o si acababa de despertar de una pesadilla. Aquellos hombres, ataviados con largas y blancas túnicas de lino, formaban un círculo tan cerrado en torno suyo que le era imposible precisar dónde se hallaba. Uno en especial, ligeramente inclinado hacia él, le impresionó. A diferencia de los otros seis individuos, éste sobresalía por su enorme estatura -quizá alcanzase los dos metros y medio- y por el color de su piel: ¡era negro!
Tendido de espaldas sobre un suelo rojizo, impecablemente pulido y brillante, fue tentando sus ropas, ante la implacable y silenciosa presencia de sus observadores. Sus pantalones, al igual que la camisa, se hallaban secos. Y aquella sensación le trajo a la memoria el hielo de la niebla que había terminado por sepultarle en la cámara sepulcral de Tutankhamon. Al instante, encadenada al resto de las vivencias: los ojos ambarinos y las fauces de Anubis y el cuadrado de yeso...
Incomprensiblemente, aquel agotamiento de muerte se había extinguido. Ahora se sentía bien. Los síntomas de congelación habían desaparecido y aquellos sus primeros y tímidos movimientos parecían normales. Sin embargo, abrumado por el cerco, no hizo intento alguno por incorporarse. No sabía quiénes eran aquellos seres ni tampoco sus intenciones. Y, temeroso, fue paseando la mirada sobre sus rostros y atuendos.
En una fugaz inspección -debido quizá a la luz rojiza que llenaba el lugar-, Sinuhé dedujo equivocadamente que aquellos hombres, a excepción del negro y de otro de faz blanca, eran de color rojo. Este contraste aún le turbó más. Algunas facciones le recordaron a las de los chinos y esquimales. El negro, en cambio, presentaba los rasgos típicos de esta raza: labios gruesos y prominentes, nariz achatada y cabello ensortijado. En cuanto al blanco, su cabeza -totalmente rasurada- podría haber sido la de cualquier sacerdote del antiguo Egipto: piel ligeramente tostada y reluciente, quizá por el efecto de algún aceite graso, ojos negros y penetrantes, y pómulos altos y

afilados. Sus orejas, pequeñas y bien construidas, presentaban unos lóbulos perforados con un agujero circular.
Lo que definitivamente vino a inquietarle, poniéndole en guardia, fue el descubrimiento -en el pecho de cada uno de los siete personajes- de un mismo emblema. Una figura que le resultó familiar: se trataba de aquel ser de cabeza cuadrada y grandes ojos circulares, situado bajo el signo de la letra griega pi. El mismo que aparecía en el altorrelieve de su desaparecida sortija de oro y que había tenido ocasión de contemplar en las cuencas de la no menos enigmática calavera negra, en la playa...
¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Por qué lucían este escudo? ¿Qué representaba?
Como si hubiera captado sus pensamientos, uno de los atentos observadores -el de cabeza rasurada- se arrodilló junto a Sinuhé. Y éste, receloso, se incorporó ligeramente, apoyando sus codos sobre el suelo. Pero el lustroso rostro del que acababa de arrodillarse se transformó súbitamente. Una amplia y sincera sonrisa iluminó su faz y llevando su dedo índice derecho hacia el emblema circular, le habló en un tono cálido y amistoso:
-No temas, Sinuhé. Éste es el signo de los hombres Pi...
Boquiabierto, miró a su interlocutor, desviando después sus ojos hacia cada uno de los presentes. Y todos, a un tiempo, apoyaron las palabras de su compañero con un afirmativo movimiento de cabeza.
-¿Los hombres Pi? -acertó a exclamar-. Pero, entonces...
El único que había hablado hasta ese momento mantuvo su sonrisa y, tendiéndole sus manos, se incorporó, invitando así al investigador a erguirse con él. Sinuhé aceptó con reparos. Pero el hombre, acentuando su sonrisa, trató de ganar su confianza.
Después de tantas amarguras, sorpresas y peligros, el iuranchiano seguía desconfiando. Aquel recelo se hizo más acusado cuando, al ponerse en pie, descubrió el verdadero color de los que le rodeaban...

Asustado, retiró sus manos. Y el hombre de piel blanca que le había ayudado, comprendiendo la confusión de Sinuhé, guardó silencio. Y los siete misteriosos personajes, con sus brazos

desmayados a lo largo de las túnicas, dejaron que el recién llegado saciara su curiosidad.
Como un niño, fue situándose frente a cada uno de los hombres que le rodeaban, estudiándolos y verificando que no se hallaba ante un sueño. A pesar de la luz rojiza que llenaba el ambiente, uno de aquellos seres era verdaderamente de color rojo. El cabello negro y lacio y la nariz aguileña, juntamente con el tinte de la piel, le recordó a los indios americanos. El segundo y el tercero, en cambio, eran sumamente extraños. Sus rostros y manos -únicas partes visibles de sus cuerpos- eran naranja y verde, respectivamente.
¿Hombres de color naranja y verde?, se preguntó sin poder dar crédito a lo que, evidentemente, tenía ante sí.
Ambos eran de una talla similar a la suya y sus ojos, al igual que los de sus compañeros, seguían los movimientos del investigador con una divertida calma. Las facciones de estos últimos resultaron irreconocibles. No encajaban en ninguno de los fenotipos raciales que él recordaba. Sólo la profunda y negra mirada del verde y el brillo aceitunado de su piel le trajeron a la memoria el recuerdo de los hermosos ojos de los hindúes y un cierto parecido a la tez de algunos pueblos de la Polinesia. El color del hombre naranja, en cambio, le resultó tan ajeno como fascinante. Su perfil era extremadamente fino y delicado, casi como el de una doncella. Era el único, a excepción del calvo, que presentaba un cabello albino.
Después, con idéntica curiosidad, dio un paso hacia el cuarto humano -aunque esta calificación no aparecía excesivamente clara en la confusa mente de Sinuhé-, ratificando su primera impresión: la que había recibido cuando se encontraba tendido. Aquel ser, algo más bajo que los anteriores y de piel amarilla, ofrecía las características de las razas asiáticas orientales. Lucía un poblado y azabache bigote, ojos rasgados, frente breve y pómulos japónicos. En realidad, hubiera podido ser confundido con un mongol o quizá con un chino...
Sinuhé apenas si se detuvo ante la gigantesca envergadura del negro. Entre asustado y tímido, levantó fugazmente sus ojos hacia lo alto de aquellos dos metros y medio pero, aunque la mirada del gigante se hallaba dominada por la piedad, pasó al punto al sexto observador. Éste, de piel azulada, era el más bajo

de todos. Quizá no superase el metro y sesenta centímetros. Bajo la túnica se adivinaba una constitución tan musculosa como las del amarillo, negro y rojo. La cabeza, de forma ligeramente ovalada y muy recogida, sobresalía sobre un cuello ancho y fuerte como el de un toro. Y sus rasgos fueron asociados de inmediato con los de los esquimales.
Concluido el examen, se volvió hacia el único blanco -el que parecía el jefe o portavoz de aquel extraño cónclave- y, señalando el lugar con un vago gesto de sus manos, le preguntó:
-¿Dónde estoy?
-Esta era la cámara acorazada de IURANCHA...
Y abriéndose paso entre sus compañeros, le mostró el recinto. Al abrir el círculo, Sinuhé descubrió que había ido a parar a un extraño habitáculo en forma de prisma hexagonal de altísimos muros. Las seis paredes que formaban el hexágono, así como el suelo y quizá el techo -aunque éste se encontraba tan distante que resultaba difícil precisar-, habían sido fabricados con una aleación desconocida, parecida al oro, aunque de una tonalidad rojiza. La cámara acorazada -como la había denominado el blanco-, a pesar de su brillante desnudez, resultaba acogedora. Sinuhé dio un corto paseo, aproximándose a uno de los muros. Lo tocó con curiosidad y, al sentir su tersura y dureza, se vio asaltado por una peregrina idea. Pero no tardó en arrinconarla. Era demasiado fantástica... Si en aquel momento hubiera acertado a mirar al hombre de rostro brillante, habría notado en él la confirmación a dicho pensamiento. Pero el miembro de la Escuela de la Sabiduría, cuyo recelo inicial iba dejando paso a una lenta pero firme confianza y a una excitante curiosidad, se hallaba fascinado por otro descubrimiento. En el centro geométrico del hexágono se levantaba una pequeña columna de mármol blanco, de apenas treinta centímetros de diámetro y metro y medio de altura. Aparecía coronada por una lámina del mismo metal que cubría el resto de la cámara.
Volviéndose hacía el grupo de hombres que continuaba próximo a uno de los muros, señaló la columna, interrogándolos con la mirada.
El blanco, seguido muy de cerca por los seis hombres de color, dio entonces unos pasos hacia el investigador. Al llegar junto a

él, sus manos fueron a posarse sobre la rojiza y brillante plataforma circular que remataba la columna. Y una sombra de tristeza oscureció su mirada. En ese instante, al reparar en sus huesudas y largas manos, Sinuhé, hipnotizado, fue incapaz de separar sus ojos de uno de los dedos del enigmático personaje...

El hombre blanco, comprendiendo la sorpresa de Sinuhé, extendió entonces su mano derecha hacia él, invitándole a examinar el sello existente en el dedo anular y que tanto había impresionado al iuranchiano. Sin disimular su emoción, tomó la mano entre las suyas, comprobando que, en efecto, se trataba del símbolo o emblema de su Orden: una serpiente roja, enroscada entre dos ojos...
No fue preciso que formulara pregunta alguna. El portador de aquel marfileño anillo se adelantó a sus pensamientos, diciéndole:
-Querido hermano Sinuhé, sabemos que son muchas las dudas que asaltan tu corazón. Pero, antes de explicarte por qué llevo el sello de la Escuela de la Sabiduría (nuestra Orden) y de hablarte de esta columna, permíteme que, en beneficio de una mejor comprensión, deje ambos asuntos para el final...
Las cálidas palabras de su interlocutor y el increíble hallazgo del escudo de la Logia secreta en aquel perdido lugar, infundieron en Sinuhé una fuerza y una paz insospechadas. Y abriendo su alma, se dispuso a escuchar lo que presentía como una importante información en aquel enloquecedor rompecabezas.
-Hace ahora mucho tiempo -prosiguió su hermano de Orden, situando de nuevo sus manos sobre la lámina rojiza de la columna-, más o menos 200 000 años de IURANCHA, hombres leales a Micael, nuestro Soberano, se vieron obligados a huir de Dalamachia, la ciudad fundada por Caligastía, el entonces príncipe planetario de nuestro mundo. Como sabes, por aquellas fechas se registró en el sistema de Satania (regido por Lucifer) una rebelión que arrastró a 37 planetas, entre ellos el nuestro. Y las fuerzas expedicionarias llegadas a IURANCHA 300 000 años antes, con Caligastía y su estado mayor, se dividieron. La mayor parte secundó los propósitos de Lucifer y Satán, su lugarteniente, y la Tierra fue puesta en cuarentena,

sufriendo una histórica paralización en su natural desarrollo.
Pero no todos, como te digo, obedecieron a Caligastía, representante de Lucifer en IURANCHA. Hubo seres celestes y miembros materializados del Estado Mayor del citado príncipe, así como 9 800 de los 50 000 medianes que formaban este cuerpo especial de criaturas intermedias, creadas para el bien, que rechazaron la rebelión. Pero tuvieron que dispersarse. Una de las expediciones que huyó de Dalamachia, la ciudad modelo, se refugió en lo que sería llamado el Gran Reino en Medio del Mar...
Sinuhé, fascinado, recordó entonces el enigma que había encontrado en la puerta tabicada de la cripta.
-Ese Gran Reino -había proseguido el hombre blanco- no fue conocido por los actuales habitantes de IURANCHA. Pero sí por los antiguos. Y hubo un famoso escritor y filósofo griego que, quinientos años antes de la séptima y última efusión de Micael como Jesús de Nazaret, tuvo referencias de él a través de otro eminente legislador, Solón, y éste, a su vez, recibió las noticias sobre la existencia de dicho imperio a través de los sacerdotes egipcios de la ciudad de Sais...
-¡Atlántida!
Sin poder contenerse, el investigador pronunció el mítico nombre de la isla-continente, misteriosamente hundida en el océano Atlántico en el transcurso de un día y una noche, hace unos 11 500 años, según los Diálogos de Critias y Timeo, de Platón.
Su informador sonrió complacido, asintiendo con la cabeza.
-Atlántida o Atlantis, sí -repuso, adivinando las dudas que atormentaban al perplejo soror-. ¡El Gran Reino en Medio del Mar! -continuó-. Una segunda Dalamachia que, durante milenios, resistió los continuos asedios de las fuerzas leales al Maligno... Aquella valiente expedición había sacado de la ciudad modelo un gran tesoro: los archivos secretos de IURANCHA. Y por espacio de casi 200 000 años pudo custodiarlo y preservarlo de la ambición de Caligastía y sus secuaces...
Al llegar a este punto de la narración, la voz de aquel hombre se quebró. Pero, a pesar de su evidente tristeza, añadió:
-Cuando el planeta fue sometido a cuarentena por las altas jerarquías del universo local y de la Isla Estacionaria del

Paraíso, en espera de la captura y posterior juicio del rebelde, todas las comunicaciones de IURANCHA fueron cortadas. Y desde entonces, como sabes, la Humanidad se halla incomunicada, sumida en el caos y a merced de los rebeldes. Y aquellos bravos leales a Micael fueron sitiados finalmente. De común acuerdo, trazaron un heroico plan, con el único fin de poner a salvo el Gran Tesoro. Y en una odisea, que quizá algún día te sea revelada, seis expediciones partieron simultáneamente del Reino en Medio del Mar. De las seis, sólo una transportaba los archivos secretos del planeta. Caligastía y sus fuerzas consiguieron interceptar cuatro de esas misiones, pero, providencialmente, la que custodiaba el Gran Tesoro consiguió su objetivo, desembarcando en lo que hoy es Egipto.
-¿Y la otra? -le interrumpió Sinuhé.
-Alcanzaron también la meta prevista. Llegaron a lo que hoy conocéis por América, ocultándose y mezclándose entre los pueblos de aquel continente, Pero los rebeldes, sospechando que los leales a Micael podían intentar sacar de Atlantis los archivos secretos, lanzaron sobre el Reino un último y feroz ataque. Y las plegarias de aquellos heroicos hombres terminaron por ser escuchadas. Y desde Jerusem, la capital del sistema de Satania, fue enviada a IURANCHA (a petición de los propios atlantes) una de las esferas artificiales que rodea habitualmente el citado planeta-capital. Era la última fase del prodigioso y generoso plan trazado por los leales a Micael. Ellos sabían que, justamente en ese tiempo (11 345 años antes de Cristo), la órbita periódica de 6 666 años de Ra (la esfera artificial) coincidía sobre nuestro sistema solar. Y eligieron su autodestrucción, en un intento por hacer creer a los rebeldes que los archivos secretos se hundirían con Atlántida en el fondo del océano.
El narrador hizo una pausa, visiblemente emocionado por este trágico recuerdo. Y fijando sus ojos en Sinuhé, continuó:
-Esta ciega Humanidad no sabe del sacrificio de aquellos leales. Tal y como cuenta Platón, el Gran Reino, con todos sus habitantes y miles de rebeldes, se hundió en el transcurso de un día y una noche, presa de violentos seísmos y maremotos, provocados por la ronda de la rueda de Ra. Caligastía, durante

algún tiempo, permaneció en el engaño, convencido de que el Gran Tesoro se había perdido para siempre.
-¡Ra! -musitó Sinuhé, que había empezado a comprender la naturaleza de aquel astro intruso, captado por los radioastrónomos de Arecibo y del que ya le había hablado su Kheri Heb...
Pero, aunque las preguntas seguían borboteando en su corazón, esperó. Su misterioso hermano de Orden no había concluido...

-Cuando, 11 000 años antes de Cristo -prosiguió el hombre blanco-, aquella audaz expedición que transportaba los archivos secretos consiguió varar su buque (el Dalamachia) en una de las playas de Egipto, los atlantes supervivientes pusieron en marcha un meticuloso y secreto plan, destinado, fundamentalmente, a ocultar el Gran Tesoro. Y partiendo del propio casco del barco, construyeron una pirámide subterránea.
Los ojos de Sinuhé se iluminaron.
-Una pirámide gigantesca que tú ya conoces -apuntó el narrador- y que, miles de años después, tendría su réplica en la llamada Gran Pirámide de Keops.
El investigador no pudo contenerse y le corrigió:
-¿Una réplica dices? La de Keops, la que todos conocen, no dispone de algunas de las cámaras que yo he recorrido...
El hombre blanco sonrió benevolente.
-Digamos que los egiptólogos no han tenido acceso a ellas -
¿Quieres decir...?
-Sí, que ambas construcciones son gemelas. Pero aún tiene que pasar mucho tiempo antes de que los hombres de tu mundo tengan acceso a este secreto.
-No logro entenderlo... -murmuró Sinuhé, suplicando que le sacase de aquella nueva e irritante confusión.
-Debes contener tu impaciencia y permitirme proseguir. Sólo así podrás comprender -el compañero de Logia de Sinuhé guardó silencio y tras esta pausa añadió-: y, quizá, si lo crees oportuno, reanudar tu misión.
El investigador intuyó algo especial en aquellas últimas palabras. ¿Es que la misión de búsqueda de los archivos secretos podía terminar allí, en la llamada cámara acorazada de IURANCHA?

-Mucho tiempo después que la pirámide subterránea fuera terminada y el Gran Tesoro depositado en su interior (precisamente en el lugar donde ahora nos encontramos), aquellos leales a Micael tomaron la decisión de fundar un nuevo pueblo. Sabían que la fórmula más segura y eficaz de salvaguardar los archivos era, justamente, alejarse de ellos y hacer creer a los rebeldes (en el supuesto de que fueran descubiertos) que dicho Tesoro seguía con ellos.
-¡Un momento! -intervino nuevamente el soror-. ¿Los archivos secretos están aquí?
Su confidente no respondió. En sus ojos apareció aquella pesadumbre que Sinuhé ya había advertido poco antes. Finalmente, con voz trémula, le desveló una parte de lo que tanto interesaba al investigador:
-Desgraciadamente, no... Fueron saqueados.
-¿Cómo?, ¿cuándo?...
El hombre blanco alzó sus manos y le suplicó paciencia.
-El plan de los atlantes fue bueno. Y dio los resultados apetecidos durante 10 000 años. Unos 4 000 antes de vuestra Era, aquella reducida y valerosa población se mezcló por fin con las tribus de los antiguos pobladores de lo que, a partir de esas fechas, sería conocido por Egipto. Aquellos primitivos humanos, dirigidos por los atlantes, pasaron así, casi súbitamente, del Neolítico a un estadio evolutivo envidiable. Los conocimientos de aquella expedición hicieron florecer muy pronto las artes y las letras, proporcionando un maravilloso impulso al comercio, las construcciones, la agricultura, las matemáticas, la astronomía y el culto a la única Divinidad. Fueron ellos los que revitalizaron la sangre y el espíritu de aquel pueblo, transformándolo con el paso de los siglos en lo que después sería admiración de IURANCHA.
Sinuhé recordó las ancestrales y universales creencias que han apuntado siempre a una influencia extranjera, como posible explicación y causa del misterioso y repentino desarrollo del antiguo Egipto. El escritor e historiador del siglo I, Diodoro de Sicilia, ya lo había insinuado cuando escribía: Los egipcios eran extraños, que en tiempos remotos se asentaron a orillas del Nilo, llevando consigo la civilización de su país de origen, el arte

de escribir y un lenguaje refinado. Llegaron procedentes de la dirección del sol poniente, y eran los hombres más antiguos.
En el siglo XX, el profesor W. N. Emery, como otros muchos especialistas, señalaba en su libro Egipto arcaico que, en el cuarto milenio antes de Cristo, Egipto pasó bruscamente de la Edad de la Piedra a reinos bien organizados donde, al mismo tiempo que aparecía el arte de escribir, la arquitectura monumental, las artes Y los oficios se desarrollaban de forma pasmosa, con todos los signos de una civilización bien organizada y hasta lujosa.
Pero ¿qué pudo ocurrir? ¿Por qué el pueblo fundado por los leales a Micael terminó por extinguirse y, sobre todo, quién fue el responsable del robo de los archivos secretos?

-Aquel admirable impulso y transformación, sin embargo -añadió el hombre blanco-, no pasó desapercibido para las huestes de Caligastía. Y aunque los atlantes habían cruzado su sangre con los autóctonos, borrando así las huellas de su pasado y de su verdadera identidad, las fuerzas del Maligno (intrigadas y recelosas) no tardaron en infiltrarse. Los descendientes de la primigenia expedición (celosos depositarios de la existencia del Gran Tesoro) adoptaron entonces una serie de medidas preventivas. Una de ellas fue precisamente la construcción de magníficas y monumentales pirámides. Una en especial, que llevaría el nombre de su constructor, Keops, fue levantada, siguiendo los mismos patrones y medidas que la Gran Pirámide subterránea...
-¿Por qué? -repuso Sinuhé.
-Si los rebeldes continuaban mezclándose con el pueblo egipcio y llegaban a sospechar o desvelar el verdadero origen de sus fundadores, la seguridad de los archivos secretos podía verse comprometida. De ahí que, en previsión, decidieran levantar sobre la margen izquierda del Nilo, a muchos kilómetros de la auténtica ubicación de la pirámide subterránea, otra construcción gemela, con su complejo entramado de cámaras y galerías (unas falsas y otras genuinas) que, llegado el caso, sirviera para confundir definitivamente a los seguidores de Lucifer.

Los temores de los descendientes de los atlantes no eran infundados. Las fuerzas del mal fueron ganando terreno e influencia, consiguiendo, poco a poco, que el noble pueblo egipcio olvidara su fe en un solo Dios, cayendo en una maraña de costumbres idolátricas y supersticiosas. Y Amón, símbolo de Lucifer, no tardó en ocupar un puesto de honor entre todas las divinidades. Los rebeldes se hicieron con el control de las castas sacerdotales, llegando, incluso, al trono. A pesar de ello, en lo más profundo del espíritu egipcio quedó vivo el recuerdo de aquellos dioses llegados un día desde el Oeste. Este sentimiento, unido a su indestructible creencia en un más allá y sus profundos conocimientos científicos y artísticos, fueron el legado de una raza (la de los atlantes) que terminó prácticamente por desaparecer...

-¿Se extinguieron? -preguntó con incredulidad.

-Casi por completo...

-Pero ¿y el Gran Tesoro?

-El año 1366 antes de Cristo-Micael, en tiempos de la XVIII dinastía, los escasos conocedores de la existencia de la pirámide subterránea decidieron fundar una Orden secreta, que custodiase el Gran Tesoro. Esa Orden, querido Sinuhé, fue llamada la Escuela de la Sabiduría...

Él, que había estudiado el remoto origen de la Logia de la que era hermano, ignoraba la íntima motivación por la que había sido creada. De ahí que su sorpresa, al oír las palabras del portador de aquel sello, no tuviera límite.

-¿Nuestra orden? -balbuceó.

-¡La Escuela de la Sabiduría! -exclamó el blanco con orgullo, La más antigua de IURANCHA, según reza vuestro papiro número 10 474...

Sinuhé, cada vez más perplejo, no tuvo fuerzas para preguntar.

-Poco después del nacimiento de la Gran Logia, la Providencia hizo que el sucesor del rey Amenofis III, su hijo Akhenaton o Amenofis IV, entrara a formar parte del primer Templo de la Hermandad. Y guiado por su rectitud y sensibilidad, luchó por la implantación de una sola Divinidad, a la que designó con el nombre de Atón. Durante su breve reinado, la Escuela de la Sabiduría se asentó definitivamente, admitiendo a nuevos hermanos. Pero, a pesar de la escrupulosa selección, la Logia

cometió un grave e irreparable error: uno de los rebeldes (el general Horemheb, de gran prestigio en toda la nación), después de numerosas e insistentes peticiones, fue admitido en el Consejo de los Kheri Hebs. Y de esta forma, las fuerzas del mal terminaron por averiguar dónde se hallaba el Gran Tesoro... Horemheb, astuto como una serpiente, supo alcanzar el trono de Egipto a la muerte de Ay, el Padre Divino, miembro, como sus antecesores (los faraones Akhenaton y su hermano y yerno, Tutankhamon), de la Gran Logia. A pesar de los esfuerzos de la Escuela de la Sabiduría por impedírselo, el traidor y sus secuaces, todos ellos al servicio de Lucifer, penetraron en la pirámide subterránea, arrebatando los archivos...
Sinuhé movió la cabeza en señal de desaprobación, comentando.
-Hay algunos aspectos que no logro entender.
Esta vez fue el hombre blanco quien interrogó al soror con la mirada.
-En primer lugar -expuso el investigador-, si la pirámide subterránea fue construida miles de años antes del reinado de Tutankhamon, muerto en el 1343 antes de Cristo, ¿cómo es posible que aquellos primitivos atlantes diseñaran y construyeran una réplica casi exacta de su tumba en el interior de dicha pirámide subterránea?
-Muy sencillo -replicó su interlocutor con una amarga sonrisa-. Esa cámara sepulcral a la que te refieres, y de la que prácticamente acabas de salir, es una obra posterior.
-Sigo sin comprender...
-La réplica de la tumba descubierta en 1922 de tu Era por Howard Carter en el Valle de los Reyes fue practicada por Horemheb, con el único fin de confundir a posibles y futuros intrusos... como tú. Las fuerzas del Maligno, como habéis tenido ocasión de sufrir, dominan y controlan la pirámide. Nada ni nadie puede entrar y salir de ella sin que los rebeldes lo sepan y consientan.
-Eso no es posible -estalló Sinuhé-. Nietihw y yo hemos sido ayudados e, incluso, salvados, en varios y graves momentos. Además, ¿cómo explicar vuestra presencia y la mía en esta cámara acorazada?

-Tanto tú, Sinuhé, como nosotros, los hombres Pi -sentenció el blanco con tristeza-, sólo somos prisioneros.
Aquella rotunda revelación cambiaba las cosas.
-¿Prisioneros?... ¿De quién?
-De Lucifer o de sus representantes en IURANCHA..., naturalmente.
-Entonces -lamentó el investigador-, todas esas pruebas a las que hemos sido sometidos...
Su compañero de Logia movió la cabeza en señal de desaprobación.
-Pura farsa. Puras ensoñaciones para probaros, conoceros y, en definitiva, para situaros (a ti y a la hija de la raza azul) en el punto por ellos deseado. En el más inexpugnable. En el que permaneceréis (como nosotros) enterrados de por vida...

Las palabras de aquel hombre fueron pronunciadas en un tono tan convincente que Sinuhé, sumido en las más densas dudas desde que se enrolara en aquella misión, se dejó caer sobre el suelo de la cámara. Durante un largo período de tiempo permaneció sentado, con la cabeza baja, intentando ordenar sus sentimientos e ideas.
A pesar de lo expuesto, había algo que seguía vivo -que aleteaba- en su corazón. Eran las palabras de Agurno, aquel ser gigantesco materializado en el bosquecillo de Sotillo...
Sabed que no resultará fácil -les había anunciado-. Guardaos de Belzebú. Estad prevenidos porque no habrá tregua para vosotros. Aunque nadie puede sustituiros, otros medianes leales estarán prestos a socorreros. Buscad a Solonia, el serafín que guardó Edén. Su espada os será necesaria. El ojo de Ra velará por ambos...
¿Qué sentido tenían ahora estas palabras? -meditó Sinuhé-. ¿Dónde estaban esos medianes leales que deberían estar prestos a socorrerlos? ¿Por qué el ojo de Ra había sido tragado por aquel misterioso cuervo blanco?
Sin embargo, aunque su confusión iba en aumento, Sinuhé se resistía a aceptar que todo hubiera sido una farsa o un espejismo, maquinados por los rebeldes. Cierto que antes de penetrar en el viejo buque -en el Dalamachia-, tanto Nietihw como él habían perdido su corona con el nombre cósmico y a su

amigo, el disco, respectivamente. Pero ¿qué sentido tenía que Vana -el medían rebelde al que habían devuelto a la vida- les hubiera ayudado? Si las fuerzas del mal estaban conjuradas para perderles -dedujo, poniendo a prueba su propia lógica-, aquella criatura no les habría indicado la dirección de Dalamachia... ¿0 sí?
Necesitó tiempo pero, finalmente, quedó convencido de que, por enésima vez, no podía fiarse de las apariencias. ¿Y si aquella supuesta cámara acorazada y los hombres de colores fueran también una estratagema o una farsa? Ya no podía estar seguro de nada... En todo caso, únicamente de su intuición. Y luchando consigo mismo, tomó la firme decisión -pasase lo que pasase- de no rendirse. Su misión era llegar hasta los archivos secretos de IURANCHA y batallaría hasta consumir su último aliento...
Con el ánimo algo más dispuesto levantó el rostro e, incorporándose, se dirigió de nuevo al grupo que, silencioso, aguardaba la reacción de Sinuhé. Pero éste, prudentemente, no abrió su corazón a los hombres Pi. En su mente quedaban aún muchas lagunas y, si en verdad se hallaba enterrado vivo, tenía todo el tiempo del mundo -aunque ni los conceptos tiempo y mundo aparecían muy claros en su cerebro- para despejarlas. Quizá por ese camino se hiciera la luz en su atormentado espíritu...
-Prisioneros. Dices que somos prisioneros -manifestó, clavando su mirada en los ojos del portavoz del grupo-. Pero ¿y vosotros? ¿Desde cuándo estáis aquí? Acabáis de afirmar que nada ni nadie puede ingresar en la pirámide subterránea sin el consentimiento de ellos...
-Así es -replicó el blanco-. Tus preguntas son lógicas. El primero que desafió a Horemheb fui yo, Amen-Em-Apt. Éste es mi nombre. Figuro en los sagrados papiros de la Escuela de la Sabiduría con el sobrenombre de El Verdadero Silencioso.
Aquella revelación casi arruinó los propósitos del investigador. Amen-Em-Apt, según constaba en el ya mencionado papiro 10 474 de la Logia, era considerado como el impulsor, el prime, Kheri Heb o Gran Maestro de la Escuela de la Sabiduría. Su existencia se remontaba a casi catorce siglos antes de Cristo. Y Sinuhé, con la boca abierta, miró de arriba abajo al sacerdote

egipcio, sin poder concebir que estuviera ante un ser humano que vivió en la dinastía XVIII y, por tanto, hacía ¡3 350 años!
-Sé lo que estás pensando, Sinuhé -le sorprendió Amen con una sonrisa-. En primer lugar debo aclararte que no fui el primer Kheri Heb. En todo caso, uno más del Primer Gran Consejo... Y en segundo término, todo aquel que, como nosotros, desafía el poder de las fuerzas del Maligno y es capaz de llegar hasta aquí, es condenado al peor de los suplicios: a vivir eternamente... Pero te decía que yo fui el primero en desafiar a Horemheb. Te contaré por qué. Cuando los rebeldes, merced a la traición del general, se hicieron con el dominio de la pirámide subterránea, en un intento por salvar el Gran Tesoro me aventuré en ella. Tuve que padecer idénticos sufrimientos a los que tú has experimentado. Y al fin, cuando la segunda daga estuvo en mis manos, siendo proyectado desde la niebla de hielo hasta la cámara acorazada, mi desilusión fue completa: el Tesoro había desaparecido. Desde ese momento, como te decía, vivo en esta prisión... Después, al igual que tú, otros hombres Pi también lo han intentado... con el mismo resultado.
Amen acompañó estas palabras con un gesto de sus manos, presentando a los hombres que te escuchaban.
-¿Por qué os llamáis hombres Pi?
-Somos, como tú y Nietihw, buscadores de la Verdad. Pi es un símbolo: el número trascendente, racional e infinito que tiende a la Perfección. Como pi, toda alma evolucionaria que ansía la Verdad va modificando la cuadratura de sus imperfecciones, hasta, quizá, algún día, cambiar su tosca personalidad por la brillante infinitud del círculo. Pero ese momento se halla todavía muy lejos...
Y el Kheri Heb, señalando la figura de cabeza cuadrada que aparecía en su emblema, añadió:
-Por eso, con toda humildad, conscientes de nuestro largo camino hacia la Perfección, los hombres Pi hemos incluido en nuestro escudo al hombre de cabeza cuadrada: el primer escalón hacia ese irrenunciable encuentro con la Verdad.
Sinuhé, sin querer, se preguntó de qué servían ahora aquellas buenas intenciones. ¿Qué sentido tenían los hombres Pi?
Amen, leyendo en su corazón, le respondió así:

-Precisamente los fracasos (o aparentes fracasos), querido hermano, constituyen el medio más eficaz para poseer algún día la Verdad. Y puedo adelantarte que nuestro fallido intento por recuperar el Gran Tesoro no ha sido en vano...
Sinuhé percibió una chispa de esperanza en los ojos del Gran Maestro. ¿A qué se refería Amen-Em-Apt?

-También los rebeldes cometen errores, Sinuhé...
El Kheri Heb abandonó la columna de mármol, caminando hasta uno de los altos muros del hexágono. Una vez allí, giró sobre sus talones y, señalando la reluciente pared situada a su espalda, exclamó.
-Solonia te aguarda... Danos tiempo para abrir el año...
Sinuhé comprendió. Si la cámara acorazada se hallaba, en verdad, bajo el permanente control de los rebeldes, lo más probable es que, en aquellos instantes, estuvieran siendo observados. Amen te había hablado en clave. Y aunque únicamente había entendido su primera frase, aceptó el juego. Los hombres Pi, sin duda, sabían algo. Quizá a lo largo de su milenaria estancia en la cámara habían descubierto un medio para salir de la pirámide.
El sacerdote se reincorporó al grupo y prosiguió sus explicaciones:
-Horemheb y cuantos habitan la Torre de Amón (desde Belzebú hasta el último de sus 40 000 medianes rebeldes) saben que el Gran Tesoro está a salvo, a no ser que alguien pueda penetrar en sus dominios... Y aun así, tal misión resultaría casi imposible. Pero, para tener acceso a la Torre infernal, es necesario primero llegar hasta Solonia, el serafín que guardó las puertas de Edén y que blande la espada iluminadora. Nosotros somos los únicos que conocemos el medio para encontrarle y los seguidores de Lucifer lo saben. Por eso, nada mejor para ellos que mantenernos con vida y perfectamente vigilados en esta cámara acorazada. Si alguien, alguna vez, pudiera tomar en sus manos la espada de Solonia, los rebeldes habrían descubierto el secreto, haciendo aún más difícil la recuperación de los archivos. Ellos, como tú sabes, son conscientes de la gran trascendencia que tendría para el mundo el conocimiento de lo que verdaderamente sucedió en el pasado. Si la Humanidad

alcanzase esa parte de la Verdad, las mentes de muchos nobles iuranchianos se abrirían y quizá el caos y la confusión actuales se verían aliviados por la luz y la esperanza.
Amen pronunció entonces una palabra que trajo vicios recuerdos al investigador.
-Los rebeldes tienen noticias también de un Cuerpo de Reserva, llamado de la Finalidad, que congrega a una serie de finalistas en IURANCHA y entre cuyas misiones aparece la búsqueda del Gran Tesoro...
-¡Los reservistas! -exclamó, recordando el misterioso mensaje de Ra, el disco, en el ático del viejo caserón-. Soy tu enlace median como reservista.
El sacerdote asintió con gesto grave.
-Dime, Amen: ¿en qué consiste ese Cuerpo de Reserva de la Finalidad?
-Puesto que Belzebú y sus medianes lo saben, entiendo que puedo hablarte de ello. Este Cuerpo lo forman (en las diferentes épocas de IURANCHA) un reducido núcleo de humanos evolucionarios, autóctonos del planeta, hombres y mujeres, escogidos por los directores espirituales del Reino para colaborar en el ministerio de misericordia y sabiduría junto a los hijos del tiempo, sus hermanos. Cuando seres humanos son elegidos como
reservistas o individuos destacados en los planes de los administradores celestes, el jefe de los serafines planetarios confirma su agregación temporal al cuerpo seráfico, designando para ellos unos guardianes personales del Destino. En general son escogidos por las siguientes razones:
Por su aptitud especial para poder ser secretamente entrenados en misiones de urgencia.
Por su sincera consagración a causas sociales, económicas, políticas, espirituales o de cualquier otra índole y a las que se han entregado sin ánimo de recompensa o reconocimiento humanos.
Por último, por estar en posesión de un Ajustador Mental dotado de una extraordinaria variedad de talentos y que, probablemente, ha adquirido ya una gran experiencia en otros mundos, en la lucha por la justicia y la Perfección.

Cada mundo habitado utiliza una media de 70 Cuerpos de Reserva. En IURANCHA, nuestro planeta, hay 12 grupos de reservistas. Uno por cada bloque de supervisión seráfica. En la actualidad, en tu Era, la totalidad de miembros de este Cuerpo de Reserva suma 962. El grupo más reducido consta de 41, y el más nutrido de 172. Con excepción de una veintena de humanos, el resto de los reservistas no tiene conciencia de haber sido preparado para estas emergencias planetarias. Te preguntarás cómo son (cómo habéis sido) entrenados. La mayor parte, por una acción meticulosa, lenta y conjugada en sus mentes de sus respectivos Ajustadores y ángeles guardianes. Muy frecuentemente, otras muchas personalidades celestes participan también en esta preparación espiritual inconsciente, sin olvidar, por supuesto, a los medianes leales, que rinden espléndidos servicios a dicha causa.
-Entonces -repuso Sinuhé-, Ra, el disco, no era otra cosa que uno de esos medianes leales...
Amen asintió con la cabeza.
-Estas criaturas -prosiguió el Kheri Heb, aliviando así otra de las viejas dudas de Sinuhé- nacieron hace ya mucho tiempo y casi accidentalmente. Fueron la prodigiosa consecuencia de un experimento mental, llevado a cabo entre dos altos miembros del Estado Mayor de Caligastía: un varón y una hembra. Esa unión espiritual dio un fruto singular: la aparición sobre IURANCHA (no lo confundas con un nacimiento) de un ser intermedio entre la naturaleza humana, física y densa como la nuestra, y la espiritual. Son invisibles a los ojos de los iuranchianos, pero pueden materializarse en diferentes formas y ocasiones. Hace 500 000 años, cuando Caligastía aún era un príncipe planetario leal a Micael, los cien miembros que formaban su Estado Mayor procrearon así hasta un total de 50 000 medianes que prestaron valiosos servicios al maravilloso plan de elevación física y mental de la Humanidad. Pero, al registrarse la gran revuelta, sólo 9 800 de esos 40 000 permanecieron fieles a Micael. El resto (Vana, por ejemplo) pasaron a engrosar las filas de los rebeldes. Su cuartel general es la Torre de Amón y desde allí se extienden por el planeta, sembrando la confusión y la iniquidad. Durante muchos siglos,

incluso ahora, en tu siglo XX, muchos humanos los han confundido con diablos o demonios. Y quizá tengan razón.
-¿Y Belzebú? -preguntó Sinuhé, fascinado por aquella revelación.
-Ése sigue siendo el jefe de los medianes desleales. En la actualidad es el custodio del Gran Tesoro...
-Hay algo que no veo claro -intervino nuevamente el investigador-. Si esos medianes son de una naturaleza intermedia, ¿significa eso que son inmortales?
-Lo fueron, querido Sinuhé. Lo fueron..
-¿Qué quieres decir?
-Nosotros, a pesar de llevar el título de hombres Pi, no conocemos toda la Verdad sobre el pasado de IURANCHA. Esa Verdad, como otras de incalculable valor, está depositada en el Gran Tesoro. Sólo puedo decirte que la pérdida de la inmortalidad por parte de Belzebú y sus secuaces tuvo mucho que ver con su propia rebelión..., y con el Árbol de la Vida. Pero no atormentes nuestros corazones con nuevas preguntas sobre aquellos sucesos. Si algún día alcanzas los archivos secretos, tus dudas serán satisfechas.
-Pero recuerdo que Vana, el median rebelde -agregó Sinuhé, haciendo caso omiso de la súplica de Amen-, fue devuelto a la vida con la ayuda de los ibos.
El Kheri Heb estimó en su verdadera medida el celo del joven e impetuoso iuranchiano. Pero, en contra de lo que esperaba Sinuhé, zanjó el tema con la siguiente insinuación:
-¿Y por qué crees que los rebeldes capturaron a Nietihw...?
El investigador cayó en la cuenta que, efectivamente, cuando la hija de la raza azul desapareció en el pozo de la cámara dorada, conservaba el pequeño frasco con los mágicos ibos o gránulos de tiempo, con los que había devuelto la vida a Samej, la serpiente, y a Vana.
-Entonces, Nietihw...
-Sí, fue conducida hasta la Torre de Amón. Y su preciosa carga de ibos, requisada por Belzebú. Esa arena del tiempo, que contribuyó decisivamente a vuestro salto a esta otra realidad, puede permitir ahora a los rebeldes una prolongación de su larga aunque mortal existencia...

El Árbol de la Vida, los medianes, Nietihw, la Torre de Amón, el Gran Tesoro... Todo aquello danzaba sobre el torturado ánimo de Sinuhé. Ahora, más que nunca, era preciso consumar con éxito la misión Pero ¿cómo?

Amen-Em-Apt puso su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Sinuhé. Le miró intensamente y, haciéndose eco de sus pensamientos, murmuró:
-Veo que tu corazón, lejos de desfallecer, se ha encendido y deseas, más que nunca, la recuperación del Gran Tesoro...
El investigador asintió, al tiempo que cerraba los puños con rabia.
-Eres un digno reservista, Sinuhé. El verdadero temple se mide siempre ante la adversidad. Todos cuantos aquí estamos, prisioneros de la Mentira, fuimos enviados, en su día, por los correspondientes Cuerpos de la Reserva. Somos, por tanto, reservistas como tú. Permíteme que te los presente, ellos forman parte de la historia de IURANCHA. Cuando conozcas a quienes representan, estoy seguro que amarás un poco más a todos los humanos de la Tierra. Y, contigo, si vuelves a tu mundo, aquellos que, por tu mediación, sepan y hagan suyo el testimonio que van a ofrecerte. Aunque sólo fuera por esto, querido Sinuhé, merece la pena que hayas llegado hasta aquí...
Los miró perplejo. ¿Qué clase de información le tenían reservada? ¿A quiénes representaban?
De nuevo fue Amen, el sacerdote, quien hizo uso de la palabra, iniciando un increíble relato. Una historia que marcaría las ideas del investigador sobre las razas humanas de la Tierra...
-La Humanidad de IURANCHA, tal y como te enseñó la Escuela de la Sabiduría, es vieja. Desde la aparición de aquellos gemelos (Andon y Fonta) han transcurrido casi 10 000 siglos. La primera mitad de su historia corresponde a la época que precedió a la llegada del primer príncipe planetario. La segunda dio comienzo con la toma de posesión de Caligastía, hace ahora, como sabes, 500 000 años terrestres. Los arqueólogos y antropólogos de tu tiempo llaman a los últimos milenios de esta segunda mitad la Edad de la Piedra...
La verdad es que Sinuhé no sabía adónde quería ir a parar el Gran Maestro. Todo aquello, más o menos, era conocido por él.

-Pues bien -prosiguió Amen-, hace un millón de años, aquellos hombres primitivos fueron sometidos a una dura prueba. Por puro instinto trataron de evitar un cruce con las tribus de simios- Pero las tierras altas del Tibet, con sus nueve mil metros, les impedían emigrar hacia el Este. Por otro lado, los andonitas (los descendientes de Andon) tampoco pudieron encaminarse hacia el Sur o hacia el Oeste. Por aquellas fechas, el hoy mar Mediterráneo era mucho más extenso, llegando hasta el océano Índico. Cuando lucharon por abrirse camino hacia el Norte, los hielos les cerraron el paso. Este enclaustramiento fue registrado como una de las emociones religiosas más antiguas del hombre: montañas inaccesibles a su derecha, agua a la izquierda, hielo al norte y, en el sur sus primos, los primates, a quienes repudiaban. Y de ese sentimiento surgió un profundo sentido de impotencia que, con el tiempo, daría lugar a tímidas e incipientes manifestaciones religiosas.
A diferencia de los simios, aquellos andonitas evitaron casi siempre los bosques. Como es fácil constatar, la evolución ha progresado a mayor ritmo en terrenos abiertos y cuando, sobre todo, los humanos han tenido que enfrentarse al frío y al hambre. Y en su peregrinación inicial, hacia el Norte, los andonitas (frenados por la tercera glaciación: la que vuestros geólogos califican como la primera) estimularon grandemente su actividad, fruto de las privaciones y penalidades de climas tan rigurosos.
Aquél, el de la primera glaciación, era un dato interesante -pensó Sinuhé-. De acuerdo con la Geología moderna, dicho período pudo iniciarse hace un millón de años, con una duración aproximada de cien mil años. Las afirmaciones de Amen, por tanto, no estaban -de momento- en desacuerdo con la ciencia del siglo XX...
Y como si el Kheri Heb hubiera leído sus pensamientos, subrayó:
-Las dos glaciaciones precedentes (que vuestros estudiosos no tienen en cuenta) apenas si se extendieron por la Europa septentrional. Durante esa tercera, o primera época de hielo, como prefieras, Inglaterra se comunicaba con Francia. Estaban unidas por tierra, así como África y Europa, por el puente

terrestre de Sicilia. Estos canales, como el que vinculaba a Java por el Este, fueron de gran importancia en las migraciones andónicas. El llamado hombre de Java, considerado por vuestros antropólogos como un pitecántropo, fue uno de aquellos andonitas que alcanzó el Este y que después proseguirían su camino hacia Tasmania.
Al contrario de éstos, los andonitas que emigraron hacia el Oeste se vieron menos contaminados por los cruces con las razas simiescas. Con el tiempo, fuertes contingentes de los andonitas que habían prosperado hacia el Este, degenerándose en sus continuos cruces con los primates, retornaron hacia el Norte, uniéndose así a los hombres más puros y situando a la primitiva raza humana al filo de su extinción como tal especie. Fueron tiempos muy difíciles para los que aún conservaban el culto al Generador del Aliento...
Hacia el 900 000 antes de Micael, la sabiduría que Onagar había sabido infundir en los andonitas llegó a su nivel más bajo. El culto, la incipiente cultura y hasta el trabajo con el sílex estuvieron a punto de desaparecer.
En aquel tiempo, tribus de bastardos procedentes del sur de Francia, peligrosamente entrecruzadas con criaturas simiescas de los bosques, llegaron a Inglaterra. Apenas si eran humanas: carecían del sentimiento religioso y apenas si dominaban el sílex y el fuego. Poco después fueron seguidos por un pueblo prolífico y algo superior (la denominada raza de Heidelberg), cuyos descendientes se extendieron por todo el continente: desde los hielos nórdicos hasta los Alpes y el Mediterráneo.
En todo este período de decadencia, los llamados pueblos de Foxhall en Inglaterra y las tribus de Badonan, al noroeste de la India, supieron conservar algunas de las costumbres de Andon, así como restos de la cultura de Onagar. Aquellos hombres de Foxhall, los más occidentales de entonces, supieron transmitir sus conocimientos sobre el sílex a sus sucesores: los remotos antepasados de los esquimales.
Aquélla, si no recordaba mal, era la primera vez que Sinuhé oía hablar de Badonan. E, intrigado, solicitó mayor información.
-Sí, memoriza bien ese nombre (Badonan, tataranieto de Andon), porque de su estirpe proceden estos hermanos que te contemplan...

-¿Los hombres de color?
-Exacto. Pero, antes -le anunció el Kheri Heb-, permíteme que concluya esta parte de la historia de IURANCHA.
Además de los pueblos de Foxhall, en el Oeste, el grupo de Badonan se convirtió en un foco vital para la evolución del hombre. Ahora verás por qué...
Este núcleo humano vivía en los contrafuertes de las tierras altas del noroeste de la India. Fueron los únicos herederos de los famosos gemelos que jamás practicaron los sacrificios humanos. Los badonitas ocupaban un vasto terreno, rodeado de bosques y cruzado por numerosos ríos. La caza era abundante y supieron prosperar, construyendo toscas casas de piedra o habitando en grutas y galerías subterráneas. Hay una explicación para la elección de estos hábitats altos. Mientras las tribus del Norte temían al hielo, aquellas que vivían cerca de sus países de origen se vieron igualmente aterrorizadas por las continuas inundaciones. Muchas de ellas vieron desaparecer y emerger la península de Mesopotamia, y ese miedo ancestral al mar y a las riadas las empujó finalmente a buscar refugio en las tierras elevadas. Hoy, en los actuales montes de Siwalik, al norte de la India, se encuentra la mayor parte de los restos fósiles de los tipos que cubrieron la transición entre el hombre y los grupos prehumanos.

Pero, hacia el año 850 000 antes de Micael, las tribus de Badonan iniciaron una serie de guerras con sus vecinos, los bastardos cruzados con simios. Y en menos de mil años los redujeron o arrojaron a los bosques del sur, fortaleciendo y mejorando esta rama andónica. Aquellos descendientes de Badonan ocuparían un lugar destacado en la evolución: de ellos nacería la raza de Neanderthal.

-¿Neanderthal? -preguntó incrédulo Sinuhé-. ¿El hombre de Neanderthal?
Amen asintió con una breve y significativa sonrisa.
El investigador sabía que los huesos de este hombre primitivo, hallados originariamente en el valle de Neanderthal, junto a la localidad de Mettmann, no lejos de la ciudad de Düsseldorf, en el año 1856, constituían una fuente de constantes polémicas

entre los arqueólogos. Muy especialmente, a la hora de fijar su verdadero origen. Por ello, las revelaciones del Kheri Heb, concretando la patria de la raza de Neanderthal en las tierras altas del noroeste de la India, le dejó atónito.
-Aquellos pueblos (que después serían bautizados por tu civilización como hombres de Neanderthal) eran excelentes cazadores y mejores viajeros. Desde su enclave inicial, en la India, partieron hacia el Este, penetrando en China y hacia el Oeste y Sur, dominando Europa y África del Norte, respectivamente. Y su influencia fue indiscutible durante casi medio millón de años.
En el 800 000 antes de Micael, la caza era muy abundante. Cérvidos, elefantes e hipopótamos se desplazaban por Europa. El ganado era numeroso, así como los caballos y lobos. Y los hombres de Neanderthal supieron aprovecharse de esta generosa carne. Las tribus asentadas en Francia fueron las primeras en establecer la prioridad de elección de esposa para aquellos miembros del clan que demostrasen una mayor habilidad en la caza.
El reno fue particularmente útil a los hombres de Neanderthal. Los empleaban como fuente alimenticia, para cubrirse con sus pieles y para fabricar herramientas. No eran humanos muy inteligentes, pero aportaron grandes mejoras en los trabajos de sílex, llegando a alcanzar casi el mismo nivel de los tiempos de Andon. Con ellos surgieron las hachas y azadones, a base de sílex atado a mangos de madera.
Y en el 750 000 antes de Micael, a causa de la cuarta glaciación, aquellos pueblos se vieron obligados a desplazarse hacia el sur. Cincuenta mil años más tarde, cuando el peor período de hielo en Europa inició su retroceso, las tribus pudieron al fin retornar a sus lugares de origen. El clima era fresco y húmedo y los bosques volvieron a cubrir aquellas zonas. Gracias al puente terrestre de Sicilia, numerosos animales africanos pasaron a Europa y ésta vio multiplicarse a leones, rinocerontes, hienas y elefantes.
En mitad de este nuevo período interglacial (hacia el 650 000 antes de Micael), el clima se hizo tan cálido que el hielo y la nieve de los Alpes desaparecieron. Pero, hacia el año 550 000 a. de M., los hielos avanzaron nuevamente y los humanos fueron

expulsados hacia el Sur. Esta vez, sin embargo, las tribus disponían de una ancha banda de tierra que penetraba hacia el Noreste, en Asia, extendiéndose entre la capa glaciar y el mar Negro, que formaba un gran anexo del Mediterráneo.
En las siguientes épocas a las invasiones glaciares, la cultura humana apenas si prosperó. Y las jerarquías celestes temieron por la vida inteligente en IURANCHA. En aquel último cuarto de millón de años, los pueblos primitivos se limitaron a pescar y cazar, retrocediendo, incluso, en relación a sus antepasados, los andonitas.
Durante esas tenebrosas edades, la Humanidad llegó al nivel más bajo de su historia. El culto del hombre de Neanderthal no iba más allá de una vergonzosa superstición, con un miedo animalesco a las nubes, a la bruma y a las nieblas. Y, progresivamente, fue desarrollándose una religión, nacida del pánico a las fuerzas de la Naturaleza, que intentaba granjearse la clemencia de las mismas, a base de sacrificios humanos. Una de las características más tristes y degradantes del hombre de Neanderthal nació, precisamente, de su horror a la oscuridad. No podían comprender por qué el Sol les dejaba cada día, para sumirlos en las tinieblas. Y sólo la presencia de la Luna aliviaba esta pavorosa situación. Por ello, cuando la Luna no aparecía en el cielo, aquella, tribus empezaron a ofrecerle sacrificios humanos, rogando así que volviera a iluminar sus noches.
Y llegamos, por fin, al año 500 000 antes de Micael. Una fecha verdaderamente histórica para la Humanidad de IURAUNCHA...

Sinuhé creyó que su informante, al mencionarle aquel momento álgido en la historia de la Tierra, iba a referirse a la toma de posesión de Caligastía y, quizá, a uno de los asuntos que le había llevado hasta allí: las causas de la rebelión de Lucifer. Amen, el Verdadero Silencioso, y los hombres de color parecían conocer toda la verdad sobre IURANCHA. Pero no fue así.
-Hace un momento -reanudó su exposición el blanco- llamaba tu atención un nombre: Badonan. Tu intuición no te engañaba. Ese tataranieto de Andon y Fonta, además de propiciar el nacimiento de la raza de Neanderthal, fue el tronco madre del que brotarían las seis razas de color que tienes ante ti. Escucha

cómo se produjo aquel singular acontecimiento, totalmente ignorado hoy por la ciencia de tu época...
En esas fechas (hace ahora medio, millón de años), las tribus badonitas de las tierras altas del noroeste de la actual India se vieron envueltas en una lucha racial que se prolongó durante más de cien años. Tras aquella sangrienta contienda, los supervivientes (apenas un centenar de familias) se convirtieron en los más inteligentes sucesores de los gemelos. Y sucedió un misterioso acontecimiento, Un suceso que sería el origen de todas, mejor dicho -se corrigió Amen-, de casi todas las razas humanas...
Una pareja que vivía en la zona noreste de estas tierras altas alumbró una prole tan extraña como evolucionada: diecinueve hijos de diferentes colores. Era la familia Sangik. Todo un nombre para la Historia...
Los diecinueve hijos, como te digo, no sólo eran más despiertos que sus contemporáneos sino que, sobre todo, llamaron de inmediato la atención por el color de sus epidermis. Cinco eran rojos; dos, anaranjados; cuatro, azules; dos, verdes; cuatro, amarillos, y el resto (otros dos), índigos. Curiosamente, estos colores se acentuaban cuando recibían la luz solar. Y aquella Peculiar característica de los Sangik se vio confirmada con los años, cuando los diecinueve hijos se mezclaron con otros miembros de su tribu, procreando hijos del mismo color que sus progenitores. La familia Sangik había puesto en IURANCHA la semilla de las razas de color.
Sínuhé examinó a sus silenciosos compañeros de prisión y empezó a intuir hacia dónde apuntaba el relato de Amen-Em-Apt. La Antropología moderna -la de su mundo- llevaba y lleva decenios discutiendo y polemizando sobre el origen del hombre y de las principales razas, habiéndose formado, incluso, dos grandes escuelas: la policentrista y la monocentrista. La primera -recordé, Sinuhé-, fundada por F. Weidenreich, supone que el hombre actual apareció, por evolución, en varios centros o regiones del planeta, relativamente independientes y con ritmos diferentes. Esta teoría -defendida por antropólogos tan preclaros como Debetz, V. Alexeiev, Coon y L. Brace, entre otros- pone de manifiesto que esa diversidad de génesis dio lugar a la formación de las razas básicas de la Tierra: la

europida, negroide, australoide, mongoloide, etc. Basan sus conclusiones en el hecho de que los representantes de las razas de hoy siguen poseyendo algunos rasgos parecidos a los típicos de fósiles hallados en territorios donde dichas razas han vivido en alguna época.
Los seguidores de la escuela monocentrista, por su parte, tales como Vallois, G. Olivier, Howells, K. Oakley, Bunak y Roguinsky, por citar algunos, consideran que el hombre consumó su evolución en un solo centro o región. Roguinsky, por ejemplo, cree que el Homo sapiens surgió en una zona bastante amplia, que abarca el Asia occidental, parte del Asia central y meridional y el noreste de África. En esas zonas -asegura- se cruzaron varios grupos de paleoántropos, enriqueciendo la estructura genética de sus poblaciones y desencadenando así el desarrollo del hombre actual.
Si aquellas manifestaciones del Kheri Heb eran ciertas, la escuela monocentrista estaba en lo cierto: las principales razas humanas habían nacido en un solo punto del planeta -al noroeste de la India-, tal y como asegura Roguinsky, al señalar, acertadamente, al Asia meridional.
-¿Y por qué dices que aquél (el nacimiento de los diecinueve hijos de color) fue un acontecimiento singular?
-En un planeta ordinario -respondió Amen-, las seis razas básicas evolucionarlas de color se presentan una tras otra. Aquí, en cambio, en IURANCHA (un mundo decimal, no lo olvides), ocurrió de una sola vez y en el seno de una familia. En otros planetas, además, la presencia de dichas razas es un hecho que acontece poco después de la aparición de los primeros seres humanos propiamente dichos. En IURANCHA, de no haber sido un mundo experimental, debería de haber sucedido al poco de la expansión de los andonitas. Pero aquí, tal y como revelan los archivos secretos, todo se complicó...
Sinuhé captó la insinuación y, sin poder contenerse, le soltó a quemarropa.
-Tu conoces el contenido de ese Gran Tesoro...
Amen se mantuvo serio. Y, una vez más, vino a arruinar las esperanzas de su hermano de Logia:

-Aunque así fuera, eres tú y, sobre todo, la hija de la raza azul, quienes debéis descubrirlo por vosotros mismos. Ésa es vuestra misión...
Y el sacerdote, esgrimiendo una sonrisa que dejó perplejo al iuranchiano, añadió:
-Además, todo esto, y nosotros mismos, podemos ser una ensoñación más, creada por el Maligno para confundirte..., y perderte.
Aquella afirmación, aunque aparentemente cruel, fue de inestimable valor para el confiado Sinuhé. Pero sigamos el curso de los acontecimientos...
-Si IURANCHA, como te estaba diciendo -continuó el Kheri Heb como si nada hubiese pasado-, hubiera sido un planeta normal, la primera raza de color que habría prosperado y dominado el mundo, mucho antes que las otras, habría sido la roja: la más inteligente, audaz y evolucionada de cuantas se dan en el universo...
-¿La roja? -repuso el investigador con incredulidad-. ¿La que nosotros identificamos con la de los indios pieles rojas?
Amen se dirigió al hombre rojo y, tomándole por el brazo, le condujo frente a Sinuhé.
-Éste es Onamonalonton. Todo un caudillo y jefe espiritual de aquella primitiva raza roja de IURANCHA. Él, mejor que yo, te hablará de su pueblo y así comprenderás el gran error que comete la Humanidad al menospreciar a sus actuales descendientes...

El hombre rojo saludó a Sinuhé con una leve inclinación de cabeza. Y cruzando sus musculosos brazos sobre el pecho -a la manera india-, habló así:
-Mi pueblo (la raza roja) fue un notable ejemplo para la Humanidad. En muchos aspectos fue superior a nuestros comunes antepasados, los gemelos Andon y Fonta. Desde un principio Se destacaron Por su inteligencia y actividad, formando el primer Gobierno conocido del planeta. Eran monógamos y supieron preservarse de los peligrosos cruces con otras tribus inferiores o simiescas. Pero, con el paso del tiempo, tuvieron graves dificultades con sus hermanos, los hombres amarillos de Asia. Inventaron el arco y las flechas, siendo

reconocidos como bravos luchadores. Desgraciadamente, aquellos antepasados míos, consumidos por continuas luchas fratricidas, se debilitaron y fueron expulsados de Asía por las tribus amarillas.
Hace ahora 85 000 años, los supervivientes rojos cruzaron el istmo de Bening, adentrándose en América del Norte. Después, cuando este puente terrestre desapareció, quedaron aislados de los hermanos y descendientes que poblaban otras regiones de Siberia, China, Asia central, India y Europa. Pero estos últimos grupos, a causa de los cruces con otras razas, fueron perdiendo su color y primitiva identidad.
El resto de mi pueblo (aquel que emigró a América) llevó consigo muchas de las enseñanzas y costumbres de su primer origen. Sus inmediatos antepasados habían tenido oportunidad de conocer y aprender las últimas actividades y enseñanzas del Cuartel General Mundial del príncipe planetario (Caligastía), aunque, como al resto de los humanos evolucionarios de entonces, la rebelión les sumió en un profundo caos.
Al oír el nombre de Caligastía, Sinuhé estuvo a punto de interrumpir a Onamonalonton. Él sabía que la llegada a IURANCHA del citado príncipe había coincidido prácticamente con el providencial suceso ocurrido en la familia Sangik. Pero se contuvo.
-Lentamente, aquellos primeros pobladores de América fueron olvidando tales enseñanzas. Y su nivel espiritual y cultural fue a menos. Muy pronto, como había sucedido con los primeros hombres rojos, estos pueblos se enzarzaron en luchas, llegando al borde del exterminio.
Hasta que, hace ahora 65 000 años, la bondad del Padre Celestial me puso en medio de aquel pueblo diezmado y degradado. Y Por espacio de 96 años me esforcé por devolver a mi pueblo el sentido del culto al Gran Espíritu. Durante gran parte de mi vida, el nuevo centro revitalizador de los hombres rojos (mi cuartel general) estuvo entre las grandes secoyas de la actual California.
El investigador intervino, grandemente sorprendido:
-Entonces, los indios Pies Negros...
Onamonalonton sonrió.

-Sí, ese pueblo es hoy una de las ramas directamente vinculada a mi tiempo y enseñanzas.
Sin embargo, la voz del caudillo sufrió un súbito declive.
-Desgraciadamente, con el paso de los siglos, los hombres rojos fueron olvidando y modificando mis instrucciones y orientaciones, y las guerras aniquilaron a los elementos más valiosos. Desde entonces, ningún otro educador ha conseguido devolverles a la luz. De haber seguido mis enseñanzas, la raza roja habría podido extenderse en paz por el continente, dando lugar a una brillante civilización. Esta trágica realidad se vio empeorada por el aislamiento total de los primeros hombres americanos. Sólo con la llegada de los blancos se quebró esta situación. Pero ya era demasiado tarde... El orgullo de mi pueblo y la iniquidad de los segundos terminaría por sumir al hombre rojo en la casi absoluta destrucción y oscuridad.
Amen llevaba razón. A partir de esos momentos -al conocer la que suponía la verdadera historia de las razas humanas de color-, Sinuhé comprendió que el pasado de IURANCHA era mucho más intenso y rico de lo que siempre había imaginado. Un pasado que, de ser desvelado, sólo podría unir a todos los mortales de este confuso mundo, demostrando, por ejemplo, que la pretendida supremacía de algunas de esas razas es sólo una quimera, fruto de la ignorancia.
¡Quién hubiera imaginado que todos los hombres de color, en el fondo, proceden de una misma familia y que, en consecuencia, son hermanos, en el más literal de los sentidos...!
Sinuhé, entusiasmado, se dispuso a escuchar el siguiente relato: el que hacía alusión a los enigmáticos hombres de color naranja...

-¿Los hombres anaranjados en la Tierra?
A Sinuhé le costaba trabajo hacerse a la idea. Pero, por otra parte, ¿por qué rechazarla? ¿Qué sabemos en realidad del pasado remoto de nuestro mundo? La historia de IURANCHA está repleta de hallazgos y afirmaciones que fueron estimados como científicos en las diferentes épocas en que surgieron o se promulgaron y que hoy sólo provocan el sonrojo de esa misma casta científica... ¿Ejemplos? En el siglo XVII, el doctor James Ussher, arzobispo de Armagh (Irlanda), pensador de reconocido

prestigio, llegó a determinar el día exacto de la creación del mundo: el 22 de octubre del año 4 004 antes de Cristo, a las ocho de la tarde... Esta conclusión científica, basada en laboriosos cálculos en torno a la duración de las vidas de los personajes bíblicos, fue aceptada e, incluso, corregida y matizada por otro reconocido científico del mismo siglo: nada menos que el vicecanciller de la Universidad de Cambridge, John Lightfoot, eminente pedagogo. El bueno de Lightfoot, después de sesudos y científicos estudios, precisó el momento exacto de la creación de Adán: el 23 de octubre del mismo año -4 004 a. de C.-, ¡a las nueve de la mañana!, según el meridiano de Greenwich, claro.

¿Más ejemplos? En la primera mitad del siglo pasado, lord Kelvin se atrevió a saltar la barrera del millón de años -antigüedad establecida por la ciencia para el planeta-, anunciando, a pesar de sus principios religiosos, que la Tierra debía tener, al menos, una edad de veinticuatro millones de años. Kelvin fue el primer científico que se atrevía a tanto... Hoy sabemos, mediante el reloj de uranio, que IURANCHA es algo más vieja: sólo 5 000 millones de años más...

Louis S. B. Leakey, director del National Museum Centre for Prehistory and Palaeontology de Nairobi (Kenia), uno de los grandes revolucionarios de la Paleontología, recordaba al mundo en París, en 1969, que hace más de un siglo, Darwin ya se atrevió a predecir que la cuna de la Humanidad se descubriría en África. Pero fueron pocos los que le creyeron...

En tiempos más cercanos que los de Darwin, en 1900, el doctor Deyffarth, teólogo de Leipzig, escribía un libro en el que decía textualmente:

...Ha quedado incontestablemente demostrado que en el día 7 de septiembre del año 3446 antes de Nuestro Señor Jesucristo terminó el diluvio y se inventaron los alfabetos de las razas del mundo.

¿Para qué seguir enumerando ejemplos sobre verdades científicas obviamente superadas?

Amen-Em-Apt presentó entonces al segundo hombre de color: al de piel anaranjada.

-Éste es Porshunta, caudillo también del pueblo naranja...

El hombre de cabellos albinos repitió la corta reverencia y con unas escuetas palabras le expuso la no menos trágica historia de su gente:
-Mi pueblo supo aprender también de las escuelas de Dalamachia, sede del príncipe planetario. Durante mucho tiempo destacó a sus delegaciones a la ciudad modelo, instruyéndose en la cultura y el progreso llegados de Jerusem y Edencia, las capitales del sistema y de la constelación, respectivamente.
Cuando el Mediterráneo se retiró hacia el Oeste, mi raza fue la primera que se aventuró en un peregrinaje hacia el Sur, entrando en África. Allí destacó, sobre todo, en el arte de las construcciones, Y aunque con los milenios (y también a raíz de la rebelión del Maligno) fue hundiéndose en la oscuridad espiritual, la bondad del Padre Celestial me condujo hasta ellos, hace ahora 300 000 años. Mi sede, en Armageddon, fue otra oportunidad y la vida espiritual y cultural renació con fuerza. Pero la llegada de otra raza hermana (la verde) marcaría el principio del fin de mi infortunado pueblo. Las batallas fueron constantes y el último choque, en el valle del Nilo, dio el triunfo final a los hombres verdes. Mi pueblo, diezmado, se dispersó, siendo absorbido por los vencedores y, finalmente, por la raza índiga. Y hace unos 100 000 años, el hombre anaranjado desapareció por completo.
Al guardar silencio, un tercer hombre -el de color verde- tomó entre las suyas las manos de Porshunta, exclamando con melancolía:
-Yo, Fantad, caudillo de la raza que no supo guardar en su corazón el sagrado deber de la hermandad, quiero exponerte ahora cómo mi pueblo (en justicia) recibió el mismo pago que había reclamado de los hombres naranjas...

Y el reservista de ojos negros y profundos como la noche, habló así:
-La historia de IURANCHA sabe que la raza verde fue uno de los grupos humanos menos capacitados, siempre debilitado por sus continuas emigraciones. Cuando mi vida se extinguió (hace ya 350 000 años), la dispersión de mi pueblo fue total y, con ello, su caída moral y cultural. La raza verde se dividió entonces en

tres grupos. Los del Norte, que terminaron como esclavos de los amarillos y azules. Los de Oriente, que se unieron a otras tribus de la India. En la actualidad aún quedan algunos descendientes entre los llamados hindúes. Y los que se dirigieron al Sur, penetrando en Africa. Éstos, como sabes, masacraron a los hombres naranja. Los jefes de estos últimos colonizadores verdes, de la remota orden de los gigantes, llegaron a medir hasta 2,40 y 2,70 metros. Después serían mitificados por muchas leyendas y tradiciones.
Pero estos supervivientes victoriosos serían igualmente sojuzgados por los pueblos índigos, los últimos en emigrar desde el centro primigenio Sangik, en la India, absorbiéndolos.
-Como puedes comprobar, Sinuhé -intervino el hombre amarillo-, la historia de las razas humanas ha sido siempre, desde sus orígenes, un continuo y trágico batallar entre hermanos. La de mi pueblo, aunque su final no haya sido tan desgraciado, está repleta igualmente de sangre, oscuridad y desventura.
El hombre de aspecto mongol guardó silencio, dejando que Amen le presentase.
-Singlanton, caudillo de la raza amarilla -anunció el Kheri Heb-, te hablará de su pueblo, el más pacífico de IURANCHA.
-En efecto -prosiguió Singlanton-, si mi pueblo ha logrado sobrevivir, ha sido, muy especialmente, porque, desde hace 100 000 años (fecha en que la bondad del Padre Celestial me concedió la vida en este mundo evolucionarlo), hasta los actuales tiempos de la China moderna, las tribus amarillas, en general, han sido dóciles y de espíritu pacífico. Nuestros remotos y primitivos antepasados fueron los primeros en abandonar la caza, estableciéndose en comunidades que supieron impulsar la vida familiar y la agricultura. Eran inferiores en inteligencia a nuestros hermanos, los hombres rojos, pero, social y colectivamente, consiguieron superar a todos los pueblos Sangik, siendo los fundadores de lo que podríamos llamar civilización radial. Ese sentido de la fraternidad, que nunca les abandonó, les permitió vivir en comunidad, haciendo realidad su total y definitivo dominio de Asia.

Jamás se alejaron de los centros de influencia espiritual del mundo, aunque la apostasía del príncipe planetario les sumió (quizá más que a ningún otro pueblo) en un aislamiento e impenetrabilidad que ha llegado casi hasta los días de tu siglo XX...
Una y otra vez, conforme los hombres de color iban exponiendo sus relatos, la rebelión de Lucifer aparecía como la gran desgracia de IURANCHA. Y Sinuhé confirmó sus sospechas: aquella remota y casi ignorada revuelta marcó trágica y decisivamente a todas las humanidades del mundo. Pero ¿por qué? ¿Qué ocurrió en realidad para que los pueblos de la Tierra se vieran así condenados a las tinieblas?
La respuesta -él lo sabía- estaba en el Gran Tesoro...

Sinuhé aguardó la siguiente presentación: la de los hombres azules. Aquella raza, de rasgos esquimales, le había causado una especial emoción. Quizá, sin proponérselo, la había asociado con su querida compañera. Ella, después de todo, era la última, o una de las últimas, descendientes de la llamada raza azul. ¿Se trataba de la misma? ¿0, por el contrario, cono ya le habían adelantado, los ancestros de Nietihw no tenían nada que ver con estos azules?
Orlandof, el hombre azul, tras saludar a Sinuhé con otra leve inclinación de cabeza, accedió gustoso al ruego de Amen y expuso la odisea de su pueblo en los siguientes y parcos términos:
-Los azules, mi raza, fueron hombres inquietos. Inventaron el dardo y muchos de los rudimentos de las actuales artes. Tenían la fuerza cerebral de su hermano, el hombre rojo, y los sentimientos del amarillo. Durante miles de años bebieron también en las fuentes de Dalamachia. Quinientos años antes de la caída de Caligastía (hace ahora 200 000 años), la bondad del Padre Universal me situó al frente de mi pueblo, que conoció entonces su máximo resurgimiento espiritual. Pero, tal y como te han anunciado mis hermanos Sarigik, la tempestad que siguió a la rebelión de Lucifer, hundió a los hombres azules en idéntica confusión, retrocediendo en su evolución. Y estallaron mil guerras intestinas.

Los hallazgos arqueológicos efectuados en Europa y que, según vuestra clasificación, corresponden a la Edad de la Piedra, pertenecen en gran medida a osamentas, herramientas y objetos decorativos de aquellos primitivos hombres azules. Y hoy, la que llamáis raza blanca, es la descendiente de mi pueblo.

Sinuhé se hallaba perplejo. Y rogó a Orlandof que repitiera aquello.

-En efecto -accedió el hombre azul-, la raza blanca de IURANCHA es consecuencia directa de los pueblos azules, ligeramente modificados por los cruces con las razas amarilla y roja. El resultado sería definitivamente alterado con la última Y más importante aportación: la de la segunda raza azul o violeta, a la que pertenece Nietihw...

El investigador, incansable, trató de obtener más información sobre dicha segunda raza. ¿Cómo surgió en la Tierra? ¿De dónde procedía? ¿Por qué fue tan importante para lo que hoy es la raza blanca?

Orlandof se negó a ello. Y Amen le recordó de nuevo que esa parte de la Verdad sólo podría encontrarla en los archivos secretos...

E ignorando las súplicas de Sinuhé, tomó por el brazo al gigantesco hombre negro, diciendo:

-Y éste, por último, es el gran caudillo Orvonón, supremo educador de la raza de los hombres índigos. Escúchale.

El enorme negro, al sonreír, dejó al descubierto una blanca y ordenada hilera de dientes. A pesar de su talla, había en él, como en sus compañeros, una dulzura innata.

-Como habrás imaginado -repuso con voz profunda-, mi pueblo, al dejar las tierras altas del noroeste de la India, ocupó el continente africano. Y jamás salió de él, a excepción de aquellos que fueron esclavizados. También debo reconocer que, al contrario de los rojos, mis hermanos fueron siempre los más atrasados, desde el punto de vista cultural. Mi raza, aislada como la roja, no pudo beneficiarse de la elevación a todos los niveles que representó el aporte de la segunda azul...

De nuevo salía a relucir aquel misterioso aporte. Y Sinuhé percibió cómo la curiosidad le consumía...

-Después de mis días en IURANCHA -prosiguió Orvonón-, la fe de los hombres negros en el Dios de los Dioses, que yo me esforcé por restaurar, se fue apagando, aunque no perdieron del todo su íntimo sentido de adoración a lo oculto y desconocido.
-Éstos que tienes ante ti -resumió Amen-Em-Apt, descendiente de los hombres azules-, fueron los seis grandes conductores (quizá hoy, en tu tiempo, podríais llamarles profetas) de las razas de color originarias del planeta. Pero, a lo largo de la historia de IURANCHA, otros muchos educadores fueron puestos entre los hombres para iluminar su camino; en especial, en ese período de oscurantismo que medió entre la rebelión de Caligastía y la llegada de los segundos azules o violetas...
-¿Por qué habláis de azules o violetas?
-Si la Suprema Inteligencia te ilumina y logras llegar a los archivos secretos te darás cuenta de que la diferenciación no reviste mayor importancia.
Amen, una vez más, respondía con evasivas.
-Lo cierto es -argumentó Sinuhé, cambiando de táctica- que el plan celeste, al menos con nuestro planeta, no parece haber dado buenos resultados. La presencia de las razas de color sólo ha servido para multiplicar la violencia y el odio.
-Tienes razón..., hasta cierto punto. El plan de la Divinidad es bueno. Los errores posteriores son siempre consecuencia de la ignorancia de los mortales o, como en el caso de IURANCHA, de la terrible involución provocada por la rebelión... Pero las razas, en sí mismas, no son negativas. Al contrario. Y te daré algunas razones: la variedad, por ejemplo, es indispensable para permitir un largo funcionamiento de la selección natural. Con el cruce de vanos pueblos, cuando son portadores de factores hereditarios superiores, se consiguen mejores y más fuertes razas. Pero aquí, en la Tierra, como te hemos insinuado, falló el último paso: la revitalización de esas razas por el aporte de los segundos azules, también llamados elevadores biológicos.
-¿Elevadores biológicos? -presionó Sinuhé.
El Kheri Heb, con una sonrisa de complicidad, siguió enumerando razones que, en su opinión, justifican la existencia de las razas de color:

-La diversificación de las razas, además, favorece una sana competitividad. Y no olvides que los diferentes estatutos de las mismas y de los grupos que las integran son esenciales para el desarrollo de la tolerancia y del altruismo humanos. Por último, la homogeneidad de las razas de un mundo en evolución no es deseable hasta que ese planeta no haya alcanzado niveles relativamente altos de desarrollo espiritual.
-¿Quieres decir que, algún día, en IURANCHA, habrá una sola raza humana?
-Es posible, querido Sinuhé, siempre y cuando el planeta sepa descubrir cuál fue su origen y cuál su maravilloso destino. Y tanto tú, como nosotros y todos los que nos sucedan en la búsqueda de la Verdad, jugamos un modesto pero, al mismo tiempo, insustituible papel. Y el vuestro, aquí y ahora, no es otro que llegar al Gran Tesoro... y difundir cuanto contiene.
-Sí -se lamentó el investigador-, pero ¿cómo?
Amen, situando de nuevo sus manos sobre la plancha rojiza de la columna de mármol blanco, puso en marcha su viejo y calculado plan de fuga...

-Cuando la fuerza del Maligno te arrastró hasta nosotros -le explicó el sacerdote-, una de tus primeras preguntas (¿recuerdas?) fue sobre esta columna.
Sinuhé lo recordaba, naturalmente.
-Pues bien, desde que los atlantes construyeron esta gran pirámide subterránea, cuyo nombre, como sabes (Dalamachia), recuerda la ciudad modelo de la que se vieron obligados a huir tras la rebelión de Lucifer, la que llamamos cámara acorazada de IURANCHA -y Amen hizo un gesto con sus manos, refiriéndose al hexágono donde se hallaban- fue siempre el depósito de los archivos secretos del planeta. ¡El Gran Tesoro, si lo prefieres!
-¿Aquí?, ¿cómo...?
-Es lógico que Nietihw y tú hayáis imaginado esos archivos a la manera de los que habitualmente se utilizan en tu mundo. De haber sido así, como comprenderás, no hubiera sido suficiente con esta pirámide, ni con otras cien como Dalamachia... La historia de la Tierra, querido amigo, es más antigua y compleja de lo que creen y pretenden los sabios de vuestra Era. Los

archivos de la misma, en consecuencia, tenían que ser... distintos.
El investigador comprendió que estaba a punto de conocer una nueva maravilla.
-Cuando Caligastía y su Estado Mayor tomaron posesión de IURANCHA, hace 500 000 años, un cuerpo especial de serafines transportó desde Edencia, la capital de nuestra constelación, el Árbol de la Vida y la pluma de Thot. Del primero no me está permitido hablarte. Pero sí de la segunda, ya que es la clave de tu misión.
La pluma de Thot es en realidad el Gran Tesoro. Entre otros sistemas, la administración de los universos utiliza estas plumas como archivos secretos de cada mundo evolucionario.
-¿Una pluma? -preguntó impaciente-. No te comprendo.
-Lo importante no es que lo entiendas, sino que lo creas y sepas como manejarla, si es que la fuerza y la luz de la Sabiduría te permiten llegar hasta ella...
-Tú dirás -repuso, dispuesto a aceptar lo que fuera.
Desde el instante que los Muy Altos Padres de la constelación deciden consagrar una de estas plumas al servicio de un planeta en evolución, esos mismos seres celestes responsables de su traslado permanecen ya en íntimo y continuo contacto con el Gran Tesoro, suministrando a la pluma toda la información concerniente al mundo en cuestión. Estos serafines, conocidos como los archivistas celestes, dependientes de la Orden de los conservadores del archivo del Paraíso, aunque lo pretendan, no pueden influir ni controlar el destino de la pluma que tienen encomendada. Sólo al final de los tiempos de cada mundo deben restituirla a la capital de la constelación. Y durante el período de vida concedido a cada esfera evolucionaria, el trabajo de los archivistas se circunscribe al suministro informativo: el más veraz, objetivo y pormenorizado que ser humano alguno pueda suponer y que abarca todos los sucesos protagonizados por las criaturas vivientes de dicho astro. Pero esa pluma (indestructible y de cuya belleza no voy a hablarte) goza de una singular particularidad. Al mismo tiempo que recibe y clasifica cronológicamente toda la información aportada por los archivistas celestes, está preparada (programada, dirían en tu

mundo) para responder a cuantas preguntas le sean formuladas por quienes ostentan la señal de Micael.
Amen hizo una pausa y esperó la lógica e inmediata pregunta del soror.
-Y yo, suponiendo que pueda llegar hasta la pluma de Thot, ¿qué debo hacer?
-No es nuestra intención ocultarte la verdad. La pluma de IURANCHA, el Gran Tesoro, como ya se te dijo, cayó en poder de los rebeldes. Horemheb, el traidor, logró hacerse con ella, sacándola de esta cámara.
El Kheri Heb le señaló la plancha rojiza situada sobre la columna, añadiendo:
-Durante Milenios, éste fue su sagrado altar... Ahora está fuertemente custodiada en la Torre de Amón, cuartel general de Belzebú y sus 40 000 medianes. El ingreso en dicha torre es poco menos que imposible para los humanos. Además, aunque el éxito te acompañase, los servidores de Lucifer la han situado en otra cámara acorazada, gemela de ésta, en la que es materialmente inviable entrar o salir, sin la ayuda de los propios rebeldes. Como también sabes, la fuerza del mal es la primera interesada en que la sabiduría de la pluma no trascienda a los mortales de IURANCHA. Eso representaría conocer parte de la Verdad de lo que sucedió en nuestro mundo, y su innegable influencia sobre la Humanidad podría verse afectada.
-Un momento -terció Sinuhé-. Vayamos por partes. Si he comprendido bien, sólo los que ostentan la señal de Micael pueden interrogar a la pluma...
Amen asintió.
-En ese caso, ni Belzebú ni sus secuaces han podido...
-No lo necesitan -intervino Amen, aclarando las dudas del investigador-. Ellos forman parte de esa Verdad. En buena medida, la protagonizaron, aunque imagino que sentirán curiosidad por saber qué ha sido de su gran caudillo: Lucifer...
-¿Es que no lo saben?
-Suponemos que no. Cuando estalló la rebelión, IURANCHA y el resto de los planetas leales al Maligno fueron puestos en cuarentena y, en consecuencia, aislados del exterior.

-Muy interesante... -murmuró Sinuhé, acariciando en su mente lo que parecía una remota posibilidad.
-No te hagas falsas ilusiones -argumentó el sacerdote-. Si llegases a penetrar en la torre, ¿cómo escaparías? Y lo que aún es más difícil: ¿cómo rescatarías la pluma?
Nuestro hombre no supo responder. Las dificultades siempre le habían estimulado aunque, en esta ocasión, reconocía que eran casi insalvables...
-Algo se me ocurrirá -repuso, sin meditar el problema.
-Está bien. Eso, precisamente, era lo que deseábamos oír. Y ahora, por favor, escucha atentamente...

Cinco de los siete hombres -como si hubieran estado esperando aquel momento durante milenios- caminaron despacio hacia el muro frente al que Amen-Em-Apt había pronunciado aquellas enigmáticas palabras: Solonia te aguarda... Danos tiempo para abrir el año.
Los cinco caudillos, a excepción del negro, tomaron posiciones, situándose de cara -y a cosa de medio metro- de la refulgente pared. Y así permanecieron, hieráticos y en silencio.
Algo planeaban y Sinuhé se dispuso para lo que suponía su salida de la cámara acorazada. Pero antes, tomándole por el brazo, Amen le situó entre la columna y el muro frente al que montaban guardia los hombres de color. Orvonón, el negro, con sus inmensas manos sobre la plancha rojiza de la columna, parecía esperar órdenes.
-Escucha con atención -le expuso el sacerdote, en cuyos ojos había vuelto a chispear la esperanza-. A partir de ahora, todo dependerá de tu capacidad de comprensión y de tus reflejos... ¿Recuerdas que te hablé de un fallo cometido por los rebeldes?
Asintió en silencio.
-Bien. ¿Y recuerdas que Dalamachia, la pirámide subterránea donde nos encontramos, está bajo el control de los rebeldes?
El investigador repitió su afirmativo movimiento de cabeza.
-Pues no olvides que, por esa razón, lo que vas a oír de mis labios no podrá ser repetido. A pesar de haber formado parte del Primer Gran Consejo de la Escuela de la Sabiduría (y a causa de su precipitación por abordar Dalamachia y robar el Gran Tesoro), Horemheb no llegó a conocer la única salida secreta de

esta cámara... Ése, y mantenernos con vida, han sido sus errores.
-Un instante -intervino Sinuhé receloso-. Si vosotros conocíais ese secreto, ¿por qué no lo habéis aprovechado?
-Sería muy largo de explicar... Sólo te diré que los atlantes, al concluir la construcción de Dalamachia, en previsión de lo que, desafortunadamente, ha ocurrido, dispusieron un mecanismo de apertura de la Sala de Thot, o del Gran Tesoro, sumamente complejo...
El Kheri Heb dio un especial énfasis a aquella última palabra.
-Complejo -aclaró- porque, para activarlo, requiere de la presencia en la cámara acorazada de un descendiente de cada una de las razas Sangik, únicas y verdaderas herederas del gran patrimonio que significan los archivos secretos de IURANCHA, Y esos representantes, además, como tú mismo has tenido ocasión de experimentar en tu búsqueda a través de la pirámide, sólo podían ser auténticos y sinceros hombres Pi o leales buscadores de la Verdad...
-Sigo sin entender por qué no habéis escapado ya de esta cámara.
-Querido Sinuhé, la sutileza de los constructores de Dalamachia era admirable. Una vez reunidos (después de milenios) esos seis hombres de color, los Sangik han tenido que vencer la difícil prueba de la desesperanza. Y una vez alcanzada esa dura meta, al desvelar, mediante un paciente estudio, el mecanismo propiamente dicho de apertura, han descubierto igualmente que esa ventana al exterior sólo puede ser abierta con el concurso simultáneo de todos ellos. Eso requiere, por tanto, la presencia de un séptimo hombre: el único que puede intentar la huida...
-¿Y tú, Amen?... Durante mucho tiempo, has sido ese séptimo afortunado. ¿Por qué no lo has intentado?
El sacerdote sonrió con amargura.
-Olvidas algo esencial. Este sofisticado sistema de seguridad de los atlantes fue pensado para, en último extremo, poner a salvo el Gran Tesoro. Si la entrada en esta pirámide subterránea (10 sabes) resulta ardua, el escape de la misma aún lo es más. El valor del Gran Tesoro así lo exigía. Pero la traición de Horemheb y la fulminante sustracción de la pluma de Thot han hecho inútil mi presencia en la cámara acorazada. De haber seguido

aquí la pluma, en efecto, yo habría sido ese séptimo hombre, responsable de su traslado a otro lugar...
Sinuhé insistió.
-A pesar de ello, ¿por qué no ocupas mi puesto? Tú eres, sin duda, un hombre sabio y sabrás llegar mejor que yo hasta la Torre de Amón.
-No, Sinuhé. Yo no puedo...
-¿Por qué?
Amen, clavando su dedo índice en el costado izquierdo del investigador, repuso:
-Porque, ahora, las cosas son diferentes. El Juicio de Lucifer (lo sabes) está próximo. Ya no importa tanto rescatar el Gran Tesoro como conocer la Verdad. Pero esa misión (también se os ha dicho) es sólo el primer paso para asistir al gran juicio. Y a ese juicio sólo puede tener acceso la hija de la raza azul. Yo, o cualquiera de estos caudillos, podríamos contarte sencillamente esa Verdad, pero no es lo establecido por Ra... Sois vosotros, mediante vuestro esfuerzo, quienes debéis haceros dignos representantes de ese honor. Recuerda que, en este caso, quizá más que en ningún otro, el camino hacia la Verdad forma parte de la propia Verdad. Huelga decir que mis palabras se ven confirmadas, además, por esta señal...
El Kheri Heb presionó sobre las costillas de Sinuhé.
-¡La señal de Micael!
El investigador recordó la marca -los tres círculos concéntricos- que tan misteriosamente habían sido grabados en su costado durante la segunda exploración del ático del Ayuntamiento de Sotillo.
-Exacto. Como ves, todo ha sido meticulosamente dispuesto por aquellos que sirven a Micael...
Sinuhé no podía creerlo.
-Entonces, ellos sabían y saben...
El sacerdote retiró su dedo índice del costado del atónito iuranchiano.
-¡Dios santo! -llamó el investigador-. Según esto, tú también sabías...
Amen sonrió maliciosamente.
-Ya te he dicho que te esperábamos; mejor dicho -rectificó-, os esperábamos... Ahora debes aprovechar nuestra larga y

paciente espera. Escucha y que la Suprema Fuerza te guíe, Sinuhé.

-Permíteme que insista. Puesto que los rebeldes, en cuanto conozcan nuestro secreto, no tardarán en caer sobre esta cámara acorazada, presta suma atención a cuanto voy a comunicarte. Sólo podré anunciarlo una vez...
Sinuhé apretó sus mandíbulas.
-¡Adelante! -le animó a su vez.
En la mente del investigador habían quedado pendientes otras dudas. Por ejemplo: ¿cómo y por dónde podrían entrar los rebeldes en aquel recinto? ¿Quizá por el mismo cuadrado de yeso blanco existente al otro lado de la cámara? Además, si tenían el control de la pirámide, ¿por qué no actuaban de inmediato, frustrando así lo que podía convertirse en una circunstancia adversa para ellos? Quizá tuviera razón el sacerdote y optaran primero por conocer ese último secreto, tan celosamente guardado. ¿0 es que había otras razones?
Pero, después de todo, aquellos atropellados pensamientos sólo eran minucias; cuestiones secundarias, si las comparaba con la máxima cuestión en juego en tales momentos: la huida de la cámara acorazada y -¿quién sabe?-, si de la pirámide subterránea de nombre Dalamachia...
Amen-Em-Apt situó entonces a Sinuhé de cara al muro, entre la columna y las espaldas de los cinco caudillos. Por último, antes de retirarse, abrazó al joven, susurrándole al oído:
-Si no comprendes lo que vas a oír..., ¡por Dios!, ¡salta de todas formas!
No hubo tiempo para nada más. Sinuhé apenas si pudo corresponder al abrazo. Su hermano de Logia, tras pedirle que no se moviera hasta que no recibiera la orden, desapareció de su vista, yendo a situarse a la derecha del hombre negro. Intercambió una mirada con éste y Orvonón, pendiente del Kheri Heb, asintió con la cabeza, dándole a entender que todo estaba dispuesto.
Y Amen, lentamente, procurando así que el iuranchiano dispusiera de tiempo para interpretar sus solemnes palabras, rompió el silencio del recinto:

-¡Orocalcum!..., sagrada protección de las murallas del antiguo Reino en Medio del Mar y hoy de la cámara acorazada de IURANCHA...
Con los nervios en tensión, Sinuhé reconoció aquella palabra -orocalcum- como la mágica y soberbia aleación de oro y otros metales misteriosos, empleados por los atlantes en el revestimiento de la tercera muralla -la más externa- que guardaba la ciudadela de Poseidón, el primer rey de Atlantis. Dicha muralla, como los muros del hexágono, relucía, según la leyenda, con una espléndida luz roja.
-¡Abrenos tu secreto! -prosiguió Amen-Em-Apt-. Bajo tu luz, una sola hilada es igual a 5 e igual a un año...
El investigador sintió cómo la angustia se materializaba en un golpe de sangre que ascendió desde sus entrañas. ¿Qué había querido decir el Kheri Heb? ¿Una hilada igual a 5?... Sinuhé forzó su cerebro. Él sabía que Dalamachia y la Gran Pirámide de Keops, su réplica, estaban construidas a base de grandes hiladas de piedras. Pero, ¿cuál de ellas era igual a 5 e igual a un año?
En fracciones de segundo, su mente desempolvó los viejos conocimientos de Egiptología. Pero, dominado por los nervios, no llegó a conclusión alguna. Y la voz del sacerdote resonó de nuevo en el hexágono:
-E igual a libertad...
¿Libertad? Aquello sólo podía interpretarse de una manera: como la salida de Dalamachia... Y, súbitamente, se hizo la luz en su atormentado cerebro.
¡Dios mío!..., ¡claro!, ahora lo comprendo.
Durante su instrucción como soror de la Gran Logia había tenido la oportunidad de conocer esta singular circunstancia: el eje horizontal de una de las hiladas de la Gran Pirámide de Keops -y de Dalamachía, naturalmente- coincide con la cota del vértice del triángulo isósceles del tímpano de la entrada a dicha pirámide, en la cara norte.
Esta hilada -la número 23-, es igual, en efecto, a 5, Basta sumar ambos números. Además, también es igual a un año. De las 226 hiladas de bloques que constituían inicialmente la supuesta tumba del rey Keops, sólo una -¡la 23!-, equivale, por su longitud, al llamado año anomalístico de 365,2 días.

(Entendiendo por año anomalístico el tiempo que transcurre entre dos pasos consecutivos de la Tierra por el afelio o el perihelio de su órbita.)
Sinuhé repasó sus vertiginosos cálculos, intuyendo las intenciones del sacerdote.
Bajo la luz del orocalcum, una sola hilada -la 23- es igual a 5..., e igual a un año (dicha hilera de piedra suma 365,2 pasos egipcios, siendo esta longitud igual a un año)... e igual a libertad: la hilada en cuestión coincide con la parte superior de la secreta puerta de entrada a la Gran Pirámide, por su cara norte. Sí esto era así -dedujo Sinuhé-, en alguna parte de aquella cámara acorazada tenía que esconderse la providencial hilada 23 y, probablemente, un oculto dispositivo que permitiera franquearla y alcanzar la salida...
En esos críticos instantes cayó en la cuenta de otro serio problema. Si la memoria no le traicionaba, la roca triangular que clausuraba la pirámide pesaba cuarenta toneladas.
¿Cómo iba a desplazarla?

-...¡Abramos el año con el arco iris de los Sangik!
Aquella parte del cabalístico conjuro de Amen-Em-Apt resultó incomprensible para Sinuhé. Pero, suponiendo que algo decisivo estaba a punto de ocurrir, apretó sus puños, presto a saltar -esa había sido la recomendación de su amigo- por el primer hueco o conducto que pudiera abrirse bajo la refulgente lámina de orocalcum.
Sin embargo, de momento, nada de esto sucedió. Al finalizar aquella última y enigmática frase, el Kheri Heb hizo una señal a Orvonón. Y éste, cerrando sus ojos, situó sus inmensas Manos sobre la plancha circular que coronaba la columna. Y, lenta y majestuosamente, como poseídas de una fuerza sobrenatural, comenzaron a elevarse, arrastrando tras de sí al blanco pedestal de mármol.
Aunque ajeno a lo que ocurría a su espalda, Sinuhé pudo asistir a otro prodigioso suceso, protagonizado por los cinco hombres Sangik y prácticamente simultáneo a la ascensión de la columna. Nada más guardar silencio, los caudillos obedecieron a Amen. Y de sus frentes brotaron sendos haces luminosos, de idéntica coloración a la de la piel de cada uno de ellos. Así, de

esta forma, de izquierda a derecha, se formó un bellísimo abanico, con los colores del arco iris: rojo, naranja, amarillo, verde y azul.
Maravillado por aquella nueva demostración de poder mental, Sinuhé recordó los haces de catorce colores de su querida compañera. Y aquel pensamiento -el recuerdo de Nietihw, prisionera de los rebeldes- le fortaleció.
Durante algunos segundos, los cinco focos se pasearon sobre el muro, entrecruzándose y como buscando algo…
Entretanto, la columna, al alcanzar los dos metros de altura, detuvo su ascenso. Orvonón abrió los ojos y, depositando sus manos sobre la lámina circular, fijó su atención en el arco iris que seguían proyectando sus hermanos.
De pronto, uno de los conos luminosos quedó inmóvil a poco más de metro y medio del suelo. Era el azul. Y del pequeño círculo celeste proyectado sobre el rojizo orocalcum emergió un tímido, casi imperceptible, destello de luz negra. Como movidos por un resorte, los restantes haces se desplazaron hacia aquel punto, fundiéndose y concentrándose sobre el ansiado lugar. Y la luz negra -la misma que el investigador había contemplado en el cuarto de la maquinaria del vicio reloj y por encima de la cambiante campana de luz de la playa-, fue tomando cuerpo, propagándose por la superficie del muro.
Ante los atónitos ojos de Sinuhé, aquella luz fue derramándose sobre el orocalcum, adoptando la forma de una estrella de cinco puntas. Cuando hubo alcanzado una longitud aproximada de un metro, la luz cesó en su avance. Y los brazos horizontales comenzaron a prolongarse como un reguero de pólvora, dividiendo en dos la pared del hexágono.
A su espalda sonó entonces la voz grave de Amen:
-¡La hilada, Sinuhé!… ¡Dispónte a saltar…!
El investigador, confuso, no supo qué hacer. ¿Dónde estaba el pasadizo? ¿Hacia dónde debía saltar?
Su incertidumbre no duraría mucho.
Cuando los negros brazos horizontales de la estrella se detuvieron en las respectivas confluencias de las otras paredes del hexágono, los cinco hombres Sangik hicieron desaparecer sus haces luminosos, retrocediendo hasta situarse por detrás de

Amen y Orvonón. Y en el muro comenzó a palpitar aquella enorme estrella negra...
Si el iuranchiano hubiera vuelto el rostro habría comprobado cómo, al producirse la ruptura de la lámina de orocalcum -señalando así la hilada 23 de Dalamachia-, instantáneamente, el pedestal de la pluma de Thot desaparecía, dejando abierto en el suelo de la cámara un oscuro y estrecho túnel. Sólo la chapa circular que remataba la columna había quedado pegada a las palmas del caudillo negro. Y éste, a una nueva señal del Kheri Heb, sin perder un segundo, se abalanzó sobre la estrella, aplastando la lámina de orocalcum sobre el centro geométrico de la misma. Al contacto con el mágico metal, la punta superior de la estrella, así como las dos inferiores, se doblaron, imprimiendo al conjunto una enloquecida rotación, en el sentido de las agujas del reloj. Inmediatamente, la estrella desapareció, transformándose en un tenebroso torbellino.
-¡Ahora!... ¡Sinuhé!, ¡salta!...

El investigador, a pesar de sus firmes propósitos, dudó. ¿Saltar al interior de aquel negro remolino que había empezado a estremecer el muro y la totalidad de la cámara acorazada de Dalamachia? Un sudor frío fue la única reacción. Sinuhé sintió miedo. Un terror incontenible, que parecía fundir sus pies al suelo del hexágono.
-¡Sinuhé, por Nietihw!... ¡Salta!
El segundo grito de Amen -desgarrador- le hizo volverse. Con espanto descubrió a unas viejas y olvidadas criaturas. Por el orificio que presentaba ahora el suelo de la cámara emergían inconfundibles las golem... Y las negras manos amputadas hicieron presa en las túnicas de los Sangik y en la del Kheri Heb. Pero, en lugar de luchar o resistirse, los siete hombres Pi, ignorando la presencia de las diabólicas enviadas de los rebeldes, tenían sus ojos clavados en los de Sinuhé. El investigador jamás hubiera podido describir aquellas miradas: suplicantes, esperanzadas e imperativas a un mismo tiempo...
Nuevas oleadas de golem, empujándose unas a otras, fueron vomitadas desde la siniestra oquedad. Y trotando sobre sus dedos, se dirigieron hacia Sinuhé. Pero el iuranchiano, catapultado por las miradas de los hombres que no dudaban en

sacrificarse por él, había saltado ya hacia la redonda turbulencia que giraba sin cesar en la pared.
Al penetrar, lo que, a primera vista, parecía un tobogán ascendente, oscuro como boca de lobo, un fuerte calor le envolvió, siendo azotado por una fortísima corriente en espiral que le succionó, proyectándole como un dardo en dirección opuesta a la cámara acorazada de Dalamachia.
Fueron segundos. ¿0 quizá no? En realidad, poco importaba. ¿Qué sentido tenía hablar de tiempo en aquel mundo?
El caso es que, atropelladamente y procurando proteger su cabeza de los constantes topetazos contra los pétreos límites del cilíndrico pasadizo, prosiguió aquel enloquecido ascenso... hacia Dios sabe dónde.
De pronto, las tinieblas terminaron. Fue un cambio brusco. Aquella especie de granítica cañería concluyó y Sinuhé se vio impulsado, con idéntica fuerza, pero ¡en mitad de una atmósfera roja¡
La turbulencia había cesado. Y descubrió que un sin fin manos negras habían hecho presa en sus hombros, brazos y tórax... ¡Las golem!
El hallazgo le estremeció. Pero pronto comprendió que no podía tratarse de las macabras extremidades que h4abían estado a punto de capturarle en la pirámide. Aquellas manos... no estaban amputadas. A la altura de los carpos aparecían fundidas o fusionadas a otros tantos rayos igualmente negros y brillantes como la obsidiana. Y aquellos rayos..., sí -observó el investigador al dirigir la mirada hacia lo alto-, se perdían en el espacio. Estaba siendo transportado por los aires..., ¡por unos rayos terminados en manos humanas!
¿Por los aires?
Aquel pensamiento, unido a lo que divisaba en tierra -el viejo buque varado, la costa y las aguas del océano, todo ello teñido en rojo-, le hicieron comprender que los hombres Pi habían logrado su propósito: Dalamachia, la milenaria pirámide subterránea, era sólo un recuerdo... Algo o alguien había tirado de él, burlando así a los rebeldes.
Su vuelo, ahora, era suave. Casi armonioso. Con los brazos extendidos hacia adelante, sujeto y arrastrado por las manos-

rayos negros, experimentó una inolvidable sensación de paz. Una paz que fue aumentando conforme ascendía...
A su paso, aquella atmósfera escarlata rozaba dulcemente su piel, enredando los cabellos. Poco a poco, sin pri1sas, como si el tiempo no contara, la línea de la playa fue desapareciendo. Fue entonces, al seguir la dirección de los rayos que parecían replegarse sobre sí mismos, cuando divisó en lo alto una oscura silueta.
-¡Oh, Dios!... ¡El sol negro!
Ya no había duda. Aquellos rayos habían brotado del misterioso disco y a él volvían.
Aquel incipiente miedo se tomó en confusión cuando, de improviso, abandonó el aire escarlata, entrando en, una oscuridad sideral, apenas rota por el lejano tiritar de millones de estrellas. ¿Era aquel el firmamento que había visto desde tierra, en compañía de Nietihw?
Sus temores le invadieron nuevamente. Al dejar atrás el cielo color sangre, la velocidad de aquellas manos aumentó, proyectándole como un meteoro hacia la cada vez más crecida figura del sol. Su respiración casi desapareció y su rostro, sometido a aquella formidable aceleración, se distorsionó. Sus oídos, todo su cráneo, empezaron a zumbar y, espantado, vio cómo la silueta del sol negro se presentaba ante él inmensa, kilométrica. Gigantescas lenguas de fuego y luz negros eran proyectados al espacio...
Y al momento, su visión se tomó roja, pasando, inmediatamente a negra. Después, a punto de estrellarse contra aquella masa, la consciencia le abandonó...

-¡Soy Solonia, el que fue guardián de Edén!... ¡Levántate, hijo de IURANCHA!
¿Qué había sucedido? La sensación de Sinuhé al despertar fue remota y brumosa. Como si las manos le hubieran depositado suave y firmemente a los pies de aquella increíble criatura...
Pero, ¿y el fuego negro? ¿Por qué no había muerto abrasado? ¿Dónde se encontraba? ¿Qué había sido de los rayos y manos que le habían transportado?
Cuando el miembro de la Escuela de la Sabiduría escuchó la voz y acertó a levantar el rostro, descubrió que se hallaba -de

rodillas- ante un ser de una estatura y belleza desconcertantes. Su cuerpo, en pie, aparecía enfundado en una cota de mallas de un color negro reluciente. Pero aquella prodigiosa vestimenta defensiva, en lugar de haber sido tejida con acero, se hallaba trabajada a base de diminutas letras. Y éstas, a su vez, formaban otros tantos miles de nombres. Un nombre que le sobresaltó: Micael. Y de aquel maravilloso entramado protector manaba un permanente resplandor negro...

Unos largos cabellos oscuros, igualmente rodeados por un halo de luz negra, caían sobre sus musculosos hombros.

Su rostro, corno labrado a cincel, era duro y sereno, como el del más bravo guerrero que jamás se haya visto. Sólo sus ojos rasgados le resultaron familiares...

Sinuhé obedeció y, al ponerse en pie, comprobó atónito cómo sus ojos quedaban a la altura de la cintura de Solonia. Aquel gigante -un serafín, sin duda- sostenía entre sus manos la empuñadura de una espada... ¡sin hoja!

Tímidamente, movido de su insaciable curiosidad, miró a su alrededor. ¿Dónde estaba?

Fue estéril. Al apartar la mirada del guardián de Edén, su vista se nubló, no distinguiendo otra cosa que oscuridad. Bajó los ojos hacia el lugar sobre el que indudablemente se sostenía, pero sucedió lo mismo: sólo vio tinieblas...

Perplejo, dirigió de nuevo su rostro hacia lo único visible en el interior de aquel sol negro. ¿0 tampoco se hallaba en el misterioso astro?

Y Solonia, señalando su pecho con la mano izquierda, repuso:

-¡No temas, Sinuhé, hijo de IURANCHA!

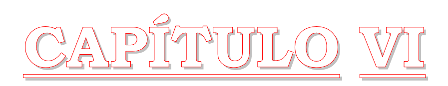
Al momento, sobre la coraza, se iluminaron tres círculos celestes y concéntricos.

-¿Reconoces esta bandera? -le preguntó.

Sinuhé no se atrevió a hablar. Ni siquiera sabía si podía. Y se limitó a mover la cabeza en una breve, casi imperceptible, señal de afirmación.

-Es el emblema del Soberano de Nebadon, nuestro Señor -retumbó como el trueno la voz de Solonia-. Tal y como os anunció Agurno, el Mensajero Solitario, para dar cumplida cuenta de vuestra misión deberás utilizar mi espada. Recíbela por tanto...

El serafín extendió su mano derecha hacia nuestro hombre, invitándole a tomar la solitaria empuñadura.
Sinuhé, a pesar de las dudas que le acosaban, recibió la espada del guardián. Se trataba de una enorme guarnición de casi medio metro de longitud, con un mango de unos diez centímetros de diámetro que a él, al menos, le obligaba a empuñarlo con ambas manos. A pesar de sus dimensiones, resultaba extremadamente ligero. Quizá se deba -pensó- a esos increíbles anillos...
Efectivamente, tanto la empuñadura propiamente dicha, como el brazo horizontal, habían sido forjados a base de aros paralelos. Cada círculo contenía en su interior otros dos, concéntricos, imitando así el triple circuito de Micael. Y todos ellos, como ocurriera con las letras del nombre cósmico de Nietihw y con la cadena del número pi, mágicamente cohesionados por una fuerza invisible.
Mientras permanecieron entre la negra cota de mallas que cubría las manos de Solonia, aquellos anillos de la empuñadura conservaron un color igualmente negro y reluciente. Pero ahora, al pasar a manos de Sinuhé, se volvieron transparentes.
El investigador, sin saber qué hacer con semejante arma, levantó su rostro hacia el serafín, interrogándole con la mirada.
-La espada iluminadora -le aclaró Solonia- te permitirá descubrir la secreta entrada a la Torre de Amón. Pero escucha mi advertencia, hijo de IURANCHA... Aquel que la emplee para la violencia, que sólo espere violencia.
¿Una espada iluminadora? -se preguntó el iuranchiano-. ¿Cómo debo utilizarla? ¿Y qué es eso de la violencia...?
Solonia, a pesar de haber leído sus pensamientos, no respondió. Por último, levantando su mano derecha como lo hiciera Agurno al despedirse entre la niebla del bosque, exclamó:
-¡Que la paz de Micael sea contigo, Sinuhé...!



LA TORRE DE AMÓN

Las tinieblas que le rodeaban cayeron también sobre el serafín. Y su figura fue engullida, desapareciendo de la presencia de Sinuhé. Sólo el emblema que adornaba su pecho quedó flotando en la oscuridad, resplandeciente. Nuestro hombre, con la empuñadura de la espada iluminadora entre sus manos, permaneció frente al triple círculo celeste, incapaz de pensar o de dar un solo paso. ¿Hacia dónde, además?
Pero la sabiduría de aquellas criaturas era ilimitada. Como si todo hubiera sido minuciosamente previsto, el triple y sagrado circuito de Micael se partió en dos. Y el investigador, boquiabierto, presenció otra fantástica transformación...
Uno tras otro, los seis segmentos resultantes de esta inesperada división vertical del emblema, fueron separándose del resto, configurando la hoja de su espada. Una hoja tan deslumbradora como singular. El primero de los citados segmentos tomó contacto con la base de la empuñadura, convirtiéndose en una enorme E. El siguiente se situó a continuación, en forma de H. Y los demás cruzaron igualmente la oscuridad, configurando el resto del extraño acero azul con las letras U, N, I y S, respectivamente.
Los seis segmentos, así, habían dado cuerpo a la espada con una cuchilla de casi dos metros, formada íntegra y exclusivamente por la palabra SINUHÉ.
El soror, atónito, blandió el arma, verificando que, al igual que los anillos de la guarnición, las letras se mantenían firme y misteriosamente cohesionadas entre sí, derramando sutiles destellos azules a cada mandoble o movimiento.
-Ahora -se dijo a sí mismo con cierta satisfacción-, sólo resta hallar el camino hacia esa maldita torre...
Pero el entusiasmo que le había embargado con la mágica aparición de su nombre duraría poco... Sinuhé -quizá por fortuna para él- parecía haber olvidado las advertencias de los hombres Pi sobre las dificultades que entrañaba la aproximación a la torre de los rebeldes.
Y deseoso de entrar en acción, empuñando la espada con osadía, giró sobre sus talones, en busca del ansiado camino que pudiera conducirle hasta la fortaleza de Amón. Dio un paso en mitad de las tinieblas y, como un fogonazo, todo a su alrededor

se hizo de un rojo sangre. Sin comprender lo que acababa de suceder, se detuvo, inspeccionando aquel repentino paisaje. Algo había crujido bajo sus pies. Al bajar la mirada, el horror se entremezcló con la sorpresa: ¡estaba pisando calaveras! ¡Cráneos humanos! Y obedeciendo a su instinto, retrocedió. Pero, al hacerlo, como si hubiera cruzado una puerta invisible, penetró en aquella oscuridad que había abandonado segundos antes.
De un golpe, su audacia se había esfumado. Bloqueado por el miedo y las tinieblas, no supo qué hacer. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué al avanzar cesaba la oscuridad y entraba en aquel tétrico y rojizo mundo, sembrado de osamentas? A pesar de su miedo, tuvo que admitir que la única forma de despejar aquellas interrogantes era introduciéndose de nuevo en la claridad escarlata. Y con todo lujo de precauciones, con la espada iluminadora temblando entre sus manos, adelantó su pierna derecha. Después la izquierda e, instantáneamente, apareció sobre los cráneos, teñidos, como el resto de cuanto tenía a la vista, por aquella tenue atmósfera sanguinolenta.
-Aquél -dedujo con inquietud- tenía que ser el camino hacia la Torre de Amón... ¿Qué otro paisaje podía simbolizar mejor a las diabólicas fuerzas del mal?
Removió con el pie algunas de las miles de calaveras que alfombraban la reducida planicie sobre la que había aparecido, notando que todas ellas correspondían a humanos adultos. Por último, antes de aventurarse en dirección a la colina que se levantaba a corta distancia, introdujo uno de los garfios de la S de su espada por la descarnada cuenca de uno de los cráneos, levantándolo con sumo cuidado.
Entonces, con la calavera bailando en la punta de la hoja, se percató de otro detalle que vino a confirmar sus sospechas: sobre la frente de aquélla, y de todas las osamentas, había sido grabado un mítico número: el 666.

-¡La señal de la Bestia!
Un escalofrío le invadió, propagándose a la espada y haciendo caer el cráneo, que rebotó sobre sus hermanos con un chasquido siniestro. Sinuhé no podía concebir que a semejante altura de la misión, estuviera siendo víctima de su imaginación.

Por si acaso, se agachó, examinando una de las osamentas. Parecía extremadamente reseca... En cuanto al número en la frente, no cabía duda de que tenía que haber sido grabado o esculpido en pleno hueso. La sola idea volvió a estremecerle. ¿A qué desdichados habían pertenecido aquellos miles, quizá millones, de calaveras? Y, sobre todo, ¿quién y por qué las habían marcado como si se tratase de ganado?

Aquella sequedad en los huesos, propia de una larga permanencia a la intemperie, le hizo buscar el sol. Al levantar la vista, su corazón volvió a saltar en el pecho. Por encima de la atmósfera escarlata se divisaba, a lo lejos, aquel mismo sol negro hacia el que había volado. ¿Cómo es posible? -se preguntó-. Hace unos minutos...

Inconscientemente, al incorporarse y dirigir la mirada hacia lo alto, Sinuhé dio media vuelta. Y después de descubrir la negra silueta del disco, bajó los ojos, reparando entonces en otro desconcertante hecho: el horizonte de aquella llanura sobre la que se hallaba se perdía en la lejanía. A su espalda quedaba la colina, sí, pero ¿qué había ocurrido con las tinieblas invisibles? ¿Es que aquella parte de la planicie estaba allí cuando él abandonó la oscuridad?

¡Era para enloquecer!

E intentando buscar una explicación, dio un paso al frente, esperando penetrar así en el lugar del que provenía. Pero nada sucedió.

-¿Habré equivocado la dirección? -se preguntó, dando media vuelta y repitiendo su paso hacia adelante.

El resultado fue idéntico. Y otro tanto sucedió en un tercer y cuarto y quinto intentos. Blandió, incluso, la espada, imaginando que la hoja, al introducirse en las tinieblas, desaparecía total o parcialmente.

Al fin, rendido por tan absurdos movimientos, se encogió de hombros, desistiendo de sus propósitos.

-En el fondo, ¿qué más da? -argumentó, secándose el sudor de la frente-. Este tiene que ser territorio rebelde y ya, mi único destino posible es la torre.

Tras una atenta observación de los alrededores -todo ello convertido en el más extenso cementerio que se haya visto jamás-, el iuranchiano decidió hacía lo alto del único

promontorio existente en aquellos parajes: la pequeña colina que había aparecido frente a él al dejar la oscuridad.
-Quizá desde ese alto pueda orientarme mejor...
Y recobrando los maltrechos ánimos, se encaminó al punto elegido.
El presentimiento de que Nietihw podía hallarse cerca le estimuló, ayudándole a vencer el difícil caminar sobre el irregular perfil del terreno. A cada paso, sus pies se hundían entre la, osamentas, quebrándolas o resbalando, en ocasiones, sobre sus macabras redondeces.
El ascenso por la pendiente, cuajada de cráneos, resultó especialmente penoso. Era preciso enterrar primero un pie para, después, con la ayuda de la espada, ir ganando palmo a palmo. Sofocado y sudoroso, después de un buen número de obligadas pausas, levantó la vista, comprobando con satisfacción que apenas si le separaban unos metros de la cima.
Deseoso de alcanzarla, apretó el paso. Pero, al descuidar sus precauciones, las osamentas cedieron bajo sus pies, originando un corrimiento. Y el iuranchiano, impotente, cayó de bruces, siendo arrastrado colina abajo, entre un alud de calaveras y un estridente entrechocar de huesos.
Cuando, furioso, maltrecho y medio sepultado entre cráneos, pudo ponerse en pie, comprobó que la espada iluminadora había saltado de sus manos. Frenético por su torpeza, remontó de nuevo la falda de la colina, angustiado ante la posibilidad de haber perdido su único medio para desvelar la entrada a la Torre de Amón. La fortuna en esta ocasión parecía de su lado. A los pocos metros, semienterrada, descubrió la destellante hoja celeste. De rodillas sobre los huesos, una vez rescatada, dirigió la mirada hacia el sol negro, agradeciendo a Solonia su benevolencia. En esos instantes, la campana luminosa que cubría aquel fantástico mundo cambió su tonalidad escarlata por otra naranja. Y el sol negro prosiguió su avance hacia el cenit.
Sinuhé no había logrado acostumbrarse a aquellos súbitos cambios de color en la atmósfera, no llegando a comprender la razón de semejantes variaciones. Ya en la playa había intuido que la sucesión de colores debía guardar alguna relación con las

diferentes posiciones del astro negro. Pero su inteligencia no llegaba más allá...
Sumido en tales cavilaciones, con los cinco sentidos puestos en aquel segundo ascenso, coronó finalmente la cumbre. Al hacerlo, algo inesperado y sobrecogedor apareció ante sus ojos.

Como primera medida, se arrojó a tierra. Desde la cima de la colina, con el rostro pegado a una de aquellas sardónicas calaveras, se dedicó -emocionado- a explorar la increíble construcción que acababa de surgir ante él. En el fondo de una profunda barranca, siguiendo la ladera que se abría ante el soror, se levantaba una mastodóntica torre circular -quizá de un centenar de metros de altura-, edificada a base de gigantescas mastabas o plataformas circulares de dimensiones decrecientes. A Sinuhé, en una primera ojeada, le recordó la primitiva pirámide escalonada del rey Djeser, en Saqqarah, pero, como digo, configurada circularmente.
La atmósfera anaranjada que lo envolvía todo le impidió precisar detalles.
Contó las enormes banquetas o terrazas que la formaban. ¡Seis! ¿Otra vez el seis?, pensó con inquietud. Aquel desasosiego no tenía su origen en el descubrimiento de dicha cifra. La verdadera razón había que buscarla en la presencia de la torre misma. Sin duda, debía ser la fortaleza de Belzebú y de los rebeldes. Había llegado el que quizá fuese el último acto de aquella enloquecedora aventura...
La pregunta clave no tardaría en surgir: ¿cómo, por dónde, de qué forma podía ingresar en semejante fortín?
La distancia que le separaba de su objetivo era tan considerable -unos dos kilómetros si seguía la falda de la colina- que no pudo reparar en puertas, ventanas u otro tipo de orificios. Tampoco supo distinguir el material con que había sido edificada.
Quizá se trate de bloques, pensó, asociando los imponentes muros a los de la citada pirámide escalonada, ideada por el ministro del faraón Djeser -Imhotep-, el inventor de la piedra de sillería.
Por supuesto, el único medio de salir de dudas era intentar una aproximación...

Al otro lado de la torre, frente por frente a la cima donde se ocultaba Sinuhé, trepaba un promontorio similar e igualmente cuajado de restos humanos. Durante un buen rato se dedicó a reconocer aquella parte del desfiladero, así como la vaguada sobre la que se asentaba la fortaleza. Pero no observó movimiento alguno. Todo parecía tranquilo...

Finalmente, tomó la decisión de descender por la movediza ladera. A pesar del silencio reinante, su corazón se encogió. Si los rebeldes ocupaban la torre, era probable que hubieran detectado su presencia. En ese caso, ¿a qué esperaban para atacar?

-¿Atacar?

El investigador detuvo su marcha. Sus pies quedaron enterrados entre las calaveras y, levantando la espada, contempló una vez más aquellas letras que formaban la hoja. Y las palabras de Solonia, el serafín, acudieron puntuales desde su memoria: ...Aquel que emplee la espada iluminadora para la violencia... que sólo espere violencia.

¿Significaba esto que no debería utilizarla en caso de lucha o ataque?

Algunos cráneos rodaron ladera abajo, perdiéndose entre tumbos cuando Sinuhé reanudó su peligroso avance. Otros, al astillarse, rompieron la quietud de la barranca con ecos inoportunos y amenazadores.

A cada amago de corrimiento, el iuranchiano clavaba su espada entre las osamentas, procurando no hacer el menor movimiento e intentando conservar así el precario equilibrio. Cuando el río de cráneos remitía, zancada a zancada, proseguía su aproximación. Dada la altura y el desnivel por los que se movía, una caída o arrastre hubieran sido sumamente delicados, si no mortales.

De trecho en trecho, al tiempo que recuperaba el aliento, interrumpía su marcha, escrutando la fortaleza y sus alrededores. Por un momento, le invadió una inquietante sensación. ¿Es que la torre se hallaba abandonada?

Esta idea, lejos de sosegarle, le intranquilizó más. ¿Qué podía ocurrir si aquel no era el cuartel general de Belzebú? Y, aunque lo fuera, ¿qué adelantaría si lo encontraba vacío?

Con el sol negro a punto de alcanzar el cenit, salvó al fin los metros que le separaban de la vaguada. Agotado por el esfuerzo y la tensión, se dejó caer sobre las calaveras que llenaban igualmente el fondo de la barranca. Sus pies, doloridos por las docenas de astillas óseas que habían ido colándose en sus botas, se negaban a seguir adelante. Al descalzarse, descubrió con preocupación unas plantas ensangrentadas y tumefactas. Tras una minuciosa limpieza y ante el feo cariz de aquellas múltiples heridas, optó por el único remedio más a mano. Se deshizo de la camisa y, rasgándola, procedió a vendar ambos pies. Al contemplar tan tosca obra de arte, sonrió, compadeciéndose y añorando la ternura de Nietihw al vendar sus manos en la cámara dorada de Dalamachia.

-¡Nietihw!... ¿Qué habrá sido de ella?

Levantó los ojos hacia la torre que le aguardaba a poco más de quinientos metros y su perfil le llenó de negros presagios.

La vaguada ofrecía el mismo y desértico aspecto. Todo aparecía silencioso. Envuelto en la luz naranja y tan muerto como los millones de cuencas vacías que le observaban desde el suelo. Pero la suerte, una vez más, había sido echada. Y Sinuhé, tras no pocos intentos, se calzó las botas, reemprendiendo la marcha..., directamente hacia la base de la fortaleza.

Aquellos últimos metros fueron especialmente difíciles. Sus pies, al contacto con las quebradizas calaveras, se resintieron de nuevo. Algunas de las heridas volvieron a sangrar, provocándole un dolor lacerante. A duras penas, sirviéndose de la espada, arrastrando las piernas, luchó por alcanzar las proximidades del fortín.

-¡Nietihw!... ¡Debo llegar!..., ¡es preciso llegar!

Aquel nombre llenó su enflaquecido ánimo y su cerebro se negó a obedecer otro estímulo que no fuera el de avanzar... ¡Avanzar! Jadeante, con un sudor frío bañándole el cuerpo, Sinuhé plantó al fin su espada al pie de la Torre de Amón. Sin fuerzas para levantar la vista hacia la colosal construcción, se hincó de rodillas, apoyando la frente sobre la celeste hoja del arma.

-¡No puedo...! ¡Dios mío, no es posible!

El iuranchiano había llegado al límite de su resistencia. Aquella dramática circunstancia -justamente ahora, cuando precisaba

de todo su ímpetu y claridad de mente- le sumió en la peor de las desolaciones.
-¡No puedo!... -repitió, humillando el rostro y percibiendo el agitado pálpito de su pecho y el goteo del sudor sobre las anaranjadas calaveras.
El instinto, sin embargo, le empujó a levantar los brazos y, aferrándose al travesaño horizontal de la empuñadura, forcejeó por izarse. En ese desesperado gesto, todavía con la cabeza inclinada hacia el macabro suelo, sus ojos tropezaron con los tres círculos concéntricos que tan misteriosamente habían aparecido en su costado izquierdo, allá, en su mundo...
Esta vez, la señal de Micael no le sugirió nada.
-A no ser que...
Un rayo de esperanza acababa de iluminarle.
-Sí -se dijo, deseando que aquella providencial revelación se viera materializada-, ellos podrían...
Quemando sus últimas fuerzas, se incorporó. Desenterró la espada y, dirigiendo el rostro hacia el sol negro, imploró el socorro de Solonia. Acto seguido, tornando el arma por Su extremo, fue aproximando la S al triple circuito sagrado de Micael.
En realidad, ignoraba lo que podía acontecer en el instante en que la punta de la espada iluminadora entrara en contacto con su costado. Sin poder dominar el temblor de sus manos, clavó de un golpe la última letra de su nombre sobre la marca del soberano de Nebadon.
La S de la singular hoja no lastimó siquiera el cuerpo de Sinuhé. Pero, al incidir sobre el triple círculo, se desprendió del resto de las letras. Y el miembro de la Gran Logia, atemorizado, soltó la espada, que repiqueteó sobre la osamenta.
Al momento, la enorme S salió despedida, quedando inmóvil e ingrávida frente al investigador. Pero su sorpresa fue a más cuando los extremos de la S se cerraron, convirtiéndose en un símbolo bien conocido del iuranchiano: el círculo del Yang y del Yin. El primero, como una media luna, ocupando la parte superior y representando -según los fundamentos de la filosofía china del I Ching- el principio activo y positivo del universo circundante. El segundo -el Yin-, en la mitad inferior, complemento del Yang y símbolo de las tinieblas y de todo lo

pasivo y negativo... Este último, justamente, palpitaba sin cesar, emitiendo un vivísimo resplandor rojizo. El Yang, en cambio, teñido en negro, apenas si era visible, dominado por la fuerza del mal.
Sinuhé comprendió. Si lograba invertir el mágico círculo, quizá su situación mejorase...
Ansiosamente extendió sus manos hacia el disco. Pero, al asirlo por la media luna inferior, sus dedos, manos y brazos se vieron cubiertos al instante por una miríada de heridas similares a las de sus pies. Y un dolor insoportable cruzó su cuerpo como un relámpago haciendo que se tambalease. Espantado retiró los brazos, notando otro sin fin de lacerantes desgarrones a lo largo y ancho de su rostro y tronco. Su cuerpo seguía llagándose, convirtiendo la piel en un amasijo sanguinolento...
Intentó gritar, pero el dolor había empezado a nublar su cerebro. Y con los ojos vidriosos, entre estertores, en un gesto suicida, se arrojó sobre el doble signo del bien y del mal...

Al volver en sí, notó sobre su pecho la fría superficie de las calaveras. Algo había cambiado. Ya no aparecían teñidas de naranja. Ahora reflejaban una luz más clara... ¡Amarilla!
-¡Dios de los cielos! -exclamó al verse tendido sobre el campo de osamentas- ¿Qué ha pasado?... ¿Dónde estoy?
No tardó en comprender que se hallaba exactamente en el mismo lugar. Su espada iluminadora yacía sobre los cráneos y su cuerpo...
-¡Jesús!
Las llagas y regueros de sangre habían desaparecido. Palpó su torso desnudo, comprobando que las heridas no existían. Y tampoco las de sus brazos y manos. El sudor, incluso, se había secado.
-¿Cómo es posible? -repitió mecánicamente, al tiempo que se descalzaba.
Sus pies, como el resto del cuerpo, presentaban un aspecto inmejorable. Las fuerzas habían vuelto a su organismo y su alma parecía pletórica y descansada.
-¡El círculo del Yin! -recordó.
Su memoria se abrió de par en par, permitiéndole ver cómo, en el último momento, cuando ya se creía perdido, al arrojarse

sobre el disco, una de sus manos logró aferrarse a la media luna superior, que giró, arrastrada en la caída del investigador. Merced a este cambio de posición, el símbolo del mal -el Yin- perdió su indudable influencia, que pasó al Yang. Y la suerte de Sinuhé varió también, quedando ahora bajo la acción de la luz. Aquella reconstrucción del incidente se vio ratificada cuando, al ponerse en pie, observó en mitad de la nueva atmósfera amarillenta -flotando a un metro de las calaveras- al majestuoso símbolo chino. La media luna rojiza -ahora situada en la parte superior- había perdido su brillantez. La inferior, en cambio -el Yang-, palpitaba, lanzando continuos flujos de luz..., ¡negra! Y Sinuhé, agradecido, llevó su mano izquierda sobre el triple círculo de Micael, elevando sus ojos hacia el sol negro, que había empezado a dejar atrás el cenit. Mentalmente, reconoció el poder Y la magnanimidad de Solonia.
Y recogiendo su espada, cuya hoja seguía acusando la falta de la S, se preparó para lo que él imaginaba y deseaba corno el asalto final a la guarida de Belzebú.
Una vez más, a pesar de su repentino bienestar Y coraje, se equivocaba.

Hasta esos momentos no había advertido la configuración externa de la torre. Al hacerse con la espada, sus ojos quedaron fijos en el muro inferior. El rostro de Sinuhé se crispó y su espíritu volvió a ensombrecerse.
En realidad -pensó-, ¿qué otra cosa podía esperar?
Dirigió la mirada hacia las mastabas superiores, pero el resultado de la inspección fue el mismo. Cada palmo de la obra exterior de la fortaleza se hallaba recubierto o adornado por una calavera humana. Cientos de miles -quizá millones- de cráneos como los que asfaltaban el desfiladero y la vaguada habían sido cuidadosamente adosados a cada una de las seis terrazas o plataformas que configuraban el fortín. Y todos ellos, asombrosamente, mirando hacia afuera.
Tampoco desde allí, al pie de la altiva torre, se apreciaban puertas, troneras o apertura alguna. El conjunto formaba un todo compacto y hermético.
Tocó algunas de las osamentas, llegando a introducir sus dedos a través de las cuencas y fosas nasales, tirando de las cabezas.

Ni una sola cedió. El macabro artífice de tan paciente obra había sabido ligarlas a los hipotéticos muros interiores con tanta destreza como solidez. A diferencia de la inmensa mayoría de los restos esparcidos sobre el terreno, aquellos cráneos sí conservaban sus respectivos maxilares inferiores e, incluso, para mayor desconcierto, los ligamentos y apófisis estiloides que sujetan la citada mandíbula inferior.
Por descontado, sobre cada hueso frontal, a escasa distancia del nicho de la nariz, resaltaba la inquietante marca de la Bestia: el 666.
Cautelosamente, fue rodeando la ciclópea terraza o mastaba que constituía la base de la torre, estimando su diámetro en unos doscientos metros, con una altura de veinte, aproximadamente. Eso significaba, a juzgar por la similitud en altura de las restantes cinco plataformas, que la fortaleza superaba ampliamente los cien metros de altitud.
-¡Asombroso! -exclamó, considerando que la pirámide escalonada de Djeser, en Egipto, culmina en los sesenta metros.
Aquella primera exploración terminaría en fracaso. Al regresar al punto de partida, Sinuhé verificó la inexistencia de acceso alguno. Al menos, que él hubiera podido constatar.
Por otra parte, el lugar seguía sospechosamente desierto. No era normal -se repetía a sí mismo- que, si aquélla era en verdad la Torre de Amón, los medianes rebeldes, las golem o quién sabe qué criaturas diabólicas, no hubieran dado señales de vida. ¿0 es que la fortaleza -como ya había considerado- se hallaba vacía?
En un segundo rodeo, algo más confiado por la aparente soledad que le acompañaba, y en base a las palabras de Solonia, prestó mayor atención a los descarnados y amarillentos rostros que parecían seguirle, a cada paso, con sus enormes y vacías cuencas.
...La espada iluminadora -le había anunciado el serafín- te permitirá descubrir la secreta entrada a la torre...
Reparó por enésima vez en la extraña hoja azul, sin intuir la utilidad de las letras que la formaban.
-E-H-U-N-I. ¿Y qué demonios hago contigo? -murmuró, dirigiéndose al arma que sostenía entre las manos-. Si al menos fuese capaz de descubrir alguna clave, algún indicio...

Siguió caminando al pie del muro, concentrando vista e inteligencia en aquel anárquico «mosaico» de cabezas rientes. Los cráneos aparecían tan irregularmente repartidos que resultaba muy difícil -por no decir imposible- detectar la más mínima señal de alineamiento o, quizá, un dibujo, una figura.... algo que, en definitiva, le pusiera sobre aviso.
Al finalizar aquella segunda circunvalación a la mastaba, probó, incluso, con la espada. A la vez que iniciaba la tercera vuelta a la torre, fue aproximando la punta del arma a las calaveras. Pero nada ocurrió.
Con notable desilusión llevó a cabo un cuarto y un quinto rodeo. Pero el muro seguía resistiéndose. ¿Dónde podía hallarse aquel maldito secreto?
Convencido de que el misterioso acceso quizá se hallaba en alguna de las terrazas superiores, emprendió la sexta y última caminata en torno a la fortaleza.
-Si fracaso -se dijo-, no habrá más remedio que escalar...
Y tal y como suponía, aquella sexta andadura no dio el fruto buscado. Pero, nada más llegar al lugar de arranque -aquel en el que se mantenía ingrávido y estático el símbolo del Yang-Yin-, algo llamó su atención.

Fue muy fugaz. Casi imperceptible y captado con el rabillo del ojo. Sinuhé quedó inmóvil. Y antes de girar el rostro hacia su izquierda, a fin de cerciorarse de lo que había visto, cerró los ojos, reconstruyendo en su mente la imagen que creía haber percibido. Y aquellos cráneos se dibujaron nítidos en su cerebro.
-¡No es posible! -argumentó contra sí mismo.
Al abrir los párpados, aquella imagen seguía allí, clara y desconcertante.
Entre la vorágine de osamentas, cinco aparecían con SUS respectivas mandíbulas inferiores... ¡caídas!
-¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta hasta ahora? -reflexionó, aproximándose con enorme curiosidad.
Había, además, otro detalle inexplicable. Las cinco calaveras, a diferencia del resto, no sólo tenían sus bocas abiertas, sino que ¡se hallaban alineadas horizontalmente!

El investigador hubiera jurado que aquellas cabezas no formaban hilera alguna cuando pasó frente a ellas en las cinco ocasiones precedentes. Pero, encogiéndose de hombros, optó por olvidarse de tan extraña circunstancia. Después de todo, el despiste siempre había sido algo proverbial en él...

Examinó cuidadosamente las bocas abiertas y, al introducir sus dedos en ellas, ante su sorpresa, no consiguió palpar muro alguno. Alarmado, echó un vistazo al interior de las calaveras, pero la oscuridad era total. Al acercar el rostro a las filas de dientes, una sutil corriente de aire vino a confirmar sus sospechas: o mucho se equivocaba o aquél tenía que ser el punto de entrada a la Torre de Amón.

Luchando contra su impaciencia, retrocedió un par de metros, contemplando aquella inesperada pista. Pero el problema no estaba resuelto.

Obviamente -dedujo-, el alineamiento de esos cráneos y la apertura de sus maxilares han tenido que responder a algo. Pero ¿a qué?... ¿Por qué?

Sinuhé entornó sus Ojos, reconstruyendo mentalmente -paso a paso- sus evoluciones alrededor de la fortaleza. Y, al recordar que aquélla era su sexta vuelta a la mastaba, un escalofrío le sacudió de pies a cabeza. Dispuesto a verificar la idea que acababa de brillar en su cerebro, emprendió su séptimo rodeo a la base del fortín. Esta vez, consumido por la incertidumbre, emprendió una frenética carrera. Al poco, se detenía jadeante frente a las cinco osamentas.

-¡Dios...!

Al rematar la vuelta, otras cinco calaveras se habían alineado inmediatamente por debajo de las primeras y con los maxilares igualmente abiertos.

Sin aliento, emocionado, el soror repitió su exploración, confirmando la presencia de una cada vez más intensa corriente de aire fresco que brotaba por aquellos diez boquetes.

Su intuición había resultado un éxito..., de momento. El número seis, de nuevo, se había convertido en protagonista de sus aventuras. Al consumar las siguientes carreras, otras tantas hileras de cráneos fueron apareciendo mágica y prodigiosamente bajo los primeros. Al emprender el rodeo

número once eran ya cinco las hiladas aparecidas en el muro.
La última, la más baja, a cosa de un metro del suelo.
En esta undécima circunvalación, extenuado por el esfuerzo, Sinuhé no tuvo más remedio que resignarse y hacerla al paso. Pero, movido por su fino instinto, fue sumando sus zancadas.
Al retornar frente al cuadrado formado por los veinticinco cráneos -todos ellos con sus mandíbulas abiertas-, se vio sorprendido por un nuevo y doble hallazgo: primero -y más importante-, en el muro no se había registrado alineamiento alguno. Segundo, si no había errado, sus pasos habían sumado otra curiosa cifra: ¡666!
Perplejo e incrédulo, repitió la operación.
Al concluir el rodeo número doce, los resultados fueron idénticos: 666 metros de circunferencia y ni una sola alteración entre las calaveras.
La fantástica coincidencia desbordó su excitación. Allí, en aquel misterioso alineamiento de osamentas humanas -todas ellas con el 666 grabado en las frentes- tenía que estar la clave para penetrar en el cuartel general de Belzebú.
¿Cuál era el siguiente paso?

Sentado frente al enigmático cuadrado, Sinuhé dejó volar el tiempo.
Hasta ese momento, la espada iluminadora no parecía haber Jugado papel alguno en la resolución de aquel nuevo enigma.
En cuanto al disco chino -reflexionó dirigiendo una furtiva mirada al símbolo-, tampoco le sugería nada especial...
¿Dónde podía estar la solución? ¿Por qué, desde su sexta vuelta a la torre, habían ido apareciendo aquellas cinco hileras de cráneos, concluyendo dicho alineamiento con el rodeo número diez?
Después de mil elucubraciones, hipótesis y contrahipótesis, el miembro de la Escuela de la Sabiduría recurrió, casi mecánicamente, al método cabalístico. Sumó los sucesivos 666 de cada hilera, notando que cada una de dichas adiciones arrojaba el mismo resultado: el sagrado 9. Aquello te intrigó. Y procedió entonces a la suma total de los veinticinco 666. La cifra final -16 650- le devolvía, una vez sumados estos dígitos, al ¡9!

Sus alertas mentales saltaron a un tiempo. Por conversión guemátrica a letras, aquel 9 pasaba a ser la Teth o T del alfabeto hebreo. Y al igual que sucediera en enigmas anteriores, el iuranchiano descubrió que, justamente aquella Teth, era el símbolo esotérico de la oculta muralla erigida para guardar un tesoro.
Se incorporó nervioso.
-¿Un tesoro?... ¡El Gran Tesoro!
Las calaveras sólo podían representar eso: una muralla que ocultaba algo de gran valor.
-¡Los archivos secretos de IURANCHA! -estalló.
Pero aquel entusiasmo desaparecería pronto. Aunque parte del criptograma parecía despejado, aún faltaba lo más importante: ¿cómo abrir o demoler semejante muralla?
...La espada iluminadora te permitirá descubrir la secreta entrada...
Aquellas palabras de Solonia seguían latiendo solapadamente en el subconsciente del joven. Sin embargo, aunque de vez en cuando eran reflotadas a su mente, empeñado en encontrar por sí solo la clave del enigma, necesitó algún tiempo para comprender que la solución -quizá- se hallaba entre sus manos.
-¡La espada!...
Ahora sí había llegado el momento de probar su eficacia. Y sujetándola con decisión, dirigió la hoja celeste sobre el cuadrado. Con un acusado temblor la paseó primeramente sobre las veinticinco calaveras, sin atreverse a rozarlas. Pero nada sucedió.
A continuación, tocó con la punta -formada por la letra I- el primer cráneo de la hilera superior. En este caso, el alojado en su extremo izquierdo.
Y sucedió lo imprevisto, El fulgor de la hoja intensificó su luminosidad y aquel halo azul se propagó hacia los brazos del iuranchiano, envolviendo su cuerpo en un aura celeste. Simultáneamente, la I se transformó en un dedo índice, que borró el 666 de la calavera. Y con movimientos precisos, el dedo humano, en su lugar, dibujó una S.
Electrizado por aquel flujo celeste que le inundaba, notó cómo el mágico dedo, y con él el resto de la espada, se dirigía entonces a

la calavera contigua: la situada en segundo lugar en aquella hilera superior.
Y con idéntica seguridad, sin titubeo alguno, sin que Sinuhé interviniera para nada, eliminó el número de la Bestia, sustituyéndolo por otra letra: la A.
Lo mismo sucedió con las restantes osamentas de aquella hilera. Al terminar, sobre las frentes de dichos cráneos aparecían sendas letras hebreas, formando una enigmática palabra: SATOR.
Sin comprender, el miembro de la Logia dejó hacer a la espada iluminadora.
Una vez que hubo finalizado con esta hilera superior, el dedo índice buscó la primera calavera de la segunda fila. Borró igualmente el 666, grabando en su lugar una A. Y así, cráneo por cráneo, fue dando forma a otra misteriosa palabra: AREPO.
Al concluir la tercera y mágica grabación, Sinuhé pudo leer: TENET. En la cuarta hilada, el dedo sustituyó los 666 por otras tantas letras del alfabeto hebreo, apareciendo un nuevo galimatías horizontal: OPERA.
Por último, la punta de la espada recorrió las cinco calaveras de la quinta hilera, dejando impresas otras tantas letras que dieron lugar al siguiente vocablo: ROTAS.
Instantáneamente, el dedo azul desapareció. Y el halo que cubría al iuranchiano se retiró de su cuerpo -esta vez en sentido inverso-, hasta quedar concentrado a lo largo de la hoja de la espada.
En ese momento, Sinuhé recuperó su voluntad y capacidad de movimiento. Y, maravillado, examinó primero el arma que seguía sosteniendo entre las manos. La letra I, como sucediera con la S, se había esfumado. Ahora era la siguiente -la N- la que ocupaba la punta de la hoja. Incrédulo, la tocó, verificando que no había modificado su temple original.
Partiendo de la empuñadura, la espada iluminadora había quedado reducida a las letras E-H-U-N.
En cuanto al cuadrado, ¿qué significaban aquellas palabras?

Bajó la espada y avanzó hacia el muro. La sustitución del número de la Bestia por aquellas veinticinco letras, a pesar de la indudable mediación del arma entregada por el leal a Micael,

le había puesto en guardia. Los rebeldes seguían sin dar señales de vida y eso le intranquilizaba tanto como la resolución de aquel interminable galimatías. ¿No estaría siendo víctima de un nuevo ardid de los medianes de Belzebú?
La tentación era irresistible. Así que, doblando su rodilla derecha sobre las osamentas, con los músculos tensos como ballestas, dirigió las yemas de los dedos hacia los cráneos. Rozó una de las letras pero, en contra de lo que suponía, nada ocurrió. Al hacerlo por segunda vez comprobó que el signo hebreo había sido practicado sobre el hueso, a manera de un bajorrelieve. Al acariciar el resto observó que todas parecían cinceladas sobre las frentes.
-¡Inaudito!
Más extraordinaria aún le resultó la lectura del palíndromo. Porque en aquel cuadrado, una de las palabras –ROTAS- podía leerse de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, de arriba abajo y de abajo arriba... Y articuladas sobre estas letras exteriores, el observador podía leer igualmente, en cualquier dirección, las otras cuatro no menos intrigantes palabras...
Desconcertado, intuyendo que el final del enigma no podía estar muy lejos, olvidó por completo dónde se hallaba, sumergiéndose en el criptograma.
Las palabras SATOR, AREPO, TENET, OPERA y ROTAS eran legibles, según este palíndromo, en todas direcciones. También notó que la letra central -la N- era la única que no se repetía.
¿Qué quería decir el curioso cuadrado? ¿Qué le estaba indicando?
Sinuhé empezó por traducir los textos, palabra por palabra. Pero las interpretaciones -siguiendo el método cabalístico- resultaban absurdas o divertidas...
El sembrador (SATOR) -rezaba una de ellas- reúne aquí el fruto de su trabajo.
El labrador -decía otra- tiene sus obras en la mano o el sembrador AREPO dirige las ruedas cuidadosamente...
Aquél, indudablemente, no era el camino adecuado. Y el miembro de la Escuela de la Sabiduría, luchando por no perder los nervios, eligió otro procedimiento.
Las dos líneas centrales -las que daban lugar a las palabras TENET- formaban una cruz griega. Curiosamente, si unía las A

con las 0, la primera cruz se transformaba entonces en una de tipo potenzada. Pero el prodigioso cuadrado iba más allá.
Bastaba unir a continuación las A y las 0 con la N central para dibujar una cruz de Malta. Por último, al tomar dicha N como centro de un círculo de radio NA o NO, la figura resultante era la cruz de los Templarios...
¿Podía estar allí la clave para abrir la muralla?
Pero Sinuhé terminó por apartar dicha posibilidad, enfrascándose en un capítulo más complejo y sorprendente: la conversión de aquellas veinticinco letras a números.
Después de una laboriosa investigación, el mágico cuadrado de palabras se reveló como un no menos mágico cuadrado de números, todos ellos herméticos y altamente significativos...
La cruz formada por las palabras TENET, por ejemplo, sumaban la misma cantidad: 65. Y otro tanto sucedía con las líneas diagonales. Los números correspondientes a las casillas exteriores S y R de ROTAS también daban una misma suma: 26.
Por otra parte, si tomaba las letras de dos en dos, la suma era igualmente 26, correspondiendo, además, a pares de letras idénticas en el cuadrado: EE, AA, etc.
Para colmo, la letra central N equivalía justamente a la mitad de 26...
Y el soror, al filo de la locura, descubrió que la clave cabalística de aquel endiablado cuadrado tenía que residir en aquellos tres números: el 13, el 26 y el 65.
De la mano del mismo método cabalístico -la Guematría-, convirtió las tres cifras en palabras. La traducción le dejó sin habla. 65 era la suma de ADONAI (Alef-Dalet-Nun-Yod: 1 + 4 + 50 + 10 = 65). ¿Y qué significaba ADONAI? ¡Dios!
El 26, por su parte, era la suma guemátrica del Tetragrama: Yod-He-Vav-He (10 + 5 + 6 + 5 = 26). Es decir, ¡Yavé!
Sumando los valores de estos dos nombres sagrados -ADONAI y YHVH (Yavé)-, el iuranchiano tropezó con otra sorpresa. 65 y 26 eran igual a 91; es decir, 9 + 1 = 10 = 1. ¡La unidad!
Desde el punto de vista místico, teológico, esotérico y hasta cabalístico, la Unidad es siempre Dios o Yavé.
Aquel enrevesado entramado numérico se hallaba además perfectamente unido al 13. En hebreo, uno o la unidad se dice

EHAD, cuya suma guemátrica es precisamente ¡13! Y 13, en fin, era el centro (N) del cuadrado...
Al manejar aquellos tres conceptos -Yavé, Adonai y uno o la unidad-, acudió a la memoria de Sinuhé una ancestral y sagrada plegaria judía, recogida en el Deuteronomio 6,4:
Yavé, nuestro Dios, Adonai es uno.
Cuando se disponía a entonar dicha oración, convencido de que había dado con la clave para abrirse paso hacia el interior de la Torre de Amón, otro descubrimiento desvió sus intenciones.
La palabra ROTAS, que en hebreo se escribe Resh-Vav-Tau-Samej, encerraba una doble y diabólica advertencia: Samej, la serpiente y el número de la Bestia. (Aquellas letras, numéricamente, equivalían a 200 + 6 + 400 + 60 = 666.)
Estremecido, comprendió que aquel cuadrado mágico, formado sobre las osamentas de la mastaba, simbolizaba el Bien y el Mal, a un mismo tiempo.
¿Qué debía hacer? ¿Pronunciaba la frase sagrada o invocaba el número del Maligno?

Antes de tomar una decisión, Sinuhé intentó sopesar su situación. Si entonaba la plegaria sagrada, lo más probable es que viera franqueado su acceso a la torre. En ese caso, ¿qué nuevas aventuras le aguardaban? ¿Podría encontrar a su compañera? Si, por el contrario, se decidía por el número de la Bestia, ¿qué sería de él?
Echó un vistazo al símbolo chino, preguntándose, incluso, si los hombres Pi no estarían nuevamente en lo cierto: ¿no habría caído en otra ensoñación? ¿No sería todo aquello una trampa de los rebeldes?
-Pero ¿y Solonia? -se rebatió a sí mismo-. El guardián de Edén no puede ser una maquinación del Maligno...
Probablemente fue esta última reflexión la que le condujo a la que, sin saberlo, iba a ser su postrera elección en aquella primera fase de la misión.
Y antes de que su atormentado espíritu pudiera volverse atrás, se puso en pie. Sujetó la espada, apuntando con ella al centro del cuadrado y, procurando ocupar su mente y corazón con una sola idea -Nietihw-, gritó con todas sus fuerzas:
-¡Yavé..., nuestro Dios...!

Como si se tratara de proyectiles invisibles, aquellos primeros sonidos, nada más escapar de los labios de Sinuhé, empezaron a pulverizar las calaveras. La primera en estallar, desintegrándose, fue la situada en el ángulo superior izquierdo del cuadrado. Y, a continuación, vertiginosamente y siguiendo un rígido orden, desaparecieron todas las que componían las tres hileras superiores.
El prodigio le cogió tan de sorpresa que, estupefacto ante la cadena de silenciosas explosiones, interrumpió la plegaria. Pero, al ver cómo el proceso de apertura del muro se detenía, se apresuró a concluirla:
-...¡Adonai es uno!
De manera fulminante, las dos últimas hileras -las que componían las palabras OPERA y ROTAS- saltaron igualmente por los aires.
En el lugar que habían ocupado las veinticinco calaveras se abría ahora un oscuro y cuadrado orificio de un metro de lado.
El investigador, absorto en la contemplación de dicha abertura, no reparó en otro curioso y significativo hecho: aquella plegaria bíblica sumaba también veintiséis letras...
En una primera reacción, el iuranchiano se aproximó a la boca de lo que suponía otro pasadizo. Pero, al asomarse, le fue imposible distinguir nada en absoluto. Todo se hallaba sumido y dominado por una tiniebla espesa. Curiosamente, la luminosidad amarillenta que rodeaba a Sinuhé resultaba bruscamente interrumpida en el umbral mismo del supuesto acceso a la fortaleza.
Introduciendo la cabeza y el tórax por la abertura, extendió sus brazos, pero no logró palpar paredes, escalinatas o suelo algunos. Aquello era lo más parecido al vacío... Sólo la corriente de aire se había hecho más intensa y fría.
Al retirarse del interior de la mastaba, permaneció pensativo, sin perder de vista el negro acceso. Una vez más, sólo había un medio de salir de dudas: aventurarse en la torre. Había que armarse de valor y cruzar aquel cuadrado.
Y un familiar cosquilleo en las entrañas le anuncio- nuevos e inminentes peligros...

Sinuhé no tardaría en hacer frente al primer contratiempo...

Después de sujetar su espada al cinto, inspiró profundamente y, aferrándose a los cráneos laterales que delimitaban la cuadrada oscuridad, se dispuso a saltar al interior de la base del gran torreón. En realidad no sabía qué iba a encontrar al otro lado. Ni siquiera si sus pies hallarían sustentación alguna... Pero había que hacerlo.

Elevó su pierna derecha, introduciéndola en las tinieblas y, cuando se hallaba a caballo sobre el muro, a punto de pasar la otra pierna, un crujir de osamentas le hizo volver el rostro. Quedó paralizado. A su espalda, procedente quizá del otro lado de la mastaba, había irrumpido un nutrido grupo de aquellas criaturas enanas y monstruosas.

-¡Dios mío!... ¡Los medianes!

Al momento, otra sucesión de chasquidos, proveniente esta vez del lado opuesto, vino a unirse a las pisadas de aquel pequeño ejército de rebeldes que avanzaba hacia él. Inmediatamente, surgió ante Sinuhé una segunda tropa de seres de enormes cabezas y brazos desproporcionados.

De un salto abandonó la abertura y, separándose del muro, rescató la espada del cinto, blandiéndola en actitud defensiva. Al empuñar el arma, los medianes se detuvieron. Sinuhé, girando sin cesar sobre sí mismo, trató de no perder de vista a las criaturas. Pero, tras aquel primer y aparente momento de duda, reanudaron su lento pero decidido caminar hacia el iuranchiano. A su paso, las calaveras volvieron a astillarse, rompiendo el silencio con una sobrecogedora trepidación.

Cuando se hallaban a poco más de diez metros, el soror, con la garganta seca por el miedo, observó cómo aquella multitud alargaba sus brazos hacia él, dispuesta, sin duda, a capturarle. Y en su memoria apareció entonces una perdida imagen: la de la pesadilla sufrida en la Casa Azul, poco antes de que se viera envuelto en tan penosa aventura...

Fuera de sí, con la hoja de la espada vibrando, se dirigió entonces al grupo que había irrumpido en primer término. Estaba dispuesto a no dejarse atrapar. Incluso, si fuera necesario, a morir en la lucha...

Al verlo cargar contra ellos, los medianes interrumpieron nuevamente su marcha. Y una de las criaturas que avanzaba en cabeza se destacó unos pasos, clavando la mirada de sus negros

ojos en el excitado humano. La penetrante mirada y la innegable audacia del rebelde, que parecía aguardar impasible el golpe fatal de la espada iluminadora, causaron en Sinuhé un efecto inexplicable. Se detuvo frente al pequeño ser y, desconcertado, mantuvo el arma por encima de su cabeza, atento al menor movimiento sospechoso. Pero el median, abriendo el reducido orificio que hacía las veces de boca, exclamó:

-Nada puedes hacer, extranjero... Entrégate a la fuerza de Belzebú, nuestro jefe.

Y extendiendo sus larguiruchos brazos, le invitó a entregar la espada.

Tal y como había imaginado, aquellas decenas de monstruos de cabezas en forma de pera invertida, de piel oscura y correosa y con el círculo negro y rojo en el pecho, símbolo de Lucifer, eran los servidores de Belzebú. Eso significaba que la torre se hallaba habitada y que Nietihw debía encontrarse prisionera en alguna de aquellas seis plataformas...

La confirmación de sus sospechas y el recuerdo de su amiga encendieron de nuevo la ira del investigador, quien, por toda respuesta, descargó un violento mandoble sobre el cráneo del median. Y las letras que formaban la hoja se hundieron en la cabeza de la criatura, partiéndola en dos. El rebelde cayó fulminado mientras Sinuhé, describiendo grandes círculos con el arma, se arrojó sobre el compacto grupo, dispuesto a pelear hasta el último aliento.

Las criaturas retrocedieron y algunas, probablemente tan asustadas como el soror, tropezaron entre sí, rodando sobre las osamentas.

Animado por la desordenada fuga de los rebeldes, atacó nuevamente, destrozando de un tajo a dos de los medianes más próximos. Pero, cuando se disponía a cargar sobre el resto, el segundo contingente, que había seguido avanzando por su espalda, hizo presa en sus piernas, cintura y hombros, derribándole de espaldas sobre las calaveras.

Desde el suelo, el iuranchiano siguió golpeando con la espada iluminadora, hiriendo a vanos de los medianes que se habían arrojado -a decenas- sobre su cuerpo. A pesar de sus patadas y mandobles, de sus convulsiones y hasta cabezazos, la

superioridad numérica de sus adversarios terminó por inmovilizarle. Y la espada saltó finalmente de entre sus manos. Sinuhé siguió bregando por zafarse de aquella montaña de repulsivos seres. Pero, firmemente sujeto por decenas de manos, sus movimientos fueron perdiendo fuerza y efectividad y, al poco, agotado, tuvo que someterse.

Y ocurrió lo inesperado. Inexplicablemente, los medianes le soltaron, haciendo un círculo a su alrededor. Y el caído y atónito Sinuhé descubrió, flotando sobre él, a su espada iluminadora. Por un momento, la oportuna aparición le infundió nuevos ánimos. Y creyendo que los rebeldes se retiraban atemorizados, se incorporó veloz, en busca del arma que le entregara Solonia. Extendió los brazos hacia ella y, cuando estaba a punto de tomar la empuñadura, la hoja celeste -dirigida por una fuerza invisible- hizo un brusco movimiento, alejándose. Los rebeldes abrieron entonces el cerco y Sinuhé, en su afán por recuperarla, se precipitó tras ella. La espada, tras un corto vuelo, había ido a clavarse sobre uno de los medianes muerto por el iuranchiano. Cegado por su deseo de hacerse con el arma que podía permitirle reanudar el combate, intentó empuñarla por segunda vez. Pero, antes de que sus manos alcanzaran la guarnición, la espada saltó del cadáver y su hoja apuntó directamente al rostro de Sinuhé. Éste, perplejo, se detuvo. La punta se hallaba manchada de una especie de sangre negra y pastosa. Y antes de que pudiera comprender lo que sucedía, se disparó hacia el soror y la N se clavó en sus ojos.

Con un alarido de dolor, llevó sus manos a la hoja, luchando por arrancarla. Sin embargo, lo único que logró fue herirse nuevamente con el filo de las letras. Tambaleándose, sintió cómo las fuerzas escapaban de su cuerpo. Y una frase grave y lejana retumbó en su memoria, al tiempo que se derrumbaba:

...Pero escucha mi advertencia, hijo de IURANCHA... Aquel que la emplee para la violencia, que sólo espere violencia.

Un agudo dolor en los ojos -el mismo que le había derribado al pie de la Torre de Amón- le hizo volver en sí.

Y el corazón de Sinuhé se encharcó de angustia.

-¡Todo está oscuro!

Aquellas primeras palabras fueron acompañadas de unos imperceptibles sollozos. Y el desdichado investigador comprendió que no se hallaba solo.
Llevó sus manos al rostro y los dedos tropezaron con algo rígido y frío. Algo que permanecía clavado en sus ojos. Lo exploró y a su mente acudieron prestas las imágenes de la N que había formado parte de la hoja de la espada iluminadora y el final de su lucha contra los medianes rebeldes.
-¡Dios mío! -musitó al comprobar que la letra seguía incrustada en ambos ojos. Aquélla era la causa de su ceguera.
¿Dónde estaba? ¿Qué había sucedido?
El dolor cedió lentamente y el miembro de la Escuela de la Sabiduría se incorporó a medias, palpando primero el suelo sobre el que había recobrado el conocimiento. Aunque su visión se hallaba totalmente perdida, reconoció en seguida las aristas y los inconfundibles perfiles de las calaveras sobre las que había caminado en su aproximación a la fortaleza. Aquellos cráneos, sin embargo, parecían firmemente soldados entre sí. De rodillas, siguió examinando el pavimento, corroborando además que todos y cada uno de los restos habían sido dispuestos con sus descarnados rostros hacia arriba. Aquello aún le alarmó más. Sin duda no se trataba de los alrededores del fortín, donde las osamentas habían sido abandonadas de cualquier forma.
En aquella misma posición, de rodillas, alargó su mano derecha hacia el negro vacío que le rodeaba, en busca de algo que le permitiera identificar el lugar. Y sus dedos tropezaron. Las yemas tentaron nerviosamente y en Sinuhé se hizo una luz: ¡eran cabellos! Siguió palpando con vehemencia, comprobando que, en efecto, se trataba de unos cabellos largos y sedosos. Y temblando de emoción aproximó su otra mano a aquella cabeza. Sus dedos recorrieron entonces las facciones, deteniéndose con emoción en los ojos.
-¡Dios mío!
Estaban húmedos: ¡arrasados por las lágrimas! Sin poder contenerse exclamó con voz quebrada:
-¡Nietihw!
Unas manos suaves y delicadas salieron al encuentro de las suyas, tomándolas con fuerza. Y aquellos sollozos que habían acompañado el despertar del iuranchiano se hicieron más

intensos y entrecortados. La mujer, de rodillas frente a Sinuhé, se arrojó en sus brazos, abrazándole.
-¡Nietihw!... ¡Nietihw!
El joven sólo acertaba a repetir el nombre de su compañera. Y ésta, incapaz de responder, dominada a un tiempo por la alegría del reencuentro y la profunda desolación que le inspiraba el estado de su amigo, se limitó a hundir el rostro en el hombro del miembro de la Logia, dejándose arrastrar por aquel torrente de confusos sentimientos.
Sinuhé, acariciando sus cabellos, dejó que se desahogara. Cuando la mujer se tranquilizó, el soror, tras secar sus mejillas, le rogó que empezara por el principio: ¿cómo había sido capturada? ¿Dónde se hallaban?...
Las explicaciones de Nietihw no fueron muy extensas. Cuando se vio arrebatada en la cámara dorada, la presencia de unas criaturas monstruosas, semejantes a Vana, el median rebelde que les indicara la dirección de Dalamachia, provocó en ella un desmayo fulminante. Al volver en sí se hallaba en aquel mismo lugar.
-Desde entonces -concluyó Nietihw- sólo he vivido para este momento.
-¿Dónde estamos? ¿Qué clase de cárcel es ésta?
-Dices bien, Sinuhé -repuso la hija de la raza azul con amargura-, según la criatura que nos acompaña en esta celda macabra, los tres nos hallamos bajo el dominio de Belzebú, en una fortaleza que llaman la Torre de Amón...
-Entonces -murmuró el iuranchiano, comprendiendo que había sido conducido al interior del fortín-, todos nuestros esfuerzos por recuperar los archivos secretos...
La mujer guardó silencio. Fue una significativa respuesta. Todo, en efecto, parecía perdido...
Sinuhé, cayendo en la cuenta de las últimas frases de su amiga, preguntó de nuevo:
-¿Es que nos acompaña alguien?
Nietihw tomó entonces el brazo del ser que permanecía en pie junto a la pareja y, aproximándolo a su compañero, puso en contacto la mano de la criatura con la de Sinuhé. Al palparla, el soror se estremeció. Siguió recorriendo la áspera piel del larguísimo y famélico brazo, hasta acertar a tocar la cabeza. Al

comprobar la forma y dimensiones de la misma, retiró sus dedos, asustado ante lo que tenía delante.
-¡Un median!
-Sí -confirmó la mujer en tono tranquilizador-, un viejo amigo nuestro... Se trata de Vana.
-¿Vana?... Pero ¿por qué?
Esta vez fue la pequeña criatura la que habló:
-Poco a poco irás comprendiendo que Belzebú no perdona. Y yo, según nuestras leyes, cometí un error al indicaros el camino hacia los hombres Pi. Además, tu flecha de hielo me ha marcado para siempre...
-No te comprendo -intervino Sinuhé.
Nietihw le ayudó a ponerse en pie y conduciendo sus manos las depositó sobre el pecho de Vana. Al tocarlo, experimentó una clara sensación de calor. Sus dedos se deslizaron sobre el tórax del median al tiempo que recordaba cómo las fauces de hielo de Samej, la serpiente, habían dejado sobre el escudo circular de Lucifer un total de 72 hendiduras por las que brotaron unos misteriosos rayos escarlatas.
-¡No es posible! -exclamó al comprobar cómo las citadas hendiduras se habían cerrado, sustituyendo el emblema del Maligno por el triple círculo de Micael.
-Lo es, Sinuhé -replicó el median-. Ahora, con la bandera del Soberano de Nebadon sobre mi pecho y voluntad, me he convertido en un proscrito... para Belzebú y su gente. Como vosotros, sólo espero mi definitiva muerte...
-¿Como nosotros? ¿Qué quieres decir?
A una indicación de Nietihw, Vana guardó silencio. La mujer, en un intento por desviar la atención de su compañero de la dramática revelación apuntada por el median, le suplicó que fuera él quien relatara ahora cuanto le había acontecido desde su separación.
Comprendiendo que algo grave sucedía, obedeció, pasando a informarle sobre su extraño encuentro con su doble del espejo, sobre las incidencias en la antecámara funeraria y en la cripta de los tres féretros, así como sobre su aventura en la cámara acorazada de Dalamachia, su posterior vuelo hacia el sol negro y la aproximación a la torre, con el fatídico combate final.

Al terminar su relato, Sinuhé, llevando sus manos a la N que había provocado su ceguera, concluyó visiblemente decaído:
-Todo, en fin, se ha perdido. Hemos fracasado.
Nietihw, con un hilo de esperanza en su voz, repuso después de un corto silencio:
-Puede que no, Sinuhé..., puede que no...

Alertado por aquella insinuación, el iuranchiano buscó el rostro de su amiga.
-¿En qué estás pensando? -Si no he entendido mal -explicó la mujer, dirigiéndose a ambos-, los hombres Pi te revelaron que el Gran Tesoro (la pluma de Thot) sólo puede ser interrogada por alguien que ostente la señal de Micael...
-Cierto -subrayó Sinuhé.
-Y tal y como aseguró Amen-Em-Apt, no es menos cierto que los rebeldes, al menos hasta hoy, siguen ignorando la suerte de su maestro y caudillo: Lucifer. ¿Me equivoco?
La pregunta fue dirigida en esta ocasión a Vana. Éste asintió con la cabeza.
-Siendo así -concluyó su argumento-, y puesto que sólo tú, Sinuhé, conservas la marca de Micael, ¿por qué no aprovecharnos de dicha ventaja?
-¿Aprovecharnos? ¿Cómo? -repuso el miembro de la Logia sin comprender las intenciones de su compañera.
-Muy Simple. Pactemos con Belzebú. Si nos permite llegar a los archivos secretos, tanto él como nosotros podríamos conocer la parte de Verdad que nos interesa...
Sinuhé recordó cómo aquella posibilidad había planeado ya sobre su corazón en la cámara acorazada... Y ahora, la hija de la raza azul, lejos de rendirse, se había encargado de resucitarla, avivando así una remota esperanza.
Sin embargo, el median, con un sentido más realista de las circunstancias, recordó a la pareja que, para poner en práctica tan difícil idea, primero había que salir de aquella celda...
-Vana tiene razón -apuntó Sinuhé. Y tomando a su amiga por el brazo, le pidió que le guiara y detallara las características del lugar.
-No hay mucho que explicar -terció la mujer-. Hemos sido encerrados en un reducido cubículo, cuyos muros, techo y suelo

están formados o cubiertos por cientos de osamentas como las que has podido palpar. Por sus cuencas, fosas nasales y bocas -añadió la mujer con un estremecimiento-, brota una continua luz negra y roja...
-¿Negra y roja? -le interrumpió el soror.
-Sí. Por cada una de las aberturas de esos macabros cráneos sale un cilindro de luz: el centro del mismo es de color granate, y el resto, algo así como la envoltura, negro.
-¡El signo y emblema de Lucifer! -exclamó Sinuhé, pensativo. A continuación, interrumpiendo sus reflexiones, preguntó de nuevo-: ¿En qué punto exacto de la torre nos encontramos?
-Según Vana, en la primera mastaba o plataforma. En la base de la fortaleza.
Nietihw, adelantándose a la siguiente pregunta, aclaró:
-La sede y trono de Belzebú están ubicados en la quinta o penúltima plataforma...
-¿Y el Gran Tesoro?
Nietihw cruzó una mirada con Vana. El median, sin perder su frialdad habitual, respondió así:
-Olvida cualquier pensamiento de fuga, Sinuhé... Esto no es Dalamachia. Estamos en manos de Belzebú y sólo él puede aceptar o rechazar el trato que ha sugerido Nietihw...
-Está bien -replicó el soror, que no era fácil de doblegar-, pero ¿dónde está escondido el Gran Tesoro?
Nietihw y Vana no llegaron a responder.
-¿Dónde? -insistió el iuranchiano.
La hija de la raza azul, tomando su mano, le suplicó silencio.
Un estridente chirrido, procedente de uno de los muros, hizo volver el rostro a Sinuhé.
-¿Qué es eso?
Nietihw, aproximándose al oído de su inquieto compañero, susurró:
-No lo sabemos... Los haces de luz que escapaban de una de las paredes han desaparecido... Parece como si...
La hija de la raza azul no pudo continuar. El chirrido se hizo más agudo, llenando la celda y traspasando los oídos de la pareja como dagas invisibles. Y ambos, presa del dolor, llevaron sus manos sobre las orejas, en un vano intento por evitarlo.

El chirrido, al ganar en intensidad, fue transformándose en un aullido. Y bruscamente, cuando creían que sus cerebros estaban a punto de estallar, cesó. Cada una de las osamentas que formaba aquel muro se tiñó de rojo, como si un fuego implacable las devorase desde el interior. La pareja, y también Vana, notaron cómo una oleada de calor se desprendía de la pared, llenando la celda. Al momento, una a una, las calaveras fueron cayendo, convertidas en ascuas.
Cuando el último cráneo rodó sobre el pavimento, en el lugar que había ocupado la pared, Nietihw distinguió una silueta circular y de un rojo brillante.
-¿Qué es eso? -preguntó temerosa.
Vana, dando un paso hacia la extraña figura, respondió:
-El símbolo del universo. Belzebú se ha hecho con él. Ahora -añadió señalando la mitad superior del disco- domina el Yin...
-¿El Yin? -terció Sinuhé, adivinando de qué se trataba.
Vana asintió. Y los iuranchianos comprendieron que los rebeldes se habían apoderado del disco chino que había cambiado la suerte de Sinuhé cuando se vio invadido por las heridas.
No hubo tiempo para más. Por detrás del Yin-Yang surgieron varios rebeldes que, a empellones, los sacaron del habitáculo. Sinuhé, desamparado, gritó el nombre de su compañera, buscándola con los brazos extendidos hacia el vacío.
-¡Sinuhé!
La respuesta de la hija de la raza azul y su lucha por desembarazarse de las criaturas que la conducían a escasos metros por delante de su amigo fueron inútiles. Dos de los medianes sujetaron entonces al iuranchiano, forzándole a caminar. Detrás, Vana, con sus brazos igualmente controlados por otros rebeldes, cerraba la comitiva.
El soror comprendió que empezaban a ascender por una especie de rampa, toda ella cubierta por osamentas dispuestas de idéntica forma a las que había palpado en la celda: con los rostros hacia arriba.
Los centinelas forzaron la marcha, arrastrando a los prisioneros por un interminable corredor que recorría la torre en forma de espiral. Delante, ingrávido y silencioso, avanzaba el símbolo del Yin-Yang.

Si el miembro de la Escuela de la Sabiduría hubiera conservado la vista habría observado cómo, a su paso, en los muros del estrecho pasadizo -todo él recubierto de cráneos-, iban abriéndose un sin fin de pequeñas puertas de apenas un metro y medio de altura. En el umbral se recortaban fugaces y curiosas las siluetas de otros medianes.
Al fin, tras una penosa caminata, Sinuhé se sintió violentamente empujado hacia adelante, precipitándose sobre un suelo de cortantes aristas. Al punto, cuando trataba de levantarse de aquel pavimento de calaveras, las solícitas manos de Nietihw acudieron en su auxilio.
-Soy yo. ¡Ánimo!
-¿Dónde estamos?
La hija de la raza azul, bajando el tono de voz, le explicó que habían sido trasladados a una enorme sala circular y abovedada, decorada también con miles de aquellos restos humanos. De todas las cuencas, fosas nasales y mandíbulas partían millares de haces cilíndricos y luminosos -negros y rojos- que daban al recinto una siniestra Claridad. Frente a ellos, sentados en once tronos que se alineaban en forma de semicírculo y que aparecían igualmente decorados con decenas de osamentas, les observaban otros tantos seres.
Y Nietihw, aferrándose al brazo de su compañero, se estremeció...

Sinuhé, ante los temblores y el súbito silencio de la hija de la raza azul, presintió que algo grave sucedía.
-¿Qué ocurre? ¿Quiénes son esos once seres? -cuchicheó, inclinando su rostro hacia el de Nietihw.
Pero la mujer no respondió. La criatura situada en el asiento central se levantó e instantáneamente, en un indudable gesto de deferencia hacia él, el resto de los medianes hizo lo propio, permaneciendo frente a sus sitiales.
Aquel ser -un median, en efecto- presentaba idéntico aspecto al de Vana y al de los demás rebeldes. Su única diferencia se hallaba en una larga capa roja que, al caminar, flotaba mansamente sin tocar el suelo. Aquella prenda, continuamente agitada por Un viento inexistente, arrancaba de los enjutos hombros, como sí formara parte de la negra y rugosa piel del

individuo. Bajo la gran cabeza, quizá algo más voluminosa que las de sus hermanos de tronos, colgaba una gruesa cadena de oro. Y de ésta, justo sobre el emblema de Lucifer, una llave no menos considerable, en relación a su escasa talla.
Para Vana, que asistía indiferente a la aproximación del median, el singular comportamiento de los rayos luminosos al paso del que parecía el jefe, no constituyó motivo de extrañeza o alarma. Sí para Nietihw, que fue a refugiarse tras Sinuhé. Conforme caminaba, los cilindros luminosos que irradiaban las oquedades de las calaveras se extinguían, formando un estrecho pasillo. Y aquel pasillo le llevó justamente frente al miembro de la Gran Logia.
Los guardianes, situados hasta esos momentos a espaldas de los prisioneros, hicieron ademán de interponerse entre Sinuhé y el jefe. Pero, a un imperativo gesto de una de sus diminutas manos, los rebeldes recuperaron su primitiva posición.
Al llegar a un paso del soror, el median, después de examinar con suma atención la N que seguía clavada en sus ojos, movió la cabeza repetidas veces, en señal de desaprobación. Y el escondido orificio circular que hacía de boca se abrió, dando paso a una voz que Sinuhé asoció a la de un anciano.
-¿Preguntabas quiénes somos? Permíteme que sea yo el primero en presentarme... Mi verdadero nombre es A-B-C, el primero, decano de los medianes secundarios en IURANCHA...
-¿A-B-C, el primero? -intervino Sinuhé con gran extrañeza.
Y el jefe, adoptando un tono benevolente, aclaró sus dudas.
-Comprendo tu sorpresa, extranjero. Desde hace mucho tiempo soy conocido por el sobrenombre de Belzebú...
El median captó el espigonazo de terror que había sacudido a Nietihw y, dirigiéndose a ella, repuso:
-Tu temor me resulta familiar..., y justificado, estimada amiga. Pero no te dejes dominar por mi aspecto ni por lo que supones que represento.
El iuranchiano, indignado por lo que estimaba un sarcasmo, se enfrentó al median.
-¿Amiga? ¿Cómo puede hablar así un servidor del Maligno?... ¿Desde cuándo somos amigos tuyos?
Belzebú pareció estimar aquel sincero y audaz gesto del extranjero. Y, ante la sorpresa de Sinuhé, fue a situar su mano

sobre los tres círculos concéntricos que mostraba el costado izquierdo del joven.
-Aunque no lo comprendas -replicó el median-, vosotros y nosotros tenemos algo en común: todos hemos buscado, y seguimos buscando, la Verdad. En cuanto a esa definición tuya (la de Maligno), resulta lógica, ya que ignoras muchas cosas...
Nietihw, ciertamente sorprendida por los modales y el sereno tono de A-B-C, el primero, terminó por sobreponerse. Y, asomándose por detrás de su amigo, preguntó con un hilo de voz:
-¿Qué quieres de nosotros?
Belzebú fue rotundo y directo. Sin embargo, Sinuhé, que carecía de la fina intuición femenina, no captó, de momento, las intenciones del jefe de los medianes rebeldes.
-En el fondo -respondió la criatura, retirando la mano del emblema de Micael-, lo mismo que vosotros pretendéis de mí...
Y antes de que la hija de la raza azul interviniera de nuevo, dio media vuelta, regresando a su trono. Conforme se retiraba, los gruesos rayos negros y rojos brotaron de nuevo por los orificios de los cráneos, entrecruzándose con los que manaban de los muros y bóveda.

Al tomar asiento, los diez medianes imitaron a Belzebú. Y un expectante silencio se hizo en la sala, apenas roto por el leve tintineo de la llave de oro al ser golpeada por el jefe, lenta y rítmicamente, contra los eslabones de la cadena. Aquel juego se prolongó unos minutos. Finalmente, el median se dirigió de nuevo a los prisioneros, exponiéndoles con visible cansancio:
-Desde hace dos mil años, fruto de esa ignorancia que domina IURANCHA, hemos sido aborrecidos, condenados y ahora, en vuestro siglo XX, incluso, ignorados. La Humanidad no sabe que hubo un tiempo en el que colaboramos en el engrandecimiento y en la evolución de los mortales. Pero, desde la cuarentena, vuestro mundo (nuestro mundo) ha sido engañado. La verdad que justificó aquel levantamiento contra el orden establecido ha sido deformada y manipulada. En los últimos siglos de IURANCHA, como sabéis, los estúpidos ministros de las iglesias y religiones nos han ido bautizando y calificando con definiciones tan grotescas y pueriles como

diablos, demonios y fuerzas del Mal. -Belzebú alzó la voz y, señalando a los prisioneros, remachó-: Vosotros mismos, buscadores en definitiva de la Verdad, nos consideráis enemigos...
-¿Es que no hay sobradas razones para ello? -replicó Sinuhé-. ¿Es que no habéis dominado el mundo y a sus pobladores durante milenios? ¿Es que puedes negar la nefasta influencia del Maligno, cubriendo de odio, guerras, desolación y muerte a millones de seres humanos? Hoy, por supuesto -se animó el iuranchiano ante el silencio del median-, se adivina vuestra oscura y tenebrosa mano detrás de la ambición de los políticos, del refinamiento y sadismo de verdugos cubiertos de condecoraciones, del falso misticismo y de la sed ilimitada de poder de las propias iglesias, de la intransigencia de los teólogos, de la inhumana carrera belicista... En fin, para qué seguir -concluyó el investigador, convencido de lo inútil de sus argumentos-. Es evidente que habéis logrado la posesión de numerosas conciencias...
-La falta de información -repuso Belzebú al momento- os ha llevado, como a tantos, a falsas interpretaciones. Es cierto que, durante algún tiempo y por razones muy distintas a las que imagináis, los leales a Lucifer trabajamos en IURANCHA en contra de una verdad (la vuestra), que fue, justamente, la causa y la razón del gran levantamiento. Pero, desde hace dos mil años, desde la llegada del Espíritu (lo que vosotros llamáis Pentecostés), ni uno solo de mis medianes puede influir en las conciencias de los iuranchianos y, mucho menos, tomar posesión de ellas. Eso terminó...
Sinuhé, vaciló. Y Belzebú, saliendo al paso de sus pensamientos, declaró:
-Sé lo que pensáis... Pero podéis estar seguros que el actual caos de los hombres, su progresiva degradación y, en especial, el debilitamiento y anulación de sus conciencias, no obedecen a intervención alguna de los que mantenemos la lealtad al que tú llamas Maligno. En todo caso, esa innegable y crítica situación arranca del aislamiento a que se ha visto sometido el planeta por las muy altas jerarquías celestes que dicen servir a la Verdad...

En aquellas últimas palabras, el median dejó traslucir un profundo desprecio.
-¿Razones muy distintas a las que imaginamos? -preguntó Nietihw, que seguía con atención el encendido debate-. ¿A qué razones te refieres? ¿Es que la Verdad no es una?
Belzebú, como si estuviera esperando la cuestión planteada por la hija de la raza azul, hizo una señal al median situado a su derecha.
-Golab -anunció- te responderá por mí.
Y el median, poniéndose en pie, procedió a relatar el siguiente apólogo:
-Cuentan que otro buscador de la Verdad salió en cierta ocasión a los caminos de IURANCHA. Y allí, en el gran cruce del mundo, interrogó a sus hermanos.
-Decidme: ¿cuál es la Verdad?
-Busca en la Filosofía -respondieron los filósofos.
-No -argumentaron los políticos-. La Verdad está en el servicio.
-Entra en las catedrales -le aseguraron los clérigos.
-Sin duda, la Verdad es la Sabiduría -terciaron los sabios.
-Renuncia a todo -esgrimieron los ascetas.
-Contempla y ensalza las maravillas del Señor -le anunciaron los místicos.
-Acata y cumple las leyes -señalaron los gobernantes.
-Conócete a ti mismo -cantaron los guardianes del esoterismo.
-La Verdad está en los números sagrados -dedujeron los cabalistas.
-Vive los placeres -aconsejaron los epicúreos.
-Únete a nosotros -le gritaron los revolucionarios.
-Vive y deja vivir -clamaron los existencialistas.
-La Verdad es un mito -respondieron los escépticos.
-El pasado: ésa es la única Verdad -lamentaron los nostálgicos.
Confundido, aquel humano se dejó caer sobre el polvo del camino, mientras aquella multitud se alejaba, cantando y reivindicando su verdad. En eso, acertó a pasar junto al iuranchiano un venerable anciano que portaba un refulgente diamante.
-¿Quién eres? -preguntó el derrotado buscador de la Verdad.
Y el anciano, mostrándole el diamante, respondió:
-Soy el guardián de la Verdad.

-¿La Verdad? ¿Es qué existe?
El anciano sonrió y aproximando la gema al rostro del humano, replicó:
-La Verdad, como este tesoro, tiene mil caras. A cada uno le corresponde averiguar cuál es la que le toca.
Golab guardó silencio y, a una señal de Belzebú, volvió a sentarse.
-A vosotros -prosiguió el jefe de los medianes-, desde la niñez, se os ha mostrado una de las mil caras de la Verdad. Pero ¿qué sabéis del resto? ¿Es que conocéis acaso el Manifiesto de la Libertad, el más justo y valiente pronunciamiento que se haya hecho jamás en nuestro universo local y que constituyó la filosofía de nuestra rebelión?
Aquella inesperada revelación los dejó perplejos.
-Luego es cierto que hubo otras razones que justificaron y provocaron la revuelta de Lucifer... -comentó el miembro de la Escuela de la Sabiduría en tono inseguro.
El median, como impulsado por un resorte, se puso en pie. Sus diez acólitos hicieron lo mismo. Y dirigiéndose precipitadamente hacia los prisioneros, estalló al llegar frente a ellos:
-¡En nombre de esa Verdad que tanto ansiáis: pensad! ¿Es que la torpe explicación de algunas iglesias sobre dicha rebelión puede satisfacer a una mente lógica y sensata? ¿Es que consideráis al soberano sistémico de Satania y a los millones de seres que se unieron a él tan solemnemente estúpidos como para alzarse contra el orden establecido, simplemente porque querían ser como Dios?
Belzebú dio media vuelta, regresando a su trono.

En la mente de Sinuhé habían quedado grabadas cuatro desconcertantes palabras: Manifiesto de la Libertad. ¿Qué era aquello? ¿Por qué dicho pronunciamiento -según el jefe de los medianes rebeldes- había animado a legiones de seres de indudable inteligencia y sabiduría a la más nefasta rebelión de Nebadon? ¿Qué otras verdades eran silenciadas o ignoradas por las iglesias del mundo en torno a la citada revuelta?
-Podéis estar seguros -añadió Belzebú, recuperando su habitual calma- que nosotros, los leales a Lucifer, somos los primeros

interesados en que la Humanidad conozca esa parte de la Verdad...
-¿Te refieres a la rebelión? -preguntó Sinuhé, impaciente.
-Por supuesto.
-Tú mismo acabas de contradecirte, Belzebú -apuntó el iuranchiano, convencido de que aquellos deseos del rebelde eran una nueva muestra de sus intrigas y falsedades-. Si realmente pretendéis que la Verdad sea conocida, ¿por qué robasteis el Gran Tesoro?
El median dio muestras de impaciencia.
-Sé que no puedo convenceros -exclamó mientras hacía girar nerviosamente la llave entre sus dedos-, a menos que la pluma de Thot hable por mí... Nosotros no robamos el Gran Tesoro. Simplemente, lo restituimos a sus legítimos depositarios. Fueron los huidos de la ciudad modelo de Dalamachia (los atlantes) quienes, furtiva e ilegalmente, se apoderaron de los archivos...
Sinuhé notó cómo su amiga presionaba su brazo en un signo de complicidad. Y el iuranchiano comprendió: aquella versión chocaba frontalmente con la de los hombres Pi. Pero ambos -aunque confusos- seguían creyendo en la de Amen-Em-Apt.
-Si es como dices -planteó la hija de la raza azul en un intento de acorralarle-, ¿por qué tus leales han luchado para impedir nuestro acceso a la Torre de Amón?
-Digamos que por dos grandes razones.
Belzebú extendió sus manos hacia Golab, reclamando algo. Al momento, el que parecía su lugarteniente le entregaba un pequeño frasco de cristal.
-¡Los ibos! -murmuró Nietihw al reconocerlo.
El jefe de los medianes, mostrándoles la arena mágica que portara la mujer en el momento de su captura, prosiguió:
-En primer lugar, nunca luchamos contra ti, hija de la raza azul. En todo caso, luchamos por atraerte...
Desde que IURANCHA se vio sometida a la injusta cuarentena, los frutos del Árbol de la Vida no surten efecto en nuestros circuitos vitales. Y, aunque longevas, las vidas de mis medianes terminan por consumirse. Por ello, tu precioso, aunque pequeño, cargamento de tiempo, fue una constante tentación... Espero que sabrás comprendemos.

¡El Árbol de la Vida! La mención de Belzebú a tan fascinante enigma casi desvió la atención de Sinuhé. ¿Qué sabía el jefe de los rebeldes sobre ello?
-La segunda razón (la más importante), la conocéis ya. Aquellos que os han enviado pudieron mostraros la Verdad directamente. Sin embargo (justa o injustamente), han preferido que la halléis por vosotros mismos. Ahora, a un paso del Gran Tesoro, ellos y nosotros sabemos que no habéis desfallecido. Aunque, desde otra perspectiva, los leales a Lucifer también os hemos probado...
Nietihw y Sinuhé no salían de su asombro. Y fue el soror quien expresó en voz alta sus pensamientos:
-No puedo creer que hayamos servido a dos fuerzas a un mismo tiempo... No es posible que ambas estuvieran de acuerdo.
-Te diré algo, Sinuhé: quizá sea tu ingenuidad lo que más ha conmovido a ambas partes..., como tú las llamas. ¿De verdad crees que hubieras podido llegar hasta aquí sin, digamos..., nuestra colaboración?
Belzebú hizo otra estudiada pausa, dejando que el joven se estremeciera ante aquella interrogante.
-El día que tengáis acceso a esa parte de la Verdad -remató con una vieja y sospechosa cita bíblica- vuestros ojos se abrirán... Entonces, sólo entonces, comprenderéis que el Bien y el Mal son irreales. Que las promesas de salvación que pregonan vuestras iglesias no son otra cosa que astutos chantajes para lograr la sumisión de los humanos; es decir, el poder...
-Algunas iglesias son buenas... -replicó Nietihw.
El median le miró con aquellos ojos negros y brillantes como la noche y la hija de la raza azul creyó distinguir en ellos una sombra de piedad.
-¡Las iglesias...! ¡Querida amiga! Escucha a mis leales. Ellos, como yo, conocen el pasado, el presente y el futuro del corazón de IURANCHA...
Otro de los medianes, el que tomaba asiento a la izquierda de Belzebú, atendió el ruego de su jefe y, poniéndose en pie, habló así a los prisioneros:
-Mi nombre es Harab. He dedicado mi tiempo a conocer el pasado, el presente y también el futuro de lo que vosotros llamáis iglesias. Y esto es lo que he visto...

En un principio pobló IURANCHA una Humanidad primitiva. Adoraba al rayo y se postraba temerosa ante el Sol y la Luna. Unos hombres pintarrajeados, cargados de máscaras y plumas danzaban en torno al fuego, invocando al dios de la lluvia, solicitando indulgencia del dios de los vientos y la protección del dios de los muertos. Aquellos hechiceros fueron temidos y servidos por los humanos, sus esclavos. Fue la religión del miedo.
Busqué después en el presente. La Humanidad (vosotros) no teme ya las fuerzas de la Naturaleza. El progreso ha dado paso a una nueva forma de religión: la de la mente. Un sin fin de iglesias pugna por la posesión exclusiva de la Verdad. Todas disponen de su propia Teología y basan su existencia en el principio dogmático e indiscutible de la autoridad.
Millones de seres humanos aceptan sin discusión el cobijo de tales religiones, que piden, a cambio, una ciega y total sumisión. Perfectamente establecidas y cristalizadas, estas iglesias son el refugio más cómodo para aquellas mentes que se ven asaltadas por las dudas y la incertidumbre. El precio a pagar es el de la docilidad y asentimiento intelectual a unos principios, ritos y dogmas que, a pesar de su infantilismo y fosilización, son tenidos y considerados como revelaciones divinas, manifestaciones sagradas y camino de perfección.
Al frente de tales iglesias (lo sabéis) hay cientos de miles de nuevos hechiceros, empeñados, sobre todo, en la vigilancia y mantenimiento de ese principio de autoridad. Ciertamente, no danzan alrededor del fuego ni fustigan a sus fieles con el látigo, aunque hubo un tiempo en que quemaban, torturaban y encarcelaban en nombre de Dios. Hoy, su tiranía es más cruel y agotadora: utilizan la oscura magia de palabras como fe o salvación para desmoronar cualquier intento de libertad y de búsqueda espiritual. Es la religión del dogma...
Sínuhé tuvo que reconocer que Harab había hablado con verdad. Y esperó impaciente su vaticinio sobre la religión del futuro.
-Dirigí después mi mirada hacia adelante. Y mi corazón se sintió aliviado: no vi iglesias ni religiones. La Humanidad, en su incesante avance, había comprendido que la penetración y siempre parcial conocimiento de las realidades eternas nacen

únicamente por el espíritu y de la mano de la experiencia personal.
Las ceremonias, supersticiones, los hechiceros y las rígidas estructuras eclesiásticas habían desaparecido, dejando paso a la apasionante aventura de la búsqueda personal. Los hombres tímidos, vacilantes y temerosos de antaño eran audaces e incansables viajeros hacia sí mismos, en constante y vivificante evolución. Del letargo de las tradiciones se pasará a la más prometedora de las experiencias: el encuentro de la Verdad por y en el hombre mismo. Será la religión del Espíritu...
Tanto Nietihw como Sinuhé compartían las palabras de Harab, mitad realidad, mitad quimera. Pero sus reflexiones fueron interrumpidas por Belzebú:
-¡Las iglesias!... ¿Es que acaso habéis llegado hasta aquí por ellas?
El jefe de los rebeldes se alzó, avanzando por tercera vez hacía Vana y los iuranchianos. Y al llegar frente a ellos les previno:
-¡Oíd mis palabras, extranjeros! Son esas iglesias las que os combaten... Pero lo peor está por llegar. Cuando sepáis la Verdad que guarda el Gran Tesoro y la déis a conocer entre vuestros hermanos de IURANCHA, serán esas iglesias las que caerán sobre vosotros con las armas del desprestigio, del ridículo y de las maquinaciones subterráneas. ¡Recordadlo!

Nietihw retrocedió a una de sus primeras preguntas:
-¿Qué quieres de nosotros?
-Ya os lo he dicho -repuso Belzebú-. Lo mismo que vosotros de mí...
-¡Habla claro! -terció Sinuhé.
Pero la hija de la raza azul, intuyendo las razones del jefe de los rebeldes, rogó a su amigo que no interviniera. Y, contundente y directa, le formuló al median:
-Tú tampoco conoces toda la Verdad... ¿Me equivoco?
Belzebú pareció dudar. En realidad era muy difícil, por no decir imposible, adivinar o intuir siquiera qué clase de sentimientos anidaban en aquel ser. La inexpresividad de su rostro, incapacitado para la sonrisa, para el dolor o para el reflejo de cualquier otro estado de ánimo, situaba a Nietihw en clara desventaja.

Finalmente, aceptó el reto:
-Digamos que también nos vemos afectados por el aislamiento de IURANCHA.
-¿Qué quieres decir? -insistió la mujer.
-Que, para mis leales y para mí, sería de utilidad averiguar en qué situación exacta se encuentran hoy la rebelión y aquellos que la defendimos...
Los humanos y Vana estaban en lo cierto. Por primera vez desde que comparecieran ante el dueño y señor de la Torre de Amón, la hipótesis discutida en la celda aparecía ciertamente viable. La cuarentena había frustrado todo intento de comunicación con el exterior y, lógicamente, como el resto de la Humanidad, los rebeldes estacionados en IURANCHA habían sufrido también dicho aislamiento cósmico. Al no conocer, sin embargo, la naturaleza de tal levantamiento, ni Sinuhé ni Nietihw podían precisar en qué momento empezaba la falta de información de sus adversarios. A pesar de ello, decidieron aprovechar lo que, a primera vista, se presentaba como una ventaja...
Sinuhé, además, era consciente de que, en aquel lugar, el único humano marcado con la señal de Micael era él. Por tanto, podía, o no, satisfacer los deseos de Belzebú. Tal y como le habían advertido los hombres Pi, él, y sólo él, se hallaba autorizado para interrogar a la pluma de Thot. Y, astutamente, como digo, resolvió utilizar en beneficio propio y de Nietihw aquella doble circunstancia. Pero había que obrar con extrema cautela. Así que el miembro de la Escuela de la Sabiduría optó por no precipitar los acontecimientos.
-Os ofrezco un trato -expuso Belzebú, entrando así en el terreno deseado por la pareja-. Estamos dispuestos a franquearos el paso hasta el Gran Tesoro, siempre y cuando tú, Sinuhé, satisfagas nuestra petición de interrogar a la pluma...
-¿Interrogar? -intervino el joven simulando no haber comprendido-. ¿Sobre qué?
-Eso se te comunicará a su debido tiempo.
Y Belzebú, guardando silencio, esperó una decisión.
-Hay algo más -planteó Sinuhé, rompiendo la tensa situación-. Dices que sois los primeros interesados en que esa parte de la Verdad sobre la rebelión de Lucifer sea difundida entre los humanos de IURANCHA...

-Así es -confirmó el median.
-Pero ¿quién nos garantiza que, una vez satisfecha tu curiosidad, nos dejarás partir?
La anciana voz del jefe de los rebeldes retumbó de nuevo en la sala de las calaveras:
-Tenéis mi promesa.
Nietihw presionó de nuevo el brazo de su amigo, indicándole que estaba de acuerdo. Pero el investigador no se mostró conforme.
-Lo siento -sentenció, al tiempo que dirigía su dedo índice hacia el macabro pavimento-. No es suficiente. Estos restos humanos hablan contra ti...
Belzebú inclinó su cabeza, siguiendo la dirección del dedo de Sinuhé. Y al comprender su alusión a los millares de osamentas marcadas con el 666, se apresuró a replicar:
-Te equivocas una vez más. Esto -dijo, señalando a su vez los muros y bóveda- sólo forma parte de la historia. Como ya te anuncié, desde la llegada a IURANCHA del Espíritu de Verdad, nuestro dominio sobre los humanos desapareció. Aunque muchas Iglesias sigan creyendo y pregonando que el poder de Lucifer puede dominar las mentes y voluntades de los habitantes de la Tierra, eso concluyó hace dos mil años... Desgraciadamente, vuestros ministros y dirigentes religiosos confunden la locura, la debilidad mental o la maldad propias de muchos iuranchianos con la posesión diabólica o la influencia del Maligno, como tú le llamas. Y yo te repito que, desde Pentecostés, ni uno solo de mis leales tiene acceso a mente humana alguna. Ni siquiera a las más precarias o degeneradas... Deberíais haber intuido que la suerte de los humanos de IURANCHA nos trae sin cuidado... Desde el estallido de la rebelión en el sistema de Satania, nuestros objetivos fueron otros... ¿Qué podéis importarnos vosotros, débiles mortales, cuando está en juego nuestra segunda muerte?
La pareja presintió que Belzebú era sincero. Pero, ¿qué había querido decir con lo de la segunda muerte?
-Lo ignoráis todo sobre aquellos críticos tiempos -prosiguió el jefe de los rebeldes-. Sobre las verdaderas intenciones de Lucifer y sobre las diferentes clases de seres celestes y sobrehumanos

que elegimos su Manifiesto de la Libertad. ¿Con qué derecho y conocimiento puedes dudar, por tanto, de mí?
Sinuhé fue implacable.
-En mi costado puedes ver la señal y bandera de Micael, Soberano de Nebadon. Eso, al menos de momento, nos convierte en adversarios. Sigo exigiendo, por tanto, una garantía...
Belzebú cayó en otro prolongado silencio. Y tanto Nietihw como Sinuhé llegaron a pensar que todo estaba perdido.
-Está bien -repuso al fin el median-. Tendrás esa garantía...
Y volviéndose hacia sus leales, exclamó con fuerte voz:
-¡Samael, Gamaliel, Gamchicot, Harab!... ¡Traedla!

Los cuatro medianes obedecieron. Cruzaron ante los prisioneros, desapareciendo de la cámara por el gran portalón que se abría a espaldas de Vana y de los iuranchianos. A diferencia de lo que sucediera con Belzebú, los miles de haces cilíndricos que se disparaban en todas direcciones no se extinguieron al paso de las criaturas. Estas, sencillamente, los traspasaban como si se tratase de meros rayos luminosos.
Aunque la espera no fue larga, aquellos minutos resultaron excitantes para la pareja. Por sus mentes voló un sin fin de incógnitas. ¿Qué pretendía Belzebú? ¿Es que había alguna prisionera más en la fortaleza? ¿A qué podía referirse con aquella enigmática orden?
Cuando los cuatro rebeldes retornaron a la cámara de las calaveras, Sinuhé percibió cómo su compañera vibraba de emoción. Pero Nietihw, muda por la sorpresa, no atendió las sucesivas preguntas del iuranchiano, que deseaba saber lo que estaba ocurriendo.
Y los leales, con gran solemnidad, entregaron a Belzebú lo que habían ido a buscar.
El median jefe se dirigió entonces a Sinuhé, pidiéndole que extendiera sus manos hacia él.
Y Sinuhé, sin comprender, obedeció. Acto seguido, la criatura depositó sobre sus palmas algo que el soror reconoció instantáneamente.
-¡Nietihw!... ¡Tu corona!

Efectivamente, sobre sus manos destellaban las siete doradas letras que formaban el nombre cósmico de la hija de la raza azul. La diadema, robada en la playa por las golem, se hallaba intacta.
-¿Es suficiente? -les interrogó Belzebú.
Desconcertados, ninguno de los humanos supo qué contestar. Nietihw seguía fascinada ante la visión de su casi olvidada corona. Sinuhé, por su Parte, con la diadema temblando entre sus dedos, luchaba por descubrir el posible alcance de aquel gesto. Era muy probable que si su compañera volvía a lucir sobre las sienes la poderosa arma, la situación de ambos cambiase radicalmente. Pero la desconfianza continuaba latiendo en su corazón.
Y el señor de la Torre de Amón, adelantándose a tales suspicacias, añadió, dirigiéndose a Sinuhé:
-Haz lo que estás pensando. Corona de nuevo a tu compañera y devuélvele su auténtica personalidad... A partir de ese momento, tanto ella como tú seréis libres de abandonar mi mundo.
El iuranchiano, rogó entonces a Nietihw que se situara frente a él. Y sin poder disimular su emoción, elevó la diadema, buscando la cabeza de la hija de la raza azul.
Cuando el nombre cósmico quedó sólidamente encajado, Nietihw sufrió la misma transformación que experimentara en el bosque, entre la niebla rojiza: de su cuerpo surgieron miles de cortos rayos blancos y, tras lanzar un desgarrador grito, cayó desmayada.
Y al igual que ocurriera en Sotillo, uno de los medianes que asistía a la escena, se precipitó hacia ella, evitando que se desplomara sobre las osamentas. Era Vana.

Sinuhé, alarmado por el alarido de su amiga, se lanzó igualmente hacia ella, comprobando estupefacto cómo su cuerpo -aparentemente sin vida- era sostenido por el proscrito.
-¡Nietihw!...
La mujer no respondió a las dolorosas llamadas de su compañero.
Y Sinuhé, convencido de la muerte de la hija de la raza azul, sintió cómo una oleada de rabia ascendía desde sus entrañas.

Con el rostro desencajado buscó a Belzebú, dispuesto a hacerle pagar por aquella traición.
Braceó en el vacío, derribando a algunos de los guardianes y, cuando acertó a dirigirse hacia el punto en el que permanecía el jefe de los rebeldes, su rostro fue a estrellarse contra algo firme y duro como el acero. Aturdido por el golpe tanteó a su alrededor, descubriendo que se hallaba enjaulado. Sus manos fueron aferrándose, uno tras otro, a una veintena de gruesos barrotes que se levantaban desde el suelo.
En el momento mismo en que el impulsivo soror se dirigía hacia el impertérrito Belzebú, varios de los haces negros y rojos que brotaban de los orificios de las calaveras le cortaron el paso, convertidos en sólidas barras.
El miembro de la Gran Logia las golpeó una y otra vez, comprobando que formaban un cerrado círculo a su alrededor. Aquello -pensó Sinuhé- venía a confirmar sus sospechas: aquel maldito rebelde había puesto fin a su compañera..., y a sus esperanzas de culminar la misión.
Y presa de una profunda agitación, con las manos crispadas sobre los barrotes, maldijo a Belzebú.
Sus imprecaciones, sin embargo, se vieron súbitamente interrumpidas. Alguien, con gran delicadeza, había depositado unos dedos sobre sus labios. Sinuhé, atónito, creyó reconocer aquella cálida mano... Alargó los brazos entre las barras que le encarcelaban y sus dedos fueron a topar con los cabellos y el rostro de Nietihw.
-Sí -exclamó la mujer, buscando tranquilizar a su trastornado amigo-, soy yo... Sin duda, has olvidado que ya me sucedió esto la primera vez que recibí mi nombre cósmico...
En efecto, recordó aquel desvanecimiento en la niebla, preludio de su no menos misterioso traslado al mundo en que ahora se movían.
-Entonces -balbuceó el iuranchiano-, tu cuerpo...
-Sí, se ha hecho transparente, tal y como ocurrió mientras conservé la corona.
Y Nietihw, haciendo una señal a Belzebú, le pidió que le liberase, al tiempo que, tomando las manos de su amigo, le anunciaba:

-No temas, Sinuhé... Y dispónte para la última maravilla de esta primera parte de nuestra misión.

¿Qué había querido decir con aquellas palabras? ¿La última maravilla? ¿Es que la búsqueda de los archivos secretos de IURANCHA tocaba a su fin?
Sinuhé se resistía a creerlo. Además, aunque así fuera, ante él se presentaba otro obstáculo que parecía insalvable. Aunque lograra interrogar a la pluma de Thot sobre las verdades en torno a la rebelión de Lucifer y sus consecuencias en la Tierra, ¿cómo recibir las respuestas estando ciego?
Cuando los barrotes que le enjaulaban recobraron su primitiva naturaleza, convirtiéndose en luz, Sinuhé percibió una cierta agitación en la sala. Escuchó pasos precipitados que cruzaban ante él, alejándose y, por último, sintió una mano -la de Nietihw- que tiraba de su persona.
La mujer no volvió a hablarle y él, por su parte, con el incómodo recuerdo de su violenta acción contra Belzebú, se refugió igualmente en un mutismo total.
No tardó en verificar que acababan de abandonar la cámara de las calaveras y que se dirigían, a través de la rampa en espiral, hacia lo más alto de la torre. La comitiva, en esta ocasión, iba precedida por el jefe de los medianes.
La andadura desde la quinta a la sexta y última mastaba del fortín fue breve. Al alcanzar el final de la empinada rampa, Belzebú se detuvo frente a un muro ligeramente convexo, en el que moría el estrecho corredor y que, teniendo en cuenta la configuración de la Torre de Amón, debía corresponder a la base de la plataforma o terraza circular que coronaba la fortaleza.
Allí, en aquella pared -construida también con decenas de calaveras, anárquicamente distribuidas-, no había puerta alguna. Tampoco el pasadizo que les había llevado hasta lo alto del cuartel general de los rebeldes presentaba acceso u orificio por el que, quizá, penetrar en la enigmática y postrera mastaba.
A una indicación del median-jefe, los guardianes retrocedieron, situándose por detrás de la pareja. Vana y dos de los diez medianes que parecían formar el Estado Mayor, tomaron posiciones entre su jefe y los iurarichianos. El resto se unió al grupo de centinelas, cerrando así el paso por la rampa.

Golab, Vana y Samael, de espaldas a Nietihw, no fueron obstáculo para que Nietihw, atenta a cuanto sucedía y considerablemente más alta que todos ellos, notara cómo Belzebú se deshacía de la cadena de oro que colgaba sobre su pecho, manipulando la llave.
La hija de la raza azul no pudo precisar la maniobra exacta del median, pero, teniendo en cuenta los movimientos de sus dedos, hubiera jurado que procedía al giro de una serie de ruedecillas dentadas situadas en el extremo de la mencionada llave.
Al concluir, dirigió la llave hacia uno de los cráneos situado a la altura de su cabeza, introduciendo las ruedas que hacían las veces de dientes por el hueco de las fosas nasales. Nietihw descubrió entonces que aquella osamenta era la única, de todas las adosadas al muro, que no ostentaba el número de la Bestia en su frente...
Belzebú, como si estuviera ante una cerradura común y corriente, la hizo girar en el sentido de las agujas del reloj, hasta completar una media vuelta.
El silencio se hizo más acusado y el median, sin pérdida de tiempo, retiró la llave de la insólita cerradura, haciendo pasar la cadena por su monstruosa cabeza. En ese instante, corno una exhalación y procedente del fondo del corredor, el símbolo escarlata del Yang-Yin cruzó por encima de los presentes, hasta detenerse a escasos centímetros de la calavera.
Sinuhé y el resto del grupo escucharon entonces un ruido, similar al que produciría un caótico entrechocar de cráneos humanos.
Una ligera presión de la mano de Nietihw sobre la de su amigo, le hizo comprender que algo estaba sucediendo...
Al poco, aquel seco y estridente retumbar de calaveras fue cediendo, hasta desaparecer.
-¡Sinuhé!... ¡Dios mío!
La exclamación de la hija de la raza azul contribuyó a elevar la tensión emocional del iuranchiario. ¿Qué había ocurrido?
Mientras se prolongó el macabro entrechocar de osamentas, en el muro fue abriéndose una serie de huecos. Seis en total. Pero aquellos orificios tenían algo especial. Cada uno correspondía a

una silueta humana. Mejor dicho, a dos, de formas y dimensiones humanas y a otras cuatro, mucho más pequeñas. Nietihw identificó y asoció aquellas seis perforaciones en el muro de las calaveras con otras tantas figuras, similares a las de cuatro medianes y dos humanos..., casi iguales a Sinuhé y a ella misma. Los seis perfiles se alineaban a lo largo de la pared, arrancando desde el pie mismo del muro.
Desde el instante en que quedaron abiertas, por las seis brechas surgió una cálida luz rojiza que, de haber podido, habría sido reconocida al momento por Sinuhé.
Y digo que dos de aquellas siluetas eran casi idénticas a las de Nietihw y Sinuhé porque los contornos coincidían con los volúmenes de ambos, a excepción de los correspondientes a las cabezas. Éstos resultaban enormes y desproporcionados, a semejanza de los cuatro restantes.
Belzebú contempló satisfecho cómo el disco se introducía por una de las aberturas y, dando media vuelta, invitó a sus tres hermanos a imitar al símbolo del universo.
Sin dudarlo, los medianes avanzaron hacia tres de las cuatro siluetas abiertas entre las osamentas y que, como decía, se ajustaban matemáticamente a sus respectivos perfiles. Y ante el asombro de la hija de la raza azul, cruzaron el muro...
El jefe de la Torre de Amón, advirtiendo la sorpresa en los ojos de la mujer le mostró la llave y, señalando las ruedecillas dentadas, aclaró:
-No te alarmes. Sólo yo dispongo de la llave para permitir el acceso al interior de la Sala de Thot. Para franquear el muro sagrado es imprescindible proporcionar primero a la llave los nombres de aquellos que deban hacerlo. E instantáneamente, como habrás observado, se registra la dislocación. Cada una de esas siluetas -concluyó Belzebú- tiene las medidas exactas del aura del individuo elegido... Al igual que sucede con vuestras huellas dactilares, no hay dos auras iguales. En consecuencia, la entrada en la Cámara del Gran Tesoro queda reducida y restringida a quienes yo designe.
Nietihw, al igual que Sinuhé, sabia que la misteriosa e invisible radiación energética que emanan todos los cuerpos vivos adquiere en los seres humanos unas muy especiales características, según el grado de bondad e, incluso, de salud de

cada persona. Y ese halo, de acuerdo con estos parámetros, llega a alcanzar proporciones importantes en torno a la cabeza. Ahora sí entendía por qué las dos siluetas más altas presentaban unos contornos tan enormes a la altura de los cráneos...
El jefe de los rebeldes, tomando a Sinuhé por los brazos, le condujo hasta el hueco que, al parecer, correspondía a su aura, El investigador, al percibir las ásperas manos del median, se resistió. Pero Nietihw le tranquilizó, pidiéndole que obedeciera. Una vez frente a su silueta, Belzebú le empujó suavemente, obligándole a caminar. Y Sinuhé, como sucediera con Golab, Vana y Samael, desapareció al otro lado del muro.
La hija de la raza azul, a requerimiento del median, siguió los pasos de su compañero, cruzando la pared por el hueco abierto entre las calaveras y que correspondía al perfil de su aura. Por último, el jefe de los rebeldes hizo lo propio. Y al momento, el silencio del corredor de aquella última mastaba de la Torre de Amón se vio nuevamente alterado por el entrechocar de cráneos. Y los seis mágicos orificios se cerraron...

-¡Sinuhé, la pluma de Thot!
Nietihw, maravillada ante lo que acababa de surgir ante sus ojos, no prestó atención al fulminante cierre de las siluetas. Nada más ingresar en la llamada Sala del Gran Tesoro, reconoció el lugar, merced a la descripción hecha por su amigo de la cámara acorazada de Dalamachia, el primitivo y legítimo recinto que guardara los archivos secretos de IURANCHA hasta la irrupción de Horembeb.
Una luz rojiza brotaba de cada una de las seis altas y pulidas paredes que formaban aquel hexágono. Se trataba de una exacta réplica de la sala a la que había sido conducido Sinuhé y en la que, como se recordará, le aguardaban los hombres Sangik. Había, sin embargo, dos grandes diferencias. La primera -la menos importante, aparentemente-, se hallaba en el techo del hexágono. Éste, a gran altura también sobre el refulgente pavimento de orocalcum, presentaba una especie de cúpula transparente por la que entraba parte de aquella luminosidad amarillenta que había rodeado al iuranchiano mientras luchaba por penetrar en la fortaleza. La segunda, que

había provocado la admiración de la hija de la raza azul, consistía en una columna de mármol blanco, que se levantaba en el centro geométrico del hexágono.
-¡La pluma...! -repitió la mujer, aproximándose al increíble objeto que flotaba majestuoso a escasos centímetros sobre la plancha dorada que remataba dicho pedestal.
Sinuhé, consciente de que, al fin, habían llegado a los ansiados archivos secretos, había caído en una profunda postración. No era aquélla la situación que había imaginado para tan decisivo momento. Privado de la visión, no podía imaginar siquiera cómo era y en qué consistía el Gran Tesoro. Y a pesar de la contagiosa alegría que traslucían las exclamaciones de Nietihw, sus ánimos flaquearon.
La hija de la raza azul no tardó en captar la intensa desolación que ahogaba a su hermano. Y olvidándose de la columna, acudió hasta el muro en cuyas proximidades se había detenido el iuranchiano. Tomándole de la mano le guió hasta el centro del hexágono. Allí, alrededor del pedestal, se habían congregado los cuatro medianes, absortos ante la pluma de Thot...
-Sinuhé -trató de animarle la mujer-, yo seguiré viendo por ti... Ten confianza.
A continuación, dominada por la emoción, Nietihw pasó a describirle el Gran Tesoro.
Ante ellos, efectivamente, se hallaba la pluma de la que ya le había hablado Amen, el Kheri Heb. Pero el sobrenombre de pluma no guardaba relación aparente alguna con su aspecto externo. Sobre la columna aparecía una esfera de medio metro de diámetro, de una transparencia sin igual, inmóvil y flotando a unos dos dedos de la superficie del pedestal. En su interior, con una inclinación de veinte o veinticinco grados sobre el eje de la esfera, flotaba también una delicada varilla, igualmente transparente como el cristal. Y alrededor de ésta, todo un derroche de armonía y belleza: cientos de diminutas esferas azules -de apenas medio centímetro de diámetro cada una-, girando por parejas en órbitas paralelas entre sí. El movimiento de las esferitas, de izquierda a derecha, se registraba a una velocidad sumamente lenta.
En el polo superior de la fascinante esfera, Nietihw pudo leer:
IURANCHA: 606 DE SATANIA.

Sin poder resistir su curiosidad, interrogó al jefe de los medianes sobre aquella inscripción.
-Así figura nuestro planeta en los archivos del universo -repuso Belzebú.
-¿Qué es esto? -inquirió la hija de la raza azul sin dar tregua a su interlocutor.
-Esas pequeñas esferas -le señaló- suman 303 cadenas dobles de cristales de titanio. En ellas, aunque te parezca mentira, está contenida toda la historia de IURANCHA, desde su más remoto origen. No tiene sentido que os confunda con el mecanismo de su prodigioso funcionamiento. Sabed únicamente que el almacenamiento de esos trillones de datos está fundamentado en la alteración (a voluntad) del estado cuántico de la corteza electrónica de cada uno de los átomos del titanio. Esa excitación convierte a los cuatrillones de átomos que reúne cada esfera en portadores, acumuladores y clasificadores de un número casi infinito de mensajes... -Y Belzebú, señalando hacia la cúpula, añadió-: Mensajes o informaciones aportados por los responsables del Gran Tesoro (los llamados serafines archivistas), en el lenguaje universal: el de los números. Si cada uno de esos átomos es susceptible de alcanzar doce o más estados cuánticos, eso significa que, en cada nivel, puede codificarse un guarismo, del cero al doce, por ejemplo. Pero, como os digo, cada una de esas esferas azules consta de cuatrillones de átomos. Imaginad, por tanto, la información codificada que pueden acumular...
Nietihw, fascinada por el constante y pausado rotar de las 606 esferas, hizo ademán de tocar las paredes de la cristalina burbuja. Pero, indecisa, se contuvo. Y mirando al jefe de los rebeldes, esperó su consentimiento o desaprobación. Belzebú, con un movimiento afirmativo de su cabeza, le dio a entender que podía hacerlo. Y la hija de la raza azul abrazó la esfera con las palmas de sus manos, recibiendo una cálida sensación de calor.
-No temas -intervino el median. Es indestructible. -Y dirigiéndose a Sinuhé, añadió en tono solenme-: Bien, ha llegado el gran momento. Aquí está la Verdad por la que tanto has luchado... Sólo tú puedes interrogar a la pluma de Thot. ¿Qué deseas conocer?

Era curioso. Por la mente de Sinuhé galopaban en tropel un sin fin de dudas. Pero su corazón, bloqueado por la responsabilidad, se estancó.
La misión encomendada a la pareja -al menos aquella primera fase- era clara y terminante: averiguar los verdaderos motivos que impulsaron a Lucifer a rebelarse; descubrir el proceso de la insurrección y las consecuencias a nivel de IURANCHA, nuestro planeta. Sin embargo, dudó. ¿Por dónde debía empezar?
Después de una prolongada meditación, optó por aclarar primero un detalle que no encajaba en aquel rompecabezas.
-Dime, Belzebú, ¿cómo puedo tener acceso a la Verdad, si, presumiblemente, esa rebelión se fraguó fuera de la Tierra?
El median comprendió. E indicando nuevamente la cúpula transparente que se abría sobre ellos, le tranquilizó:
-Aunque IURANCHA haya perdido todo contacto con el exterior, los archivistas celestes siguen directamente enlazados con Jerusem, la capital del sistema. Son los únicos que, por su trabajo, no se han visto sometidos a la cuarentena. No temas: la Verdad aquí acumulada está, incluso, por encima de su lealtad a Micael... Es por eso que vosotros y yo estamos aquí, dispuestos a conocer la Verdad desnuda.
-No puedo comprender -intervino de pronto la hija de la raza azul, señalando las minúsculas esferas azules- cómo toda la historia de IURANCHA y de sus miles de millones de habitantes puede estar concentrada ahí...
-En el fondo es muy simple -terció el median-. La inmensa información transmitida y almacenada en tan pequeño espacio queda resuelta porque los electrones de esos átomos no están regidos por las leyes del azar, como habitualmente ocurre con el mundo microfísico. Esas posiciones son regidas e inspiradas por el espíritu del Soberano de Nebadon, a través de sus intermediarios, los archivistas. Los científicos de vuestro tiempo no lo han descubierto aún, pero lo mismo sucede con el puente o factor de unión del alma humana con el cuerpo, alojado en el encéfalo. Ese nexo o enlace, formado por una reducida colonia de átomos de kriptón, tampoco se halla sometido al indeterminismo o azar...
Belzebú dio por zanjado el interesante asunto del alma, repitiendo su pregunta anterior:

-La pluma de Thot aguarda. ¿Qué deseas conocer?
Nietihw salió nuevamente al paso de la creciente angustia de su amigo, animándole:
-Recuérdalo. Yo estaré a tu lado... Sólo tienes que preguntar.
Y al fin, siguiendo las instrucciones del señor de la Torre de Amón, Sinuhé aproximó sus manos a la esfera flotante. Al tocarla, las paredes de orocalcum del hexágono perdieron su luminosidad rojiza y el recinto quedó sumido en la oscuridad. En lo alto, al otro lado de la cúpula, la atmósfera alimonada desapareció, siendo sustituida por otra esmeralda. Y el interior de la mágica burbuja se vio inundado por un resplandor azul que partía de cada uno de los incansables 606 cristales esféricos de titanio.
El gran momento, efectivamente, había llegado...

CAPITULO VII

LUCIFER

Sinuhé, balbuceante, abrió sus labios, buscando una primera pregunta. Pero ¿cuál?, se repetía obsesionado. A través de la Escuela de la Sabiduría y de los hombres Pi había podido reconstruir la historia de su mundo hasta una época próxima a los 500 000 años antes de Cristo o Micael. Justo hasta el momento -según todos los indicios- de la llegada a IURANCHA del primer príncipe planetario: Caligastía.
La radiación celeste que escapaba de las pequeñas esferas giratorias atravesaba la pared de la burbuja, bañando los cuerpos de Sinuhé y de sus cinco expectantes acompañantes.
-Caligastía -decidió al fin el iuranchiano-, ésa será mi primera interrogante...
Y con voz trémula, sintiendo en todo su cuerpo la acogedora sensación de calor que manaba de la esfera, exclamó:
-¿Cuándo, cómo y por qué se produjo la llegada a IURANCHA del príncipe planetario Caligastía?
Sinuhé no pudo verlo, pero sí los que rodeaban la pluma de Thot. Al concluir su pregunta, del centro del triple círculo situado en el costado izquierdo del soror partió un finísimo hilo

luminoso, de un blanco nevado, que fue a incidir, con absoluta precisión, sobre una de las esferitas que giraba, aproximadamente, hacia la mitad de la varilla flotante que servía de eje a todo el sistema. En décimas de segundo, dicha esfera y su pareja quedaron estáticas, mientras los restantes 604 cristales de titanio seguían rotando alrededor de la varilla transparente.

Y ante la expectación general, una voz metálica, clara y reposada apareció en los cerebros de los presentes:

-Hijo de IURANCHA...

Sinuhé y Nietihw se estremecieron.

-...Tus preguntas exigen una respuesta múltiple. Antes de proceder a la apertura de tales circuitos históricos, conviene que sepas lo siguiente:

Ninguna de tus consultas puede esperar la emisión, por parte de estos archivos, de juicios u opiniones en torno a los sucesos registrados en IURANCHA o fuera de ella. No es nuestro cometido.

Por último, la información emitida se verá necesariamente diezmada, como consecuencia de la necesaria supresión del segundo y simultáneo lenguaje utilizado en nuestros registros...

La explicación a esta incomprensible advertencia llegaría inmediatamente.

-...Cada uno de los acontecimientos, tanto a nivel colectivo como individual, que se produce en tu mundo -aclaró la voz- es archivado siguiendo un doble y simultáneo lenguaje: el propio del universo local de Nebadon y el igualmente universal de los símbolos matemáticos. Esta simultaneidad de datos (a través de imágenes y números), enriquece y asegura la objetividad de los mismos. Como ocurre con el resto de los mortales de IURANCHA, tu cerebro, Sinuhé, no ha alcanzado aún esa estimable y deseable capacidad de razonar y dialogar con este doble y simultáneo sistema. En consecuencia, nuestras respuestas no gozarán de la doble transmisión de ideas. Estás advertido.

Sinuhé no entendió muy bien la aclaración. Pero, animado por la fluidez de aquella indeterminada e impersonal voz -imposible de clasificar como perteneciente a hombre o mujer-, aceptó sin reservas. Su espíritu había vuelto a vibrar. Y ardía en deseos de

conocer la verdadera historia de aquel oscuro pasado de la Tierra. ¿Qué había ocurrido con Caligastía? ¿Por qué su reinado se había visto marcado por el fracaso? ¿Qué relación guardaba con la no menos oscura rebelión de Lucifer?
-Estoy dispuesto -anunció el iuranchiano, repitiendo su pregunta inicial-. ¿Cuándo, cómo y por qué se produjo la llegada a IURANCHA del príncipe planetario Caligastía?

-El concepto de príncipe planetario -respondió al instante la pluma de Thot-, ya sea en IURANCHA o en cualquier otro mundo evolucionario, corresponde a seres celestes pertenecientes a la Orden de los Lanonandeks. Después de haber sido confirmados por los Melchizedeks como Hijos Lanonandeks secundarios, estos hijos del universo local fueron incorporados a las grandes reservas de su Orden en Edencia, capital de la constelación de Norladiadek, a la que pertenece IURANCHA. De ahí fueron destinados por los respectivos soberanos de los sistemas a diferentes misiones y, por último, comisionados como príncipes planetarios para gobernar los mundos habitados en evolución.
Cuando es preciso designar un jefe para un determinado planeta, la decisión del Soberano sistémico correspondiente surge a petición de los Portadores de Vida.
Toda llegada de un Hijo Lanonandek a un mundo medio como IURANCHA se produce en el momento en que es detectada en sus pobladores autóctonos la voluntad y la capacidad de elegir el sendero de la supervivencia eterna.
En tu planeta, sin embargo, la aparición del primer príncipe o Hijo Lanonandek secundario se registró casi medio millón de años después del florecimiento de esa voluntad entre los primitivos pobladores.
Tal acontecimiento figura en los archivos de IURANCHA como ocurrido hace ahora 500 000 años, coincidiendo con otro suceso singular: el nacimiento de las seis razas Sangik de color. En aquella época, el planeta se hallaba poblado por casi quinientos millones de humanos, regularmente repartidos en los continentes de Asia, Europa y África.

Caligastía, el primer príncipe de IURANCHA, estableció su cuartel general en lo que hoy conocéis como Mesopotamia. Es decir, en el centro del mundo habitado en aquellos tiempos.
Caligastía, como ha quedado reflejado, era un Hijo Lanonandek secundario. Ostentaba el número 9 344 de los de su Orden, habiendo desplegado numerosas misiones antes de su incorporación a IURANCHA. Antes, incluso, de la toma de posesión de Lucifer como soberano del sistema de Satania, había sido agregado al Comité Consultivo de los Portadores de Vida en Jerusem. A continuación ocupó una situación de rango elevado en el grupo de consejeros de Lucifer, llevando a cabo más de cinco misiones de honor y de confianza.
Cuando el príncipe Caligastía fue enviado a IURANCHA le acompañaba, como es norma, el cuerpo habitual de adjuntos administrativos y de asistentes. A la cabeza de los mismos se encontraba Daligastía, asociado del príncipe...
Sinuhé, con una multitud de preguntas girando en su cerebro, se atrevió a interrumpir el relato.
-¿Daligastía? ¿Quién era?
-Un Hijo Lanonandek secundario -repuso la voz-. Su número de Orden era mucho más elevado: el 319 407...
El iuranchiano, al comprobar que la voz admitía y contestaba sus preguntas, decidió seguir exponiendo cuantas dudas le asaltasen. E intervino de nuevo:
-¿Qué representa ese número?
-El de su creación.
La voz, tras comprobar que no había más preguntas, reanudó su exposición.
-Daligastía poseía el rango de asistente en el momento de ser agregado como asociado de Caligastía.
El Estado Mayor del príncipe enviado a IURANCHA incluía un elevado número de cooperadores angélicos y otra considerable masa de seres celestes, encargados de promover y hacer progresar los intereses y el bienestar de las razas humanas.
Para los primitivos pobladores de tu mundo, aquella masiva embajada de seres celestes constituyó el mayor acontecimiento de su historia. El núcleo más cercano al príncipe (los cien miembros de su Estado Mayor), que sería conocido como los cien de Caligastía, provocó en los humanos un especial impacto.

Estos ayudantes voluntarios son ciudadanos de la capital de un sistema; en este caso, de Jerusem. Ninguno ha logrado aún su fusión con los respectivos Ajustadores de Pensamiento.
Mientras regresan temporalmente a un estado material inferior (como fue el caso de IURANCHA), sus Ajustadores mantienen y mantuvieron sus estatutos residenciales en el mundo-sede del sistema.
Para desarrollar su misión en IURANCHA, aquel Estado Mayor fue revestido por los Portadores de Vida de sendos cuerpos físicos, visibles a los humanos mientras duró su estancia planetaria. Esas formas personales estuvieron y están siempre exentas de enfermedades ordinarias, aunque, como cuerpos moronciales primitivos, se hallan expuestos a ciertos accidentes de naturaleza mecánica.
Estos cien de Caligastía, desmaterializados para el transporte y rematerializados en IURANCHA, fueron escogidos por el príncipe entre más de 780 000 ciudadanos ascendentes de Jerusem.
Cada uno de esos cien miembros de su Estado Mayor procedía de un planeta distinto. Por supuesto, ninguno era oriundo de IURANCHA. Fueron conducidos directamente desde Jerusem a tu planeta por transporte seráfico. Y aquí se les proporcionó la forma humana idónea, de acuerdo con su doble misión planetaria. Es decir, un cuerpo físico, formado de carne y sangre, pero, al mismo tiempo, sintonizado con los circuitos de vida del sistema. Estas operaciones, así como la creación física de los cuerpos para los miembros del Estado Mayor (cincuenta hombres y cincuenta mujeres) dieron nacimiento a numerosas leyendas que, mucho más tarde, se mezclaron y confundieron con otras tradiciones, nacidas de un suceso posterior y no menos crucial: la instalación planetaria de Adán y Eva.
Toda esta operación de repersonalización, desde la llegada de los transportes seráficos que conducían a los cien voluntarios de Jerusem, hasta el momento que tomaron conciencia como seres ternarios del reino, duró diez días...
Nietihw y Sinuhé ya habían oído hablar de esos ciudadanos ascendentes. Pero el iuranchiano quiso estar seguro. Y preguntó sobre ello.
-Por ciudadanos ascendentes -aclaró la voz- se entiende a todos los humanos evolucionarios que, después de su muerte física,

son resucitados en los mundos de Moroncia. Su camino es un continuo ascenso hacia la Isla Estacionaria y Eterna del Paraíso.
-Háblanos también del cuartel general de Caligastía y de su misión.
-La sede del príncipe planetario de IURANCHA -respondió la pluma de Thot- fue prevista y construida en una región del golfo Pérsico de entonces y que viene a corresponder a la Mesopotamia actual. Aunque diferentes a los de hoy, el clima y el paisaje de dicha zona fueron estimados como muy convenientes para los planes del Estado Mayor y de sus asistentes. Es este grupo elegido (los llamados cien de Caligastía), el responsable de la organización de las escuelas planetarias de educación y cultura, donde las élites de las razas evolucionarias reciben formación, siendo enviadas a todo el mundo para extender tales enseñanzas.
La mayor parte del trabajo físico es realizado por el Estado Mayor corporal. Las ciudades-sede, que en IURANCHA recibió el nombre de Dalamachia, son distintas a la concepción humana actual de ciudades...
-¡Dalamachia! -exclamó Sinuhé.
-Sí. Y esa misma emoción que ha producido en ti -replicó la voz, adivinando sus sentimientos- se registró también entre los primitivos humanos del planeta cuando aquellos cien extranjeros tomaron posesión de IURANCHA. Fueron necesarios más de mil años para que la noticia de la llegada de Caligastía y su séquito se extendiera hasta los confines del globo. Una gran parte de vuestra mitología posterior arranca de las leyendas alteradas de aquellos tiempos primitivos, en que los miembros del Estado Mayor del príncipe fueron repersonalizados como sobrehombres. Y fue justamente la tendencia de los autóctonos de la Tierra a considerarlos como dioses lo que constituyó el mayor obstáculo para la beneficiosa influencia de estos maestros extraterrestres.
-¿Se les podía considerar como auténticamente humanos?
-Sin ningún género de dudas. Desde un punto de vista físico, habían incorporado a sus formas corporales el plasma viviente de una raza autóctona de IURANCHA: la andónica.

Los cien miembros del Estado Mayor fueron divididos en dos grupos (hombres y mujeres) y repartidos según su estatuto mortal anterior. Cada persona del grupo era capaz de participar en el nacimiento de un nuevo orden de seres físicos. Pero, de acuerdo con una norma sagrada en todos los universos, habían sido cuidadosamente advertidos para que no recurrieran a la paternidad, salvo en contadas ocasiones. Cualquier príncipe planetario está sometido a esta regla y sólo son autorizados a procrear a sus sucesores poco antes de retirarse del servicio planetario especial. Esta procreación tiene lugar, ordinariamente, en el momento de la llegada de los Adanes y Evas..., o poco después. Por esta razón, el Consejo de los cien no supo jamás qué tipo de criaturas hubiera podido surgir de su unión sexual. Antes de que pudieran llegar a dicha etapa, la rebelión de Lucifer arruinó el plan evolutivo de IURANCHA.
Y de acuerdo con sus instrucciones, los cien de Caligastía no se comprometieron en la reproducción sexual. Su misión era otra. Pero estudiaron minuciosamente su constitución personal y exploraron todas las fases imaginables de conexión psíquica entre ellos. Y fue en el curso del año 33 de su llegada a IURANCHA y de su instalación en Dalamachia cuando los números dos y siete de este Estado Mayor descubrieron, casi por casualidad, un singular fenómeno, que se derivaba de su unión moroncial o psíquica: una procreación no sexual e inmaterial. El resultado fue la primera de las llamadas criaturas medianes...
-¡Los medianes! -exclamó Sinuhé. Aquél, precisamente, era otro de los objetivos de la misión: descubrir el origen y la naturaleza de dichos seres. Pero, esta vez, dejó que la información siguiera su curso. Tiempo habría de entrar en detalles sobre el particular.
-...El nuevo ser, resultado de esta aventura psíquica, era perfectamente visible para cualquiera de los cien y para sus asociados celestes, pero invisible a los humanos. A raíz de aquel suceso, con la autorización de Caligastía, todos los miembros del Estado Mayor se dedicaron a la procreación de seres similares. Y fue así como los cien hicieron posible un Cuerpo de 50 000 medianes primarios. Estas criaturas de tipo mediano (a caballo entre la naturaleza física y la moroncial o espiritual)

prestaron y prestan notables servicios a las jerarquías celestes. En tiempos del príncipe planetario fueron los encargados de múltiples servicios de conexión con las tribus autóctonas de IURANCHA. Eran invisibles a los iuranchianos, pero la existencia de estos semiespíritus fue explicada a los primeros alumnos de las escuelas de Dalamachia. Y de ellos (de los medianes) se derivaría también otra serie de leyendas vinculadas, incluso hoy día, al mundo de los espíritus.
Los cien miembros de Caligastía eran inmortales. Ello era posible gracias a unos complementos antídotos que circulaban en sus formas materiales. Si la rebelión no les hubiera hecho perder el contacto con los circuitos vitales, habrían seguido viviendo indefinidamente hasta la llegada a IURANCHA de un Hijo de Dios o hasta su relevo en el planeta.
Estos complementos antídotos procedían de los frutos de un árbol que fue llamado de la Vida. Se trataba en realidad de un arbusto enviado desde Edencia, capital de la constelación, por los Muy Altos, en el momento mismo de la Regada de Caligastía. Este árbol fue sembrado en el patio central del templo del Padre Invisible cuando el príncipe fundó la ciudad modelo de Dalamachia. La ingestión de sus frutos permitía vivir a los miembros del Estado Mayor de una forma indefinida...
-¿Te refieres a la imagen bíblica del Árbol de la Vida? ¿Es que no fue un símbolo?
-Lo que llamáis en IURANCHA Sagradas Escrituras o Biblia -respondió la pluma a las nuevas preguntas- es, en muchos de sus textos (en especial en los más antiguos) una amalgama de confusas realidades, ocurridas en momentos históricos distantes y distintos entre sí. En cuanto al Árbol, no se trata de una metáfora o símbolo, sino de un hecho físico y real, motivo de posteriores y sangrientos enfrentamientos.
-¿Por qué? -insistió Sinuhé.
-Debemos respetar el orden cronológico de aquellos sucesos -le anunció la voz-. Sólo así podrás comprenderlo...
Te decía que ese arbusto, originario de Edencia, reunía una serie de cualidades energéticas que prolongaba la vida del Estado Mayor del príncipe, haciéndoles prácticamente inmortales. No ocurría lo mismo, sin embargo, con los humanos autóctonos de la Tierra. En ellos, los frutos del Árbol de la Vida

no surtían efecto alguno. Sólo los cien de Caligastía (como andonitas modificados) podían beneficiarse de su influencia, siempre y cuando comieran de él. Alrededor de esta planta extraordinaria se forjaron igualmente un sin fin de leyendas y mitos, que circularon por el mundo hasta épocas muy recientes. Sinuhé, en efecto, recordó algunas tradiciones olímpicas y americanas, así como la del famoso Gilgamesh, en busca del mítico vegetal que concedía la vida eterna.
-La tercera de tus preguntas, Sinuhé, se refería al por qué de la llegada de este príncipe a IURANCHA.
Como te fue adelantado, en los planes cósmicos, cada mundo evolucionario es regido y gobernado por un príncipe planetario, que tiene a su cargo la administración, organización y educación de las razas autóctonas. El Estado Mayor de Caligastía, siguiendo estas normas universales, se dividió en diez Consejos Autónomos, integrados por diez miembros cada uno. Estas asambleas de conexión con los humanos se hallaban presididas por Daligastía.
Muy pronto, al fundar la ciudad-modelo de Dalamachia, las llamadas Escuelas del príncipe iniciaron sus actividades, orientadas a instruir a los primitivos mortales en todos los aspectos del progreso material y espiritual: técnicas para mejorar la alimentación, el bienestar ciudadano, para la domesticación y aprovechamiento de los animales, extensión del conocimiento, para la implantación de la industria y el comercio, difusión de la religión revelada, para el asentamiento de las normas de salud e higiene, alargando con ello la vida, implantación de las artes y las ciencias y para el perfeccionamiento de las relaciones entre los pueblos y razas. El trabajo en esas escuelas se repartía de la siguiente forma:
Actividades físicas: comprendían las labores en el campo y el aprendizaje de la construcción y embellecimiento de las casas.
Actividades sociales: aprendizaje de juegos y de todo tipo de relaciones humanas.
Aplicación educativa: destinada fundamentalmente al perfeccionamiento del núcleo familiar.
Instrucción profesional: abarcaba enseñanzas sobre el matrimonio y el hogar, artes y oficios y formación de futuros profesores.

Cultura espiritual: afirmación de la Verdad Cósmica y preparación de los niños indígenas que posteriormente serían enviados como guías de sus respectivos pueblos.
En general, partiendo de estos centros y focos de cultura, en todos los planetas del sistema y del universo local no tarda en producirse una progresiva influencia elevadora, que va transformando el primitivismo de las razas autóctonas. A esto ayuda siempre la acción simultánea de los humanos previamente adiestrados en las ciudades-modelo, que, al regresar a sus países, crean nuevos y potentes centros de estudio y cultura.
Cuando los cien de Caligastía iniciaron su misión en IURANCHA, propagando el nuevo Evangelio de la iniciativa individual, incidiendo en los grupos sociales existentes en aquellas épocas, supieron respetar, escrupulosamente, la regla de oro de los universos en relación a los mundos evolucionarios. El grado de cultura de un planeta se mide en función de la herencia social de sus pobladores. Pero la rapidez de su expansión cultural queda enteramente determinada por la aptitud que poseen sus habitantes para asimilar ideas nuevas y avanzadas. El Estado Mayor del príncipe, procedente, como ya he dicho, del Mundo de las Casas o de Moroncia de Satania, conocía muy bien las artes y la cultura de Jerusem. Pero estos conocimientos no tienen valor en un planeta bárbaro y habitado por humanos primitivos. Y de acuerdo con esa regla de oro de los universos, optaron por desarrollar su trabajo con suavidad y lentitud, eligiendo la sabia norma del progreso por la evolución y no de la revolución por la revelación.
Las cincuenta parejas que formaban el Estado Mayor del príncipe no tuvieron hijos. Sin embargo, al poco de su instalación en IURANCHA, en las cincuenta casas modelo de Dalamachia fueron adoptados no menos de quinientos niños indígenas, procedentes de las más destacadas familias andónicas y Sangik. Y allí se beneficiaron de la educación y cultura de estos superpadres.
A los tres años de permanencia en las Escuelas del príncipe, estos jóvenes eran ya aptos para el matrimonio, siendo enviados como emisarios culturales, profesionales o religiosos a sus tribus de origen.

Alrededor de Dalamachia, el campo fue colonizado en un radio de 160 kilómetros. Allí, cientos de antiguos alumnos de esas escuelas se esforzaron por transmitir sus enseñanzas a sus hermanos, los humanos. La agricultura, sobre todo, fue uno de los grandes objetivos...
La mente de Sinuhé, influida desde su niñez por historias como la de Adán y Eva, seguía preguntándose dónde y en qué momento encajaban los primeros padres bíblicos en todo aquello. Al escuchar las manifestaciones sobre el campo y la agricultura, preguntó a la voz qué sentido guardaba aquella otra frase bíblica de ganarás el pan con el sudor de tu frente.
-Nunca se produjo tal castigo. Las técnicas de la agricultura -aclaró la pluma de Thot- son siempre inherentes al establecimiento de cualquier civilización progresiva. El trabajo de la tierra no fue, ni será nunca, una maldición. Al contrario... Dalamachia no necesitó mucho tiempo para convertirse en una ciudad floreciente. Al poco de su fundación contaba ya con más de 6 000 habitantes. Es difícil para los iuranchianos que viven hoy sobre el planeta comprender el formidable progreso que representó Dalamachia en aquellos remotos tiempos. Pero aquel foco de cultura planetaria, que se extendió por toda IURANCHA por espacio de 300 000 años, se vio súbitamente cortado y perdido, a raíz de la rebelión de Lucifer...
Sinuhé, después de las revelaciones extraídas de los archivos secretos de IURANCHA, no quiso esperar. Y formuló su siguiente y trascendental pregunta:
-¿En qué consistió la rebelión?

Hasta ese momento, ni Belzebú ni los restantes medianes que asistían al relato habían hecho gesto o comentario algunos sobre lo expuesto por la pluma de Thot. Y tanto Nietihw como su compañero lo interpretaron positivamente.
Las dos pequeñas esferas azules continuaban inmóviles en su órbita, mientras el resto proseguía su lento e incesante rotar.
-Lucifer -empezó la voz- ha sido y es muy poco conocido en IURANCHA. Entre otras razones, porque, desde un principio, delegó en su primer lugarteniente: Satán.
Lucifer era (y es) uno de los más brillantes hijos de la Orden de los Lanonandeks primarios del universo local de Nebadon. Tenía

una dilatada experiencia en los asuntos de la administración cósmica, destacándose como un alto consejero de su grupo. Su sabiduría, sagacidad y eficacia fueron siempre reconocidas. Llevaba el número 37 de los de su Orden. Y de él se había dicho:
Eres perfecto en todas las vías, desde el momento en que fuiste creado, hasta el momento en que la iniquidad anidó en ti.
Muchas veces había ocupado un sitial en el consejo de los Muy Altos de Edencia. Lucifer reinaba sobre la santa montaña de Dios, el monte administrativo de Jerusem, ya que era el administrador en jefe de un gran sistema, formado por 607 planetas habitados, de los cuales IURANCHA hace el número 606.
Antes del estallido de la rebelión propiamente dicha, Lucifer y Satán habían reinado por espacio de más de 500 000 años terrestres sobre el sistema que tenían encomendado: Satania.
Satán, por su parte, formaba parte de ese mismo grupo u Orden de los Lanonandeks primarios, aunque nunca llegó a ejercer las funciones de soberano sistémico.
Y es preciso hacer notar que, tanto Lucifer como Caligastía, el príncipe de IURANCHA, mucho antes de la consumación de la revuelta, ya habían sido advertidos por sus superiores celestes de sus respectivas tendencias a la crítica y a un peligroso engreimiento personal.
Pero la historia de vuestro mundo transcurrió brillante y esperanzadora hasta que (hace ahora unos 200 000 años) IURANCHA recibió una de las rutinarias visitas de inspección de Satán. Ése fue el histórico momento en que la Tierra, y más exactamente Caligastía, conoció los planes de Lucifer...
-Quizá fuese necesario -argumentó el miembro de la Escuela de la Sabiduría- conocer primero en qué consistían esos planes...
-En efecto -proclamó la voz-. Para entender el verdadero alcance de la rebelión, resulta imprescindible exponer primero el llamado Manifiesto de la Libertad, proclamado por Lucifer.
No existían condiciones especiales en el sistema de Satania que pudieran favorecer o justificar dicha revuelta. La idea de la sublevación nació en el espíritu de Lucifer. Nadie le instigó ni aconsejó. La voluntad de oponerse a los planes de Micael fue

una iniciativa individual, lenta y firmemente madurada durante más de cien años del tiempo estándar.
Antes de decidirse a exponer sus pensamientos, Lucifer jamás se había manifestado en contra del sistema administrativo del universo. Su lealtad hacia los jefes supremos era sincera y sus relaciones con el Hijo Creador (Micael), profundas y cordiales. A lo largo de esos cien años, la Unión de los Días de Salvington, capital del universo local de Nebadon, había informado a las jerarquías celestes residentes en Uversa que no todo se hallaba en paz en la mente de Lucifer.
Y poco a poco, el soberano del sistema de Satania comenzó a criticar el plan administrativo de Nebadon. Su primera y abierta insinuación de desobediencia se produjo pocos días antes de la citada proclamación de su Manifiesto de la Libertad, con motivo de la visita de Gabriel, jefe ejecutivo de Micael y supervisor de todos los soberanos sistémicos de Nebadon, a Jerusem. Gabriel quedó impresionado y, convencido del inminente estallido de una rebelión, se trasladó a Edencia, sede de la constelación, donde parlamentó con los Padres de Norladiadek, adoptando ya las primeras medidas preventivas, en caso de sublevación.
Y hace 200 000 años, durante el cónclave anual de Satania, en presencia de las multitudes reunidas en Jerusem, Satán (ganado para su causa por Lucifer) dio a conocer la llamada Declaración luciferiana de Libertad o Manifiesto de la Libertad, que comprendía los siguientes puntos:
Primero: la realidad del Padre Universal.
Lucifer pretendía que el Padre Universal no existía y que la gravedad física y la energía espacial eran inherentes al universo. El Padre (decía el Manifiesto) era un mito, inventado por los Hijos del Paraíso para permitirles mantener su poder sobre todos los universos. Negaba también que la personalidad fuera un don del Padre Universal, insinuando que existía un complot con los Hijos del Paraíso para introducir un gigantesco fraude en toda la creación. Esta afirmación se basaba en el hecho (según Lucifer) de que no existía una idea clara de la naturaleza y personalidad reales del Padre. La acusación fue categórica.
Segundo: el gobierno universal de Micael, el Hijo Creador.
Lucifer sostenía en su Manifiesto de la Libertad que los sistemas locales de planetas deberían ser autónomos, protestando contra

el derecho de Micael a asumir la soberanía de Nebadon en nombre del hipotético Padre Universal Paradisíaco. Consideró que todo este plan de culto era sólo una estratagema para servir la ambición de los Hijos del Paraíso. Sin embargo, admitió también a Micael (vuestro Jesús de Nazaret) como su Padre-Creador, aunque no como su Dios y legítimo jefe. Atacó violentamente el derecho de los Ancianos de los Días, calificándolos de potentados extranjeros y acusándolos de entrometerse en los asuntos propios de los sistemas locales y universales. Los llamó tiranos y usurpadores, instigando a sus partidarios a considerar que los mencionados Ancianos de los Días nada podían hacer para interferir en el lógico proceso de autonomía de los respectivos sistemas planetarios, siempre y cuando los humanos y los ángeles tuvieran el valor de reafirmar y reclamar sus derechos. Asimismo pretendió impedir a los agentes ejecutivos de los Ancianos de los Días que actuaran en aquellos sistemas locales en los que los mortales pudieran reivindicar su independencia. En cuanto a la inmortalidad, sostenía que era inherente a las personalidades del sistema y que la resurrección era igualmente natural y automática. Ni un solo mortal (aseguró) se verá privado de la vida eterna por el mero capricho de los Ancianos de los Días.
Tercero: el ataque al plan universal de educación de los mortales ascendentes.
Lucifer sostenía en este último apartado de su Manifiesto de la Libertad que el tiempo consumido en la instrucción de los mortales o humanos evolucionarios en los principios de la administración universal era excesivo, con un gasto desproporcionado de energía. Calificó estos principios como inmorales y nefastos. Y protestó igualmente contra el programa que obligaba a preparar a los mortales del espacio durante largas edades, para un destino tan desconocido como ficticio. Señalando a los finalistas residentes en Jerusem, anunció que aquellos no habían encontrado otro destino más glorioso que el de ser devueltos a humildes planetas semejantes al de su origen. Sugirió que hablan sido corrompidos por un exceso de disciplina y por un entrenamiento prolongado, acusándolos de traición a sus hermanos, los humanos, por prestarse a cooperar

en aquel plan, que seguía manteniendo el mito de los ascendentes hacia un Padre inexistente.
Por último, desafió y condenó todo el plan de ascensión de los mortales hacia la Isla Eterna del Paraíso.
-Un momento...
La voz de Sinuhé vino a silenciar el sorprendente relato. Y en los corazones de la pareja se cruzaron los mismos pensamientos y sentimientos.
Aquel Manifiesto de la Libertad no guardaba conexión con las pueriles explicaciones ofrecidas a lo largo de los siglos por las diferentes religiones y, muy en especial, por la católica.
Teniendo en consideración lo que acababan de oír, el argumento esgrimido por tales iglesias -Lucifer se rebeló porque quiso ser como Dios- resultaba absurdo.
Desde un punto de vista objetivo -suponiendo que toda aquella loca aventura encerrara algo de verdad-, las nuevas razones de la famosa rebelión dieron mucho que pensar a los iuranchianos.
Para Sinuhé aquel Manifiesto contenía, cuando menos, aspectos más concretos y hasta lógicos que la tradicional justificación católica...
El Gran Dios, el Padre Universal -decía el Manifiesto luciferiano-, es un mito. No existe. Nadie ha podido demostrar su existencia real...
La afirmación del soberano del sistema de Satania fue y sigue siendo blasfema, por lo menos para los que creen en esa Fuerza o Energía Suprema. Pero, ¿y para un ateo? Si se considera el planteamiento de Lucifer desde un ángulo racional y científico, ¿quién ha logrado demostrar la existencia del Padre? Uno de los argumentos que servía de apoyo a esta insólita postura hablaba de los finalistas: esas miríadas de seres evolucionarlos que, según los planes cósmicos, van ascendiendo, como nosotros, hacia la Isla Eterna del Paraíso y que, lógicamente, deberían saber cómo es el Padre. Sin embargo -según Lucifer-, jamás hablaron de Él. Este silencio de los finalistas fue igualmente utilizado por el rebelde para marcar a dichos mortales ascendentes y finalistas como traidores a sus propios hermanos, siguiendo así el juego de las personalidades del Paraíso.

Por supuesto, partiendo de ese principio básico -la no existencia de Dios-, el resto fue fácil para Lucifer. ¿Qué sentido tenía entonces que Micael declarara su soberanía sobre el universo local de Nebadon, en nombre de un Padre Universal hipotético? Y de esta forma, al reclamar la autonomía y el autogobierno para su sistema de 619 planetas habitados y para el resto de los sistemas planetarios, Lucifer se convertía -hace 200 000 años- en el primer separatista y nacionalista de la Historia, según la concepción humana de tales conceptos...
Nietihw y Sinuhé empezaban a intuir por qué la rebelión logró arrastrar a tantos miles de millones de criaturas... Por supuesto, sin entrar a enjuiciar la bondad o perversidad del soberano sistémico, lo que aparecía nítido es que Lucifer jamás pretendió ser como Dios. Entre otras razones -según el propio Manifiesto de la Libertad-, porque Dios no existía para él. Aceptando por un momento que tales argumentos fueran ciertos, el entusiasmo y fidelidad que demostraron sus seguidores a partir de aquel cónclave en Jerusem se hallaban más que justificados...
Pero Sinuhé deseaba conocer otros aspectos de la revuelta. ¿Se produjo en verdad la mítica batalla en los cielos? ¿Quiénes la protagonizaron? ¿Fracasó Lucifer? ¿Qué suerte corrió nuestro planeta?
Y con sus manos extendidas sobre la transparente esfera formuló una nueva pregunta.

-Háblanos del estallido de la rebelión.
Tras la lectura y proclamación del Manifiesto de la Libertad -prosiguió la voz de los archivos de IURANCHA-, Satán se dirigió a las atónitas multitudes congregadas en Jerusem, la capital del sistema de Satania, manifestando que podía adorarse a las fuerzas universales, físicas, intelectuales y espirituales, pero que solamente se debía obediencia a Lucifer, el jefe actual y real, amigo de los humanos y de los ángeles y Dios de la Libertad. Así fue calificado por su lugarteniente. Y éstos fueron los gritos de guerra de los rebeldes.
Lucifer, a partir de ese momento, pregonó incansablemente la igualdad de pensamiento y la fraternidad de la inteligencia, sosteniendo que la administración y el gobierno tenían que

limitarse a cada planeta y, en todo caso, a la confederación voluntaria de los mundos en sistemas locales. Cualquier otro tipo de supervisión celeste fue rechazada.
Prometió a los príncipes planetarios de Satania que gobernarían sus respectivos mundos como supremos administradores. Rechazó a Edencia (sede de la constelación a la que pertenece Satania) como emplazamiento de las actividades legislativas, y a la capital del universo local de Nebadon, Salvington, como centro director de los asuntos judiciales. Todas estas funciones -declaró Lucifer- deben concentrarse en los mundos-capitales de los sistemas. Y él mismo inició la constitución de su propia asamblea legislativa, organizando los tribunales bajo la presidencia de Satán. Y ordenó a los príncipes leales a su causa que hicieran lo mismo en sus planetas. Todo el gabinete administrativo de Lucifer se pasó en bloque a su campo y sus miembros fueron juramentados públicamente como agentes de la administración del nuevo jefe de los mundos liberados.
Atónito ante lo que estaba escuchando, Sinuhé intervino, formulando dos nuevas preguntas:
-¿Se había producido anteriormente alguna rebelión similar? Y, en todo caso, ¿cuál fue la reacción de Micael?
-Sí que las hubo -manifestó la voz ante la lógica sorpresa de los iuranchianos-. La de Lucifer era la número tres de las registradas en el universo local de Nebadon. Pero aquellas dos primeras sublevaciones tuvieron lugar en constelaciones tan alejadas de la nuestra (la de Norladiadek) que no revistieron importancia. Lucifer señaló precisamente que tales insurrecciones habían fracasado porque la mayoría de los seres no siguieron a sus jefes. Y reafirmó que las mayorías gobiernan y que el pensamiento es infalible.
En cuanto a tu segunda cuestión, inicialmente no se produjo reacción alguna por parte de las muy altas jerarquías de los universos. Lucifer y sus leales actuaron con absoluta libertad. Posteriormente, y de forma reiterada, les fue ofrecida la clemencia. Pero Lucifer manifestó que tales perdones sólo eran una prueba más de la incapacidad de los Hijos del Paraíso para detener la rebelión. En aquellos momentos, Lucifer desafió abiertamente a Micael, a Manuel y a los Ancianos de los Días,

considerando la aparente pasividad de los mismos como una señal de debilidad. Y su radicalización fue ya completa.
Sólo Gabriel se pronunció al respecto, limitándose a anunciar que «a su debido tiempo se entrevistaría con Micael y que todos los seres quedaban en libertad, fuera cual fuera su determinación. El gobierno de los Hijos por el Padre solamente deseaba la lealtad y devoción cuando eran expresadas voluntariamente.
En consecuencia, los rebeldes quedaron en libertad para organizar y establecer su gobierno. Fueron años caóticos y de graves desórdenes, sobre todo en los Mundos de las Casas o Moronciales. Pero el ataque de Lucifer a los finalistas, calificándolos de traidores a sus hermanos, provocó un efecto contrario al pretendido por el soberano rebelde: la mayor parte de los ciudadanos ascendentes que se hallaban en Jerusem permanecieron fieles a Micael. Lucifer consideró este respeto como ignorancia.
-Pero -insistió Sinuhé- ¿qué hizo Micael?
-Cuando la rebelión del sistema local de Satania se había extendido y afianzado en 37 de los 619 planetas habitados, Micael pidió a Manuel, su hermano paradisíaco, que le aconsejase. Después de esta entrevista, el que más tarde sería definitivo Soberano de Nebadon anunció que continuaría con su política de no intervención, tal y como había hecho en las anteriores insurrecciones. Micael, en aquellos tiempos, dirigía el universo local por derecho divino, pero no en virtud de su propio derecho personal. La explicación residía en que aún no había concluido su carrera de efusión, no habiendo sido investido, por tanto, de todo el poder sobre los cielos y tierra. Durante 200 000 años de IURANCHA, Micael no intervino contra las fuerzas leales a Lucifer. Ahora, desde hace 2 000 años terrestres, posee poderes y autoridad para terminar rápidamente con cualquier otra rebelión.
Y fue a raíz de esa no intervención de Micael en la revuelta cuando Gabriel tomó la decisión de asumir el mando de las tropas que no habían secundado a Lucifer. Reunió a su Estado Mayor personal en Edencia, celebrando una cumbre con los Muy Altos de la constelación. Entretanto, Micael siguió en Salvington.

Y Gabriel se dirigió a Jerusem, la capital de Satania, instalándose en la esfera consagrada al Padre Universal. Y allí, en presencia de las multitudes leales, desplegó el estandarte de Micael: la bandera blanca con los tres círculos concéntricos y azules en el centro, símbolo del gobierno trinitario de la creación.
Lucifer, por su parte, desplegó su propia bandera: blanca también, con un círculo rojo y otro más pequeño, negro, en el centro.
Y hubo guerra en los cielos...

-Entonces -proclamó Sinuhé-, el Apocalipsis tiene razón...
-Sí, Micael y sus ángeles combatieron y lucharon contra el Dragón de Lucifer, de Satán y de los príncipes planetarios rebeldes. Pero esta guerra en los cielos no fue una batalla física, tal y como vosotros lo entendéis en IURANCHA. No se trataba de una de vuestras bárbaras contiendas, donde se pierde la vida física y corporal. Aquella lucha fue, si cabe, más implacable, ya que estaba en juego la supervivencia eterna.
En los primeros tiempos de la guerra en los cielos, Lucifer permaneció en el anfiteatro planetario. Gabriel, por su parte, instaló su cuartel general en sus proximidades y desde allí rebatió los sofismas de los rebeldes. Las diferentes y numerosas personalidades celestes presentes tuvieron así la oportunidad de escuchar a ambos bandos, adoptando finalmente una decisión personal.
-¿Cuántas criaturas del sistema de Satania se pasaron al bando de Lucifer?
-La rebelión, como ya has sido informado, fue a escala sistémica. Los teólogos de tu mundo han equivocado sus apreciaciones al considerar que tuvo un carácter universal. Fueron 37 los planetas que se alinearon con los rebeldes, ofreciendo sus respectivas administraciones y criaturas a Lucifer. Fue, en definitiva, una insurrección de la Orden Lanonandek. El resto de las órdenes superiores del universo local de Nebadon no se unió a la secesión. Un reducido número de Portadores de Vida estacionados en los planetas rebeldes se inclinaron hacia Lucifer. Ninguno de los Hijos Trinitizados, en cambio, se perdió. Y los Melchizedeks, los arcángeles y las

Brillantes Estrellas de la Noche permanecieron igualmente leales a Micael. Tampoco los seres originarios del Paraíso se vieron implicados en la rebelión. En cuanto a los llamados Conciliadores y Archiveros Celestes, tampoco se produjo deserción alguna entre sus filas. Sin embargo, un fuerte contingente de Compañeros Moronciales e Instructores del Mundo de las Casas sí hizo suya la causa de Lucifer.
Entre las órdenes supremas de serafines no se registró baja alguna. En cambio, los ángeles superiores y, sobre todo, el cuarto grupo (el de los ángeles administrativos) fue el más afectado. Millares de serafines destinados en las capitales de planetas eligieron a Lucifer. En total, un tercio de estos seres celestes se pasó al bando rebelde. También un tercio de los querubines estacionados en Jerusem se unió a los serafines desleales. Manotia, segundo comandante de los serafines del cuartel general de Satania en Jerusem, convenció a los dos tercios del Cuerpo de Serafines y su audacia fue reconocida a nivel universal.
Entre las ayudas angélicas planetarias, los que padecieron el furor de la rebelión con mayor virulencia fueron los Hijos Materiales o Adanes y Evas. Un tercio de los mismos fue engañado y casi un diez por ciento de los ministros de Transición cayeron igualmente en poder de Lucifer...
De nuevo aparecían los nombres de Adán y Eva y, al parecer, en gran número. Pero Sinuhé prefirió plantear aquella cuestión más adelante.
-...Juan, el Evangelista -continuó la voz- recibió una visión simbólica de estas pérdidas y escribió: Y la cola del Dragón rojo arrastró al tercio de las estrellas del cielo y las arrojó a las tinieblas.
Las mayores deserciones, sin embargo, se produjeron en las filas de los ángeles. También ocurrió otro tanto entre las criaturas medianes. En cuanto a los 681227 Hijos Materiales de Satania, el noventa y cinco por ciento fue igualmente víctima de la rebelión.
-¿Cómo es posible -le interrumpió el miembro de la Escuela de la Sabiduría- que la rebelión arrastrase a tantos ángeles y serafines?

-Al estallar la sublevación, el jefe de los ejércitos seráficos en Jerusem se pasó al bando luciferiano. Esto ocasionó el inmediato y masivo seguimiento de los serafines de cuarto orden a su comandante. Pero hubo una criatura, Manotia, que destacó por su arrojo. No hace mucho, al describir sus experiencias sobre la rebelión, este segundo comandante de los serafines decía: Mis momentos más vivificantes fueron aquellos en los que me negué a insultar a Micael. Las potencias rebeldes trataron entonces de destrozarme. Y en Jerusem se registró un gran cataclismo... Ausente mi inmediato superior, tuve que asumir el mando de las legiones de ángeles de la capital de Satania, así como de los confusos asuntos seráficos del sistema. Y moralmente apoyado por los Melchizedeks y por los humanos ascendentes pude resistir los embates de la rebelión. Habiendo sido cortados automáticamente los circuitos que unían el sistema con el resto de la constelación, dependíamos de la lealtad de nuestro servicio de información, que lanzaba llamadas de socorro a Edencia desde el sistema vecino de Rantulia. Así pudimos sobrevivir hasta la llegada del sucesor de Lucifer. Después fui agregado al Cuerpo de los Melchizedeks que se había hecho cargo del fallido planeta IURANCHA, tomando a mi cargo la jurisdicción de las órdenes seráficas leales a Micael.
En la actualidad -concluyó la voz-, Manotia sigue en activo en tu mundo, en IURANCHA, donde desempeña el puesto de jefe adjunto de los serafines.
-Dices que el sistema de Satania fue aislado... Eso no parece justo -insinuó Sinuhé.
Pero la voz, tal y como le había advertido, eludió enjuiciar el asunto:
-No es mi misión opinar, sino registrar. Lo que figura en los archivos de IURANCHA es lo siguiente: tan pronto se produjo la rebelión, los circuitos de Satania fueron interrumpidos. Tanto los que unían a los planetas con la constelación como los del resto del universo local. Y los mundos fueron sometidos a una cuarentena que aún dura. En todo este tiempo, agentes seráficos y mensajeros solitarios han transmitido y transmiten la totalidad de los comunicados.

Esta situación obligó a Lucifer y a sus leales a propagar y mantener su rebelión de una forma personal. Una de las acciones de los rebeldes se centró precisamente en las Escuelas del planeta cultural de los finalistas, tratando de ganar para su causa a las almas de los humanos evolucionarios. Esta acción quedó registrada como uno de los peores actos de los rebeldes. Los humanos ascendentes eran, quizá, los más indefensos. Pero resistieron mejor, incluso, que los espíritus inferiores. Ninguno de los ciudadanos ascendentes de Jerusem, como ya se te informó, se alió con la causa luciferiana.
Hora tras hora y día tras día, las estaciones difusoras de Nebadon se vieron invadidas por todo tipo de observadores y criaturas celestes, deseosos de conocer el proceso de la rebelión en Satania.
Esta tensa situación se prolongaría durante dos años del tiempo sistémico. Como sabes -aclaró la pluma de Thot-, un día de Satania equivale a tres de IURANCHA, menos una hora, cuatro minutos y quince segundos. Cinco años de cien días del sistema de Satania son, aproximadamente, cuatro de IURANCHA.
Al cabo de esos dos años, Lanaforge fue designado sucesor de Lucifer, aterrizando con su Estado Mayor en el mar de cristal. Formaba parte de los ejércitos movilizados por Gabriel en Edencia y éste fue su primer mensaje al Padre de la constelación de Norladiadek: Ningún ciudadano ascendente de Jerusem se ha perdido. Todos los mortales evolucionarios han sobrevivido a las ardientes llamas y han salido victoriosos de la prueba decisiva.
La tropa de Jerusem contaba entonces con 187 432 811 humanos ascendentes de todos los planetas habitados del sistema.
-¿Qué representó la llegada de Lanaforge para la rebelión?
-Los rebeldes fueron destronados y desprovistos de todo poder de gobierno. A pesar de ello se les permitió circular libremente por Jerusem, sobre las esferas moronciales y en los planetas habitados. Y prosiguieron sus esfuerzos para reclutar nuevos leales a su causa.
Como también has sido informado, por aquel entonces, Micael no era aún el Soberano de Nebadon. Y aunque los Ancianos de los Días defendieron a los Padres de la constelación cuando

éstos decidieron tomar en sus manos el gobierno de Satania, no comunicaron orden alguna respecto a la suerte de Lucifer. Los rebeldes, en consecuencia, siguieron recorriendo el sistema, propagando sus doctrinas.
Quedaban muchas cuestiones sobre la rebelión, pero Sinuhé ardía en deseos de conocer el papel jugado por Caligastía, el príncipe planetario de IURANCHA, y por el resto de su Estado Mayor. Y solicitó información al respecto.
-¿Qué había sido de los humanos del planeta Tierra?

-Fue en el transcurso de aquella visita de inspección de Satán a IURANCHA, como se te dijo anteriormente, cuando Caligastía recibió las primeras noticias sobre la inminente rebelión. Debo aclararte que Satán no se parece en nada a esas grotescas caricaturas humanas que se han hecho de él. Era, y continúa siendo, un Hijo Lanonandek primario de gran resplandor.
Y fue en el curso de esta inspección rutinaria cuando Satán puso a Caligastía al corriente del Manifiesto de la Libertad, que Lucifer se proponía llevar a efecto en Jerusem.
Inmediatamente, el príncipe estuvo de acuerdo en traicionar al planeta, desde el instante mismo en que la rebelión fuese hecha pública.
Al poco de esta entrevista, cuando la administración de los cien de Caligastía estaba a punto de iniciar nuevos y prometedores proyectos, altamente beneficiosos para la humanidad de tu mundo, al mediodía de un día del invierno de los continentes septentrionales, el príncipe sostuvo una larga conversación secreta con su lugarteniente, Daligastía. Y acto seguido, éste convocó a los diez consejos de IURANCHA en sesión extraordinaria, informándoles que el príncipe se disponía a proclamarse soberano absoluto del planeta. En consecuencia, los cien deberían abdicar de sus funciones, delegando sus poderes a Daligastía.
Esta inesperada declaración fue seguida de una fulminante reacción por parte de Van, uno de los miembros de los cien y presidente del Consejo de Coordinación de las Tribus, que acusó a Caligastía, Daligastia y Lucifer de ultrajar la soberanía del universo local de Nebadon. E, inmediatamente, puso en marcha

una comunicación a los Muy Altos de Edencia, con el fin de que fuera confirmado en su postura.
Para entonces, las noticias de la proclamación del Manifiesto de la Libertad en Jerusem habían llegado a las supremas autoridades celestes, y el sistema de Satania, aislado. A partir de esos momentos, tu mundo, como los demás, quedó incomunicado. Y todos los grupos celestes que se hallaban presentes en IURANCHA (fijos o de paso) se encontraron aislados, sin previo aviso.
Durante siete años terrestres, la situación en tu mundo no varió. Ni se produjo intento exterior alguno para modificarla.
Sinuhé lo recordó de pronto. En el sur de la actual Armenia, efectivamente, existe un lago que lleva el nombre de Van. ¿Sería en recuerdo de aquel remoto miembro de los cien de Caligastía, que se opuso a la rebelión de Lucifer? Pero no se atrevió a alterar el curso de la narración con una cuestión tan aparentemente vanal.
-En IURANCHA, cuarenta miembros del Estado Mayor corporal del príncipe, con Van al frente, declinaron unirse a la rebelión. Y numerosos asistentes humanos modificados les siguieron. Sin embargo, cerca de la mitad de los serafines administrativos optó por el bando de Caligastía, así como 40 000 medianes. Otros 9 800 permanecieron fieles a Micael. Y el príncipe rebelde dispuso a esos 40 000 medianes para ejecutar sus órdenes por todo el planeta.
Al mismo tiempo, Van lo disponía todo para intentar salvar el Estado Mayor y a las personalidades celestes bloqueadas en IURANCHA. Algunos serafines y querubines leales a Van, ayudados por tres medianes igualmente fieles, garantizaron la vigilancia e integridad del Árbol de la Vida, permitiendo el acceso a sus frutos y hojas únicamente a los cuarenta del Estado Mayor y a sus aliados humanos modificados...
Antes de que la voz de los archivos de IURANCHA se manifestara sobre ello, los iuranchianos presentes en la Sala de Thot comprendieron por qué Belzebú se había apoderado del frasco con los ibos. Si no estaban equivocados, a partir de la rebelión, muchos de estos seres rematerializados en el planeta perdieron su inmortalidad al no poder superar las leyes

biológicas de IURANCHA con los frutos del citado árbol de Edencia.
-...El número de estos leales que siguió beneficiándose del Árbol de la Vida -continuó la voz- fue de 96. Los cuarenta ya citados del Estado Mayor y otros 56 andonitas modificados, cuyo plasma vital había servido para rematerializar a los cien de Caligastía. Y fue durante esos siete años de disciplina espiritual cuando un iuranchiano sorprendió al universo. Vuestra Humanidad no conoce a este héroe, cuyas hazañas se han inscrito en el libro de oro de la historia de Nebadon.
Me refiero a Amadon, el asociado modificado de Van, que ha sido calificado como el gran héroe humano de la rebelión de Lucifer. Este descendiente varón de Andon y Fonta fue uno de los cien iuranchianos que cedió su plasma vital a los miembros corporales del Estado Mayor del príncipe. Su inquebrantable fidelidad a Micael ha sido tomada como ejemplo universal...
-¿Y qué ocurrió con los restantes sesenta miembros de ese Estado Mayor? -interrumpió Sinuhé, mucho más interesado por la suerte de los rebeldes que por las hazañas de Amadon.
-Éstos eligieron como nuevo jefe a Nod: uno de los sesenta. Y lucharon con todas sus fuerzas por el príncipe. Pero muy pronto se dieron cuenta que habían sido privados del apoyo de los circuitos vitales del sistema, siendo rebajados al estatuto de simples mortales. Seguían siendo seres sobrehumanos, pero carentes ya de su inmortalidad. Y en un intento desesperado por aumentar su número, Daligastía ordenó la procreación sexual entre los sesenta supervivientes del Estado Mayor y los cuarenta y cuatro humanos modificados, también leales al príncipe. A pesar de ello, Daligastía sabía que aquellos 104 superhombres morirían tarde o temprano.
Tras el desastre y la caída de Dalamachia, los 104 partidarios de Lucifer emigraron hacía el Norte y hacia el Este. Y sus descendientes fueron conocidos durante milenios por el nombre de noditas. Y su lugar, como el País de Nod...
Nietihw recordó entonces un pasaje del Génesis (4,16): ...Caín, alejándose de la presencia del Señor, habitó la tierra de Nod, al oriente de Edén.
Su compañero, fascinado por dicha revelación, preguntó qué relación guardaban aquellos sucesos con aquel otro pasaje de la

Biblia (Génesis 6, 1-4) en el que se dice: Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra y tuvieron hijas, viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron. Y dijo Yavé: No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días. Había entonces gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres y las engendraron hijos; éstos son los héroes famosos muy de antiguo.

-Como ya fuiste informado -anunció la voz-, muchos de los antiguos pasajes de la Biblia han sufrido deformaciones e interpolaciones. Cuando los 104 leales a Caligastía se unieron sexualmente entre sí y, de inmediato, con otros humanos, sus hijos se revelaron como criaturas muy superiores al resto de los iuranchianos, tanto en su aspecto físico como mental. Y estos hechos, con el paso del tiempo, terminaron por incorporarse a todas las leyendas. Este fue, en verdad, el origen del deficiente pasaje que cita el Génesis y que tú has rememorado. Sin ser exactamente hijos de los dioses, los miembros corpóreos del Estado Mayor del príncipe sí fueron tomados por seres bajados de los cielos. Este suceso pasó poco a poco a la mitología, oscureciéndose aún más a raíz de los graves acontecimientos que tuvieron lugar muchos miles de años después, con la llegada a IURANCHA de Adán y Eva.

La rebelión de Lucifer, en consecuencia, había empezado a dar sus primeros y nefastos frutos en tu mundo...

-¿Por qué? -repuso Sinuhé sin entenderlo.

-Al consumarse la ruptura de los miembros del Estado Mayor y de sus humanos modificados, el plan cósmico previsto para IURANCHA se vio alterado. El progreso por la evolución se vio sustituido por la revolución. Y los cruces entre los 104 leales a Caligastía y las restantes tribus humanas trajo como resultado un momentáneo auge de la civilización del planeta. Pero ese estallido de progreso sólo resultó eficaz entre los pueblos más próximos a los noditas. Cuando la experiencia se propagó a otras razas primitivas más alejadas, el caos fue total. La mayor parte de aquellos humanos no estaba preparada aún, ni mental

ni físicamente, para semejante paso. Y de la libertad se pasó al libertinaje.
No pasó mucho tiempo desde que los 104 decidieran cruzarse entre sí y con las hijas e hijos de los hombres cuando se vieron comprometidos en una desesperada defensa de la ciudad de Dalamachia, atacada por las hordas semisalvajes de los pueblos entre los que habían intentado inculcar prematuramente aquellos principios de libertad. Estos ataques obligarían a los rebeldes a huir de la espléndida ciudad-modelo, encaminándose hacia el Norte y hacia el Este.
-¿Y qué fue de Dalamachia?
-Ciento setenta años después del estallido de la rebelión, una gran inundación procedente de los alterados mares del Sur arrasó el que había sido el primer foco cultural del planeta. Y el cuartel general de Caligastía se hundió por debajo del nivel del mar.
-¿Qué suerte corrieron Van y sus leales?
-Van, llamado el Inquebrantable, se había retirado mucho antes hacia las altas tierras del oeste de la India. Allí, con sus partisanos, quedaron al abrigo de los ataques de las tribus semibárbaras que habían provocado la derrota de Nod y sus superhombres.
Poco a poco, treinta y nueve de los cuarenta miembros del Estado Mayor fueron regresando a Jerusem. Y Amadon y sus descendientes (los amadonitas), así como Van, siguieron en IURANCHA. Y fueron sustentados durante más de 150 000 años por el Árbol de la Vida y por el ministerio de los Melchizedeks, que tomaron a su cargo el gobierno del planeta.
-¿Cuál fue el final de Nod y los miembros rebeldes del Estado Mayor?
-Los dos grupos (los sesenta miembros corporales y los cuarenta y cuatro andonitas modificados) fueron el germen de la octava raza aparecida en IURANCHA. Los noditas de pura sangre eran, sin duda, una raza magnífica, aunque no prevista en los planes de los Portadores de Vida. Pero, con el tiempo, al mezclarse con los humanos, fueron degradándose y 10 000 años después de la rebelión, la vida media de sus individuos no sobrepasaba la de las razas autóctonas.

Cuando los arqueólogos de tu tiempo -aclaró la pluma de Thot- desenterraron los miles de tablillas de arcilla de los sumerios, descendientes de los noditas, descubrieron listas de reyes que retrocedían miles de años en el tiempo. Según estos archivos, los reinados se prolongaban desde los 25 años de los monarcas más cercanos a los 150 (o más) de los más remotos. La explicación es sencilla: algunos de los primeros jefes noditas, descendientes de los miembros del Estado Mayor de Caligastía, vivían mucho más que el resto de los humanos y que sus propios sucesores.
-Por cierto -intervino Sinuhé, recordando las centenarias vidas de muchos patriarcas bíblicos-, ¿qué hay de cierto en esas longevas existencias que menciona la Biblia?
-En general se trata de una confusión entre los meses de 28 días y los años de más de 365 días. Se cita, por ejemplo, a un humano que vivió más de 900 años. En realidad, esta cifra representaba 70 de los actuales años de IURANCHA: tres veintenas y diez.
Después de la desaparición de Dalamachia, como se te ha informado, los noditas emigraron hacía el Este y Norte, fundando la ciudad que se llamó Dilmun: el nuevo cuartel general racial y cultural de los rebeldes. Paulatinamente, todos los miembros corporales del Estado Mayor y sus humanos modificados fueron falleciendo de muerte natural. Unos 50 000 años después de la muerte de Nod, los descendientes se vieron obligados a ensanchar sus dominios, en busca de alimentos. Y conscientes de que deberían mezclarse con otras razas limítrofes, fundamentalmente Sangik y andónicas, los jefes noditas convocaron un gran consejo de todas las tribus para preservar la unidad racial. Después de muchas deliberaciones adoptaron el llamado plan de Bablot, un descendiente de Nod. Bablot propuso la construcción de un templo que perpetuase y glorificase el sagrado origen de aquella estirpe. Esa magnífica y soberbia construcción debería levantarse en el territorio de Nod...
Sinuhé, sin saber por qué, se estremeció. Y tenía razones para ello...
-...Ese templo debería disponer de una torre sin igual en el mundo. Debería ser un monumento que testimoniase toda la

grandeza de sus antepasados: los leales a Lucifer. Pero surgieron complicaciones. Una parte del pueblo nodita deseaba que dicho templo y su torre fueran edificados en Dilmun. El resto, rememorando la desaparición de su antigua patria, Dalamachia, devorada por las aguas, pretendía que fuera levantado lejos del mar.
Bablot preveía que aquellos nuevos edificios llegarían a ser el nudo y el fundamento de un futuro centro de cultura y civilización nodita. Su criterio prevaleció. Y se empezó la construcción. La nueva ciudad se llamaría Bablot, en memoria de su arquitecto. Pero más tarde recibió el nombre de Bablod. Por último fue conocida por el de Babel.
-¡Babel! -exclamó Sinuhé, comprendiendo la razón de su estremecimiento-. Entonces... ¿La confusión de las lenguas?
-No hubo tal. Después de cuatro años y medio de trabajo, los noditas se enzarzaron en intensos debates sobre la forma de construcción de la torre y el templo, así como sobre la finalidad de los mismos. Y las obras se paralizaron. Los suministradores de víveres propagaron entonces la noticia de las disensiones y muchas tribus se dirigieron al lugar de la construcción.
-¿Cuáles fueron esos motivos de disensión entre los noditas? La Biblia habla de un castigo de Dios...
-No exactamente. Uno de los grupos, el más numeroso, deseaba que aquel monumento fuera un recuerdo perenne a la superioridad histórica y racial de su raza. Para ello debía superar todas las medidas y proporciones imaginables.
El siguiente grupo en importancia defendía que dicho templo debía conmemorar la cultura de Dilmun. Bablot se convertiría así en un gran centro comercial y artístico.
El tercer contingente en discordia, el menos importante, estimaba que la edificación de la torre podía redimirles, en parte, de las locuras de sus antepasados al unirse a la rebelión de Caligastía. Sostenían que el templo debería estar consagrado al Padre Universal, convirtiendo la futura ciudad de Bablot en una segunda Dalamachia que irradiase cultura y espiritualidad entre los bárbaros de los alrededores. En una votación, este último grupo fue derrotado y la mayoría rechazó la idea de que Nod y sus compañeros (sus antepasados) hubieran sido responsables de la rebelión de Lucifer.

Por último, los dos bandos dominantes y en litigio resolvieron la situación con las armas. El resultado final fue el exterminio casi total de los noditas...
Mucho tiempo después (hace ahora unos 12 000 años), se produjo una segunda tentativa para edificar la torre de Babel sobre las ruinas de la primitiva construcción. Pero el proyecto volvió a fracasar, falto del apoyo suficiente. Durante mucho tiempo, aquella región fue conocida por el nombre de el País de Babel.
Aquel primer fracaso provocó la inmediata dispersión de esta octava raza. Y la cultura nodita se eclipsó durante 120 000 años, hasta que fue parcialmente recuperada por Adán y Eva...
De nuevo Adán y Eva. Nietihw y Sinuhé no podían comprender cuándo, cómo y por qué se produjo la aparición de los que la Biblia llama primeros padres. ¿0 es que las Sagradas Escrituras estaban igualmente equivocadas en este asunto? ¿Por qué el archivo de IURANCHA les concedía tanta importancia?
-...A raíz de aquella dispersión -continuó la voz-, los noditas sucesores de los rebeldes se dividieron en cuatro grandes pueblos.
Los occidentales o sirios. Fueron los supervivientes del llamado grupo nacionalista: los partidarios de la primacía racial. Tomaron el camino del Norte, uniéndose con los andónicos y fundando las ciudades del noroeste de Mesopotamia. Contribuyeron decisivamente a la aparición de la raza asiria.
Los orientales o elamitas. Fueron los partidarios de la cultura y del comercio. Emigraron hacia el Este, al Elam, fundiéndose con las tribus Sarigik. Su región daría nombre al País de Nod.
Los centrales o presumerios. Fue un pequeño contingente que se instaló en las desembocaduras de los ríos Tigris y Éufrates, conservando su pureza e integridad racial. Logró sobrevivir durante milenios. Al fusionarse con los descendientes de Adán y Eva dieron lugar a los sumerios.
Esto podría explicar a vuestros arqueólogos del siglo XX de IURANCHA por qué dicho pueblo sumerio apareció tan súbitamente en Mesopotamia. En realidad, los investigadores de tu mundo, Sinuhé, ignoran que los sumerios tienen su origen 200 000 años atrás, con los rebeldes del Estado Mayor de Caligastía...

Esta cultura, sucesora de la de Nod, llevaba la simiente de un milenario progreso, abortado por la rebelión de Lucifer. Así fue como llevaron a cabo la construcción de templos, el trabajo de los metales, la agricultura, el pastoreo, la alfarería, el estudio de la astronomía y de otras ciencias matemáticas, de las leyes comerciales y civiles, de la escritura y de los ceremoniales religiosos. Ciertamente, habían perdido y olvidado el alfabeto aprendido en Dalamachia, pero supieron conservar la particular escritura de Dilmun. Aunque virtualmente perdido para el mundo, el idioma sumerio no era semítico. Tenía numerosos elementos comunes con las lenguas llamadas arias.

Entre los documentos dejados por los sumerios se describe un paraje situado en el golfo Pérsico: Dilmun. Los egipcios llamaron a este lugar Dilmat. Posteriormente, los sucesores de aquellos noditas que se habían establecido entre el Tigris y Éufrates confundieron la ciudad con la legendaria Dalamachia. Algunos arqueólogos han encontrado viejas tablillas de arcilla en las que los sumerios hablan de un paraíso terrestre en el que los dioses bendijeron por primera vez a la humanidad con el ejemplo de una vida civilizada. Estas tablillas están describiendo en realidad a la ciudad de Dilmun, sede de Nod. Pero hoy reposan olvidadas y polvorientas en los museos de tu mundo...

El cuarto grupo lo formaron los noditas del Norte: los llamados vanites. Surgieron antes del conflicto de Bablot. Eran los más septentrionales y descendían de los rebeldes que habían dejado de obedecer a Nod para unirse a Van y Amadon. Muchos se instalaron a orillas del lago que hoy, incluso, sigue llevando el nombre de Van, al sur de Armenia y al norte de lo que fue la ciudad de Nínive. El monte Ararat fue su montaña sagrada. Y para los descendientes de los vanites representaría lo mismo que el Sinaí para los hebreos. Hace 10 000 años, los sucesores de aquellos primitivos noditas aliados con Van afirmaban que su ley moral, formada por siete mandamientos, había sido dada a Van, el Inquebrantable, por los dioses en la cima del Ararat. Y creían con toda firmeza que Van y Amadon habían sido transportados vivos desde el planeta cuando se hallaban orando en la cima. Al ser la montaña sagrada de la Mesopotamia del norte, no debe sorprendemos que haya sido implicada con otras narraciones judías posteriores sobre Noé y el diluvio.

Sinuhé, abrumado, agradeció que la voz del archivo secreto de IURANCHA guardara silencio. Pero las sorpresas no habían terminado.

La voz no esperó. Y prosiguió su relato, aliviando la tensión de Sinuhé. Su espíritu se hallaba demasiado agitado por aquellas manifestaciones sobre las verdaderas razones de la rebelión luciferiana y sobre lo que, sin duda, podía calificarse como primer gran conflicto planetario. La pluma de Thot se refirió entonces a otra no menos fascinante e ignorada etapa de la Tierra: Adán y Eva.

-Es fácil reconocer en tu corazón la duda que ha suscitado mi anterior exposición, cuando, en repetidas oportunidades, te he hablado de los Adanes y Evas -comenzó la misteriosa voz de los archivos de IURANCHA-. Tu mente ha venido preguntándose por qué al referirse a los que creéis vuestros primeros padres siempre lo hice en plural: Adanes y Evas. Y también has sentido extrañeza al escuchar la palabra enviados y no nacidos, como es la creencia general... Permitid que, antes de pasar a contar la historia de tan destacados personajes, os ponga en antecedentes de algo que ignoráis y que se halla íntimamente relacionado con la que fue la segunda dispensación concedida a IURANCHA.

En todos los mundos habitados y evolucionarios de los universos, durante la etapa de gobierno del correspondiente príncipe planetario, los humanos mortales alcanzan casi siempre el perfeccionamiento en su desarrollo natural. Esta culminación biológica es el aviso para que el Soberano del sistema envíe a ese mundo a dos miembros de segundo orden: los llamados elevadores biológicos. Se trata de dos hijos materiales, denominados en Satania Adán y Eva. Éstos fueron los nombres de los primeros Hijos Materiales del sistema al que pertenece IURANCHA. Desde entonces, todos los Hijos Materiales descendientes de aquel primer Adán y de aquella primera Eva conservan los nombres de sus padres.

Los Hijos Materiales son el don del Hijo Creador a los mundos habitados y en evolución. Constituyen su prole. En esta creación física no interviene el Espíritu-Madre del Universo. Pero ese orden material de filiación no es uniforme en todo el

universo local. El Hijo Creador sólo genera una pareja de estos seres en cada uno de esos universos locales. Y las naturalezas de los mismos son conformes a los arquetipos de vida de cada sistema. Esto es indispensable. De otro modo, el potencial reproductor de los Adanes sería incompatible con el de los mortales evolucionarios. A IURANCHA llegó también una de estas parejas de elevadores biológicos, descendiente de los Hijos Materiales de Satania.

En general, cada Adán y Eva permanecen en el planeta juntamente con el príncipe. No corren grandes riesgos, a no ser que, como sucedió en vuestro mundo, su llegada coincida con una cuarentena y con la falta del príncipe planetario. En ese caso extremo, su misión se ve rodeada de peligros.

Como en el resto de los mundos, el Adán y la Eva que llegaron a la Tierra tenían también una misión básica: mejorar las razas autóctonas del planeta.

La talla de estos auténticos colosos oscila entre los dos y medio y los tres metros. Sus cuerpos tienen, entre otras, una muy especial propiedad: irradian luz. A veces violeta y en ocasiones azul. Al ser rematerializados a su llegada al planeta elegido, Sus cuerpos son enteramente físicos y humanos, aunque se encuentran recargados de energía divina y saturados de luz celeste. Estos Hijos Materiales (los Adanes) y las Hijas Materiales (las Evas) son iguales en todos los sentidos, excepción hecha de sus naturalezas reproductoras y de ciertos factores químicos. Son, en consecuencia, hembra y varón, pero concebidos para cumplir su misión de una forma complementaria.

En tanto permanecen fieles a sus objetivos cósmicos, los Hijos Materiales disfrutan de una doble vía alimenticia. De una parte, consumen energía materializada, como el resto de los humanos mortales. Pero, además, la absorción directa y automática de ciertas energías cósmicas les proporcionan la inmortalidad. Si fracasan o se rebelan, esta segunda vía sustentadora es interrumpida y los Adanes y Evas se ven sometidos a la misma muerte natural de los mortales de ese mundo.

Puedo confirmaros que estos seres, únicos y maravillosamente útiles, son la cadena que une los mundos físicos con el espiritual. Se hallan concentrados en las sedes de los sistemas y

allí viven y se reproducen como ciudadanos materiales del reino, hasta que son enviados (siempre por parejas) a los mundos evolucionarios. Durante su vida en dichas capitales sistémicas, los Hijos Materiales no tienen ajustador de pensamiento. Lo reciben cuando han sido trasladados a un planeta.
Contrariamente a los demás hijos creados que sirven en los mundos evolucionarios de los mortales, los Adanes y Evas no son invisibles a esos humanos. Pueden mezclarse e, incluso, procrear con ellos.
Todo Adán y Eva originales y directamente creados son inmortales por naturaleza, al igual que sucede con las restantes órdenes de los universos locales. Esta inmortalidad es transmitida a sus hijos, siempre y cuando vivan en sus respectivas capitales sistémicas. Pero, cuando los Hijos Materiales tienen hijos después de haber sido rematerializados en un mundo, su prole no nace inmunizada contra la muerte.
En ese proceso de corporeidad, los elevadores biológicos experimentan un cambio en el mecanismo transmisor de la vida. Es una de las normas impuestas por los Portadores de Vida, que no permiten a los Adanes y Evas que puedan engendrar hijos que no mueran.
Cuando el Soberano del sistema recibe la noticia de que un planeta concreto está ya en disposición de recibir a los elevadores biológicos, reúne al Cuerpo de Hijos Materiales en la capital sistémica y repasan las necesidades y características del mundo evolucionario en cuestión. A continuación se selecciona a una pareja del grupo de voluntarios: un Adán y una Eva del contingente más antiguo...
-Me pregunto -intervino al fin Sinuhé- ¿cómo se lleva a cabo esa operación de traslado y materialización?
-La pareja seleccionada es sumida en un profundo sueño, preparatorio para lo que se denomina enserafinamiento. Los Adanes y Evas son seres semimateriales y, en consecuencia, no transportables por serafines. Han de sufrir, necesariamente, una previa desmaterialización en la capital del sistema, antes de partir hacia su objetivo. Esta preparación para su transporte requiere unos tres días del tiempo estándar y la colaboración de un Portador de Vida para establecer y configurar la posterior rematerialización, al término del viaje.

Esta técnica de desmaterialización no puede utilizarse en el sentido inverso: para devolver a la pareja a la capital del sistema, a menos que ese mundo se halle vacío. En estos casos se monta una estación de socorro en la que se utiliza la misma técnica de desmaterialización para toda la población recuperable...
-¡Un momento! -intervino el iuranchiario-. ¿Quiere esto decir que las jerarquías celestes, en caso de emergencia, pueden sacar a los humanos de un planeta?
-Así es. Si una catástrofe física llegara a arruinar la residencia planetaria de una Humanidad en evolución, los Melchizedeks y los Portadores de Vida pueden utilizar la técnica de desmaterialización para evacuar a los supervivientes. Esos humanos serían entonces trasladados (por transporte seráfico) a un nuevo mundo, dispuesto ya para la continuación de su existencia. Una vez inaugurada, la evolución de una raza humana debe proseguir, independientemente de la supervivencia física de su planeta.
-En ese caso -añadió Sinuhé-, si la Tierra o IURANCHA se viera envuelta en una tercera guerra mundial, ¿los supervivientes serían conducidos a otro mundo?
La voz, haciendo caso omiso de la pregunta, prosiguió en los siguientes términos:
-En mis archivos está registrada la historia de tu mundo; no el futuro... Como estaba informándote, al llegar a su destino, el Hijo e Hija Materiales son rematerializados bajo la dirección de un Portador de Vida. El proceso necesita de diez a veintiocho días del tiempo de IURANCHA. Durante ese tiempo, el Adán y Eva siguen sumidos en la inconsciencia de un profundo sueño. Al despertar, sus estructuras físicas se hallan totalmente concluidas.
En los mundos habitados evolucionarios, estos hijos materiales construyen sus hogares en lo que se denomina Jardín de Edén. El emplazamiento es elegido previamente por el príncipe planetario, cuyo Estado Mayor colabora estrechamente en los primeros trabajos, siempre con la ayuda de numerosos humanos modificados.
Como ya sabes, el nombre de Jardín de Edén procede de Edencia, la capital de la constelación de Norladiadek, a la que

pertenece IURANCHA. Son generalmente planeados y levantados de acuerdo con la grandeza botánica del mundo-capital de los Muy Altos Padres de la constelación. Casi siempre se determina su emplazamiento en un lugar aislado y próximo a los trópicos de ese planeta. Son creaciones maravillosas, destinadas a servir de segundo foco cultural de ese mundo.
La primera y principal misión de los Adanes y Evas es siempre la de multiplicarse, dando origen a la llamada raza azul o violeta. En el caso de IURANCHA y de otros mundos evolucionarios, la segunda raza azul...
La voz hizo una intencionada pausa. Los corazones de Nietihw y Sinuhé habían sufrido un sobresalto.
-¡La segunda raza azul! -exclamó el iuranchiano-. Entonces, tú, Nietihw, ¿eres descendiente de Adán y Eva...?
-No te asombres, Sinuhé -prosiguió la pluma-, los humanos no conocéis aún el poder y la grandeza de la Divinidad. Como os digo, el objetivo de todas estas parejas importadas es formar y forjar una nueva especie humana, más fuerte y preparada para el glorioso futuro que siempre os aguarda. Pero, durante muchas generaciones, Adán y Eva se limitan a engendrar su propia prole, sin cruzarse con el resto de las razas autóctonas. En un planeta normal -y la voz hizo especial énfasis en la palabra normal-, los planes para elevar el nivel de la especie humana que habita ese mundo son siempre dispuestos por el príncipe y posteriormente ejecutados por Adán y Eva. Pero, como veremos a continuación, en IURANCHA no fue así.
Cada pareja de Hijos Materiales llega siempre acompañada por un séquito de ángeles de quinto orden, agregados a la misión adánica. El grupo inicial es generalmente de unos cien mil. Y una vez terminada la residencia (el jardín de Edén), numerosos humanos son instalados en la misma, sirviendo así de colaboradores y enlaces con el resto de las tribus del planeta en cuestión.
Por supuesto, cuando un Adán y una Eva llegan a un planeta evolucionario, han sido previa y exhaustivamente instruidos sobre las razas existentes en ese mundo y sobre la fórmula idónea para mejorarlas. El plan no es necesariamente uniforme, dejando a los Hijos Materiales en completa libertad de

actuación, siempre de acuerdo con las normas sagradas que rigen los universos.
Lo normal es que los hombres azules o violetas (procreados por Adán y Eva) no empiecen a cruzarse con los nativos del planeta hasta que el número de aquellos no haya rebasado el millón de individuos. Ese momento reviste siempre una especial y emocionante importancia para los humanos mortales. Es el príncipe planetario quien anuncia y proclama que los hijos de Dios han bajado para fundirse con las razas humanas. Y los mortales aguardan impacientes el día en que los ejemplares más destacados de todas las tribus y razas superiores son llamados al jardín de Edén para unirse a los hijos e hijas de la Gran Pareja, iniciando así un nuevo orden de criaturas humanas.
La raza azul o violeta (los adanitas) es un pueblo monógamo. Cada humano que se une a estos hijos de Adán y Eva se compromete a no tener más cónyuges y a educar a sus hijos en la monogamia. Estos nuevos seres evolucionarios pasan a las Escuelas del príncipe, donde son instruidos y formados. A continuación se integran en la estirpe de sus padres. Cuando esta línea de los Hijos Materiales se une a las razas evolutivas de un mundo, ese planeta entra en una envidiable era de progreso. En general, en cien mil años se registra un avance muy superior al del millón de años precedente.
-¿Cómo son esos jardines de Edén?
-En casi todos los mundos habitados constituyen vitales centros de cultura, funcionando durante eras enteras como modelos sociales. Estos jardines, sedes de las razas adánicas, son el segundo foco intelectual de cada planeta. El primero, como os he citado, es la ciudad-modelo del príncipe. Pero ambos permanecen estrechamente unidos, regulando la marcha de la civilización. Las Escuelas del príncipe planetario se dedican especialmente al desarrollo de la filosofía, la religión, la moral y los trabajos intelectuales y artísticos. Las del jardín de Edén están consagradas a las artes prácticas, a la educación intelectual de base, a la cultura social, al desarrollo económico, a las relaciones comerciales, a la aptitud física y al gobierno civil.

Finalmente, estos dos centros terminan por fusionarse. Pero eso no ocurre hasta la época del Hijo Magistral.
Estos Hijos Materiales son en realidad el último eslabón (indispensable) que une al humano con Dios, salvando así el abismo casi infinito que media entre el Creador Eterno y las más humildes de sus criaturas del tiempo: vosotros. Gracias a su mediación, los mortales de cualquier mundo pueden conocer y percibir al invisible príncipe planetario y a su Estado Mayor. No olvidéis que los Adanes y Evas, aunque físicamente visibles para los humanos, pueden ver a todos los órdenes de seres espirituales, normalmente invisibles para los autóctonos.
Con el paso de los siglos, esta Gran Pareja termina por ser admitida como el verdadero antepasado común de toda esa Humanidad. Es entonces cuando adquiere verdadero sentido esa frase bíblica que califica a vuestros Adán y Eva como primeros padres del hombre.
La intención cósmica, a través de los Hijos Materiales y del príncipe planetario, es que los humanos evolucionarios, al abandonar su existencia terrena, hayan adquirido la suficiente experiencia como para saber reconocer a siete padres...
-¿A siete? -exclamó perplejo el iuranchiano.
-Así es. En primer lugar, al padre biológico o carnal. Después, al padre del reino o Adán planetario. En tercer lugar, al llamado padre de las esferas o Soberano del sistema. Cuarto: al Muy Alto Padre de la constelación. En quinto lugar, al Padre del universo o Hijo Creador y jefe Supremo del universo local...
-¡Micael o Jesús de Nazaret! -intervino Sinuhé.
-En efecto. En sexto lugar, a los superpadres o Ancianos de los Días que gobiernan el superuniverso. Por último, naturalmente, al Padre Universal o Padre de Havona. Es decir, el Padre Universal (el que vosotros identificáis con el Gran Dios), que mora en el Paraíso y que se derrama en cada una de las más humildes criaturas que viven en el Universo de los Universos.
Sencillamente prodigioso -se dijo a sí mismo el miembro de la Logia-, si realmente fuera cierto...
De nuevo, como en anteriores ocasiones, sin saber por qué, las dudas habían escalado su mente. ¿Y si todo aquello sólo fuera fruto de su imaginación o una treta más de las fuerzas del Mal?

La verdad es que resulta tan lógico, original y hermoso -se replicó- que merecería la pena que fuera realidad... De momento, sólo puedo escuchar y dejar que mi corazón haga el resto...
-...Pero este ambicioso plan de los Hijos Materiales -concluyó la voz- se vería truncado en IURANCHA. Una vez más, el fracaso se cernía sobre tu atormentado mundo...

-La llegada de Adán y Eva a la Tierra aconteció hace ahora unos 37 000 años...
Sinuhé y su compañera comprendieron que la voz de los archivos se disponía a relatar aquella otra versión de la estancia en IURANCHA de los, quizá, mal llamados primeros padres de la Humanidad. Y una gran excitación se apoderó de ellos.
-...Fue un mediodía -prosiguió la pluma de Thot-, y sin haber sido anunciado, cuando dos convoyes seráficos, acompañados del personal de Jerusem encargado del transporte de los elevadores biológicos, aterrizaron lentamente sobre la superficie de vuestro planeta, en las proximidades del templo del Padre Universal.
Todo el trabajo de rematerialización de los cuerpos de Adán y Eva fue realizado en el interior del mausoleo recientemente construido. A los diez días se hallaban dispuestos para ser presentados al mundo como los nuevos jefes. Era el comienzo de la nueva dispensación.
Los hijos materiales destinados a IURANCHA, como se os ha dicho, eran perfectamente conocedores de la situación que atravesaba dicho mundo evolucionario. Ellos habían permanecido fieles a Micael. La rebelión, en cambio, había arrastrado a las filas de Lucifer a 681 204 adanes planetarios. Sabían de las luchas desgarradoras que habían asolado el planeta y que deberían someterse, asimismo, a la autoridad del consejo de Melchizedeks que regía IURANCHA desde que el príncipe Caligastía fuera depuesto de su cargo. Van y Amadon, conocedores de la proximidad de la llegada de estos Hijos Materiales, habían preparado durante años el lugar donde se levantaría el jardín de Edén.
Uno de los primeros problemas a que se enfrentaron Van y su asociado fue justamente éste: la elección del paraje de Edén...

-¿Cuál fue ese lugar? -preguntó Sinuhé, impaciente.
-Después de varias expediciones, el punto elegido fue una península mediterránea que disfrutaba de un clima saludable y de una temperatura regular...
El iuranchiano, inquieto, insistió:
-¿Una península en el Mediterráneo? ¿Cuál?
-Se trataba de una península (casi una isla) que partía de las costas del país que conocéis por el Líbano...
-¡Oh!... Siempre creí que el Paraíso se hallaba en Mesopotamia...
-...Llovía abundantemente -prosiguió la voz- en las tierras altas que rodeaban la parte central de esta casi isla y, durante la noche, una niebla refrescaba la vegetación del jardín. Las orillas de esta península eran muy elevadas y el istmo que la unía al continente apenas alcanzaba los cuarenta kilómetros en su zona más estrecha. Un gran río descendía de las altas cumbres, regando el jardín, y corría hacia el Oriente, introduciéndose en las tierras bajas de Mesopotamia, hasta llegar al mar. Este río era alimentado por cuatro afluentes, que nacían en las colinas costeras de la península edénica. Eran las cuatro cabezas fluviales que salían de Edén, tal y como señala vuestro libro llamado Génesis...
Efectivamente, en su segundo capítulo -versículos 10 al 14-, dice este texto bíblico:
Plantó luego Yavé Elohim un jardín en Edén, al Oriente, y allí puso al hombre a quien formara. Hizo Yavé Elohim brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en el medio del jardín el Árbol de la Vida y el Árbol de la ciencia del Bien y del Mal. Salía de Edén un río que regaba el jardín, y de allí se partía en cuatro brazos. El primero se llamaba Pisón, y es el que rodea toda la tierra de Evila, donde abunda el oro, un oro muy fino, y a más también bedelio y ágata; y el segundo se llama Guijón, y es el que rodea toda la tierra de Cus; el tercero se llama Tigris y corre al oriente de Asiria; el cuarto es el Éufrates...
-¡Increíble! -comentó Sinuhé.
-Uno de los primeros trabajos fue la construcción de una muralla de ladrillos que aislara esta península, en su parte más estrecha, del resto del continente. Y el jardín de Edén, casi un jardín zoológico, fue construido a partir de este muro principal.

Los grupos humanos que prepararon Edén no sabían cuál era el plazo para la llegada de los Hijos Materiales. Van, en cierto modo, después de muchos años de trabajo, les decepcionó al anunciarles que sería necesario preparar a las nuevas generaciones para que prosiguieran el levantamiento del jardín, en previsión de que la ansiada llegada de Adán y Eva pudiera retrasarse.
Fue en el centro de esta península donde se levantó el templo al Padre Universal. En su interior, Van plantó el Árbol de la vida, tan celosamente guardado por el Inquebrantable durante aquellos más de 150 000 años que mediaron entre el estallido de la rebelión y la aparición de Adán y Eva. Estos Hijos Materiales precisaban de este arbusto de Edencia para perpetuar su inmortalidad, una vez rematerializados. En Jerusem, como te informé, los Adanes y Evas no precisan de esta ayuda del Árbol de la Vida... Pero en IURANCHA y en otros mundos evolucionarios es fundamental para mantener su inmortalidad...
-Un instante -terció Sinuhé-. En el Génesis se habla de dos árboles: el de la Vida y el de la ciencia del Bien y del Mal...
-Sólo hubo un árbol -aclaró la pluma-. El segundo, como otros muchos pasajes bíblicos, es pura retórica..., que encubre un sinfín de experiencias humanas mal entendidas. El de la Vida, en cambio, no es un mito. Era un árbol (una superplanta) que almacena ciertas energías del espacio, que constituyen un antídoto contra los elementos y factores que provocan la senectud. Sus frutos actúan, en cierta medida, como una batería de acumuladores superquímicos, liberando la fuerza prolongadora de vida del universo. Esta forma de sustentación era absolutamente inasimilable por los humanos evolucionarios de tu planeta. Sólo los cien miembros corporales del Estado Mayor de Caligastía y sus cien humanos asociados y modificados, tal y como ya se te explicó, podían beneficiarse de las propiedades de inmortalidad del Árbol de la Vida.
Nietihw y Sinuhé adivinaron en ese momento el porqué de aquella tentación bíblica: ...y si comieseis de este fruto, seréis como dioses.
-Tras la llegada de Adán y Eva a IURANCHA -reanudó la voz su relato-, la noticia se extendió, y millares de humanos se

dirigieron a la península edénica, aceptando las doctrinas de Van y Amadon. Al despertar, Adán y Eva fueron responsabilizados por el decano de los Melchizedeks de la vigilancia y cuidado del planeta. Y prestaron ante él juramento de fidelidad. A continuación fueron proclamados soberanos de IURANCHA por Van, que, a partir de ese momento, declinó la autoridad nominal que había ostentado durante más de 150 000 años, en espera de una decisión final del referido consejo de los Melchizedeks.
En sus primeros cuatro días, los Hijos Materiales tomaron conocimiento del mundo. Inspeccionaron el jardín. Contemplaron las vastas extensiones de aquellas tierras. Celebraron su llegada con todos los habitantes de Edén y, por primera vez, hicieron ver que las mujeres eran necesarias en el control del planeta. En su quinto día organizaron un gobierno provisional de administración, que debía funcionar hasta el momento que los Melchizedeks abandonasen IURANCHA.
El sexto día lo destinaron a inspeccionar todos los tipos de hombres y seres vivos. Y el séptimo, en cierta medida, lo consagraron al descanso, después de haber tomado conocimiento de la realidad del mundo que les había sido encomendado. Fue a lo largo de ese séptimo día cuando se produjo la primera conmoción que les puso en estado de alerta. La luminosidad azulada-violeta que irradiaban y la majestad de sus cuerpos y modales provocó en los humanos que habitaban el jardín un sentimiento de adoración. La pareja se dirigió entonces a las multitudes reunidas. Y, mostrándoles el templo de piedra del Padre Universal, les dijeron: Dirigíos hacia el emblema material de la presencia invisible del Padre e inclinaos, adorando a Aquél que nos ha creado. Que este acto sea la promesa sincera de que no caeréis en la tentación de rendir culto a otro que no sea Dios.
-Quinto, sexto y séptimo días... -meditó Sinuhé sin poder apartar de su mente una inquietante idea-. ¿Tiene esto algo que ver -preguntó- con la famosa creación bíblica de los seis días?
-El relato de la Creación, en el llamado por ustedes Antiguo Testamento -repuso la voz-, data de mucho tiempo después de la época de Moisés, el jefe judío, que nunca enseñó a su pueblo una historia tan deformada como la que les ha llegado. De

hecho, él había presentado a los israelitas un relato simple y condensado de la Creación, encaminado a aumentar la reverencia debida al Padre Universal: el Señor Dios de Israel, tal y como Moisés lo denominó. En sus primeras enseñanzas, Moisés evitó, sabiamente, remontarse hasta la época de Adán y Eva. Como instructor de los hebreos, aquellas historias de los Hijos Materiales fueron íntimamente asociadas a las de la Creación. Hoy, en IURANCHA, la ciencia reconoce la existencia de una civilización preadánica, que no encaja, evidentemente, con lo expuesto en el Génesis y en el que (a causa de esas múltiples distorsiones de la realidad) Adán y Eva aparecen como los primeros humanos de la Tierra. Los editores ulteriores del Génesis, en su afán de eliminar de los textos bíblicos cualquier alusión a los asuntos humanos anteriores a Adán, cometieron, sin embargo, un error que pone de manifiesto la existencia de dicha manipulación...
-¿Un error? -exclamó el iuranchiano-. La Biblia (dicen) es un libro inspirado por Dios...
-La voluntad de los humanos -replicó la voz- no tiene por qué coincidir siempre con la voluntad divina... Y una prueba de que no toda la Escritura Sagrada es obra de inspiración divina está justamente en lo que voy a referirte. En el capítulo cuarto del Génesis, cuando (según ese texto) Caín mata a su hermanastro, Abel, se dice: ...y Caín, alejándose de la presencia del Señor, habitó la tierra de Nod, al oriente de Edén.
-¡Nod! ¡Uno de los rebeldes del primitivo Estado Mayor del príncipe Caligastía!
-En efecto, Sinuhé -prosiguió la pluma de Thot-. Esa referencia demuestra que los editores de los Antiguos Libros Sagrados conocían muchas más cosas de las que han transmitido en la Biblia.
Cuando los sacerdotes judíos regresaron a Jerusalén acababan de escribir su particular relato del comienzo del mundo e hicieron creer al pueblo hebreo que aquella narración procedía directamente de Moisés. Pero, según consta en estos archivos de IURANCHA, esos documentos, en su mayoría, sólo tienen un valor apócrifo. Con el tiempo, estos relatos sobre la Creación pasaron al Bajo Egipto, donde un rey griego, conocido por la historia reciente de IURANCHA como Ptolomeo, los hizo traducir

a su lengua natal, el griego, por una comisión de setenta eruditos. Estos documentos judíos pasarían así a engrosar la biblioteca real, en Alejandría.
No debéis olvidar que todos los comentarios posteriores sobre esta parte de la Biblia se fundamentan o arrancan de la citada traducción de los Setenta. Ahí comenzó un nuevo calvario. El propio Agustín (a quien la Iglesia llamada Católica considera santo) tuvo enormes dificultades, al verificar que, en muchos aspectos, la traducción dirigida por Ptolomeo no coincidía con las versiones judías. Después, con el paso de los tiempos, los instructores cristianos perpetuaron la creencia de que la raza humana había sido creada en un acto soberano. Todo esto condujo a los humanos a la hipótesis de que existió una Edad de oro, una felicidad utópica, nacida y desarrollada en el jardín de Edén. De la misma manera, esos instructores de IURANCHA han hecho creer a las gentes sencillas que la falta de Adán y Eva fue la causa del desplome moral de la Humanidad...
-En cierto modo -intervino Sinuhé-, así fue...
-No -repuso rápidamente la voz-. En los archivos de IURANCHA se recoge una creencia generalizada entre los humanos, nacida precisamente de esta errónea narración bíblica: al interpretar la caída de los Hijos Materiales como una regresión o retroceso, la imagen de la Divinidad quedó asociada por los mortales a la venganza. A partir de entonces, Dios aparece como un ser colérico, que se ensaña con la raza humana, en castigo por los errores de unos determinados administradores del planeta.
Una vez más, los humanos evolucionarios de tu mundo han confundido los términos, los hechos e, incluso, a muchos de los que protagonizaron aquellas etapas.
-Dices que Dios no es un ser colérico -manifestó Sinuhé-. Sin duda estás en lo cierto. Pero ¿cómo interpretar esas injustificables matanzas que encubrió, dirigió y protagonizó el propio Yavé?
Los humanos evolucionarios, a lo largo de toda su historia, han identificado a muchas de las criaturas celestes al servicio de la Divinidad o de Lucifer con el propio Padre Universal...
La respuesta no dejó muy satisfecho al soror.
-...La Edad de Oro a que aluden los instructores humanos es un mito -continuó la pluma de Thot-. Edén, sin embargo, fue una

realidad física. Y también lo fue la civilización que lo ocupó durante 117 años. Su ruina se debió, como comprenderás en seguida, no a la cólera o a la venganza de la Divinidad, sino a la equivocación de Adán y Eva. Recuerda que una de las normas cósmicas, que debía ser respetada por encima de todo, establecía y establece que los Hijos Materiales no pueden cruzarse directamente con las razas autóctonas de los mundos en evolución. La Gran Pareja debía procrear hijos propios con el fin de que, lentamente, esa segunda generación fuera mezclándose con los humanos, elevando así el nivel biológico de la Humanidad.
Adivinando que la voz se disponía a relatarles la verdad sobre la enigmática falta de Adán y Eva, Sinuhé -pendiente y obsesionado siempre por los pequeños detalles- le rogó que, antes de proseguir con la historia, le proporcionara nuevos datos sobre un hecho que le había fascinado: aquella luminosidad azul-violácea que irradiaban los cuerpos de los gigantescos elevadores biológicos.
-Fue uno de los contratiempos que se vieron obligados a salvar de forma inmediata, con el fin de anular o reducir la natural tendencia de los humanos a considerarles como dioses. Los ropajes ayudaron a resolver el problema. Durante la noche, sobre todo, la luz destacaba de una forma considerable y las vestiduras ayudaron a disimular la radiación. Alrededor de sus cabezas, sin embargo, siguieron presentes los magníficos halos. A partir de entonces se propagó por el mundo la creencia de que las personas santas disponen o disfrutan de esa misma aureola luminosa en tomo a sus cabezas. En muchas de las pinturas de la antigüedad próxima de IURANCHA es posible descubrir imágenes de seres que presentan halos similares y que no son otra cosa que remotas representaciones de los adanitas. Aquellos Hijos Materiales llegados a tu planeta disponían igualmente de otra peculiaridad casi inexistente en IURANCHA: la capacidad de transmisión mental de imágenes...
-¿La telepatía?
-Así es definida hoy por los iuranchianos. Adán y Eva podían comunicarse entre sí y con su prole, incluso, a distancias de ochenta kilómetros. Este intercambio de ideas se producía merced a la vibración de delicados alvéolos de gas, alojados en

sus estructuras cervicales. Este poder les fue suspendido cuando se apartaron del plan cósmico previsto para IURANCHA.
-¿Por qué lo hicieron? -se adelantó Sinuhé-. ¿Qué fue lo que ocurrió realmente? ¿Es cierta la versión bíblica de la serpiente...?

-La verdad -repuso la voz del archivo, es más dramática... y hermosa, a un tiempo, que la que os ha sido transmitida.
Nietihw y Sinuhé quedaron sobrecogidos. ¿Más dramática y hermosa a un mismo tiempo? ¿Cómo era posible?
-Vuestros propios teólogos y exegetas, -prosiguió la pluma- han reconocido finalmente que la historia del engaño de Eva por una serpiente sólo es un símbolo. Y esta vez tienen razón.
Adán y Eva enseñaron a los humanos todo aquello que podían asimilar y que, comparativamente, no fue mucho. Sin embargo, los mortales de las razas más sobresalientes esperaban ansiosos el momento, ya anunciado, en el que se les permitiera unirse a los hijos de la Gran Pareja.
Como se os ha informado, los Hijos Materiales enviados a IURANCHA perseveraron en el jardín de Edén durante 117 años. Pero, bruscamente, como consecuencia de la impaciencia de Eva y los errores de juicio de su compañero, se apartaron del camino trazado. Ello representó una catástrofe para sí mismos, retrasando de forma desastrosa el desarrollo progresivo de vuestro planeta.
El error de Adán y Eva obedeció realmente a un hábil y paciente complot tramado por Caligastía que hizo caer (de buena fe) a Eva. He aquí cómo sucedieron los hechos:
El plan de evolución biológica, tal y como estaba planificado, era lento. Caligastía sugirió a un gran jefe de una tribu nodita la idea de que, dado que se trataba de uno de los pueblos más inteligentes de IURANCHA, si se lograba la unión sexual directa de cualquiera de los individuos noditas con Adán o con Eva, el proceso de desarrollo biológico de la Humanidad se aceleraría.
Estos planes fueron expuestos a Eva de una forma secreta.
Adán fue ajeno al complot. Por espacio de cinco años, la Hija Material discutió, consideró y reflexionó tal posibilidad de cruce con uno de los más destacados ejemplares humanos descendiente de Nod. Finalmente, Eva, convencida de la bondad

del plan, accedió a un encuentro secreto con Cano, un jefe y brillante pensador de la vecina colonia de noditas simpatizantes. La reunión tuvo lugar al atardecer de un día de otoño, no muy lejos de la mansión de la Gran Pareja.
Eva nunca había visto al hermoso y entusiasta Cano, magnífico espécimen descendiente de la estructura física superior, dotado de una aguda inteligencia.
Cano, al igual que Eva, creía también en la rectitud del proyecto. De hecho, fuera del jardín, la poligamia se practicaba de una forma normal. E influida por la fuerte personalidad del nodita, la Hija Material consintió finalmente en el acto sexual. El paso fatal había sido dado.
Adán, por su parte, no tardaría en descubrir que algo iba mal. Fue su pareja la que le puso de inmediato en antecedentes del plan tan largamente madurado. Anteriormente, cada vez que se habían acercado al Árbol de la Vida, el arcángel guardián les había advertido de la imperiosa necesidad de abstenerse de ceder a las sugestivas provocaciones del príncipe planetario, todavía presente en IURANCHA, que les aconsejaba conjugar los conceptos de Bien y de Mal. Aquel serafín, jefe de los ayudantes planetarios (de nombre Solonia), le había anunciado: El día que mezcléis el Bien con el Mal os pareceréis a los mortales del reino. Y moriréis ciertamente.
-¡Solonia! -murmuró Sinuhé, recordando su encuentro con el extraño ser del sol negro. Ciertamente, a la vista de estos hechos, los pasajes bíblicos del Génesis relativos a la tentación de Eva sólo podían ser considerados como una parábola..., bastante desafortunada, por cierto.
-Fue Solonia quien se dirigió a Adán y Eva cuando ambos parlamentaban en el jardín sobre el irreparable paso dado por la supermujer. Eva había puesto en conocimiento de Cano todas aquellas advertencias del ángel guardián del Árbol de la Vida. Pero el nodita, de buena fe, había tratado de persuadir a la Hija Material de que ningún hombre o mujer que actuase con rectitud de intención podía sufrir daño alguno y, mucho menos, morir por ello. Es necesario tener en cuenta que Cano no conocía el sentido de las palabras de Solonia.
Cuando Eva se convenció de que había fallado, su hundimiento moral fue patético...

Sinuhé, interpretando los sentimientos de Nietihw, preguntó entonces:
-¿Y cuál fue la reacción de Adán?
-El Hijo Material supo apreciar desde el primer instante toda la dimensión de la tragedia personal de su compañera. Y a pesar de su abatimiento y de su roto corazón, sólo manifestó piedad y simpatía por su equivocada pareja. No debéis olvidar que Adán y Eva se amaban intensa y profundamente...
Solonia, como os anunciaba, les anunció su error y el quebrantamiento del juramento prestado al consejo de los Melchizedeks. A partir de esa solemne declaración del ángel guardián, la Gran Pareja tuvo total y definitiva conciencia de que habían fracasado.
-Solonia... -murmuró Sinuhé-. Una vez más, por lo que veo, la Biblia confunde la voz de un ser celeste con la de Yavé...
-Así es. El relato bíblico de este suceso identifica, como tantas otras veces, a los asociados y subordinados del Padre Universal con Él mismo. Sería el mismo Solonia quien proclamaría el fracaso del plan cósmico para IURANCHA, pidiendo el regreso de los síndicos Melchizedeks.
-Hay algo que no logro comprender -añadió el iuranchiano-. ¿Por qué Caligastía deseaba la interrupción o el fracaso de la evolución de una Humanidad que, en buena medida, se había puesto de su lado con motivo de la insurrección de Lucifer?
-Sólo leyendo en el corazón del príncipe podía adivinarse la verdad. Adán y Eva habían rechazado el Manifiesto de la Libertad. De esta forma, arruinando su misión, la venganza de Caligastía se vio consumada y satisfecha. Tal y como podéis suponer, en este caso, como en otras oportunidades, la Humanidad ha jugado únicamente el papel de simple e inconsciente vehículo o medio para satisfacer los propósitos de las fuerzas del Mal. Por ello no es posible culpar a los humanos de lo que fue un error personal de Adán y Eva.
-Entonces, el llamado pecado original... -intervino Sinuhé.
-Antes de pasar a exponer cuanto ha sido registrado en los archivos de IURANCHA sobre dicho asunto, permite que refleje los sucesos que siguieron a la caída de la Gran Pareja, Sólo así estaréis en condiciones de apreciar esta parte de la Verdad en su justa medida.

A la mañana siguiente del grave error de Eva, Adán, desesperado por el fracaso de la misión, fue en busca de Laota, una brillante mujer nodita que dirigía las escuelas occidentales del jardín. Y, con premeditación, cometió con ella la misma locura de su compañera: una procreación directa.

Debéis considerar que, a diferencia de Eva, Adán no fue seducido. Sabia exactamente lo que hacía. Y escogió deliberadamente compartir el destino de su amada. La idea de la soledad en IURANCHA sin Eva era superior a sus fuerzas.

Sesenta días después del error de la Hija Material, la pareja vio confirmado su fracaso: los Melchizedeks regresaron al planeta, asumiendo el gobierno de los asuntos del mundo.

Adán pidió consejo a los Melchizedeks. Pero éstos rehusaron darle explicación u orientación algunas. A partir de esos momentos, los Hijos Materiales tomaron la decisión de abandonar Edén con todos sus hijos y partidarios, en busca de un nuevo hogar.

Y 117 años después de su llegada a IURANCHA, una larga caravana edénica partió entonces de la península. Al tercer día de marcha, fue detenida por los transportes seráficos que llegaban procedentes de Jerusem. Por primera vez, Adán y Eva fueron informados sobre el destino reservado a sus hijos primarios.

Mientras los transportadores se preparaban, los hijos directos que habían alcanzado la edad de elección y de criterio personal (los veinte años) recibieron la opción de permanecer junto a sus padres o de ser trasladados como alumnos de los Muy Altos de la constelación, en su capital: Edencia.

Las dos terceras partes eligieron el regreso a la sede de Norladiadek. El resto siguió con Adán y Eva. En cuanto a los niños menores de veinte años, fueron conducidos a Edencia.

Los Hijos Materiales fueron informados igualmente que habían sido rebajados (por sí mismos) al estatuto de simples mortales. A partir de entonces, por tanto, sólo podían conducirse como un hombre y una mujer más de IURANCHA.

Sin embargo, a pesar de este fracaso, el posterior aporte de los hombres y mujeres de la raza azul-violácea a las razas autóctonas de la Tierra fue muy estimable, mejorando sensiblemente el nivel biológico de la Humanidad. No hubo, en

consecuencia (y respondo así a tu pregunta sobre el llamado pecado original), una caída de los humanos evolucionarios del planeta. Repito: no hubo tal falta por parte de los mortales. La historia de IURANCHA y de sus razas es una evolución progresiva y la efusión adánica ha dejado a los pueblos del mundo muy mejorados en relación a su anterior nivel biológico. Las líneas superiores de tu mundo contienen ahora los factores hereditarios derivados de cuatro orígenes diferenciados: andonitas, Sangiks, noditas y adánicos.
Adán no puede ser considerado como una fuente de maldiciones para la raza humana. Ciertamente transgredió su pacto con la Deidad pero, a pesar de ello, su contribución al desarrollo de IURANCHA fue destacada. Todos los seres forman parte de un Universo gigantesco. Y no puede resultar extraño que, en ocasiones, los pasos hacia la Perfección resulten imperfectos. Los universos no han sido creados perfectos. La Perfección es el fin y no el origen. Si el Universo fuese mecánico, si la Gran Causa Centro Primero o Gran Dios, como vosotros acostumbráis a llamarla, no fuese más que una fuerza carente de Personalidad, si toda la Creación fuese un mero agregado de materia física, dominado por leyes precisas y caracterizadas por acciones energéticas y variables, entonces, la Perfección podría prevalecer. Incluso, sin que el estatuto del Universo estuviese culminado. Pero nosotros vivimos en un Universo de Perfección y de Imperfección relativas. Y nos alegramos de que existan desacuerdos y malentendidos. Ellos, justamente, aportan la prueba de la existencia de la Personalidad. Si nuestros universos constituyen una existencia dominada por la Personalidad, entonces podemos estar seguros de que la supervivencia, el progreso y la realización de la Personalidad son posibles.
Es ese Universo personal y progresivo el verdaderamente glorioso. No el mecánico...
-¿Qué fue de Adán y Eva?
-Hubo un segundo jardín de Edén, fundado por los Hijos Materiales tras su peregrinación hacia Mesopotamia. Entretanto nació Caín, el hijo de Eva y Cano. Y también fue alumbrado Abel, hijo autóctono de la pareja. A partir de aquí, surgiría una serie de enfrentamientos entre dos actitudes, encabezadas y

representadas por los dos míticos hijos de Adán y Eva: Caín, el bastardo, y Abel, primer hijo propiamente humano.
-¿Es cierta la maldición divina sobre el parto con dolor? -repuso Sinuhé al escuchar las alusiones a los nuevos nacimientos.
-No. Aquella novena raza (la azul-violácea o adanita) tenía los ojos claros y su piel tendía al blanco. Sus cabellos eran rubios, rojizos y castaños. Eva continuó dando a luz a numerosos hijos. Siempre sin dolor. Sólo las mujeres de las razas mixtas, nacidas de la unión de pueblos evolucionarios con los noditas y, posteriormente, con los adanitas, empezaron a experimentar violentos dolores en el nacimiento de sus hijos. A pesar de su fallo y de haber dejado de comer del fruto del Árbol de la Vida, Adán y Eva poseían unas características fisiológicas distintas a las de sus descendientes. A la vez que tomaban los alimentos normales, obtenían de la luz y de otras formas de energía hiperfísicas fuerzas desconocidas para los mortales de IURANCHA. Pero sus descendientes no heredaron este don. Aunque habían perdido la inmortalidad, la pareja, gracias a esta especialísima constitución física, pudo disfrutar de una larga vida, muy superior a la del resto de los humanos. Sus hijos, en primer grado, también se destacaron por una considerable longevidad. Pero, poco a poco, con el cruce con otros pueblos evolucionarios, esa potestad fue igualmente mermando, hasta desaparecer.
Después de establecerse en el segundo jardín, en el río Éufrates, Adán hizo planes para dejar tras de sí el máximo posible de su plasma vital y mejorar así el nivel biológico de las razas entonces existentes.
Eva se puso a la cabeza de una comisión de doce personas para el mejoramiento de la raza. Antes de la muerte de Adán, esta comisión había escogido a 1 600 mujeres del tipo más evolucionado de IURANCHA, que fueron fecundadas con el plasma vital adánico. Casi todos los hijos resultantes de estas procreaciones alcanzaron la edad adulta y el mundo se benefició con ello de un aporte suplementario que vino a mejorar la estirpe humana. Estas candidatas a la maternidad fueron previamente seleccionadas entre las tribus que rodeaban el segundo jardín y que representaban a la casi totalidad de las

razas del planeta. La mayor parte de esas mujeres superiores eran de origen nodita.
-¿Cuándo murió la Gran Pareja?
-Adán a la edad de 530 años terrestres. Eva, a los 511. Ambos fallecieron de lo que hoy se denomina vejez. Ambos fueron enterrados en el centro del templo de servicio divino, construido por ellos mismos. De ahí arranca la costumbre de IURANCHA de sepultar a los humanos notables en las cercanías de los lugares de culto. Éste fue el fin de la historia de los Hijos Materiales (Adán y Eva) llegados un día, hace ahora 37 000 años, a tu mundo.
-Una historia -sentenció Sinuhé- repleta de fracasos, de éxitos... y de amor. Una historia, a mi modo de ver, más lógica y hermosa que la que siempre conocimos.
En la mente del iuranchiano quedaban un sinfín de interrogantes.
Si Adán y Eva, a pesar de su fracaso personal, lograron impulsar el nivel biológico de la Humanidad y su cultura, ¿por qué IURANCHA no respondió a ese impulso?
-Dices bien, Sinuhé -repuso la voz-. Aquellos Hijos Materiales dejaron una apreciable herencia. Pero, al desaparecer ellos, los humanos evolucionarios no supieron sostener lo que, sin duda, era una civilización excesiva para un mundo huérfano y desprovisto de los necesarios gobernantes planetarios. Todo hubiese sido distinto si Adán y Eva no hubieran fallado...
No olvidéis que son los pueblos quienes crean una civilización y no ésta la que crea a los pueblos.

-Hay algo más que deseo preguntar -prosiguió Sinuhé- en relación a Adán y Eva: ¿qué ocurrió con el Árbol de la Vida y con el primer jardín de Edén?
-El error de Eva y de su compañero trajo consigo otra cadena de desastres. Cuando los humanos que habitaban el jardín recibieron la noticia de la transgresión de los planes cósmicos, entraron en una fase de furia incontrolable. Responsabilizaron a los noditas instalados más allá de las murallas de la península edénica de lo que, para ellos, constituía una gran desgracia. Arrasaron la colonia. Ni uno solo de sus habitantes fue perdonado. Hombres, mujeres y niños fueron ejecutados.

Incluso Cano, el que sería padre de Caín, fue igualmente sacrificado.
Los desastres no terminaron con esta matanza. La noticia de la masacre de los noditas llegó finalmente a otras tribus que se asentaban más al norte. Y un gran ejército nodita se puso en marcha hacia la península, iniciándose así una larga historia de guerras, muerte y desolación entre adanitas y noditas.
Y hubo, como dice vuestro Génesis, enemistad intensa y prolongada entre el hombre y la mujer. Entre la simiente de uno y de otra.
Cuando Adán supo que aquel poderoso ejército de noditas se dirigía hacia el jardín de Edén tuvo que decidir en solitario. No recibió consejo alguno. Tras la partida de la pareja, rumbo a Mesopotamia, la península fue finalmente conquistada por los noditas.
Este pueblo conocía y había oído hablar del Árbol de la Vida y creía que sus frutos podría hacerles inmortales. Al penetrar en el jardín encontraron, con gran sorpresa, que el árbol no estaba vigilado. Durante años comieron abundantemente de sus frutos. Pero muy pronto comprendieron que no surtía efecto alguno en sus cuerpos. Los noditas seguían y siguieron siendo mortales. Enfurecidos, y con ocasión de una de sus luchas intestinas, quemaron el templo y el Árbol.
Unos 4 000 años después de estos acontecimientos, el fondo oriental del mar Mediterráneo se hundió, arrastrando bajo las aguas a la totalidad de la península edénica. Una intensa actividad volcánica cortó simultáneamente el istmo que unía entonces Sicilia con el continente africano. Y la costa oriental del Mediterráneo terminó por elevarse.
Éste fue el fin de la más bella creación natural de tu mundo...
Aunque ignoraba si Belzebú llegaría a cumplir su promesa, dejándoles partir de la Torre de Amón, Sinuhé, al oír aquellas últimas revelaciones, forjó en su pensamiento un firme propósito..., en el caso de que pudiera volver a su mundo: buscar en las costas del Líbano los restos de la sumergida península donde estuvo el jardín de Edén.
-Vosotros, ahora -advirtió la voz a los iuranchianos-, os encontráis ante otra de esas hermosas creaciones, surgida en tiempos adánicos.

-¿Nosotros? -exclamó Sinuhé sin comprender.
-Aunque hayan elegido el Manifiesto de la Libertad -explicó la pluma-, las criaturas que os rodean proceden justamente de uno de los hijos de Adán y de Eva y fueron llamados medianes secundarios.
Nietihw, perpleja, paseó su mirada sobre Belzebú y sus tres hermanos. Pero ninguno pronunció palabra alguna.
-¡Los medianes! -balbuceó Sinuhé-. ¿Cómo ocurrió?
-La mayoría de los mundos habitados de Nebadon alberga uno o varios grupos de seres excepcionales, cuyo nivel de funcionamiento se encuentra a medio camino entre las naturalezas espirituales y las físicas o mortales. De ahí su denominación de medianes o medianos. Son, en realidad, lo que podríamos calificar como un accidente del tiempo. Sin embargo, en general, sus servicios han sido y son de un inestimable valor. En tu mundo, Sinuhé, en IURANCHA, operan hoy dos tipos de medianes: los primarios, procedentes, como sabes, del Estado Mayor corporal del príncipe Caligastía, y los secundarios, nacidos (si es que se me permite esta expresión) de la descendencia de Adán y Eva.
En IURANCHA, después de la aparición de los primeros cincuenta medianes primarios, Caligastía ordenó que fueran observados por espacio de un año. Al término, tras comprobar que podían rendir inmejorables servicios como «enlaces» entre el Estado Mayor y los humanos evolucionarios, fue decretada una reproducción masiva de estas criaturas, hasta alcanzar la ya conocida cifra de 50 000.
Después de la procreación psíquica de cada contingente de medianes primarios se registraba un período estéril de seis meses. Cuando las cincuenta parejas del Estado Mayor habían logrado crear un total de mil medianes, las experiencias cesaron. Y no fue posible la procreación de nuevas criaturas intermedias. En los archivos de IURANCHA no ha sido registrada jamás la causa de esta repentina interrupción. A pesar de los esfuerzos de los cien de Caligastía todos los experimentos llevados a cabo para reanudar la procreación de medianes resultaron infructuosos.
Estos seres, además de servir de enlaces, fueron enviados por el príncipe a todo el Planeta, efectuando un valioso estudio de las

razas humanas. Con el estallido de la rebelión, 40 119 de los 50 000 que formaban el Cuerpo de Medianes eligieron el Manifiesto de la Libertad.
En cuanto a los calificados como secundarios, antes de hablar de ellos es imprescindible referirse primero a Adamson, el primer hijo de Adán y Eva, nacido en el jardín de Edén. Este hijo primogénito fue uno de los que decidió permanecer junto a sus padres cuando la caravana edénica fue detenida por los transportes seráficos. Adamson recibió un duro golpe cuando fue abandonado por su compañera e hijos, que eligieron partir hacia Edencia.
Desde muy niño, este primer representante de la raza azulviolácea en IURANCHA había escuchado con gran interés las historias de Van y Amadon en torno a sus antiguos hogares, en las tierras altas del Norte. Después de la creación del segundo jardín, decidió viajar a dichas latitudes. Adamson contaba entonces 120 años y ya, durante su estancia en la península edénica, había sido padre de 32 hijos de pura sangre azul-violeta.
Para el primogénito, aunque amaba a sus padres, el ambiente del segundo jardín no resultaba satisfactorio. Finalmente, en compañía de otros 27 parientes y amigos, salió hacia el país de sus sueños infantiles. Al cabo de tres años, el grupo halló su meta. Y Adamson descubrió entonces a una hermosa joven de 20 años, una de las últimas descendientes del Estado Mayor de Caligastía. Su nombre era Ratta. Al conocer a Adamson y su origen, aceptó casarse con él.
Ratta y Adamson tuvieron 77 hijos. Entre su prole, al igual que sucediera con la familia Sangik, aconteció algo sorprendente: el hijo número cuatro era invisible. Y lo mismo sucedió con el octavo y con el número doce y con el dieciséis... Y así, sucesivamente, cada cuatro.
Ratta no llegó a comprenderlo. Pero Adamson, que conocía la existencia de los medianes primarios de los cien de Caligastía y que era consciente de las estructuras fisiológicas sobrehumanas de ambos, consideró que se hallaban ante un fenómeno similar.
Cuando vino al mundo el segundo de estos niños (una hembra y capaz, como el primero, de hacerse invisible a voluntad), Adamson decidió casarla con el número cuatro, también de

naturaleza excepcional. Fue el origen de la llamada Orden Secundaria de los medianes de IURANCHA. En un siglo se habían reproducido hasta alcanzar la cifra de 1984.
En vida de Adamson estos medianes secundarios prestaron igualmente inestimables servicios. El primogénito de Adán y Eva murió a los 396 años de edad, dejando a su muerte un valioso Cuerpo de seres que se esforzaron por propagar la Verdad.
Los descendientes de Adamson y Ratta mantuvieron una alta cultura por espacio de más de 7000 años, hasta que fueron absorbidos por los sucesivos cruces con las tribus noditas y andonitas. Su principal centro estuvo ubicado en la región este del extremo sur del mar Caspio, cerca de Kopet Dagh. A escasa altura de los contrafuertes del actual Turquestán se encuentran los vestigios de lo que antaño fue el cuartel general de Adamson. En estas altas tierras, al pie de la cadena montañosa del Kopet, cuatro ramas descendientes del primogénito de Adán sostuvieron durante largo tiempo otras tantas y florecientes civilizaciones. El segundo de estos grupos emigró hacia el Oeste, extendiéndose sobre Grecia y las islas del Mediterráneo. El resto se encaminó hacia el Norte y Oeste, penetrando en la actual Europa con las razas mixtas de la última oleada de andonitas. E igualmente formaron parte de la invasión de parte de la India con los andonitas-arios.
-¿Qué sucedió con aquellos extraños hijos de Adamson y Ratta?
-Los dieciséis medianes secundarios procreados por el primogénito de Adán y Eva (ocho hembras y ocho varones) eran capaces de generar, bien por la técnica sexual normal o por la unión psíquica de la pareja, otro median secundario cada setenta días. Cada una de esas parejas alumbró un total de 248 nuevos medianes. Existen ocho subgrupos de criaturas medianes secundarias, que son designadas con letras. En el caso del primer grupo reciben los siguientes nombres: A-B-C, el primero, A-B-C, el segundo, A-B-C, el tercero y así sucesivamente. Los del segundo grupo se denominan con las siguientes letras: D-E-F, el primero, etc.
Sinuhé recordó entonces la presentación de Belzebú: Soy A-B-C, el primero... Eso significaba que el jefe de los medianes rebeldes de la Torre de Amón era uno de los hijos excepcionales del primogénito de Adán y Eva.

-Tras el fracaso del plan de los Hijos Materiales -continuó la voz-, los medianes primarios leales a Micael volvieron al servicio de la comisión de Melchizedeks. Los secundarios, tras la muerte de Adamson, eligieron el Manifiesto de la Libertad. Sólo 33 medianes secundarios permanecieron fieles a las ideas de Adamson y Ratta. Y pasaron a depender de los nuevos síndicos planetarios.
Los medianes secundarios que pasaron a engrosar las filas de la rebelión en IURANCHA fueron una continua fuente de desórdenes, llegando a influir en ocasiones las mentes y voluntades de humanos evolucionarios inferiores. Pero esas esporádicas posesiones (que vosotros habéis calificado de diabólicas) concluyeron con la llegada a IURANCHA del Soberano del universo de Nebadon, Micael, y del Espíritu de Verdad...
Sinuhé recordaba las palabras de Belzebú a este respecto. Y en un intento por confirmar su veracidad, insistió:
-¿Es cierto que, desde Pentecostés, las fuerzas del Mal se hallan incapacitadas para penetrar o dominar las inteligencias humanas?
-Así es, en efecto -subrayó la voz del archivo-. Y es más: los 40 119 medianes primarios y los 873 secundarios que secundaron la rebelión fueron, a partir del triunfo del Cristo Micael, debidamente encarcelados.
-Entonces -exclamó Sinuhé-, la Torre de Amón...
-Una de las prisiones, establecida por orden de los Muy Altos de Edencia, sede de la constelación.
-¿Dónde se encuentra esta prisión? -repuso inquieto Sinuhé. Pero la voz no respondió.
-Ahora comprendo -manifestó Nietihw- por qué ha sido dicho que Micael, nuestro Jesús de Nazaret, liberó definitivamente al hombre del riesgo de la posesión del Diablo...
Y en lo más profundo de su alma, la hija de la raza azul dio gracias a Jesucristo. Ahora sí empezaba a intuir lo maravilloso y generoso de su aventura en IURANCHA.
Por primera vez desde que se iniciara aquel increíble y fascinante diálogo en la cámara acorazada de la fortaleza, la voz de los archivos de IURANCHA se dirigió a Nietihw. Y en tono solemne le anunció:

-Las maravillas del Cristo-Micael no terminan ahí, Nietihw, hija de la raza azul-violácea de Adán y Eva...

-Los medianes rebeldes. El Diablo...
Sinuhé seguía debatiéndose ante una vieja duda. Y decidió plantearla directamente.
-¿Quién es entonces el Diablo?... ¿Estas criaturas, quizá: los medianes?
-No, Sinuhé -replicó la voz-. La figura del Diablo o del Demonio, tan extendida entre los humanos de IURANCHA, es otro mito, ciegamente alimentado por muchas iglesias. Ni Lucifer, ni Satán, ni Caligastía guardan similitud alguna con esas grotescas caricaturas humanas. A pesar de sus errores, son seres de excelso resplandor.
-Dices que los medianes rebeldes han sido encarcelados. ¿Y qué ha sucedido con los leales?
-Las dos órdenes (primarios y secundarios) forman actualmente un único Cuerpo de 10 992 criaturas. Los Medianes Unidos de IURANCHA son gobernados, alternativamente, por el decano de cada una de las órdenes. Ambas clases, como sabes, son invisibles a los ojos de los humanos evolucionarios, no necesitando de alimentación o absorción alguna de energía para su supervivencia. Cuando se hallan al servicio de los mortales, pueden penetrar en el espíritu del trabajo, del descanso y de los juegos de dichos humanos. No duermen y no poseen poder de procreación sexual. En realidad, como sabéis, no son ni hombres ni ángeles. Pero, a causa de su naturaleza, están y se sienten más próximos a la humana que a la espiritual. Pertenecen, en cierto modo, a vuestras razas, y ellos lo saben. Esto les hace sumamente útiles para infinidad de misiones de estudio y conexión con los humanos. Los serafines guardianes de los mortales, por ejemplo, reciben un extraordinario apoyo de estos medianes a la hora de velar por vosotros.
Como supongo que te interesa, te citaré los principales trabajos encomendados a dichos medianes leales:
Los mensajeros disponen de nombres propios. Forman un grupo reducido y aseguran las comunicaciones personales de una forma rápida y eficaz.

Los vigilantes planetarios son los guardianes o centinelas del mundo del espacio. Cumplen importantes misiones como observadores de numerosos fenómenos de gran trascendencia para los seres sobrenaturales del reino. Patrullan por el dominio espiritual invisible de IURANCHA.
Los llamados personalidades de contacto han sido dedicados al establecimientos de contactos con los humanos mortales.
-¡Ra! -musitó el iuranchiano, recordando a su perdido amigo, el disco.
-En efecto, Sinuhé -subrayó la pluma de Thot-, y, por último, existe un cuarto grupo de medianes denominados ayudantes del progreso. Son los más espiritualizados. Se hallan repartidos como asistentes de las diversas órdenes de serafines que actúan en grupos especiales sobre el planeta.
A pesar de esta clasificación, los medianes primarios, por sus características, están más unidos a los seres celestes, sirviendo casi siempre de asociados y guías a los visitantes espirituales. Tienen más dificultades que los secundarios para comunicarse con los humanos evolucionarios y, en consecuencia, son éstos los responsables de las misiones que tienen por objetivo a los mortales del reino. Estos 1 111 medianes secundarios leales a Micael, aunque invisibles también a los iuranchianos mortales, son de naturaleza corporal diferente a los primarios. Si los comparamos con los procreados por los cien de Caligastía los hijos de Adamson y Ratta son de una naturaleza mucho más densa. Estas criaturas tienen cierto poder sobre las cosas del tiempo y del espacio, incluidos los animales del reino.
Muchos de los fenómenos físicos atribuidos por los humanos a los ángeles han sido (y son) realizados por estos medianes secundarios...
-¿Fenómenos? -intervino Sinuhé, intrigado-. ¿Qué fenómenos?
-Cuando los primeros apóstoles del Evangelio de Jesús de Nazaret fueron encarcelados por los ignorantes jefes religiosos de la época -manifestó la voz-, un verdadero ángel del Señor abrió por la noche las puertas de la cárcel y los condujo fuera. Pero, en el caso de la liberación de Pedro, ocurrida después de la ejecución de Santiago por orden de Herodes, fue un median secundario quien realizó el trabajo que los humanos atribuyeron a otro ángel...

Sinuhé tuvo una súbita idea.
-¿Son esas criaturas, los medianes -preguntó-, los responsables de los llamados fenómenos de espiritismo?
-No...
La negación fue rotunda como un trueno. Y antes de que el iuranchiano interviniera, sentenció:
-Los medianes, en general, no permiten a los humanos ser testigos de sus actividades físicas ni de sus contactos con el mundo material de IURANCHA. Jamás, en toda la historia del planeta, han quebrantado estas normas.
-En toda la historia de IURANCHA, dices... -añadió Sinuhé-. ¿Quieres decir que no mueren?
-Son inmortales por naturaleza. Y constituyen, por derecho propio, el primer grupo de habitantes permanentes del planeta. Al contrario de lo que sucede con las restantes criaturas evolucionarias, permanecen anclados a su mundo hasta que se alcanza la Era de la Luz. Aunque están capacitados para cruzar y navegar por los circuitos energéticos del universo, nunca abandonan su esfera nativa. Excepto el 1-2-3, el primero, el número uno de los medianes primarios, ninguno de los medianes leales puede partir de IURANCHA. Este decano de los primarios fue liberado de sus obligaciones planetarias poco después de Pentecostés y trasladado a Jerusem. Durante las jornadas de la rebelión, 1-2-3, el primero
se mantuvo firme y fiel junto a Van y Amadon. Hoy es miembro del Consejo de los Veinticuatro.
Sinuhé y Nietihw recapacitaron. Si los medianes, tanto primarios como secundarios de IURANCHA eran inmortales, Belzebú les había mentido... No precisaba del frasco de los ibos. Pero ¿por qué lo había hecho? ¿Qué pretendía?
El iuranchiano insistió acerca de la inmortalidad de los medianes.
-Nacen ya adultos -manifestó la voz-. No necesitan pasar por las habituales fases de crecimiento de los mortales del reino. Su sabiduría y experiencia se incrementan con el paso del tiempo. Y puedo afirmar que entre los medianes de IURANCHA hay grandes pensadores y potentes espíritus. En cierto modo son vuestros Hermanos Mayores...

Convencido de que el jefe de los medianes rebeldes encarcelados en la Torre de Amón les había tendido una nueva trampa, Sinuhé guardó silencio, notando cómo un áspero nudo cerraba su garganta.

¿Qué les reservaba aún el destino en aquella interminable aventura?
El miembro de la Escuela de la Sabiduría retiró sus manos de la esfera flotante. Al momento, los dos diminutos cristales de titanio recuperaron su movimiento de traslación en torno al eje transparente. El resplandor azul retrocedió y la oscuridad que llenaba la Sala de Thot desapareció. Las láminas de orocalcum que cubrían las paredes volvieron a refulgir, llenando la última mastaba de la fortaleza con su luz rojiza.
Nietihw miró a su compañero sin comprender. ¿Por qué interrumpía su diálogo con la voz de los archivos secretos de IURANCHA?
Sinuhé no hizo comentario alguno. El descubrimiento de lo que estimaba una nueva traición por parte de Belzebú, el median secundario rebelde y jefe de los prisioneros de aquella extraña cárcel, le había trastornado. ¿Qué sentido tenía ya conocer la verdad sobre la rebelión de Lucifer si jamás saldrían vivos de la Torre de Amón?
El jefe de los rebeldes se adelantó a los deseos de la hija de la raza azul. Y extendiendo sus largos brazos, sujetó con firmeza las muñecas de Sinuhé.
-Recuerda que hicimos un pacto -le reprochó Belzebú-. A nosotros también nos interesa conocer el estado actual de la rebelión...
El iuranchiano estuvo a punto de enfrentarse al median. Pero la rápida intervención de su amiga evitó que cometiera un desatino.
-Por Dios, Sinuhé -le suplicó Nietihw-, cumplamos lo acordado. Después..., ya veremos.
Aquella insinuación le infundió cierto ánimo. Algo parecía tramar...
Y con un lacónico de acuerdo, Sinuhé llevó nuevamente sus manos sobre la superficie de la esfera. Al instante, como sucediera en la primera ocasión, un finísimo rayo de luz partió

de su triple círculo, incidiendo en una de las esferitas celestes. La pareja de cristales se inmovilizó y las tinieblas cayeron por segunda vez sobre la cámara.
-¿Cuál es la situación actual de la rebelión y de los rebeldes? -preguntó con desgana.
-Como fuiste informado -proclamó la voz al momento-, tanto Lucifer como su lugarteniente, Satán, rodaron libremente por todo el sistema de Satania durante 200 000 años de IURANCHA. Sólo al final de la efusión de Micael en tu mundo (hace ahora 1954 años), la suerte de estos caudillos rebeldes y de cuantos se acogieron al Manifiesto de la Libertad cambió definitivamente.
Hasta entonces, Satán, acudía regularmente a las asambleas de los príncipes planetarios en Jerusem, con la pretensión de representar a los mundos apóstatas. Pero, tras la proclamación de Micael como Soberano indiscutible del universo local de Nebadon, esta autorización le fue denegada. Las simpatías que aún quedaban en Jerusem por Lucifer y Satán desaparecieron a raíz del intento de ambos por corromper a Micael durante su encarnación como humano.
Esta séptima y última efusión de Micael en IURANCHA, como un mortal más del reino, puso fin a la rebelión en todo el sistema de Satania, excepción hecha de los 37 mundos que habían abrazado la causa de Lucifer. Éste fue el significado de las palabras de Micael (vuestro Jesús de Nazaret) cuando dijo: Y vi caer a Satán desde el cielo como un rayo.
-¿Lucifer y Satán intentaron corromper y ganar para su causa a Micael? -preguntó Sinuhé, absorto nuevamente en las revelaciones de la voz de los archivos-. ¿Cómo pudo ser eso?
-Este suceso forma parte de una extensa historia de la vida en IURANCHA de Jesús de Nazaret (conocida por los humanos como las tentaciones del desierto) y que no es el momento de relatar. Es suficiente con lo que voy a exponerte. Tanto Lucifer como su lugarteniente sospechaban que la súbita y misteriosa desaparición de Micael de su sede habitual en Nebadon tenía que obedecer a una nueva efusión del que estaba llamado a ser Soberano del universo local. Al tener conocimiento de la inesperada aparición en IURANCHA de un mortal de características tan singulares como las de Jesús de Nazaret, se

apresuraron a visitar el planeta. Fue la única vez que Lucifer viajó a tu mundo...
-No entiendo -replicó el iuranchiano-, ¿es que los jefes de la rebelión no sabían que Jesús era su Soberano y Creador?
-No al principio. La encarnación de Micael en la Tierra, como en las seis efusiones anteriores, fue llevada inicialmente en secreto. Muy pocas personalidades celestes estaban al corriente. Pero ambos no tardaron en descubrir la tremenda realidad: aquel humano tenía que ser Micael. Y Lucifer y Satán emprendieron la que sería su última y decisiva batalla. Durante un tiempo lucharon por atraerse a Jesús, pero el llamado Hijo del Hombre sabía que su triunfo en IURANCHA resolvería para siempre el estatuto de sus seculares enemigos, no sólo en Satania, sino también en los otros dos sistemas que habían registrado sendas y anteriores revueltas. La supervivencia de los mortales y de los ángeles quedó asegurada cuando vuestro Maestro, en respuesta a las preguntas de Lucifer, replicó: ¡Detrás de mí, Lucifer! Éste fue el principio del fin de la rebelión.
Poco antes de su muerte, Micael reconocía aún a Caligastía como, técnicamente, el príncipe planetario de IURANCHA, cuando dijo: Ahora es el juicio de este mundo. Ahora, el príncipe de este mundo será arrojado.
A la luz de estas revelaciones, en efecto, las enigmáticas palabras de Jesús de Nazaret adquirían para Nietihw y Sinuhé un nuevo y lógico sentido.
-El último acto de Micael antes de abandonar vuestro planeta fue la oferta de perdón y misericordia a Caligastía y a su adjunto, Daligastía. Pero ambos la rechazaron.
Caligastía -prosiguió la pluma de Thot saliendo al paso de los pensamientos de Sinuhé- sigue libre sobre IURANCHA. Es el único que no ha sido encarcelado. Pero carece de todo poder para penetrar en el pensamiento de los humanos evolucionarlos. Como también se te ha explicado, a pesar de las dogmáticas afirmaciones de los ministros de vuestras iglesias y de la creencia popular de los mortales, el Diablo, como tal, no existe. Y el poder de los rebeldes fue cercenado a raíz de Pentecostés. El mal, la degradación y el caos que reinan en IURANCHA son consecuencia del aislamiento del planeta, de las bruscas alteraciones originadas por la rebelión y el fracaso de

Adán y Eva y, por supuesto, por las propias tendencias agresivas, primitivas y animalescas de los humanos.
En los primeros tiempos de la rebelión luciferiana, Micael ofreció igualmente su perdón a todos los implicados en la revuelta. Les propuso, incluso, su reingreso en los puestos de servicio universal, tan pronto como fuera confirmado como Soberano absoluto de Nebadon. Ninguno de los jefes aceptó. Sin embargo, millares de ángeles pertenecientes a órdenes inferiores, incluidos centenares de Hijos Materiales, se acogieron a esta medida de gracia y fueron rehabilitados en el momento de la resurrección de Jesús de Nazaret en IURANCHA.
-¿Qué ha sido de Lucifer y Satán, así como del resto de los cabecillas?
-Cuando Micael fue confirmado por el Padre Universal como Soberano, Lucifer fue encarcelado por agentes de los Ancianos de los Días de Uversa, capital del superuniverso de Orvonton, al que pertenece el universo local de Nebadon. Sigue prisionero en el satélite-cárcel número uno del grupo de esferas artificiales y de transición que rodea Jerusem, la capital del sistema de Satania.
-¡Prisionero! -exclamó Belzebú.
-Pablo, vuestro san Pablo, supo de la situación de los jefes rebeldes y escribió: Un ejército espiritual de perversidad en los lugares celestes. Fue, como te digo, en el momento en que Micael fue proclamado Soberano Supremo cuando reclamó ante los Ancianos de los Días el derecho a internar a todas las personalidades que habían participado en la insurrección, en espera del veredicto de los tribunales superuniversales en el caso de Gabriel contra Lucifer...
-¿Por qué el caso de Gabriel contra Lucifer?
-No olvides que, técnicamente, Gabriel es el jefe y responsable de todos los soberanos sistémicos. Fue él quien denunció a Lucifer. Los Ancianos de los Días aceptaron la petición de Micael, con una sola excepción: Satán. El lugarteniente tendría permiso para visitar periódicamente a los príncipes rebeldes de los 37 mundos implicados en la revuelta, hasta que fueran debidamente reemplazados o hasta el inicio del juicio por parte de los tribunales de Uversa.

-¿Satán ha seguido visitando IURANCHA? -preguntó intrigado el miembro de la Escuela de la Sabiduría.
-Sí, regularmente. Hasta la llegada de Micael, el planeta no dispuso de un Hijo residente de rango suficiente para enfrentarse a él. A partir de la apertura del proceso de Gabriel contra Lucifer y de la toma de posesión de Machiventa Melchizedek como príncipe planetario y vicerregente de IURANCHA, Satán fue igualmente internado en los mundos-cárceles de Jerusem.
-Entonces -exclamó Sinuhé, recordando el misterioso mensaje procedente del astro intruso, Ra, que le había conducido a la hija de la raza azul-, el juicio de Lucifer ha llegado...
La primera sesión del proceso se abrió hace ahora cincuenta años terrestres...
-¡En 1934! -murmuró el soror.
-Así es...
-Pero, ¿por qué han dejado pasar tanto tiempo? La rebelión estalló hace 200 000 años...
La respuesta a tu pregunta figura ya en tu corazón. Sabes que el tiempo de IURANCHA no es el mismo para las criaturas del sistema. Y éste, a su vez, difiere del tiempo que rige para el universo local, para los superuniversos y para Havona. Un día de Nebadon equivale a 18 días, 6 horas y 2,5 minutos de los de IURANCHA. Y un año de cien días en Nebadon significan cinco para tu mundo. El tiempo del superuniverso de Orvonton también es distinto al vuestro. Allí, un día equivale a treinta días de IURANCHA. Y un año de cien días, a tres mil días de tu planeta; es decir, a unos ocho años y medio terrestres. En cuanto al tiempo de Havona, un día equivale a mil años bisextiles de IURANCHA.
En consecuencia, lo que vosotros, los humanos evolucionanos, estimáis como un largo período de cientos de miles de años, para las criaturas residentes en el Universo Central de Havona sólo representa un corto espacio de días... Doscientos, aproximadamente, desde que estalló la rebelión.
-¿Qué suerte le aguarda a Lucifer y al resto de los rebeldes?
-Eso será estimado por el gran tribunal...
-¿Y si resulta culpable? -presionó Sinuhé.

-En ese caso, el mensaje-rayo pondrá fin a sus existencias, aniquilándolos. Quedarán reducidos a lo que nunca fueron. Y quizá se cumplan las proféticas palabras: Y aquellos que te han conocido entre los mundos se extrañarán. Tú has sido el terror, pero dejarás de existir.
-¿Podría haber benevolencia y perdón?
La voz guardó silencio. Pero Sinuhé porfió:
-¿Podría...?
-La creencia generalizada en todas las órdenes celestes - proclamó finalmente la voz- es que los rebeldes dignos de misericordia ya se acogieron a ella...
-Pero esa bondad y misericordia divinas, dicen, son infinitas...
-Sí, lo son -manifestó lacónicamente la pluma de Thot. Un duro silencio cayó sobre la sala. Sinuhé, visiblemente confundido, balbuceó una última pregunta sobre aquel enojoso asunto:
-¿Cuándo se conocerá el veredicto final?
-Se estima que no tardará mucho en ser públicamente anunciado. Pero, antes, un humano evolucionario de cada uno de los 37 planetas afectados deberá asistir a dicho juicio.
-¡Nietihw! -proclamó el iuranchiano, recordando las revelaciones de su Kheri Heb. Ella, como representante en IURANCHA de la raza azul, debería culminar la segunda parte de aquella misión con su presencia en el referido proceso. Pero, ¿cuándo y cómo tendría lugar esa segunda fase de esta desconcertante aventura?
Sinuhé supuso que la voz de los archivos del planeta no accedería a responder a dicha interrogante. Y optó por olvidar el asunto. Una vez más, el soror se equivocaba...

-Lucifer... encarcelado. Satán, su lugarteniente, igualmente aislado. Más de 40 000 medianes de IURANCHA prisioneros...
Sinuhé fue desgranando sus pensamientos en voz alta. Y movido por un incomprensible sentimiento de piedad hacia aquel utópico -¿quién sabe si blasfemo?- caudillo, preguntó tímidamente:
-¿Es que nadie, en estos diecinueve siglos, ha llevado una palabra de consuelo a Lucifer?
Nietihw quedó perpleja ante el inesperado planteamiento de su amigo. Belzebú y los medianes, por su parte, que habían

escuchado las revelaciones en silencio, miraron al iuranchiano con una mezcla de simpatía y curiosidad. ¿Qué pretendía Sinuhé? ¿Es que había perdido el juicio? ¿Cómo podía insinuar siquiera que alguien manifestara piedad hacia el responsable de la mayor convulsión registrada en el sistema de Satania y en toda la constelación de Norladiadek?
-Desde la efusión de Micael -respondió la pluma de Thot con sequedad-, ninguna personalidad de Satania ha querido visitar los mundos-cárceles. Ni Lucifer ni Satán han recibido ayuda alguna, ni su causa ha ganado un solo adicto. En estos 2 000 años terrestres, los siete satélites-prisión de Jerusem han constituido un aviso para todo Nebadon. Y se ha hecho realidad que el camino del transgresor es duro y que el salario del pecado es la muerte.
-Hay algo que tampoco comprendo -añadió el joven-. Si los jefes de la rebelión han sido depuestos y encarcelados, ¿por qué los 37 mundos implicados siguen sometidos a esa cuarentena y al aislamiento?
-Ésa es la orden de los Ancianos de los Días: los circuitos celestes no serán restablecidos en tanto no concluya el juicio de Lucifer.
-¿Qué consecuencias ha tenido y tiene para IURANCHA esa cuarentena?
-El desarrollo de la civilización en tu mundo no es muy diferente al de otros planetas que han padecido el infortunio del aislamiento espiritual. Pero, si se compara con los mundos leales a Micael, IURANCHA, en efecto, aparece como un lugar confuso y retrasado. A causa de esa involución cósmica, los humanos de tu mundo no pueden comprender la cultura de otros planetas. Es más: ni siquiera conocen la existencia de esas civilizaciones. El nivel biológico de vuestras razas se encuentra alterado y sumamente retrasado y sois víctimas de la falta de auténticos ideales. Pero no te confundas, Sinuhé: a primera vista, IURANCHA es un mundo desgraciado. Cierto. Sin embargo, el aislamiento también ofrece ventajas.
-¿Ventajas? -repuso Sinuhé con escepticismo.
-La incomunicación de esas esferas permite el ejercicio de una virtud sin igual: la fe. El desarrollo de esta cualidad, al margen de la vista y de cualquier otra consideración material, fortalece

los espíritus de los mortales de esos mundos hasta límites inimaginables.
Puedo decirte que, en Jerusem, los humanos ascendentes de planetas incomunicados ocupan un sector residencial particular. Allí sois conocidos con el nombre de agontonarios, que significa criaturas evolucionarias que pueden creer sin ver. Son (mejor dicho, sois) seres capaces de triunfar en las misiones más difíciles. En toda la carrera ascendente hacia la Isla Eterna del Paraíso, la Agrupación de Agontonarios se distingue siempre por su audacia. Son consideradas como fuerzas de choque, capaces de remontar dificultades extremas...
-Entiendo y admito cuanto me dices -contraatacó Sinuhé-, pero ¿no hubiera sido más justo y caritativo para esos miles de millones de criaturas evolucionarias de los 37 mundos en cuarentena que las altas jerarquías celestes hubiesen abortado la rebelión instantáneamente?
-Entre las numerosas razones que figuran en estos archivos, por las que Lucifer y sus rebeldes no fueron internados y juzgados de inmediato, estoy autorizado a exponerte las siguientes:
1. La misericordia divina exige que todo culpable disponga de un tiempo en el que elabore su propio comportamiento.
2. La justicia suprema está dominada por el amor del Padre Universal. Por ello, la justicia nunca destruirá lo que puede salvar la gracia. Y el tiempo, aquí, es vital.
3. Ningún padre afectuoso impone un castigo a un hijo equivocado. La paciencia puede actuar independientemente del tiempo.
4. La sabiduría y el amor impulsan siempre a los hijos íntegros a soportar al hermano descarriado, al menos durante el tiempo impuesto por el padre para que ese hijo equivocado reconozca su fallo.
5. Independientemente de la actitud de Micael, y a pesar de ser el creador y padre de Lucifer, no correspondía al Soberano de Nebadon el derecho a ejercer justicia sobre el jefe rebelde de Satania. Primero era necesario que Micael concluyera su carrera de efusión y se proclamase Soberano indiscutible.

6. Los Ancianos de los Días podrían haber fulminado a los rebeldes. Pero raramente proceden contra un criminal sin antes haber examinado su causa.
7. Es evidente que Manuel aconsejó a Micael permanecer alejado de los rebeldes y permitir que la rebelión siguiera su curso normal de autodestrucción.
8. En Edencia, el Fiel de los Días recomendó a los Padres de la constelación que dejaran libres a los rebeldes. De esta manera fue posible desterrar cualquier posible simpatía hacia el Manifiesto de la Libertad. Cada ciudadano (presente y futuro) de Norladiadek tuvo entonces la oportunidad de valorar por sí mismo el alcance y naturaleza de la rebelión, madurando su decisión final en absoluta libertad.
9. La Divina Ministro de Salvington ordenó que los ejércitos celestes velaran, precisamente, para que nada ni nadie se interpusiera en la propagación de la insurrección. Esta medida condujo a un rápido desencanto.
1O. Un comité de urgencia, formado por Poderosos Mensajeros y mortales glorificados con experiencia en rebeliones anteriores, fue constituido en Jerusem. Y previno a Gabriel de que, si se abortaba la rebelión, el número de seguidores de Lucifer podía multiplicarse por tres. Todo el Cuerpo de Consejeros de Uversa estuvo de acuerdo con esta recomendación, rogando a Gabriel que dejara correr la revuelta, aun cuando fueran necesarios después un millón de ángeles para liquidar las consecuencias.
El total de razones acumuladas en estos archivos es de 48... Pero suponemos que existen muchas más.
Sinuhé guardó silencio. Tras una larga meditación, repuso casi para sí.
-¿Qué hubiera sido de este planeta si Caligastía no hubiese apostado por la rebelión?
La voz, con idéntica precisión, sentenció:
-IURANCHA, como otros miles de millones de mundos evolucionarios, habría ido pasando, sin traumas ni convulsiones, por las siete épocas evolutivas obligadas.
-¿Eso guarda alguna relación con la Era de la Luz, a la que te has referido antes?
-Así es. De haber contado con un príncipe planetario honesto y con unos Hijos Materiales firmes, las razas humanas de tu

mundo, como todas las del espacio y del tiempo, habrían ido conociendo los siguientes estadios:
La Era de la Nutrición: En estas épocas, las criaturas prehumanas y las razas iniciales de un planeta viven principalmente para su alimentación y supervivencia física. La búsqueda de comida es su único y básico horizonte.
La Era de la Seguridad: Tan pronto como los cazadores primitivos disponen de alimentación abundante, todo su tiempo es destinado a reforzar su seguridad y la del clan. Nacen así nuevas técnicas guerreras y de construcción de viviendas.
La Era de la Comodidad y de los Placeres: Tras resolver sus problemas de alimentación y seguridad, los hombres caen en el lujo y en la órbita de los placeres. Son épocas que se caracterizan por la tiranía a todos los niveles, la intolerancia, la gula, la embriaguez y lo que hoy llamáis consumismo desenfrenado.
La Era de la Búsqueda de la Sabiduría y del Conocimiento: La alimentación, la seguridad, el placer y el ocio son las bases que permiten el desarrollo de la cultura y de la inteligencia. El esfuerzo para poner en práctica los conocimientos termina en la sabiduría. La obsesión por el bienestar material domina aún a esa civilización, pero muchos de sus individuos apuntan ya hacia otro horizonte: el del conocimiento. En general, la educación y la cultura son el gran triunfo de esa Era.
La Era de la Filosofía y de la Fraternidad: Cuando los mortales aprenden a pensar por sí mismos y a sacar provecho de la experiencia, surge la Filosofía. La sociedad, entonces, se hace ética y sus hombres, morales. Y sólo estos seres sabios y realmente morales son los capacitados para establecer una auténtica hermandad humana.
La Era del Esfuerzo Espiritual: Cuando los mortales evolucionan y pasan por los estadios de desarrollo físico, intelectual y social, tarde o temprano alcanzan los niveles de clarividencia, que les conducen irremisiblemente a la búsqueda de satisfacciones espirituales y a la comprensión de las verdades cósmicas. Las religiones consiguen elevarse sobre las motivaciones del miedo y de la superstición, hasta la verdadera sabiduría de la experiencia personal. Los humanos de esta Era conocen por primera vez el alcance de la palabra Dios.

La Era de la Luz y de la Vida: Es el florecimiento de las edades sucesivas de la seguridad física, de la expansión intelectual y espiritual. Los deseos y objetivos humanos se funden entonces con los de otros seres celestes. Es la época final, en la que no existen fronteras. El intercambio con otras civilizaciones es total. En esos tiempos, los príncipes planetarios de los mundos anclados en la luz son ascendidos a la posición de soberanos planetarios.
No era preciso ser muy despierto para deducir que la Tierra -IURANCHA- no había superado aún la tercera de esas eras: la de la Seguridad. Es más: en algunas regiones del globo, los humanos todavía se debaten en la primera y en la segunda. Y aunque no es menos cierto que en el planeta se presiente un cambio -un salto quizá hacia esa otra Era de la Búsqueda del Conocimiento-, la verdad es que el camino por recorrer es todavía inmenso.

Sinuhé y su compañera comprendieron que habían llegado al final. El archivo secreto de IURANCHA les había revelado cuanto deseaban y necesitaban saber: la frustrada historia de Caligastía, el príncipe planetario rebelde llegado al mundo hace ahora 500 000 años; el estallido de la revuelta luciferiana y la escisión del Estado Mayor corporal; el insólito Manifiesto de la Libertad y el carácter relativamente reducido de la insurrección en el sistema de Satania; la llegada hace 37 000 años de los Hijos Materiales voluntarios -Adán y Eva- y su no menos quebrado plan de elevación biológica de las razas humanas, el segundo jardín de Edén y la extraña aparición de los medianes secundarios; la expansión final de las razas noditas y adanitas y la situación de los rebeldes y de la rebelión tras la encarnación de Micael -Jesús de Nazaret- en la Tierra.
Antes de que la voz del archivo se apagara para siempre, Sinuhé pidió respuesta y consejo a dos últimas cuestiones:
-Y ahora, tras esta cadena de fracasos, ¿qué pueden hacer los pueblos del mundo..., y qué debemos hacer nosotros?
-La suerte de IURANCHA cambiará -repuso la voz, llenando de optimismo a los iuranchiarios-. Sólo hay que esperar el final del proceso contra Lucifer. Cuando la cuarentena sea levantada, la esperanza brillará de nuevo. La mejora del nivel evolutivo de los

humanos, fallida tras la experiencia adánica, será encauzada por los caminos, principalmente humanos, de la adaptación y el control...
En cuanto a vosotros, hijos de IURANCHA, regresad y contad al mundo cuanto habéis vivido y conocido... Sólo entonces, cuando esta parte de la Verdad haya sido propagada..., sólo entonces -insistió la voz- podréis iniciar la segunda fase de la misión: el juicio de Lucifer.
-¿Propagar esta parte de la Verdad? Pero ¿cómo...?
Las nuevas preguntas del miembro de la Escuela de la Sabiduría no terminaron de ser enunciadas. A pesar de seguir con sus manos sobre la esfera flotante, el haz luminoso que partía del costado izquierdo de Sinuhé se extinguió y la pareja de esferitas de titanio se puso nuevamente en movimiento. Y las tinieblas retrocedieron.
Nietihw advirtió a su compañero que todo había concluido. Y, tras unos minutos de indecisión, Sinuhé buscó a Belzebú.
-Si todo ha terminado -le expuso-, ¿podemos abandonar ya la torre?
El jefe de los medianes volvió a situar su pequeña y áspera mano sobre el costado del iuranchiano, acariciando el triple círculo de Micael.
-Ése fue el pacto, Sinuhé. A pesar de cuanto has oído, los que elegimos el Manifitesto de la Libertad seguimos interesados en que los humanos conozcan la Verdad..., y juzguen por sí mismos. Podéis volver.
La hija de la raza azul se arrodilló entonces ante el silencioso Vana y, tras abrazar al median, le preguntó:
-¿Qué será de ti, amigo?
Vana dirigió su mirada hacia el jefe de los rebeldes. Después, con voz serena, repuso:
-El plazo para la misericordia no está agotado, hija de IURANCHA... Quizá la presencia de esta bandera en la Torre de Amón -dijo señalando el símbolo que lucía en su pecho- signifique, para todos nosotros, la vuelta a la verdadera Libertad.. Volveremos a vernos, hija de la raza azul.
Belzebú levantó su brazo izquierdo y, cuando los dos medianes a sus órdenes se disponían a invertir la posición del disco del

Yin-Yang, Sinuhé, sin poder resistir la tentación, interpeló de nuevo al jefe de los rebeldes:
-Antes de partir quisiera saber algo...
Belzebú, con el brazo en alto, aguardó la pregunta.
-Dinos: si eres inmortal, ¿por qué nos engañastes, haciéndonos creer que precisabas del frasco de los ibos?
El median cerró su puño y, al tiempo que sus servidores, atentos a la señal, hacían girar el disco que simbolizaba al Universo, situando la media luna del Yang en posición dominante, replicó con fuerte voz:
-¡No hubo tal engaño, Sinuhé, hijo de IURANCHA! Quizá a tu vuelta, si el destino vuelve a cruzar nuestros caminos, conozcas esa parte de la Verdad...
-Pero...
El soror no dispuso de tiempo para protestar. Al cambiar de posición, el Yang salió catapultado hacia la cúpula sobre la que se difuminaba la misteriosa atmósfera esmeralda.
Y Nietihw, maravillada, vio cómo la traspasaba limpiamente, sin quebrarla, perdiéndose veloz hacia algo que se recortaba en lo alto: ¡el sol negro!
Todo, a partir de esos momentos, se sucedió vertiginosa y matemáticamente. Mejor dicho, todo no...
De pronto, procedente del astro negro, irrumpió en el hexágono un viejo conocido de Sinuhé: el cuervo blanco que le había ayudado en la playa y que se había tragado su sortija. En esta ocasión, el vuelo del pájaro fue diferente. Conforme fue aproximándose a la cúpula, a cada lento y majestuoso batir de sus alas, éstas iban dejando tras de sí sendas estelas de colores.
Y al posarse sobre el suelo de la Sala de Thot, la hija de la raza azul descubrió fascinada cómo el cuervo había unido aquella última mastaba de la fortaleza y el sol negro mediante un gigantesco arco iris.
Acto seguido, el cuervo remontó de nuevo su vuelo. Pero, antes de perforar la cúpula, abrió su pico, dejando caer algo dorado y brillante.
Y la sortija de Sinuhé repiqueteó sobre el suelo de orocalcum de la estancia.
Nietihw se apresuró a recogerla y, tomando la mano derecha de su desconcertado amigo, que no podía comprender lo que

estaba ocurriendo, introdujo el sello en su dedo anular. Al reconocer el anillo, Sinuhé pronunció estremecido el nombre del perdido péndulo:
-¡Ra!...
Y dejándose llevar por su instinto, Nietihw arrastró a su amigo hacia la base del arco iris.
-¡Vamos, Sinuhé!... ¡Salgamos de aquí!
El iuranchiano obedeció. Pero, al cruzar junto a la columna que sostenía la esfera con los 606 cristales de titanio, Sinuhé se detuvo. Y antes de que los medianes pudieran actuar, se abrazó a la pluma de Thot, al tiempo que le gritaba a la hija de la raza azul:
-¡Ahora sí!... ¡Huyamos!
Nietihw empujó violentamente a su compañero hacia el arco iris, sumergiéndose con él en la cascada de luz.
Al penetrar en el fantástico puente, los iuranchianos fueron absorbidos hacia lo alto.
Y tanto Sinuhé como la descendiente de la raza azul-violácea se perdieron en el cielo esmeralda de aquel insólito mundo...

El resto de la presente historia carecería prácticamente de interés, de no haber sido por dos -quizá tres- circunstancias no menos sorprendentes.
De pronto, sin saber cómo, Nietihw y Sinuhé descubrieron que se hallaban en la plaza de la Lastra, en la recóndita aldea soriana de Sotillo del Rincón, caminando sin prisas hacia la Casa Azul. Un sol radiante hacía brillar dulce y discretamente el bronce de la Diana Cazadora, mientras, el caño seguía manando en silencio, como si nada hubiese ocurrido...
El joven, con la bolsa de las cámaras al hombro, se detuvo un instante junto a la fuente. Volvió el rostro hacia el bosquecillo y, al instante, interrogó a su compañera con la mirada. Y la respuesta brotó de sus corazones...
¡Habían regresado!
José María, el alcalde, cómodamente sentado en el jardín de la Casa Azul, seguía apurando su humeante taza de café. Sinuhé, maravillado, comprobó que su reloj señalaba las 13.56 horas. ¡Sólo habían transcurrido cinco minutos desde el inicio de la luna nueva y de aquella fantástica aventura!

Antes de que Sinuhé acertara a pronunciar palabra alguna, la señora de la Caza Azul tomó su mano derecha y, en silencio, con una sonrisa de complicidad, le señaló la sortija dorada -con el signo de los hombres Pi- que continuaba luciendo en su dedo anular...
Algún tiempo después, el investigador iniciaba el relato de tan desconcertante misión con las siguientes frases:
...En cuanto a vosotros, hijos de IURANCHA, regresad y contad al mundo cuanto habéis vivido y conocido... Sólo entonces, cuando esta parte de la Verdad haya sido propagada..., sólo entonces -insistió la voz- podréis iniciar la segunda fase de la misión: el juicio de Lucifer.
Y este relato fue terminado en enero de 1985.

Ese mes de enero de 1985 -el día 23 a las seis de la tarde-, José María Gómez Zardoya, alcalde de Sotillo, fallecía en la citada aldea de Soria. Había sido una de las dos personas que escuchara las misteriosas sesenta y seis campanadas...

FIN